

BABBITT



Sinclair Lewis

se

Sinclair Lewis, Premio Nobel de Literatura 1930, es el autor de algunas de las mejores novelas americanas del S. XX. *Babbitt* es posiblemente su mejor trabajo y está considerado como uno de los libros fundamentales para entender la sociedad americana de la primera mitad del siglo pasado.

Esta novela, publicada en 1922, es el retrato perfecto de una clase, la *middle-class* norteamericana, dentro de un marco típico, una ciudad del Medio Oeste. Su publicación provocó mucha polémica por los matices encerrados en la aparentemente simple historia de un típico hombre de negocios, emprendedor, conservador y lleno de contradicciones.

La palabra «Babbitt» se utiliza desde entonces de manera habitual para designar al hombre medio norteamericano, con connotaciones tanto positivas como peyorativas.

Lewis retrata la forma de vida anterior a la Gran Depresión en Estados Unidos, por lo que, aunque hayan pasado más de ochenta años, es una lectura absolutamente actual.



Sinclair Lewis

Babbitt

ePub r2.0
Titivillus 16.09.15

Título original: *Babitt*
Sinclair Lewis, 1922
Traducción: José Robles Pazos

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



PRÓLOGO

(Por Juan José Coy).

Para Edith Wharton

Introducción

El novelista Sinclair Lewis (1885-1951) es una de las figuras más puestas en cuarentena en la historia de la crítica literaria norteamericana de los últimos treinta años. Millonario en ventas y en popularidad en la década de los años 20 —su «década prodigiosa», como lo fue en realidad de la propia literatura norteamericana considerada en su conjunto— Sinclair Lewis pasó casi enseguida a ser objeto de olvido; desprecio y a quedar sumido prácticamente en el anonimato. Baste mencionar como simple ejemplo el dato de que en *The Norton Anthology of American Literature* de 1979, y en su tomo segundo, no existe la más mínima mención no ya a su obra, sino siquiera a su nombre. Y es que desde la década de los años 30, y no digamos en la época inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial, Sinclair Lewis pasa como si no existiera para ninguna de las ramas de la crítica norteamericana, fuera ésta marxista o psicoanalítica, erudita o academicista, historicista o formalista. La publicación en 1961 de la biografía de Mark Schorer, y un año después la aparición de la monografía de Sheldon Norman Grebstein, equilibraron un poco la situación. ¿Cómo explicar este fenómeno?

Sinclair Lewis y el Midwest americano

El 5 de noviembre de 1930 Sinclair Lewis tuvo noticia segura de que se le había concedido el Premio Nobel de Literatura de aquel año: se convertía de este modo en el primer escritor norteamericano que recibía tan importante galardón. El hecho provocó una oleada de protestas, desde los sectores más reaccionarios o simplemente conservadores, de la cultura norteamericana. La Academia Americana de Artes y Letras, una institución igualmente retrógrada de la que Lewis naturalmente no formaba parte, consideró desafortunada la decisión de la Academia Sueca. Y el 12 de diciembre, Sinclair Lewis pronunció en Estocolmo su discurso de recepción del Premio. Pocos documentos ayudan tanto como éste para comprender multitud de aspectos sobre los que se habrá de tratar en las páginas siguientes. Sinclair Lewis pronunciaba esa tarde del 12 de diciembre de 1930 su canto del cisne: era la culminación de su carrera literaria, y prácticamente su final. Sirve el análisis textual del discurso para comprender mecanismos interiores y exteriores que condicionaron la producción novelística de Lewis de modo decisivo. Este reconocimiento solemne, y casi universal, de los méritos del escritor venía a coronar una vida de esfuerzo, de íntimas inseguridades y de públicos rechazos, que habían jalonado desde su propia infancia la carrera del novelista. Nacido en un pueblecito perdido del lejano estado de Minnesota, Sauk Centre, el 7 de febrero de 1885, Sinclair Lewis alcanzaba el cenit de su popularidad y de su gloria literaria aquella tarde de invierno en la capital sueca. Significativamente, el título que le dio a su discurso fue el de «El miedo americano a la literatura».

Para Lewis ese miedo tenía sus raíces en los presupuestos de la «genteel tradition» de la que William Dean Howells y la propia Academia Americana de Artes y Letras se habían convertido en abanderados omnipotentes. Sinclair Lewis menciona todo esto en su discurso, así como alude a un anciano «scholar», pastor protestante y aficionado a la pesca, miembro también distinguido de dicha Academia, que reaccionó violentamente contra la concesión del Nobel a Lewis. Aun sin mencionarlo expresamente, el recién galardonado se refería al reverendo Henry Van Dyke que el 28 de noviembre anterior, en Germantown, Pennsylvania, había llegado a afirmar que la Academia Sueca, al otorgarle su premio a Lewis, estaba insultando a los Estados Unidos de América.

Este era un poco el estado generalizado de opinión entre las gentes bienpensantes, pudorosas y elegantes de determinados círculos culturales americanos, herederos efectivamente de esa tradición «pulida» para quienes los hechos crudos de la realidad diaria no constituían materia digna de ser novelada, dramatizada o poetizada. Y contra los restos de esta tradición arremete Lewis porque en definitiva, y en buena medida, sus mejores novelas de los años 20 significan una diatriba contra una «civilización» americana en plena expansión en la que los bienes materiales predominaban con mucho sobre los espirituales o culturales. En esta «tierra baldía»

se encuentra inmerso Lewis, como reconoce inmersos al resto de sus predecesores y contemporáneos que intentan la misma renovación literaria. Incluso autores anteriores, tan meritorios como Hamlin Garland y Mark Twain, fueron domesticados por Howells, en la opinión de Sinclair Lewis, El ataque a toda esta situación, por tanto, no podía provocar sino la reacción que provocó.

Desde otro punto de vista resulta de extraordinario interés este texto de Sinclair Lewis, Porque al agradecer la concesión del Nobel a su obra, Lewis reconoce por extenso que otros autores americanos del momento podrían haberlo recibido con los mismos o más méritos que él. Cita Lewis en primer lugar a Theodore Dreiser, pionero meritorio en la renovación literaria a finales del XIX y comienzos del siglo XX, el novelista quizá más destacado dentro del movimiento «naturalista» norteamericano. Y también menciona a Sherwood Anderson, a Willa Cather, a Eugene O'Neill, a Upton Sinclair o a Ring Lardner. Entre los escritores jóvenes, a quienes Sinclair Lewis cita elogiosamente en su discurso, destaca sobre todo a Ernest Hemingway, Thomas Wolfe, Thornton Wilder, John Dos Passos y Stephen Benét. Luego, algo más tarde, al preparar la redacción definitiva de su discurso para publicarlo en los Estados Unidos, aún habría de añadir Lewis dos nombres más a esta nómina verdaderamente importante: el de William Faulkner, que había publicado *Sartoris* en 1929, y Michael Gold, el judío neoyorkino que tuvo una importancia decisiva en el pensamiento izquierdista americano de los años 20, y aun más tarde, desde las páginas de *The Masses* primero y desde *The New Masses* luego. En todos ellos encuentra Lewis confirmación y esperanza con respecto a sus propias opiniones: la enorme renovación literaria que se empieza a operar en el panorama cultural norteamericano de los años 20, en estos nombres y en otros parecidos cristaliza. Y esto aun reconociendo el hecho de que «el novelista americano, o el poeta o el dramaturgo o el escultor o el pintor, tienen que trabajar en solitario, a tientas, desprovistos de todo menos de su propia integridad». En este contexto cultural queda también integrado el propio Lewis. ¿De dónde surgen estos escritores y a dónde se dirigen?

Nacido en 1885, Sinclair Lewis tiene quince años a la vuelta del siglo, es decir, comienza a salir de la infancia y todavía no se ha movido de su pueblo natal, Sauk Centre. En 1900 aparece *Sister Carne*, de Dreiser, que el propio Lewis iba a leer cinco años más tarde, cuando ya tenía los veinte. Llega por tanto Sinclair Lewis un poco tarde y un poco pronto: estos datos serían irrelevantes si no explicaran hasta cierto punto la ubicación de Lewis en su época literaria, su muy peculiar situación, un «extrañamiento» que explica en cierta forma el fenómeno ya mencionado de que en 1920 se consagrara con una novela, se prolongara durante la década con otras cuatro, prolongaciones significativas, recibiera el Nobel en 1930. Y que a partir de entonces, sin moverse de donde estaba pero desbordado por el rápido cambio de su entorno, se viera absolutamente superado por las circunstancias, sin que supiera estar a la altura que ellas exigían. Su casi fulminante desaparición de la escena literaria norteamericana durante las décadas de los 30 y los 40 puede muy bien explicarse de

este modo y como se verá más detenidamente a continuación.

Hacia finales del siglo XIX están todavía en plena producción literaria personajes como William Dean Howells, Henry James, Mark Twain, Hamlin Garland. Una figura fundamental, muerta prematuramente en 1900, Stephen Crane, había publicado en 1893 *Maggie: a girl of the streets*, y en 1895 *The Red Badge of Courage*. También hay que destacar, por lo que significa de contraste anticipatorio, la publicación en 1891 de los *Tales of Soldiers and Civilians* de Ambrose Bierce, extrañamente modernos y con una capacidad de alusión que todavía perdura. *McTeague*, de Frank Norris, ve la luz en 1899. Y ése mismo año aparece *The Theory of the Leisure Class* de Thorstein Veblen que Sinclair Lewis leyó años más tarde y que tampoco conviene perder de vista.

Desde otra perspectiva, esta vez hacia el futuro, John Dos Passos y Francis Scott Fitzgerald nacen en 1896; William Faulkner y Thornton Wilder son de 1897; Hemingway y Stephen Benét, 1898; Thomas Wolfe, 1900; John Steinbeck, 1902; Nathanael West, 1903. De 1904 data la fundación de la ya mencionada American Academy of Arts and Letters. Ese mismo año 1904 nace también James T. Farrell: Todas estas fechas carecerían de valor consideradas en sí mismas: pero todos estos autores son demasiado importantes y demasiado «modernos» —en un sentido cualitativo de la palabra— como para que las coincidencias nos pasen desapercibidas, en relación directa con Sinclair Lewis.

Lo cierto en cualquier caso es que en esta época, digamos los últimos quince años del siglo XIX y los primeros quince del siglo XX —los primeros treinta años de vida de Lewis— se libran las últimas batallas, en la escena literaria norteamericana, entre la antigua tradición gentil, amanerada y pudorosa, y las nuevas tendencias realistas y naturalistas que irrumpen incontenibles, rescatado el lote más vivo de la literatura norteamericana anterior, desde Whitman y Thoreau. El «Pacto» que establece Ezra Pound con el gran poeta del *Canto a mí mismo* es significativo en este sentido. En cierto modo se empieza a cumplir la vieja profecía de Emerson cuando aseguraba que «existe una separación fundamental en la sociedad entre los partidarios del Futuro y los partidarios del Pasado, entre los partidarios de la Memoria y los partidarios de la Esperanza». Sinclair Lewis toma partido, efectivamente, en un momento de su vida contra los partidarios del Pasado y de la Memoria, pero no apuesta con clarividencia suficiente ni por el Futuro ni por la Esperanza. Esta contradicción y como titubeo interior, constante en la vida de Sinclair Lewis, va a reflejarse en los no menos constantes y llamativos titubeos de su propia obra. He aquí una clave iluminadora sobre la que también se habrá de reflexionar más adelante, porque explica hasta el fondo el síndrome de atracción y rechazo que con respecto a sus raíces experimentará el propio autor, desde aquel 7 de febrero de 1885 en Sauk Centre, Minnesota, hasta el 10 de enero de 1951 en que, absolutamente solo, moría en una clínica de Roma el primer premio Nobel en la historia de la literatura norteamericana.

Paradójicamente, el propio Lewis reconocía en 1930 cómo efectivamente ya no

formaba parte de «los jóvenes» como en buena medida nunca había formado parte tampoco, íntegramente, de «los viejos», de los inmediatamente anteriores a él. Si pensamos de un modo lineal muy poco exacto, podríamos decir que tras la «genteel tradition» a partir de 1890 aparece la denominada «Progressive Era» que se prolonga convencionalmente hasta el final de la Primera Guerra Mundial y que se viene, abajo con el hundimiento mismo de Woodrow Wilson. La década de los años 20 se inicia, culturalmente hablando, con la terminación de la Gran Guerra y políticamente con la llegada al poder en 1920 de Warren Gamaliel Harding al que sucederá otro republicano, Calvin Coolidge, hasta 1929. Y finalmente la década de los 30 abarcaría desde el *crack* del 29 durante toda la Depresión, hasta Pearl Harbor y la entrada de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. Luego, todo es distinto.

La pregunta puede surgir entonces de una manera espontánea: ¿en cuál de estas épocas encaja plenamente Sinclair Lewis? La respuesta es clara: en ninguna. En un ensayo menos que mediano, *Five Novelists of the Progressive Era*, Robert W. Schneider menciona a William Dean Howells, Stephen Crane, Frank Norris, Theodore Dreiser y Winston Churchill. Sea lo que sea la Época Progresista —y el intento político por definirla es más nítido que su paralelo cultural, más que difuso— es lo cierto que Sinclair Lewis tampoco es figura significativa de ese momento. Como tampoco lo es de ese otro movimiento, también contemporáneo suyo y con el que tuvo cierta relación, los denominados «muckrakers» con Lincoln Steffens y Upton Sinclair a la cabeza. Por mucho que Lewis pasara unos meses en la comuna de Helicón Hall, en Nueva Jersey, o que incluso se afiliara al Partido Socialista en Nueva York, muy tangencialmente podría considerarse ninguna de sus obras como perteneciente a esta tendencia. Tampoco se podría decir de Lewis que formó parte, ni de lejos ni de cerca, de la «generación perdida», por más que fuera un expatriado durante tantos años de su vida y su cronología le hiciera coincidir más o menos con muchos de sus integrantes.

El problema que con estas reflexiones pretende quedar planteado no es de filiación o «encasillamiento» de Sinclair Lewis en ninguna escuela, tendencia o molde literario de producción novelesca. El verdadero problema, para el creador mismo, fue de autodefinición o de coherencia personal. Un problema nunca resuelto, como sus obras demuestran. Su dilatada producción novelesca queda de este modo dispersa e incoherente: su primera época casi desconocida de aprendizaje. Su apogeo fugaz y meteórico de los años 20. Su final acabamiento literario veinte años antes de morir en Roma.

En un aspecto significativo y de trascendental importancia, en la historia literaria norteamericana, sí resulta de capital importancia, aún hoy día, la figura de Sinclair Lewis: la irrupción del Middle West americano en la cultura del país. Frederick J. Hoffman publicó en 1955 *The Twenties: American Writing in the Postwar Decade*. En la opinión de Richard M. Cook y Richard Ruland se trata de un magnífico ensayo que «sigue siendo el estudio más ambicioso y fidedigno de la época de los 20, un

sorprendente éxito crítico y de investigación, que integra el análisis y la valoración cultural y estética de modo perfecto». (*American Studies International*, XXII, pág. 1). En el capítulo séptimo, «Critiques of the Middle Class», Hoffman utiliza como texto clave de explicación el *Babbitt* de Sinclair Lewis. El sentido de estos textos que el autor selecciona, como ilustración práctica a cada uno de sus capítulos, lo explica el propio Hoffman en el prefacio general a su obra. Pues bien, uno de los apartados más esclarecedores de este capítulo es el subtulado «The Midwest as Metaphor». Efectivamente, *Main Street* y *Babbitt* sobre todo, las dos primeras de las siete que Lewis publicó en esa década, y seguramente las que más vigencia siguen conservando en la actualidad, significan el protagonismo sin discusión alguna de la clase *media* de aldeas o ciudades de tipo *medio* situadas en ese *middle west* al que se hace referencia, un extenso territorio de enormes llanuras, cuyos límites geográficos los concreta Frederick Jackson Turner en su artículo de diciembre de 1901 en el *International Monthly* «The Middle West»: los estados de Ohio, Indiana, Illinois, Michigan y Wisconsin (el antiguo territorio al noroeste del río Ohio); a los que hay que añadir tras la Compra de la Louisiana los actuales Estados de Missouri, Iowa, Minnesota, Kansas, Nebraska y las dos Dakotas. Las ciudades de Pittsburgh, Cleveland y Buffalo constituyen las puertas hacia el Este; por el oeste, la línea de demarcación se centraría en las ciudades de Kansas City, Omaha, Saint Paul y Minneapolis, y Duluth-Superior. Finalmente, por el sur, los límites urbanos de esta amplísima región podrían ser las ciudades de Cincinnati y San Luis. Como centro comercial, económico y cultural de toda esta región, indiscutiblemente, está la ciudad de Chicago.

Los Apalaches significaron una primera barrera natural a la colonización, como luego fue el Ohio o el Missouri y más tarde el Mississippi. Pero desde el final de la Guerra Civil la oleada industrializadora provocada por el Este se fue volcando hacia este Midwest de modo irresistible. Su importancia, en consecuencia, en cantidad y calidad, en el conjunto de los Estados Unidos, fue aumentando progresivamente. Sinclair Lewis nació en un pueblecito de Minnesota que tan sólo treinta años antes no existía sino como punto geográfico de referencia y de encuentro en la ruta de las diligencias.

El «Este» había ya cristalizado como una entidad geográfica, política, económica y cultural con peculiaridades propias. Otro tanto acontecía con el «Sur». El «Lejano Oeste» aparecía abocado al Pacífico. La «Heartland», o el Midwest, irrumpía en estos momentos en la literatura norteamericana: muchos de los escritores mencionados en las páginas anteriores, procedían del Midwest. Y Chicago se comenzaba a configurar como metrópoli cultural tanto como económica y comercial. En unas famosas palabras llenas de ironía, Frank Norris recogía este estado de ánimo. «¡Curiosa una novela localizada en Chicago, o en Buffalo, o digamos que en Nashville, Tennessee! Hay tres grandes ciudades en los Estados Unidos que son ‘ciudades-de-novela’. Por supuesto, Nueva York; luego Nueva Orleans; y la mejor de las tres, San Francisco».

Este fenómeno se termina: con la entrada del siglo XX. Y se termina desde luego con Sinclair Lewis: la *Gopher Prairie de Main Street* puede ser un trasunto de Sauk Centre o de cualquier otra pequeña aldea del Midwest. Como Zenith, en *Babbitt* y en otras novelas de Lewis, es la ciudad-tipo de tamaño medio de esa misma zona geográfica, de unos trescientos mil habitantes —la cifra la especifica exactamente el propio Lewis— y que puede ser Cincinnati, Milwaukee, Dayton, o cualquier otra de las docenas de ciudades de parecidas características que ya por los años 20 proliferan en esa amplísima región.

De este modo el «Middle West» americano se conviene verdaderamente en una metáfora: un símbolo del crecimiento económico y demográfico portentoso, sin un crecimiento paralelo de tipo cultural. Son los eriales intelectuales y artísticos, la tierra baldía del poema de T. S. Eliot, del que cualquier persona con determinadas aspiraciones o aficiones no tiene más remedio que escapar. Sam Bluefarb publicó en 1972 un ensayo titulado *The Escape Motif in the American Novel. Mark Twain to Richard Wright*: Desde el itinerario de Huck Finn, río abajo en busca de la libertad, o si tomáramos las aguas de más arriba, desde la huida al mar de Melville, la escapada al bosque de Thoreau, esas huidas constantes en las novelas de James Fenimore Cooper, o el constante peregrinar de Whitman. Bluefarb no menciona expresamente en su estudio el caso de Sinclair Lewis pero utiliza como epígrafe de su obra una frase sacada de *Main Street*: «En una huida apasionada no sólo tiene que haber un lugar del que escapar; tiene que existir un lugar al que escapar». Esta es la peripecia de tantos escritores del Midwest americano, de todas las épocas, desde Dreiser hasta Hemingway, pasando por el paradigma seguramente de todos ellos: el George Willard de *Winesburg, Ohio*, del maestro Sherwood Anderson.

A partir de los años 20, desde luego, el Midwest adquiere una importancia decisiva en la literatura norteamericana. La nómina de novelistas podría completarse con la de los poetas: y todos ellos se irán a París, o a cualquier otra región de Europa. O los que no lo puedan hacer, se irán, siempre se irán aunque no sea más que a Chicago, desde su aldea; o a Nueva York o en general al Este. En esta época, verdaderamente, se invierte la tendencia de tantos años antes en los Estados Unidos. Y el «Joven, vete al Oeste», se transforma desde ahora en el «Escritor, vete al Este». Porque de momento, en el Midwest americano, tan certeramente descrito en *Babbitt*, como se verá enseguida, o en tantas otras obras de la literatura norteamericana, en ese contexto, no existe más que la pequeñez provinciana, el chismorreó, la represión puritana, y el más descarado culto al dinero.

Este fenómeno de expansión del Midwest tiene su núcleo de sustentación y su explicación definitiva en el fenómeno de la inmigración. De 1881 a 1890, casi seis millones de personas, en su mayoría procedentes de Europa, llegan a los Estados Unidos. Más de ocho millones entran desde 1901 a 1910. Primero las oleadas más importantes proceden de los países escandinavos, de Irlanda, de Alemania. Más tarde van a empezar a llegar europeos del sur, sobre todo italianos, y gentes procedentes de

la Europa oriental. Y así comienza a gestarse el mito, tan explicable por otra parte, de la «americanidad» de los recién llegados. El sustrato blanco, anglosajón y protestante, ve llegar esta moderna invasión de bárbaros como un alivio inicial a la imperiosa necesidad de mano de obra, simplemente de brazos. Luego los recelos van a empezar a aparecer. En 1908 se estrena en Nueva York una obra de teatro, melodramática y propagandística cuanto se quiera, pero que en cierto sentido venía a confirmar los presupuestos antiguos de Héctor St. Jean de Crevecoeur. Israel Zangwill tituló su pieza teatral con una etiqueta que iba a hacer fortuna: *The Melting Pot*. Durante los primeros treinta años del siglo XX se pretende «americanizar» a los recién llegados, eliminar en la medida de las posibilidades el «pluralismo cultural», étnico y lingüístico, para dar paso a una nueva raza que presuntamente había de derivarse de la armoniosa mezcla de europeos inmigrantes, a imagen y semejanza de los «americanos» ya establecidos en los Estados Unidos desde generaciones anteriores.

Cuando en 1917 se produce la revolución rusa, y aun desde antes, los temores a influencias ideológicas «extranjeras», que atentaban contra el sistema de vida y de pensamiento americanos, comenzaron a desparramarse.

Las primeras medidas legislativas para limitar las cuotas de inmigración proceden de 1921 y se establecieron ya férreamente en 1924. Socialistas, extranjeros, agitadores, anarquistas, escorias sociales de la vieja Europa: el problema estaba planteado prácticamente desde la época de los primeros asentamientos coloniales y la «angloconformity» se fue primero practicando, luego formulando expresamente como doctrina étnica y política en los Estados Unidos, y en el siglo XX se trata de imponer, a veces a sangre y fuego, sea por la Legión Americana, el Ku-Klux-Klan, el gran capital e incluso algunos denominados «sindicatos», amarillentos por los cuatro costados, colaboradores fieles del capital, y herederos directos de una mentalidad sobre el trabajo y la ética de la productividad que venía en línea directa del Puritanismo pasando, en su versión laica, por las «virtudes» del bueno de Benjamín.

Es evidente que este conglomerado alemán y escandinavo que se va a introducir hasta las amplias posibilidades del Midwest; una vez más o menos pobladas y hasta saturadas las franjas atlánticas de América, significa un sustrato humano de enorme significación: en el progreso hacia la industrialización, y la proletarización urbana, en las grandes ciudades de esa amplísima zona geográfica. Una novela de 1906 que puede resultar paradigmática en este contexto es *The Jungle*, de Upton Sinclair. Un fresco verdaderamente estremecedor de las condiciones de vida de una comunidad de emigrados lituanos en uno cualquiera de los suburbios de Chicago en donde se hacían como bestias los obreros de las grandes industrias cárnicas, de transformación y enlatado de alimentos, explotados por especuladores, mal pagados y sin medidas de seguridad en el trabajo, sin derechos sindicales, abandonados a sí mismos.

Y es que el segundo fenómeno que contribuye al nacimiento y expansión de estos núcleos urbanos a los que Sinclair Lewis dedica su atención, se refiere, juntamente

con la oleada migratoria externa, a la migración interna en el seno mismo de los Estados Unidos y que va despoblando las zonas rurales y superpoblando las urbanas. En 1920, por primera vez en la historia de los Estados Unidos, el Censo demostraba un dato que desde entonces no ha hecho sino agudizarse y extremarse: la población urbana ya superaba en esa fecha a la población rural. El hecho tiene consecuencias incalculables desde diversos puntos de vista: económico, sociológico, de condiciones de vida, de alimentación, incluso lingüístico. Pero no hay que olvidar un hecho de interés que se produce en estos años y que Sinclair Lewis también nos demuestra en su producción novelesca con la veracidad del observador minucioso. El trasplante de «campesinos» a las ciudades no llevó aparejado un cambio de «mentalidad» o actitudes políticas o ideológicas. De modo que es equivocado, como certeramente ha expresado Burl Noggle en su capítulo «Configurations of the Twenties», en la obra editada por William H. Cartwright y Richard L. Watson, *The Reinterpretation of American History and Culture*, el pensar que por el hecho de pasar del campo a la ciudad, las gentes sufrían un proceso de transformación «progresista» hacia actitudes más abiertas o avanzadas. La resurrección fundamentalista, por ejemplo, o el gran tema de debate en los años 20 entre partidarios y denostadores de la Ley Seca, o la expansión del Klan, la vuelta al poder de los Republicanos en 1920 en la persona de Warren Gamaliel Harding... todos estos acontecimientos encontraron defensores y opositores a partes iguales entre la población urbana y la población rural. *Babbitt* deja constancia de ello.

Se suele considerar la década de los años 20, en los Estados Unidos, como una época en ebullición y en transformación: efectivamente, en toda transformación existe un término del que se parte y un destino al que se aspira. Lo que ocurre con frecuencia es que ambos polos de la dialéctica histórica coexisten y el salto cualitativo hacia adelante no se produce sino tras inmensos forcejeos y tensiones. La denominada «angloconformity», como base nacional «americana» para tantos inmigrantes, tiene implícita en sí misma una dosis importantísima de involución y regresión. En los años 20, ciertas minorías «ilustradas» de artistas, escritores, pensadores o bohemios pueden dar la impresión de que los 20 son los años del despegue americano hacia formas de vida más libres, más deshinibidas, o incluso revolucionarias. Lo cierto es que el poso puritano, factor fundamental religioso de esa «angloconformity», sigue teniendo en esa época una omnipresencia en la vida norteamericana, tanto en el Este como en el Sur, y desde luego también en el Midwest.

Uno de los elementos más significativos de «estabilidad» y sensatez nos lo proporciona el factor económico. En 1901 aparecía en Alemania la primera edición de una obra iluminadora de Max Weber; *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. La explicación de cómo la productividad, la competencia, la propiedad privada, el lucro como objetivo último y único de los hombres de negocios, la moral del éxito, y las presiones sociales que todo ello comporta, constituyen en gran medida

las normas de conducta y desorganización social en el mundo industrial y comercial. Benjamín Franklin significa en la Ilustración americana un poco la trasposición laica de los ideales puritanos: técnicas de ahorro, cómo triunfar en la vida, la utilización de la honradez y de la religiosidad como instrumentos seguros y eficaces de prosperidad en los negocios: Ezra Pound, con su gracejo habitual, lo formuló de modo inequívoco:

*For as Ben Franklin said with such urbanity:
Nothing will pay thee, friend, like Christianity.*

Lo que traducido un poco libremente vendría a significar, sin más, lo que el propio Franklin expresa en tantos lugares de su *Autobiografía*: a la larga, nada es más rentable que la piedad. El puritanismo todavía consigue éxitos importantes en la América de los años 20: el conseguir la legislación conducente a la Prohibición; los escándalos en torno a las teorías de la evolución y sus contradicciones con lo que nos enseña la Biblia; el fascismo declarado del Ku-Klux-Klan, tanto en zonas rurales como urbanas, contra judíos, negros, católicos, socialistas y «extranjeros»; finalmente, el resurgir de movimientos fundamentalistas religiosamente integristas, que adquieren en los Estados Unidos de la época una resonancia nueva contra la que arremeterá enseguida Sinclair Lewis en *Elmer Gantry*. Todos estos factores, que se encuentran en el trasfondo de la época, los vamos a ver de una manera o de otra en la superficie novelesca, como en un espejo, de Sinclair Lewis.

Tampoco conviene olvidar en este contexto las teorías históricas de Frederick Jackson Turner, otro hijo distinguido del Midwest americano, con respecto a la capacidad de forjadora de la «americanidad» que tuvo y sigue teniendo la experiencia de la Frontera. Virtudes americanas por excelencia son aquellas que se gestan en el talante fronterizo, del pionero y del colonizador, en contacto directo con la naturaleza, en su lucha diaria por la supervivencia en un mundo hostil que hay que domesticar para llegar a conseguir, desde otros presupuestos, el éxito.

Y aún habría que mencionar, en el Contexto de transformación social que se opera a través de la emigración y de la urbanización, lo que Thorstein Veblen formula en su obra clásica, anteriormente mencionada, *The Theory of the Leisure Class*, que Sinclair Lewis leyó con atención, y que en la opinión de Sheldon Norman Grebstein constituye en buena medida el código mental y de conducta, bien que inconsciente, de George F. Babbitt, el protagonista de la novela de Lewis.

Para terminar de delimitar el cuadro ideológico de la época en el que se enmarca Sinclair Lewis hay que mencionar, finalmente, un nuevo dato que resulta significativo: el nombre de Henry Louis Mencken casi como símbolo de toda la época, o como aglutinador y cristizador, mediante *The American Mercury* y aún antes en el *Smart Set*. El *Mercury* es cierto que no comenzó a publicarse hasta enero de 1924. El *Smart Set*, bajo el control de Mencken y George Jean Nathan, se publicó entre diciembre de 1914 y diciembre de 1923, fecha en que lo compró por razones

obvias William Randolph Hearst. Henry Louis Mencken fue un personaje curioso, influido de forma más que peculiar por la ideología de Nietzsche, contradictorio y arbitrario, que lo mismo defendía causas artísticamente revolucionarias como actitudes políticas rigurosamente fascistas. No tiene nada de extraño el que Mencken en esta época ejerciera un poderoso influjo en la cultura norteamericana, al menos entre la élite de sus suscriptores y los círculos más o menos «cultos» de sus seguidores ya convencidos de antemano. Con todo el peso de su autoridad literaria moral en la época, no poco del éxito que obtuvo Lewis con sus novelas en esa década de los 20, en buena medida habría que atribuirlo a Mencken.

En resumidas cuentas —y a modo de recapitulación de tantos datos dispersos a lo largo de las páginas anteriores— Sinclair Lewis es buena síntesis, sobre todo en cinco de sus novelas, de la situación sociológica de los Estados Unidos a lo largo de los primeros treinta años del siglo XX. Sinclair Lewis, como tantos de sus contemporáneos, sabía muy bien lo que no quería, lo que rechazaba desde lo más profundo de su ser. El que no estuviera tan seguro de a favor de qué apostaba, resulta desde el punto de vista literario de importancia secundaria. Lewis repudia la represión puritana, la estupidez provinciana, la mercantilización mezquina, el chismorreo aldeano, el afán de lucro y de dinero como última meta de la vida, la estrechez mental y emocional de la vida en cualquier aldea o pequeña ciudad provinciana del Midwest de los Estados Unidos. Cuando aún era un jovencuelo, publicaba Lewis el día 3 de agosto de 1908 un comentario editorial en el *Daily Courier* de Waterloo, Iowa — ¡nada menos!—, en el que a la sazón trabajaba, y que se titulaba «Los necesarios detractores». Así se expresaba Lewis en una especie de síntesis anticipatoria:

Es bien sabido para el filósofo que el pesimista clarividente está con mucha más frecuencia en lo cierto que el optimista a quien frecuentemente le ciega su entusiasmo... Los grandes reformadores y mártires han sido detractores en su mayoría... Y han sido con frecuencia precisamente los detractores los que han salvado al mundo... El entusiasmo de los optimistas exagerados ha sido la fuerza motriz que ha construido las ciudades americanas. Pero los odiados detractores y sus advertencias constituyen el imprescindible control necesario para guiar adecuadamente esa fuerza.

Coincide en esto Sinclair Lewis con lo que Ralph Waldo Emerson consignaba en su diario, en Florencia, el 21 de mayo de 1833: «No puedo ocultar mi predilección por los que dicen NO, más que por los que dicen Sí». Lewis empezó a decir que no, en el terreno rigurosamente novelístico, con *Main Street* en 1920. Se dio cuenta de que había dado en el clavo, y en 1922 siguió lanzando su enérgico «no es esto, no es esto» con *Babbitt*. En 1925 fue *Arrowsmith*; en 1927, *Elmer Gantry*; y 1929, *Dodsworth*. El 12 de diciembre de 1930 recibía el premio Nobel de literatura. Según Sinclair Lewis la literatura norteamericana estaba ya llegando a una mayoría de edad,

o a una madurez que permitía inequívocamente la autocrítica o la sátira despiadada de una serie de factores sociales y económicos, políticos y culturales, que había que corregir en el panorama amplio de los Estados Unidos. Y con el Nobel le llegó a Lewis la compensación y el reconocimiento mundial, a lo que de positivo y regenerador puede llegar a tener esta actitud. O'Neill, Faulkner y Hemingway, entre los que Lewis mencionara en su discurso, iban a recibir el galardón algunos años más tarde.

A partir de 1931, Sinclair Lewis desapareció casi a todos los efectos de la estimación popular. Y sobre todo, de la estimación profesional de la crítica en general y de la casta académica y profesoral en particular. Nada tiene el fenómeno de extraño. Porque Sinclair Lewis, vacilante y lleno de titubeos, sin moverse de donde estaba, como quedó indicado anteriormente, se vio desbordado por el rápido sucederse de los acontecimientos, en su propio país y en el mundo entero, en el aspecto político tanto como en el literario.

Pero Lewis dijo NO, como otros muchos escritores del momento, durante los años 20, cuando la inmensa mayoría de sus compatriotas decían exultantemente que SÍ. No deja de tener mérito. Por eso para entender hoy día la mejor novelística de Lewis, la que produce y publica entre 1920 y 1929, hay que hacer un esfuerzo de acomodación óptica. Hay que restituirlo a su entorno, a su espacio y a su tiempo, y en esas coordenadas, que se han intentado resumir en las páginas precedentes, tratar de detectar y descubrir unos valores que son reales y que seguramente siguen conservando validez hoy día. «Porque no es nada científico ni filosófico observar la Cultura bizantina con los ojos del racionalista del siglo XIX; ver la cultura medieval con la mentalidad del protestante del siglo XVIII; o juzgar la cultura cristiana en general desde un punto de vista materialista». Como no sería justo tratar de juzgar a Sinclair Lewis desde una serie de presupuestos, culturales y literarios, que no son suyos. Nacido en el corazón del Midwest americano en 1885, murió en Europa en 1951. ¿Cuál fue, y qué sentido tuvo, su itinerario?

Amor a América

En páginas anteriores se ha puesto de manifiesto la repercusión pública dentro del panorama literario norteamericano de la época que en su momento tuvo la concesión del premio Nobel de literatura en 1930 a Sinclair Lewis. El estudio de la repercusión privada o personal que el mismo hecho tuvo sobre el autor no es menos significativo, porque nos pone en la pista de algunas claves de interpretación que son esclarecedoras desde el punto de vista de la biografía del novelista.

Rolf Lunden, de la Universidad de Uppsala, en un documentadísimo estudio de 1978 en *American Literature* titulado «Theodore Dreiser and the Nobel prize» (volumen 50. mayo, págs. 216-229), descubre los entresijos de aquellos acontecimientos verdaderamente pintorescos. En 1930 Dreiser perdió el Nobel tanto como Lewis lo ganó. Como recoge Mark Schorer en su biografía de Lewis, ya en 1929 el novelista confesaba que «la gran esperanza de su vida consistía en obtener el premio Nobel». No hay que pensar en ninguna casualidad al comprobar la decisión de la Academia Sueca. Sheldon Norman Grebstein también afirma sin la más mínima vacilación que «para Lewis el premio Nobel constituyó la culminación de todas sus ambiciones». En efecto, ya en 1921 Lewis le urgía a su editor a que enviara ejemplares de sus obras a personajes literarios influyentes en la escena sueca con el fin de que se le pudiera considerar, en un momento dado, como candidato al premio Nobel. En 1930 once de sus trece novelas habían sido traducidas al ruso, al alemán, al sueco o al polaco. Siete se habían traducido al húngaro, al danés, al noruego o al checo. Y seis al francés, cuatro al holandés, dos al español, y una finalmente, *Babbitt*, al italiano y al hebreo. Todos estos son los datos concretos que aduce Grebstein en su excelente monografía sobre Lewis.

Merced a estas fuentes de información precisa podemos saber exactamente en qué medida Lewis estuvo siempre interesado en el premio: sus viajes a Europa y más concretamente a Suecia, sus obras traducidas y publicadas en el país escandinavo, las presiones directas e indirectas, que ejerció sobre sus editores para que organizaran las debidas campañas de difusión de sus obras. Desde que en 1921 apareciera en sueco *Main Street* hasta la fecha esplendorosa de 1930, Sinclair Lewis era un auténtico *best-seller* en Suecia. La cosecha de una siembra generosa y un cultivo muy esmerado y cuidadoso, la recibía Lewis efectivamente en diciembre, en Estocolmo, aceptando el premio Nobel de literatura. ¿Qué significa este fenómeno en la biografía de Lewis? ¿Por qué este empeño en utilizar todos los medios a su alcance para conquistar semejante galardón? ¿Cómo explicar esta ansiedad con respecto al Nobel y su desprecio por el Premio Pulitzer que rechazó en los Estados Unidos cuando se lo quisieron otorgar en 1926 por su novela *Arrowsmith*?

Sin incurrir en excesos psicoanalíticos, es cierto que la raíz de todo ello la podemos encontrar en Sauk Centre, Minnesota, a partir del 7 de febrero de 1885, fecha del nacimiento de Sinclair Lewis. De este modo la anécdota del premio tiene un

valor casi simbólico: lo tuvo desde el punto de vista público o ampliamente literario, como ha quedado de manifiesto con anterioridad; lo tiene igualmente en su perspectiva privada o más íntima, como se intenta que quede de manifiesto en las páginas que siguen.

Sinclair Lewis fue hijo del doctor Edwin J. Lewis y de Emma Kermott Lewis. Sus dos hermanos mayores fueron Claude y Fred. El abuelo de Lewis, su padre, un tío y Claude, su hermano mayor, fueron todos ellos médicos y hombres de prestigio social y de posición económica sólida. La madre falleció de tuberculosis en 1891, cuando el pequeño contaba seis años de edad. Y el doctor Lewis se volvió a casar, en 1892, con Isabel Warner, con la que el chico congenió bien. También se llevó muy bien con el padre de Isabel, hombre de conversación fascinante al que Lewis escuchaba horas enteras. Encontró el muchacho en su nuevo abuelo pábulo a su imaginación. En cualquier caso, la infancia de Lewis en Sauk Centre fue más bien amarga, por mucho que él mismo, años más tarde, tratara de sublimarla con los recuerdos endulzados por la nostalgia. Era un chiquillo medio enclenque, de no muy agraciado aspecto, y tan pelirrojo que desde entonces se le conoció con el apodo de «Red». Lewis: apodo que había de perdurar con el paso de los años. De él se esperaba que fuera también médico. Pero desde sus primeros años en la escuela local no hizo otra cosa sino leer literatura, toda la literatura que caía en sus manos. En 1898 se escapó de casa para alistarse en el ejército, durante la guerra hispano-norteamericana en Cuba, pero fue detenido por su propio padre: el hecho, que en su intención era heroico, no pasó de ser ridículo para su progenitor. Las tensiones personales con su padre no habían hecho más que comenzar. Y el propósito de escaparse de un ambiente familiar en el que no encontraba sino incompreensión, de un contexto aldeano mezquino y de escasas posibilidades culturales, cristalizó en 1902: el pretexto honorable para huir fue el de los estudios. Pasó primero seis meses en la Oberlin Academy, en Ohio, como preparación a su ingreso en la Universidad de Yale. Y en 1903 lo tenemos ya en New Haven. El viaje al Este, la escapada de un ambiente odioso a otro que él pensaba prometedor, fue un fracaso: en Yale se mantuvo reticente y alejado de la corriente universitaria normal, odiaba la vida social en aquella institución, pero comenzó a escribir y a colaborar en el *Literary Magazine* del que al poco tiempo formaba parte del consejo editorial. Aquella fue una válvula de escape de trascendental importancia: porque comenzó a poner en práctica lo que, inconscientemente, había pretendido conseguir desde las incompreensiones paternas en Sauk Centre: demostrarse a sí mismo, y demostrarle a los demás —a su padre más que a nadie— que no hacía falta ser médico para «triunfar», que se podía ser escritor o novelista para conseguir «fama y fortuna». Y que desde luego si quería conseguirlas, no iba a ser en Sauk Centre donde las obtuviera; ni siquiera en el Midwest americano de la época; luego comprendería que: ni siquiera en el Este. Europa era la meta. Algo más tarde, el premio Nobel. Y que cuantos no habían sido capaces de apreciar sus cualidades en potencia, cuantos se lo habían tomado más o menos a broma, desde su físico

desmañado y un poco repelente hasta sus aptitudes intelectuales y profesionales, más que puestas en duda, se dieran cuenta de que era posible salir de aquel ambiente, «hacer carrera» y llegar a la cumbre. La cumbre fue Estocolmo el día 12 de diciembre de 1930. De nuevo desde este punto de vista íntimo y biográfico, el Nobel significó su clímax, su llegada: su canto del cisne igualmente. Conseguido lo que pretendió con tanto ahínco durante tantos años, sus resortes interiores parecieron aflojarse. Y ya no hizo desde entonces sino repetirse a sí mismo hasta la saciedad.

Y es que, en definitiva, sus complejos esquizofrénicos infantiles, su disociación interior de atracción y repulsión combinadas, hacia su padre, hacia su aldea, hacia el Midwest en general, hacia América toda, aparecen y reaparecen, como dando tumbos sin rumbo muy determinado, en todas sus novelas. Esta es la clave de la vida y de la obra de Sinclair Lewis, qué no fue marxista aunque tuviera veleidades más o menos izquierdistas, que no fue freudiano aunque hiciera incursiones en ese terreno movedizo, que no fue naturalista por mucho que admirara la obra de Theodore Dreiser, que no fue después de todo tan rebelde ante la «Genteel Tradition» como alardeara en su discurso de Estocolmo, y que perdió el tren de la renovación literaria norteamericana de los años 20 porque no la entendió. No fue capaz de sacar las consecuencias coherentes y profundas a que algunas de sus intuiciones le podrían haber llevado. Cuando hoy se piensa en Thomas Wolfe, Nathanael West, William Faulkner, John Dos Passos, Hemingway o Francis Scott Fitzgerald, y se les compara a todos ellos con lo que fue la obra literaria de Sinclair Lewis se comprende bien lo que se quiere decir con todo esto. La vida vacilante, la interioridad titubeante de Sinclair Lewis, se reproduce en su obra novelesca. En 1920 encontró el filón con *Main Street*. Sus cinco grandes novelas entre el 20 y el 29 no hacen sino repetir lo consabido: fue el «village virus», el virus aldeano, como pensó llamar inicialmente a *Main Street*, lo que refleja en torno a la figura de Karol Kennicot; el mundo de los pequeños hombres de negocios de la época lo tenemos, también desde un punto de vista ambivalente como se verá más tarde, en *Babbitt*, en 1922. Lo mismo exactamente, puesto el punto de mira en la profesión médica y científica, lo encontramos en 1925 en *Arrowsmith*. Luego será, en 1927, el fundamentalismo y sus tropelías en torno a la figura de un clérigo que también en este caso da título a la novela, *Elmer Gantry*, un impostor para el que la religión no es sino su fuente de ingresos. Finalmente en 1929 aparece *Dodsworth*, en cierto sentido la reconciliación consigo mismo, con el público americano en general y con su aldea y la sombra de su padre en particular. Había conseguido cuanto se proponía.

Pero hasta ese momento, las peripecias se habían ido sucediendo. En 1906 abandonó Yale, harto de la vida académica, y se instaló en la comuna socialista de Helicón Hall, en Nueva Jersey, que más o menos había organizado Upton Sinclair con los beneficios que le había producido su novela, típica del «muckraking», *The jungle*. La experiencia le duró dos meses porque a la larga el sentido del deber con respecto a su padre le hizo regresar a la universidad. Se graduó en junio de 1908. Y

siguió el periplo de tantos escritores norteamericanos, de trabajo en trabajo, de ciudad en ciudad, de intento en intento. Comenzó a escribir de una manera ya sistemática y casi en exclusiva y hacia 1910 nos lo encontramos vendiéndole «ideas» para argumentos nada menos que a Jack London. De 1912 es su primer relato, publicado con pseudónimo. Y en 1914 publica la que figura desde entonces como novela inicial en su canon de más de veinte, *Our Mr. Wrenn*. Ese mismo año de 1914 se casa con Grace Livingstone Hegger que habría de escribir, más tarde, a la muerte de Lewis, una entrañable relación de los años que pasaron juntos. El germen y el proceso de elaboración de esa obra nos lo relata, con una candidez encantadora, la propia Grace en *The Virginia Quarterly Review*, «I Wrote a Biography» (vol. 34; invierno 1958, págs. 18-25).

En 1926 Lewis rehusó el premio Pulitzer de novela que en aquel momento se le ofrecía y que él despreció. Un signo más, muy significativo, de la actitud interior del novelista. Desde *Main Street* hasta la concesión del Nobel, la más escandalosa polémica fue jalonando sucesivamente la aparición de sus novelas. Hubo quien propuso que se le linchara, hubo quien más moderadamente pensó que se le debía meter en la cárcel de por vida. Se le acusó de antipatriota, de anti-americano, de renegado: él, Sinclair Lewis, provinciano típico, americano de corazón, patriotero hasta el sentimentalismo. Cuando se le concedió el Nobel hizo alarde de que, en realidad, se le concedía a los Estados Unidos de América. De que se reconocía, y se valoraba, la existencia de una literatura vigorosa y de importancia que hasta entonces había resultado despreciable para los europeos. En fin, la historia de la animadversión que Lewis provocó entre los reaccionarios-bienpensantes-patriotas de la época no es este el momento de describirla con detalle. Hasta se consideró un insulto para los Estados Unidos el que se le concediera el Nobel a un novelista que, como Lewis, no hacía sino descubrir y denigrar los aspectos más negativos de la vida americana de la época. Leyendo *Babbitt*, por ejemplo, se puede comprender la ambivalencia profunda del relato y llegar a comprender la miopía que significaban en realidad todas estas diatribas contra Sinclair Lewis. Pero un efecto importante y saludable tuvo toda esta polvareda en la vida del novelista: fue propaganda gratis, venta millonaria de sus obras, objeto de discusión. Se habló de Lewis y se escribió sobre él: lo que el tímido, retraído, inseguro de sí mismo Lewis, más necesitaba. Y supo hacer de la necesidad virtud y durante una década el público lector americano sufrió el espejismo Lewis que el paso de los años disipó.

Para cuando Sinclair Lewis murió en Roma, absolutamente solo, sin más compañía que una monja franciscana, su «fama» había prácticamente desaparecido. Sus últimos veinte años de producción literaria fueron oscuros y desafortunados. Otras tendencias mucho más vigorosas, figuras de muchísimo más relieve, se habían apoderado con todo merecimiento de un espacio literario que Sinclair Lewis había ocupado casi por una suma fantástica de coincidencias coyunturales y pasajeras, más que por el mérito intrínseco o decisivo de su producción novelesca. Los años 40 y los

50 le vieron ir desapareciendo progresivamente. A partir de los 60 y más tarde durante los 70, casi resultaba de mal gusto el escribir sobre Lewis o el interesarse siquiera por su obra. Pero su obra sigue teniendo una vigencia significativa, como se habrá de comprobar en el apartado siguiente. Lo cierto, en cualquier caso, es que este hombre y su producción novelesca reflejan un aspecto importante de la vida norteamericana de los años veinte, John J. Koblas ha publicado en 1981 un libro revelador que le da su verdadero sentido y alcance a la vida y a la obra de Lewis: *Sinclair Lewis. Home at Last*. El autor rastrea la pista de Lewis en los pueblos, aldeas y ciudades de los Estados Unidos, sus idas y venidas, su trajín continuo para ponerse en contacto con los ambientes que luego él pretendía siempre reproducir en sus obras. *En casa por fin*: porque realmente una y otra vez, con una persistencia asombrosa, sus andanzas siempre devolvían a Lewis al punto neurálgico del que surgió, del que pretendió alejarse y al que siempre, fatalmente, regresó: Sauk Centre. Su denostado Sauk Centre, su aldea nativa, su infancia odiada y anhelada a un tiempo, su familia, su entorno. Cuando murió en Roma en 1951, sus cenizas emprendieron el último viaje, a través del Atlántico, a través del inmenso continente americano, de vuelta a casa, rumbo a Sauk Centre, Minnesota. Allí descansan: junto a su padre, a su madre, a su madrastra Isabel Warner, en el lugar familiar del cementerio Greenwood. La lápida, con su nombre y las dos fechas, la inicial y la terminal, no tiene más añadido que una simple inscripción: «Autor de *Main Street*». El primer sorprendido de la decisión de Sinclair Lewis de regresar definitivamente a Sauk Centre fue su hermano Claude, el médico: «A pesar de todo su desapego, quiso ser enterrado en Sauk Centre. La verdad es que me sorprendió un poco. Pero eso demuestra que le tuvo mucho amor a su terruño». Evidentemente: lo demostró siempre en su producción novelesca, aunque muchos de sus compatriotas no lo comprendieran por mezquindad o estrechez mental. Lo que aparentemente se deducía de sus diatribas era un desprecio total a la aldea y a sus habitantes, a América en general, cuando en el fondo la verdad es precisamente lo contrario. Al final le confesó a su buen amigo Perry Miller lo que era evidente para quien se quisiera tomar la molestia de indagarlo: «Amo a América... amo profundamente a América... Pero no me gusta». Esa ambivalencia es la que da sentido, estructura y dinamicidad, a sus cinco grandes novelas de la década de los 20. Al propio Lewis se le podrían aplicar las significativas palabras que George F. Babbitt comprende y que formula el narrador de la obra: «De este modo se le hizo evidente el que huir era una estupidez, porque nunca en definitiva podría huir de sí mismo». Y aquel otro fragmento de *Main Street*, ya mencionado en otro contexto con anterioridad, según el cuál «en una huida apasionada tiene que existir no sólo un lugar del que escapar, sino un lugar al que ir». Sinclair Lewis volvió por fin a casa.

De este modo adquieren sentido y coherencia una serie de datos biográficos y bibliográficos, de época y de interpretación, que de otro modo podrían parecer inconexos o inexplicables. En Lewis se reproducen unos moldes norteamericanos muy típicos de su época, aunque con las modalidades propias, personales, que los

diferencian de otros casos. Su marcha al Este, su carácter insatisfecho que le hizo divorciarse de Grace Hegger en abril de 1928, volverse a casar en mayo de ese mismo año, esta vez con Dorothy Thompson. El posterior divorcio en 1942. Su vida errante, de un lugar a otro. Sus constantes vacilaciones ideológicas, que repercutieron obviamente en sus contradicciones literarias no resueltas. Su disociación continua, desde la infancia a la tumba. Verdaderamente, una vez conseguido el Nobel, Lewis se difumina, se debilita, y va acabándose progresivamente a lo largo de los años desde mucho antes de su acabamiento definitivo en Roma. Esa fue su vida, en su época. Y eso reflejan sus obras. Una de las más significativas y aun hoy día válidas, *Babbitt*.

En las páginas precedentes el lector habrá observado algunas reiteraciones: son totalmente intencionadas porque tratan de poner de manifiesto hasta qué punto la época influye en la vida de Lewis. Cómo unos acontecimientos públicos se reflejan en la vida privada del escritor. La síntesis o la formulación de ambos aspectos, de modo paradigmático, la encontramos en esta novela a la que a continuación se va a dedicar la atención ya de modo exclusivo. Los tres círculos concéntricos que significan en el fondo esta introducción quedarán, de este modo, totalmente articulados.

George F. Babbitt

El día 21 de diciembre de 1919, el buque *Buford*, de la Marina de los Estados Unidos, abandonaba el puerto de Nueva York con doscientos cuarenta y nueve extranjeros a bordo. Según reportajes de prensa, que recoge Hoffman en *The Twenties*, se trataba de «doscientas cuarenta y nueve personas blasfemas que no solamente rechazaban la hospitalidad americana y trataban de destruir sus instituciones, sino que también intentaban, mediante una campaña de asesinatos y terrorismo, arruinarla como nación de hombres libres» (pág. 396). El «red scare», o el pánico rojo o la histeria anticomunista que se desata en los Estados Unidos tras la Primera Guerra Mundial y después de la Revolución de Octubre, tuvo a uno de sus más distinguidos y celosos adalides en el Fiscal General A. Mitchell Palmer. Aprovechando la enfermedad de Woodrow Wilson, que casi le incapacitó para el ejercicio del poder, Palmer entró a saco para purificar América de rojos, anarquistas, «extranjeros». Durante una gira por el país con el fin de conseguir apoyo popular a sus tesis antiaislacionistas, Wilson cayó enfermo en Pueblo, Colorado, y trasladado a Washington sufrió un ataque de parálisis el 2 de octubre. Hasta noviembre de 1920 no le sucedió en el cargo, mediante las elecciones normales de aquel año, Warren Gamaliel Harding. Los impedimentos «liberales» a la caza de rojos se habían terminado. Más de cuatro mil hombres y mujeres fueron detenidos e incomunicados y la Asamblea del Estado de Nueva York —en una sesión histórica a la que se alude en el texto de *Babbitt*— expulsó a cinco diputados socialistas legalmente elegidos. La culminación de todo esto se puede estudiar de modo casi paradigmático en el caso de Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti.

El acontecimiento del S. S. *Buford* aquel día aciago de diciembre de 1919 era un poco el del *Mayflower* al revés: la situación social, económica y política, lo justificaba. Desde los orígenes coloniales americanos, como un poco más tarde lo formulara Hector St. Jean de Crevecoeur, el paraíso americano surgía del «melting», o de la fusión y amalgama de gentes de muy variadas procedencias, con un denominador más o menos común que con el paso de los años se ha llegado a conocer como «anglo-conformity». «E pluribus unum» rezan las monedas de centavo en los Estados Unidos: la América blanca, de procedencia europea anglosajona, de religión protestante. La avalancha migratoria que se desborda sobre América en el último cuarto del siglo XIX y durante los primeros veinte años del actual, hace temblar los cimientos de esa unidad. Se reivindica el pluralismo cultural, paralelo al hecho innegable del pluralismo étnico que invade América. El viejo sustrato defensor de la «angloconformity» se ve amenazado por la nueva situación. Y como mecanismos de defensa, aparece el Ku-Klux-Klan, el «red scare», la caza de católicos y judíos, no digamos de negros; y los intentos de expulsión de todos los indeseables, anarquistas y subversivos, a los que se mete en el mismo saco: «extranjeros». Como

si extranjeros no lo hubieran sido todos los blancos en América, y como si los únicos que pudieran reivindicar con pleno derecho la «americanidad» tan proclamada no fueran los indios.

Esta controversia ideológica, política, racial, económica y cultural, está en el meollo mismo de *Babbitt*. El personaje se mueve, reflexiona y vive en este torbellino de contradicciones y se siente profundamente implicado en todas ellas, primero de un modo casi inconsciente; pero conforme la novela avanza, el propio personaje crece. Esta es, en definitiva, la fuerza interior que le da estructura dinámica a la obra como se verá a continuación.

El marco de su novela lo tenía Sinclair Lewis pergeñado desde mucho antes de comenzar a escribirla. Existe una carta del autor a su editor, Harcourt, de Nueva York, con fecha 20 de noviembre de 1929, en la que dice textualmente:

Durante el próximo invierno pienso vivir en alguna ciudad del Midwest, digamos Cincinnati o Dayton o Milwaukee, y así poder completar el material de la próxima novela. Ya hice un buen trabajo previéndolo en este sentido recogiendo datos en Minneapolis, en St. Paul, en Seattle, San Francisco, New Haven, Washington... Pienso que mi ciudad tenga 300 000 habitantes e intento que parezca tan real y tan definida en la novela como creo que lo conseguí con Gopher Prairie.

Durante un viaje por Inglaterra en esa misma época, de hotel en hotel con su máquina de escribir a cuestas, Lewis le escribió otra carta a la secretaria de Harcourt para que le enviara ejemplares del *House Beautiful*, del *American Magazine*, del *Saturday Evening Post*, así como folletos de propaganda de empresas inmobiliarias para familiarizarse con los interiores que ya entreveía para George F. Babbitt y su familia; para conocer también un poco el mundo de los negocios en este aspecto de la venta de viviendas, que iba a ser en la ficción la profesión específica de su personaje.

En esto Sinclair Lewis llevaba a la práctica, concienzudamente, el procedimiento que Mark Schorer ha calificado como de «research», de investigación o de estudio, de ambientes, problemas, hábitos de vida, modo de pensar y de actuar, de los tipos representativos de la clase media americana de esos años iniciales de la década de los 20. Tras esta labor inicial de recopilación de datos, Sinclair Lewis organizaba su esquema y se ponía a escribir. La *Zenith* de *Babbitt* es un poco la amalgama de todas esas ciudades de tipo medio del Middle West americano surgidas como por ensalmo en el transcurso de los veinte o treinta años anteriores, y que habían sustituido, o como engullido, a los pequeños núcleos urbanos anteriores de los que apenas quedan rastros: quizá la oficina de Correos, alguna que otra construcción salvada de la hecatombe de derribo y reconstrucción. «La niebla se apiadó de los caducos edificios de generaciones pasadas», explica casi al comienzo del relato el narrador. El propio Lewis formulaba en otro sitio sus ideas precisas sobre su técnica de elaboración del

«setting» de sus obras:

Realmente hay tres cosas indeleblemente grabadas en la mente, desde el comienzo. Uno quiere escribir un relato sobre una persona que, conforme va tomando cuerpo en la propia imaginación, vive en una casa muy concreta; esa casa está en una calle determinada; la calle pertenece a una ciudad precisa. Y el personaje mismo pertenece a una clase social definida.

Este es efectivamente George F. Babbitt, de Zenith, que vive en una zona suburbana denominada pomposamente Floral Heights. Y la clase media es tanto su procedencia como su refugio. La escala de valores de este entorno no hace falta que Babbitt la formule siquiera o la elabore por sí mismo: le viene dada. Con cuanta mayor conformidad y entusiasmo se entregue a esos «presupuestos», tanto mejor le irá. Más tranquila será su vida, más respetabilidad social conseguirá, más dinero al año ganará. De este modo el individuo desaparece; engullido por lo consabido, lo que le viene de fuera, las imposiciones de todo tipo a las que no tiene sino que decir «sí». El marco de referencia, por consiguiente, queda perfectamente trazado, delimitado, acotado en su sentido más restrictivo posible.

Pero George F. Babbitt no es después de todo el mequetrefe que todo el mundo espera que sea, empezando esas expectativas por las de su propia mujer y sus amigos más cercanos. Sinclair Lewis había pensado inicialmente que *Babbitt*, la novela, tuviera una estructura muy precisa: «Yo había pensado construir esta novela en tomo a las veinticuatro horas de un día cualquiera en la vida del personaje, desde que suena el despertador por la mañana hasta que vuelve a sonar al día siguiente. Lo demás fue surgiendo más o menos inconscientemente». Efectivamente, los primeros siete capítulos de la obra a eso se reducen: el resumen cronológicamente ordenado de un día de trabajo del protagonista. Luego, todo se desborda. Y aparecen, como en un mosaico, una serie de capítulos, intercambiables en su ordenación unos con otros, porque la novela va progresando durante un buen trecho sin más técnica que la de la acumulación de «sketches» o fragmentos que van añadiendo datos y perspectivas a la figura del personaje. Una fiesta en su propia casa, la amistad de Babbitt con Paul Riesling, su antiguo compañero de estudios. Vienen luego aspectos profesionales sobre las trampas, las mezquinas triquiñuelas de quien quiere vender una casa que no reúne las condiciones que se anuncian pero que deja buenos dividendos al vendedor tramposo, que naturalmente pone de manifiesto las ventajas ocultando cuidadosamente los inconvenientes. Su relación con sus hijos, Verona, Ted y Tinka, y por supuesto con su esposa, Myra Babbitt. Muchos críticos observan simplemente la aparente y superficial conformidad del protagonista con las normas sociales, económicas, profesionales, religiosas a las que se somete con toda docilidad. No en vano la palabra «babbitt» se incorpora al *Webster's Dictionary* con el siguiente significado:

También babbitt, por el personaje George F. Babbitt, estereotipo del hombre de negocios americano retratado en la novela Babbitt de Sinclair Lewis (1922). Una persona (como por ejemplo un hombre de negocios o un profesional) que acepta sin pensar y con entusiasmo los valores prevalecientes de la clase media sobre respetabilidad, que convierte en culto el éxito económico, y que despreciado, es incapaz de entender valores artísticos o intelectuales.

Y «babbitry, también babbity, las actitudes, creencias y conducta características de un babbitt». (Vol. I, pág: 156, del *Webster's Third International Dictionary of the English Language*, Chicago, 1976).

Pero lo cierto, en cualquier caso, es que la novela significa en cierto modo un lento proceso de reconocimiento o «anagnórisis» por parte del personaje; que sabe muy bien lo que le rodea y qué se espera de él. Que parece que se encuentra en ese medio como el pez en el agua: pero que parece anhelar algo distinto, ya desde el comienzo mismo de la narración: tan desde el comienzo como es la segunda página de la novela, en la que George F. Babbitt «no obstante, soñaba otra vez con el hada... ¡Era tan esbelta, tan blanca, tan apasionada!». Durante el primer segmento del relato, es cierto, estas ensoñaciones, o estos anhelos no muy concretados, van apareciendo esporádicamente pero con continuidad, por la mente del personaje. Luego, más adelante, en el último tramo de la narración, la rebeldía va a ser abierta y sistemática: en lo religioso, en lo familiar, en lo político, en lo profesional, en toda esfera de actividad en la que se espera de Babbitt un comportamiento determinado que él desprecia y del que se aleja. Va a defender la causa de los huelguistas, y de los obreros en general, va a desafiar abiertamente toda norma y todo principio de «babbitismo».

3. Es en este momento de rebeldía cuando George Babbit dice NO con toda la energía de que es capaz —que no es mucha después de todo— cuando se ponen en marcha los mecanismos sociales represores. Esa caricaturesca Good Citizens' League que aparece en la obra, trasunto de tantas otras organizaciones fascistoides que se autoerigen en salvaguardia de los buenos principios, las buenas costumbres, la piedad y la honradez, tal y como ellos entienden todos y cada uno de esos valores. Se le trata de forzar a que se afilie. Y cuando George se niega a formar parte de semejante pandilla de hipócritas mezquinos, se desatan contra él instituciones u organizaciones parecidas. El mundo de los negocios le retirará sus créditos, los empresarios le negarán su colaboración, la iglesia le negará su visto bueno moral y espiritual con lo que todo ello comporta de extorsión. Babbitt se encuentra sitiado. Y volverá al redil, agotada su experiencia de rebelión abierta aunque interiormente nada convencido: a la Cámara de Comercio, a la Asociación de Empresarios de la Construcción, al Ayuntamiento y por supuesto a la Liga de los Buenos Ciudadanos. La proliferación en los años 20 americanos de este tipo de organizaciones significa el único mecanismo de defensa que se les ocurre poner en marcha a personajes sin ideas: el

rebaño le proporciona una seguridad a las ovejas que cualquiera de ellas por sí misma, descarriada, no es capaz de autoproporcionarse. En 1922 el Presidente Warren Harding declaraba con la retórica absurda que le caracterizó siempre: «Si pudiera implantar un Club Rotario en cada ciudad y en cada aldea de este país podría entonces estar completamente seguro de que nuestros ideales de libertad quedarían a salvo y de que la civilización progresaría». La «lonely crowd» puesta a salvo.

Este fenómeno sociológico, perfectamente comprobable en los Estados Unidos de los años 20, tiene un perfecto reflejo en la estructura novelesca de Lewis. Stephen S. Conroy, de la Universidad de Florida, publicó en noviembre de 1970, en la revista *American Literature*, un excelente estudio titulado «Sinclair Lewis's Sociological Imagination». Verdaderamente es una de las virtudes literarias más significativas en Lewis: su extraordinaria habilidad para yuxtaponer el plano de su experiencia directa y concienzuda de la realidad con el plano de sus seres de ficción, «la interrelación de hombre y sociedad, de biografía e historia, del individuo y el mundo». En realidad Conroy arrancaba de la obra anterior, de 1959, de C. Wright Mills, *The Sociological Imagination*. Y lo que Mills estudiaba de un modo genérico, Conroy lo aplicaba específica y directamente a Sinclair Lewis. Mucho antes, en 1938, el novelista James T. Farrell también lo había formulado en su *A Note on Literary Criticism*:

La corriente viva de la literatura constituye un proceso, entremezclado con otros procesos sociales. Los productos de este proceso nos amplían el conocimiento: nos permiten sentir más profundamente determinados aspectos de la vida; y nos proporcionan placer. En momentos diversos y de acuerdo al carácter del resultado literario, y dependiendo también del público y de la sociedad de que todo ello forma parte, uno de los elementos —conocimiento, sentimiento o placer— puede llegar a prevalecer sobre los otros dos. Cuando, por ejemplo, la literatura profundiza nuestra comprensión e intensifica nuestra conciencia, contribuye en la medida de sus posibilidades al cambio de la sociedad.

Lewis contribuyó de modo decisivo, efectivamente, a la toma de conciencia por parte del público americano del «babbitismo» y de la desoladora soledad del «babbitt».

4. En este contexto, la lectura de *Babbitt* no se agota con la atención al mero nivel explícito del texto. Los sentimientos entremezclados y complejos de Lewis, de atracción y repulsión, de cierto afecto y de profundo desprecio, por todo ese mundo del Midwest americano de su época, lo tenemos magistralmente incorporado a esta novela. Babbitt es un majadero integral, un tramposo de pequeño alcance, un embustero redomado que utiliza la publicidad como simple recurso de engaño de incautos. Se va dando cuenta, progresivamente, a lo largo de la narración, de que su vida es un verdadero vacío, un fracaso familiar, social, íntimo y personal. Y sin embargo, Lewis no se ensaña con este tan vulnerable personaje. Tras su apariencia de

fanfarrón —el típico «booster» de la época— de triunfador, de próspero hombre de negocios, Babbitt está solo. Su amigo Paul Riesling va a ser prácticamente la única persona con la que puede contar, de igual a igual. Y al final de la novela, maltrecho y cansado, derrotado por la operación de acoso y derribo que su entorno ha montado contra él, cuando aparentemente vuelve a la fuerza al redil, llegará un momento clave que en cierto sentido le redime. Su hijo, Theodore Roosevelt Babbitt, decide dejar de estudiar, prefiere dedicarse a la mecánica, y se casa de la noche a la mañana; Babbitt le comprende y le anima: porque tiene la esperanza de que el muchacho consiga lo que él no ha sido capaz de conseguir: escaparse de la mediocridad, hacer lo que realmente le guste, sentirse útil a la sociedad no desde los irracionales prejuicios de esa sociedad, sino desde el convencimiento personal de quien lleva la vida propia, sin que nadie se la tenga que imponer. De este modo, un poco implícitamente en la lectura de la obra, la actitud de Lewis se enriquece y se «complejiza». No todo es sátira descarnada y cruel en la obra de Lewis. Los lectores de su momento, miopes y patrioterros, no fueron capaces de detectar en la obra sino el «antiamericanismo» de Lewis, su amargura, su resentimiento, su ataque a valores americanos del más rancio abolengo. Cuando el dedo apuntaba a la luna, una vez más, los imbéciles no vieron sino el dedo. Esta novela contiene una enorme carga de «sentimentalidad» que la hace quizá más vulnerable, desde el punto de vista literario, que su capacidad crítica, satírica o burlesca. Es cierto que Sinclair Lewis repudiaba tantas cosas de ese americano *medio* de la América de clase *media* en la zona del oeste *medio*: todo *medio*. Es decir, pequeño y alicorto, mezquino y ramplón. El ambiente del que huyeron tantos y tantos novelistas, poetas o escritores, hacia el Este los unos, hacia Europa los otros. París fue la Meca intelectual de la época para muchos. Inglaterra y otros países de Europa lo fueron para Sinclair Lewis. Pero, fatalmente, Lewis siempre regresó. Es más, no se fue jamás del todo. Desde Inglaterra le pedía a su editor folletos y revistas americanos con los que documentarse. Porque también como su personaje en un momento dado de la narración, y como más tarde ese entrañable personaje de Hemingway, Lewis tardó mucho en darse cuenta de que sus problemas no se solucionaban yéndose de un sitio a otro. «Escucha, Robert: irte a otro país no significa nada. Yo ya lo he intentado sin éxito. Uno no puede escaparse de sí mismo yéndose de un lugar a otro. Eso no es posible». (*The Sun Also Rises*, Nueva York 1954, pág. 11). Porque en la escapatoria apasionada que emprende Sinclair Lewis, y en la que intenta George Babbitt, saben muy bien de dónde se quieren escapar. Pero desgraciadamente ninguno de los dos entrevé el lugar al que escaparse. La ambigüedad de Lewis es la del propio Babbitt.

5. «El arte puede ser definido» —decía el gran novelista Joseph Conrad— «como un sencillo intento de rendirle al universo el más alto grado de justicia, sacando a la luz la verdad, múltiple y una, que se esconde siempre bajo todo lo aparente». Lo aparente para George F. Babbitt no puede ser más próspero y esplendoroso; los negocios le van bien, gana sus buenos nueve mil dólares al año cuando el setenta por

ciento de las familias americanas de la época apenas llegaba a los tres mil, cuando existían casi cinco millones de parados, cuando los problemas laborales de la inmigración masiva no hacían sino aumentar, cuando las aglomeraciones del proletariado urbano más desasistido eran verdaderamente inhumanas. En este ambiente de relativa opulencia, de clase media alta, Babbitt con todo se da cuenta de que su vida carece de sentido, de que una cosa es el «American Dream», las buenas intenciones y las declaraciones de los políticos, y otra muy distinta estos «hollow men», hombres huecos, que constituyen el rebaño. El propio Sinclair Lewis cayó también en la cuenta de esta situación: y se convirtió en crítico amargo y cáustico, no tanto contra personas concretas cuanto contra un sistema político y económico que fomentaba abiertamente la explotación, que provocaba la miseria en muchos, y el vacío en casi todos.

El abandono por Norteamérica de su hermosa posibilidad de libertad personal es el blanco preferido de la sátira de Lewis. Si desollaba a los norteamericanos, era porque no querían ser libres, y no cesaba de atacar todos aquellos motivos por los cuales ellos mismos se traicionaban, convirtiéndose en esclavos: el sistema económico, la rigidez mental, el dogma religioso, la coacción legal, los convencionalismos de clase, el materialismo, la mojigatería social, la hipocresía, la afectación, la ostentación y el placer. Esas dos fuerzas, el impulso individual hacia la libertad y el impulso social de restringirla, suministraban la base para sus argumentos en una novela tras otra.

Estas opiniones de Mark Schorer, sobre la novelística en general de Lewis, tienen perfecta aplicación a *Babbitt*. Es en definitiva el impulso interior de Lewis al escribirla: y en esto no hay ninguna paradoja. Lewis fue en el fondo un romántico o un idealista del que se podría decir exactamente lo que su admirado, y por un tiempo amigo, Upton Sinclair decía de sí mismo:

En cierta ocasión declaró Upton Sinclair que las tres figuras que habían moldeado su pensamiento habían sido Jesús, Hamlet y Shelley, es decir el profeta, el soñador medio loco y el poeta romántico. De esta actitud surge su idealismo, de su idealismo surge su ardiente interés por las cuestiones sociales, y de sus convicciones sociales surgen sus novelas tremendamente satíricas y descarnadamente naturalistas. La conexión de estos elementos puede resultar paradójica pero es lo que subyace en toda su producción novelesca.

Algo de todo esto podría bien decirse de *Babbitt*: para Lewis es una especie de contraste. Se predica la tolerancia y el respeto a las ideas, pero se practica la represión de los heterodoxos; se predica la libertad pero se practica la esclavitud. Se tiene en muy grande estima la música, por ejemplo en un pasaje divertido de la novela: pero sólo por los beneficios económicos que su promoción en Zenith pueda reportar para

sus empresarios. Verdaderamente, la desilusión más completa es el resultado y el punto de llegada para George F. Babbitt, como lo es para el propio Sinclair Leváis. En este mezquino ambiente se desarrolló la infancia y adolescencia del novelista: el sino de Babbitt es no poder eludir semejante entorno.

6. Una última observación sobre el texto: para hacerle justicia a Sinclair Lewis, a George F. Babbitt, y a los Estados Unidos mismos. Lewis crea un «tipo» literario que ha hecho fortuna, hasta el punto de quedar el término incorporado al diccionario y antes al habla normal del pueblo americano. Si se quiere, un «estereotipo». La novela tuvo fortuna en Europa, fue traducida y ampliamente divulgada. Pero porque en cada latitud se comprendió muy bien que el personaje *no era exclusivamente americano*, que los babbitts abundan en cualquier contexto en el que el dinero ande de por medio. Incluso un hombre de la indudable valía de Sherwood Anderson publicó en 1922, en *New Republic*, sus «Four American Impressions: Gertrude Stein, Paul Rosefeld, Ring Lardner, Sinclair Lewis». El comentario sobre Lewis, y más concretamente sobre *Babbitt*, denotaba una falta de visión muy notable con respecto al posible alcance más amplio, a la universalidad en suma, de las observaciones del novelista. La reacción se repitió cuando en 1930 le concedieron a Lewis el premio Nobel: Sherwood Anderson sostenía que Lewis había conseguido el galardón «porque su mordaz crítica de la vida americana alimentaba el disgusto, la desconfianza y la envidia que la mayoría de los europeos sentían por los Estados Unidos». Citado por Rolf Lunden en el artículo ya mencionado de 1978, no deja de ser característico de un estado de opinión bastante generalizado. Como si babbitts no existieran más que en los Estados Unidos, como si estos mezquinos e inermes seres, que no tienen en la vida más afán ni más meta que ganar dinero, no proliferaran más que en Milwaukee, en Dayton, en Cincinnati o en Zenith. Estos «tipos» que un novelista determinado es capaz de sintetizar, de «universalizar» a partir de la atención detenida a situaciones particulares, son de aquí y de ahora, tanto como de allí y de entonces. La miopía nos impide a veces comprender el alcance universalizante que toda la literatura conlleva. Pero lo cierto es que los americanos pueden quedarse tranquilos si piensan que a este lado del Atlántico, en Europa y en África, o en cualquier parte, no se dan vendedores de viviendas ladrones, especuladores descarados, caciques pueblerinos que no saben sino responder con el insulto a las razones, con la amenaza a las protestas documentadas. No, la eficacia de *Babbitt*, una más de las muchas que ya se han comentado, es la de la universalidad de su alegato.

Por ello, echar mano de argumentos «patrióticos» para descalificar a Sinclair Lewis, empezando por el reverendo Henry Van Dyke el 28 de noviembre de 1930, al dirigirle un discurso pronunciado en una asamblea o convención de hombres de negocios reunidos en Germantown, Pennsylvania, significa confundir el nivel explícito del texto con el nivel implícito del mismo. Y este hecho confirma, efectivamente, como si hiciera falta confirmación, que el problema con muchos despreciadores y censores «patrióticos» o «religiosos» o «sociales» o «políticos» de

la literatura, obedece simple y llanamente a una realidad incontestable: no saben leer literatura. Nadie les ha enseñado, ni ellos se han tomado la molestia de intentarlo. Realmente, teniendo ojos para leer, no leen. Simplemente, lo tergiversan todo para reforzar sus prejuicios, sus fobias, y su ignorancia. Sinclair Lewis, que nació el 7 de febrero de 1885 y murió en Roma en enero de 1951, no es que sea un gran novelista ni un maestro, con premio Nobel o sin él. De ahí a despreciarlo y arrinconarlo, o a descalificarlo totalmente, media un abismo. Aquí se piensa que sus cinco novelas de los años 20 perduran. *Babbitt*, más que ninguna de ellas.

Nadie va a negar, pues, las limitaciones novelísticas de Sinclair Lewis. En la introducción a *The Enormous Room*, el gran poeta E. E. Cummings se imagina este diálogo pintoresco: «—¿Qué le parece el mundo, Mr. Cummings? —Vivo en tantos: ¿a cuál se refiere?». Lewis vivió en un solo y único mundo. Pero el que conoce y nos describe lo conoce bien. Es reiterativo, no excesivamente profundo, pretendidamente humorístico a veces sin maldita la gracia, amargo y desabrido con demasiada frecuencia, y en el fondo de todo ello, sentimental. La mezcla, a la larga, puede ser explosiva. Limitada la experiencia a *Babbitt*, sólo a ella, puede que sea gratificante e iluminadora. El lector lo dictaminará por sí mismo.

«Babbitt» en España

En España la producción novelesca de Sinclair Lewis es ampliamente conocida, a juzgar por las versiones castellanas que circulan de la mayoría de sus obras. Hay dos tomos, por ejemplo, publicados por Plaza-Janés, en 1962, en su colección «Maestros de hoy» que incluye lo más representativo de su novelística. En el primero de esos volúmenes nos encontramos con *Gideon Planish*, traducida por C. A. Jordana; *Los padres pródigos*, traducida por J. L. B.; *Bethel Merriday*, traducida por Julio Fernández Yáñez; y finalmente, *Ann Vickers*, traducida por José María Qaramunda Bes. El tomo segundo incluye *Aire Libre*, *Calle Mayor*, *Babbitt* y *El doctor Arrowsmith*. Como se puede observar, la selección es buena y amplia: recoge las más significativas novelas de Lewis de la década de los años 20, más alguna de la época anterior (*Free Air*, 1919) y algunas otras de su etapa final. Por ejemplo, *Gideon Planish* que fue publicada en 1943 o *The Prodigal Parents*, de 1938. Desde luego, todas ellas, son significativas. Las posteriores a 1930 ayudan precisamente a comprender la evolución —o la falta de ella más bien— observable en el novelista.

Pero a Lewis se le tradujo ya desde mucho antes al castellano. En 1930_f en la Editorial Cenit, apareció *Babbitt* con traducción y prólogo de José Robles Pazos, precisamente el autor de la traducción utilizada ahora en esta edición nuestra. Aquel fue el paso inicial significativo en el cúmulo de traducciones posteriores de Sinclair Lewis que existen ahora, tanto en España como en Latinoamérica.

Este mismo traductor repite en otra edición de obras de Lewis, esta vez en la editorial Aguilar, y en la que aparecen *Calle Mayor*, *Babbitt* y *Arrowsmith*. Carlos de Onís figura también como traductor de este tomo.

Ediciones populares de algunas obras de Lewis las hay numerosas en España. Baste mencionar en este aspecto la de *Calle Mayor* en Libros Reno, Ediciones G. P., Barcelona 1959, traducción de Carlos de Onís; también en la misma colección y editorial, en 1961, nos encontramos *Bethel Merriday*, traducida por Julio Fernández Yáñez. En la colección «Gigante» de la editorial Caralt, en 1960; hay una traducción de J. L. B. de *Los padres pródigos*, y *Sangre de rey*, traducida por Mary Rowe, aparece también en «Libros Reno» en Barcelona, 1962.

El interés en España por Sinclair Lewis arranca seguramente de 1930, con motivo de la concesión del Premio Nobel. Esa es un poco la excusa o el pretexto publicitario que tantas editoriales necesitan antes de decidirse, sobre seguro, a la publicación de determinados productos literarios. Lo cierto es que si analizamos cuidadosamente la historia editorial de las traducciones de Sinclair Lewis al castellano, dejando a un lado las numerosísimas existentes en países latinoamericanos, caemos en la cuenta de que, efectivamente, la mayoría de las obras más importantes de Lewis están en nuestro mercado. Unas veces en colecciones de «Premios Nobel», otras en «Obras escogidas», otras en ediciones ambiciosas de la mayor parte de la obra del autor,

como es el caso mencionado de Plaza-Janés, en dos volúmenes. Luego, jugando con lo ya existente, proliferan las ediciones populares de muchas de esas piezas sueltas. Los traductores se mantienen siempre los mismos.

De la amplia difusión de la obra de Lewis en España no se desprende, como de causa a efecto, ningún género de influencia de este autor en la literatura española. La afirmación puede parecer aventurada: lo es. Pero tiene una base lógica y, desde cierto punto de vista, convincente. Sinclair Lewis es un artesano muy normal y bastante discreto, desde el punto de vista formal, en el aspecto novelesco. Ninguna novedad técnica ni estructural, ningún cambio con respecto a la novela anterior a él, nos proporciona en sus obras el autor de *Sauk Center*. Es de una «normalidad» casi de una «mediocridad» aplastante. Lo que interesa en Lewis, más bien, es el mosaico social de la vida americana de su época que nos va ofreciendo novela tras novela. Y *Zenith*, o *Gopher Prairie*, o *Milwaukee* o *Dayton*, no son «exportables». Quiero decir que su reducido y muy limitado punto de vista, su voluntad de «espejo plano y lineal» es de tal calibre, que el lector se siente más bien interesado por lo que el autor dice — que coincide casi exactamente con lo que quiere decir— que no por la forma en que Lewis elabora y expresa su opinión sobre esa serie de parcelas de la vida norteamericana que nos ofrece. El mundo de la aldea, el del hombre de negocios modesto, el del gran magnate de la industria, el del mundo médico y científico, el del mundo religioso... En realidad, Sinclair Lewis ha escrito una sola y única novela: el *Midwest* americano de los años 20, usos y costumbres. De ahí no pasa. Por eso su influencia literaria nunca puede ser formal: porque lo formal en su novelística es lo obvio. La obviedad poco influye en otros novelistas o narradores.

El análisis detenido de este fenómeno, por otra parte, complejo y siempre de incierto resultado, queda fuera del objeto de esta introducción, referida expresa, directa y casi exclusivamente al estudio del autor, de su época y de su producción novelesca y su significado en su contexto. Pretender rastrear influencia de Sinclair Lewis, en la literatura española por ejemplo, o en determinados autores castellanos, sería labor que por su propia naturaleza quedaría fuera del sentido y del alcance, preciso, de esta introducción.

Esta edición

Sigue la traducción de José Robles Pazos, basado en el texto estándar de la original americana. En notas se han corregido y revisado algunas inexactitudes o errores.

CAPÍTULO I

1

Las torres de Zenith^[1] se alzaban sobre la niebla matinal; austeras torres de acero, cemento y piedra caliza, firmes como rocas y delicadas como varillas de plata. No eran iglesias ni ciudadelas, sino pura y simplemente oficinas.

La niebla se apiadó de los caducos edificios de generaciones pasadas: la Casa de Correos con su buhardilla de ripias, viejos y ceñudos alminares de ladrillo, fábricas con mezquinas y hollinientas ventanas, viviendas de madera color barro. La ciudad estaba llena de semejantes mamarrachos, pero las limpias torres los iban arrojando del centro, y en las colinas más lejanas resplandecían casas nuevas, hogares donde, al parecer, se vivía alegre y tranquilamente.

Por un puente de hormigón corría una limusina de largo y silencioso motor. Las personas vestidas de etiqueta que ocupaban el vehículo volvían de ensayar toda la noche en un teatro de aficionados, artística aventura considerablemente iluminada por el champaña. Bajo el puente, la curva de un ferrocarril, un laberinto de luces verdes y rojas. El New York Flyer pasó retumbando, y veinte líneas de pulido acero surgieron a su resplandor.

En uno de los rascacielos, los telegrafistas de la Associated Press se levantaban las viseras de celuloide, cansados de hablar toda la noche con París y Pekín. La comunicación quedaba interrumpida. Por los pasillos se arrastraban, bostezando, las mujeres que fregaban los suelos. La niebla del amanecer se disipó. Filas de obreros, con su almuerzo en la fiambarrera, se dirigían hacia inmensas fábricas nuevas, láminas de cristal y ladrillos huecos, relucientes talleres, donde cinco mil hombres trabajaban bajo el mismo tejado, manufacturando unos cacharros de primera que habían de venderse en el Eufrates y en el Transvaal. Las sirenas vibraron a coro, alegres como el alba de abril. Era el canto del trabajo en una ciudad construida, al parecer, para gigantes.

No tenía nada de gigante el hombre que empezaba a despertarse en la galería de una casa de estilo colonial holandés, situada en aquel elegante barrio de Zenith, conocido por Floral Heights.

Se llamaba George F. Babbitt. Tenía cuarenta y seis años en aquel mes de abril de 1920^[2], y no hacía nada de particular, ni mantequilla ni zapatos ni poesía; pero era un águila para vender casas a un precio mayor del que la gente podía pagar.

Su cabeza era grande y rosácea, su pelo fino y seco. Tenía cara de niño dormido, a pesar de las arrugas y de los rojos surcos de sus lentes a ambos lados de la nariz. No era gordo, pero estaba excesivamente bien alimentado; sus mejillas parecían rellenas de algodón, y la tersa mano que yacía abandonada sobre la manta caqui era un tanto gordezuela. Se veía en él al hombre próspero, muy casado y nada romántico. Nada romántico, como la galería donde dormía al aire libre, una galería con vistas a un olmo de buen tamaño, a dos respetables cuadrados de césped, a un camino de cemento y a un garaje de metal acanalado. No obstante, Babbitt soñaba otra vez con el hada, un sueño más romántico que una pagoda escaflata junto a un mar plateado.

Durante años y años el hada había acudido a visitarle. Donde los otros no veían más que a Georgie Babbitt, ella descubría al joven galán. Le esperaba en la oscuridad de misteriosas arboledas. Cuando al fin logró escabullirse de la casa atestada de gente, Babbitt voló a ella como una flecha. Su mujer, sus bulliciosos amigos, trataron de seguirle; pero él se escapó, la muchacha corrió a su lado, se acurrucaron juntos en la umbrosa ladera de una colina. ¡Era tan esbelta, tan blanca, tan apasionada! Le llamaba valiente; le decía que esperaría por él, que se embarcarían juntos...

Fragor y estrépito del camión de la leche. Babbitt gruñó, dio una vuelta, trató de reanudar su sueño. Ya sólo podía ver su cara, más allá de las aguas brumosas. El portero cerró de golpe la puerta del sótano. Un perro ladró en el patio contiguo. En el preciso momento en que Babbitt iba a empalmar el sueño, el repartidor de periódicos pasó silbando, y el *Advocate* sonó contra la puerta de la calle. Babbitt, con el estómago contraído por la alarma, se incorporó. Apenas se tranquilizó fue traspasado por el familiar e irritante chirrido de un Ford que alguien trataba de poner en marcha: ra-ra-ra-ra-ra-ra. Devoto automovilista, él mismo, Babbitt daba vueltas a la manivela con el invisible conductor; con él esperaba impaciente el bramido del arranque; con él agonizaba cuando cesaba el bramido y empezaba de nuevo a fallar el motor con aquel infernal ra-ra-ra, sonido seco de mañana fría, sonido irritante del que no era posible escapar. Sólo cuando el zumbido acelerado del motor le hizo comprender que el Ford estaba en marcha pudo librarse de la tensión nerviosa que le angustiaba. Echó una mirada a su árbol favorito, el olmo cuyas ramas se destacaban contra la pátina dorada del cielo, y trató de reanudar el sueño, con el ansia de quien busca una droga. Él, que de muchacho tuvo gran fe en la vida, no se interesaba ya por las posibles e

improbables aventuras de cada nuevo día.

Escapó de la realidad hasta que el despertador sonó, a las siete y veinte.

3

Era el mejor y más anunciado de los despertadores fabricados en gran escala, un despertador con todos los accesorios modernos, incluso carillón, timbre de repetición y esfera fosforescente. Babbitt se enorgullecía de ser despertado por tan complicado mecanismo. En valor social competía con los neumáticos caros.

Reconoció que no había escape; pero siguió acostado, pensando con odio en la compraventa de fincas y en su familia. Se detestaba a sí mismo por detestarla. La noche anterior había jugado al póquer en casa de Vergil Gunch hasta las doce, y después de fiestas semejantes se irritaba fácilmente antes de desayunar. Quizá fuera la horrible cerveza de la era de prohibición^[3] y los cigarros que la tal cerveza pedía; quizá fuera el disgusto de volver de aquel espléndido mundo masculino a una mezquina región de esposas y mecanógrafas que le aconsejan no fumar tanto.

Desde la alcoba contigua a la galería, la voz detestablemente jovial de su mujer, que gritaba «ya es hora de levantarse, Georgie», y el inaguantable roce de la mano que limpiaba de pelos un cepillo duro, un sonido rápido y rechinante que atacaba los nervios.

Gruñó; sacó sus macizas piernas de debajo de la manta caqui y se sentó en el borde del catre, pasándose los dedos por la cabeza despeinada, mientras sus pies regordetes buscaban mecánicamente las zapatillas. Miró con pesar la manta, que siempre le sugería libertad y heroísmo. La había comprado para una excursión que nunca se llegó a realizar. Aquella manta simbolizaba la alegre holganza, las alegres palabrotas, las varoniles camisas de franela.

Se puso en pie. Los ramalazos que sentía detrás de los ojos le hacían refunfuñar. Con el temor de que se repitiesen, se asomó al patio. Le encantó, como siempre; era el patio aseado de un próspero negociante de Zenith, es decir, era la perfección, y le hacía perfecto a él también. Se fijó en el garaje de metal acanalado y, como cada uno de los trescientos sesenta y cinco días del año, reflexionó: «Esa casucha de hojalata es una facha. Tengo que hacerme un garaje de madera. Pero, qué demontre, es la única cosa que no está a la última». Mientras lo miraba pensó en un garaje público para su nueva barriada, Glen Oriole. Dejó de dar bufidos y se quedó en jarras. Las facciones de su cara petulante, hinchada de dormir, se endurecieron súbitamente. Reapareció el hombre de iniciativa, capaz de inventar, de dirigir, de hacer cosas.

Entusiasmado con su idea se dirigió al cuarto de baño por un pasillo tan firme y tan limpio, que parecía completamente nuevo. Aunque la casa no era grande, tenía, como todas las casas de Floral Heights, un baño regio de porcelana, baldosas y metal bruñido. El toallero era una barra de transparente cristal, montada en níquel. En la bañera cabía un guardia prusiano, y sobre el lavabo había una sensacional exhibición de cepillos para dientes, brochas, jaboneras, esponjeras y frascos, tan relumbrantes y tan ingeniosamente colocados, que aquello parecía la repisa de un laboratorio. Pero

Babbitt, cuyo dios era el Aparato Moderno, no estaba satisfecho. El olor de un dentífrico endemoniado hacía irrespirable la atmósfera del cuarto de baño. «¡Verona ha vuelto a las andadas!, en vez de seguir con el lildol, como re-pe-ti-da-men-te le he dicho, se habrá agenciado alguna de sus malditas porquerías que le ponen a uno malo».

La esterilla estaba arrugada y el suelo mojado. (Su hija Verona tenía de cuando en cuando la ocurrencia de tomar baños por la mañana). Resbaló en la esterilla y se dio contra la bañera. Soltó un carajo y, hecho una furia, cogió el tubo de pasta para afeitarse. Se enjabonó, golpeándose furiosamente con la brocha espumosa, y no menos furiosamente empezó a pasarse la maquinilla por sus gordos carrillos. Se hacía daño. La cuchilla estaba embotada. Y soltó otros dos carajos.

Buscó y rebuscó en la vitrina un paquete de cuchillas nuevas, pensando, como siempre: «Más barato sería comprarse un chisme de esos y afilarse las cuchillas uno mismo». Cuando lo descubrió detrás de la redonda caja de bicarbonato, pensó mal de su mujer por haberlo puesto allí y muy bien de sí mismo por no haber dicho «carajo». Pero lo dijo inmediatamente después, cuando con los dedos llenos de jabón trató de sacar del horrible sobrecito la cuchilla nueva y quitarle el pegajoso papel que la envolvía.

Luego otro problema, mil veces planteado y nunca resuelto. ¿Qué hacer con la cuchilla vieja, que era un peligro para los dedos de su pequeña? Como de costumbre, la puso encima del botiquín, haciendo propósito de tirar las otras cincuenta o sesenta cuchillas que estaban, también temporalmente, amontonadas allí arriba. Siguió afeitándose con un humor de todos los diablos, aumentado por la jaqueca y por el vacío de su estómago. Cuando terminó, su cara, redonda y lisa, chorreaba agua de jabón, y los ojos le picaban. Buscó una toalla. Las toallas de la familia estaban mojadas, mojadas y pegajosas y sucias, pensó, mientras a ciegas iba tentándolas todas una por una, la suya, la de su mujer, la de Verona, la de Ted, la de Tinka, y el solitario toallón del baño con el enorme verdugón de la inicial. Entonces George F. Babbitt hizo una cosa horrible: ¡Se secó la cara con la toalla del huésped! Una monería bordada de pensamientos, que siempre estaba allí colgada, para indicar que los Babbitt pertenecían a la mejor sociedad de Floral Heights. Nadie la había usado nunca. Ningún huésped se había atrevido. Los huéspedes se secaban a hurtadillas con la punta de una toalla cualquiera, la más próxima.

Se puso furioso. «¡Puñeta, aquí van y usan las toallas, todas las toallas, y las usan y las mojan y las ponen chorreando, y nunca me dejan una seca para mí! —¡claro, yo soy el último mono!— y yo necesito una y... Y soy la única persona en toda la puñetera casa que tiene su poquito de puñetera consideración para el prójimo y atención, y considero que puede haber otros que quieran usar el puñetero cuarto de baño después que yo y considero...».

Estaba arrojando al baño aquellas odiosas toallas, por el placer de vengarse de algún modo, cuando, en medio de la operación, le sorprendió su mujer, que le

preguntó con toda la calma del mundo:

—Pero, querido, ¿qué estás haciendo? ¿Vas a lavar las toallas? No es necesario que las laves, hombre. ¡Oh, George, supongo que no habrás usado la toalla del huésped!, ¿verdad?

No se sabe lo que acertó a responder. Por vez primera después de muchas semanas fue suficientemente despabilado por su mujer para mirarla cara a cara.

Myra Babbitt —la señora de Babbitt— era una mujer definitivamente madura. Las arrugas que tenía a ambos lados de la boca terminaban bajo la barbilla, y su cuello regordete se abolsaba. Pero lo que demostraba que había pasado la raya era que ya no tenía reservas con su marido y que ya no le importaba nada no tenerlas. Ahora estaba en enaguas y con un corsé abombado; pero completamente despreocupada de que la vieran así. Se había acostumbrado de un modo tan estúpido a la vida matrimonial, que en su opulenta madurez resultaba tan asexual como una monja anémica. Era una mujer buena, una mujer amable, una mujer diligente; pero nadie, exceptuando quizás a su hija Tinka, que sólo tenía diez años, mostraba el menor interés por ella. Ni siquiera se daban cuenta de que existía.

Después de una discusión bastante completa sobre todos los aspectos domésticos y sociales de las toallas, disculpó a Babbitt en atención a su jaqueca; y él se repuso lo bastante para soportar la busca de una camiseta que había sido, dijo, malévolamente escondida entre sus pijamas limpios.

En la conferencia sobre el traje castaño estuvo bastante amable.

—¿Qué te parece, Myra?

Babbitt manoseaba ropas colgadas de una silla mientras ella iba y venía misteriosamente por el dormitorio, ajustándose la enagua. A ojos de su marido, parecía que no acababa nunca de vestirse.

—¿En qué quedamos? ¿Me pongo hoy también el traje castaño?

—Te sienta divinamente.

—Ya lo sé, demontre; pero hay que plancharlo.

—Eso sí. Quizá tengas razón.

—Está pidiendo la plancha, no cabe la menor duda.

—Sí, quizá no le viniera mal un planchado.

—El caso es que la chaqueta no hay que plancharla. Es una bobada planchar el condenado traje entero, cuando la chaqueta no lo necesita.

—También es verdad.

—Pero los pantalones, vaya si lo necesitan. Míralos... mira qué arrugas. No, los pantalones hay, indudablemente, que plancharlos.

—Sí, sí. ¡Oh, George! ¿Por qué no te pones la chaqueta castaña con esos pantalones azules que no sabemos qué hacer con ellos?

—¡Santo Dios! ¿Me has visto tú alguna vez en mi vida llevar la americana de un traje con los pantalones de otro? ¿Qué te crees que soy yo? ¿Un pobre tenedor de libros?

—Bueno, ¿por qué no te pones el traje gris oscuro hoy y dejas en la sastrería los pantalones castaños?

—Sí, indudablemente necesitan... Bueno, ¿dónde demonios está el traje gris? ¡Oh, aquí está!

Por fin pudo vestirse con relativa resolución y calma.

Primero se puso una camiseta de algodón sin mangas, marca B. V. D., con la cual parecía uno de esos niños que en las cabalgatas municipales salen vestidos con un tabardo de estopilla. Nunca se ponía tal prenda sin dar gracias al Dios del Progreso por no tener que llevar peleles ceñidos, largos, anticuados, como su suegro y consocio, Henry Thompson. Su segundo embellecimiento fue peinarse y alisarse el pelo hacia atrás. Con esto descubrió cinco centímetros más de frente. Pero la verdadera maravilla se operó al calarse los anteojos.

Dan carácter los anteojos, las pretenciosas gafas de concha, los humildes quevedos del maestro de escuela, los lentes de plata del viejo pueblerino. Los anteojos de Babbitt, enormes, circulares, no tenían borde, y eran del mejor cristal; se los sujetaba a las orejas con dos finas varillas de oro. Con ellos era el hombre de negocios moderno, que daba órdenes a sus empleados, que guiaba un auto, que jugaba al golf de cuando en cuando y que era casi un sabio en cuestiones comerciales. Su cara infantil tomó repentinamente un aire de importancia, destacándose entonces su nariz roma, su boca recta y gruesa, su barbilla excesivamente carnosa, pero enérgica. Quien le viera con su uniforme puesto le tomaría respetuosamente como personificación del Ciudadano Fuerte.

El traje gris, bien cortado, bien hecho, carecía de distinción. Era un traje como los hay a millares. Una tirilla blanca en la «v» del chaleco daba a su dueño aspecto de abogado. Iba calzado con botas de cordones, botas buenas, botas fuertes, botas modelo, botas extraordinariamente desprovistas de interés. Su única frivolidad era la corbata de punto morada. Después de innúmeras observaciones sobre la cuestión dirigidas a su esposa (que, haciendo acrobáticos esfuerzos para sujetarse por detrás la falda a la blusa con un imperdible, no oyó palabra de lo que le dijo), se decidió a llevar la corbata morada en vez de la otra, que ostentaba un complicado dibujo de arpas entre palmeras, y clavó en ella un alfiler, una cabeza de serpiente con ojos de ópalo.

Fue un acontecimiento sensacional cambiar del traje castaño al gris el contenido de los bolsillos. Estos objetos los tomaba él muy en serio. Eran de capital importancia, como el béisbol o el partido republicano. Entre ellos figuraba una estilográfica y un lapicero de plata (siempre sin minas de repuesto), que pertenecían al bolsillo superior derecho del chaleco. Sin su pluma y su lápiz se hubiera sentido desnudo. En la cadena de su reloj llevaba siete llaves (dos de las cuales no recordaba de dónde eran), un cortaplumas de oro, un cortacigarros de plata e, incidentalmente, un buen reloj. De la misma cadena pendía un largo y amarillento diente de alce, que le proclamaba socio de la Benévola y Protectora Orden de los Alces. Lo más significativo de todo era su agenda de bolsillo, aquella moderna y práctica agenda, que contenía las señas de personas a quienes había olvidado, resguardos de giros postales llegados a su destino hacía meses, sellos que habían perdido la goma, recortes de versos por T. Cholmondeley Frink y de artículos de fondo, de los cuales

sacaba Babbitt sus opiniones y sus palabras largas, notas para estar seguro de hacer cosas que no pensaba hacer, y esta curiosa inscripción: D. S. S. D. M. Y. P. D. F.

Pero no tenía pitillera. A nadie se le había ocurrido regalarle una, de modo que no estaba habituado a ella, y los hombres que gastaban pitillera le parecían afeminados. Por último, se puso en la solapa el botón del Boosters' Club^[4]. Con él se sentía Babbitt leal e importante. Le asociaba con los Good Fellows, hombres simpáticos y humanos, hombres importantes en el círculo de los negocios. Era su Cruz Victoria, su cinta de la Legión de Honor.

Con las complicaciones del vestirse vinieron a sumarse otras inquietudes.

—Me siento un tanto malucho esta mañana —dijo—. Creo que cené demasiado anoche. No debías haberme dado esas frituras de plátano, que son tan pesadas.

—¡Pero si tú me las pediste!

—Ya sé; pero... Te digo que cuando uno pasa de los cuarenta tiene que mirar por su digestión. Hay la mar de individuos que no se cuidan lo que se debieran cuidar. Te digo que a los cuarenta un hombre o es tonto o es su doctor...; quiero decir doctor de sí mismo, su propio médico. La gente no presta la debida atención a esto de la dieta. A mí me parece... Naturalmente, un hombre debe comer bien después de trabajar todo el día; pero no sería malo que, tanto tú como yo, hiciésemos un almuerzo más ligero.

—Pero, Georgie, aquí, en casa, siempre almorzamos ligeramente.

—¿Quieres decir que yo me atraco como un cerdo cuando como en el centro? ¡Sí, claro! ¡Divertida estabas si te tuvieras que comer el bodrio que el nuevo mayordomo nos sirve en el Athletic Club! Bueno, la verdad es que esta mañana me siento no sé cómo. Tengo un dolor aquí abajo, en el lado izquierdo...; no será apendicitis, ¿verdad? Anoche, cuando iba a casa de Verg Gunch, sentí un dolor en el estómago también. Aquí mismo fue... Un dolor agudo, una punzada. Yo... ¿Dónde habrán ido a parar esos diez centavos? ¿Por qué no sirves más ciruelas para el desayuno? Claro que yo me como una manzana todas las noches (si tomas a diario una manzana, nunca verás al médico en tu casa); pero debías darnos ciruelas más a menudo, en vez de todas esas filigranas.

—La última vez que puse ciruelas, tú no las probaste.

—Bueno, no me apetecerían, supongo. En realidad, creo que me comí algunas. De todos modos..., te digo que es de capital importancia el... Precisamente anoche le decía yo a Verg Gunch que la mayoría de las personas no se preocupan lo bastante de su digestión...

—¿Invitaremos a los Gunch la semana que viene?

—¡Hombre, claro; no faltaba más!

—Pues mira, George: quiero que te pongas tu esmoquin esa noche.

—¡Recontra! Los demás no se vestirán.

—Cuenta con que sí. Acuérdate de cuando no te vestiste para la cena de los Littlefield, y todos los demás fueron de etiqueta. ¡Qué azorado estabas!

—¿Azorado yo? ¡Qué va! Yo no me azoré. Todo el mundo sabe que yo me puedo poner un traje de camarero tan caro como cualquiera, y que no tengo que preocuparme de si lo llevo o no lo llevo tal o cual vez. Y, además, es un latazo. Bien está para una mujer que anda siempre por la casa; pero cuando un hombre ha estado trabajando como una fiera todo el santo día, no le hace gracia empaquetarse la camisa planchada, quieras o no quieras, por unos cuantos fulanos que ha visto con sus trajes de diario ese mismo día.

—No digas; a ti te gusta que te vean de etiqueta. La otra noche confesaste que te alegrabas de que yo hubiera insistido en hacerte vestir. Dijiste que te encontrabas mucho más a gusto. Y otra cosa, George: no quiero que digas «traje de camarero».

—¡Qué más da!

—La gente bien jamás lo dice. Figúrate que Lucile McKelvey te oyera.

—¡Bueno está eso! Lucile McKelvey no me la da a mí. Su parentela es de lo más ordinario que hay, aunque su marido y su papá sean millonarios. Estás tratando, supongo, de refregarme tu alta posición social. Pues mira, permíteme que te diga que tu reverenciado progenitor, Henry T., ni siquiera le llama traje de camarero. ¡Le llama «chaqué rabón para monos con rabo», y no lograrás que se ponga uno como no le cloroformices!

—¡Por favor, George, no te pongas así!

—Yo no quiero ponerme de ninguna manera; pero... ¡Dios, te estás volviendo más exigente que Verona! Desde que salió del colegio está insoportable... No sabe lo que quiere... Bueno, yo sí sé lo que quiere... Quiere casarse con un millonario, y vivir en Europa, y estrechar la mano de algún ilustre predicador y, al mismo tiempo, quedarse aquí, en Zenith, y ser una de esas agitadoras socialistas o presidenta de alguna junta de caridad, ¡o qué sé yo qué demonios! ¡Dios, y Ted, otro que tal baila! Quiere ir a la universidad y no quiere ir a la universidad. La única de los tres que tiene la cabeza en su sitio es Tinka. Sencillamente, no puedo comprender cómo he tenido un par de hijos tan tarambanas como Roña y Ted. Yo no seré ningún Rockefeller ni ningún James J. Shakespeare; pero sé dónde tengo la cabeza, y sigo dale que te dale trabajando en mi oficina, y... ¿No sabes lo último? Por lo que me figuro, a Ted le ha dado ahora la ventolera de ser actor de cine y... Y le he dicho cien veces que si va a la universidad y estudia Derecho y se porta bien, le meteré en los negocios y... Verona es tan calamidad como él. No sabe lo que quiere. ¡Bueno, bueno; vamos! ¿No estás lista aún? La muchacha ha tocado la campanilla hace tres minutos.

Antes de seguir a su mujer, Babbitt se quedó un momento mirando por la ventana de su cuarto. Aquel barrio residencial, Floral Heights, estaba en un alto, y aunque el centro de la ciudad distaba tres millas —Zenith tenía ahora entre trescientos y cuatrocientos mil habitantes—, podía ver desde allí el remate de la Second National Tower, un edificio de piedra caliza con treinta y cinco pisos.

Sus brillantes muros se elevaban contra el cielo abrigado gris matando en una simple cornisa, que era una línea de fuego blanco. Había en la torre entereza y decisión. Llevaba su fuerza airoosamente, como un soldado alto. Babbitt la contemplaba, y sus nervios se calmaron, su expresión se suavizó, su fofa barbilla se alzó con reverencia. Apenas articuló «¡Qué hermosa vista!»; pero se sintió inspirado por el ritmo de la ciudad; renació su amor por ella. Aquella torre era el templo de la religión de los negocios, una fe apasionada, exaltada, que estaba por encima del hombre vulgar, y bajó a desayunar silbando la balada «Oh, by gee, by gosh, by jingo», como si fuera un himno melancólico y noble.

CAPÍTULO II

1

Libre del moscardoneo de Babbitt y de los dulces gruñidos con que su mujer, demasiado experimentada, expresaba la compasión que por experiencia no sentía, el dormitorio quedó instantáneamente sumido en una completa impersonalidad.

Comunicaba con la galería donde Babbitt dormía a la intemperie. En él se arreglaban los dos, y en las noches más frías el marido renunciaba al deber de ser valiente y se metía en la cama de dentro, donde, bien calentito, encogía los dedos de los pies y se reía de los temporales de enero.

El cuarto, modesto y alegre, estaba pintado según uno de los mejores diseños del decorador que «hacía los interiores» para la mayoría de los que construían casas en Zenith con fines especuladores. Las paredes eran grises, las molduras blancas, la alfombra de un azul sereno; y muy semejante a caoba era el mobiliario: la cómoda, con su grande y claro espejo, el tocador de la señora de Babbitt, con objetos de plata casi maciza, las dos camas sencillas e iguales, entre las cuales había una mesilla con una lámpara eléctrica de marca, un vaso para agua, y un libro, también de marca, con ilustraciones en color. Qué libro fuera no puede saberse, porque nadie lo había abierto nunca. Los colchones eran firmes, pero no duros, espléndidos colchones modernos que habían costado una barbaridad de dinero; el radiador tenía exacta y científicamente la superficie que correspondía a la capacidad del cuarto. Las enormes ventanas de guillotina se abrían fácilmente, y tenían pestillos y cuerdas de la mejor calidad y cortinillas garantizadas. Era el dormitorio una obra maestra, recién salida de *Casas Modernas y Alegres para Rentas medianas*. Sólo que no tenía nada que ver con los Babbitt ni con nadie. Si alguien había vivido y amado alguna vez allí, si había leído novelas espeluznantes a media noche, si se había quedado indolentemente en la cama un domingo por la mañana, no se veían trazas de ello. Tenía el aspecto de ser un cuarto muy bueno en un hotel muy bueno. Esperaba uno que la doncella entrara a arreglarlo para personas que pasarían sólo una noche, que se irían sin mirar atrás y que no volverían a pensar en él nunca.

En Floral Heights una casa sí y otra no tenía un dormitorio igual.

La casa de los Babbitt se había construido cinco años antes. Toda ella era tan adecuada y tan lustrosa como aquel dormitorio. Modelo de buen gusto, tenía las mejores alfombras baratas, una arquitectura sencilla y recomendable y los últimos adelantos. Por todas partes, la electricidad sustituía a las velas y a las sucias chimeneas. En el rodapié de la alcoba había tres enchufes para lámparas eléctricas ocultos por unas chapitas de latón. En los pasillos había enchufes para el aspirador, y en el gabinete, enchufes para la lámpara del piano, para el ventilador. El pulcro comedor (con su admirable aparador de roble, su chinero con vidrieras emplomadas, sus paredes de estuco color crema y su conmovedora escena de salmón expirando sobre un montón de ostras) tenía enchufes para la cafetera eléctrica y para la tostadora eléctrica.

En realidad, la casa de Babbitt tenía un solo defecto: no era un hogar.

Muchas mañanas, Babbitt bajaba brincando y bromeando a desayunar. Pero aquel día, por algún misterioso motivo, todo andaba de través. Al pasar por el corredor del piso superior miró la alcoba de Verona y exclamó en son de protesta:

«¿Para qué tener una casa de primera cuando la familia no la aprecia, y atender a los negocios y meterse en asuntos?».

Se dirigió hacia ellos: Verona, una muchacha de veintidós años, regordeta, pelicastaña, que recién salida de Bryn Mawr^[5], estaba pendiente de su deber y de su sexo, de Dios y de los rebeldes pliegues del traje sport que a la sazón vestía; Ted — Theodore Roosevelt Babbitt—, un decorativo jovenzuelo de diecisiete años; y Katherine, todavía una niña, con pelo rojo brillante y una piel fina, que se hacía sospechosa de comer demasiados bombones y demasiados helados. Babbitt no manifestó su vaga irritación al entrar pisando fuerte. Realmente, no le gustaba ser tirano con su familia, y sus arrebatos eran tan absurdos como frecuentes. Gritó a Tinka:

—¿Qué hay, chipilina?

Era la única palabra afectuosa de su vocabulario, exceptuando los adjetivos «querida» y «vidita» con que distinguía a su mujer, y se la espetaba a Tinka todas las mañanas.

Apuró una taza de café con la esperanza de apaciguar su estómago y su alma. Su estómago se quedó como si no le perteneciera, pero Verona empezó a ponerse pesada y molesta, con lo cual Babbitt se sintió nuevamente asaltado por las dudas acerca de la vida, la familia y los negocios, que se habían apoderado de él al desaparecer el hada de sus sueños.

Verona llevaba seis meses trabajando en las oficinas de la Gruensberg Leather Company, con la perspectiva de llegar a secretaria de Mr. Gruensberg, y así, como decía Babbitt, sacar algún provecho de su costosa educación hasta que estuviera en disposición de casarse.

Pero ahora Verona decía:

—Papá, he estado hablando con una compañera mía que trabaja en la Junta de Beneficencia... ¡Si vieras qué bebés más monos van allí, papá...! Pienso que yo también debería hacer algo así que valiera la pena.

—¿Que valiera la pena? ¿Qué dices? Si te hacen secretaria de Gruensberg (que no sería imposible si siguieras con la taquigrafía y no anduvieras cada noche de conciertos y tertulias), te encontrarás con treinta y cinco o cuarenta machacantes por semana, que bien valen la pena.

—Ya lo sé; pero... ¡Oh, yo quisiera... contribuir...! Me gustaría trabajar en un grupo escolar. Tal vez pudiera conseguir que uno de los grandes almacenes me dejara instalar un departamento benéfico con una buena sala de espera y tapices y sillones

de paja y demás. O podría...

—Bueno, mira. Lo primero que tienes que entender es que todas esas zarandajas de beneficencias y recreos infantiles no son más que cuñas del socialismo. Cuanto antes aprenda un hombre que no va a sacar para sus peques la comida gratis, y todas esas clases gratuitas y demás zarandajas si no suelta lo que valen, pues tanto más pronto se pone manos a la obra y a producir... ¡a producir! Eso es lo que necesita el país y no todas esas fantasías que debilitan la voluntad del obrero y dan a sus hijos una porción de ideas impropias de su clase. Y tú, si atendieras al negocio en vez de andar haciendo el tonto de acá para allá... ¡Siempre! Cuando yo era joven me resolví a hacer una cosa y la hice a pesar de los pesares y por eso estoy ahora donde estoy, y... ¡Myra! ¿Por qué le dejas a la niña picar las tostadas de esa manera? No puede uno echarles mano. ¡Además, no te das cuenta que están medio frías!

Ted Babbitt, estudiante de segundo en la gran East Side High School, que había estado interrumpiendo la conversación con hipidos, rompió a hablar abruptamente:

—Oye, Roña, tú vas a...

Verona se volvió rápida.

—¡Ted! ¿Me harás el favor de no interrumpirnos cuando hablamos de cosas serias?

—¡Anda, ésta! —dijo Ted en tono judicial—. Desde que se cometió la equivocación de sacarte del cole, Ammonia, siempre estás soltando tonterías sobre esto, lo otro y lo de más allá. ¿Vas...? Yo necesito el auto esta noche.

—¿Ah, sí? ¡Pues a lo mejor lo necesito yo! —bufó Babbitt.

Y Verona dijo en son de protesta:

—Conque el señorito quiere el coche, ¿eh?

—¡Oh, papá, tú nos dijiste que nos ibas a llevar a Rosedale! —sollozó Tinka.

—Cuidado, Tinka —dijo la señora Babbitt—; estás metiendo la manga en la mantequilla.

Todos echaban llamas por los ojos. Verona gritó:

—¡Ted, eres un perfecto cochino!

—¡Y tú no! ¡De ningún modo! —dijo Ted con su desesperante suavidad—. Tú quieres llevártelo en cuanto acabemos de cenar y dejarlo parado toda la noche frente a la puerta de alguna de tus amigas mientras gastas saliva hablando de literatura y de los niños postineros con que puedes casarte... ¡Caso que se declaren!

—¡Bueno, papá no debía dejártelo nunca! Tú y esos brutos de los Jones corréis como locos. ¡Hay que ver cómo tomáis la curva de Chautauqua Place a sesenta por hora!

—¿De dónde sacas eso? Tú tienes tal canguelo que cuando subes una cuesta metes el freno.

—¡No es verdad! Y tú... Siempre hablando de lo mucho que sabes de motores, y Eunice Littlefield me contó que una vez dijiste que la batería alimentaba al generador.

—Pues tú... Tú, querida mía, no distingues un generador de un diferencial.

No sin razón le hablaba Ted con altanería porque Ted tenía natural disposición para la mecánica y sabía montar y componer un motor.

—¡Bueno, basta ya! —dijo Babbitt maquinalmente, respirando satisfacción al encender el primer cigarro del día mientras echaba un vistazo a los titulares del *Advocate Times* estimulantes como una droga.

Ted optó por la diplomacia.

—De veras, Roña, yo no quiero sacar el cacharro, pero he prometido a dos chicas de mi clase llevarlas al ensayo del coro y, ¡qué diablo!, no tengo maldita la gana, pero un caballero debe cumplir sus compromisos sociales.

—¡Con eso sales ahora! ¡Compromisos sociales, tú! ¡En el instituto!

—¡Vaya pisto que nos damos desde que fuimos a ese colegio de gallinitas! Permíteme que te diga que en todo el Estado no existe colegio particular donde se junte una pandilla como la nuestra. Hay dos chicos que sus padres son millonarios. Y yo debía tener un coche mío, como tantos otros.

Babbitt casi se levantó.

—¿Un coche, tú? ¿No quieres también un yate y una casa con jardín? No me hagas reír. ¡Un chico que no puede aprobar el latín, que cualquier otro lo aprueba, y espera que yo le regale un auto, con chófer supongo, y hasta puede que un aeroplano, en premio al trabajo que se toma en ir al cine con Eunice Littlefield! Bueno, cuando veas que te compro un...

Poco después, con mucha diplomacia, Ted logró hacer confesar a Verona que aquella noche iba simplemente a ver una exposición de perros y gatos en el Arsenal. Verona, propuso Ted, dejaría el auto delante de una confitería frente al Arsenal y él iría allí a buscarlo. Se arregló magistralmente el conflicto de dejar la llave y de llenar el depósito de gasolina; y apasionados devotos del Gran Dios Motor loaron el parche del neumático de repuesto y lamentaron la pérdida del mango del gato.

Terminada la tregua, Ted observó que los amigos de ella eran «una pandilla de gomosos charlatanes y postineros». Los amigos de él, apuntó Verona, eran «unos deportistas ful y sus amiguitas unas chiquillas horribles, ignorantes y escandalosas».

—Es un asco que fumes cigarrillos —añadió—, y ese traje que te has puesto esta mañana es completamente ridículo... Te está horrible, de veras.

Ted se agachó para mirarse en el espejo del aparador y, encontrándose encantador, se sonrió con petulancia. Su traje de última moda era ceñidísimo, con unos pantalones raquíuticos que apenas le llegaban a las botas, un talle de corista y en la espalda una trabilla perfectamente inútil. Su chalina era un enorme lazo de seda negra. Llevaba el pelo, que era rubio y liso, planchado hacia atrás y sin raya. Cuando iba a la escuela se lo cubría con una gorra de visera mayor que una pala. Lo más extraordinario era el chaleco, conseguido a fuerza de ahorros, de ruegos y de maquinaciones: un verdadero chaleco de fantasía, con motas de rojo marchito y puntas asombrosamente largas. En

el borde inferior llevaba el botón del colegio, el botón de su clase y el alfiler de la cofradía.

Y nada de esto importaba. Ted era flexible, vivo, robusto; sus ojos (que él creía cínicos) tenían una vehemencia cándida. Pero no pecaba de modosito. Y haciendo un ademán a Verona, le dijo arrastrando las palabras:

—Sí, creo que somos un tanto ridículos y repugnantículos, y me parece que nuestra corbata es bastante chillona.

—¡Sí, señor! —Ladró Babbitt—. Y mientras te regodeas mirándote, te diré que tu viril belleza ganaría mucho si te limpiaras la boca, que la tienes manchada de huevo.

Verona se echó a reír, momentáneamente victoriosa en la peor de las guerras, que es la guerra familiar. Ted la miró desesperado, luego gritó a Tinka:

—¡Por amor de Dios, mujer, no vuelques todo el azucarero en los *corn flakes*^[6]!

Cuando Verona y Ted se fueron a la calle y Tinka al piso de arriba, Babbitt se puso a refunfuñar.

—¡Qué encanto de familia! —dijo a su mujer—. Yo reconozco que no soy ningún corderito y hasta que me pongo a veces insoportable durante el desayuno; pero cuando empiezan que si patatín que si patatán, no los puedo resistir. Creo que cuando un hombre se ha pasado la vida tratando de dar a sus hijos una educación decente, es descorazonante verlos todo el santo día peleándose como hienas y nunca..., y nunca... ¡Tiene gracia! Dice aquí el periódico: «... nunca un momento de silen...». ¿Has visto ya el periódico?

—Todavía no, querido.

En los veintitrés años que llevaba de casada, la señora de Babbitt había leído el periódico antes que su marido sesenta y siete veces solamente.

—La mar de noticias. Un tornado horroroso en el Sur. Mala suerte. Pero esto, oye, ¡esto es descacharrante! El principio del fin para esos sinvergüenzas. La Asamblea de Nueva York ha aprobado un proyecto de ley que proscibiría completamente a los socialistas. Y en Nueva York los estudiantes están manejando los ascensores desde que los empleados se han declarado en huelga. ¡Ahí le duele! Y en Birmingham se pidió en un mitin que Mick, el agitador ese, y De Valera, sean deportados. ¡Bien hecho, qué diablo! Todos esos agitadores son pagados con oro alemán, ya se sabe. Y nosotros no tenemos nada que ver con el gobierno irlandés ni con ningún otro gobierno extranjero. No queremos meter baza en el asunto. Y corre el rumor, muy probable, de que en Rusia ha muerto Lenin. ¡Magnífico! No alcanzo a comprender por qué no vamos nosotros allá y echamos a patadas a esos tunantes de bolcheviques.

—Es verdad.

—Y dice aquí que un sujeto fue nombrado alcalde, y tomó posesión vestido con un mono de mecánico... ¡y, además, era predicador! ¿Qué te parece?

—¡Muy bonito!

Babbitt buscó una actitud, pero ni como republicano ni como presbiteriano, ni como Alce, ni como negociante de casas, pudo encontrar una opinión establecida de

antemano sobre los alcaldes-predicadores, de modo que gruñó y siguió adelante. Ella parecía interesarse pero no oía una palabra. Más tarde leería los titulares, las noticias de sociedad y los anuncios de los almacenes.

—¿Qué te parece esto? Charley McKelvey continúa haciendo la pirueta social tan pelmazo como siempre. Oye lo que dice de anoche la cronista:

Nunca se siente la Sociedad —con S mayúscula— más halagada que cuando, como anoche, es invitada a participar de un festín en la distinguida y hospitalaria residencia de los señores de McKelvey. Situada en medio de su espacioso parque, una de las vistas más notables de Royal Ridge, la casa, hogareña y alegre a pesar de sus enormes muros de piedra y de sus vastas habitaciones famosas por el decorado, fue abierta anoche de par en par con motivo del baile dado en honor de la ilustre huésped de Mrs. McKelvey, Miss J. Sneeth de Washington. El amplio vestíbulo, gracias a sus holgadas proporciones, pudo convertirse en espléndido salón de baile cuyo entarimado reflejaba en su pulida superficie la encantadora concurrencia que lo pisaba. Hasta las delicias del baile palidieron ante las tentadoras ocasiones de hablar a solas, tête à tête, junto a la señorial chimenea de la biblioteca, o en alguna de las cómodas poltronas del gabinete, cuyas discretas lámparas invitaban a cuchichear tímidamente dulces naderías deux à deux. Y en la sala de billar podía uno coger un taco y lucir sus habilidades en un juego no apadrinado por Cupido ni por Terpsícore.

Había más, muchísimo más, todo en el mismo estilo urbano de miss Elnora Pearl Bates, la popular redactora del *Advocate Times*. Pero Babbitt no podía soportarlo. Refunfuñó. Arrugó el periódico. Protestó.

—¡Es el colmo! No tengo inconveniente en reconocer el mérito de Charley McKelvey. Cuando estábamos en el colegio, él pegaba tan fuerte como cualquiera de nosotros, y ha sacado su buen millón de machacantes en contratas, y no ha sido menos honrado que otros ni ha comprado a más concejales que los necesarios. Y es una buena casa la suya..., aunque no tenga «enormes muros de piedra» ni valga los noventa mil que le ha costado. Pero que se hable como si Charley McKelvey y toda su pandilla de borrachines fueran unos, unos, unos... Vanderbilt^[7], bueno, ¡me saca de quicio!

—Con todo —murmuró tímidamente la señora de Babbitt—, me gustaría ver el interior de su casa. Debe de ser preciosa. Yo nunca he estado dentro.

—¡Pues yo sí! La mar... Un par de veces. De noche, para hablar de negocios con Charley. No es lo que dicen. Yo no necesito ir allí a cenar con esa gente tan postinera. Y apuesto a que yo hago mucho más dinero que algunos de esos lechuguinos que se gastan todo en trajes de etiqueta y no tienen una prenda interior decente que puedan llamar suya. ¡Oye! ¿Qué te parece esto?

Mrs. Babbitt no se conmovía con las noticias que daba el *Advocate Times* en su columna de Compraventa y Construcción:

Ashtabula Street, 496 — J. K. Dawson
a Thomas Mullally, Abril 17, 15.7 112.2,
hip. \$4000Nom.

Aquella mañana Babbitt estaba demasiado inquieto para entretenerla con párrafos de los artículos sobre Hipotecas Registradas y Contratos Concedidos. Se levantó. Cuando la miraba, sus cejas parecían más peludas que de ordinario. De repente:

—Sí, quizá... Es una lástima no mantener las relaciones con personas como los McKelvey. Trataremos de invitarles a cenar alguna noche. ¡Bueno, qué diantre, no perdamos el tiempo en hablar de ellos! Nuestra pandilla pasa ratos mucho más divertidos que todos estos plutócratas. Compara un ser verdaderamente humano como tú con esos pájaros neuróticos como Lucile McKelvey..., que habla de una manera tan pedante y se viste como un papagayo. ¡Tú eres una buena mujer, vidita!

Disimuló su traicionera dulzura con una queja:

—Oye, que no vuelva Tinka a comer más ese veneno de chocolate con nueces. ¡Por amor de Dios, procura que no se estropee el estómago! Te digo que la mayoría de las personas no comprenden lo importante que es hacer una buena digestión y habituarse al orden. Volveré a la hora de costumbre, supongo.

Babbitt besó a su mujer. Realmente no la besó: puso sus labios inmóviles sobre la mejilla impasible de ella. Y echó a correr hacia el garaje murmurando:

—¡Dios, qué familia! Y ahora Myra se va a poner patética porque no alternamos con ese equipo de millonarios. ¡Oh, Dios, a veces me dan ganas de abandonarlo todo! Y los quehaceres de la oficina igual o peor. Y yo me pongo desagradable... No lo hago con intención pero...

CAPÍTULO III

1

Para George F. Babbitt, como para la mayoría de los ciudadanos acomodados de Zenith, su automóvil era poesía y tragedia, amor y heroísmo. La oficina era su barco pirata, pero el automóvil, su peligrosa excursión a tierra.

Entre las tremendas crisis de cada día, ninguna más dramática que poner el motor en marcha. En las mañanas frías era cosa de nunca acabar; el arranque zumbaba angustiosamente; y a veces tenía que echar unas gotas de éter en las llaves de los cilindros, lo cual era tan interesante que durante el almuerzo tenía que contarle minuciosamente calculando de palabra cuanto le costaba cada gota.

Aquella mañana salió decidido a encontrar algo mal, y se sintió deprimido cuando la mixtura estalló con fuerza, instantáneamente, y el auto ni siquiera rozó la jamba de la puerta, rayada y astillada por los tropezones de los guardabarros. Todo confuso gritó «¡Buenos días!» a Sam Doppelbrau con más cordialidad de la que se propuso.

La casa de Babbitt, verde y blanca, de estilo colonial holandés, era una de las tres que ocupaban aquella manzana de Chatham Road. A la derecha estaba la residencia de Mr. Samuel Doppelbrau, secretario de una excelente compañía dedicada a la instalación de accesorios en los cuartos de baño. Era una confortable casa la suya, sin pretensiones arquitectónicas, una enorme caja de madera con una torre rechoncha y un espacioso porche, todo ello pintado de amarillo yema. Babbitt calificaba a los señores Doppelbrau de «bohemios». A media noche solían oírse en su casa música y risotadas; el vecindario murmuraba que tenían *whisky* de contrabando, que corrían en su auto como locos. A Babbitt le proporcionaban muchas felices noches de discusión, en las cuales proclamaba con firmeza: «Yo no soy mojigato, y no me importa en absoluto ver a uno echarse una copa al colete de vez en cuando, pero cuando se trata deliberadamente de armar la gorda a todo pasto como hacen los Doppelbrau, eso sí que ya no puedo aguantarlo».

Al otro lado de Babbitt vivía Howard Littlefield, doctor en Filosofía, en una casa rigurosamente moderna. La parte baja era de ladrillo rojo oscuro, con un mirador emplomado, la parte superior de estuco pálido y el tejado de tejas rojas. Littlefield era el Gran Erudito de la vecindad; una autoridad en todo excepto en bebés, cocina y automóviles. Se había graduado de bachiller en el Blodgett College y era doctor en Filosofía (sección de Economía política) por la Universidad Yale. Era gerente y consejero de publicidad de la Compañía de Tracción de Zenith. Podía, dándole diez horas de plazo, presentarse ante los concejales o ante la legislatura del estado y probar, definitivamente, con filas de guarismos, y precedentes de Polonia y Nueva Zelanda, que la Compañía de Tranvías respetaba al público y se desvivía por sus empleados; que todas sus acciones estaban en poder de viudas y huérfanos; y que cualquier cosa que pretendiera hacer beneficiaría a los propietarios aumentando las rentas y ayudaría a los pobres rebajando el precio de los alquileres. Todas sus amistades acudían a Littlefield cuando deseaban saber la fecha del sitio de Zaragoza,

la definición de la palabra «sabotaje», el porvenir del marco alemán, la traducción del «hinc illae lachrimae» o el número de productos del alquitrán. Aterrorizaba a Babbitt confesándole que a menudo velaba hasta media noche leyendo cifras y notas en informes del Gobierno o examinando (muy divertido con los errores del autor) los últimos volúmenes de Química, de Arqueología y de Ictiología.

Pero el gran valor de Littlefield consistía en su ejemplaridad espiritual. A despecho de su extraño saber, era tan estricto presbiteriano y tan firme republicano como George F. Babbitt. Confirmaba a los hombres de negocios en la fe. Si sabían solamente por instinto que su sistema industrial y sus métodos eran perfectos, el doctor Howard Littlefield se lo probaba con la Historia, con la economía política y con las confesiones de los radicales convertidos.

Babbitt se enorgullecía grandemente de ser vecino de tal sabio, y también de la intimidad de Ted con Eunice Littlefield. A los dieciséis, Eunice no mostraba el menor interés por las estadísticas, salvo las referentes a la edad y al sueldo de las estrellas cinematográficas, pero —como Babbitt declaró definitivamente— «era hija de su padre».

La diferencia entre un hombre ligero como Sam Doppelbrau y una persona verdaderamente refinada como Littlefield se revelaba en su aspecto. Doppelbrau estaba inconcebiblemente joven para ser un hombre de cuarenta y ocho años. Llevaba siempre el hongo en la coronilla, y en su cara roja una risa sin sentido. Pero Littlefield estaba viejo para sus cuarenta y dos. Sin embargo era alto, ancho, fuerte; sus lentes de oro se hundían en los repliegues de su larga cara; su pelo tieso era un revoltijo negro y grasiento; rugía y resoplaba al hablar; la llave de la Phi Beta Kappa relucía contra su chaleco lleno de manchas; olía a pipas viejas; era completamente fúnebre y archidiaconal; y a la profesión de corredor de fincas y al oficio de instalar cuartos de baño añadía un aroma de santidad.

Aquella mañana, Littlefield estaba delante de su casa, inspeccionando la hierba plantada entre el encintado y la ancha acera de cemento. Babbitt paró su coche y sacó la cabeza para gritar «¡Buenos días!». Littlefield se acercó pesadamente y apoyó un pie en el estribo.

—Hermosa mañana —dijo Babbitt encendiendo, indebidamente pronto, el segundo cigarro del día.

—Sí, hace una mañana espléndida —corroboró Littlefield.

—La primavera se nos viene encima.

—Sí, esto es ya la primavera —dijo Littlefield.

—Sin embargo, las noches son frías aún. Tuve que echarme un par de mantas anoche en la galería.

—Sí, no hacía demasiado calor anoche en la galería.

—Pero no creo que tengamos verdadero frío desde ahora.

—No, aunque ayer nevó en Tiflis, Montana —informó el erudito—, y recordará usted el temporal que tuvieron en el Oeste hace tres días (treinta pulgadas de nieve en

Greeley, Colorado), y hace dos años cayó una nevada aquí mismo, en Zenith, el 25 de abril.

—¡Cierto! Oiga, querido, ¿qué piensa usted del candidato republicano? ¿A quién nombrarán para presidente? ¿No cree usted que ya es hora de que tengamos una administración verdaderamente práctica?

—En mi opinión, lo que el país necesita, primero y principalmente, es una buena, sana y seria dirección de sus asuntos. ¡Lo que necesitamos es una administración práctica! —dijo Littlefield.

—¡Hombre, me alegro de que diga usted eso! ¡Sí, señor, me alegro muchísimo! Yo no sabía qué pensaría usted, con todas sus relaciones universitarias y demás, pero me alegro mucho de que piense usted así. Lo que el país necesita, precisamente en este caso, no es un rector de universidad que se entrometa en asuntos extranjeros, sino una buena, sana, económica y práctica administración que active los negocios.

—Sí. Por lo general la gente no se da cuenta de que hasta en China los escolásticos^[8] están cediendo su puesto a hombres más prácticos, y naturalmente usted comprenderá lo que esto implica.

—¡Cierto! ¡Bueno, bueno! —Respiró Babbitt sintiéndose mucho más tranquilo, y mucho más contento de cómo marchaban las cosas en el mundo—. Bueno, ha sido un placer parar y echar esta parrafadita. Ahora tendré que irme a la oficina y pinchar a unos cuantos clientes. Bueno, hasta luego, amigo. Esta noche le veré. Hasta luego.

Habían trabajado aquellos recios ciudadanos. Veinte años antes, la colina en que Floral Heights se había desarrollado, con sus brillantes tejados, su immaculado césped y su pasmoso confort, era un exuberante bosque de olmos, robles y arces. A lo largo de las calles, trazadas con extraordinaria precisión, se veían aún unos cuantos solares con árboles, y un pedazo de antiguo huerto. Aquél era un día luminoso; en las ramas de los manzanos, las hojas nuevas brillaban como antorchas de fuego verde. Las primeras flores de los cerezos blanqueaban en una hondonada, y los petirrojos clamoreaban.

Babbitt olfateaba la tierra, se reía con los histéricos petirrojos como se hubiera reído con una película cómica. Era, a simple vista, el perfecto oficinista que acude a su oficina: un hombre bien alimentado, con un correcto flexible gris y anteojos sin armadura, que fumaba un largo cigarro y conducía un buen coche por un bulevar semiurbano. Pero él tenía verdadero amor por sus vecinos, por su ciudad, por su clase. El invierno había concluido; había llegado el tiempo de construir, el tiempo de la producción visible, que para él era la gloria. Perdió su abatimiento; rojo de júbilo, paró en Smith Street para dejar los pantalones castaños y para llenar el depósito de gasolina.

La familiaridad del rito le fortificó: la vista de la alta y roja bomba de gasolina, el garaje de ladrillo y terracota, la ventana llena de los más agradables accesorios: flamantes cubiertas, immaculadas bujías de porcelana, cadenas doradas y plateadas para los neumáticos. Se sintió halagado por la amabilidad con que Sylvester Moon, el más sucio y hábil de los mecánicos, salió a servirle:

—Buenos, Mr. Babbitt —dijo Moon.

Y Babbitt se sintió persona de importancia, persona de cuyo nombre se acordaban hasta en los garajes, y no uno de esos deportistas ful que andan de un lado para otro en un cacharro cualquiera. Admiró la ingenuidad con que la aguja del contador hacía tictac a cada galón que marcaba; admiró la agudeza del cartel:

*Más vale llenar a tiempo que quedarse en la carretera
gasolina: 31 centavos*

Admiró el rítmico gorgoteo de la gasolina al caer en el depósito y la mecánica regularidad con que Moon daba vueltas al manubrio.

—¿Cuánto tomamos hoy? —preguntó Moon, en un tono que combinaba la independencia del gran especialista, la familiaridad del chismorreó, y el respeto para un hombre de peso en la sociedad como George F. Babbitt.

—Cólmelo bien.

—¿A quién vota usted para candidato republicano, Mr. Babbitt?

—Es aún muy temprano para hacer predicciones. Después de todo, tenemos

todavía un mes y dos semanas...; no, tres semanas... Deben ser casi tres semanas...; bueno, en total faltan más de seis semanas para la asamblea republicana, y creo que uno debe ser imparcial y dar a cada candidato una oportunidad..., estudiarlos a todos, justipreciar lo que vale cada uno, y luego decidir con cuidado.

—Cierto, Mr. Babbitt.

—Pero le digo a usted... y en esto mi actitud es la misma que hace cuatro años, la misma que hace ocho, y será mi actitud de ahora en cuatro años... sí, y de ahora en ocho años, lo que le digo a todo el mundo, y no debe esto entenderse demasiado generalmente, es que lo que necesitamos ahora y luego y siempre es una administración buena, seria y práctica.

—¡Es verdad, caramba!

—¿Qué le parecen a usted las gomas delanteras?

—¡Bien, bien! No tendríamos mucho que hacer en los garajes si todo el mundo cuidara su coche como usted lo cuida.

—Bueno, se hace lo que se puede.

Babbitt pagó, dijo adecuadamente «Oh, quédese con la vuelta», y partió sinceramente complacido de sí mismo.

—¿Quiere montar? —gritó, como lo haría un Buen Samaritano, a un señor de aspecto respetable que estaba esperando el tranvía.

Cuando subió el desconocido, Babbitt, condescendiente, le preguntó:

—¿Va usted derecho al centro? Siempre que veo a alguien esperando por el tranvía, tengo por costumbre invitarle a montar... a menos, claro está, que me parezca un mangante.

—Ojalá hubiera más personas tan generosas —dijo cumplidamente la víctima de la benevolencia.

—Oh, no es cuestión de generosidad; lo que pasa es que yo creo (la otra noche se lo decía a mi hijo) que el deber de todo hombre es compartir las buenas cosas de este mundo con sus vecinos, y me cabrea mucho que un presuntuoso cualquiera se dé pisto sólo porque hace obras de caridad.

La víctima parecía incapaz de hallar la respuesta adecuada. Babbitt bramó:

—¡Vaya un servicio que nos da la compañía en esta línea! Es absurdo que los tranvías de Portland Road pasen sólo cada siete minutos; las mañanas de invierno se queda uno helado esperando en la esquina con el viento que le muerde a uno las pantorrillas.

—Verdad. A la Compañía de tranvías le importa un comino el trato que nos den. Les debería pasar algo.

Babbitt se alarmó:

—Sin embargo, no sería justo descargar todos los golpes contra la Compañía y no darse cuenta de las dificultades que tiene, como esos chalados que quieren que pase a propiedad del Municipio. Es simplemente un crimen lo que hacen los obreros con la Compañía; no cesan de pedir aumento de jornal, y ¡claro!, los que perdemos somos

usted y yo, que tenemos que pagar siete centavos por viaje. En realidad, el servicio es excelente en todas las líneas, considerando...

—Pues...

—Hermosa mañana —explicó Babbitt—. La primavera se nos echa encima.

—Sí, esto es ya la primavera.

La víctima no tenía originalidad ni ingenio, y Babbitt cayó en un gran silencio y se dedicó a pasar a los tranvías antes de la esquina. Correr a todo gas entre el enorme costado amarillo del tranvía y la quebrada fila de autos estacionados junto a la acera, y embalar en el preciso momento en que el tranvía se paraba: un deporte original y temerario.

Y mientras tanto, se iba dando cuenta del encanto de Zenith. Pasó muchas semanas sin fijarse más que en los clientes y en los irritantes SE ALQUILA de sus rivales. Hoy, no sabía por qué, pasaba de la rabia a la alegría, con la misma nerviosa rapidez, y hoy la luz de la primavera era tan simpática que levantó la cabeza y vio.

Le llenaba de admiración todo cuanto encontraba en la familiar ruta de la oficina: los *bungalows*, los arbustos, las serpeantes calzadas de Floral Heights. Las tiendas de un solo piso en Smith Street, resplandor de vidrios y ladrillos nuevos; tiendas de comestibles, lavanderías y droguerías para atender las necesidades más inmediatas de las amas de casa que vivían en East Side. Las huertas de Dutch Hollow, sus casuchas remendadas con metal acanalado y puertas robadas. Carteleras con diosas de nueve pies de altura que anunciaban películas, tabaco de pipa y polvos de talco. Las «mansiones» de la Calle Novena, que parecían viejos currutacos desaseadamente vestidos; castillos de madera convertidos en casas de huéspedes, con caminos enlodados y vallas mohosas; garajes que se entrometían a empellones, casas de vecindad baratas y puestos de frutas cuidados por suaves y zalameros atenienses. Al otro lado de la vía férrea, fábricas que producían leche condensada, cajas de cartón, aparatos eléctricos, automóviles, luego el centro comercial, el tránsito compacto y rápido, los tranvías atestados descargando, y los amplios portales de mármol y granito pulido.

Aquello era grande, y Babbitt respetaba la magnitud en cualquier cosa que fuera: en montañas, en joyas, en músculos, en riqueza o en palabras. Fue, durante un momento de encanto primaveral, el lírico y casi desinteresado amante de Zenith. Pensó en los suburbios industriales; en el río Challoosa, con sus orillas extrañamente corroídas; en las colinas de Tonawanda salpicadas de huertas; y en las vaquerías, con sus grandes establos y sus tranquilizadoras vacadas. Cuando se apeó su pasajero, exclamó:

—¡Dios, me siento divinamente esta mañana!

Tan épico como poner en marcha el auto era el drama de encontrar un sitio donde dejarlo antes de entrar en su oficina. Al doblar la esquina de Oberlin Avenue para meterse en la Calle Tercera, buscó con la mirada un espacio libre en la línea de automóviles estacionados. Vio un sitio, pero un rival le cogió la delantera. Delante, otro coche se despegó de la acera y Babbitt redujo la marcha, sacando la mano a los que venían tras él; hizo señas a una vieja para que siguiera andando y esquivó un camión que le embistió por un lado. Rozando con las ruedas delanteras el tope de acero del automóvil que estaba delante, paró, agarró el volante febrilmente, entró retrocediendo en el sitio vacante y, con dieciocho pulgadas de espacio para maniobrar, dejó el coche al ras de la acera. Fue una hazaña viril, magistralmente ejecutada. Puso un candado de seguridad en la rueda delantera, y cruzó la calle en dirección a su oficina, instalada en el piso bajo del Reeves Building.

El Reeves Building era tan incombustible como una roca y tan práctico como una máquina de escribir; catorce pisos de ladrillo, sin adorno ninguno. Estaba ocupado todo él por oficinas de abogados, de médicos, de agentes de maquinaria, de ruedas esmeriladas, de alambres para vallas, de acciones de minas. Sus letreros dorados lucían en las ventanas. La entrada era demasiado moderna para estar decorada con flamantes columnas: era tranquila, solapada, pulcra. En el lado de la Calle Tercera estaban La Bombonera Azul, una sucursal de Telégrafos, la Papelería de Shotwell y la Babbitt-Thompson Agencia y Cía.

Babbitt podía haber entrado en su oficina por la puerta de la calle, como los clientes; pero le hacía sentirse de la casa pasar por el corredor y entrar por la puerta trasera. De este modo era saludado por los aldeanos.

Las personillas desconocidas que vivían en los corredores (los chicos del ascensor, el maquinista, el superintendente y el cojo de dudoso aspecto encargado del puesto de periódicos y cigarros) no eran en modo alguno ciudadanos. Eran rústicos que vivían en un reducido valle, interesados solamente en ellos mismos y en El Edificio. Su Calle Mayor era el *hall* de entrada, con su piso de piedra y su severo techo de mármol, adonde daban los escaparates interiores de las tiendas. El sitio más animado de la calle era la Barbería, perpetua causa de remordimiento para Babbitt. Él era parroquiano de la flamante Peluquería Pompeyana, instalada en el Hotel Thornleigh, y cada vez que pasaba ante la otra (diez veces, cien veces al día) se sentía infiel a su propia aldea.

Ahora, como persona de jerarquía, saludado respetuosamente por los aldeanos, entró en su oficina; la paz y la dignidad estaban con él y las disonancias matinales no se oían.

Pero se volvieron a oír inmediatamente.

Stanley Graff, uno de los empleados, hablaba por teléfono sin ese firme tono que disciplina a los clientes.

—Oiga, eh, creo que tengo la casa que a usted le conviene..., la Percival House, en Linton... Oh, la ha visto usted. Bueno, y qué, ¿le gusta?... ¿Eh...? Oh (vacilante), oh, ya comprendo.

Cuando Babbitt entró en su despacho particular, una jaula con tabiques de roble y cristales escarchados, al fondo de la oficina, reflexionó lo difícil que era encontrar empleados que tuvieran su misma fe en hacer ventas.

Sin contar a Babbitt ni a su suegro Henry Thompson, que rara vez aparecía por la oficina, eran nueve los miembros de la razón social: Stanley Graff, que trabajaba fuera, un jovenzuelo muy dado a los cigarrillos y al billar; el viejo Mat Penniman, factótum, cobrador de recibos y vendedor de seguros, un hombre agotado, silencioso y gris; un personaje misterioso de quien se decía que había tenido una oficina de su propiedad nada menos que en Brooklyn; Chester Kirby Laylock, destacado en la barriada de Glen Oriole, persona entusiasta, que tenía un bigote sedoso y mucha familia; Miss Theresa McGoun, la veloz y bastante bonita mecanógrafa; Miss Wilberta Bannigan, la gruesa, lenta y laboriosa tenedora de libros, y cuatro comisionistas que trabajaban por su cuenta.

Mirando desde su jaula a la sala principal Babbitt lamentó: «La McGoun es una buena taquimeca, lista como una ardilla, pero Stan Graff y todos esos grullos...». La mañana primaveral se ahogaba en el aire enrarecido de la oficina.

Generalmente admiraba su oficina con la agradable sorpresa de haber creado él mismo aquella cosa realmente tan bella; por regla general, se sentía estimulado por la limpieza y el bullicio que allí reinaba; pero hoy todo le parecía insulso —el suelo de baldosas, como un cuarto de baño, el techo de metal color ocre, las paredes de yeso, llenas de planos desteñidos, las barnizadas sillas de roble, los pupitres y los ficheros de acero pintados de un color verde-parduzco—. Era una cripta, una capilla de acero donde la vagancia y la risa constituían horribles pecados.

¡Ni siquiera le produjo satisfacción la nueva refrigeradora! Y era la mejor de las refrigeradoras, la última palabra de la ciencia. Había costado un dineral (lo cual era de por sí una virtud). Tenía un depósito de hielo de fibra aisladora, un botellón de porcelana (completamente higiénico), un grifo sanitario que no podía gotear ni atorarse, y decoraciones pintadas a máquina en dos tonos de oro. Se convenció de que ningún arrendatario del Reeves Building poseía una refrigeradora más cara, pero no pudo recobrar el sentimiento de superioridad social que le había dado. Y refunfuñó inexplicablemente: «Ganas tengo de largarme ahora mismo al monte. Y pasarme el día ganduleando. Y volver esta noche a casa de Gunch, y jugar al póquer, y soltar todos los ternos que me dé la gana, y beberme ciento nueve mil botellas de cerveza».

Suspiró; leyó su correspondencia; gritó «Msgoun», que significaba «Miss McGoun», y empezó a dictar.

He aquí su versión de la primera carta:

«Ornar Grible, mándela a su oficina, Miss McGoun, recibí la suya del 20 y

en respuesta le diré, mire usted Grible, me temo mucho que si nos andamos con vacilaciones vamos a perder la venta. Anteayer hablé con Alien y me fui derecho al grano y creo poder asegurarle —eh, eh, no, cambie eso: mi experiencia me indica que se puede confiar en él, que va al negocio, consulté su récord financiero, que es excelente— esta frase me parece un poco liosa, Miss McGoun; pártala en dos si es necesario, punto y aparte. No tiene inconveniente ninguno en prorratear la tasa especial, y me choca, estoy absolutamente seguro de que no habrá dificultad en hacerle pagar el seguro, conque ahora, por amor de Dios, manos a la obra —no, ponga: conque ahora duro con ello, y vamos... —; no, basta eso —puede usted arreglar un poco estas frases cuando las copie a máquina, Miss McGoun—; de usted, etcétera».

He aquí la versión de la carta que aquella misma tarde le envió Miss McGoun:

BABBITT-THOMPSON AGENCIA Y CIA.

Casas para familias:

Reeves Bldg., Oberlin Avenue & 3d St., N. E. Zenith

Ornar Grible, Esp., 576 North American Building, Zenith.

Querido Mr. Grible: He recibido su carta del día veinte. Mucho me temo que si andamos con vacilaciones vamos a perder la venta. Anteayer hablé con Alien y me fui derecho al asunto. Mi experiencia me indica que toma el negocio en serio. He consultado también su situación financiera, que es excelente. No tiene inconveniente ninguno en prorratear la contribución especial y no creo que haya dificultad en hacerle pagar el seguro.

¡Conque adelante!

Su afectísimo,

Después de leerla y firmarla con su correcta y suelta escritura de escuela comercial, Babbitt reflexionó: «Muy bien; es una carta fuertecita, clara como el agua. Pero por qué... ¡Yo no le dije a McGoun que pusiera aquí otro aparte! ¡Ya podía dejarse de corregir lo que le dicto! Pero lo que no logro entender es esto: ¿Por qué Stan Graff o Chet Laylock no podrán escribir una carta así? ¡Con gracia! ¡Con nervio!».

Lo más importante que dictó aquella mañana fue la circular quincenal, que había de ser ciclostilada y enviada a un millar de posibles compradores. Era una perfecta imitación de los mejores modelos literarios del día, de los anuncios que «hablan al corazón», de las cartas «sacaventas», de los discursos sobre el «desarrollo de la voluntad» y de los campechanos prospectos tan fecundamente dados a luz por la nueva escuela de los Poetas Comerciales. Había escrito penosamente el primer

borrador y lo leía ahora como un poeta delicado y distraído:

¡OIGA, AMIGO! Puedo hacerle a usted un favor de órdago. ¡No es broma! Sé que está usted interesado en comprar una casa, no simplemente un sitio donde pueda colgar su sombrero viejo sino un nido de amor para su mujer y sus peques, y hasta su auto puede tener un rinconcito en la huerta. Diga, ¿se ha parado usted alguna vez a pensar que estamos aquí nosotros para ahorrarle molestias? Así es como nos ganamos la vida (¡la gente no nos paga por nuestra cara bonita!). Y ahora, fíjese: Siéntese en su hermoso escritorio de caoba tallada y díganos en cuatro líneas qué es lo que usted desea, y si podemos encontrarlo iremos presurosos a su residencia con la buena nueva, y en caso contrario no le marearemos. Llene usted el impreso adjunto para ahorrarse tiempo. Disponemos también de locales para tiendas en Floral Heights, Silver Grove, Linton, Bellevue, y en todos los barrios del East Side. Prospectos a petición.

Siempre a su servicio,

P. D.: He aquí algunas de las gollerías que podemos proporcionarle, verdaderas gangas descubiertas hoy mismo:

SILVER GROVE.— Lindo bungalow con cuatro habitaciones, t. 1. a. m., garaje, precioso árbol de sombra, excelente vecindario, tranvía próximo. \$3700, \$870 al contado y el resto a plazos, precios Babbitt-Thompson, más bajos que el alquiler.

DORCHESTER.— ¡El non plus ultra! Artística casa para dos familias, molduras de roble, piso parquet, hermosa chimenea de gas, amplias galerías, estilo colonial, GARAJE CON CALEFACCIÓN, una ganga, \$11 250...

Concluido el dictado, que le impedía levantarse y le obligaba a pensar, en vez de danzar de un lado para otro armando ruido y haciendo verdaderamente algo, Babbitt se repantigó en su silla giratoria y se quedó mirando a Miss McGoun. Se daba cuenta de que era una muchacha de melena negra y mejillas pudorosas. Un anhelo que no sabía si procedía de su soledad, le debilitaba. Mientras la chica esperaba, golpeando la mesa con un lápiz de larga punta, Babbitt medio la identificó con el hada de sus sueños. Se figuraba que sus ojos se reconocían; se imaginaba que tocaba sus labios con tímida reverencia y que...

—¿Nada más, Mist' Babbitt? —gorjeó ella.

—No, creo que basta —gruñó Babbitt, y le volvió la espalda.

Porque con todos sus extraviados pensamientos, nunca habían llegado a mayor intimidad. A menudo reflexionaba: «Jamás olvidaré lo que Jake Offutt decía: un hombre prudente no se pone a hacer el amor en su propia oficina o en su propia casa.

Trae líos. Sí. Pero...». Los veintitrés años que llevaba de casado se los había pasado atisbando las pantorrillas bien hechas y los hombros mórbidos; en su imaginación los había poseído; pero ni una sola vez había arriesgado su reputación por la aventura. Ahora, mientras calculaba el costo de reempapelar la casa de Styles, se sentía nuevamente inquieto, descontento de nada y de todo, avergonzado de su descontento y suspirando por el hada.

CAPÍTULO IV

1

Fue una mañana de creación artística. Quince minutos después de dictar Babbitt su poética circular, Chester Kirby Laylock, el residente en la barriada de Glen Oriole, entró a dar cuenta de una venta y a proponer un anuncio. A Babbitt no le parecía bien que Laylock cantara en los coros de las iglesias ni que se entusiasmara en casa jugando a los naipes. Tenía voz de tenor, cabello castaño ondulado, y un bigote como un cepillo de pelo de camello. Babbitt consideraba disculpable que un hombre de familia rezongase: «¿Ha visto usted la nueva foto del chico...? Un diablillo robusto, ¿eh?», pero las confidencias de Laylock eran tan efervescentes como las de su mujer.

—Oiga, creo que he encontrado un anuncio estupendo para Glen Oriole, Mr. Babbitt. ¿Por qué no probamos algo en verso? De veras, sería de un efecto maravilloso. Escuche:

*En bailes y reuniones
busque usted a su mitad
que nosotros en tanto
le buscamos un hogar.*

—¿Comprende? Con música de «Hogar, dulce hogar». ¿No cree que...?

—Sí, sí, sí. ¡Claro que comprendo! Pero, caray... Creo que deberíamos encontrar algo más serio, algo que tuviera más fuerza; por ejemplo: «Nosotros abrimos la marcha, los demás nos siguen» o «¿Por qué no ahora?». Naturalmente, la poesía y el humor y demás están muy bien cuando viene a cuento; pero tratándose de una barriada elegante como Glen Oriole, es mejor evitar el estilo grave, ¿estamos? Bueno, basta por hoy, Chet.

2

Por una tragedia familiar en el mundo del arte, el entusiasmo primaveral de Chet Laylock servía solamente para estimular el talento del astuto George F. Babbitt.

—Esa vocecita de Chet me ataca los nervios —murmuró a Stanley Graff.

No obstante, pudo escribir de una plumada:

¿RESPETA USTED A LOS SUYOS?

Terminadas las últimas y tristes ceremonias del duelo, ¿tiene usted la seguridad de haber cumplido con los que se fueron para siempre? Pues no ha cumplido usted si no yacen en LINDEN LANE, el único cementerio moderno de Zenith y sus alrededores, con parcelas exquisitamente cultivadas en laderas moteadas de margaritas, desde donde se descubren los risueños campos de Dorchester.

Agentes exclusivos

BABBITT-THOMPSON AGENCIA Y CIA

Reeves Building.

—Esto —murmuró regocijadamente— le enseñará a Chan Mot y a su viejo cementerio de Wildwood lo que es el comercio moderno.

Encargó a Mat Penniman que averiguase los nombres de los propietarios que exhibían en sus casas desalquiladas letreros de otros corredores; habló con un señor que quería arrendar un local para billares; repasó la lista de los contratos que estaban a punto de expirar; mandó a Thomas Bywaters, un cobrador de tranvía que en los ratos perdidos jugaba a corredor de casas, que fuera a ver a los clientes de poca monta, indignos de la estrategia de Stanley Graff. Pero pasada ya su excitación creativa, estos detalles rutinarios le aburrían. Tuvo un momento de heroísmo al descubrir un nuevo método para dejar de fumar.

Dejaba de fumar por lo menos una vez al mes. Sufría la privación como fuerte ciudadano que era: reconocía los daños producidos por el tabaco, tomaba valientes resoluciones, formaba planes para quitarse el vicio, disminuía el número de cigarros, y exponía los placeres de la virtud a todo el que encontraba. En realidad lo hacía todo, menos dejar de fumar.

Hacía una semana había inventado el sistema de dejar su cigarrera y su pitillera en el local exterior, dentro de un cajón del fichero que nadie usaba. «Naturalmente, me avergonzaré de entrar y salir a cada minuto poniéndome en ridículo delante de mis propios empleados», reflexionó. Al cabo de tres días se había acostumbrado a levantarse de su escritorio, ir hasta el cajón, sacar y encender un cigarro, sin darse cuenta de lo que hacía.

Aquella mañana comprendió que era demasiado fácil abrir el fichero. Cerrarlo con llave, ¡ése era el remedio! Sus cigarros, sus cigarrillos y hasta su caja de cerillas quedaron en un momento encerrados bajo llave y ésta, escondida en su escritorio. Pero la sagrada cólera con que llevó a cabo su decisión le despertó tal gana de fumar, que inmediatamente recuperó la llave, se dirigió al fichero con imponente dignidad y sacó un cigarro y una cerilla. «Pero sólo uno; si el cigarro se apaga, ¡se quedará apagado!». Después, cuando el cigarro se apagó, sacó otra cerilla del fichero, y cuando un comprador y un vendedor acudieron a conferenciar a las once y treinta, naturalmente tuvo que ofrecerles cigarros. Su conciencia protestó: «Estás fumando como ellos», pero no hizo caso. «¡Oh, cállate! —le replicó—. Estoy ocupado ahora. Naturalmente, dentro de poco...». No había «dentro de poco» y, sin embargo, la creencia de haber vencido al sucio vicio le hacía sentirse feliz. Cuando llamó por teléfono a Paul Riesling se encontraba vehemente como nunca, en el colmo de su esplendor moral.

Quería a Paul Riesling más que a nadie en el mundo excepto a sí mismo y a su hija Tinka. Habían sido compañeros de clase y de cuarto en la State University^[9], pero Paul Riesling, con su delgadez morena, su pelo partido por una raya perfecta, sus lentes, su hablar vacilante, su melancolía, su afición a la música, fue siempre para él un hermano menor a quien había que mimar y proteger. Después de graduarse,

Paul se había asociado al negocio de su padre y ahora era fabricante en pequeña escala de papel especial para impermeabilizar tejados. Pero Babbitt creía tenazmente y propalaba sin cesar al mundo de los Good Fellows que Paul podía haber sido un gran violinista o pintor o literato. «Bueno, las cartas que me mandaba ese muchacho cuando visitó las Montañas Rocosas del Canadá, le hacían ver el sitio a uno como si estuviera delante. Créanme ustedes, podía haberles dado mucho que hacer a cualquiera de esos pimpantes autorcillos».

Sin embargo, por teléfono ninguno de los dos dijo mucho.

—Sud 343. ¡No, no, no! He dicho Sud... Sud 343. Oiga, central, ¿qué demonios pasa? ¿No puede darme el 343? Pues claro que contestarán. ¡Oiga! ¿343? Quiero hablar con Mist'Riesling... ¿Eres tú, Paul?

—Sí.

—Yo soy George.

—Ya.

—¿Cómo estás?

—Vamos tirando. ¿Y tú?

—Muy bien, Paulibus. Bueno, ¿qué hay de nuevo?

—¡Oh, nada de particular!

—¿Dónde te has metido?

—¡Oh, he andado por ahí! ¿Qué planes tienes, George?

—¿Puedes almorzar conmigo?

—Creo que sí. ¿Club?

—Sí. Nos encontraremos allí a las doce y media.

—Bueno. A las doce y media. Hasta luego, Georgie.

La mañana estaba rigurosamente dividida en secciones. Entretejidos con la correspondencia y con la redacción de anuncios había mil detalles nerviosos; llamadas de empleados que incesante y esperanzadamente buscaban cinco cuartos con baño por sesenta dólares mensuales, consejos a Mat Penniman para que sacase dinero a inquilinos que no tenían dinero.

Las virtudes de Babbitt como servidor de la sociedad en el negocio de encontrar casas para familias y tiendas para vendedores de comestibles, eran entereza y diligencia. Convencionalmente honrado, llevaba un registro completo de compradores y vendedores, tenía mucha experiencia en materia de contratos y una excelente memoria para los precios. Sus hombros eran lo bastante anchos, su voz lo bastante profunda y su sentido de la cordialidad lo bastante fuerte, para acreditarle como hombre de casta superior. Sin embargo, su relativa importancia era tal vez rebajada por su grande y satisfecha ignorancia de toda arquitectura salvo el tipo de casas construidas con fines lucrativos^[10]; de toda jardinería salvo el uso de los caminos curvos, de las parcelitas de hierba y de seis vulgares arbustos; y de los más comunes axiomas de economía. Creía serenamente que el único objeto del negocio de inmuebles era hacer dinero para George F. Babbitt. Realmente era un buen anuncio, en los almuerzos del Boosters' Club y en todas las variedades de Banquetes Anuales a que los Good Fellows asistían, hablar del desinteresado servicio al público, de la obligación que todo corredor tenía de mantener inviolada la confianza de sus clientes y de una cosa un tanto confusa llamada Ética, que daba categoría al que la poseía y, a quien no, le convertía en un trapisondista, en un gorrón, en un mercachifle. Estas virtudes inspiraban Confianza, y le permitían a uno manejar asuntos de mayor importancia. Pero no implicaba que uno tuviera que rehusar recibir por una cosa el doble de lo que valía si el comprador era tan idiota que no regateaba el precio como un judío.

Babbitt hablaba bien (y a menudo) en esas orgías, de la virtud comercial sobre la «función del corredor como vidente del futuro desarrollo de la comunidad, y como profético ingeniero que desembarazaba el camino de los cambios inevitables», lo cual significaba que un agente podía hacer dinero adivinando hacia qué lado se ensancharía la ciudad. A esta adivinación le llamaba él Visión.

En un discurso pronunciado en el Boosters' Club había dicho: «Es obligación y a la vez privilegio de quien se dedica al negocio de casas, conocer a fondo su propia ciudad y sus alrededores. Si el cirujano ha de ser especialista de cada vena y de cada misteriosa célula del cuerpo humano, si el ingeniero ha de conocer la electricidad en todas sus fases o, uno por uno, todos los tornillos del enorme puente que se enarca majestuosamente sobre el caudaloso río, el corredor de casas debe conocer su ciudad palmo a palmo, con todos sus defectos y virtudes».

Babbitt, aunque conocía al dedillo los precios corrientes de ciertos distritos de Zenith, ignoraba si el cuerpo de Policía era demasiado grande o demasiado pequeño, y si estaba o no conchabado con el juego y la prostitución. Conocía los medios de hacer incombustibles los edificios y su correlación con los precios de los seguros, pero no sabía cuántos bomberos había en la ciudad, ni cómo eran adiestrados, ni lo que les pagaban, ni hasta qué punto era completo su material. Contaba elocuentemente las ventajas de que las escuelas estuvieran cerca de las casas arrendables, pero no sabía (no sabía que valía la pena de saberlo) si las clases estaban debidamente calentadas, iluminadas, ventiladas y equipadas; no sabía cómo se nombraba a los maestros; y aunque salmodiaba «Una de las glorias de Zenith es que pagamos debidamente a los maestros», era porque lo había leído en el *Advocate Times*. Él no podía decir cuál era el sueldo corriente de los maestros de Zenith ni de ninguna parte.

Habiendo oído que la cárcel del Distrito y la prisión de la ciudad no estaban en «condiciones», recorrió, indignado de que se criticase a Zenith, un informe en el cual el notorio pesimista Séneca Doane, abogado radical, afirmaba que meter a muchachos y muchachas jóvenes en una pocilga atestada de hombres atacados de sífilis, de *delirium tremens* y de locura, no era la mejor manera de reformarlos. Babbitt había rebatido el informe refunfuñando: «Estos tipos que creen que una cárcel debe ser un hotel confortable como el Thornleigh, me dan náuseas. El que no quiera ir a la cárcel que se porte bien y no vaya. Además, que esos chiflados de reformistas exageran siempre». Éste fue el principio y el fin de sus investigaciones sobre los correccionales de Zenith. Y en cuanto a los «distritos pecaminosos», se expresaba sensatamente así: «Ésas son cosas en las que ningún hombre decente se entromete. Además, en realidad, se lo digo a ustedes confidencialmente, es una protección para nuestras hijas y para las mujeres honradas tener un barrio donde los golfantes puedan armar la de Dios es Cristo. Así no vienen a nuestras casas».

Sobre cuestiones industriales, sin embargo, Babbitt había cavilado mucho, y sus opiniones pueden ser coordinadas en la forma siguiente:

«Un buen sindicato de trabajadores es muy valioso porque excluye los sindicatos radicales, que destruirían la propiedad. Nadie debiera ser forzado a pertenecer a un sindicato, sin embargo. Todos los agitadores laboristas que tratan de forzar a los obreros a ingresar en un sindicato deberían ser ahorcados. Realmente, esto entre nosotros, no deberían permitirse sindicatos de ninguna clase; y, por ser el mejor medio de combatir los sindicatos cada hombre de negocios debiera pertenecer a una asociación de empleados y a la Cámara de Comercio. La unión hace la fuerza. De modo que a cualquier cochino egoísta que no quiera ingresar en la Cámara de Comercio se le debe meter a la fuerza».

Babbitt, el hombre experimentado por cuyo consejo multitud de familias se mudaban de barrio, no era en nada tan espléndidamente inocente como en la ciencia sanitaria. No sabía distinguir el mosquito de la malaria de un murciélago; no sabía ni

jota sobre los análisis del agua para beber; y en materia de fontanería y alcantarillado era tan ignorante como voluble. Se refería con frecuencia a la excelencia de los baños de las casas que vendía. Le encantaba explicar por qué ningún europeo se bañaba nunca. Alguien le había dicho, hacía veinticuatro años, que todos los pozos negros eran insanos, y él seguía censurándolos. Si algún cliente le encargaba vender una casa que tenía un pozo negro, Babbitt hablaba siempre de la cuestión antes de aceptar la casa y venderla.

Cuando trazó la nueva barriada de Glen Oriole, cuando alisó las colinas y los prados dejando el valle convertido en un llano sin árboles y sin orioles, erizado de pequeños letreros que ostentaban nombres de calles imaginarias, Babbitt instaló honradamente un complejo sistema de alcantarillas. Esto le hizo sentirse superior y le permitió mirar con desprecio la barriada de Martin Lumsen, Avonlea, que tenía un pozo negro. El asunto le proporcionó materia para los anuncios a toda página donde exageraba la belleza, la conveniencia, la baratura y la supererogatoria salubridad de Glen Oriole. El único pero era que las alcantarillas de Glen Oriole no tenían suficiente desagüe, de modo que la inmundicia se quedaba atascada, cosa no muy agradable, mientras que el pozo negro de Avonlea era un tanque séptico sistema Waring.

La nueva barriada de Glen Oriole hacía sospechar que Babbitt, aunque realmente odiase a los estafadores reconocidos, no pecaba de excesivamente honrado. Explotadores y compradores no quieren que los agentes intermediarios compitan con ellos metiéndose también a comprar y a explotar por su cuenta, sino que se limiten a atender los intereses de sus clientes. Babbitt y Thompson pasaban por simples agentes de Glen Oriole al servicio de su verdadero propietario, Jake Offutt, pero el hecho era que Babbitt y Thompson poseían un sesenta y dos por ciento del valle, el presidente y el agente comprador de la Compañía de Tracción de Zenith poseían el veintiocho por ciento, y Jake Offutt (cacique, fabricante en pequeño, gran mascador de tabaco y astuto farsante, amigo de hacer enjuagues en política y trampas jugando al póquer) tenía solamente el diez por ciento que Babbitt y los funcionarios de la Compañía de Tracción le habían dado por «arreglar» a los inspectores de Sanidad y de incendios y a un miembro de la Junta de Transportes.

Pero Babbitt era virtuoso. Abogaba, aunque sin dar ejemplo, por la prohibición del alcohol; elogiaba, aunque no las obedecía, las leyes contra el exceso de velocidad; pagaba sus deudas; contribuía a la Iglesia, a la Cruz Roja y a la Y. M. C. A.^[11]; seguía las costumbres de su grupo y hacía trampas sólo cuando estaban santificadas por algún precedente. Jamás descendía al timo, aunque lo abordaba.

—Naturalmente, yo no pretendo afirmar que cada anuncio que escribo es literalmente verdad —explicaba a Paul Riesling— o que yo creo siempre todo lo que digo cuando le coloco a algún comprador una buena «conferencia». Bueno, sabes..., la cosa es así: en primer lugar, quizás el propietario exageró cuando puso el negocio en mis manos, y no es ciertamente mi obligación probar que mi cliente es un

embustero. Y, además, la mayoría de los individuos son tan redomadamente pícaros ellos mismos que siempre esperan que uno mienta un poco, de modo que si yo fuera tonto y no exagerara me tendrían de todos modos por mentiroso. En propia defensa tengo que hinchar el perro como el abogado que defiende a un reo... ¿No es su deber indispensable sacar a relucir las buenas cualidades del infeliz? ¡El mismo juez le chillaría al abogado que no lo hiciese, aun a sabiendas de que el fulano era culpable! Pero aun así yo no disimulo la verdad como Cecil Rountree o Thayer o esos otros corredores. Y creo de veras que el sujeto que deliberadamente pretende lucrarse con la mentira, debería ser fusilado.

Que Babbitt era un hombre inestimable para sus clientes nunca quedó tan bien demostrado como aquella mañana, en la conferencia que a las once y media tuvieron él, Conrad Lyte y Archibald Purdy.

Conrad Lyte era un especulador. Un especulador nervioso. Antes de exponerse consultaba con banqueros, abogados, arquitectos, contratistas, y con todos los empleados y mecanógrafas que, acorralados por él, se arriesgaban a darle consejos. Era un audaz empresario y no deseaba nada más que una completa seguridad en sus inversiones, libertad para no atender a los detalles, y el treinta o cuarenta por ciento, beneficio que, según todas las autoridades, merece el promotor por su perspicacia y por los riesgos a que se expone. Era un hombre cachigordete, cuyo pelo gris ensortijado le cubría el cráneo como una gorra; sus trajes, por muy bien cortados que estuvieran, le sentaban siempre mal. Tenía unas ojeras semicirculares muy hundidas, como de haberse apretado fuertemente contra los dos ojos dos monedas de dólar.

Lyte consultaba siempre con Babbitt, confiado en su calmosa previsión.

Seis meses antes Babbitt había sabido que un tal Archibald Purdy, tendero de comestibles en el ambiguo distrito residencial llamado Linton, hablaba de abrir una carnicería junto a su tienda de comestibles. Babbitt averiguó quiénes eran los dueños de las parcelas contiguas y se enteró de que Purdy era propietario de su tienda, pero no de la finca adjunta, que estaba disponible. Aconsejó a Conrad Lyte que comprase esta finca por once mil dólares, aunque tasándola según la renta que producía, su valor no pasaba de nueve mil. Los alquileres, declaró Babbitt, eran demasiado bajos; y esperando podían hacer que Purdy conviniese en su precio. (Esto era Visión). Tuvo que forzar a Lyte para que comprara. Su primer acto como agente de Lyte fue aumentar el alquiler del ruinoso edificio. El inquilino dijo una porción de barbaridades, pero pagó.

Ahora Purdy parecía decidido a comprar, y su demora le iba a costar diez mil dólares extra, la recompensa que la comunidad otorgaba a Mr. Conrad Lyte por la virtud de servirse de un corredor que tenía Visión y que entendía a la perfección los Temas de la Conversación, los Valores Estratégicos y la Psicología del Arte de Vender.

Lyte acudió a la conferencia respirando alborozado. Sentía un gran afecto por Babbitt aquella mañana, y le llamaba cariñosamente «perro viejo». Purdy, el tendero, hombre solemne y narigudo, parecía menos entusiasta de Babbitt y de su Visión, pero Babbitt salió a recibirle a la puerta de la calle y le condujo a su despacho particular diciéndole afectuosamente: «Por aquí, amigo Purdy». Sacó del fichero la caja de los cigarros, se la ofreció a sus visitantes y, quieras que no, les hizo aceptar algunos. Acercó las sillas dos centímetros y las retiró tres, lo cual daba una nota de hospitalidad, y se repantigó en su silla giratoria adoptando un aire jovial y francote. Pero habló al encanijado tendero con firmeza.

—Bueno, amigo Purdy, hemos recibido varias proposiciones tentadoras de algunos carniceros y de muchos individuos que se interesan por la finca contigua a su tienda, pero yo persuadí al amigo Lyte de que debíamos darle a usted preferencia.

«Sería una vergüenza —dije yo a Lyte— que alguien fuera y abriese una expendeduría de carne y comestibles en la misma puerta de al lado para echar abajo el negocio de Purdy». Especialmente... (Babbitt se inclinó adelante, y su voz se hizo más áspera)... tendría mala sombra que uno de esos trusts de ultramarinos que venden sólo al contado se estableciera allí y empezara a rebajar los precios hasta librarse de competencias y lo dejara a usted arrimado a la pared.

Purdy se sacó las manos de los bolsillos, se subió los pantalones, volvió a meterse las manos en los bolsillos, se ladeó en la pesada silla de roble, y trató de tomar un aire despreocupado mientras se defendía.

—Sí, mala competencia son. Pero creo que no se dan ustedes cuenta del poder que tiene la personalidad en un negocio de barrio.

El gran Babbitt sonrió.

—¿Ah, sí? Pues, amigo, usted verá. Nosotros quisimos avisarle primero. Ahora bien...

—Bueno, miren ustedes —gimió Purdy—. Yo estoy seguro de que una finca de parecido tamaño, allí cerquita, se vendió en menos de ocho mil quinientos, no hará dos años, y aquí ustedes me piden veinticuatro mil dólares. Ca, tendría que hipotecar... No me importaría mucho pagar doce mil pero... ¡Santo Dios, Mr. Babbitt, si me pide usted doble de lo que vale! ¡Y me amenaza con la ruina si no compro!

—¡Purdy, no me gusta que hable usted así! ¡No me gusta ni pizca! ¡Suponer que Lyte y yo somos lo bastante cochinos para querer arruinar a nadie! ¿No comprende usted que hasta por egoísmo nos conviene que en Zenith todo el mundo prospere? Pero esto es harina de otro costal. Verá usted lo que podemos hacer: lo dejaremos en veintitrés mil, cinco mil al contado y el resto en hipoteca..., y si usted quiere demoler la casucha y reconstruir, creo que podré convencer aquí a Lyte de que afloje un préstamo para edificar, en condiciones ventajosas. ¡Hombre, a nosotros nos agradecería mucho complacerle! No tenemos más simpatía que usted por esos advenedizos trusts de ultramarinos. Pero no es razonable que espere usted de nosotros sacrificar once mil sólo por amor al vecindario, ¿verdad? ¿Qué dice usted, Lyte? ¿Consiente usted en la rebaja?

Poniéndose calurosamente de parte de Purdy, Babbitt persuadió al benévolo Mr. Lyte de que dejara el precio en veintiún mil dólares. En el momento oportuno, Babbitt sacó de un cajón el contrato que había hecho mecanografiar a Miss McGoun hacía una semana, y se lo puso a Purdy en las manos. Sacudió gentilmente su estilográfica, para cerciorarse de que tenía tinta, se la alargó a Purdy, y miró, con señales de aprobación, cómo ponía su firma.

El Mundo seguía dando vueltas. Lyte había hecho algo más de nueve mil dólares, Babbitt había sacado cuatrocientos cincuenta de comisión, Purdy se encontraba, gracias al delicado mecanismo de la moderna hacienda, con un nuevo edificio para sus negocios, y muy pronto a los felices habitantes de Linton se les suministraría la

carne a precios sólo un poquito más caros que los del centro.

Había sido una batalla dura, pero, una vez terminada, Babbitt se desanimó. Aquélla era la única contienda divertida que había planeado. No había nada en perspectiva salvo detalles de contratos, tasaciones, hipotecas.

—¡Me da no sé qué —murmuró para sí— pensar que ese avaro de Lyte se lleva la mayor parte de la ganancia! Y... ¿qué otra cosa tengo yo que hacer hoy?... Me gustaría tomarme una vacacioncita. Un viaje en auto. Algo.

Se levantó de un salto reanimado por la idea de almorzar con Paul Riesling.

CAPÍTULO V

1

Los preparativos de Babbitt para dejar la oficina abandonada a sí misma durante la hora y media que tardaba en almorzar fueron un poco menos elaborados que los planes para una guerra europea.

—¿A qué hora va usted a almorzar? —preguntó impaciente a *Miss McGoun*—. Bueno, no salga usted antes que *Miss Bannigan* vuelva. Explíquele que si *Wiedenfeldt* llama por teléfono, debe decirle que ya he averiguado que la finca no está hipotecada. Y, a propósito, recuérdeme usted mañana que *Penniman* tiene que averiguar si está hipotecada. Bueno, si viene alguien buscando una casa barata, no olvide que la de *Bangor Road* tenemos que endilgársela a alguien. Si me necesita usted, estoy en el *Athletic Club*. Y... y... estaré de vuelta a las dos.

Se sacudió la ceniza del chaleco. Colocó una carta de difícil contestación sobre un montón de trabajo por despachar, con objeto de darle salida sin falta aquella tarde. (Llevaba tres días haciendo lo mismo con la carta). Garrapateó en una hoja de papel amarillo: «Ver pts cts exts.». Este memorándum le dio la agradable sensación de haberse enterado ya de todo lo que tenía que enterarse respecto a las puertas de los cuartos exteriores.

Se dio cuenta de que estaba fumando otro cigarro. Lo tiró, protestando: «¿Cuándo, diantre, te vas a quitar del tabaco?». Metió otra vez la caja de cigarros en el fichero, lo cerró, escondió la llave en un sitio más oculto, y se dijo con rabia: «Debía cuidarme. Necesito hacer más ejercicio..., ir andando al Club todos los días...; eso es lo que haré..., todos los días...; basta ya de automóvil».

La resolución le hizo sentirse ejemplar. Inmediatamente después, decidió que era demasiado tarde para ir andando.

Poner en marcha el motor y meterse en la fila de automóviles le llevó solamente un poco más tiempo del que le hubiera llevado recorrer a pie las tres manzanas y media que lo separaban del Club.

Babbitt iba mirando con familiar cariño los edificios.

Un forastero caído de repente en medio del centro comercial de Zenith no podría decir si estaba en una ciudad de Oregón o de Georgia, de Ohio o de Maine, de Oklahoma o de Manitoba. Pero para Babbitt cada palmo tenía su individualidad. Notó, como siempre, que el California Building, en la acera de enfrente, tenía tres pisos menos y era, por lo tanto, tres pisos menos hermoso que su Reeves Building. Como de costumbre, cuando pasó ante el limpiabotas del Partenón, una casucha de un solo piso, que junto a la mole de granito y ladrillo rojo del viejo California Building parecía una casa de baños bajo una roca, comentó: «Dios, tengo que lustrarme los zapatos esta tarde. Siempre me olvido». SIMPLEX: Mobiliario para Oficinas. Agencia de NATIONAL CASH REGISTER. Al pasar ante estos establecimientos suspiró por un dictáfono, por una máquina de sumar y multiplicar, como un poeta suspira por los volúmenes en cuarto o un médico por el radio.

Frente a la camisería de Nobby levantó del volante la mano izquierda y, tocándose la corbata, se quedó muy satisfecho de sí mismo al pensar que gastaba corbatas caras y que «podía pagarlas al contado, además»; y frente al estanco llamativamente pintado de oro y carmín, reflexionó: «Puede que necesite algunos cigarros. ¡Qué idiota...! ¿Pues no olvidaba que voy a quitarme de fumar?». Vio su Banco, el Banco Nacional de Mineros y Ganaderos, y consideró cuán cuerdo y cuán seguro era guardar su dinero en tan marmóreo edificio. El momento culminante llegó cuando la circulación fue detenida y él tuvo que hacer alto en la esquina, al pie de la Segunda Torre Nacional. Su coche se detuvo con otros cuatro en una línea de acero inquieta como un escuadrón de caballería, mientras de las calles transversales fluían limusinas, enormes camiones de mudanza e insistentes motocicletas; en la esquina de enfrente, un remachador automático repiqueteaba en el soleado esqueleto de un edificio en construcción; y en medio de este torbellino surgió una cara familiar y un Booster gritó: «¿Qué hay, George?». Babbitt hizo un ademán afectuoso y continuó su camino cuando el policía levantó la mano. Notó lo deprisa que arrancó su coche. Se sintió superior y fuerte como una lanzadera de acero que se mueve rápidamente en una inmensa máquina.

Las dos manzanas siguientes no existían para él. Eran casas ruinosas todavía no conquistadas al Zenith mugriento y destartado de 1885. Cuando pasó la tienda donde todo se vendía a cinco o diez centavos, la Hospedería de Dakota, el Concordia Tall con sus casas de huéspedes y sus oficinas de adivinos y «quiro-prácticos», pensó cuánto dinero había ganado y se jactó un poco y se preocupó otro poco, y empezó a echar cuentas de memoria:

—Cuatrocientos cincuenta machacantes esta mañana con el negocio de Lyte. Pero debo la contribución. Vamos a ver: este año debía sacar ocho mil dólares limpios, y ahorrarme mil quinientos... No, imposible si edifico el garaje... Vamos a ver:

seiscientos cuarenta el mes pasado, y doce veces seiscientos cuarenta hacen... hacen... Vamos a ver: seis veces doce suman dos mil setecientos y..., ¡oh, qué diantre!, de todos modos los ocho mil nadie me los quita... Caramba carambita; no está mal. Muy pocos sujetos hay que saquen ocho mil al año... Ocho mil contantes y sonantes... Apuesto a que ni el cinco por ciento de la gente en todos los Estados Unidos hacen más que un servidor^[12]. ¡Estoy en la cumbre del éxito! Pero... con los gastos que uno tiene... la familia desperdiciando la gasolina y vistiéndose como si fuéramos millonarios..., y los ochenta mensuales que le mando a mi madre... Y luego esos empleados y esas mecanógrafas que me chupan todo lo que pueden...

El efecto de este científico presupuesto fue que se sintió a la vez triunfalmente rico y peligrosamente pobre, y en medio de sus cálculos paró el coche, corrió a un puestecillo de periódicos y chucherías, y compró el encendedor eléctrico por el que había estado suspirando una semana. Engañó a su conciencia poniéndose alegre y bullicioso, y gritando al dependiente: «Supongo que me ahorraré en cerillas casi lo que vale, ¿no?».

Era una verdadera monería, un cilindro niquelado con un enchufe de plata para fijarlo en el interior del automóvil. No era sólo, como advertía el cartel del mostrador, «una filigrana primorosa que daba el último toque de distinción a un coche elegante», sino un objeto inapreciable para ahorrar tiempo. Dispensándole de parar el auto para encender una cerilla, le ahorraría fácilmente diez minutos en un mes o dos.

Mientras guiaba iba echando ojeadas al encendedor.

—Es muy bonito. Ya hace tiempo que quería tener uno —dijo pensativo—. Y, además, es precisamente lo que necesita un buen fumador.

De pronto recordó que había dejado el tabaco.

—¡Recontra! —se lamentó—. Oh, bueno, supongo que, de cuando en cuando, echaré un cigarro. Y... será una gran comodidad para los demás. Puede ser el pretexto para tratar en camarada a algún fulano que proponga una venta. Y... realmente hace bien ahí. Realmente es un chisme muy ingenioso. Da el último toque de distinción y de postín. Yo... ¡Qué diantre, creo que bien puedo permitirme el lujo! ¡No voy a ser el único de la familia que nunca tenga un capricho!

Así, cargado con su tesoro, después de tres calles de romántica aventura, paró ante la puerta del Club.

El Athletic Club de Zenith no es nada atlético, ni siquiera exactamente un Club, pero es verdaderamente zenital en cuanto a perfección. Tiene un animado billar lleno de humo, cuenta con un equipo de béisbol y fútbol, y en la piscina y en el gimnasio una décima parte de los socios tratan a veces de perder peso. Pero la mayoría de sus tres mil miembros lo usan como café donde almorzar, jugar a las cartas, contar cuentos, ver a sus parroquianos y obsequiar a tíos forasteros. Es el Club más grande de la ciudad, y su principal odio es el Union Club, del que todos los socios del Athletic dicen que es «un agujero indecente, caro, postinero, estúpido, donde no se encuentra ni una sola Persona Sociable». Juraban todos que no ingresarían en él aunque les pagasen encima. Las estadísticas demuestran que ninguno de los socios del Athletic ha rehusado nunca entrar en el Union Club, cuando le han invitado, y que el sesenta por ciento de los que son elegidos socios se dan de baja en el Athletic y luego se les oye decir, en la soñolienta santidad del vestíbulo del Union: «El Athletic sería un buen hotel si fuera más exclusivo».

El Athletic Club cuenta nueve pisos y es de ladrillo amarillo. Tiene una azotea de cristal arriba y un pórtico con columnas de piedra caliza abajo. El salón de entrada con sus gruesos pilares de piedra porosa, su puntiaguda bóveda, y su suelo de baldosas morenas como corteza de pan, es una combinación de cripta y de cantina. Los socios acuden al salón como si fueran de compras con el tiempo tasado. Así entró Babbitt, y gritó al grupo que estaba en pie junto al puesto de cigarros:

—¿Qué hay, muchachos, qué hay? ¡Buen día, eh!

Le devolvieron jovialmente el saludo: Vergil Gunch, el negociante en carbones; Sidney Finkelstein, comprador de vestidos de señora para los almacenes de Parcher & Stein; y el profesor Joseph K. Pumphrey, propietario de la Escuela Comercial de Riteway, donde daba clases de oratoria, inglés comercial, redacción de guiones y derecho mercantil. Aunque Babbitt admiraba a este sabio y apreciaba a Sidney Finkelstein como a un «listísimo comprador y gastador generoso», fue a Vergil Gunch a quien se dirigió con entusiasmo. M. Gunch era presidente del Boosters' Club, un Club que se reunía semanalmente y era sucursal de una organización nacional que fomentaba los negocios honrados y la amistad entre los compañeros. Era también nada menos que ilustre caballero de la Benevolente y Protectora Orden de los Alces, y se rumoreaba que en las próximas elecciones sería candidato a presidente. Era un hombre jovial, dado a la oratoria y muy amigo de andar entre bastidores. Iba a visitar a los actores famosos y a los artistas de vodevil cuando estaban en la ciudad, les regalaba cigarras, llamaba a todos por los nombres de pila y —a veces— lograba llevarlos a los almuerzos de los Boosters para que dieran a los socios una fiesta gratis. Era un hombre grandullón, con una cabeza que parecía un cepillo. Conocía los últimos chistes, pero jugaba al póquer escondiendo las cartas. Fue en su casa donde Babbitt había absorbido el virus de la inquietud que sentía.

—¿Cómo está el bolchevique? —vociferó Gunch—. ¿Cómo te sientes la mañana siguiente a la noche anterior?

—¡Uy, chico! ¡Qué cabeza! Aquello sí que fue una reunión, Verg. No habrás olvidado, supongo, que me llevé la última puesta —mugió Babbitt a tres pasos de Gunch.

—¡Está bien! ¡La que te voy a dar la próxima, George! Oye; ¿has visto en el periódico cómo resiste la Asamblea de Nueva York a los rojos?

—¡Que si lo he visto! Bien hecho, ¿eh? ¡Por cierto, vaya día que hace!

—Sí, es un hermoso día de primavera, pero las noches siguen frías.

—¡Sí, en eso tienes razón! Tuve que echarme un par de mantas anoche en la galería. Oiga, Sid —dijo Babbitt volviéndose a Finkelstein—, tengo que preguntarle una cosa. Me he comprado un encendedor eléctrico para el coche este mediodía y...

—¡Repámpano! —exclamó Finkelstein.

Y hasta el sabio profesor Pumphrey, un individuo bulboso con un chaqué ala de mosca y una voz de órgano, comentó:

—Es un accesorio de postín. El encendedor da distinción al coche.

—Sí, por fin me decidí a comprar uno. El mejor de los mejores, me dijo el dependiente. Pagué cinco dólares. No sé si me habrán clavado. ¿Cuánto cuestan en la tienda, Sid?

Finkelstein aseguró que cinco dólares no era demasiado pagar por un encendedor de primera bien niquelado y provisto de conexiones de la mejor calidad.

—Yo siempre digo (y, créanme ustedes, me baso en mi experiencia comercial) que lo mejor es lo más barato a la larga. Claro que si uno quiere ser judío puede comprar pacotilla, pero a la larga, lo más barato es lo que más cuesta. El otro día, sin ir más lejos, pagué yo por una capota nueva y por tapizar los asientos, ciento veintiséis cincuenta, y naturalmente más de uno dirá que es una atrocidad... ¡Dios, si los viejos...! Viven en uno de esos pueblos sórdidos del Norte y, simplemente, no les cabe en la cabeza nuestra manera de pensar, y además, claro está, son judíos, y la diñarían en el acto si supieran que Sid ha apoquinado ciento veintiséis papiros. Pero yo no creo que me hayan timado ni tanto así, George. El auto parece nuevecito ahora... No es que se caiga de viejo, no; tiene menos de tres años, ¡pero le doy cada tute! Nunca hago menos de cien millas los domingos y... No, no creo que me hayan clavado, George. A la larga, lo mejor es, sin duda alguna, lo más barato.

—¡Cierto! —dijo Vergil Gunch—. Eso mismo creo yo. Cuando un hombre está acostumbrado a una vida intensa, por decirlo así, como ocurre aquí en Zenith... hay que ver la actividad mental de trafagones como los Boosters y aquí en A. C^[13]; bueno, más vale que no se ande con bobadas y se compre lo mejor.

Babbitt hacía una seña afirmativa a cada cinco palabras. El final de la parrafada en que Gunch lució su famosa vena humorística, le encantó.

—Sin embargo, George, no sé yo cómo puedes permitirte esos lujos. He oído que el gobierno no te quita ojo desde que robaste la cola del Parque Eathorne para

venderla.

—¿Guasitas, Verg? ¡Pues siga la broma! Se dice por ahí que tú robaste el mármol negro de las escaleras de Correos y lo has vendido como carbón de primera. ¿Qué hay de eso?

Babbitt, en el colmo del regocijo, le daba palmaditas en la espalda, le sacudía el brazo.

—Muy bien, pero lo que yo quiero saber es esto: ¿quién fue el pillastre que compró ese carbón para las casas que administra?

—¡Chúpese ésa, George! —exclamó Finkelstein—. Y os diré lo que he oído: la costilla de aquí entró en Parcher a comprarle unos cuellos, y antes que pudiera dar el número, la dependienta le saca unos del trece. «¿Cómo sabe usted el tamaño?», pregunta la señora de Babbitt, y la otra contesta: «Los hombres que dejan a sus mujeres comprarles los cuellos siempre gastan el trece, señora». ¿Qué tal? ¿No está mal, eh? ¿Qué tal, eh? Vuelva por otra, George.

—Yo... yo...

Babbitt buscaba un amable insulto para contestar. Se quedó callado, miró a la puerta. Paul Riesling entraba.

—Luego os veré —dijo, y atravesó el salón a toda prisa.

Ya no era ni el niño malhumorado que dormía en la galería, ni el tirano doméstico del comedor, ni el taimado negociante de la conferencia Lyte-Purdy, ni el tronante Good Fellow, ni el simpático guasón del Athletic Club. Era el hermano mayor de Paul Riesling, pronto a defenderlo. Lo quería con un amor orgulloso y crédulo, con un amor que no podía sentir ni por las mujeres.

Paul y él se dieron la mano solemnemente como si hubieran estado separados tres años, no tres días.

—¿Cómo va, tunantón?

—Muy bien. ¿Y tú, langostino?

—Yo de primera. ¡Vaya pájaro que estás hecho, so sinvergüenza!

Tratándose de este modo se cercioraban del gran afecto que se tenían.

—¡Pues mira que tú! —rezongó Babbitt—. ¡Diez minutos de retraso!

—¡Quéjate! —replicó Riesling—. Después que vas a tener el honor de almorzar con un caballero.

Riendo, entraron en el lavabo. Sobre las jofainas encajadas en una prodigiosa plancha de mármol, una fila de hombres se inclinaba en actitud de religiosa postración ante sus propias imágenes reflejadas en el enorme espejo. Voces fuertes, satisfechas, autoritarias, chocaban contra las paredes de mármol, rebotaban contra el techo de azulejos. Los amos de la ciudad, los potentados de la ley, de los abonos, de los seguros y de los neumáticos, dictaban las opiniones de Zenith; anunciaban que el día era templado, indiscutiblemente primaveral; que los jornales eran demasiado altos y el interés en hipotecas demasiado bajo; que Babe Ruth^[14], el eminente jugador de béisbol, era un hombre noble; y que aquella semana trabajaban en el Climax

Vaudeville dos cómicos sensacionales. Babbitt, aunque su voz era de ordinario la más campanuda y la más episcopal de todas, no decía nada. En presencia de la sombría reserva de Paul Riesling, se encontraba violento, y sentía la necesidad de estar callado, de ser firme y diestro.

El vestíbulo del Athletic Club era de estilo gótico, el lavabo de estilo romano, el salón de estilo colonial español, y la biblioteca de estilo chino, pero la joya del Club era el comedor, obra maestra de Ferdinand Reitman, el arquitecto que tenía más contratas en Zenith. Era altísimo y estaba decorado con molduras de madera. Tenía puertas con vidrieras emplomadas, un mirador, una galería de música donde casi nunca había músicos, y tapices que se suponía representaban la concesión de la Carta Magna. Las vigas habían sido azoladas en el taller de carrocería de Jake Offutt, las bisagras eran de hierro forjado, los frisos, tachonados de espigas talladas a mano, y en un extremo de la estancia se veía una chimenea de piedra, toda decorada con escudos de armas. El folleto anunciador del Club aseguraba que no sólo era mayor que cualquiera de las chimeneas de los castillos europeos, sino que tenía un tiro incomparablemente más científico. Estaba también mucho más limpia puesto que nunca se había encendido en ella ningún fuego.

La mitad de las mesas eran monstruosos tableros donde cabían veinte o treinta personas. Babbitt se sentaba generalmente a la que estaba cerca de la puerta, en compañía de Gunch, Finkelstein, el profesor Pumphrey, Howard Littlefield, su vecino, T. Cholmondeley Frink, poeta y agente de publicidad, y Orville Jones, cuya lavandería fue durante muchos años la mejor de Zenith. Formaban un club dentro del Club y se llamaban jovialmente a sí mismos «los camorristas». Al pasar junto a su mesa, los camorristas le llamaron.

—Vamos, siéntate. ¿Tan orgullosos sois tú y Paul que no queréis yantar con estos pobretes? ¿Tienes miedo que alguno te saque una botella de cerveza, George? Me choca a mí lo postineros que os estáis volviendo.

—¡Naturalmente! —tronó Babbitt—. ¡No vamos a perder nuestra reputación exhibiéndonos con semejantes roñas!

Y guió a Paul a una de las mesas que estaban bajo la galería de música. Se sentía culpable. En el Athletic Club el aislamiento era muy mal considerado. Pero Babbitt quería a Paul para él solo.

Aquella mañana había abogado por los almuerzos ligeros, y ahora no pedía más que una chuleta de carnero a la inglesa, rábanos, guisantes, un buen pedazo de tarta de manzana, un poco de queso, y un café con crema, añadiendo, como de costumbre: «Ah, tráigame una ración de patatas fritas». Cuando llegó la chuleta, la salpimentó vigorosamente. Siempre echaba sal y pimienta a la carne antes de probarla.

Paul y él la tomaron con la primaveral calidad de la primavera, las virtudes del encendedor eléctrico y la actuación de la Asamblea de Nueva York. Sólo cuando estuvo harto de grasa de carnero comenzó Babbitt a lamentarse desconsoladamente:

—Esta mañana he redondeado un negocio con Conrad Lyte y me he echado al

bolsillo mis buenos quinientos dólares. ¡No está mal, no! Y sin embargo... No sé lo que me pasa hoy. Será la primavera o que anoche me quedé hasta muy tarde en casa de Gunch, o quizá cansancio de trabajar el invierno entero, pero todo el día me he sentido de un humor pésimo. Yo, naturalmente, no voy a quejarme en la mesa de los «camorristas», pero a ti... ¿Nunca te has sentido tú así, Paul? Pues yo sí. Hasta aquí he hecho lo que debía hacer: sostengo a mi familia, tengo una buena casa y un buen coche de seis cilindros, y he montado un negocio decentito, y no tengo vicio ninguno, excepto el tabaco... Y, a propósito, me estoy quitando de fumar. Voy a la iglesia, juego al golf lo bastante para conservar la línea, y no me trato más que con personas decentes. Pero, aun así, no sé si estoy completamente satisfecho.

Su diálogo fue ahogado por las conversaciones de las mesas cercanas, por el mecánico galanteo con la camarera, por los estertorosos gruñidos que daba Babbitt indigestado por el café. Se encontraba apologetico y dudoso, y fue Paul quien, con su voz delgada, perforó la niebla.

—Hombre, George, no creerás que es para mí ninguna novedad saber que nosotros, buscavidas que somos, no sacamos gran cosa del éxito que creemos tener. ¡No temas que te vaya a denunciar por sedicioso! Tú sabes lo que es mi propia vida.

—Lo sé, querido.

—¡Yo debía haber sido violinista y soy un mercachifle! Y Zilla... Bueno, no quiero quejarme, pero tú sabes tan bien como yo lo espiritual que es mi mujer... Ejemplo típico anoche: fuimos al cine. Había una multitud esperando en la antesala, y nosotros en la cola. Ella empezó a abrirse paso con su procedimiento de «¡Caballero!, ¿cómo se atreve usted?»... De veras, hay veces, cuando la veo tan recompuesta y apestando a perfume, con ganas de armar jaleo y de gritar «¿Qué se ha creído usted? ¡Yo soy una señora!»... ¡Te digo que la mataba! Bueno; sigue abriéndose paso a codazos, yo tras ella muerto de vergüenza hasta que se planta delante de todos y se dispone a coger el primer asiento. Pero había allí un hombrecillo pequeñajo que probablemente llevaría media hora esperando (yo casi le admiré al tío) y se vuelve y dice con mucha cortesía: «Señora, ¿por qué trata usted de quitarme el sitio?». Y ella, pues nada, va y le suelta: «¡Usted no es un caballero!». ¡Chico, me dio una vergüenza! Y luego me mete a mí en la danza. «¡Paul, este señor me ha insultado!», dice, y el tío que se dispone a defenderse. Yo pretendí no oírles (que era como si no oyese el estrépito de una fábrica de calderas) y traté de mirar para otro lado... Podría describirte cada azulejo del vestíbulo ese; hay uno con manchas grises que es la misma cara del diablo..., y mientras tanto la gente (estábamos como sardinas en banasta) no dejaba de hacer comentarios, y Zilla charla que charla, chillando como una lechuza que «a tíos así no debían admitirles en un lugar donde iban personas decentes», y «Paul, ¿haces el favor de llamar al gerente para darle queja de este sinvergüenza?» y... ¡Uf! ¡No me puse yo poco contento cuando pude escabullirme adentro y esconderme en la oscuridad...! Después de veinticuatro horas diarias de historias por el estilo, no pensarás que voy a desplomarme echando espuma por la

boca cuando tú me insinúas que esta vida tan dulce, tan limpia, tan respetable, tan moral, no es todo lo deliciosa que dicen, ¿verdad? Ni siquiera puedo hablar de esto a nadie, excepto a ti, porque otro cualquiera creería que yo era un cobarde. Puede que lo sea. Me da igual ya... ¡Dios, te estoy dando la tabarra con tantas lamentaciones, George!

—No son lamentaciones, Paul; en realidad bien poco te quejas. A veces... Yo estoy siempre jactándome delante de Myra y los chicos de que soy un gran hombre de negocios, y sin embargo tengo a veces la oculta sospecha de que me falta un rato para ser un Morgan^[15]. Pero si mis bromas sirven para alegrarte la vida, querido Paul, puede que, a pesar de los pesares, San Pedro me abra la puerta.

—¡Ja, ja! Buen pez estás hecho, George, sinvergonzón; pero la verdad es que sin los ánimos que tú me das...

—¿Por qué no te divorcias?

—¿Y me lo preguntas? ¡Lo que es si pudiera! ¡Pero cualquiera la convence! Jamás consentirá en divorciarse o en separarse de mí. No quiere perder sus tres opíparas comidas y las libras de chocolate con almendras que se zampa entre horas. ¡Si al menos me fuera infiel! George, no quisiera parecer un cochino; cuando estábamos en la universidad yo pensaba que un hombre que dijera tal cosa debía ser fusilado antes de salir el sol. Pero lo que es ahora, de veras, me encantaría que se echara un querido. ¡No caerá esa breva! Naturalmente, flirteará con cualquiera...; ya sabes cómo da la mano, cómo se ríe... con esa risa suya... tan desvergonzada..., y de qué manera grazna: «¡No sea usted pícaro, y ándese con ojo si no quiere enténderselas con mi marido!». Mientras tanto, el otro me mira pensando: «¡Vete de aquí, precioso, o te zurro la badana!». Y ella le permitirá ciertas libertades, las suficientes para calentarse un poco, y después empezará a hacerse la inocente injuriada y se divertirá de lo lindo gimiendo: «No esperaba yo eso de usted». Y luego en las novelas hablan de esas *demi-vierges*...

—¿Esas qué?

—... Pero las mujeres casadas, discretas, inflexibles, encorsetadas, como Zilla, son mil veces peores que cualquier chica que se lanza descaradamente a la vida... y no entiende el negocio. Pero, caray, ya sabes lo que es Zilla, cómo se sulfura. Se encapricha por todas las cosas que puedo comprarle, y por otras muchas que no puedo. No atiende a razones, y cuando me enfado y trato de entrar en explicaciones, comienza a hacer el papel de Señora Distinguida, tan bien que hasta a mí me la da, embrollándome en una porción de dimes y diretes. Mira, George: ya sabes tú que mis gustos son sencillísimos..., en materia de comidas al menos. Naturalmente, como dices tú, me gustan los cigarros decentes..., no esos Flor de Cabagos que tú fumas...

—¡No digas! Por veinticinco centavos no se puede pedir más. A propósito, Paul, ¿te he dicho que estoy decidido a dejar casi por completo el tab...?

—Sí... Al mismo tiempo, si no puedo comer lo que me gusta, pues me paso sin ello y ya está. No me importa sentarme ante un bisté achicharrado, y tomar de postre

melocotones de lata, pero tener que compadecer a Zilla cuando la cocinera, harta de su mal humor, la deja plantada, y verla sentada toda la tarde con una bata sucia, leyendo las hazañas de algún héroe de cine, tan interesada que no tiene tiempo de preparar algo de cena, eso sí que no lo puedo soportar, chico. Tú estás hablando siempre de «moral»... refiriéndote, supongo, a la monogamia. Para mí has sido mi salvación, pero eres un perfecto Simplicio. Tú...

—Hombre, ¿de dónde has sacado ese «Simplicio»? Permíteme que te diga...

—... Quieres parecer formal y propalar a los cuatro vientos que el deber de todo comerciante serio consiste en ser estrictamente moral, para dar ejemplo. En realidad, eres tan extremoso en cuanto a moral, George, que no quiero pensar lo esencialmente inmoral que debes ser por dentro. Está bien; puedes...

—¡Un momento, un momento! ¿Qué?...

—... Hablar de moral todo lo que te dé la gana, pero, créeme, si no hubiera sido por ti, por alguna noche que he tocado el violín acompañando al violoncelo de Terrill O'Farrell, y por tres o cuatro chicas encantadoras que me han hecho olvidar la pesada broma que llaman «vida respetable», me hubiera pegado un tiro hace años. ¡Y el negocio! ¡El negocio de los tejados! ¡Tejados para establos! No quiero yo decir que no me haya divertido bastante engañando a los sindicatos de trabajadores, metiendo en caja un cheque grande y viendo crecer el negocio. Pero ¿de qué sirve? Mi negocio, ¿sabes?, no consiste en distribuir materiales para techar...; consiste, principalmente, en impedir que mis competidores los distribuyan. Lo mismo te pasa a ti. Todo lo que hacemos es tirarnos los trastos a la cabeza, ¡y el público que pague!

—¡Escucha, Paul! Estás hablando casi como un socialista.

—Sí, claro que yo no quiero decir precisamente eso..., supongo. Naturalmente..., con la competencia triunfa lo mejor...; supervivencia del más apto, que se dice en biología..., pero... Pero yo digo: toma, por ejemplo, a nuestros conocidos, estos mismos tipos del Club que parecen tan satisfechos de su vida conyugal y de sus negocios, y que quieren poner en las nubes a Zenith y a la Cámara de Comercio. Apuesto que si pudieras abrirles la cabeza te encontrarías con que una tercera parte de ellos están a buen seguro satisfechos con sus mujeres, sus chicos, sus amigos y sus oficinas; otra tercera parte se sienten un tanto desasosegados, pero no lo confiesan; y los demás son desgraciados y lo saben. Detestan la farsa de los negocios, están aburridos de sus mujeres y creen que en su familia todos son idiotas...; sí, a los cuarenta o cuarenta y cinco están ya aburridos... ¿Por qué crees que hay tantos suicidas «misteriosos»? ¿Por qué crees que marcharon a la guerra tantos respetables ciudadanos? ¿Piensas que fue todo patriotismo?

—¿Qué te figuras? —bufó Babbitt—. ¿Que hemos venido a este mundo para divertirnos y para «dormir en un lecho de rosas», como suele decirse? ¿Piensas que el hombre ha sido hecho para ser feliz?

—¿Por qué no? Aunque yo no he conocido a nadie que supiera para qué diantre ha sido hecho el hombre.

—En fin, sabemos (no sólo por la Biblia^[16], sino por la luz de la razón) que el hombre que no dobla la cabeza y cumple con su deber, aunque a veces se aburra, no es más que un...; bueno, es simplemente un enclenque. ¡Un marica! Y tú, ¿por qué abogas? Pongamos un caso. Si un individuo está aburrido de su mujer, ¿crees en serio que tiene derecho a escurrir el bulto y dejarla abandonada o a suicidarse?

—¡Dios mío, yo no sé qué «derechos» tiene un hombre! ¡Y no conozco la solución del aburrimiento! Si la conociera habría descubierto la panacea de la vida. Pero yo sé que de las personas que llevan una vida insulsa, innecesariamente insulsa, ni la décima parte lo confiesan; y creo que si reventáramos y lo confesáramos alguna vez, en lugar de ser amables, pacientes y leales durante sesenta años, y después amables, pacientes y difuntos por toda la eternidad, bueno, puede que hiciéramos la vida más divertida.

Derivaron hacia un laberinto de especulaciones. Babbitt estaba inquieto como un elefante. Paul se sentía osado, pero no sabía exactamente acerca de qué se sentía osado. De cuando en cuando, Babbitt concordaba con Paul dándole la razón en algo que contradecía su defensa del deber y de la resignación cristiana, y entonces sentía una inexplicable alegría atolondrada.

—Mira, Paul —dijo por último—, tú siempre estás hablando de hacer esto y lo de más allá y nunca haces nada. ¿Por qué no te lanzas?

—Nadie puede. El hábito es demasiado fuerte. Pero... George, he estado pensando una picardía... Oh, no te asustes, pilar de la monogamia; la cosa es perfectamente formal. Parece ya decidido, ¿verdad?... Aunque, naturalmente, Zilla sigue suspirando por ir a gastar dinero a Nueva York y a Atlantic City, donde tendrá cócteles de contrabando y una pandilla de gomosos con quienes bailar... Pero los Babbitt y los Riesling irán con toda seguridad al Lago Sunasquam, ¿no es eso? ¿Por qué no podríamos tú y yo poner un pretexto (negocios en Nueva York, por ejemplo) y marcharnos a Maine cuatro o cinco días y una vez allí gandulear por nuestra cuenta, fumar, soltar tacos y comportarnos con naturalidad...?

—¡Gran idea! ¡Estupendo! —exclamó Babbitt, entusiasmado.

En catorce años no había hecho un viaje de recreo sin su mujer, y ninguno de los dos estaba muy seguro de poder cometer tal audacia. Muchos de los socios del Athletic Club iban de excursión sin sus mujeres, pero estaban oficialmente dedicados a la pesca y a la caza, mientras que los sagrados e inmutables deportes de Babbitt y de Paul Riesling eran el golf, el automovilismo y el *bridge*. Ni los pescadores ni los jugadores de golf podían cambiar sus costumbres. Esto sería faltar a la disciplina que ellos mismos se habían impuesto, cosa que hubiera escandalizado a todos los ciudadanos regularizados y circunspectos.

—¿Por qué no decir sin rodeos ni contemplaciones: «Vamos antes que vosotras, y sanseacabó»? No es ningún delito. Dile sencillamente a Zilla...

—A Zilla no se le puede decir nada sencillamente. ¡Si es tan moralista como tú, George! Si le dijera la verdad creería que estábamos citados con un par de tías en

Nueva York. Y hasta Myra, que no es tan cargante como Zilla, se intranquilizaría. Te diría: «¿Es que no quieres que vaya a Maine contigo? Yo de ningún modo iría a menos que tú me lo pidieras». Y tú cederías por no darle un disgusto. ¡Qué demonio! ¡Vamos a jugar un rato a los bolos!

Durante la partida Paul permaneció silencioso. Al bajar la escalera del Club, solamente treinta minutos después de la hora en que Babbitt había asegurado a *Miss McGoun* que estaría de vuelta, Paul suspiró:

—La verdad, chico, yo no debía hablar de Zilla como he hablado.

—Qué caramba, hay que desahogarse.

—¡Ya lo sé! Después de pasarme una hora burlándome de los convencionalismos, soy lo bastante convencional para tener vergüenza de desahogarme contando mis estúpidas cuitas.

—Paul, tus nervios están un tanto alterados. Te voy a llevar fuera unos días. Yo arreglaré la cosa. Inventaré un negocio importante en Nueva York y... y, claro, ¡naturalmente!..., necesitaré consultar contigo sobre el tejado del edificio. Y el negocio fracasará, y no tendremos más que marcharnos a Maine directamente. Yo..., Paul... A mí, en el fondo, no me importa que la corras o que no. Yo quiero conservar la reputación de ser uno de la pandilla, pero si tú me necesitas, la dejo plantada. Me tendrás a tu lado siempre. No que seas... Naturalmente, yo no quiero decir que hagas nunca nada que... que pusiera en peligro una posición decente... ¿Comprendes lo que digo? Yo soy un tipo vulgar y necesito tu fina mano de artista. Nosotros... ¡Carajo, no puedo pasarme el día aquí charla que te charla! ¡A trabajar! ¡Hasta luego! ¡Que no te cuelen ninguna moneda de plomo, Paul! ¡Te veré pronto! ¡Hasta luego!

CAPÍTULO VI

1

Se olvidó de Paul Riesling en una tarde de pormenores no desagradables. Después de volver a su oficina, que parecía vacilar cuando él no estaba, llevó en su auto a un comprador probable para enseñarle una casa de cuatro pisos en el distrito de Linton. Le halagó la admiración que el nuevo encendedor produjo al parroquiano. La novedad le obligó a usarlo tres veces, y tres veces tiró por la ventanilla los cigarrillos a medio fumar, protestando: «Nada; tengo que quitarme el vicio del tabaco».

Su larga discusión sobre cada detalle del encendedor les llevó a hablar de las planchas eléctricas y de los calentadores de cama. Babbitt se disculpó de estar tan atrasado que todavía usaba una botella de agua caliente, y anunció que iba a instalar inmediatamente un enchufe en la galería. Sentía una enorme y poética admiración, aunque apenas los entendía, por todos los artefactos mecánicos. Eran para él símbolos de belleza y verdad. Sobre cada intrincado mecanismo —tornos de metal, carburadores, ametralladoras, soldadores de oxiacetileno— aprendía una frase que sonaba bien, y la usaba sin cesar, con la deliciosa sensación de ser un técnico, un iniciado.

El parroquiano se unió a él en el culto de la maquinaria, y los dos llegaron radiantes a la casa. Después de examinar el tejado de pizarra, las puertas chapeadas y el entarimado de siete octavos de pulgada, clavado con alfileres invisibles, empezaron las acostumbradas diplomacias: sorpresa fingida y buena voluntad para dejarse persuadir de algo que ya estaban decididos a hacer, todo lo cual se resolvería en una próxima venta.

A la vuelta, Babbitt recogió a su suegro y consocio, Henry T. Thompson, en su taller de muebles de cocina, y dieron un paseo en auto por South Zenith, la parte más ruidosa, pintoresca e interesante de la ciudad: fábricas nuevas de ladrillo hueco con gigantescas ventanas alambradas, fábricas viejas de ladrillo rojo manchadas de alquitrán, depósitos de agua encaramados en altos soportes, camiones rojos, grandes como locomotoras, y, en una veintena de vías muertas, vagones de la New York Central cargados de manzanas, vagones de la Great Northern cargados de trigo, vagones de la Southern Pacific cargados de naranjas.

Hablaron con el secretario de la Compañía de Fundición sobre un interesante proyecto artístico: una verja de hierro colado para el cementerio de Linden Lane. Después fueron a la Zecco Motor Company a ver al gerente, Noel Ryland, para que les hiciera una rebaja en un coche Zecco que Thompson quería comprar. Babbitt y Ryland se consideraban compañeros por pertenecer ambos al Boosters' Club, y ninguno de los socios se quedaba satisfecho si compraba algo a otro Booster sin recibir un descuento. Pero Henry Thompson gruñó:

—¡Que se vaya al carajo! Yo no voy a humillarme mendigando descuentos a nadie.

Ésta era una de las diferencias entre Thompson, yanqui rudo, tradicionalista,

chapado a la antigua, prototipo del hombre de negocios americano, y Babbitt, francote, suave, competente, ultramoderno. Cada vez que Thompson decía, nasalizando mucho, «Ponga su rúbrica en esta línea», Babbitt se divertía con su incorrecta pronunciación como cualquier purista inglés cuando oye hablar a un norteamericano. Se creía de una casta superior, en estética y sensibilidad, a la de Thompson. Tenía un título universitario, jugaba al golf, fumaba a menudo cigarrillos en lugar de cigarros, y cuando estuvo en Chicago tomó un cuarto con baño particular. «La cuestión es —explicaba a Paul Riesling— que todos estos tipos carecen de la sutileza indispensable hoy día».

Babbitt comprendía que este avance de la civilización podía llevarse demasiado lejos. Noel Ryland, gerente del Zecco, era un frívolo graduado de Princeton, mientras que Babbitt era un excelente producto de marca, de aquel gran almacén, la universidad del Estado. Ryland gastaba botines, escribía largas cartas sobre el desarrollo de la ciudad, sobre las masas corales y, aunque era un Booster, se sabía que llevaba dentro del bolsillo pequeños volúmenes de versos en una lengua extranjera. Todo esto era pasar de la raya. Henry Thompson era el colmo de la estrechez mental y Noel Ryland, el colmo de la frivolidad. Entre ellos, sosteniendo al Estado, defendiendo las Iglesias evangélicas, la felicidad doméstica y los negocios honrados, estaban Babbitt y sus amigos.

Con esta justa opinión de sí mismo (y con la promesa de un descuento en el coche de Thompson), volvió a su oficina en triunfo. Pero al pasar por el corredor del Reeves Building suspiró:

—¡Pobre Paul! Tengo que... ¡Oh, al demonio con Noel Ryland! ¡Al demonio con McKelvey! Sólo porque hacen más dinero que yo, se las dan de tan superiores. ¡No me encontrarán muerto en su cochino Union Club, no! Yo... No sé por qué, no me siento hoy con ganas de volver al trabajo. ¡Qué hacer!...

Contestó a las llamadas telefónicas, leyó la correspondencia de las cuatro, firmó las cartas de la mañana, habló de ciertas reparaciones con un inquilino y tuvo una agarrada con Stanley Graff.

El joven Graff estaba siempre insinuando que merecía un aumento de sueldo, y aquel día se quejó claramente.

—Creo que me debían dar una gratificación si saco adelante la venta de Heiler. Ando de un lado para otro trabajando en ello casi todas las noches.

Babbitt decía con frecuencia a su mujer que era mejor «bromear con los empleados y tenerlos contentos en vez de estar siempre regañándolos y azuzándolos...; se saca más de ellos», pero tan inconcebible falta de consideración le hirió, y volviéndose a Graff le increpó:

—Mire usted, Stan —le dijo—; hablemos claro. Usted se figura que es usted quien hace todas las ventas. ¿De dónde saca semejante cosa? ¿Dónde estaría usted si no fuera por nuestro capital y nuestras listas de propiedades y todos los nombres de probables compradores que nosotros le facilitamos? Todo lo que usted tiene que hacer es seguir nuestras indicaciones y cerrar los contratos. ¡El portero podría vender las fincas que nosotros tenemos en lista! Dice usted que está en relaciones con una muchacha, y que tiene que pasarse las noches persiguiendo a los compradores. ¿Y por qué no? ¿Qué diablos quiere usted hacer? ¿Pasarse el santo día cogidos de las manos? Sepa usted, Stan, que si su novia vale tanto así, se pondrá contentísima al saber que anda usted atareado, ganando dinero para amueblar su nido, en lugar de perder el tiempo haciéndole la rosca como un palomo. El tipo que se queja de tener trabajo extraordinario, el tipo que quiere pasarse las veladas leyendo novelas estúpidas o besuqueando y diciendo majaderías a una muchacha, no es el hombre enérgico, prometedor, con porvenir ¡y con Visión!, que necesitamos aquí. ¿Qué dice usted? ¿Cuál es su Ideal, en fin de cuentas? ¿Quiere usted hacer dinero y ser miembro responsable de la sociedad, o quiere usted ser un gandul sin Inspiración ni Espíritu de ningún género?

Graff no se encontraba tan dócil a la Visión y a los Ideales como de costumbre.

—¡Pues claro que quiero hacer dinero! ¡Por eso pido esa gratificación! De veras, Mr. Babbitt, no lo tome usted a frescura, pero esa casa de Heiler es un horror. Nadie pica. Los suelos están podridos y las paredes, llenas de grietas.

—¡A eso precisamente me refiero! Problemas así son los que inspiran al vendedor que ama su profesión. Además, Stan... El hecho es que Thompson y yo somos, por principio, opuestos a las gratificaciones. Nosotros le queremos a usted y deseamos ayudarle para que pueda casarse cuanto antes, pero no podemos ser injustos con los demás empleados. Si empezamos a darle a usted gratificaciones, Penniman y Laylock se ofenderán, y con toda razón. Lo justo es justo, y la parcialidad no es justa, y en esta oficina no se admite. No se figure, Stan, que porque durante la guerra era difícil

contratar empleados no hay ahora la mar de jóvenes brillantes que estarían encantados de verse en las circunstancias de usted, y que no obrarían como si Thompson y yo fuésemos enemigos suyos, y que trabajarían sin pedir gratificaciones. ¿Qué dice usted? ¿Eh?

—Oh..., bueno..., sí..., claro... —suspiró Graff al salir andando para atrás.

Babbitt no solía reñir con sus empleados. Prefería que le gustasen las personas que le rodeaban, y cuando éstas no simpatizaban con él, se sentía muy aplanado. Solamente cuando atacaban el sagrado bolsillo se ponía hecho una furia; pero entonces, siendo hombre dado a la oratoria y a los altos principios, gozaba con la música de su propio vocabulario y con el calor de su propia virtud. Aquella vez se había entregado de tal modo a la aprobación de sí mismo, que dudaba haber sido completamente justo.

—Después de todo, Stan ya no es un chico. No debía haber sido tan duro con él. Pero, ¡cuerno!, de cuando en cuando hay que echarles una raspa a estos sujetos por su propio bien. Deber desagradable, pero... ¿Se habrá disgustado Stan? ¿Qué estará diciendo a la McGoun ahí fuera?

De la oficina exterior soplaba un viento de odio tan desapacible que le estropeó aquella tarde el placer de volver a casa. Se sentía acongojado al perder esa aprobación de sus empleados que esclaviza siempre a todo ejecutivo. Por lo general, salía de la oficina dando a tontas y a locas mil instrucciones sobre tareas importantísimas para el día siguiente; *Miss McGoun* y *Miss Bannigan* harían bien en estar allí temprano y, por amor de Dios, debían recordarle que telefonease a Conrad Lyte en cuanto llegara. Esta vez partió con fingida animación. Sentía miedo de las caras serias de sus empleados, de las pupilas enfocadas en él: *Miss McGoun* levantando la cabeza de la máquina para mirarle fijamente. *Miss Bannigan* clavándole los ojos por encima de su libro Mayor, Mat Penniman alargando el cuello en su pupitre, Stanley Graff con malhumorada inexpresión, como un advenedizo ante la fría corrección de su mayordomo. No quería volver la espalda a sus risas, y al esforzarse en aparecer alegre, tartamudeó, se mostró amistoso y se escabulló por la puerta todo avergonzado.

Pero olvidó sus cuitas al ver desde Smith Street la hermosura de Floral Heights: los tejados de teja roja y pizarra verde, las radiantes solanas nuevas y los muros immaculados.

3

Se detuvo para decir a Howard Littlefield, su erudito vecino, que aunque el día había sido primaveral la noche podía ser fría. Y entró en su casa para gritar a su mujer: «¿Dónde estás?», sin gran deseo de saber dónde estaba. Examinó el césped para cerciorarse de si el portero lo había rastrillado como debía. Con cierta satisfacción, y después de mucho discutirlo con su señora, con Ted y con Howard Littlefield, concluyó que el portero no lo había rastrillado bien. Cortó dos manojos de hierba con las tijeras más grandes de su cónyuge; le dijo a Ted que era una tontería tener portero —«un mocetón como tú debía hacer todo el trabajo de la casa»—; pero en su interior se regocijó de que se supiese en el barrio que, gracias a su fortuna, su hijo no hacía nunca ningún trabajo en la casa.

Hizo en la galería sus ejercicios diarios: dos minutos los brazos en cruz, dos minutos en alto. Y, mientras, murmuraba: «Tengo que hacer más gimnasia; hay que conservar la línea». Luego entró a ver si necesitaba mudarse el cuello para cenar. Como de costumbre, no creyó que fuera necesario.

La doncella croata, una mujerona fuerte, tocó el gong para la cena.

El rosbif, las patatas asadas y las judías verdes estaban excelentes aquella noche, y después de una cumplida relación de las variaciones del tiempo durante el día, de su ganancia de cuatrocientos cincuenta dólares, de su almuerzo con Paul Riesling, y de los probados méritos del nuevo encendedor, añadió en tono benigno:

—Habría que ir pensando en comprar un coche nuevo. No creo que podamos hasta el año que viene; sin embargo, quizá sí.

—Oh, papá —exclamó Verona, la hija mayor—, si te decides, ¿por qué no compras un sedán? ¡Sería estupendo! Un auto cerrado es mucho más cómodo que uno abierto.

—No sé, no sé. A mí no dejan de gustarme los abiertos. Se toma mejor el aire.

—Toma, eso es porque nunca has ido en un sedán. Vamos a comprar uno. Es mucho más *chic* —dijo Ted.

La señora de Babbitt:

—Los vestidos se conservan mejor con un coche cerrado.

Verona:

—Y no se alborota el pelo con el viento.

Ted:

—Y es un rato más deportivo.

Tinka, la menor:

—¡Sí, vamos a comprar un sedán! El padre de Mary Ellen tiene uno.

—¡Oh, todo el mundo —remató Ted— tiene ahora un coche cerrado, menos nosotros!

Babbitt se encaró con ellos.

—No creo que podáis quejaros de nada. Además, que yo no tengo coche sólo para que vosotros parezcáis millonarios. Y a mí me gustan los autos abiertos, para poder bajar la capota en las noches de verano y salir de paseo y respirar el aire fresco. Además..., un coche cerrado cuesta más dinero.

—Ah, pues si los Doppelbrau pueden permitirse el lujo de tener un coche cerrado, supongo que nosotros también podremos —pinchó Ted.

—¡Claro! ¡Yo hago ocho mil al año y ellos siete nada más! Pero yo no despilfarro como él ni tiro la casa por la ventana. No creáis que eso de gastar una burrada de dinero para lucirse y luego...

Discutieron con ardor y minuciosidad los tipos torpedo, la potencia de los motores, las ruedas de alambres, el acero cromado, los sistemas de ignición y los colores de la carrocería. Era mucho más que un estudio del vehículo. Era una aspiración al rango de nobleza. En la ciudad de Zenith, en el bárbaro siglo XX, el automóvil de una familia indicaba su rango social con la misma precisión que los títulos de grandeza determinaban el rango de una familia inglesa; realmente con mayor precisión considerando la opinión que las viejas familias tenían de los recién creados barones cerveceros y vizcondes fabricantes de lanas. Los pormenores de superioridad nunca se determinaban oficialmente. No había tribunal que decidiese si el hijo segundo de una limusina Pierce Arrow debiera sentarse a la mesa antes que el primer hijo de un roadster Buick, pero sobre su respectiva importancia social no había lugar a dudas; y así como Babbitt, de muchacho, aspiraba a la presidencia de los Estados Unidos, su hijo Ted aspiraba a un Packard y a una posición relevante entre los automovilistas de la clase media.

La admiración que Babbitt había despertado en los miembros de su familia al hablar de un nuevo coche se evaporó cuando comprendieron que no pensaba comprarlo aquel año.

—¡Puf! —lamentó Ted—. El cacharro parece que tiene pulgas y que se ha quitado el barniz de rascarse.

—Ésa no es manera de hablar a tu padre —dijo la señora de Babbitt sencillamente.

—Si eres tan refinado —rugió Babbitt— y perteneces al *bon ton* y demás, no necesitas sacar el auto esta noche.

—Yo no quiero decir... —replicó Ted.

Y la cena continuó con la hogareña alegría de costumbre, hasta el inevitable momento en que Babbitt dijo:

—Vamos, vamos, no podemos quedarnos aquí sentados toda la noche. La chica tiene que quitar la mesa.

Babbitt, muy irritado, pensaba: «¡Qué familia! No sé por qué nos estamos siempre peleando. Me gustaría marcharme a algún sitio y poder meditar a solas... Paul... Maine... Ponerme unos pantalones viejos^[17], campar a mis anchas, soltar

tacos».

—Estoy en correspondencia —le dijo a su mujer con mucha precaución— con un individuo de Nueva York... Quiere que vaya a verle para un negocio de casas... Quizá no se arregla la cosa hasta el verano. A lo mejor cae unos días antes de ir a Maine con los Riesling. Sería mala pata que no pudiéramos hacer el viaje juntos. En fin, no hay que preocuparse por ahora.

Verona se escapó inmediatamente después de la comida, sin más protesta que un automático «¿Por qué no te quedas nunca en casa?» de su padre.

En el gabinete, en un extremo del diván, Ted se instaló a estudiar: geometría plana, Cicerón y las atormentadoras metáforas de Comus.

—No sé por qué nos dan esta hojarasca de Milton, Shakespeare, Wordsworth y otros fiambres por el estilo —protestó—. Creo que hasta podría ver una función de Shakespeare, si ponen buenos decorados y demás, pero sentarse a sangre fría y leer las comedias... Esos profesores... ¿Por qué se volverán así?

—Sí —comentó la señora de Babbitt, zurciendo calcetines—, no sé por qué será. Naturalmente, yo no quiero oponerme a los profesores ni a nadie, pero creo que hay cosas en Shakespeare... No es que lo haya leído mucho, pero cuando yo era joven las compañeras solían enseñarme pasajes que, verdaderamente, no eran muy delicados.

Babbitt, irritado, levantó la vista de la página cómica del *Evening Advocate*. Componían su literatura y su arte favorito esas tiras de dibujos en que Mr. Mutt tira un huevo podrido a Mr. Jeff, y Mamá corrige las ordinarieces de Papá con un rodillo de pastelero. Con la solemne faz de un aficionado, respirando fuertemente por la boca, estudiaba todas las noches cada caricatura y detestaba que le interrumpieran. Además, comprendía que en cuanto a Shakespeare no era realmente una autoridad. Ni el *Advocate Times*, ni el *Evening Advocate*, ni el *Boletín de la Cámara de Comercio* habían publicado nunca un artículo de fondo sobre la cuestión, y hasta que uno de ellos no hablase, encontraba difícil formarse una opinión original. Pero aun a riesgo de caer en extraños fangales, no podía menos de tomar parte en toda discusión abierta.

—Yo te diré por qué tienes que estudiar a Shakespeare y a éstos. Es porque los piden en el examen de ingreso, y no por otra cosa. Personalmente, yo no sé por qué los meten en un sistema moderno de segunda enseñanza como el que tenemos en este estado. Mucho mejor sería que cursaras inglés comercial, y que aprendieras a escribir un anuncio o cartas eficaces. ¡Pero es así y no valen palabras, disputas ni discusiones! Lo que te pasa a ti, Ted, es que siempre quieres hacer algo diferente. Si entras en la facultad de Derecho... ¡y entrarás!... Yo nunca he tenido ocasión de entrar, pero procuraré que tú lo hagas... Así tendrás que empollar todo el inglés y todo el latín que puedas.

—¡Bah! Yo no veo para qué sirve el Derecho... Ni siquiera la necesidad de terminar el instituto. No tengo grandes ganas de entrar en la universidad. Te digo que hay la mar de muchachos con título universitario que no empiezan ganando tanto

dinero como otros que se pusieron a trabajar en seguida. Shimmy Peters, el viejales ese que enseña latín en el instituto, es no sé qué por la universidad de Columbia y se pasa las noches leyendo una porción de librajos y siempre está ponderando el «valor de los idiomas», y el pobre infeliz no hace más que mil ochocientos al año, y ningún viajante de comercio trabajaría por tan poco. Lo que a mí me gustaría es ser aviador, o tener un garaje colosal o, si no (ayer me lo aconsejaba un amigo), me gustaría ser uno de esos que la Standard Oil manda a China; allí vive uno en un recinto y no tiene nada que hacer, y ve uno el mundo, las pagodas, el océano, todo. Y entonces podría seguir cursos por correspondencia. ¡Eso es lo bueno! No hay que decir la lección a una tía de esas que tratan de darse pisto con el director, y uno puede estudiar lo que le da la gana. ¡Oíd esto! He recortado los anuncios de unos cursos estupendos.

Sacó de su geometría medio centenar de anuncios de esos cursos caseros con que la energía y la previsión del comercio americano ha contribuido a la ciencia de la educación. El primero ostentaba el retrato de un joven con una frente pura, una mandíbula férrea, calcetines de seda y pelo como el charol. En pie, con una mano en el bolsillo del pantalón y la otra extendida, con el índice increpante, hechizaba a un auditorio de señores con barbas grises, barrigas, calvas, y demás signos de sabiduría y prosperidad. Sobre el dibujo había un símbolo pedagógico inspirador, no la anticuada lámpara o antorcha, no el búho de Minerva, sino una fila de signos de dólares. El texto rezaba:

\$ \$ \$ \$ \$ \$ \$ \$ \$

EL PODER DE LA ELOCUENCIA AL HABLAR EN PÚBLICO

Un cuento oído en el club

¿Con quién dirán ustedes que tropecé anoche en el Restaurant De Luxe? Pues con Freddy Durkee, un chico que era dependiente en la misma casa donde yo trabajaba... El Sr. Ratón como le solíamos llamar por broma. Antes era tan tímido que se asustaba del jefe y nunca se le reconocía el mérito de su trabajo. ¡Él en el De Luxe! ¡Y pedía una comida opípara con todos los «aditamentos», desde apio hasta nueces! Y en vez de sentirse desconcertado por los camareros como cuando almorzábamos en un figoncillo de Old Lang Syne, les daba órdenes igual que si fuera un millonario.

Yo le pregunté precavidamente qué hacía. Freddy se echó a reír y dijo: «Ya veo que te sorprende verme aquí. Pues has de saber, amigo mío, que soy ahora ayudante del jefe y que me encuentro en el camino de la Prosperidad y del Éxito; tengo ya en perspectiva un coche de doce cilindros, mi mujer causa sensación en la alta sociedad, y nuestros peques reciben la mejor educación. La cosa fue así. Vi por casualidad el anuncio de una escuela donde se podía aprender a hablar con soltura y sin preparación, a contestar reclamaciones, a hacer una proposición al jefe, a sacarle un préstamo a un Banco, a hechizar a un numeroso auditorio, con humor, ingenio, anécdotas, inspiración, etc. Era una recopilación del gran orador Profesor Waldo F.

Peet. Yo me sentía escéptico, pero escribí (una postal con mi nombre y señas simplemente) al editor pidiéndole las lecciones que envían de muestra, con la condición de reembolsarme el dinero si no quedaba absolutamente satisfecho. Recibí ocho lecciones sencillísimas, en un lenguaje corriente que cualquiera podía comprender, y les dediqué unas cuantas horas cada noche. Luego empecé a practicar con mi mujer. Pronto me convencí de que podía hablar cara a cara con el jefe y pedir que se me reconociera el mérito de mi trabajo».

Principiaron a considerarme y a ascenderme rápidamente. ¿Cuánto crees que me pagan ahora? ¡6500 dólares anuales! Y, oye, puedo tener fascinado a un auditorio hablando de cualquier tema. Como amigo tuyo que soy, te aconsejo que pidas una circular (sin compromiso de ningún género) y un valioso grabado artístico gratis a: EL PROF. W. F. PEET autor del Curso Breve de Elocuencia, es seguramente la primera figura en literatura práctica, psicología y oratoria. Graduado por varias de nuestras principales universidades, conferenciante, viajero, autor de libros, versos, etc., hombre que posee la singular personalidad de los CEREBROS PRIVILEGIADOS, está dispuesto a descubrir a USTED todos los secretos de su cultura y de su fuerza avasalladora, en unas cuantas lecciones que no serán estorbo para otras ocupaciones.

LA EDUCACIÓN ABREVIADA

Editores Despacho WA

Sandpit Iowa.

¿SE CONTENTA USTED CON UN MEDIANO ÉXITO?

¡NOSOTROS LE ENSEÑAMOS!

A dirigir la palabra a un auditorio.

A pronunciar brindis.

A contar chascarrillos en dialecto.

A declararse a una señora.

A obsequiar a sus invitados.

A hacer ventas por convicción.

A formarse un gran vocabulario.

A crearse una fuerte personalidad.

A convertirse en un pensador racional, profundo y original.

A hacerse un HOMBRE SUPERIOR.

Babbitt se encontró otra vez sin un canon que le capacitase para hablar con autoridad. Ni en su negocio ni en su automovilismo había nada que indicase lo que un Hombre Normal, un Ciudadano Integro, debía pensar de la cultura por correo.

—Sí —comenzó vacilante—, parece que abarca todo lo necesario.

Indudablemente es una gran cosa poder hablar en público. Yo mismo he creído a veces tener cierta disposición para ello, y sé demasiado bien que si un farsante como Chan Mott puede salir del paso negociando casas es porque habla bien hasta cuando no tiene maldita la cosa que decir. Y realmente es maravilloso lo bien que presentan estos cursos de diversas materias hoy día. Te diré, sin embargo: no es necesario meter una porrada de dinero en esto cuando tienes un excelente curso de elocuencia y de inglés en tu propio colegio... ¡y que es uno de los más grandes del país!

—Verdad —dijo simplemente la señora de Babbitt, mientras Ted se lamentaba:

—Pero, papá, si le enseñan a uno una porción de cosas que no sirven para nada (excepto trabajos manuales, dactilografía, baloncesto y baile), y con estos cursos por correspondencia puede uno aprender todo lo que se le antoje y más.

¿PUEDE USTED HACER UN PAPEL DE HOMBRE?

Si va usted de paseo con su madre, su hermana o su novia, y alguien se permite una observación insultante o usa un lenguaje incorrecto, ¿no le dará a usted vergüenza no poder defender a la ofendida? ¿Puede usted hacerlo?

Enseñamos boxeo por correspondencia. Muchos discípulos nos han escrito diciendo que después de unas cuantas lecciones han puesto fuera de combate a enemigos mayores y más fuertes. Las lecciones empiezan por sencillos movimientos ejecutados ante su espejo: alargar la mano para dar una moneda, bracear como cuando se nada, etc. Antes de darse cuenta golpea usted científicamente, esquiva los puñetazos, amaga, se pone en guardia, como si tuviera usted un enemigo real delante.

—¡Uy, y que no me gustaría a mí eso! Dios, si cogiera a un fulano del colegio que siempre está abriendo la boca y le pescara solo...

—¡Tontunas! ¡Qué idea! ¡Es la idiotez más grande que he oído en mi vida! —Fulminó Babbitt.

—Bueno, suponte que fuera yo de paseo con mamá o con Roña, y alguien se permitiese una observación indiscreta o usase un lenguaje incorrecto. ¿Qué haría?

—¡Probablemente batirías el récord de la carrera de cien metros!

—¡Ca! Le haría cara al cochino que se permitiera una observación indiscreta acerca de mi hermana y le enseñaría a...

—¡Mira, joven Dempsey! Si te cojo alguna vez peleándote, te doy una paliza que te enciendo el pelo... ¡Y, además, lo haré sin necesidad de alargar la mano delante del espejo!

—Querido Ted —dijo plácidamente la señora de Babbitt—, no tiene ninguna gracia que hables así de peleas.

—Dios, vaya una manera de apreciar... Y suponte que yo saliera de paseo contigo, mamá, y alguien se permitiera una observación insultante...

—Nadie se permite observaciones insultantes —interrumpió Babbitt—. Al menos

quien se queda en casa estudiando su geometría y se mete en lo que le importa, en vez de andar de aquí para allá por billares, tiendas de refrescos y otros sitios donde nadie debe entrar.

—Pero, papá, ¿y si alguno se atreviese?

—Bueno —gorjeó la señora de Babbitt—, pues si se atreviese no le haría el honor de prestarle atención. Además, no es posible. Siempre está una oyendo que si a fulana o a mengana la siguieron o la insultaron, pero yo no creo palabra de todo eso, o tienen ellas la culpa, porque hay mujeres que miran de un modo... Yo, al menos, nunca he sido ofendida por...

—¡Dale! ¡Suponte que lo fueras algún día! *Supóntelo*. ¿Puedes suponerte algo? ¿Puedes imaginar las cosas?

—Pues claro que sí. ¡Vaya una ocurrencia!

—Naturalmente que tu madre puede imaginar cosas... ¡y suponérselas! ¿Crees que eres tú la única persona en esta casa que tiene imaginación? —preguntó Babbitt—. Pero, ¿para qué sirve suponer? Suponiendo no se va a ninguna parte. Es una tontería suponer cuando hay tantos hechos reales que se pueden conside...

—Mira, papá. Suponte... Quiero decir... Suponte tú que estuvieras en tu oficina y un rival tuyo al que odiases...

—Yo no odio a ningún rival.

—¡Suponte que sí!

—¡Yo no quiero suponerme semejante cosa! Hay una porción de individuos de mi profesión que se rebajan y odian a sus competidores, pero si fueras un poco mayor y comprendieras los negocios, en vez de perder el tiempo en el cine o andando de acá para allá con una pandilla de chicas con la falda por la rodilla y empolvadas y pintadas y qué sé yo qué, entonces sabrías (y supondrías) que si hay alguna cosa que yo defienda en los círculos comerciales de Zenith, es que debiéramos hablar siempre de los demás en términos de la mayor cordialidad e instituir un espíritu de fraternidad y cooperación, y sencillamente por eso no puedo suponerme ni imaginarme odiando a un rival, ni siquiera a ese marrano, papanatas y culebrón de Cecil Rountree.

—Pero...

—¡No hay pero que valga! Pero... si yo tuviera que santiguar a alguno, no necesitaría hacer ejercicios de natación ante un espejo, ni flinflanes de ninguna clase. Suponte tú que estuvieras en algún sitio y un individuo empezara a insultarte. ¿Saldrías a boxearle dando saltitos como un maestro de baile? ¡No! Le tumbarías de un porrazo (¡al menos eso es lo que espero de cualquier hijo mío!), y después no volverías a ocuparte del asunto y sanseacabó. ¡Y no vas a aprender boxeo, y menos por correspondencia!

—Bueno, pero... Sí... Yo sólo quería enseñaros la variedad de cursos por correspondencia que hay, en vez de todas esas camelancias que nos enseñan en el instituto.

—Yo creía que os enseñaban boxeo en el gimnasio.

—Eso es diferente. Le meten a uno allí y un fulano se divierte majándonos a golpes y uno se queda sin aprender ni jota. Bueno... Oíd lo que dicen estos otros.

Los anuncios eran realmente filantrópicos. Uno de ellos ostentaba el entusiasta título:

¡DINERO! ¡¡DINERO!! ¡¡¡DINERO!!!

El segundo anunciaba:

Mr. P. R., que antes ganaba solamente dieciocho dólares a la semana en una barbería, nos escribe que gracias a nuestro curso está sacando ahora \$5000 como especialista osteovital.

Y el tercero:

Miss J. L., hasta hace poco modesta empleada de un establecimiento, gana hoy Diez Dólares diarios enseñando nuestro Sistema Hindú de Respiración Vibratoria y Control Mental.

Ted había coleccionado cincuenta o sesenta anuncios, recortados de anuarios comerciales, de periódicos de escuelas dominicales, de revistas literarias y de publicaciones misceláneas. Un bienhechor imploraba:

No «coma pavo». Gane Popularidad y Dinero. Usted puede tocar el banjo y meterse en Sociedad. Con las reglas de un Recién Descubierta Método de Instrucción Musical, cualquier persona —hombre, mujer o niño— puede, sin ejercicios cansados, entrenamiento especial o largos estudios, y sin perder tiempo, dinero ni energía, aprender a tocar nota por nota, el piano, el banjo, el cornetín, el saxofón, el violín o el tambor, y aprender a leer a primera vista.

El otro, bajo el título «Se necesitan detectives especializados en impresiones digitales — ¡Grandes ingresos!», decía:

Vosotros los que tenéis sangre en las venas. Ésta es la PROFESIÓN que habéis estado buscando. Aquí hay DINERO, y esa rápida mutación de escena, ese interés arrebatador, esa fascinación que vuestro espíritu aventurero ansiaba. Imaginaos ser la figura capital en el arte de aclarar misterios, de frustrar crímenes. Esta maravillosa profesión os pone en contacto con personas de influencia, que os tratan de igual a igual, y os da a menudo ocasión de viajar, tal vez a lejanos países, con todos los gastos pagados. NO SE REQUIERE EDUCACIÓN ESPECIAL.

—¡Sopla! Éste se lleva el primer premio. ¡Sería formidable viajar por todo el mundo y echar mano a un ladrón famoso! —dijo Ted a gritos.

—No me entusiasma la idea. Lo más probable es que salgas con algún hueso roto. Sin embargo, eso de la música puede que no esté mal. No hay razón, si peritos competentes se ponen a ello, para que no se descubra un sistema de estudiar música sin necesidad de perder la paciencia haciendo ejercicios.

Babbitt estaba conmovido, y su amor paternal le hacía sentir que ellos dos, los hombres de la familia, se comprendían mutuamente. Escuchó los anuncios de las universidades postales que enseñaban a escribir novelas cortas, a perfeccionar la memoria, a hacer películas, a desarrollar el poder espiritual. Había cursos de todo: Teneduría de Libros y Español, Quiropodia y Fotografía, Ingeniería Eléctrica y Decoración de Interiores, Avicultura y Química.

—Bueno, bueno... —murmuró Babbitt buscando una expresión adecuada a su admiración—. ¡Mecachis en la mar! Ya sabía yo que esto de las escuelas por correspondencia se había convertido en un negocio provechoso (el mío en comparación no vale dos cuartos), pero no podía figurarme que hubiera llegado a tanto. ¡Es una industria como otra cualquiera! Debe estar al nivel de los ultramarinos y del cine. Siempre pensé que más tarde o más temprano habría de llegar alguien con bastante seso para suplantar a los teorizantes nulos, a los ratones de biblioteca, y hacer de la educación algo positivo. Sí, comprendo que una porción de esos cursos pueden interesarte. Tengo que preguntar a los compañeros del Athletic Club si se han dado cuenta de que... Pero, al mismo tiempo, Ted, ya sabes que los anunciantes, quiero decir algunos anunciantes, exageran mucho. No sé yo si podrás empollarte esos cursos tan aprisa como dicen.

—Desde luego, papá; no cabe duda.

Ted tenía el inmenso aplomo del muchacho que es respetuosamente escuchado por sus mayores. Babbitt se dirigía a él con cariñosa atención.

—Comprendo la influencia que esos cursos pueden tener en la educación. Claro que yo nunca lo digo en público (graduado de una universidad del Estado, no puedo menos, aunque sólo sea por patriotismo y por decencia, de dar bombo a la institución donde me he educado), pero en realidad se pierde muchísimo tiempo allí estudiando poesía y francés y otras cosas que nunca le han producido a nadie un centavo. No sé, pero quizás esos cursos por correspondencia resulten una de las más importantes invenciones norteamericanas. ¡Lo malo es que hay tantos materialistas! No ven el lado espiritual y mental de la supremacía norteamericana; creen que invenciones como el teléfono, el aeroplano, la telegrafía sin hilos... No, ésa fue una invención italiana, pero es lo mismo: creen que tales progresos mecánicos son lo único que nos importa; mientras que un verdadero pensador ve que los movimientos espirituales dominantes como la Eficiencia, el Rotarianismo, la Prohibición y la Democracia son nuestra mayor y más auténtica riqueza. Y quizás este nuevo principio de educación en casa sea otro...; quizá sea otro factor... Lo primero, Ted, es tener Visión.

—¡Yo creo que esos cursos por correspondencia son horribles!

Los filósofos se quedaron boquiabiertos. Fue la señora de Babbitt quien dio esta

nota discordante en su armonía espiritual, y ésta era una de las virtudes de la dicha señora, excepto cuando tenía invitados, que entonces se transformaba en una atenta ama de casa y no molestaba a los hombres aventurándose a pensar.

—Es absurdo —prosiguió con firmeza— que les hagan creer a esos pobres chicos que aprenden algo, sin tener nadie que les ayude, y... Vosotros dos aprendéis pronto, ¡pero yo he sido siempre tan torpe! Bueno, es igual...

—¡Tonterías! —exclamó Babbitt dirigiéndose a ella—. Lo mismo sacas estudiando en casa. No creerás, supongo, que un muchacho aprende más gastándose en ir a Harvard el dinero que su padre ha ganado a duras penas, para vivir en un dormitorio lujosamente amueblado, con butacas, cuadros, escudos, tapetes y demás cachivaches, ¿verdad? Mira, yo he pasado por la universidad... ¡y sé lo que ocurre! Sin embargo, se puede poner un reparo. Yo soy opuesto a que sigan carrera los barberos y los trabajadores. Ya somos demasiados los hombres de carrera, y además, ¿de dónde vamos a sacar obreros si a todos les da por educarse?

Ted estaba recostado, fumando un pitillo sin reproche de la familia. Por un momento le era dado compartir las altas especulaciones de Babbitt, como si fuera Paul Riesling o hasta el mismo Dr. Howard Littlefield.

—¿Qué piensas entonces, papá? —insinuó tímidamente—. ¿No sería estupendo que me fuera a China o a otro país así, y estudiara ingeniero o algo por correo?

—No, y te diré por qué, hijo mío. Me he convencido de que es una gran cosa poder decir que tienes un título universitario. Si algún cliente que no sabe lo que eres y te cree un simple hombre de negocios, empieza a discursar de economía política o de literatura o de la situación del comercio exterior, pues tú te dejas caer con algo como: «Sí, cuando yo estaba en la universidad...; porque yo me licencié en sociología...». ¡Bueno, que le tapas la boca! Pero figúrate que dijeras: «Me he graduado de Pegador de Sellos por la Universidad Postal de Bezuzus». Mi padre, ¿sabes?, era un buen sujeto, pero nunca le dio por la educación, y yo tuve que trabajar duramente para pagarme las matrículas. Pero al fin me ha valido poder rozarme, en clubes y otros sitios por el estilo, con lo más distinguido de Zenith; y no quisiera que tú te apartaras de este círculo de gente bien que tiene tantos riñones como la clase baja y, además, poder y personalidad. ¡Me causaría un gran disgusto que lo hicieras, querido!

—¡Ya lo sé, papá! ¡Naturalmente! Muy bien. No me apartaré de tu círculo. ¡Anda! ¡Atiza! Me olvidé de esas chicas que iba a llevar al ensayo. ¡Tendré que escapar corriendo!

—Pero aún no has terminado tu trabajo.

—Mañana en cuanto me levante lo haré.

—Bueno...

Seis veces durante los sesenta días anteriores, Babbitt había rugido: «¡No lo harás mañana en cuanto te levantes! ¡Lo vas a hacer ahora mismo!». Pero aquella noche dijo:

—Bueno, date prisa.

Y le sonrió con la misma sonrisa tímida y radiante que guardaba para Paul Riesling.

—Ted es un buen muchacho —le dijo a su mujer—. ¡Buenísimo!

—¿Quiénes son esas chicas que va a buscar? ¿Son decentes?

—No sé. Ted no me cuenta nunca nada. No sé qué pasa con esta nueva generación. Yo tenía que contárselo todo a papá y a mamá, pero hoy parece que los muchachos se desentienden de la autoridad paterna.

—Espero que sean chicas decentes. Ted ya no es un niño, y no me haría gracia que se metiera en un lío.

—George: ¿no crees tú que deberías hablarle a solas algún día de ciertas... cosas? Se puso colorada y bajó los ojos.

—No sé, no sé. En mi opinión, Myra, está de más sugerir esas cosas a un chico. Ya pensará él por su cuenta bastantes diabluras. Pero digo yo, si... Realmente es una cuestión peliaguda. Tendré que consultar con Littlefield.

—Papá, naturalmente, coincide contigo. Dice que toda esa... instrucción... es... Vamos, que no es decente.

—Ah, conque sí, ¿eh? Pues permíteme que te diga que cualquier cosa que Henry T. Thompson piense... de moral, digo, porque lo que es en...

—¡Hombre, qué manera de hablar de papá!

—Sí, me gana siempre que se trata de meter la cabeza en un negocio, pero mira, en cuanto se pone a filosofar sobre educación, te juro que entonces estoy seguro de pensar lo contrario. Puede que tú no me consideres como una gran lumbrera pero, créeme, comparado con tu papá, soy un rector de universidad hecho y derecho. Sí, señor, qué diantre, voy a coger a Ted y le voy a decir por qué llevo yo una vida rigurosamente moral.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—¿Cuándo? ¿Cuándo? ¿Por qué tratas de acosarme con tanto Cuándo y Por qué y Dónde y Cómo y Cuándo? Eso es lo malo de las mujeres, por eso no llegan nunca a desempeñar bien un cargo; no tienen ningún sentido de la diplomacia. Cuando se presente la ocasión oportuna y la cosa venga a pelo le hablaré en tono amistoso, y... y... ¿Qué demonios hace esa Tinka ahí arriba? Debería estar durmiendo hace rato.

Babbitt salió del gabinete y se asomó a la solana, habitación con paredes de cristal, sillones de mimbre y un diván colgado, donde la familia solía matar la tarde los domingos. Fuera, solamente las luces de la casa de los Doppelbrau y el olmo favorito de Babbitt rompían la dulzura de la noche abrileña.

«¡Lo que he hablado con el chico! Se me está pasando el mal humor de esta mañana. Estoy nervioso. ¡Tengo que pasar unos días solo con Paul en Maine!... ¡Ese demonio de Zilla!... Pero... Ted es un muchacho que está bien. Toda la familia está bien. Y el negocio marcha. No hay muchos que hagan cuatrocientos cincuenta, casi medio millar de dólares, tan fácilmente como yo los he hecho hoy. Quizá tenga yo tanta culpa como los otros de las peloterías que armamos. No debía gruñir tanto como

gruño. Pero... Ojalá hubiera sido explorador como mi abuelo. Aunque entonces no tendría una casa como ésta. Yo... ¡Oh, Dios, qué sé yo!».

Pensó tristemente en Paul Riesling, en su juventud, en las mujeres que había conocido.

Cuando Babbitt se graduó en la universidad del Estado, veinticuatro años antes, quiso hacerse abogado. Había sido un formidable polemista en la facultad; se creía un tribuno; se vio gobernador. Mientras estudiaba Derecho se ganó la vida negociando en casas. Ahorraba dinero, vivía en una pensión, cenaba un huevo escalfado y un poco de picadillo. El bullicioso Paul Riesling (que de seguro iría a Europa a estudiar violín, el próximo mes o el próximo año) fue su refugio hasta que lo hechizó Zula Colbeck, que reía y bailaba y se llevaba los hombres tras ella haciéndoles señas.

Babbitt pasaba entonces las noches desolado, y sólo encontraba consuelo en la prima segunda de Paul, Myra Thompson, una muchacha zalamera y dulce, que demostraba su talento conviniendo con el vehemente joven Babbitt en que, desde luego, llegaría más tarde o temprano a gobernador. Mientras que Zilla se burlaba de él, llamándole pueblerino, Myra decía muy indignada que era más hombre que los petimetres nacidos en la gran ciudad de Zenith, que en 1897 cumplía los ciento cinco años de su fundación. Reina y maravilla del estado, tenía doscientos mil habitantes y era para George Babbitt, nacido en Catawba, tan enorme, tan ruidosa y tan lujosa que se sentía orgullosísimo de su amistad con una muchacha que había visto la luz en Zenith.

De amor no hablaban nunca. Él no ignoraba que si había de estudiar Derecho le sería imposible casarse en mucho tiempo; y Myra era francamente una Buena Chica. No se dejaba besar y no se podía pensar en «hacerlo» con ella a menos de casarse. Pero era una excelente compañera. Siempre estaba dispuesta a ir a patinar o a pasear; siempre encantada de oír sus discursos sobre las grandes cosas que iba a hacer: defender al pobre contra las injusticias del rico, pronunciar brindis en los banquetes, corregir las inexactitudes de las creencias populares.

Una noche que estaba cansado y sentimental, notó que ella había llorado. Zilla no la había invitado a una reunión que daba. Como quien no hace nada, Myra apoyó la cabeza en su hombro y él la besó para consolarla. Entonces ella levantó la cabeza y dijo confiadamente: «Ya que estamos comprometidos, ¿nos casaremos pronto o será mejor esperar?».

¿Comprometidos? Era la primera noticia que Babbitt tenía de semejante cosa. Su afecto por aquella mujer tierna y morena se enfrió de pronto, pero no podía herirla, no podía ultrajar su confianza. Murmuró algo sobre esperar y escapó. Se paseó una hora entera tratando de hallar modo de decirle que se trataba de una equivocación. Varias veces, durante el mes siguiente, estuvo a punto de decírselo, pero era muy agradable tener a una muchacha en los brazos, y cada vez resultaba más difícil ofenderla confesándole que no la quería. Pero él estaba seguro de que no. La víspera de su matrimonio sentía una congoja horrible y a la mañana siguiente un deseo irrefrenable

de huir.

Myra fue para él lo que se llama una Buena Mujer, leal, hacendosa, y alguna que otra vez alegre. Al estrecharse sus relaciones, pasó de una ligera repugnancia a lo que prometía ser un apasionado cariño y resultó una rutina aburrida. Sin embargo, ella vivía solamente para sus hijos y para su marido, y sintió tanto como él que abandonase el Derecho para hundirse en la rutina de la compraventa de casas.

—La pobre no lo ha pasado mucho mejor que yo —reflexionó Babbitt en la oscuridad de la solana—. Pero... Bien me hubiera gustado meterme en la abogacía y en la política. ¡Quién sabe a lo que hubiera llegado! Bueno... Quizás haya hecho más dinero así.

Volvió al gabinete, pero antes de sentarse le acarició el pelo a su mujer, y ella levantó la vista, feliz y, en cierto modo, sorprendida.

CAPÍTULO VII

1

Terminó de leer el último número del *American Magazine*, mientras su mujer, suspirando, dejó su zurcido y se puso a mirar con envidia los diseños de ropa blanca en una revista de modas. El cuarto estaba en silencio.

Era un cuarto fiel a las normas de Floral Heights. Las paredes grises estaban divididas en paneles por blancos listones de pino esmaltado. De la casa anterior de los Babbitt procedían dos mecedoras talladas, pero las otras sillas eran nuevas, muy cómodas, y forradas de terciopelo azul con listas de oro. Frente a la chimenea había un sofá de terciopelo azul, y tras éste una mesa de cerezo y una lámpara portátil de alto soporte con una pantalla de seda dorada. (En Floral Heights, dos casas de cada tres tenían delante de la chimenea, un sofá, una mesa de caoba, auténtica o no, y una lámpara portátil con una pantalla de seda rosa o amarilla).

Sobre la mesa había un tapete chino tejido con hilillo de oro, cuatro revistas, una caja de plata para cigarrillos y tres libros de regalo: grandes, lujosas ediciones de cuentos ilustrados por artistas ingleses y no leídos aún por ningún Babbitt, excepto Tinka.

En un rincón, cerca de la ventana, se veía una gran Victrola. (En Floral Heights ocho casas de cada nueve tenían un fonógrafo de consola).

Entre los cuadros, colgados exactamente en el centro de cada panel, figuraban: la reproducción, en negro y rojo, de un grabado inglés que representaba una cacería; la reproducción anémica de una escena de tocador, con una inscripción en francés de cuya moralidad siempre había dudado mucho Babbitt; y una fotografía «iluminada a mano» de una habitación colonial: alfombra, doncella hilando, gato y chimenea blanca. (En Floral Heights diecinueve casas de cada veinte tenían un grabado de caza, un dibujo de *Madame Fait la Toilette*, una fotografía de las Montañas Rocosas o una fotografía de alguna casa de Nueva Inglaterra, si no las cuatro cosas).

Era un cuarto tan superior en confort a la «sala» de la infancia de Babbitt, como su auto comparado con el cochecillo de su padre. Si bien no había allí nada que fuera interesante, tampoco había nada que ofendiera. Era tan nítido y tan negativo como un bloque de hielo artificial. En la chimenea no había cenizas ni ladrillos hollinientos; las tenazas de bronce estaban inmaculadas; y los morillos eran como muestras de tienda: objetos de comercio, desolados, inútiles, sin vida.

Contra la pared había un piano, con otra lámpara portátil, pero nadie lo tocaba excepto Tinka. El alegre chirrido del fonógrafo les bastaba; su colección de discos de jazz les hacía sentirse ricos y cultos; y todo lo que sabían de arte musical era ajustar una aguja de bambú. Los libros de la mesa no tenían una mancha y estaban colocados en rígidas paralelas. Ni una punta de la alfombra estaba enroscada, y por ninguna parte se veía un palo de hockey, un libro de dibujos roto, una gorra vieja o un perro desarmónico.

2

En casa, Babbitt nunca se absorbía en la lectura. Solía reconcentrarse en la oficina, pero en su hogar cruzaba las piernas y no podía estarse quieto. Cuando la historia era interesante, leía a su mujer los mejores párrafos, es decir, los más graciosos; cuando no, tosía, se rascaba las pantorrillas y la oreja derecha, se metía el pulgar izquierdo en el bolsillo del chaleco, daba vueltas al cortacigarros y a las llaves enganchadas en la cadena de su reloj, bostezaba, se rascaba la nariz, y encontraba recados que hacer. Fue al piso de arriba a ponerse las zapatillas, sus elegantes zapatillas de foca, de estilo medieval. Bajó al sótano, donde, junto al cuarto de los baúles, había un barril de manzanas, y subió una.

—Si tomas a diario una manzana nunca verás al médico en tu casa —recordó a su cónyuge por vez primera en catorce horas.

—Verdad.

—No hay como una manzana para regular la naturaleza.

—Sí...

—Lo malo es que las mujeres no son nunca lo bastante sensatas para formarse hábitos regulares.

—Pues yo...

—Siempre andan pellizcando aquí y allí y comiendo entre horas.

—¡George! —exclamó ella levantando los ojos de su lectura—. ¿Has tomado hoy un almuerzo ligero como te proponías? ¡Yo sí!

Este ataque imprevisto y malicioso le dejó aturdido.

—Bueno, quizá no fuese tan ligero como... Fui a almorzar con Paul y, claro, no pude menos de excederme un poco. ¡No hagas muecas! Pareces un gato. Si no fuera porque yo me ocupo de nuestra dieta... Soy el único miembro de esta familia que comprende el valor de la harina de avena. Yo...

La señora de Babbitt volvió a su lectura mientras él cortaba piadosamente la manzana y se la zampaba.

—Una cosa he hecho: quitarme de fumar... Tuve una buena agarrada con Graff en la oficina. Se está volviendo demasiado frescales. Yo aguanto mucho, pero, de vez en cuando, tengo que hacer valer mi autoridad, y le canté la cartilla. «Stan», le dije...; Bueno, le paré los pies.

—¡Pero qué día más raro! Le pone a uno nervioso...

¡Aaaau...! El sonido más soñoliento del mundo, el bostezo final. La señora de Babbitt le hizo coro, y sonrió agradecida cuando él, zumbando como un abejorro, preguntó:

—¿Nos vamos a la cama? Roña y Ted no vendrán hasta las tantas. ¡Qué día tan absurdo! El calor no es sofocante, pero... ¡Dios, quisiera...! Tendré que hacer un día de estos una larga excursión en auto.

—Sí, nos divertiremos mucho —bostezó ella.

Apartó la vista de su mujer al darse cuenta de que no quería que ella le acompañase. Cerró las puertas, miró si las ventanas estaban sujetas y fijó el regulador de la calefacción para que las calderas funcionasen automáticamente por la mañana, experimentando al hacerlo una sensación de soledad que le confundía y amedrentaba. Tan distraído estaba que no podía recordar qué pestillos había asegurado, y a oscuras, andando a tientas para no tropezar con las sillas, volvió a inspeccionar todas las ventanas. Sus pies resonaron reciamente en las escaleras cuando subió al piso de arriba al final de aquel traicionero día de veladas rebeliones.

3

Antes del desayuno evocaba siempre su infancia en uno de los pueblecillos del Norte^[18], y olvidaba las exigencias urbanas de afeitarse, bañarse, decidir si la camisa resistiría un día más. Siempre que se quedaba en casa por la noche, se acostaba temprano, y con gran parsimonia cumplía de antemano aquellos funestos deberes. Tenía por costumbre afeitarse cómodamente sentado en un baño lleno de agua. Aquella noche, el señor de la casa, rechoncho, blanducho, rosáceo, calvo y desprovisto de la importancia que le daban los lentes, estaba acurrucado en la bañera, con el agua por los sobacos, raspándose las mejillas enjabonadas con una maquinilla que parecía una diminuta dalladora. De cuando en cuando, chapoteaba con melancólica dignidad, tratando de recuperar el jabón resbaladizo y vivaracho.

El calor del agua le adormecía, le hacía soñar. La luz chocaba contra la superficie interior de la bañera formando un dibujo de delicadas líneas verdes que, al temblar el agua clara, centelleaban en la curva porcelana. Babbitt miraba perezosamente, notando que a lo largo de la silueta proyectada por sus piernas en el fondo de la bañera, las sombras de las burbujas de aire adheridas a sus pelos tomaban un extraño aspecto de musgo. Dio una palmada en el agua y la luz reflejada se quebró, saltó, se pulverizó. Babbitt estaba contento. Jugaba como un niño. Se afeitó unos cuantos pelos de una de sus pantorrillas.

El tubo de desagüe gorgoteaba: glu glu glu, glu glu glu. Era un dulce y alegre cantar. Babbitt, arrobado, se quedó contemplando la sólida bañera, los preciosos grifos de níquel y los azulejos de las paredes, enorgullecido de poseer tal maravilla.

Se levantó y empezó a hablar ásperamente a los objetos del baño. «¡Ven aquí! ¡Ya has jugueteado bastante! —dijo en tono de reproche al travieso jabón, y luego al cepillo de uñas que le arañaba los dedos—: ¡Ah, conque sí, eh!». Se enjabonó, se enjuagó, se frotó el cuerpo austeramente, notó un agujero en la toalla turca, y meditativamente metió el índice por él; acto seguido, volvió al dormitorio, grave e inflexible ciudadano.

Tuvo un momento de magnífico desenfado, un relámpago de melodrama como sentía al guiar su automóvil, cuando sacó un cuello limpio, y al descubrir que estaba desgastado por delante lo rasgó con un espléndido chirrido.

Lo más importante de todo era preparar la cama en la galería. No se sabe si le gustaba dormir en la galería a causa del aire fresco o a causa de que tener una galería era lo más indicado.

Del mismo modo que era Alce^[19], Booster, y miembro de la Cámara de Comercio, del mismo modo que los pastores de la Iglesia presbiteriana determinaban cada una de sus creencias religiosas y los senadores que controlaban el partido republicano decidían en los saloncillos de Washington lo que había de pensar acerca del desarme, de los impuestos y de Alemania, así las grandes agencias anunciadoras

establecían las normas de su vida fijando lo que él creía ser su individualidad. Estos artículos tan anunciados —dentífricos, calcetines, neumáticos, cámaras fotográficas, calentadores de agua— eran para él símbolos y pruebas de excelencia; primero los signos, luego los sustitutos de la alegría, de la pasión, del sentido común.

Pero ninguna de estas pruebas de éxito social y económico era tan significativa como una galería-alcoba con una solana debajo.

Los preparativos para acostarse eran complicados y siempre los mismos. Tuvo que remeter las mantas bajo el colchón de su catre. (Por qué razón la doncella no lo había hecho era cosa que había de discutir con su cónyuge). Acercó la alfombra de modo que sus pies cayeran en ella al levantarse. Dio cuerda al despertador. Llenó la botella de agua caliente y la colocó exactamente a dos palmos de los pies del catre.

Estas tremendas empresas se rindieron a su determinación; las fue anunciando una por una a su mujer y llevándolas a cabo decididamente. Por fin desarrugó el entrecejo. «¡Buenas noches!», gritó con voz potente y varonil. Pero todavía necesitaba paciencia. En el preciso momento de coger el sueño, llegó el auto de los Doppelbrau. Se desveló de pronto, lamentando: «¿Por qué demonio no podrán algunas personas acostarse a una hora razonable?». Tan familiar le era el proceso de encerrar su propio coche, que esperó cada movimiento como un hábil verdugo condenado a sufrir tormento en su mismo potro.

El automóvil avanzó con una alegría insultante por la calzada. La portezuela se abrió y cerró de golpe, después la puerta del garaje rechinó en el umbral al correrse. Se oyó de nuevo la portezuela del coche. El motor bramó al subir la cuesta del garaje y volvió a bramar, explosivamente, antes de pararse. Portazo final del coche. Luego el silencio, un silencio lleno de ansiedad, hasta que el pelmazo de Mr. Doppelbrau hubo examinado sus neumáticos y cerrado por fin la puerta del garaje. Instantáneamente, Babbitt cayó en un bendito estado de olvido.

En aquel momento, en la ciudad de Zenith, Horace Updike estaba haciendo el amor a Lucile McKelvey, en el gabinete malva de ésta, después de haber asistido a la conferencia de un eminente novelista inglés. Updike era el solterón profesional de Zenith, un hombre de cuarenta y seis años, delgado de cintura, que tenía una voz afeminada y entendía mucho de flores, cretonas y mujeres. La señora McKelvey era pelirroja, mantecosa, descontentadiza, exquisita, ruda y honesta. Updike probó su primera e invariable maniobra: darle un golpecito en la muñeca.

—¡No sea usted idiota! —dijo ella.

—¿Le molesta a usted de veras?

—¡No! ¡Qué me va a molestar!

Cambió de estrategia y empezó a hablar. Tenía fama de gran conversador. Hablaba aceptablemente de psicoanálisis, de polo, y de la bandeja china que había encontrado en Vancouver. Ella le prometió que se verían en Deauville el próximo verano, «aunque», suspiró, «aquello se está poniendo atroz; no hay más que americanos y ridículas aristócratas inglesas».

Y en aquel momento, en Zenith, un matutero de cocaína y una prostituta bebían cócteles en el bar de Healey Hanson, en Front Street. Como la prohibición estaba ahora en todo su vigor, y como Zenith observaba la ley notoriamente, se veían forzados a beberse los cócteles en inocentes tazas de té. La señora tiró su taza a la cabeza del matutero de cocaína. Él sacó su revólver del bolsillo de la manga y, casualmente, la asesinó.

En aquel momento, en Zenith, dos hombres permanecían sentados en un laboratorio. Llevaban cuarenta y siete horas trabajando en una memoria de sus investigaciones sobre caucho sintético.

En aquel momento, en Zenith, cuatro individuos del gremio obrero celebraban una conferencia para decidir si los doce mil mineros que trabajaban en cien millas a la redonda se declararían en huelga o no. Uno de estos individuos parecía un tendero próspero y quisquilloso, otro un carpintero yanqui, otro un mancebo de botica, y otro un judío ruso de profesión actor. El judío ruso citaba a Kautsky, a Debs y a Abraham Lincoln.

En aquel momento, se moría un veterano del ejército republicano^[20]. Inmediatamente después de la guerra civil se había instalado en una hacienda que, aunque estaba oficialmente dentro de los límites de Zenith, era tan primitiva como si se hallara en medio de la selva. Nunca había montado en un automóvil, nunca había visto un baño, nunca había leído ningún libro, salvo la Biblia, los textos de McGaffey y opúsculos religiosos; y creía que la tierra era plana, que los ingleses eran las doce tribus perdidas de Israel y que los Estados Unidos son un país demócrata.

En aquel momento, la ciudad de cemento y acero que formaba la fábrica de la

Compañía de Tractores de Zenith estaba en plena actividad. Los obreros trabajaban día y noche para dar salida a un pedido de tractores que había hecho el ejército polaco. Zumbaba como un millón de abejas, resplandecía como un volcán. A lo largo de las altas alambradas, los reflectores iluminaban los patios llenos de cenizas, las agujas de las vías y los guardas armados que hacían la ronda.

En aquel momento, Mike Monday^[21] daba fin a un mitin. Mr. Monday, distinguido evangelista, el más conocido pontífice protestante de Norteamérica, había sido antes boxeador. Satanás no se había portado bien con él. Del boxeo no había sacado más que la nariz rota, su celebrado vocabulario, y su presencia teatral. El servicio del Señor le había resultado más provechoso. Estaba a punto de retirarse con un fortunón. Bien lo había ganado porque, según su último informe, «el reverendo Mr. Monday, el profeta enérgico, había demostrado que no existía en el mundo nadie que conociera mejor el negocio de la salvación, y que por medio de una organización eficaz los gastos fijos de la regeneración espiritual pueden reducirse a un mínimo sin precedentes. Ha convertido más de doscientas mil almas perdidas e inapreciables a un coste de menos de diez dólares por cabeza».

De las ciudades grandes del país, sólo Zenith había vacilado en someter sus vicios a Mike Monday y a su experto cuerpo de regeneración. Las Sociedades más emprendedoras habían votado por invitarle. (Mr. George F. Babbitt le había elogiado en un discurso que pronunció en el Boosters' Club). Pero había oposición por parte de ciertos ministros episcopales y congregacionalistas, esos renegados a los que Mr. Monday llamó finamente «pandilla de evangelizantes que en vez de sangre tienen en las venas agua de fregar; un hatajo de sacamuelas que debían tener más polvo en las rodillas y más pelo en el pecho». Esta oposición fue anulada cuando el secretario de la Cámara de Comercio informó a un comité de fabricantes que en toda ciudad donde se había presentado, Mr. Monday había desviado el interés de los obreros hacia cosas más elevadas que los jornales y las horas de trabajo, conjurando así las huelgas. Fue inmediatamente invitado.

Un fondo de cuarenta mil dólares para gastos había sido suscrito; en los terrenos donde solía celebrarse la feria se había erigido un tabernáculo capaz para quince mil personas. En este tabernáculo el profeta Mike Monday terminaba su discurso:

—Hay en esta villa una porción de profesores cucos y de señoritos sinvergüenzas que dicen que yo soy un tío ordinario y un mangante y que de la historia no sé ni esto. Sí, hay una pandilla de sabihondos con patillas que creen saber más que el Todopoderoso y prefieren la ciencia teutónica y la obscena crítica germánica a la simple y recta palabra de Dios. Sí, hay un grupito de niños peras, de lechuguinos, de papamoscas y escritorzueros borrachines que no abren la boca sino para gritar que Mike Monday es un cochino y un majadero. Esos ciudadanos están diciendo ahora que yo hago la comedia de la evangelización y que vengo aquí por los cuartos. ¡Pues bien, oídmelo! Voy a darles a esos pájaros una ocasión. ¡Que suban aquí y me digan cara a cara que soy un bobo y un trolero y un patán! Pero si no lo hacen, ¡que no lo

harán!, no os sorprenda que uno de esos canallas mentirosos se gane un buen puñetazo de Mike, con toda la fuerza de la ira de Dios. ¡Vamos, señores míos! ¿Quién se atreve? ¿Quién osa decir que Mike Monday es un farsante y un charlatán? ¿Eh? ¿No se levanta nadie? ¡Ya veis! Supongo que de ahora en adelante no volveréis a prestar oídos a todos esos cobardes que me calumnian, a todos esos tíos que murmuran y critican y chismorrean y vomitan su cochino ateísmo; y que todos vosotros vendréis, con todo el entusiasmo y todo el fervor de que seáis capaces, para que juntos glorifiquemos a Jesucristo, cuya piedad y dulzura son infinitas.

En aquel momento, Séneca Doane, el abogado radical, y el doctor Kurt Yavicht (histólogo cuyos estudios sobre la destrucción de las células epiteliales habían dado a conocer el nombre de Zenith en Munich, Praga y Roma), estaban conversando en la biblioteca de Doane.

—Zenith es una ciudad gigantesca... Edificios gigantescos, máquinas gigantescas, transportes gigantescos —meditaba Doane.

—Yo detesto su ciudad. Ha uniformado la belleza de la vida. Es una gran estación de ferrocarril... donde todo el mundo toma billetes para los mejores cementerios —decía el doctor Yavicht plácidamente.

—¡Que me ahorquen si eso es verdad! —saltó Doane—. Me desespera usted, Kurt, con sus eternas lamentaciones sobre la «uniformidad». ¿Cree usted que las otras naciones no están también uniformadas? ¿Hay nada más uniformado que Inglaterra, donde en cada casa se toma el té a la misma hora, donde cada general retirado va a oír las mismas vísperas a la misma iglesia de torre cuadrada, y donde cada jugador de golf dice con pedantería «¡Razón tiene usted!» a cualquier asno con dinero? Pues a pesar de eso, a mí me gusta Inglaterra. Y para «uniformidad»... recuerde usted las terrazas de los cafés en Francia y los galanteos de Italia. La uniformidad es excelente excelente *per per se*. Cuando yo me compro un reloj marca Ingersoll o un Ford, adquiero una cosa mejor por menos dinero, y sé exactamente lo que me llevo, y esto me ahorra tiempo y energía para cultivar mi individualidad. Y... Recuerdo que una vez vi en Londres, en la cubierta del *Saturday Evening Post*, el anuncio de un dentífrico con una fotografía de un suburbio yanqui..., una calle nevada, con olmos y casas de estilo colonial; con tejados inclinados y... El mismo tipo de calle que se encuentra aquí en Zenith, en Floral Heights, por ejemplo. Espacio. Árboles. Hierba. ¡Y sentí nostalgia! No hay país en el mundo que tenga casas tan bonitas. Y no me importa que sean todas del mismo patrón, si el patrón es perfecto. No, lo que yo combato en Zenith es la uniformidad de pensamiento y, naturalmente, las tradiciones de competencia. Los verdaderos malvados son esos honrados e industriosos cabezas de familia, que emplean todas las artimañas conocidas para asegurar el bienestar de sus cachorros. Lo peor de estos sujetos es que sean tan buenos y, en su trabajo al menos, tan inteligentes. No puede uno odiarlos todo lo que uno quisiera, y sin embargo sus mentes uniformadas son el enemigo más temible. Y luego esa manía patriotería... Sospecho que en Zenith se vive mejor que en Manchester, Glasgow,

Lyon, Berlín o Turín...

—No, señor; y yo he vivido en casi todos esos sitios —murmuró el doctor Yavicht.

—Bueno, cuestión de gusto. Personalmente, yo prefiero una ciudad donde el futuro es tan desconocido que excita la imaginación. Pero lo que yo especialmente quiero...

—Usted —dijo el doctor Yavicht— es un liberal vacilante, y no tiene la menor idea de lo que quiere. Yo, por ser revolucionario, sé lo que quiero..., y lo que quiero es una copita.

En aquel momento en Zenith, Jake Offutt, el político, y Henry T. Thompson, celebraban una conferencia. Offutt opinaba:

—Lo que hay que hacer es convencer a su yerno para que haga eso. Babbitt es un patriotero, como usted sabe. En cuanto echa mano de cualquier propiedad para su compañía finge que nos morimos de amor por el cliente, y a mí me gusta la honradez... si no me sale muy cara. No sé hasta cuándo podremos seguir así, Hank. Mientras estos buenos chicos como George Babbitt y los respetabilísimos jefes laboristas nos crean a usted y a mí fervientes patrioters, estamos seguros. Aquí hay buenos negocios para un político honrado, Hank: una ciudad entera que trabaja para suministrarnos cigarros, pollos asados y vermús, y que se acoge a nuestra bandera con indignación, sí, con feroz indignación, cuando aparece algún sacamuelas como ese tipo de Séneca Doane. De veras, Hank, un zorro astuto como yo debía avergonzarse de sí mismo si no les sacase los cuartos, cuando se presenta la ocasión. Pero la pandilla esa de la Compañía de Tracción no escapará con el robo como antes solía. No sé si cuando... ¡Si pudiéramos encontrar manera de echar de aquí a ese Séneca Doane! ¡O él o nosotros!

En aquel momento, en Zenith, trescientas, cuatrocientas o quinientas mil Personas Vulgares dormían, vasta sombra impenetrable. En los barrios bajos, más allá de la vía férrea, un joven que llevaba seis meses buscando trabajo abrió las llaves del gas, y él y su mujer se suicidaron.

En aquel momento, el poeta Lloyd Mallam, propietario de la librería Hafiz, terminaba un rondó en el que comparaba la alegre vida en los feudos de la medieval Florencia, y la insulsez de la existencia en una población tan prosaica como Zenith.

Y en aquel momento George F. Babbitt dio una vuelta en la cama, la última, decidido ya a dejarse de cavilaciones y a dormirse.

Instantáneamente, empezó a soñar. Estaba en alguna parte entre personas desconocidas que se reían de él. Se escabulló, echó a correr por los senderos de un jardín nocturno y en la verja esperaba el hada. Su mano le acarició la mejilla. Él era el galán cortés y bienamado; el hada tenía cálidos brazos de marfil; y allende peligrosas ciénagas rutilaba el mar bravío.

CAPÍTULO VIII

1

Los grandes acontecimientos de la primavera fueron para Babbitt la compra secreta de unos solares en Linton, para ciertos empleados de la Compañía de Tracción, antes de anunciar al público que la línea de Linton Avenue se prolongaría, y una comida que fue, como dijo su mujer, «no sólo un verdadero banquete sino también una velada de todo postín donde se habían reunido los más ilustres intelectuales y las mujeres más distinguidas de la localidad». Tan obsesionado estaba con aquella fiesta, que casi olvidó su proyectada escapatoria a Maine con Paul Riesling.

Aunque nacido en la aldea de Catawba, Babbitt se había elevado hasta ese nivel social en que sin necesidad de preparativos se podían tener hasta cuatro invitados más de dos o tres noches. Pero ante una comida de doce, con flores de la florista y toda la vajilla de cristal fuera, hasta los Babbitt se azaraban.

Durante dos semanas enteras estudiaron, discutieron y decidieron la lista de los invitados.

—Claro que nosotros estamos al día —dijo Babbitt maravillado—, pero ¡mira que recibir en nuestra casa a un poeta famoso como Chum Frink, un individuo que con un poema o dos diarios y con escribir unos cuantos anuncios, total nada, saca quince mil dolaritos al año!

—Sí, y Howard Littlefield. El otro día, ¿sabes?, me dijo Eunice que su papá habla tres idiomas.

—¡Bah! ¡Eso no es nada! Yo también...: americano, béisbol y póquer.

—No sé por qué tomas a broma estas cosas. Debe ser maravilloso hablar tres idiomas, y muy útil y... Y con personas así no veo por qué invitamos a los Orville Jones.

—¡Vamos, mujer, Orville es un hombre de gran porvenir!

—Sí, ya sé, pero... ¡Una lavandería!

—Desde luego no es lo mismo lavar ropa que hacer versos o vender inmuebles, pero Orvy es sumamente listo. ¿Le has oído alguna vez hablar de jardinería? Chica, ese ciudadano te puede decir el nombre de cada árbol, y algunos en griego y en latín también. Además, les debemos a los Jones una comida. Y, ¡qué diantre!, debe haber algún bobo entre la concurrencia para cuando artistas como Frink y Littlefield se pongan a perorar.

—Mira, querido... Quería decírtelo... Creo que tu deber es limitarte a escuchar y dejar que los demás invitados metan baza de cuando en cuando.

—¡Ah, sí, eh, conque sí! ¡Claro! ¡Yo no paro de hablar! Y no soy más que un comerciante, ¡naturalmente! Yo no soy doctor como Littlefield, ni poeta, y no tengo nada que decir. Bueno, pues mira, el otro día precisamente tu maldito Chum Frink se acerca a mí en el club y me pide que le dé mi opinión sobre la emisión de bonos para la escuela de Springfield. ¿Y quién se lo dijo? ¡Yo! ¡Yo se lo dije! ¡Pobre de mí! ¡Sí,

yo mismito! Vino y me lo preguntó, y yo se lo dije todo. ¡Puedes estar segura! Y bien contento que estaba él de oírme y... ¡Mi deber! Ya sé yo cuál es mi deber para con los convidados, y has de saber...

En fin, los Orville Jones fueron invitados.

2

La mañana del convite la señora de Babbitt estaba muy inquieta.

—Mira, George, haz el favor de volver temprano esta noche. No olvides que tienes que vestirte.

—¡Jajá! Veo aquí en el *Advocate* que la Asamblea general presbiteriana ha votado en contra del proyecto de formar una Iglesia universal. Eso...

—¡George! ¿Has oído lo que te he dicho? Debes volver a tiempo para vestirte.

—¿Vestirme? ¡Un cuerno! ¡Ya estoy vestido ahora! ¿Crees que voy a ir a la oficina en calzoncillos?

—¡No te consiento que digas indecencias delante de los chicos! ¡Y tienes que ponerte de etiqueta!

—Mira, de todas las malditas y absurdas molestias que se han inventado...

Tres minutos más tarde, luego que Babbitt hubo dicho «Bueno, no sé si me vestiré o no», en un tono que demostraba que se vestiría, la discusión cambió de tema.

—Y no te olvides, George, parar a la vuelta en Vecchia's para comprar el helado. Su automóvil está estropeado y no me fío si lo mandan por...

—¡Muy bien! Ya me lo has dicho antes del desayuno.

—Es que no quiero que te olvides. Yo tendré que pasarme el día entero dando instrucciones a la chica que va a servir a la mesa...

—¡Qué tontería! No había necesidad de tomar otra chica. Matilda hubiera podido perfectamente...

—... Y tendré que salir a comprar las flores, y colocarlas, y poner la mesa, y encargar las almendras tostadas, y cuidar los pollos, y arreglármelas para que los chicos cenén en el piso de arriba y... Y no puedo menos de contar contigo para el helado.

—¡Muy bieeeeeen! ¡Lo traeré!

—No tienes más que entrar y decir que te den el helado que yo encargué ayer por teléfono, y lo tendrán preparado ya.

A las diez y media, la señora de Babbitt telefoneó a su marido para decirle que no se olvidara de traer el helado.

Babbitt se quedó sorprendido y abrumado. ¿Valdrían los banquetes de Floral Heights las molestias y complicaciones que acarreaban? Pero se arrepintió de sus sacrílegos pensamientos al comprar los ingredientes para los cócteles.

He aquí la manera de proporcionarse alcohol durante el reinado de la virtud y de la prohibición:

Condujo su automóvil desde las modernas y rectas avenidas del centro hasta las enmarañadas callejuelas de la Ciudad Vieja, ruinosas manzanas de almacenes y depósitos; siguió hasta The Arbor, hermosa huerta un día, que era ahora un cenagal de hospedajes, casas de vecindad y burdeles. Iba mirando a todos los policías con mucha inocencia, como quien respeta la ley y admira la fuerza; le hubiera gustado

pararse y bromear con ellos. Detuvo su automóvil a cierta distancia del bar de Healey Hanson, diciendo para sus adentros: «Bueno, qué diantre, si alguien me ve aquí pensará que vengo por el negocio».

Entró en el local, que tenía el mismo aspecto de las antiguas tabernas. Frente a la puerta había un largo y mugriento mostrador con un espejo pintarrajeado detrás. En una mesa de pino un viejo andrajoso soñaba ante un vaso de algo que parecía *whisky*. En el mostrador, dos hombres bebían algo que parecía cerveza, dando la impresión de gran multitud que siempre dan dos hombres en una taberna. El tabernero, un sueco alto y pálido que lucía un diamante en su corbata lila, miró fijamente a Babbitt cuando éste se acercó al mostrador:

—Yo, je... Un amigo de Hanson me ha enviado aquí. Quisiera una botella de *gin*. El tabernero le clavó los ojos como lo haría un obispo ultrajado.

—Me parece que se ha equivocado usted de sitio, amigo. Aquí no vendemos más que refrescos.

Se puso a limpiar el mostrador con un paño nada limpio, mirando por encima de su brazo, que se movía mecánicamente.

—Oye, Oscar —suplicó el viejo soñador desde su mesa.

Oscar no oyó.

—Eh, tú, Oscar, haz el favor. ¡Oye!

La soñolienta voz de aquel gandul, y el agradable olorcillo de la cerveza dejaron a Babbitt como inmovilizado. El barman se acercó ásperamente a la multitud que formaban los dos hombres. Babbitt le siguió con paso de gato, y dijo lagoteramente:

—Oiga, Oscar, quiero ver a Mr. Hanson.

—¿Para qué le quiere usted ver?

—Tengo que hablarle. Aquí está mi tarjeta.

Era una tarjeta preciosa, grabada en negro muy negro y en rojo muy rojo, según la cual Mr. Babbitt era Fincas, Seguros y Alquileres. El barman la cogió como si pesara diez libras y la leyó como si tuviera cien palabras. No se apeó de su dignidad episcopal, pero gruñó:

—Veré si está.

De la trastienda salió un viejo inmensamente joven, un hombre silencioso, de mirada penetrante, con una camisa de seda canela, chaleco de cuadros desabrochado, y unos pantalones de color chillón: Mr. Healey Hanson.

—¡Jem! —dijo a secas Mr. Hanson, pero sus implacables y despreciativos ojos escudriñaban las intenciones de Babbitt, y no pareció impresionarle mucho el nuevo traje gris por el cual (como había dicho en el Athletic a todos sus conocidos) había pagado Babbitt ciento veinticinco dólares.

—Mucho gusto, Mr. Hanson. Pues... yo soy George Babbitt de la Compañía Babbitt-Thompson, ¿sabe usted? Soy muy amigo de Jake Offutt.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues, ¿sabe usted?, je, yo voy a dar una comida, y Jake me dijo que usted

podría proporcionarme un poco de *gin*... Puede usted, si quiere, telefonar a Jake —añadió servilmente, alarmado al notar en los ojos de Hanson señales de aburrimiento— preguntándole quién soy.

Hanson contestó haciendo un movimiento de cabeza para indicarle la entrada de la trastienda, y desapareció. Babbitt entró, melodramáticamente, en un aposento que contenía cuatro mesas redondas, once sillas, un calendario de una cervecería, y un olor indefinible. Esperó. Vio tres veces a Healey Hanson, que, tarareando y sin prestarle la menor atención, vagaba de acá para allá con las manos en los bolsillos.

Babbitt había modificado ya su decisión matinal de no pagar «ni un centavo más de siete dólares litro», y ahora se avenía a pagar diez. Cuando Hanson entró de nuevo le preguntó:

—¿Qué, puede usted arreglar eso?

—Un momento, ¡maldita sea!, un momento —gruñó Hanson de malos modos.

Con ejemplar mansedumbre, Babbitt siguió esperando hasta que Hanson reapareció con el litro de *gin* (lo que eufemísticamente se llama un litro).

—Doce machacantes —dijo alargándole la botella con gesto desdeñoso.

—Eh, oiga, amigo, oiga: Joke me aseguró que no me pediría usted más de ocho o nueve.

—No, señor. Doce. Esto es *gin* auténtico del Canadá, y no uno de esos potingues asquerosos con unas gotas de extracto de enebro —dijo el honrado comerciante virtuosamente—. Doce papiros... si quiere usted llevárselo. Comprenderá usted, además, que yo hago esto sólo por ser amigo de Jake.

—¡Claro, claro! ¡Comprendido! —exclamó Babbitt alargando con agradecimiento los doce dólares.

Se sentía orgulloso de verse en aquel lugar. Mientras tanto, Hanson, bostezando, embolsaba los billetes, sin contarlos, en su flamante chaleco, y se alejaba con andares de jaque.

La operación de ocultar la botella de *gin* bajo su chaqueta primero, y después en su pupitre, le produjo verdadera emoción. Toda la tarde se la pasó regocijado con la idea de dar a los amigos una sorpresa. Tan alborozado estaba que hasta poco antes de llegar a su casa no recordó cierto detalle, mencionado por su mujer, sobre comprar helado en Vecchia's.

—Bueno, qué caray... —exclamó, dando marcha atrás.

Vecchia no era un proveedor cualquiera, era El Proveedor de Zenith. La mayoría de las reuniones sociales se celebraban en el salón blanco y oro de la Maison Vecchia; en todos los tés elegantes los invitados reconocían las cinco clases de bocadillos Vecchia y las siete clases de pastas Vecchia; y todos los convites de buen tono terminaban, como en un acorde final, con helado napolitano de Vecchia en uno de los tres consabidos moldes: el molde amelonado, el molde redondo como una torta, y el molde en forma de ladrillo.

La tienda de Vecchia tenía molduras de color azul pálido, tracerías con rosas de

yeso, sirvientas con delantales escarolados, y anaqueles de cristal llenos de merengues, con todo el refinamiento que suponen las claras de huevo. Babbitt se sentía pesado y basto en medio de aquella exquisitez profesional, y mientras esperaba el helado se convenció de que una muchacha se estaba riendo de él. Volvió a casa con un humor susceptible. La primera cosa que oyó fue:

—¡George! ¿Te acordaste de ir a Vecchia's y traer el helado?

—Oye, ¿me olvido yo alguna vez de algo?

—¡Sí, a menudo!

—De cuando en cuando, nada más. Y te digo que después de ir a un sitio tan cursi como esa Maison Vecchia y tener que aguardar allí viendo aquellas chicas medio desnudas, todas pintadas como si tuvieran sesenta años y comiendo una cantidad de golosinas que les estropean el estómago...

—¡Oh, cuánto lo siento! ¡Ya he notado que no te gusta mirar a las mujeres bonitas!

De pronto, Babbitt comprendió que su mujer estaba demasiado ocupada para conmoverse por aquella indignación moral con que los hombres rigen el mundo, y subió humildemente a vestirse. Vislumbró un suntuoso comedor de cristal tallado, velas, madera pulida, encajes, plata, rosas. Con el corazón henchido de temor ante la perspectiva de un asunto tan grave como dar una comida, rechazó la tentación de ponerse por cuarta vez su camisa almidonada. Sacó otra completamente limpia, se hizo el lazo negro y se frotó los zapatos de charol con un pañuelo. Miró con agrado su botonadura de plata y granates. Se pasó la mano por los tobillos que, transformados por los calcetines de seda, no eran ya las bastas canillas de George Babbitt, sino las elegantes extremidades de lo que se llama un *clubman*. En pie, junto al espejo, contemplaba su bien cortado esmoquin y su pantalón con triple trencilla.

—¡Caray —murmuró con lírica lentitud—, no estoy tan mal! Nadie diría que soy de Catawba. Si los de mi pueblo me vieran con este equipo, ¡les daba un patatús!

Bajó majestuosamente a preparar los cócteles. Partió el hielo, exprimió las naranjas y sacó de la despensa botellas, vasos y cucharillas, sintiéndose tan autoritario como el sueco del bar de Healey Hason. Ciertamente, su señora dijo que estaba estorbando, y Matilda y la doncella suplementaria tropezaban con él, le daban codazos, gritaban «Abra la puerta, haga el favor» al pasar con las bandejas en vilo, pero él, en ese solemne momento, las ignoraba.

Además de la nueva botella de *gin*, contaba con media botella de *whisky* Bourbon, la cuarta parte de una botella de vermú italiano, y aproximadamente cien gotas de cierto licor de naranja. No tenía coctelera. Una coctelera era prueba de disipación, el símbolo del Bebedor, y a Babbitt le disgustaba tener fama de bebedor tanto como le gustaba beber. Hizo la mezcla con una salsera vieja y una jarra sin asa, sosteniendo en alto ambas cosas, bajo la poderosa luz de una bombilla Mazda. Estaba sofocado, la pechera de su camisa relucía, el fregadero de cobre era de oro rojo. Probó el sagrado líquido.

—¡Bueno, esto es lo que se llama un cóctel! Algo entre un Bronx y un Manhattan. ¡Ummmmmm! Oye, Myra, ¿quieres un sorbito antes que lleguen los invitados?

La señora de Babbitt, con su vestido gris de encaje protegido por una toalla, no paraba un momento. Entraba en el comedor, movía cada copa medio centímetro, y volvía a salir con cara de implacable resolución.

—¿Yo? ¡Qué disparate! —exclamó echando fuego por los ojos.

—Bueno —repuso Babbitt en tono jocoso y desenvuelto—, pues yo creo que un servidor va a tomarse una copita.

El cóctel le produjo un tremendo alborozo tras el cual sentía locos deseos de embalar en el auto, de besar a las mujeres, de cantar, de decir chistes. Trató de recuperar su dignidad perdida anunciando a Matilda:

—Voy a meter esta jarra en la nevera. Cuidado, no la vaya usted a volcar.

—Sí, señor.

—Bueno, tenga usted cuidado. Y no ponga nada encima de este estante.

—Sí, señor.

—Y no... ¡Uf!

Empezaba a sentir vahídos. Oía su propia voz como de lejos.

—¡Bueno, mucho cuidado! —ordenó en tono imponente, y corrió a refugiarse en el gabinete.

Se preguntaba si podría convencer a «una gente tan sosa como Myra y los Littlefield para que fueran a algún sitio después de cenar y armar allí la gorda y soplarse otras copitas». Descubrió que tenía ciertas dotes para la disipación, no cultivadas simplemente por descuido.

Cuando todos los invitados hubieron llegado, incluso la inevitable pareja que se hizo esperar, poniendo a prueba la paciencia de los demás, un gran vacío gris había reemplazado el rojo torbellino que giraba en la cabeza de Babbitt, y tuvo que forzar los tumultuosos saludos obligatorios para todo anfitrión residente en Floral Heights.

Los invitados eran Howard Littlefield, el doctor en Filosofía que suministraba la publicidad a la Compañía de Tracción; Vergil Gunch, el tratante en carbones, igualmente poderoso en el Boosters' Club como en el de los Alces; Eddie Swanson, agente de la Javelin Motor Car, que vivía enfrente; y Orville Jones, propietario de la Lavandería del Lirio Blanco, que acaba de anunciarse como «el mayor de los mayores y el mejor de los mejores trenes de lavado en Zenith». Pero, naturalmente, el más distinguido de todos era T. Cholmondeley Frink, no sólo autor de «Poemulaciones», que, sindicadas diariamente en sesenta y siete periódicos importantes, le daban más lectores que a cualquier otro poeta en el mundo, sino también ameno conferenciante y creador de los *Ads that Add*, anuncios que añaden. A pesar de la penetrante filosofía y alta moralidad de sus versos, éstos eran humorísticos y fácilmente inteligibles por un niño de doce años; y les daba mayor aire de chanza el que fueran siempre impresos no como versos sino como prosa. Mr. Frink era conocido desde el Atlántico al Pacífico por el nombre de «Chum».

Con ellos había seis mujeres, poco más o menos. Sería difícil decir exactamente cuántas, porque a primera vista todas parecían iguales, y todas decían: «¡Oh, qué preciosidad!» en el mismo tono de animación. Los hombres resultaban menos semejantes: el sabihondo Littlefield, alto y con cara de caballo; Chum Frink, una insignificancia de hombre, con pelo de ratón, cuyos lentes sujetos por un cordoncillo de seda denunciaban su profesión de vate; Vergil Gunch, anchote él y con un pelo negro tieso como un cepillo; Eddie Swanson, un joven calvo y vivaracho cuyo chaleco de seda negra floreada, con botones de cristal, demostraba su gusto por la elegancia; Orville Jones, persona de aspecto juicioso, regordete y nada memorable, con un bigotillo color cáñamo. No obstante, estaban todos tan bien alimentados y tan limpios, gritaron todos «Hola, Georgie» con tal vigor, que parecían primos carnales, y lo más extraño es que cuanto mejor conocía uno a las mujeres, tanto más diferentes le parecían; mientras que cuanto mejor conocía uno a los hombres, más semejantes le resultaban entre sí.

Los cócteles dieron lugar a un rito tan canónico como su preparación. Los invitados aguardaban inquietos, esperanzados, conviniendo en que el tiempo estaba un tanto caluroso y ligeramente frío, pero Babbitt no decía nada aún de las bebidas.

Cundió el desaliento. Mas cuando hubo llegado la última pareja (los Swanson), Babbitt insinuó:

—Bueno, amigos, ¿se atreverían ustedes a quebrantar la ley un poco?

Miraron a Chum Frink, el reconocido maestro del lenguaje. Frink tiró del cordón de sus lentes como de la cuerda de una campanilla, carraspeó, y dijo lo que era costumbre decir:

—Mire usted, George, yo respeto la ley, pero dicen que Gunch es un perfecto pícaro, y como es más grande que yo, pues, la verdad, no sé lo que haría si tratara de forzarme a algo criminal.

Gunch rugía: «Bueno, yo no pierdo la ocasión...», y todo el mundo se echó a reír cuando Frink levantó la mano reclamando atención y continuó:

—Conque si Verg y usted, George, insisten, dejaré el coche en el lado izquierdo de la calle, porque no dudo que éste es el crimen que ustedes están insinuando.

—¡Este Mr. Frink es matador! ¡Y cualquiera lo creería tan inocente! —exclamó la señora de Jones.

Babbitt clamoreó:

—¿Cómo lo adivinó usted, Chum? Bueno, esperen ustedes un momento mientras yo salgo y cojo... las llaves de sus respectivos autos.

Entre el regocijo general se presentó con lo prometido, la gran bandeja de vasos con la jarra de cócteles en medio. Los hombres exclamaron: «¡Fijarse en eso!», «¡Lo que a mí me hacía falta!» y «¡Ahí voy yo!». Pero a Chum Frink, hombre experimentado y no ajeno a las calamidades, se le ocurrió de pronto que la poción pudiera ser un mero jugo de frutas con un poco de alcohol malo. Mirando con cierta timidez a Babbitt, alargó su copa, pero al probar un sorbo, gritó:

—¡Oh, dejadme que sueñe! ¡No es verdad, pero no me despertéis! ¡Dejadme dormir!

Dos horas antes, Frink había terminado para un periódico una poesía que empezaba:

Hay gente, sí, tan idiota, que aunque pasa por moderna, todavía se alborota porque cierran la taberna, ese cubil de blasfemos, esa madriguera inmundada que a los sabios hace memos, ¡la tasca, que Dios confunda! Pero a mí me importa un pito la prohibición, siempre y cuando pueda dar mi paseíto de mañana, respirando la brisa de primavera, que a quien, como yo, madruga, deja al punto la mollera más fresca que una lechuga.

Babbitt bebió con los demás; su abatimiento había desaparecido; se daba cuenta de que sus amigos eran las mejores personas del mundo; quería obsequiarlos con mil cócteles.

—¿Pueden ustedes con otro? —preguntó.

Las señoras rehusaron con risitas, pero los hombres prorrumpieron en tono jovial y entusiasta:

—Bueno, cuanto más pronto se enfade usted conmigo, George...

Babbitt a cada uno de ellos, y cada cual respondió:

—Exprímala, George, exprímala.

Cuando la jarra estuvo completamente vacía, se pusieron a hablar de la prohibición. Los hombres se echaron para atrás sosteniéndose en equilibrio sobre los tacones, se metieron las manos en los bolsillos del pantalón y expusieron sus puntos de vista con la profunda rotundez del ricacho que repite una opinión manoseada sobre un asunto del que, sin embargo, no sabe absolutamente nada.

—Les diré a ustedes —apuntó Vergil Gunch—. Lo que yo pienso es esto, y puedo opinar con conocimiento de causa, porque he hablado con doctores e individuos que deben saberlo, y yo pienso que eso de cerrar las tabernas está bien pero que le debían dejar a uno beber cerveza y vinos ligeros.

Howard Littlefield observó:

—Lo que generalmente no se comprende es que el hecho de atentar contra la libertad personal constituye un grave peligro. Pongamos por ejemplo esto: el rey de... ¿Baviera? Creo que fue Baviera...; sí, Baviera fue... En 1862, marzo de 1862, proclamó un decreto prohibiendo que el ganado pastase en las dehesas públicas. Los campesinos habían aguantado impuestos excesivos sin la menor queja, pero cuando salió este decreto se rebelaron. O quizá fuera en Sajonia. Pero el caso es que esto demuestra el peligro de atentar contra la libertad personal.

—Claro. Nadie tiene derecho a atentar contra la libertad personal —dijo Orville Jones.

—Sea lo que fuere, no hay que olvidar que la prohibición es una cosa excelente

para las clases trabajadoras. Les impide malgastar el dinero y menguar la producción —sentenció Vergil Gunch.

—Sí, es verdad. Pero el mal está en la manera de hacer cumplir la ley —insistió Howard Littlefield—. El Congreso no entendió el procedimiento. Yo hubiera arreglado la cosa de modo que el bebedor de oficio pudiera ser despedido, y luego podríamos entendérnoslas con el obrero sin trabajo..., quitarle de beber... respetando al mismo tiempo los derechos..., la libertad personal... de gente como nosotros.

Todos movieron la cabeza en señal de asentimiento, se miraron pasmados unos a otros y declararon:

—¡Eso es, ahí le duele!

—Les corresponde a ustedes un pequeño dividendo —dijo.

—Lo que a mí me preocupa es que una porción de esos fulanos se dedique a la cocaína —suspiró Eddie Swanson.

Sacudieron con mayor violencia sus respectivas cabezas y rezongaron:

—Sí, hay ese peligro.

—Oh —intercaló Chum Frink—, el otro día me dieron una receta magnífica para hacer cerveza. Se echan...

—¡Un momento! —interrumpió Gunch—. ¡Yo les diré la mía!

—¡Cerveza! ¡Quite usted allá! Lo que hay que hacer es fermentar sidra.

—Yo tengo la receta ideal —insistió Jones.

Swanson suplicó:

—¡Oigan ustedes! Voy a contarles la historia de...

Pero Frink continuó resueltamente:

—Se echan seis galones de agua en un celemín de vainas de guisantes y se hierve todo hasta que...

La señora de Babbitt se acercaba a ellos con empalagosa amabilidad; Frink se apresuró a terminar su receta para hacer cerveza; y ella dijo alegremente:

—La cena está servida.

Los hombres discutieron interminable y amistosamente quién había de salir el último, y cuando iban por el pasillo desde la sala al comedor, Vergil Gunch los hizo reír diciendo con voz atronadora:

—Si no me puedo sentar junto a Myra Babbitt y cogerle la mano por debajo de la mesa, no juego... Me voy a casa.

En el comedor aguardaron en pie un poco turbados, mientras la señora de Babbitt gorjeaba:

—Bueno, vamos a ver... Oh, yo pensé encargar unas tarjetas pintadas a mano, con el nombre de cada uno de ustedes, pero... Mr. Frink, usted se sienta ahí.

La comida fue presentada según los preceptos de las revistas femeninas, por lo cual la ensalada se sirvió en manzanas huecas, y cada plato (excepto el invencible pollo frito) parecía algo que no era.

Por regla general, a los hombres les costaba mucho trabajo hablar con las

mujeres; el coqueteo era un arte desconocido en Floral Heights, y entre los reinos oficinescos y los culinarios no existía alianza alguna. Pero bajo la inspiración de los cócteles, la conversación era animada. Todos los comensales tenían aún una porción de cosas importantes que decir sobre la prohibición y ahora cada uno contaba con un leal oyente en su compañero de mesa.

—Yo he encontrado un sitio donde me dan todo el *whisky* que quiero a ocho el litro...

—¿Has leído de ese fulano que fue y pagó mil dólares por diez cajas de lo bueno y luego resultó que era agua? Según parece, el tal fulano estaba parado en una esquina y de pronto un tío se acerca...

—Dicen que en Detroit han pasado de matute una barbaridad de alcohol.

—No, si es que la mar de individuos no comprenden que la prohibición...

—Y luego le dan a uno esa horrible pócima... alcohol de madera y qué sé yo qué...

—Naturalmente, yo lo admito como principio, pero no voy a tolerar que me digan lo que tengo que decir y hacer. ¡Ningún americano se aguantará semejante cosa!

Pero todos consideraron de mal gusto que Orville Jones (no reconocido, además, como ningún talento) dijera:

—En realidad, lo que pasa con la prohibición es esto: no es el costo inicial, sino la humedad.

Hasta que el inevitable tema se hubo agotado, la conversación no se hizo general.

Se decía a menudo, y con admiración, de Vergil Gunch: «No hay quien pueda con este individuo. Es capaz de soltar una burrada en una reunión y todas las señoras se morirán de risa, pero yo, en cuanto que hago un chiste un poco subidito de color, me la cargo». En esta ocasión, Gunch les deleitó gritando a la señora de Swanson, la más joven de las mujeres:

—¡Louetta! Me las he arreglado para escamotearle a Eddie la llave de la puerta. ¿Qué le parece a usted si nos las piramos juntos cuando no nos miren? Tengo que decirle —añadió guiñándole el ojo— ¡una cosa muy importante!

Las mujeres se retorcían. Babbitt, en el colmo de la animación, se sentía pillín.

—¡Amigos, no sé si me atreveré a enseñarles a ustedes un libro que me ha prestado Doc Patten!

—¡Vamos, George! ¡Qué ocurrencia! —exclamó su señora en tono de reconvención.

—El libro... Atrevido no es la palabra. Es una especie de informe antropológico sobre... sobre las costumbres en las islas de la Polinesia. ¡Y qué cosas dice! Es un libro que no se vende. Te lo prestaré, Verg.

—¡Yo primero! —insistió Eddie Swanson—. ¡Suena a picante!

—El otro día —anunció Orville Jones— oí un cuento graciosísimo de dos suecos y sus mujeres.

Y en el mejor acento judío, dio al cuento graciosísimo un final ligeramente

desinfectado. Gunch le puso el remate. Pero los cócteles se desvanecieron y los alegres comensales cayeron de nuevo en la cauta realidad.

Chum Frink había hecho recientemente una gira de conferencias por las poblaciones de tercer orden, y exclamó:

—¡Es una gran cosa volver a la civilización! ¡Qué pueblos he visto tan indecentes! Quiero decir... La gente es de lo mejor, eso sí; pero, caray, esos villorrios están muy atrasados, y ustedes no pueden apreciar lo que vale encontrarse aquí entre personas interesantes y modernas.

—¡Ni que lo digas! —aprobó Orville Jones—. Son la mejor gente del mundo esos pueblerinos, pero, ¡mamaíta qué conversación! ¡Si no saben hablar más que del tiempo y del nuevo Ford, caramba!

—Es verdad. Todos hablan siempre de lo mismo —dijo Eddie Swanson.

—¡Exacto! Repiten siempre las mismas cosas —corroboró Vergil Gunch.

—Sí, realmente es extraordinario. Parecen carecer de visión impersonal, pues no hacen más que hablar sobre los Fords y el tiempo y cosas por el estilo —dijo Howard Littlefield.

—Sin embargo, no podemos echarles la culpa. No tienen ningún estímulo intelectual como los que vivimos en una gran ciudad —añadió Chum Frink.

—¡Sí, es verdad! —dijo Babbitt—. No lo digo para que se les suban los humos a ustedes los intelectuales, pero es indudable que le despabila a uno sentarse en compañía de un poeta y de Howard, el hombre que sabe de economía. Pero esos bobos de pueblerinos que no pueden hablar más que entre sí, no es raro que se muestren tan incultos y tan chapuceros en una conversación y que se hagan un lío cuando tratan de pensar.

Orville Jones comentó:

—Y, luego, no olviden ustedes las otras ventajas que nosotros disfrutamos: el cine por ejemplo. Esos señoritos provincianos creen que son algo porque cambian de programa cada semana, cuando aquí, en la ciudad, puede uno escoger entre doce películas diferentes cualquier noche que a uno se le ocurra.

—Claro, y además las ideas que uno saca de rozarse todos los días con hombres de caletre —dijo Eddie Swanson.

—Al mismo tiempo —dijo Babbitt—, no hay por qué excusar a esos villorrios así como así. La culpa es de ellos si no tienen bastante iniciativa para tomar el portante y venirse a la ciudad, como cada cual de nosotros hemos... he... hemos hecho. Y aquí, entre amigos, diré que tienen unos celos endiablados de quienes vivimos en la ciudad. Cada vez que voy a Catawba tengo que dar aquí y allí mil explicaciones a mis compañeros de infancia porque he tenido éxito y ellos no. Y si uno les habla naturalmente, como hacemos nosotros, y se pone uno fino y adopta lo que podríamos llamar un punto de vista amplio, piensan que se está uno dando tono. Por ejemplo, Martin, mi medio hermano..., que está al frente de la tienda que tenía mi padre. Apuesto a que no sabe lo que es un esmoquin... Si entrara aquí ahora creería que

somos una pandilla de... de... Bueno, juro que no sabría qué pensar. ¡Sí, señor, nos tienen envidia!

—¡Desde luego! —aprobó Chum Frink—. Pero para mí lo peor es su falta de cultura y su incapacidad para apreciar la Belleza..., si me perdonan ustedes la pedantería. Porque a mí me gustaría dar una conferencia seria, y leer algunos de mis mejores versos..., no las coplas de periódico, sino las cosas que hago para las revistas. Pero cuando salgo por los pueblos no llevo más que historias viejas en dialecto, que si alguno se permitiera contarlas aquí, no le íbamos a señalar poco pronto la puerta...

Vergil Gunch resumió:

—La verdad es que no es poca suerte vivir en una ciudad donde la gente reconoce por igual las cosas artísticas y la actividad de los negocios. Buena nos había caído si tuviéramos que meternos en un poblacho y amoldar a aquellos tipos a la clase de vida que llevamos aquí. Pero, qué diantre, lo que hay que decirles siempre es esto: toda ciudad americana, por pequeña que sea, trata de aumentar su población y adquirir ideales modernos. ¡Y algunas vaya si lo hacen! Empieza un sujeto cualquiera a criticar tal o cual aldea, diciendo que cuando él llegó allí en 1900 aquello no era más que una calle enlodada, con unas cuantas casuchas y doscientas almas de Dios. Pues bien; vuelve uno allí en 1920, y encuentra hermosas aceras, un hotelito de primera, y una tienda de vestidos para señoras... ¡Una verdadera perfección! No hay que mirar lo que esos pueblos son, hay que mirar lo que aspiran a ser, y todos tienen la convicción de que, a la larga, podrán parangonarse con las ciudades más atractivas del globo... ¡Todos quieren ser como Zenith!

Por mucha intimidad que tuvieran con T. Cholmondeley Frink, como vecino que les pedía prestadas las dalladoras y las llaves inglesas, sabían que era además un Famoso Poeta y un distinguido agente de publicidad; que tras su amabilidad había oscuros misterios literarios que ellos no podían penetrar. Pero aquella noche, con la confianza producida por el *gin*, les admitió en un arcano:

—Tengo un problema literario que me preocupa. Estoy escribiendo una serie de anuncios para el Zeeco Car y quiero hacer de cada uno de ellos una verdadera joya... Voy a esmerarme en el estilo. Yo tengo la teoría de la perfección, la perfección lo es todo, y esto es lo más difícil que me he echado a la cara. Quizá creerán ustedes que me es más difícil escribir poemas (todos esos tópicos sentimentales: el hogar, la chimenea, la felicidad), pero eso es coser y cantar. No puede uno equivocarse. Conoce los sentimientos que las personas decentes deben tener si juegan limpio, se ajusta uno a ellos y asunto concluido. Pero la poesía del industrialismo es un ramo literario donde hay que abrirse un camino nuevo. ¿Saben ustedes quién es el verdadero genio americano? ¿El genio cuyo nombre desconocen ustedes como yo, pero cuya obra debiera conservarse para que las futuras generaciones puedan juzgar el pensamiento y la originalidad de la América actual? ¡Pues es el individuo que escribe los anuncios del tabaco Príncipe Alberto! Escuchen ustedes esto:

El P. A. es el tabaco que da alegría a la cachimba: Sí, señor, por ahí se habla (y usted, sin duda, lo ha oído) de «pisar el acelerador» y saltar de ocho a o-c-h-e-n-t-a por hora. Ya es embalar, ya, PERO, aquí inter nos, si quiere usted pasar de un salto desde el más profundo abatimiento hasta las más altas cúspides del optimismo, lo mejor es —tome nota— chupar una pipa llena de Príncipe Alberto, el compañero inseparable de todo buen fumador.

Aromatiquísimo, siempre fresco, siempre delicioso, el P. A. no tiene rival. Quien no conoce este tabaco no sabe lo que es fumar. ¡Así, como suena! Cómprase una pipa... ¡Hala, no lo piense más! Si la llena usted con Príncipe Alberto puede apostar sin miedo. ¡Y usted sabe lo que eso significa!

—¡Bueno, eso es lo que yo llamo literatura macho^[22]! —gorjeó el agente de automóviles Eddie Swanson—. Ese individuo... Aunque, demonio, no es posible que esos anuncios los escriba uno solo; debe de tener unos plumíferos de órdago que le ayuden; pero, sea como sea, ése no escribe para bohemios melenudos, escribe para el Vulgo, escribe para mí, y yo me descubro ante él. Ahora una cosa: ¿será eficaz ese anuncio? Naturalmente, como todos los poetas, ese tío del Príncipe Alberto se deja arrastrar por su idea. Redacta en estilo elegante, pero no dice nada. Yo no saldré nunca a comprar Príncipe Alberto después de leer eso, porque no me dice nada de cómo es el tabaco. ¡Puro camelo y nada más!

Frink le hizo frente:

—¡No sabes lo que dices! ¿Tendré que convencerte de la utilidad del Estilo? Precisamente ésa es la clase de anuncios que yo quisiera hacer para el Zeeco. ¿Qué te parece esto?:

Desde las cumbres de los lejanos montes, la larga carretera os llama, os llama... a vosotros, hombres o mujeres que tenéis sangre en las venas y en los labios la antigua canción de los filibusteros. Se acabó el trabajo rutinario, ¡y mucho que nos importa! La velocidad, la gloriosa velocidad es más que un momento de alborozo; es Vida. Esta gran verdad la han tenido en cuenta los fabricantes del Zeeco, sin olvidar el precio ni el estilo. Es rápido como un antílope, suave como el planeo de una golondrina y, sin embargo, poderoso como la carga de un elefante. Un modelo de distinción en sus líneas. ¡Oiga, amigo! Nunca sabrá usted lo que es el arte de viajar hasta que no PRUEBE EL MEJOR COCHE DEL MUNDO: EL ZEECO.

—Sí —meditó Frink—, esto tiene color, por decirlo así, pero le falta la originalidad del otro.

Todos asintieron, suspirando con admiración.

CAPÍTULO IX

1

Babbitt sentía afecto por sus amigos, se daba importancia de anfitrión gritando: «¡Pues no faltaba más! ¡Voy a servirle otro poco de pollo!», y reconocía el genio de T. Cholmondeley Frink, pero el efecto de los cócteles había pasado, y cuanto más tragaba, menos alegre se sentía. Luego, la armonía del convite fue destruida por las chinchorrerías de los Swanson.

En Floral Heights y en los otros barrios elegantes de Zenith, especialmente entre los «matrimonios jóvenes», había muchas mujeres que no tenían nada que hacer. Aunque dispusieran de pocos sirvientes, con las cocinas de gas, aparatos eléctricos, lavadoras, aspiradores y paredes de azulejos, sus casas eran tan cómodas que apenas tenían trabajo, y gran parte de lo que comían venía de las tahonas y de las reposterías. Tenían solamente un hijo o dos o ninguno; y a despecho del mito de que la guerra había ennoblecido el trabajo, sus maridos se quejaban de que «perdían el tiempo y se llenaban la cabeza de chifladuras» trabajando en instituciones sociales que no pagaban, y si ganaban dinero era peor, porque entonces daban pie a murmuraciones sobre la tacañería de sus maridos. Trabajaban quizá dos horas, y durante el resto del día comían chocolates, iban al cine, miraban los escaparates, jugaban a las cartas murmurando de todo, leían revistas, pensaban tímidamente en los amantes que nunca aparecían, y acumulaban un espléndido nerviosismo que luego se quitaban chinchando a sus maridos. Éstos les pagaban en la misma moneda.

De estos chinchorreros, los Swanson eran perfectos especímenes.

Durante la comida, Eddie se estuvo quejando públicamente del nuevo vestido de su mujer. Era, en su opinión, demasiado corto, demasiado escotado, demasiado transparente y, sobre todo, demasiado caro.

—En serio, George —dijo poniendo a Babbitt por testigo—, ¿qué piensas tú de ese vestido que Louetta se ha comprado? ¿No crees que es el colmo?

—¿Qué tiene? A mí, chico, me parece un vestido precioso.

—Sí que lo es, Mr. Swanson. Es una monería —protestó la señora de Babbitt.

—Nada, ¿lo ves? ¡Si tú eres una autoridad en vestidos! —Rabió Louetta, mientras los convidados reflexionaban clavándole los ojos en los hombros.

—Está bien —dijo Swanson—. Yo soy autoridad lo bastante competente para saber que ha sido tirar el dinero, y me saca de quicio ver que no gastas el armario de vestidos que te has comprado. He expuesto mi opinión sobre el asunto antes de ahora, y demasiado sabes tú que no le has prestado la menor atención. Tengo que andar siempre tras de ti para que te hagas la menor cosa...

Hubo mucho más, y todos se dieron cuenta, todos menos Babbitt. Cuanto le rodeaba resultaba confuso para él, excepto su estómago, que le causaba viva molestia. «Estoy lleno; no debía comer más», gruñó. Pero siguió comiendo. Se zampó un helado glutinoso y una tarta de coco más suave que crema de afeitar. Se sentía como relleno de yeso. Su cuerpo iba a reventar, su garganta iba a reventar, su cerebro era

barro caliente. Pero seguía sonriendo, aunque angustiosamente, y alborotando como era el deber de todo anfitrión de Floral Heights.

Si no fuese por sus convidados, hubiera salido a digerir la comida paseando, pero en la niebla que llenaba el cuarto, los demás hablaban, hablaban, sentados para siempre mientras él, angustiado, decía entre sí: «No, ni una cucharada más», sin notar que seguía comiendo el nauseabundo helado, ya medio derretido en el plato. Los amigos habían perdido su magia. No se extasió cuando Howard Littlefield sacó de su tesoro de sapiencia la noticia de que la fórmula química del caucho es C₁₀H₁₆, que se convierte en isopreno, o sea 2C₅H₈. De pronto, sin ningún precedente, Babbitt no sólo estaba aburrido sino que se confesó aburrido. Sería delicioso escapar de la mesa, de la tortura de la silla incómoda, y tenderse en el diván de la sala.

Los otros, por su conversación vacilante, por su angustiosa expresión de asfixia lenta, parecían igualmente atormentados por las molestias del trato social y de la opípara comilona. Todos vieron el cielo abierto cuando se propuso una partida de *bridge*.

Babbitt se repuso de la sensación de ser asado vivo. Ganó al *bridge*. Se encontró otra vez en disposición de aguantar la inexorable cordialidad de Vergil Gunch, pero se imaginó ganduleando con Paul Riesling a orillas de un lago, en Maine. Tal fue el poder de su fantasía, que sintió nostalgia. Nunca había estado en Maine y, sin embargo, veía las montañas con su mortaja de nieve, el lago crepuscular. «Ese Paul vale más que todos estos pedantes charlatanes juntos», murmuró entre dientes, y luego: «Quisiera huir de... de todo».

Ni siquiera Louetta Swanson le despabiló.

La de Swanson era bonita y flexible. Babbitt no analizaba a las mujeres, salvo cuando tenía una casa amueblada para alquilar. Las dividía en Señoras Distinguidas, Mujeres Proletarias, Viejas Chifladas y Palomas Volanderas. Suspiraba por sus encantos, pero tenía la opinión de que todas ellas (excepto las de su familia) eran «diferentes» y «misteriosas». Sin embargo, sabía por instinto que Louetta Swanson era abordable. Tenía la frente amplia, los ojos dulces, los labios suculentos. Su cara terminaba en una barbilla puntiaguda, su boca era delgada, pero bien dibujada y ávida. En su entrecejo se notaban dos surcos divergentes y apasionados. Tenía treinta años, quizá menos: no se murmuraba de ella, pero todos los hombres, natural e instantáneamente, comenzaban a flirtear en cuanto le hablaban, y todas las mujeres la miraban dominando su inquietud.

Entre juego y juego, sentados en el diván, Babbitt le hablaba con la indispensable galantería, con aquella galantería de Floral Heights, que no era sino una cobarde huida del flirteo.

—Está usted esta noche más flamante que un escarapate nuevo, Louetta.

—¿Ah, sí? —Eddie parece dispuesto a armarla.

—Sí. ¡Estoy ya más harta!

—Pues cuando se canse usted de su marido, puede escaparse con un servidor.

—Si me escapo... Bueno, ¿para qué hablar?

—¿Le han dicho alguna vez que tiene usted unas manos preciosas?

Ella se las miró, se las tapó con sus mangas de encaje; por lo demás, no pareció prestar atención a Babbitt. Estaba absorta en calladas imaginaciones.

Babbitt se hallaba demasiado lánguido aquella noche para seguir cumpliendo su deber de hombre seductor (en el más estricto sentido moral). Volvió amblando a las mesas de *bridge*^[23]. No se conmovió mucho cuando la señora de Frink, una mujer pequeña y vivaracha, propuso «una sesioncita de espiritismo... ¿No saben ustedes? Chum puede evocar a los espíritus... De veras, a mí me aterroriza».

Las señoras de la reunión no habían hecho notar su presencia en toda la noche; pero ahora, como sexo dado a cosas del espíritu (los hombres se ocupan solamente de bajas cuestiones materiales), se alzaron con el mando y gritaron «¡Sí, sí, vamos!». En la oscuridad, los hombres se pusieron tan solemnes que parecían medio bobos, pero las buenas esposas palpitaban de emoción al acercarse a la mesa. «¡Pórtese usted bien o si no grito!», dijeron riendo cuando los hombres las cogieron de las manos para formar la cadena.

Babbitt volvió a interesarse ligeramente por las cosas de la vida cuando Louetta le apretó la mano fuertemente sin decir nada. Se sobresaltaron cuando alguien dio un suspiro entrecortado. A la turbia luz del vestíbulo parecían seres quiméricos, incorpóreos. Cuando la señora de Gunch chilló, todos fueron atacados por una jocosidad fingida, pero a un siseo de Frink se hundieron en un terror disimulado. Súbita, increíblemente, oyeron un golpe. Las miradas se dirigieron a las manos de Frink. Estaban quietas. Todos rebullían fingiendo no hallarse impresionados.

Frink habló con gravedad.

—¿Hay alguien ahí?

Un ruido sordo.

—¿Un golpe quiere decir «sí»?

Otro ruido sordo.

—¿Y dos «no»?

Otro ruido sordo.

—Ahora, señoras y señores, ¿quieren ustedes que el guía me ponga en comunicación con algún ilustre difunto? —masculló Frink.

—¡Oh, vamos a hablar con el Dante! —suplicó la señora de Jones—. Lo estudiamos en el círculo de lectura. Tú sabes quién era, Orvy.

—¡Pues claro que lo sé! Un poeta italiano. ¿Dónde crees que me he educado? —dijo el esposo ofendido.

—Sí, hombre..., el fulano ese que hizo una turné por el infierno. Yo nunca he leído sus poesías, pero lo aprendimos en la universidad —dijo Babbitt.

—¡Llame a Mr. Dannnnnty! —gritó Eddie Swanson.

—A usted le será fácil traerlo, Mr. Frink, siendo colegas —dijo Louetta.

—¡Qué colegas ni qué nada! ¿De dónde saca usted eso? —protestó Vergil Gunch

—. Supongo que Dante sería un águila para su tiempo (esto, naturalmente, no quiere decir que yo lo haya leído), pero, lo que es ahora, no daría una si tuviera que dedicarse a la literatura práctica y fabricar un poema diario para el sindicato de la prensa, como hace Chum.

—Verdad —respondió Eddie Swanson—. Aquellos tíos de antes disponían de todo el tiempo que quisieran. Voto a Judas, yo mismo podría escribir versos si me dieran un año para hacerlo y escribiera esas camelancias que escribía el Dante.

—¡Chitón! —dijo Frink—. Voy a llamarle... Oh, vosotros, Ojos Alegres, surgid de... de las profundidades, y traed acá el espíritu del Dante, para que nosotros, mortales, podamos escuchar la sabiduría de su palabra.

—Te olvidas de darle las señas: 1658 Avenida del Azufre, Fiery Heights, Infierno —farfulló Gunch, riendo.

Pero los otros creyeron que esto era irreverente. Y, además, «probablemente era el mismo Chum quien daba los golpes, pero si hubiera algo de verdad en todo eso, sería interesante hablar con un hombre perteneciente a... una época muy lejana...».

Un golpe sordo. El espíritu del Dante había entrado en la sala de George Babbitt.

Parecía dispuesto a contestar a sus preguntas. «Estaba encantado de hallarse entre ellos aquella noche».

Frink deletreaba los mensajes recitando el alfabeto hasta que el espíritu intérprete daba un golpe cuando llegaba la letra conveniente.

Littlefield preguntó con voz docta:

—¿Le gusta a usted el Paradiso, messire?

—Somos muy felices en el plano más alto, signor. Nos complace que estudien ustedes esta gran verdad del espiritismo —replicó el Dante.

El corro rebulló medrosamente. Los corsés y las pecheras almidonadas crujieron. «Supongamos que hubiera algo de verdad en esto».

A Babbitt le atormentaba una preocupación diferente. «¿Y si Chum Frink fuera realmente un espiritista? Chum le había parecido siempre un hombre normal, para ser literato. Pertenecía a la Iglesia presbiteriana de Chatham Road, iba a los almuerzos de Boosters' Club, le gustaban los cigarros, los coches y los cuentos picantes. Pero supongamos que en secreto... Después de todo, esos malditos petulantes... ¡Cualquiera sabía! Y ser un espiritista acérrimo era casi como ser socialista».

Nadie podía conservar la serenidad en presencia de Vergil Gunch.

—Preguntad a Dante qué tal le va a Jack Shakespeare y a Virgilio (ese fulano a quien pusieron mi nombre) ¡y si no les gustaría meterse en el cine! —Trompeteó, y desde ese momento aquello fue una juerga.

La señora de Jones gritaba. Eddie Swanson se empeñó en saber si Dante no se resfriaba llevando nada más que la guirnalda. El complaciente Dante respondió en tono muy humilde.

Pero Babbitt, a quien el maldito descontento torturaba de nuevo, meditaba pesadamente en la impersonal oscuridad. «Yo no... Somos todos tan bobos y nos

creemos tan listos... Debían... Un tipo como el Dante... ¡Ojalá hubiera leído alguna de sus obras! Supongo que ya no las leeré nunca».

Tenía, sin saber por qué, la impresión de ver una roca, y sobre ella, destacándose contra amenazadoras nubes, la silueta de una figura solitaria y austera. Se sentía descorazonado por un súbito menosprecio para sus mejores amigos. Le cogió la mano a Louetta y encontró en ella el consuelo del calor humano. Volvió el hábito, guerrero veterano, y se despabiló. «¿Qué demonio me pasa a mí esta noche?».

Le dio a Louetta un golpecito en la mano como para quitarle importancia a haberla apretado, y preguntó a Frink:

—Oiga, a ver si puede convencer a Dante que nos diga algún verso suyo. Hable con él. Dígale, *Buena giorna, señor, com sa va, wie geht's? Qesquesesésá a little poeme, señor?*

2

Se encendieron las luces. Las mujeres estaban sentadas en los bordes de las sillas, con esa determinada impaciencia que indica que en cuanto concluya el que está hablando va a advertir amablemente a su marido: «Bueno, querido, creo que ya va siendo hora de dar las buenas noches». Por primera vez, Babbitt no hizo esfuerzo ninguno para que la tertulia continuase. Él había... sí, quería recordar algo... Pero los experimentos psíquicos volvían a darle cuerda. («¿Por qué no se irían a casa? ¡Por qué no se irían a casa!»). Aunque le impresionó la profundidad de la declaración, se entusiasmó a medias nada más cuando Howard Littlefield aseguró que «Los Estados Unidos son el único país donde el gobierno es un Ideal Moral y no simplemente una organización social». («Cierto..., cierto... Pero, ¿no se irán nunca?»). Por lo general, le encantaba descubrir los secretos del trascendental mundo de los automóviles, pero aquella noche apenas atendió a la revelación que hizo Eddie Swanson: «Si quieren ustedes pasar de la categoría del Javelin, les recomiendo un Zeeco. Hace dos semanas, y les juro que no hubo trampas en la prueba, un Zeeco de turismo subió la cuesta de Tonowanda en tercera, y me dijo un amigo que...». («Sí, el Zeeco es un buen auto, pero... ¿se van a quedar aquí toda la noche?»).

Por fin se iban de veras, murmurando: «¡Lo hemos pasado muy bien! ¡Nos hemos divertido muchísimo!».

El más agresivamente efusivo de todos fue Babbitt. No obstante, sin dejar de hablar, reflexionaba: «Al fin resistí, pero hubo un momento en que creí que de ésta no pasaba». Se preparó a saborear el más exquisito placer de un anfitrión: burlarse de sus invitados en la tranquilidad de la media noche. Cuando se cerró la puerta, bostezó voluptuosamente, sacando el pecho y encogiendo los hombros, y se volvió cínicamente a su mujer. Myra estaba radiante.

—¡Qué bien ha salido esto!, ¿verdad? Estoy segura que se han divertido muchísimo, ¿no te parece?

Babbitt no podía mofarse. No, no podía. Hubiera sido como hacer burla de un niño contento. Mintió pomposamente:

—¡Qué duda cabe! La mejor cena del año, y con mucho.

—¿No estaba buena la comida? ¡A mí el pollo me supo a gloria!

—¡Y a mí! Estaba como para chuparse los dedos. El pollo mejor frito que he comido en mi vida.

—Matilda lo frío a la perfección, ¿verdad? ¿Y no crees que la sopa estaba exquisita?

—¡Ya lo creo! ¡Estupenda! La mejor sopa que he probado en años.

Pero su voz se debilitaba por momentos. Estaban en el vestíbulo, a la luz de una bombilla eléctrica protegida por una pantalla rectangular de cristal rojo encintada con níquel. Ella le miraba fijamente.

—¿Qué te pasa, George? Parece como... como si no te hubieras divertido mucho.

—¡Sí me he divertido! ¡Qué ocurrencia!

—¡George! ¿Qué te pasa?

—¡Oh, no sé! Cansancio, supongo. He trabajado duramente en la oficina. Tengo que tomarme unas vacaciones.

—Bueno, dentro de unas semanas nos vamos a Maine.

—Sí...

Comenzó a exponer su plan claramente, sin reticencias.

—Myra: creo que me convendría marcharme un poco antes.

—Pero, ¿y ese señor al que tienes que ver en Nueva York?

—¿Qué señor? Ah, sí. Ése. Todo se deshizo. Pero yo quiero marcharme pronto a Maine..., salir de pesca, coger buenas truchas, ¡qué diantre!

Risa nerviosa y artificial.

—Bueno, ¿por qué no lo hacemos? Verona y Matilda pueden, entre las dos, encargarse de la casa, y tú y yo nos marchamos cuando quieras, si crees que estamos en disposición de sufragar los gastos.

—Pero es que... Me siento desde hace algún tiempo tan nervioso, que he pensado si no sería bueno que me marchase yo solo para echar fuera los malos humores.

—¡George! ¿No quieres que vaya contigo?

Se sentía demasiado desgraciada de veras para ponerse trágica o para ofenderse teatralmente. Se quedó como abrumada, como indefensa, y no hizo más que ruborizarse hasta el rojo vivo de una remolacha cocida.

—¡Pues claro que sí, mujer! Lo que yo quería decir...

Al recordar que Paul Riesling había profetizado aquello, se desesperó tanto como su propia esposa.

—Un viejo gruñón como yo necesita a veces hacer una escapada para quitarse el mal humor —explicó en tono paternal—. Luego, cuando tú y los chicos lleguéis (tenía pensado largarme a Maine unos días antes que vosotros), estaré dispuesto a correrla de veras, ¿comprendes?

La engatusó con palabras cariñosas, con sonrisas afables, como, el predicador popular que bendice a una congregación, como el conferenciante humorista que remata elocuentemente su charla, como todos los hombres que saben perpetrar engaños.

Ella le miró fijamente. De su cara había desaparecido la alegría de la cena.

—¿Te aburro yo cuando vamos a pasar las vacaciones fuera? ¿No te diviertes más conmigo?

No pudo más. Le dio de pronto un ataque de histerismo y se puso a gañir como un bebé.

—¡Sí, sí! ¡Por supuesto! Pero, ¿no comprendes que estoy hecho polvo? ¡Sí, completamente agotado! ¡Tengo que cuidarme! De veras, tengo que... ¡Estoy cansado de todo y de todos! Tengo que...

Ahora fue ella la que adoptó al hablar un tono juicioso y protector.

—¡Sí, hombre! ¡Te irás solo! ¿Por qué no te llevas a Paul, y pescáis juntos y os divertís como podáis?

Le dio unas palmaditas en el hombro (para lo cual tuvo que ponerse de puntillas) mientras él temblaba, sintiéndose impotente como un paralítico. En aquel momento su ternura por ella no era sólo un hábito. Se sentía débil y necesitaba buscar apoyo en su mujer.

—Ahora mismo subes arriba —dijo ella animosamente— y te metes en la camita. Todo se arreglará. Yo miraré las puertas. ¡Hala, vete!

Durante muchos minutos, durante muchas horas, durante toda una eternidad, Babbitt permaneció despierto, tiritando, aterrorizado, comprendiendo que había conquistado la libertad, y preguntándose qué podría él hacer con una cosa tan desconocida y tan desconcertante como la libertad.

CAPÍTULO X

1

Los Riesling habitaban en un piso de Revelstoke Arms, casa que era un verdadero prodigio de condensación. Las camas plegables desaparecían en un armario de pared, convirtiendo así las alcobas en gabinetes. Las cocinas eran alacenas que contenían un fregadero de cobre, una refrigeradora de cristal, una cocinilla eléctrica y, muy de tarde en tarde, una doncella balcánica. En aquel edificio todo era definitivamente moderno, y todo estaba comprimido, excepto los garajes.

Los Babbitt fueron a visitar a los Riesling. Era una enigmática aventura visitar a los Riesling; interesante y a veces desconcertante. Zilla era una rubia muy activa, estridente, exuberante, de pechos firmes. Cuando condescendía en estar de buen humor era graciosísima. Sus comentarios sobre la gente tenían mucha picardía y no respetaban las hipocresías aceptadas. «¿Ah, sí?», decía uno más tímido que un borrego. Bailaba atrevidamente, alegrando a los que bailaban con ella, pero a lo mejor se indignaba. Siempre se estaba indignando. La vida era un complot contra ella, y lo decía hecha una furia.

Aquella noche estaba afable. Insinuó solamente que Orville Jones gastaba bisoñé, que cuando cantaba la señora de Frink parecía un Ford al cambiar de velocidad, y que el Excmo. Sr. Deeble, alcalde de Zenith y candidato a diputado, era un majadero flatulento (lo cual era la pura verdad). Los Babbitt y los Riesling, sentados con precaución en unas sillas de brocado duras como piedras, permanecieron en el pequeño gabinete con su chimenea de imitación y su tira de paño bordado en oro sobre una flamante pianola, hasta que la señora de Riesling dijo a gritos:

—¡Vamos! ¡Un poquito de animación! Coge el violín, Paul. Yo trataré de hacer bailar a George decentemente.

Los Babbitt estaban muy serios. Les preocupaba el viaje a Maine. Pero cuando la señora de Babbitt insinuó con una sonrisa abierta: «¿Se siente Paul tan cansado como George después de trabajar todo el invierno?», Zilla recordó una ofensa; y cuando Zilla Riesling recordaba una ofensa, el mundo se detenía hasta que se ponía algún remedio.

—¿Que si se cansa? No se cansa, no; ¡se pone como loco y nada más! Tú crees a Paul tan razonable, sí, mucho, y le gusta hacer el corderito, pero es más testarudo que una mula. ¡Oh, si tuvieras que vivir con él...! ¡Ya verías qué encanto de hombre! Se finge muy dócil para hacer lo que le da la gana. Y soy yo quien se lleva la fama de loca, pero si no inventara algo de cuando en cuando nos moríamos los dos de aburrimiento. Paul no quiere ir nunca a ninguna parte y... La otra noche, sin ir más lejos, sólo porque el auto estaba descompuesto... y fue culpa suya porque debía haberlo llevado al garaje para que inspeccionaran la batería...; no quería ir al cine en tranvía. Pero al fin fuimos, y nos tocó uno de esos cobradores descarados, y Paul ni se movió. Yo estaba de pie en la plataforma esperando que la gente me dejara pasar adentro, y el bestia del cobrador va y me grita: «¡Eh, usted, quítese de enmedio!».

Nadie me había hablado de ese modo en toda mi vida. Fue tal mi sorpresa que me volví y le dije... Creí que se trataba de una equivocación, así que, con toda la amabilidad posible, le dije: «¿Es a mí?», y él siguió vociferando: «¡Sí, señora, a usted, que no deja arrancar el tranvía!». Entonces vi que era uno de esos cochinos maleducados con quienes no sirven las finuras, de modo que me paré y mirándole cara a cara, le dije: «Per-do-ne usted, yo no estoy estorbando; son los que están delante de mí los que no me dejan pasar, y además, amigo mío, usted es un grosero y un cochino y un impertinente y no tiene educación. Voy a dar queja de usted y ya veremos si un borrachín cualquiera, por llevar un uniforme andrajoso, puede insultar a una señora, y muchas gracias por guardarse las groserías para usted». Y luego esperé a que Paul demostrara que era medio hombre y saliera en mi defensa, pero ¡ca!, se quedó allí sin moverse, haciéndose el sordo, y entonces le dije: «Mira...».

—¡Oh, cállate ya, Zilla! —Gruñó Paul—. Ya sabemos que yo soy un mariquita y tú un tierno capullo. Muy bien, dejémoslo así.

—¿Que lo dejemos?

Zilla contrajo la cara como la Medusa. Su voz era un puñal de bronce corroído. Se sentía embargada por la alegría de la virtud y del mal genio. Le regocijaba, como si fuera un cruzado, tener ocasión de ser mala en nombre de la virtud.

—¿Que lo dejemos? Si supiera la gente las cosas que he dejado yo...

—¡No armes tanto jaleo!

—¡Sí, bonita figura harías tú si yo no te jaleara! Te quedarías en la cama hasta mediodía y tocarías el violín hasta medianoche. Has nacido holgazán, y has nacido inútil, y has nacido cobarde, Paul...

—Vamos, no hables así, Zilla; no crees ni una palabra de lo que dices —protestó la señora de Babbitt.

—¡Lo digo y lo creo!

—¡Vamos, Zilla, hablar así al pobre Paul!

La señora de Babbitt se sentía maternal. No era tan mayor como Zilla, pero lo parecía... al pronto. Era plácida, regordeta y madura, mientras que Zilla, a los cuarenta y cinco, iba tan requetepintada y tan encorsetada que aparentaba más edad.

—¡Eso es, el pobre Paul! Los dos seríamos pobres y estaríamos ya en el asilo si yo no le pinchara.

—No te pongas así, Zilla. Precisamente veníamos hablando George y yo de lo mucho que ha trabajado tu marido todo este año, y pensábamos qué bueno sería si los dos pudieran hacer una escapada. Yo he estado animando a George para que se vaya a Maine antes que nosotros y esté bien descansado a nuestra llegada, y creo que a Paul le convendría marcharse con él, si lo puede arreglar.

A esta revelación de su conjura para escapar, Paul salió de su impasibilidad. Se frotó los dedos.

Sus manos se crisparon.

—¡Sí! ¡Tú eres una mujer de suerte! —Ladró Zilla—. Puedes dejar a George que

se vaya y no tienes que vigilarlo. ¡Este buenazo de George! ¡Jamás mira a otra mujer!
¡Les tiene miedo!

—¿Miedo yo?

Babbitt empezaba a defender con ardor su inapreciable inmoralidad cuando Paul le interrumpió. Y Paul tenía un aspecto peligroso. Levantándose de un salto preguntó suavemente a Zilla:

—¿Quieres decir con eso, supongo, que tengo una porción de queridas?

—¡Sí, señor!

—Entonces, rica mía, pues que te empeñas en saberlo..., en los diez últimos años nunca he dejado de tener alguna mujercita que me ha consolado, y mientras continúes tratándome con esa amabilidad, yo probablemente continuaré pegándotela. No resulta difícil. ¡Eres tan estúpida!

Zilla rugió, farfulló palabras ininteligibles en medio de una ristra de insultos.

Entonces el bonachón de George F. Babbitt se transformó.

Paul podría estar agresivo, Zilla podría estar hecha una furia, las puras emociones de Revelstoke Arms podían haberse convertido en brutales odios, pero allí era Babbitt el más formidable. Dio un salto. Parecía un hombre muy grande. Cogió a Zilla por un hombro. La cautela del corredor de casas se había borrado de su rostro, y su voz era cruel.

—¡Ya estoy harto de tanta necedad! —gritó—. Hace veinticinco años que te conozco, Zil, y nunca te he visto perder ocasión de echar la culpa de todas tus contrariedades a Paul. No eres mala. Eres tonta. Y has de saber que como Paul no hay otro hombre en el mundo. Toda persona decente está ya harta de ver que te aprovechas de ser mujer para soltar las indirectas más viles que se te ocurren. ¿Quién diablos eres tú para que una persona como Paul tenga que pedirte *permiso* para venir conmigo? Por tu conducta tienes algo de Cleopatra y de Reina Victoria. ¿No ves, so imbécil, que la gente se ríe de ti y te desprecia?

Zilla sollozaba.

—Nunca..., nunca... me ha hablado nadie así en toda mi vida.

—¡No, pero así es como hablan a tus espaldas! ¡Siempre! Dicen que eres una vieja regañona. ¡Vieja, sí, señora!

Aquel cobarde ataque la amansó. Sus ojos se quedaron fijos. Lloraba. Pero Babbitt continuaba impasible. Se sentía omnipotente; pensaba que su mujer y Paul le miraban con terror, que él sólo podía solucionar la cuestión.

Zilla se contorcía.

—¡Oh, no dicen eso! —gimió suplicante.

—¡Vaya!

—¡He sido una mala mujer! ¡Estoy apenadísima! ¡Me voy a matar! Haré cualquier cosa... ¿Qué queréis de mí?

Se humilló completamente. Entre otras razones porque le encantaba. Para un «connaissanceur» de escenas, nada es tan encantador como una completa, melodramática

y egoísta humildad.

—Tienes que dejar a Paul venirse conmigo a Maine —dijo Babbitt.

—¿Cómo puedo impedirlo? Acabas de decir que soy una idiota y que nadie se preocupa de mí.

—¡Oh, vaya si puedes evitarlo! Lo que debías hacer de aquí en adelante es no pensar más, en cuanto tu marido se separa de ti un minuto, que se va tras unas faldas. En realidad, así lo que haces es tentarle. Debías tener más juicio...

—Lo tendré, de veras, George, lo tendré. Comprendo que he sido mala. Oh, perdonadme todos, perdonadme...

Estaba encantada.

Y Babbitt también. Condenó rotundamente y perdonó caritativamente. Cuando salió fachendeando con su mujer, iba dándole jactanciosas explicaciones:

—Siento haber sido tan duro con Zilla, pero, naturalmente, era el único modo de manejarla. ¡La verdad es que la he humillado bien!

—Sí —respondió tranquilamente su costilla—. ¡Te has portado! Y todo por darte pisto. Habrás estado pensando, muy satisfecho que eres una excelente persona.

—¡Cuerno! ¿Ahora sales con ésa? ¡Por supuesto yo debía esperarme que no te pusieras de mi parte! ¡Debía esperarme que defendieras a tu sexo!

—Sí. ¡La pobre Zilla es tan desgraciada! Le echa la culpa a Paul. No tiene nada que hacer en ese piso tan pequeño. Y cavila demasiado. Y era tan bonita y tan alegre, y ahora siente perder sus encantos... Y tú has estado con ella lo más desagradable que has podido. No estoy orgullosa de ti, no... ni de Paul, jactándose de sus horribles amoríos.

Babbitt se quedó callado. Mantuvo su mal humor a un alto nivel de ultrajada nobleza durante las cuatro calles que faltaban para llegar a su casa. En la puerta dejó a su mujer, muy arrogante, muy satisfecho de sí mismo, y se puso a pisotear el césped.

De pronto le asaltó un pensamiento: «Dios, no sé si tendría ella razón... en parte, al menos». Quizás el exceso de trabajo le dio una sensibilidad anormal; fue una de las pocas veces en su vida que dudó, de su eterna excelencia; y percibió la noche de verano y olió la hierba húmeda. Luego: «¡No me importa! Está hecho. Nos iremos de parranda. Y por Paul haría yo cualquier cosa».

Estaban comprando sus avíos de pesca en el Sporting Goods Mart, de los hermanos Ijams, con ayuda de Willis Ijams, compañero del Boosters' Club. Babbitt estaba completamente loco. Cantaba y bailaba.

—Esto va de veras, ¿eh? —murmuró a Paul—. Comprando ya las cosas, ¿eh? ¡Y el bueno de Willis Ijams en persona que baja a despacharnos! Oye, si esos fulanos que están agenciándose los avíos para ir a los Lagos del Norte supieran que nosotros vamos hasta Maine, les da un patatús, ¿eh?... Vamos a ver, amigo Ijams... digo Willis. ¡Aquí tiene usted la gran ocasión! Nos dejamos engañar fácilmente. ¡Hala! ¡Dejadme solo! ¡Voy a comprar la tienda entera!

Se deleitaba mirando las cañas de pescar, las botas de goma, las tiendas con ventanas de celuloide, las sillas plegables, las neveras. Quería ingenuamente comprobarlo todo. Fue Paul, a quien siempre estaba protegiendo vagamente, el que esta vez frenó sus vehementes deseos.

Pero hasta Paul se animó cuando Willis Ijams, un hortera con poesía y diplomacia, comenzó a discutir los cebos.

—Ahora, naturalmente ustedes lo saben como yo —dijo—, la gran cuestión está en si deben usar cebos flotantes o no. Yo, personalmente, estoy por los cebos flotantes. Es más divertido.

—Sí, señor, mucho más divertido —fulminó Babbitt, que sabía muy poco de arte piscatoria.

—Conque, si quiere seguir mi consejo, George, provéase bien de moscas artificiales y hormigas rojas. ¡Buen cebo es esa hormiga roja, bueno!

—¡Ya lo creo! ¡Lo que se llama un cebo! —exclamó Babbitt todo alborozado.

—Sí, señor, esa hormiga roja —dijo Ijams— es realmente un cebo como no hay otro.

—¡Y que no acudirá poco deprisita Doña Trucha cuando deje caer una de esas hormigas rojas en el agua! —asintió Babbitt, y con sus gruesas muñecas hizo ademán de echar la caña.

—Sí, y el salmón de río picará también —dijo Ijams, que nunca había visto un salmón de río.

—¡Salmón! ¡Trucha! Oye, Paul, ¿te imaginas tú al amigo George con sus pantalones caqui sacando peces del agua a las siete de la mañana? ¡Brrrrr...!

Viajaban en el expreso de Nueva York, hacia Maine y sin sus familias. No podían creerlo. Se hallaban libres, entre hombres, en el fumadero del coche salón.

Por la ventanilla se veían de trecho en trecho, en la oscuridad, misteriosas lucecillas doradas. Babbitt, en medio del bamboleo y del fragor del tren, se sentía consciente de la marcha. Inclinandose hacia Paul gruñó:

—Caramba, es bonito viajar, ¿eh?

El pequeño departamento, con sus paredes de acero pintadas de ocre, iba en su mayor parte lleno de esa clase de individuos que Babbitt clasificaba entre Los Tipos Más Simpáticos del Mundo... Personas Sociables de Verdad. En el asiento largo había cuatro: un hombre gordo con cara de astuto, otro delgado como un cuchillo, que llevaba un flexible de terciopelo verde, un jovenzuelo muy jovenzuelo con una boquilla imitación de ámbar, y Babbitt. Frente a ellos, en dos sillas de cuero, iban Paul y un hombrecillo larguirucho, chapado a la antigua, muy socarrón, con la boca entre paréntesis. Todos leían periódicos o revistas comerciales, publicados por zapaterías, por fábricas de loza, y esperaban las delicias de la conversación. Fue el jovenzuelo, que hacía su primer viaje en coche salón, quien la empezó.

—¡Señores, el juergazo que he corrido en Zenith! —proclamó en tono jactancioso—. ¡Bueno, conociendo los secretos puede uno correrla lo mismo que en Nueva York!

—Sí, ya la habrá usted armado, ya. ¡En cuanto le vi entrar me figuré que era usted una mala persona! —dijo el gordo riendo.

Los otros soltaron, encantados, sus periódicos.

—¡Bueno, no se burle! Apuesto que he visto yo cosas en The Arbor que ustedes no han visto nunca —proclamó el muchacho.

—¡Oh, seguramente! ¿A que se ha bebido usted toda la leche como un picarón?

Después que el muchacho les sirvió de introducción, se olvidaron de él por completo y se enzarzaron en una conversación de veras. Paul, que sentado aparte leía un folletón, fue el único que no metió baza, por lo cual los demás, excepto Babbitt, le tomaron por un fachendoso, por un excéntrico, por una persona sin espíritu.

Lo que dijo cada cual no se determina y no importa, pues todos tenían las mismas ideas y las expresaban siempre con la misma plúmbea y descarada seguridad. Si no era Babbitt quien exponía tal o cual opinión, al menos sonreía al magistrado que la exponía.

—Sin embargo —anunció el primero— están vendiendo la mar de alcohol en Zenith. En todas partes, supongo. No sé lo que pensarán ustedes de la prohibición, pero a mí me parece que es una buena cosa para el pobre curda que no tiene voluntad, pero para personas como nosotros es una infracción de la libertad personal.

—Desde luego. El Congreso no tiene derecho a coartar la libertad personal —afirmó el segundo.

En esto entró otro señor, pero como todos los asientos estaban ocupados, se quedó en pie fumando un cigarrillo. Era un intruso que no pertenecía a una de las Viejas Familias del fumadero. Le recibieron fríamente, y él, después de mirarse la barbilla en el espejo, aparentando desenvoltura, se batió en retirada silenciosamente.

—Yo acabo de hacer un viaje por el Sur. Los negocios no marchan bien por allá —dijo uno del consejo.

—¡Hombre! Conque no marchan bien, ¿eh?

—No; a mi parecer ni siquiera normalmente.

—Ni siquiera normalmente, ¿eh?

—No; en mi opinión, al menos, no.

Todos los del consejo movieron la cabeza cuerdamente y decidieron:

—Sí; no marchan como debieran marchar.

—Bueno, tampoco la situación de los negocios es en el Oeste lo que debía ser, ni con mucho.

—Desde luego. A propósito de negocios, la hostelería ya notará que las cosas no andan bien, ya. Y me alegro, porque esos hoteles que nos han estado cobrando cinco dólares diarios (sí, señores, y seis y siete) por un cochino cuarto, ahora se darán por contentos con cuatro y tal vez sirvan mejor.

—Desde luego. A propósito, hablando de hoteles, el otro día estuve por primera vez en el St. Francis de San Francisco, y, bueno, es un sitio de primera.

—¡Tiene usted razón, amigo! El St. Francis es un hotel estupendo..., sin ningún género de duda.

—Desde luego. Estoy con usted. Es un hotel de primera.

—Sí, pero digan, ¿han parado ustedes alguna vez en el Rippleton de Chicago? No es por hablar mal, que nunca me gusta, pero, la verdad, de todos los basureros que se hacen pasar por hoteles de primera, ése es el peor. Voy a coger a esos tipos un día de éstos y se lo voy a decir en su misma cara. Ya saben ustedes como soy... Bueno, quizá no lo sepan..., pero yo estoy acostumbrado a tener comodidades, y no me importa pagar un precio razonable. La otra noche llegué a Chicago, y el Rippleton está cerca de la estación... Yo nunca había estado allí antes, pero le dije al chófer... ¿Saben ustedes?, yo tomo siempre un taxi cuando llego tarde; cuesta un poco más, pero, qué diantre, vale la pena cuando hay que levantarse temprano a la mañana siguiente y salir a vender... Bueno, pues le dije al chófer: «Lléveme, ay, al Rippleton». Bueno, llegamos allá, y le dije al tío de la recepción: «¿Qué, tiene usted disponible un buen cuarto con baño?». ¡¡Bueno!! Cualquiera creería que le había metido una cosa de segunda mano o que le había mandado trabajar en Yom Kippur. Me echa una mirada y me dice: «No sé, voy a ver», y se agacha detrás del artefacto ese donde apuntan los cuartos. Bueno, por el tiempo que tardó supongo que telefonaría a la Sociedad de Crédito y a la Liga Americana de Defensa para ver si me podía admitir, o quizá se durmió, simplemente; por fin sale, me mira como si le hiciera daño a la vista, y gruñe: «Creo que le podré dejar a usted un cuarto con

baño»... «Es usted muy amable...; siento molestarle... ¿Cuánto me costará?», le dije yo muy finamente. «Amigo, le costará siete dólares diarios», me responde... Bueno, era tarde; y además iba a cargarlo a cuenta de la casa... Si hubiera tenido que pagarle yo créanme que me hubiera quedado toda la noche en la calle antes de dejar que cualquier maldita posada me timase siete machacantes. Así que lo dejé pasar. Bueno; el tío despierta al botones... Buen chico, jovencito él...: no tenía más que setenta y nueve años justos...; peleó en la batalla de Gettysburg^[24] y aún no sabe si ha terminado... Por la manera de mirarme, supongo que me tomó por uno de los confederados... Y el Matusalén ese me llevó a un sitio que luego supe que llamaban cuarto, pero que al pronto pensé que se trataba de un error... ¡Creí que me metían en el cepillo del Ejército de Salvación! ¡A siete *per cada diem*! ¡Dios!

—Sí, he oído decir que el Rippleton era un tanto deleznable. Yo cuando voy a Chicago paro siempre en el Blackstone o en el La Salle..., dos hoteles de primera.

—Oigan, ¿ha estado alguno de ustedes en el Birchdale de Terre Haute? ¿Cómo es?

(Doce minutos de conferencia sobre el estado de los hoteles en South Bend, Flint, Dayton, Tulsa, Wichita, Fort, Winona, Erie, Fargo, y Moose Jaw).

—A propósito de precios —observó el señor del flexible de terciopelo, manoseando el diente de alce de su gruesa leontina—, quisiera yo saber de dónde sacan eso de que las ropas están bajando. Miren ustedes este traje que tengo puesto. (Se pellizcó las perneras del pantalón). Hace cuatro años pagué por él cuarenta y dos cincuenta, que ya está bien. Bueno, pues el otro día entré en una tienda de mi pueblo y pedí que me enseñaran un traje, y el tío me saca unos mamarrachos que, de veras, no se los pondría yo a un peón de la hacienda. Sólo por curiosidad voy y le pregunto: «¿Qué pide usted por esta porquería?...». «¿Porquería? —dice—, ¿qué quiere usted decir? Éste es un traje excelente, todo lana...». ¡Un cuerno! Era lana vegetal a lo sumo. «Es todo lana —dice—, y lo vendemos a sesenta y siete noventa». «¿Ah, sí? ¿Conque sí, eh? —le digo yo—. No seré yo quien lo compre», le contesto y le dejo con la palabra en la boca. ¡Vaya!... Y voy y le digo a mi mujer: «Oye, mira, mientras tengas fuerzas para poner más remiendos en los pantalones de tu maridito, pues nos pasamos sin comprar más trajes».

—¡Bien hecho! Y fíjense ustedes en los cuellos, por ejemplo...

—¡Eh! ¡Despacito! —protestó el gordo—. ¿Qué pasa con los cuellos? ¡Yo vendo cuellos! Se dan ustedes cuenta de que el coste de la fabricación está al doscientos siete por ciento sobre...

Decidieron todos que pues su buen amigo el señor gordo vendía cuellos, el precio de los cuellos era exactamente el que debía ser; pero las demás prendas de vestir estaban trágicamente caras. Ahora sentían uno por otro admiración y afecto. Entraron a fondo en la ciencia de los negocios, indicando que el objeto de manufacturar un arado o un ladrillo era venderlo. Para ellos el Héroe Romántico no era ya el caballero, el poeta vagabundo, el *cow-boy*, el aviador ni el joven fiscal, sino el gran gerente que

tenía en su escritorio un Análisis de Problemas Mercantiles, el gran gerente que dedicaba su vida y la de sus jóvenes *samurais* al metódico objeto de Vender; no de vender nada en particular, ni a nadie en particular, sino de Vender por Vender.

La charla de negocios despabiló a Paul Riesling. Si bien era un pasable violinista y un interesante marido desgraciado, era también un hábil vendedor de material para techar. Escuchó las observaciones del gordo sobre «el valor de los prospectos y boletines como método para jalearse a los viajeros», y él mismo dio una o dos ideas excelentes sobre el uso de los sellos de dos centavos en las circulares. Después cometió una ofensa contra la santa ley de los Good Fellows. Se puso petulante.

Estaban entrando en una ciudad. Pasaron junto a una fundición de los suburbios. Llamas rojas y anaranjadas lamían las cadavéricas chimeneas, los muros recubiertos de hierro, los sombríos convertidores.

—¡Canastos! Miren ustedes eso... ¡Precioso! —exclamó Paul.

—¡Y tanto! Eso es la Shelling-Horton Steel Plant, y se rumorea que el tal Shelling hizo sus buenos tres millones de dólares fabricando municiones durante la guerra —dijo reverentemente el señor del flexible de terciopelo.

—No, yo... decía yo que ese patio lleno de trastos, destacado en la oscuridad por la luz, resulta muy pintoresco —explicó Paul.

Todos se quedaron mirándole estupefactos mientras Babbitt croaba:

—Este Paul tiene buen ojo para los sitios pintorescos y raros. No se le escapa nada. Habría sido escritor o algo así si no se hubiera dedicado al ramo de tejados.

Paul daba señales de aburrimiento. (Babbitt dudaba a veces si Paul apreciaría su lealtad). El del flexible de terciopelo gruñó:

—En mi opinión particular la fábrica de Shelling-Horton está siempre hecha una porquería. Llena de escombros. Pero no creo que esté prohibido llamarla «pintoresca» si le da a usted por ahí.

Paul volvió malhumorado a su lectura, y la conversación recayó lógicamente sobre los trenes.

—¿A qué hora llegamos a Pittsburg? —preguntó Babbitt.

—¿A Pittsburg? Me parece que entramos a las...; no, eso era el año pasado... Espere un momento..., vamos a ver... Aquí mismo tengo el horario.

—No sé si llegaremos en punto.

—Sí, hombre, llegaremos a la hora exacta.

—No... Llevábamos siete minutos de retraso en la última estación.

—¿Ah, sí? ¿De veras? Hombre, pues yo creí que llegaríamos puntualmente.

—No; llevamos unos siete minutos de retraso.

—Eso es; siete minutos. Entró el mozo de servicio, un negro con chaqueta blanca de botones dorados.

—¿Qué retraso llevamos? —Gruñó el señor gordo.

—No lo sé, señor. Creo que llegaremos poco más o menos a tiempo —dijo el mozo doblando toallas y colocándolas rápidamente en la rejilla que había sobre los

lavabos. Los viajeros le miraron lúgubrementemente, y cuando salió dijeron lamentándose:

—No sé qué demonios les pasa a estos negros ahora. Nunca le dan a uno una respuesta cortés.

—Cierto. Se están poniendo de tal modo que no le guardan a uno el menor respeto. Los negros de antes eran unos pillos simpáticos..., sabían ocupar su puesto..., pero estos morenos de ahora no quieren ser mozos ni escardadores de algodón. ¡Oh, no! Tienen que ser abogados y profesores y Dios sabe qué. Les digo a ustedes que el problema se está poniendo serio. Debíamos unirnos todos, sí señor, para enseñar al negro, y al amarillo también, el lugar que les corresponde. Ahora bien; yo no tengo prejuicios de raza, eso no. Soy el primero en alegrarme cuando un negro hace carrera..., siempre y cuando permanezca donde debe permanecer y no trate de usurpar la legítima autoridad y la capacidad comercial del hombre blanco.

—¡Eso es! Y otra cosa que debemos hacer —dijo el señor del flexible de terciopelo (que se llamaba Koplinsky)— es impedir que entren esos cochinos extranjeros^[25] en el país. Gracias a Dios hemos puesto un límite a la inmigración. Esos italianos y demás tienen que aprender que éste es un país de blancos, y que no los queremos aquí para nada. Cuando hayamos asimilado los extranjeros que tenemos ahora y les hayamos enseñado los principios del americanismo convirtiéndoles en ciudadanos corrientes, entonces quizá podremos admitir unos pocos más.

—Nada más cierto. Desde luego —observaron los otros.

Y desviaron la conversación hacia temas más ligeros. Pasaron lista rápidamente a los precios de los automóviles, discutieron la duración de los neumáticos, hablaron de valores petroleros, de pesca, de la próxima cosecha de trigo en Dakota.

Pero el gordo se impacientaba con esta pérdida de tiempo. Era un viajante veterano que había perdido las ilusiones. Ya había dicho que estaba de vuelta. Se inclinó hacia adelante, les llamó la atención con su expresión de socarronería, y rezongó:

—Bueno, señores, dejémonos de etiquetas y a contar chistes verdes.

Se pusieron a charlar animadamente y con gran intimidad. Paul y el jovencuelo desaparecieron. Los otros se repantigaron en el asiento, se desabrocharon los chalecos, apoyaron los pies en las sillas, acercaron las soberbias escupideras de latón, y bajaron las cortinillas verdes para aislarse de la desagradable extrañeza de la noche. Después de cada carcajada gritaba alguno: «Oigan, ¿conocen ustedes éste?». ... Babbitt estaba la mar de expansivo. Cuando el tren paró en una estación importante, se pusieron los cuatro a pasear por el andén, bajo la bóveda de cristales, que con el humo parecía un cielo tormentoso. Pasaron junto a banastas de patos y lomos de vaca, en el misterio de una ciudad desconocida. Marchaban de frente, viejos amigos y muy contentos. A la voz de «Viajeeeeeeros al trrrrrren», volvieron apresuradamente al fumadero, y hasta las dos de la mañana siguieron contando cuentos verdes, con los ojos húmedos por la risa y por el humo de los cigarros. Cuando se separaron se estrecharon las manos.

—Sí, señor, una sesión inolvidable.

—Siento que no pueda continuar.

—Tanto gusto en conocerle.

Babbitt, tendido en su litera, temblaba al recordar la quintilla del hombre gordo sobre la señora que quería lanzarse. Levantó la cortinilla. Dobló un brazo entre la cabeza y la almohada, y se quedó contemplando las siluetas de los árboles, y los faroles de los pueblecillos que eran como puntos de exclamación. Se sentía muy feliz.

CAPÍTULO XI

1

Disponían de cuatro horas en Nueva York entre dos trenes. Lo que Babbitt tenía más interés en ver era el hotel Pennsylvania, que había sido construido después de su última visita. Levantó la cabeza para mirarlo y murmuró:

—¡Dos mil doscientas habitaciones y dos mil doscientos baños! No hay en todo el mundo nada como esto. Demonio, las ganancias deben ser... Bueno, suponte que el precio de los cuartos oscila entre cuatro y ocho dólares diarios, y me figuro que los habrá de diez y... cuatro veces dos mil doscientos..., pongamos seis veces dos mil doscientos... Bueno, sea lo que sea, contando restaurantes y demás, puede calcularse entre ocho mil y quince mil al día. ¡Cada día! Claro que cualquier individuo de Zenith tiene más Iniciativa Personal que estos mequetrefes de aquí, pero ante esto tengo que inclinar la cabeza. Sí, Nueva York, sí, no estás mal... para ciertas cosas. Bueno, Paulski, creo que hemos visto ya todo lo que vale la pena. ¿Cómo matamos el tiempo que nos queda? ¿Vamos al cine?

Pero Paul deseaba ver un trasatlántico.

—Siempre he querido ir a Europa... y, ¡canastos!, he de ir antes que me muera —suspiró.

Desde un muelle del North River contemplaron la popa del *Aquitania*, sus chimeneas, sus antenas de radiotelegrafía, que se alzaban sobre el *dock* donde había entrado.

—Caramba —zumbó Babbitt—, no estaría mal irse a Europa y echar un vistazo a todas esas ruinas, y al pueblo donde nació Shakespeare. ¡Y mira que poder pedir una copita donde a uno se le antoje! ¡No hay más que apoyarse en el bar y gritar! «¡Un cóctel!», ¡y al cuerno la policía! No estaría mal, ¿verdad? ¿Qué te gustaría a ti ver allá, Paulski?

Paul no respondió nada. Babbitt se volvió. Su amigo, con los puños cerrados y la cabeza caída, miraba el trasatlántico como si le produjera terror. Su cuerpo delgado, visto contra las reverberantes planchas del muelle, parecía enjuto como el de un niño.

—¿Qué te gustaría a ti ver en el viejo mundo, Paul? —preguntó Babbitt por segunda vez.

Paul miraba ceñudamente el vapor, el pecho palpitante.

—¡Dios mío! —murmuró, y mientras Babbitt le contemplaba con ansiedad, exclamó—: ¡Vámonos, salgamos de aquí!

Y echó a andar muelle abajo sin volver la vista atrás.

—Tiene gracia —consideró Babbitt—. Parece que no le importa mucho ver los vapores. Yo creí que le interesaría.

Aunque, todo alborozado, hizo discretos cálculos acerca de la potencia de las locomotoras, mientras su tren subía la cordillera de Maine, y contempló desde la cumbre la brillante vía, allá abajo entre los pinos; aunque exclamó «¡Qué caramba!» al descubrir que la estación de Katadumcook, final de la línea, no era sino un viejo vagón de mercancías, el momento de verdadera emoción para Babbitt fue cuando, sentados en un diminuto muelle del lago Sunasquam, esperaban la lancha del hotel. En el lago flotaba una balsa; entre los troncos y la orilla, en el agua transparente y delgada, centelleaban miles de pececillos. Sentado en un tronco, un guía que llevaba flexible negro con la banda llena de cebos artificiales y una camisa chillona de franela azul, tallaba un palo con una navaja. Un perro, un buen perro de campo, negro y lanudo, un perro que podía holgar y meditar a sus anchas, se rascaba, gruñía y dormitaba. El sol brillaba profundamente en el agua, en el verdidorado reborde de las ramas de balsamina, en los plateados abedules, y en los helechos tropicales, y al otro lado del lago ardía en las robustas espaldas de las montañas. Todo estaba envuelto en una santa paz.

Sentados en el borde del muelle, balanceaban las piernas sobre el agua, sin hablar, sin hacer nada. Babbitt se sintió penetrado por la inmensa ternura del paraje, y murmuró:

—Me gustaría quedarme aquí sentado... toda mi vida... y tallar palos y no hacer nada. Y no oír nunca una máquina de escribir. Ni a Stan Graff garrulando por teléfono. O a Roña y Ted riñendo. Estar sentado aquí y nada más. ¡Dios! (Dio a Paul una palmadita en el hombro). ¿Qué dices tú, dormilón?

—Oh, sí, Georgie. En esto hay algo de eterno.

Por vez primera Babbitt le había comprendido.

Su lancha viró en redondo; al fondo del lago, bajo la falda de una montaña divisaron el comedor de su hotel, rodeado por un semicírculo de chozas de madera que servían de dormitorios. Desembarcaron y tuvieron que soportar las miradas curiosas de los huéspedes que llevaban en el hotel una semana entera. En su *cottage*, que tenía una alta chimenea de piedra, se apresuraron a ponerse cómodos. Salieron: Paul con un traje gris viejo y una camisa blanca sin planchar; Babbitt con una camisa caqui y unos pantalones del mismo color muy holgados. Su ropa era excesivamente nueva; sus lentes resultaban oficinescos; y su cara, no tostada todavía, era el rostro rosáceo de un hombre que vivía en la ciudad. Babbitt era una nota discordante en aquel lugar. Pero con alborozo se dio una palmada en las piernas y cacareó:

—Oye, esto es volver a nuestros buenos tiempos, ¿eh?

Hizo un guiño a Paul y sacó del bolsillo trasero del pantalón un paquete de tabaco de mascar, ordinario prohibida en su casa. Le clavó los dientes y empezó a dar tirones meneando con satisfacción la cabeza.

—¡Um! ¡Um! ¡Y que no tenía yo ganas de mascar tabaco! ¿Quieres?

Se miraron con una sonrisa de inteligencia. Paul cogió el paquete y dio un mordisco. Se quedaron callados. Sus mandíbulas trabajaban. Escupían solemnemente, uno tras otro, en el agua plácida. Se estiraron con voluptuosidad, los brazos en alto, las espaldas arqueadas. En las montañas, se oía el resuello de un tren lejano. Una trucha saltó y desapareció en un círculo de plata. Ambos amigos suspiraron a un tiempo.

Faltaba una semana para que llegaran sus familias. Todas las noches proyectaban levantarse temprano y pescar antes del desayuno. Todas las mañanas se quedaban en la cama hasta que sonaba la campanilla, conscientes de que no había mujeres hacendosas que fueran a despertarlos. Las mañanas eran frías, y daba gusto, mientras se vestían, sentir el calorcillo de la chimenea.

Paul estaba desesperadamente limpio, pero Babbitt revelaba cierto desaseo por no tener que afeitarse hasta que le venía en gana. Guardaba como un tesoro cada escama de pescado, cada mancha de grasa que caía en sus pantalones.

Pasaban toda la mañana pescando sin entusiasmo o correteando por las veredas, entre exuberantes helechos y musgo salpicado de rojas campánulas. Dormían toda la tarde y hasta medianoche jugaban al póquer con los guías. El póquer era una cosa seria para los guías. No charlaban; barajaban las mugrientas cartas con una diestra ferocidad que amenazaba a los «forasteros», y Joe Paradise, el rey de los guías, era sarcástico con los holgazanes que paraban el juego para rascarse.

A medianoche, cuando Paul y Babbitt volvían a tuestas a su *cottage*, pisando la hierba húmeda y las raíces de pino que se confundían en la oscuridad, Babbitt se alegraba de no tener que explicar a su mujer dónde había estado toda la noche.

No hablaban mucho. La nerviosa locuacidad del Athletic Club había desaparecido. Pero cuando hablaban caían en la ingenua intimidad de sus tiempos estudiantiles. Una vez halaron su canoa en la orilla del Sunasquam Water, un arroyuelo cercado por densa verdura. El sol rugía en los verdes matorrales, pero a la sombra se gozaba una paz soñolienta y el agua era de oro rizado. Babbitt metió la mano en la fresca corriente y meditó:

—¡Nunca creímos poder venir a Maine juntos!

—No. Nunca hemos hecho nada de lo que pensábamos. Yo estaba seguro de que me iría a Alemania con la familia de mi abuelo para estudiar violín.

—Verdad. ¿Y recuerdas que yo quería ser abogado y meterme en política? Todavía pienso que pude haber hecho carrera. Porque yo, ¿sabes?, hablo bastante bien... Vamos, puedo improvisar una charla sobre cualquier cosa, y naturalmente eso es lo que se necesita en política. ¡Lo que es Ted será abogado, aunque yo no lo haya conseguido! Bueno, al fin y al cabo... no hemos salido del todo mal. Myra ha sido para mí una excelente mujer. Y Zilla tiene buenas intenciones, Paulski.

—Sí. Aquí hago proyectos para que se divierta y me deje en paz. Tengo cierta esperanza de que la vida va a cambiar ahora y que con este descanso volveremos con fuerzas para empezar de nuevo.

—Así lo creo —respondió Babbitt, y añadió tímidamente—: La verdad, chico, es que lo he pasado bien aquí, ganduleando y jugando al póquer y campando a mis anchas siempre contigo, so ladrón.

—Bueno, ya sabes tú lo que eso significa para mí, George. Mi salvación.

La vergüenza de la emoción les abrumaba. Soltaron unos cuantos tacos para probar que eran hombres rudos, nada sentimentales; y sin hablar palabra, Babbitt silbando y Paul tarareando, volvieron al hotel en su canoa.

Si bien al principio fue Paul quien estaba más sobreexcitado y Babbitt quien hacía de hermano mayor, Paul se sentía ahora muy alegre mientras que Babbitt se había puesto muy irritado. Poco a poco fue descubriendo su oculto hastío. Los primeros días había hecho el payaso para divertir a Paul y le había buscado toda clase de entretenimientos. Al terminar la semana, Paul hacía de enfermera y Babbitt aceptaba favores con la condescendencia que siempre se tiene para una paciente enfermera.

El día antes de que sus familias llegaran, las señoras que se hospedaban en el hotel gorjearon: «¡Qué bien! ¡Estarán ustedes contentísimos!», y los preceptos sociales obligaron a Babbitt y a Paul a mostrarse muy contentos. Pero se fueron a la cama temprano y de mal humor.

Cuando apareció Myra lo primero que dijo fue:

—Bueno, vosotros seguid divirtiéndooos como si no estuviéramos aquí.

La primera noche Babbitt se quedó jugando al póquer con los guías, y su mujer le dijo en tono de broma: «¡Caramba! Estás hecho un verdadero pillastre». La segunda noche refunfuñó soñolienta: «Dios mío, ¿es que no te puedes quedar una noche en casa?». La tercera noche Babbitt no jugó al póquer.

Se encontraba ya muy cansado.

—¡Tiene gracia! —lamentó—. Parece que las vacaciones no me han servido para nada. Paul está más retozón que un potro, pero te juro que yo me encuentro más irritable y más nervioso que cuando vine aquí.

Pasaría en Maine tres semanas. Al terminar la segunda empezó a sentirse tranquilo y a interesarse por la vida. Planeó una ascensión a la Sachem Mountain, y quería acampar una noche en el Box Car Pond. Se sentía inexplicablemente débil, y al mismo tiempo animado, como si habiendo limpiado sus venas de energía venenosa, las hubiera llenado de sangre sana.

No le irritaron los amoríos de Ted con una camarera (su séptima aventura del año); jugaba como un chico con su hijo y le enseñó con orgullo a echar la caña en la silenciosa sombra de Skowtuit Pond.

Al final suspiró:

—¡Canastos, ahora que empezaba a gozar yo del veraneo! Pero, bueno, me siento mucho mejor. ¡Y éste va a ser un año magnífico! Quizá la Junta de Bienes Raíces me elija presidente en vez de algún charlatán tramposo como ese Chan Mott.

En el viaje de vuelta, siempre que entraba en el fumadero del coche salón sentía remordimientos por dejar sola a su mujer, y se ponía furioso por comprender que sentía remordimientos, pero luego exclamaba en son de triunfo:

—¡Oh, éste va a ser el gran año, un año magnífico!

CAPÍTULO XII

1

Durante el viaje de vuelta, Babbitt adquirió la certeza de que era otro hombre. Se había convertido a la serenidad. Iba a dejar de preocuparse por los negocios. Iba a tener otros «intereses»: teatros, asuntos públicos, lecturas. Ahora que acababa de tirar un puro extraordinariamente grande, iba a dejar de fumar.

Inventó un nuevo método perfecto. No compraría más tabaco; pediría a los amigos; y, naturalmente, se avergonzaría de pedir a menudo. En un arrebato de probidad tiró la caja de cigarrillos por la ventanilla. Salió del fumadero y estuvo muy amable con su mujer sin saber por qué; admiró su propia virtud y se dijo: «Sencilísimo. Cuestión de voluntad». Empezó a leer un folletón detectivesco. Diez millas después se dio cuenta de que deseaba fumar. Agachó la cabeza como una tortuga que se mete en su concha; estaba inquieto; se saltó dos páginas de la novela sin notarlas. Cinco millas después se levantó de un salto y buscó al mozo.

—Oiga, ¿tiene usted un... (el mozo le escuchaba pacientemente). ¿Tiene usted una guía? —terminó Babbitt.

En la primera estación se apeó y compró un cigarrillo. Como iba a ser el último antes de llegar a Zenith, apuró la colilla.

Cuatro días después recordó de nuevo que había dejado de fumar, pero estaba muy ocupado con el trabajo atrasado de su oficina para seguir recordándolo.

Decidió que el béisbol sería una excelente diversión. «No tiene objeto matarse trabajando. Voy a ir al partido tres veces por semana. Además, uno debe hacer algo por el equipo de su pueblo». Fue a los partidos, apoyó a su equipo, y realzó la gloria de Zenith gritando «¡Hurra!» y «¡Fuera!». Desempeñaba su papel escrupulosamente. Se ataba al cuello un pañuelo de algodón; sudaba; abría dos palmos de boca; y bebía limonadas de la botella.

Fue a los partidos tres veces por semana, durante una semana. Luego se contentó con mirar las pizarras del *Advocate Times*. Se metía en lo más espeso de la muchedumbre, y cuando el muchacho que estaba en la alta plataforma inscribía las proezas del gran Bill Bosrwick, el *pitcher*, Babbitt decía a algún desconocido, «¡Mucho! ¡Buena jugada!», y se volvía a su oficina más que deprisa.

Creía sinceramente que le gustaba el béisbol. Es verdad que en veinticinco años no había hecho más que pelotear con Ted en el patio, sin agitarse y sólo diez minutos, ni uno más. Pero el béisbol era una costumbre de su clan, y daba salida a los instintos homicidas y parciales que Babbitt llamaba «patriotismo» y «amor al deporte».

Conforme se acercaba a su oficina, apretaba el paso murmurando: «Tengo que apresurarme un poco». La ciudad entera se apresuraba sólo por apresurarse. Los automóviles se apresuraban a pasar a otros en el apresurado tránsito. La gente se apresuraba a coger el tranvía (sabiendo que otro llegaría un minuto después), a apearse del tranvía, a galopar hasta la acera, a meterse en los edificios para tomar ascensores expresos. En las cafeterías la gente se apresuraba a tragar la comida que los cocineros habían guisado apresuradamente. En las peluquerías los clientes suplicaban: «Páseme la navaja una sola vez. Tengo prisa». Los empleados despachaban febrilmente a las visitas en las oficinas adornadas con carteles que decían: *Éste es el día de más trabajo* o *Dios Creó El Mundo En Seis Días: Usted Puede Desembuchar Todo Lo Que Tenga Que Decir En Seis Minutos*. Los que habían hecho cinco mil dólares el año antepenúltimo y diez mil el año anterior, se apresuraban, con los nervios de punta y los cerebros secos, a hacer veinte mil aquel año; y los que habían perdido la salud después de hacer sus veinte mil se apresuraban a coger trenes para tomar apresuradamente las vacaciones que los apresurados médicos les habían ordenado.

Entre toda esta apresurada muchedumbre, Babbitt se apresuraba a volver a su oficina, donde no tenía gran cosa que hacer salvo atender a que sus subalternos parecieran muy apresurados.

3

Cada sábado por la tarde iba apresuradamente a su *country club*, donde jugaba apresuradamente al golf para descansar del ajetreo de la semana.

En Zenith, a todo Hombre de Éxito le era tan necesario pertenecer a un *country club* como gastar cuellos de hilo y no de celuloide. Babbitt era socio del Outing Golf and Country Club, simpático edificio de madera gris, con amplia galería, que desde una roca salpicada de margaritas dominaba el lago Kennepoose. Había otro, el Tonawanda Country Club, al cual pertenecían Charles McKelvey, Horace Updike y otros ricachos que no almorzaban en el Athletic sino en el Union Club. Babbitt explicaba con frecuencia: «No me haría yo socio del Tonawanda aunque me sobraran ciento ochenta dólares para malgastarlos en la entrada. En el Outing tenemos una pandilla de hombres verdaderamente tratables y las mujeres más bonitas de Zenith (tan bromistas como los hombres), pero en el Tonawanda no se ven más que esos ambiciosos estirados que se pasan la vida bebiendo té. Demasiado postín. Lo que es yo, no me haría socio del Tonawanda aunque... ¡No, ni por apuesta!».

Después de cuatro o cinco tantos, descansaba un poco. Los latidos de su corazón, acelerados por el tabaco, se hacían más normales, hablaba más despacio y arrastraba las palabras como sus cien generaciones de antepasados labriegos.

Por lo menos una vez a la semana, los señores de Babbitt y su hija Tinka iban al cine. Su cinematógrafo favorito era el Chateau, que tenía cabida para tres mil espectadores y una orquesta de cincuenta músicos que tocaban arreglos de óperas y *suites* descriptivas. En la rotonda de piedra, decorada con sillas de terciopelo bordado y tapices casi medievales, se veían loritos posados en doradas columnas de lotos.

Con exclamaciones como «¡Córcholis!» o «¡Ya había que ir lejos para ver algo semejante!», Babbitt demostraba su admiración por el Chateau. Cuando paseaba la vista por el público, millares de cabezas en una penumbra gris, cuando percibía el olor de las ropas y el delicado perfume de la goma de mascar, experimentaba la misma sensación que había sentido al ver por vez primera una montaña y darse cuenta de la mucha, mucha tierra y roca que en ella había.

Le gustaban tres clases de películas: bañistas guapas con las piernas desnudas; policías o *cow-boys* con muchos tiros de revólver; y hombres gordos que comían espaguetis. Reía sentimentalmente cuando aparecían en la pantalla perros, gatitos o bebés gordinflones; y se compadecía hasta llorar de las madres viejas que soportaban pacientemente sus desgracias en casas hipotecadas. La señora de Babbitt prefería las películas donde las mujeres jóvenes y agraciadas, lujosamente vestidas, iban y venían por escenarios que representaban salones de millonarios neoyorquinos. En cuanto a Tinka, prefería, o se pensaba que prefería, lo que sus padres le mandaban preferir.

Todas sus distracciones (béisbol, golf, cine, *bridge*, paseos en auto, largas charlas con Paul en el Athletic Club, o en el Viejo Bodegón Inglés) eran necesarias para Babbitt, porque estaba entrando en un año de actividad jamás conocida.

CAPÍTULO XIII

1

Por una casualidad tuvo Babbitt ocasión de dirigir la palabra a la A. J. B. R.

La A. J. B. R., como sus miembros la llamaban con esa pasión universal que inspiran las iniciales misteriosas y rimbombantes, era la Asociación de Juntas de Bienes Raíces, el organismo de los agentes y de los explotadores. Iba a celebrar su congreso anual de Monarch, la más importante rival de Zenith entre las ciudades del estado. Babbitt era uno de los delegados oficiales; otro era Cecil Rountree, a quien Babbitt admiraba por su picardía para ganar dinero en construcciones, y a quien odiaba por su posición social y por asistir siempre a los más aristocráticos bailes de Royal Ridge. Rountree era presidente del comité encargado del programa.

—Estoy ya harto —le había dicho Babbitt refunfuñando— de que esos médicos y catedráticos y predicadores se den tanto postín porque son «hombres de carrera». Un buen corredor de casas tiene que tener más conocimientos y más finura que cualquiera de ellos.

—¡Le sobra a usted razón, sí señor! ¿Por qué no escribe usted eso y lo lee ante la A. J. B. R.? —sugirió Rountree.

—Hombre, si eso le ayudara a usted a hacer el programa... Le diré: lo que yo pienso es: primero, debemos insistir en que se nos llame «corredores» y no «agentes de casas». Suena mejor. Segundo... ¿Qué distingue una profesión de un mero oficio, negocio u ocupación? ¿Qué es? Pues el servicio al público y la pericia; sí, señor, y el conocimiento y... y todo eso, mientras que el individuo que trabaja sólo por la mosca nunca toma en consideración el... el servicio al público y la pericia y todo lo demás. Ahora bien; como profesional...

—¡Magnífico! ¡Ahí le duele! Nada, a escribirlo cuanto antes —dijo Rountree, alejándose firme y rápidamente.

Por muy acostumbrado que estuviera a la labor literaria de los anuncios y la correspondencia, Babbitt se sintió desalentado aquella noche al sentarse a preparar una disertación que tardaría diez minutos largos en leer.

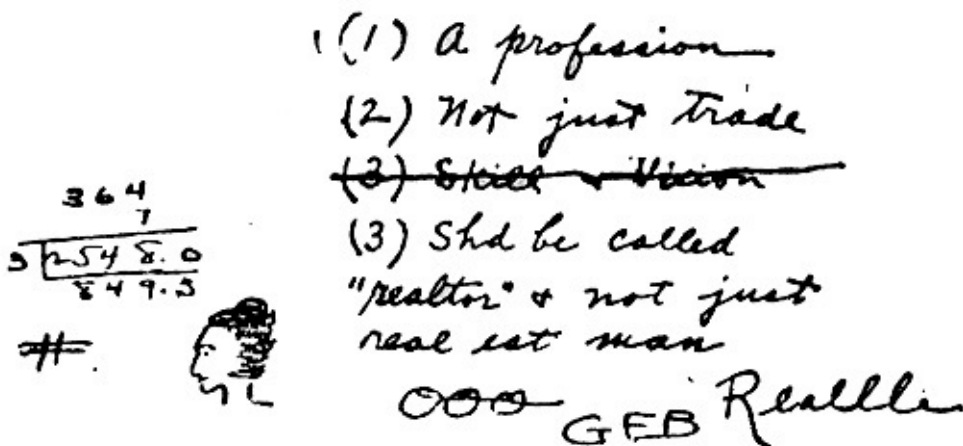
Puso un cuaderno escolar nuevo sobre la mesilla de coser instalada provisionalmente en la sala. En toda la casa reinaba el silencio, un silencio impuesto a la fuerza. Verona y Ted habían desaparecido según se les había ordenado, y Tinka estaba atemorizada. «Si haces el más mínimo ruido..., si pides a gritos un vaso de agua una sola vez... ¡Bueno, no quieras saber lo que te pasa!», le habían dicho en tono amenazante. La señora de Babbitt estaba sentada junto al piano, haciéndose un camisón y mirando con respeto a su marido, mientras éste escribía en el cuaderno de ejercicios haciendo crujir rítmicamente la mesa de costura.

Cuando se levantó, nervioso y sudando, con la garganta irritada por los cigarrillos, ella exclamó maravillada:

—¡No sé cómo puedes sentarte y sacarte en un momento tantas cosas de la cabeza!

—Oh, es el entrenamiento de la imaginación que uno adquiere en la vida de los negocios.

Había escrito siete páginas, la primera de las cuales era esto:



[26]

Las otras seis páginas eran poco más o menos como la primera.

Se pasó una semana dándose tono. Todas las mañanas, al vestirse, pensaba en voz alta: «¿Te has parado alguna vez a considerar, Myra, que antes que una ciudad prospere y tenga edificios y todo lo demás, algún corredor ha de venderles la tierra? Toda civilización empieza con él. ¿Te has dado alguna vez cuenta de eso?». En el Athletic Club llamaba aparte a los socios para preguntarles: «Diga, si tuviera usted que leer algo ante un congreso numeroso, ¿comenzaría con los chistes o los repartiría usted aquí y allá?». A Howard Littlefield le pidió una «colección de estadísticas sobre

compraventa de casas; algo que pudiera causar sensación», y Littlefield le proporcionó algo verdaderamente sensacional.

Pero era a T. Cholmondeley Frink a quien Babbitt perseguía con más insistencia. Le pescaba todos los días en el Club, a la hora de almorzar, y aunque Frink se mostraba evasivo, le preguntaba: «Oiga, Chum, usted que es una potencia en esto de escribir..., ¿cómo pondría esta frase?... Mire usted, aquí en mi manuscrito... Bueno, ¿dónde demonios está eso?... Oh, sí, aquí. ¿Diría usted *Nosotros debemos también no sólo pensar o Nosotros también debemos no pensar sólo o...?*».

Una noche que su mujer se hallaba ausente y que no tenía nadie a quien impresionar, Babbitt se olvidó del Estilo, del Orden y de los otros misterios, garrapateó lo que realmente pensaba de su negocio y de sí mismo, y se encontró con su disertación escrita. Cuando se la leyó a su mujer ésta suspiró:

—¡Espléndido, querido, espléndido! ¡Divinamente escrito, y tan claro y tan interesante, y qué ideas tan acertadas! ¡Sencillamente... espléndido!

Al día siguiente, Babbitt acorraló a Chum Frink y le dijo:

—¡Bueno, amigo, por fin terminé anoche! ¡Sí, a vuela pluma! Yo pensaba que ustedes, los escribientes, debían sudar la gota gorda para hacer un artículo, pero ¡Señor, si es coser y cantar! No se matan ustedes, no; bien cómodamente se ganan la vida. Cuando esté yo en disposición de retirarme, creo que me dedicaré a escribir y les voy a dar lecciones a ustedes. Siempre he sospechado que podría escribir mejor, con más nervio y más originalidad que esos camelos que imprimen, ¡y ahora, canastos, estoy seguro!

Hizo cuatro copias de su trabajillo con caracteres negros y hermoso título rojo. Las mandó encuadernar en papel Manila azul pálido, y amablemente entregó una a Ira Runyon, redactor jefe del *Advocate Times*, el cual dijo que sí, que se lo agradecía mucho, y que desde luego iba a leerlo de cabo a rabo... en cuanto encontrara tiempo para ello.

La señora de Babbitt no pudo ir a Monarch. Tenía reunión en un club femenino. Babbitt dijo que lo sentía mucho.

Además de los cinco delegados oficiales (Babbitt, Rountree, W. A. Rogers, Alvin Thayer y Elbert Wing) fueron al congreso cincuenta delegados no oficiales, la mayoría de ellos con sus mujeres.

Se reunieron en Union Station para tomar el tren de medianoche que les llevaría a Monarch. Todos ellos, menos Cecil Rountree, que era tan fachendoso que nunca llevaba insignias, ostentaban botones de celuloide, grandes como monedas de a dólar y rotulados: «¡Arriba Zenith!». Los delegados oficiales estaban magníficos con sus cintas color magenta y plata. Willy, el pequeño de Martin Lumsen, llevaba un estandarte de borlas con esta inscripción: «Zenith, Ziudad que Zumba —Zelo, Zumo y Zivismo— 1 000 000 en 1935». En cuanto los delegados llegaron, no en taxi sino en el automóvil de la familia conducido por el hijo mayor o por el primo Fred, formaron de repente una procesión por la sala de espera.

Era una sala de espera nueva y enorme, con pilastras de mármol y frescos que representaban la exploración del valle del Chaloosa por el Père Emile Farthoux en 1740. Los bancos eran de caoba maciza; el puesto de periódicos, un quiosco de mármol con una reja de latón. Los delegados desfilaron por el resonante vestíbulo tras el estandarte de Willy Lumsen, los hombres blandiendo sus cigarros, las mujeres conscientes de sus vestidos nuevos y de sus collares, todos cantando el himno oficial de la ciudad, escrito por Chum Frink:

*Doquiera estemos proclamaremos,
oh, próspero Zenith,
que en parte alguna puede haber
una población más feliz.*

Warren Whitby, el corredor de bolsa, que tenía disposiciones para la poesía de banquetes y cumpleaños, había añadido al himno de Frink una estrofa especial para el congreso:

*Aquí venimos los que vivimos
en Zenith, la gran ciudad.
Por nuestra cuenta corre
la venta de toda propiedad.*

Babbitt se sintió arrastrado por un patriotismo histórico. Se subió a un banco y gritó a la muchedumbre:

—¿Qué le pasa a Zenith?

—¡Nada, está muy bien!

—¿Cuál es la mejor ciudad de los Estados Unidos?

—¡¡Zeeeeeenith!!

Las pobres personas que esperaban pacientemente el tren de medianoche miraban con asombro la escena: mujeres italianas con mantón, viejos cansados con zapatos rotos, jóvenes viajeros errabundos con trajes que habían sido flamantes cuando nuevos, pero que estaban ahora desteñidos y arrugados.

Babbitt se dio cuenta de que como delegado oficial debía ponerse más serio. Con Wing y Rogers paseaba de arriba abajo por el andén, a lo largo de los vagones. Camionetas cargadas de baúles y mozos con maletas pasaban disparados, produciendo un agradable efecto de actividad. Los arcos voltaicos resplandecían y parpadeaban en lo alto. Los lustrosos coches cama amarillos orillaban de un modo imponente. Babbitt, sacando el abdomen y dando a su voz un tono de gravedad y mesura, declaró:

—Hay que procurar que el congreso pare los pies a la legislatura en esta cuestión de imponer contribuciones sobre los traspasos.

Wing emitió gruñidos de aprobación y Babbitt se hinchó, se esponjó; no cabía en su chaleco.

La cortina de un departamento reservado estaba levantada y Babbitt vio por la ventanilla un mundo poco familiar. La ocupante del reservado era una mujer bonita, Lucile McKelvey, la esposa del contratista millonario. ¡Quizá, pensó Babbitt con viva emoción, iba a Europa! En el asiento de al lado había un ramo de orquídeas y violetas, y un libro amarillo, en rústica, que parecía extranjero. Mientras él curioseaba, la señora de McKelvey cogió el libro, y luego se puso a mirar por la ventanilla como si estuviera aburrída. Le había mirado de frente, y estaban presentados, pero ella como si no. Bajó lánguidamente la cortinilla y él se quedó parado, con una fría sensación de insignificancia en su corazón.

Pero en el tren recobró su aplomo al encontrarse con delegados de Sparta, Pioneer y otras pequeñas ciudades del estado, que le escuchaban respetuosamente cuando, como un «magnífico» de la metrópoli de Zenith, habló de política y explicó el valor de una Buena Administración Práctica. Pronto se pusieron a hablar de negocios, la más pura y más arrebatadora forma de conversación.

—¿Cómo salió el Rountree ese con aquel gran hotel que iba a establecer? ¿Qué hizo? ¿Emitir obligaciones para sacar fondos? —preguntó un negociante de Sparta.

—Le diré a usted —respondió Babbitt—. Si hubiera sido yo...

—Conque —explicaba Elbert Wing— alquilé el escaparate por una semana, colgué un gran rótulo: «Pintoresco Pueblecillo Para Pequeñuelos», y puse allí una porción de casas de muñecas y unos cuantos arbolitos, y abajo: «Estas casitas de juguete hacen las delicias del pequeño, pero papá y mamá prefieren nuestros hermosos *bungalows*», y la gente, ¿sabe usted?, empezó a hablar, y la primera semana vendimos...

Los *trucks* cantaban tiquití, tiquití, al pasar el tren por el distrito de las fábricas. Las fornallas arrojaban llamas, y los martillos pilones resonaban estrepitosamente. Luces rojas, luces verdes, luces blancas, pasaban vertiginosamente, y Babbitt se

sentía de nuevo importante y lleno de ansiedad.

Mandó que le plancharan el traje en el tren, cosa que le produjo cierta voluptuosidad. Por la mañana, media hora antes de llegar a Monarch, el mozo se acercó a la litera y murmuró:

—Hay un reservado vacante, señor. He dejado allí su traje. Babbitt se puso sobre el pijama un gabán de entretiempo y, deslizándose entre la doble fila de cortinas verdes, entró en la gloria de su primer reservado. El mozo se figuró que Babbitt estaba acostumbrado a tener ayuda de cámara. Sostuvo las perneras del pantalón, para que Babbitt no lo manchara al ponérselo, llenó de agua el lavabo, y esperó con la toalla en la mano.

Era un lujo tener un lavabo particular. Tanto como le gustaba el fumadero de noche, Babbitt lo odiaba por la mañana, cuando estaba lleno de hombres gordos con camisetas de punto, cuando de cada percha colgaba una camisa arrugada, cuando el asiento de cuero estaba lleno de necesers deslucidos, y el aire tan saturado de olor a jabón y a dentífricos que daba náuseas. A Babbitt, generalmente, no le importaba gran cosa tener que rozarse con los demás, pero ahora gozaba en su aislamiento, y respiraba felicidad al darle al negro una propina de dólar y medio.

Abrigaba ciertas esperanzas de que se fijaran en él cuando, con su traje recién planchado y seguido por el atento mozo que llevaba su maleta, se apeó en la estación de Monarch.

Tenía que compartir un cuarto del hotel Sedgwick con W. Rogers, aquel astuto y rústico negociante en tierras de labranza. Tomaron juntos un espléndido desayuno con café servido no en exiguas tazas sino en grandes cafeteras. Babbitt se sintió expansivo y le habló a Rogers del arte de escribir; le dio a un botones veinticinco centavos por que le llevara un periódico, y mandó a Tinka una postal: «Papá quisiera que estuvieras aquí para que la corrieras con él».

Las reuniones del congreso se celebraban en el salón de baile de la Alien House. En una antesala se había situado el despacho del presidente del comité ejecutivo. Era el hombre más ocupado del congreso, tan ocupado que nunca hacía nada. Sentado ante una mesa de taracea, en medio de un revoltijo de papeles arrugados, pasaba el día entero recibiendo visitas de cabilderos y de oradores que querían llevar la batuta en todos los debates. Él respondía a todos vagamente: «Sí, sí, es una buena idea; se hará», y al instante se olvidaba de ello, encendía un cigarro y lo olvidaba también, mientras el teléfono repiqueteaba furiosamente, y a su alrededor varias voces suplicaban: «Señor presidente... Señor presidente», sin penetrar su sordera.

En la sala de exposiciones había planos de las nuevas barriadas de Sparta, fotografías del nuevo capitolio de Galop de Vache y enormes mazorcas de maíz con este rótulo: *Oro natural de Shelby, jardín del país de Dios*.

El verdadero congreso lo formaban los grupos que murmuraban secretamente en los cuartos del hotel o en el vestíbulo, entre la multitud cargada de insignias, pero había algunas reuniones públicas para cubrir las apariencias.

La primera se abrió con un discurso de bienvenida pronunciado por el alcalde de Monarch. El pastor de la First Christian Church de Monarch, un hombrón que lucía un largo mechón de pelo húmedo sobre la frente, informó a Dios que los congresistas se encontraban allí.

El venerable Comandante Carlton Tuke, corredor de casas, leyó una disertación en la cual denunciaba a las cooperativas. William A. Larkin, de Eureka, hizo un optimista vaticinio sobre «El Fomento de Construcciones», y recordó al auditorio que los precios del vidrio cilindrado habían bajado dos enteros.

El congreso había empezado. Los delegados eran tenaz y continuamente festejados. La Cámara de Comercio de Monarch les dio un banquete, y la Asociación de Fabricantes una recepción en la cual cada una de las señoras fue obsequiada con un crisantemo y cada uno de los señores con una cartera que lucía este rótulo: «De Monarch, el Mayor Mercado de Motores».

La señora de Crosby Knowlton, esposa del fabricante de automóviles Fleetwing, abrió las puertas de su celebrado jardín italiano y dio un té. Seiscientos corredores de casas, acompañados por sus mujeres, se contoneaban por los senderos otoñales. Quizá trescientos de ellos permanecían modestamente callados. Los restantes trescientos decían: «Esto es una preciosidad, ¿eh?», arrancaban a hurtadillas los últimos ásteres y se los escondían en los bolsillos; luego trataban de acercarse a la señora de Knowlton para estrechar su bella mano. Sin que nadie se lo rogara, los delegados de Zenith (excepto Rountree) formaron corro en torno a una ninfa de mármol y cantaron: «Aquí venimos los que vivimos en Zenith, gran ciudad».

Dio la casualidad de que todos los delegados de Pioneer pertenecían a la Benévola y Protectora Orden de los Alces, y sacaron un enorme estandarte con esta

inscripción: *B. P. O. A.*^[27] —*Brillante Porvenir Os Aguarda*— *Biba Pioneer*. ¡*Oh Albert!* No era Galop de Vache, la capital del estado, cosa de despreciar. El jefe de la delegación de Galop de Vache era un hombre grandullón, rojizo, redondo, pero activo. Se quitó la chaqueta, tiró al suelo su ancho flexible negro, se arremangó la camisa, se encaramó sobre el reloj de sol, escupió y mugió:

—Nosotros diremos a todo el mundo, y a la señora que nos obsequia esta tarde, que el mejor pueblo del estado es Galop de Vache. Ustedes pueden hablar todo lo que quieran de su progreso, pero han de saber que en Galop la proporción de familias que viven en casa propia es mayor que en ninguna otra ciudad del estado; y cuando la gente vive en casas de su propiedad, no arman huelgas y crían chicos en vez de criar perturbaciones ¡Galop de Vache! ¡La ciudad de la familia! ¡La ciudad que se los come crudos! Nosotros diremos a todo el mundo...

Los invitados fueron saliendo. El jardín quedó en calma. Pero la señora de Crosby Knowlton suspiraba mirando un banco de mármol que el sol de Amalfi había calentado durante quinientos años. En la cara de una esfinge alada que lo sostenía alguien había pintado con lápiz un bigote. Entre las margaritas sanmiguelenas se veían servilletas de papel arrugadas. En el paseo, yacían los pétalos de las últimas rosas. Colillas de cigarrillos flotaban en el estanque dejando una mancha en el agua al deshacerse, y bajo el banco de mármol había una taza rota cuyos fragmentos habían sido cuidadosamente amontonados.

Al volver al hotel, Babbitt iba reflexionando en el auto: «Myra hubiera gozado mucho con toda esta vida social». Él no le daba tanta importancia al *garden party* como a las excursiones que la Cámara de Comercio de Monarch había preparado. Visitó infatigablemente las estaciones suburbanas de tranvías, los depósitos de agua y las tenerías. Devoró las estadísticas que le dieron y dijo maravillado a su compañero de cuarto, W. A. Rogers:

—Claro que esta ciudad no le hace sombra a Zenith; no tiene el porvenir ni la riqueza natural que nosotros; pero ¿sabía usted (yo no lo supe hasta hoy) que el año pasado manufacturaron setecientos sesenta y tres millones de tablones? ¡Qué le parece a usted eso!

Se fue poniendo nervioso conforme se acercaba la hora de leer su disertación. Cuando subió a la tarima ante el numeroso auditorio, temblaba y no veía más que una neblina púrpura. Pero lo tomó en serio, y cuando concluyó su lectura, habló, las manos en los bolsillos, la cara como un disco brillante, como una bandeja puesta de canto a la luz de una lámpara. Los congresistas gritaron «¡Ahí le duele!», y en la discusión posterior se refirieron con solemnidad a «nuestro amigo, George F. Babbitt». En quince minutos, el insignificante delegado se había convertido en un personaje casi tan conocido como aquel diplomático de los negocios, Cecil Rountree. Después de la sesión, delegados de todas partes se acercaban a él y le preguntaban: «¿Qué hay, amigo Babbitt?». Dieciséis ilustres desconocidos le llamaron «George», y tres señores le llevaron a un rincón para decirle en secreto: «Me complace mucho que haya tenido usted el valor de subir a la plataforma y dar un buen empuje a la Profesión. Ahora bien; yo siempre he sostenido...».

A la mañana siguiente, Babbitt pidió en el quiosco del hotel los periódicos de Zenith. *The Press* no traía nada, pero el *Advocate Times*, en tercera plana... Se le cortó la respiración. Habían publicado su retrato y una reseña de media columna. El título era *Sensación en el Congreso Anual de Corredores de Casas. G. F. Babbitt, prominente vecino de Zenith, da la nota fundamental en un admirable discurso.*

—Supongo —murmuró reverentemente—, que ahora ciertos vecinos de Floral Heights tomarán noticia y prestarán un poco de atención a George Babbitt.

Era la última reunión. Los delegados exponían sus pretensiones. Todos querían que el congreso del año siguiente se celebrara en la ciudad que representaban. Los oradores anunciaban que «Galop de Vache, la capital, con su Kremer College y su Fábrica de Géneros de Punto, era el centro reconocido de la cultura y del progreso»; y que «Hamburg, la Pequeña Gran Ciudad, donde cada hombre es un camarada y cada mujer una angelical ama de casa, os abrirá de par en par sus hospitalarias puertas».

La del salón de baile se abrió en medio de estas tímidas invitaciones, y al son de formidables trompetazos, irrumpió una cabalgata formada por los delegados de Zenith vestidos de *cow-boys*, de caballistas, de prestidigitadores japoneses. A la cabeza iba Warren Whitby, con el morrión y la casaca roja de tambor mayor. Tras él, vestido de clown, golpeando un bombo y alborotando mucho, marchaba Babbitt.

Warren Whitby subió de un salto a la plataforma, lució sus habilidades golpeando la batuta, y dijo:

—Respetable público, ha llegado el momento de abordar seriamente la cuestión. Todo zenithita puro, siente un gran amor por el prójimo, pero hemos decidido arrebatar este congreso a nuestras ciudades vecinas, del mismo modo que les hemos arrebatao la industria de leche condensada y la industria de cajas de cartón y...

J. Harry Barmill, el presidente del congreso, tomó la palabra para insinuar:

—Le estamos muy agradecidos, señor, pero ahora hay que dejar a los otros que hagan sus ofertas. Una voz de sirena bramó:

—En Eureka prometemos excursiones gratis por la más hermosa campiña...

Dando palmadas y corriendo por entre las butacas, un hombrecillo calvo gritó:

—¡Yo soy de Sparta! ¡Nuestra Cámara de Comercio me ha telegrafiado que ha aportado ocho mil dólares, en dinero contante y sonante, para las fiestas del congreso!

Un señor de aspecto clerical rugió, dominando el griterío:

—¡El dinero habla! ¡Propongo que aceptemos la oferta de Sparta!

Se aceptó.

El Comité de Acuerdos estaba haciendo su informe. Dijeron que pues Dios Todopoderoso, en su infinita clemencia, se había dignado subir a una esfera de mayor utilidad a treinta y seis colegas el año pasado, el congreso reunido deseaba expresar su sentimiento porque Dios lo hubiera hecho, y el secretario debería ser y había sido informado de que extendiera estas resoluciones en las actas, y que para consuelo de las atribuladas familias enviaran a cada una de ellas una copia.

La segunda resolución autorizaba al presidente de la A. J. B. R. a gastar quince mil dólares en «trabajar» a la Legislatura del Estado para conseguir una rebaja en las contribuciones. Antes de tomar esta resolución hubo mucho que decir acerca de las Amenazas al Honrado Comercio y acerca de la urgencia de dejar libre de obstáculos el Camino del Progreso.

El Comité de los Comités hizo también su informe, y con reverente pavor Babbitt oyó que había sido nombrado miembro del Comité de Títulos Torrens.

—¡Ya decía yo —exclamó alborozado— que este iba a ser el gran año! Vaya, Georgie, grandes cosas te esperan. Tienes dotes de orador y eres hombre sociable y... ¡la órdiga!

No se había preparado festejo ninguno para la última noche. Babbitt proyectaba volverse a su casa, pero aquella tarde los Jered Sassburger, de Pioneer, propusieron que Babbitt y W. A. Rogers tomaran el té con ellos en la Catalpa Inn.

Los téns no eran desconocidos para Babbitt (su mujer y él iban a los téns por lo menos dos veces al año), pero eran lo bastante exóticos para que le hicieran sentirse importante. En una mesa del Art Room, decorado con conejos pintados, divisas grabadas en corteza de abedul y camareras «artísticamente» vestidas de holandesas, comió unos miserables bocadillos de lechuga, y bromeó de lo lindo con la señora de Sassburger, que por sus ojos rasgados y su tiesura parecía un maniquí. Sassburger y él se habían conocido dos días antes de modo que ya se llamaban Georgie y Sassy.

—Oigan, antes que se vayan, en vista de que esta es la última ocasión, han de saber ustedes que *tengo eso* arriba, en mi cuarto, y que aquí Miriam es la mejor mezcladora de los *Stati* Unidos, como decimos los italianos.

Haciendo muchos aspavientos, Babbitt y Rogers subieron al cuarto de los Sassburger.

—¡Uy, perdonen ustedes! —chilló la señora de Sassburger cuando vio que había dejado sobre la cama una camisa de crespón color lila.

La metió a toda prisa en un saquito de mano mientras Babbitt decía conteniendo la risa:

—No se preocupe usted; nosotros somos un par de pícaros.

Sassburger pidió hielo por teléfono, y el botones que lo trajo dijo prosaica y espontáneamente:

—¿Vasos largos o copas de cóctel?

Miriam Sassburger mezcló los cócteles en una de esas fúnebres jarras blancas que sólo existen en los hoteles. Cuando acabaron la primera ronda, probó que aunque era una mujer conocía perfectamente el arte de beber cócteles, cuando dijo:

—¿Se atreven con otro?... Les corresponde a ustedes un dividendo.

Cuando salieron, Babbitt propuso a Rogers:

—Oiga usted, W. A., se me ocurre que no sería malo olvidarnos de nuestras ausentes esposas y quedarnos en Monarch a correrla un poco; ¿eh, tunantón?

—George, habla usted con la lengua de la sabiduría y de la sagaciteriferosidad. La mujer de El Wing se ha ido ya a Pittsburg. Vamos a ver si le pescamos.

A las siete y media estaban sentados en su cuarto con El Wing y otros dos delegados. Se habían quitado la chaqueta y tenían los chalecos desabrochados y las caras rojas. Sus voces eran enfáticas. Estaban terminando una botella de *whisky* corrosivo y suplicaban al botones: «Oye, ¿puedes proporcionarnos un poco más de este fluido?». Fumaban largos cigarros y tiraban la ceniza y las colillas en la alfombra. Contaban cuentos verdes con grandes carcajadas. Eran, en una palabra, hombres en el feliz estado de la naturaleza.

—No sé qué pensarán ustedes, buenas piezas, pero a mí me gusta una jueguita de cuando en cuando, y subirme un par de montañas, y trepar al Polo Norte, y pasearme tremolando la aurora boreal.

El de Sparta, un joven grave y violento murmuró:

—Señores yo me creo tan buen marido como el que más, pero ¡Dios!, estoy cansado de meterme en casa todas las noches, y no poder ver más que el cine... Por eso hago la instrucción con la Guardia Nacional. Supongo que tengo la mujer más bonita del pueblo, pero... ¿Saben ustedes lo que yo quería ser de pequeño? Quería ser un gran químico. Sí, señores, eso es lo que yo quería ser. Pero mi padre me mandó a vender cacharros de cocina y aquí me tienen estancado... Estancado para toda la vida... ¡No hay esperanza! Oh, ¿quién demonios ha empezado esta conversación tan fúnebre? ¿Qué, echamos otro trago?

—Sí. Fuera tristezas —dijo W. A. Rogers genialmente—. Ustedes saben que yo soy el que hace las coplas en mi pueblo. ¡Vamos...! ¡A cantar!

Dijo el viejo Obadías al joven Obadías:

«Seco soy, Obadías, seco soy».

Y el joven Obadías dijo al viejo Obadías:

«También yo, Obadías, también yo».

Cenaron en el comedor morisco del hotel Sedgwick. Sin saber cómo ni dónde, se les habían agregado otros dos camaradas: un fabricante de papel matamoscas y un dentista. Bebieron todos *whisky* en tazas de té. Estaban de buen humor y ninguno escuchaba lo que los otros decían, excepto cuando W. A. Rogers tomó el pelo al camarero italiano:

—Oye, Gusepy —dijo inocentemente—. Yo quiero un par de orejas de elefante fritas.

—Lo siento, señor, no tenemos.

—¿Cómo? ¿No hay orejas de elefante? ¡Qué te parece! —Y volviéndose a Babbitt añadió—: Petro dice que se han acabado las orejas de elefante.

—¡Hombre, qué contrariedad! —dijo el joven de Sparta, conteniendo difícilmente la risa.

—Bueno, en ese caso, Cario, tráigame un bistec grandecito con dos celemines de patatas fritas y guisantes —continuó Rogers—. Supongo que allá en la vieja y soleada Italia, los italianos comerán guisantes en lata.

—No, señor, tenemos muy buenos guisantes en Italia.

—¿Ah, sí? ¿Ha oído usted, George? ¡En Italia tienen guisantes frescos! Todos los días se aprende algo nuevo; ¿verdad, Antonio? Todos los días se aprende algo nuevo. Muy bien, Garibaldi, tráigame usted ese bistec con dos resmas de patatas fritas en la cubierta de paseo, ¿*comprenez-vous, Michelovitch Angeloni?*

Después, Elbert Wing exclamó con admiración:

—¡Ja, ja, le ha dejado usted atontado, W. A.! ¡El pobre no entendía ni jota!

En el *Monarch Herald*, Babbitt encontró un anuncio que leyó en alta voz entre risas y aplausos:

Viejo Teatro Colonial

Muévanse y vengan a ver LAS NIÑAS TRAVIESAS

Bonita Bandada de Bellas Bañistas.

Pete Menutti y sus ¡Uy, qué nenas!

El disloque: jamás ha caído en esta población un racimo de mujeres tan impresionante como las Niñas Traviesas. No lo piense usted más, tome la entrada y enfoque bien las pupilas. Es la función más impresionante que se ha visto. Sacará usted el 111% de la pasta que se gaste. Las Hermanas Calroza son dos gachís que quitan la cabeza. Con Jack Silbersteen, un gracioso saladísimo, se desternillará usted de risa. ¡Y hay que ver cómo taconeán Jackson y West! Son el 1 y el 2. Provin y Adams le harán olvidar sus penas con el descacharrante número «¡Adiós, tú!». Vale la pena, caballeros. Se lo dice un servidor.

—El anuncio promete. ¡Vamos allá todos! —dijo Babbitt.

Pero retardaron la salida lo más que pudieron. Estaban seguros allí sentados, con las piernas fuertemente cruzadas bajo la mesa, pero se sentían vacilantes; tenían miedo de aventurarse por el resbaladizo suelo del comedor a la vista de los otros huéspedes y de los camareros demasiado mirones.

Al fin se lanzaron, tropezando al salir con las mesas. En el guardarropa trataron de cubrir su turbación riendo jovialmente. Cuando la chica les alargó los sombreros, le sonrieron con la esperanza de que ella, juez experto e imparcial, comprendiera que eran caballeros.

—¿De quién es esta porquería de güito?

—Tú aprópiate uno bueno, George; yo me quedo con lo que sobre.

Y a la chica del guardarropa le dijeron tartamudeando:

—Véngase usted con nosotros, preciosa. Nos pensamos divertir en grande.

Todos trataron a un tiempo de darle una propina.

—¡No! ¡Espere! ¡Yo tengo! En total le dejaron tres dólares.

Sentados en un palco del teatro, los pies sobre la barandilla, fumaban ostentosamente largos cigarros, mientras en el escenario un coro de veinte venerables ancianas, pintarrajeadas, lamentables, ejecutaban las más elementales evoluciones, y un cómico judío se burlaba de los judíos. En los entreactos se encontraron con otros delegados que estaban solos. Diez o doce de ellos fueron juntos a un *cabaret* adornado con flores de papel, un local bajo de techo y maloliente, un establo mal cuidado.

Allí el *whisky* se servía descaradamente en vasos. Dos o tres horteras, que en los días de paga querían pasar por millonarios, bailaban tímidamente con telefonistas y manicuras en el estrecho espacio que dejaban las mesas. Los dos profesionales giraban vertiginosamente, él pulcramente vestido de etiqueta, y la chica de seda esmeralda, con una melena flotante que parecía de llamas. Babbitt trató de bailar con ella. Demasiado voluminoso para dejarse guiar, arrastraba los pies sin hacer caso de la música, y se hubiera caído de no haberle sostenido su pareja. El alcohol de la era de la prohibición le había dejado ciego y sordo; no podía ver las mesas ni las caras. Pero se sentía subyugado por la muchacha, por el calor de su cuerpo flexible.

Cuando ella le devolvió a su grupo, Babbitt, por una inexplicable asociación de ideas, recordó que su madre era escocesa, y echando la cabeza atrás, los ojos cerrados y la boca abierta, cantó como en éxtasis, muy lentamente y a toda voz, «Loch Lomond».

Pero aquí acabó su dulce y alegre camaradería. El joven de Sparta dijo que era un «cantante pésimo», y durante diez minutos Babbitt disputó con él, con una indignación tan heroica como estruendosa. Siguieron pidiendo más bebidas hasta que el gerente se empeñó en cerrar el local. Mientras tanto, Babbitt sentía un deseo irrefrenable de diversiones más brutales. Cuando W. A. Rogers propuso: «¿Qué, vamos a ver a las chicas?», dio salvajes gritos de aprobación. Antes de salir, tres de ellos se dieron cita en secreto con la bailarina profesional, que contestó: «Sí, rico, desde luego» a todo lo que le dijeron, y amablemente los olvidó.

Cruzaron en automóvil los arrabales de Monarch, calles con casitas de madera para obreros, tan desprovistas de carácter como celdas, barrios industriales que de noche parecían vastos y peligrosos. Conforme se acercaban a los distritos de mala fama, a los violentos pianos automáticos, a las mujeres rechonchas y sonrientes, Babbitt sentía miedo. Quería saltar del taxi, pero todo su cuerpo ardía, y murmuró: «Ya no es posible volverse atrás», sabiendo que no quería volverse atrás.

Ocurrió en el camino un incidente humorístico. Cierta congresista de Minnemagantic dijo:

—En Monarch se puede uno divertir un rato más que en Zenith. Ustedes, en Zenith, no tienen sitios cómo estos.

—¡Mentira! —dijo Babbitt—. En Zenith hay de todo. Nosotros tenemos, créanme

ustedes, más casas y más tareas y más burdeles que ningún pueblo del estado.

Se dio cuenta de que los otros se reían de él; quería pegarse; y se olvidó de ello haciendo unos tristes experimentos que no había practicado desde sus tiempos de estudiante.

Por la mañana, cuando volvió a Zenith, sus ansias de rebelión estaban parcialmente satisfechas. Había retrocedido a una alegría que le avergonzaba. Estaba irritado. No sonrió cuando W. A. Rogers dijo, en tono de queja:

—¡Oh, qué cabeza! Me siento malo, peor que malo. ¡Ah, ya sé lo que ha pasado! Alguien fue y echó alcohol en mi *whisky* anoche.

De la excursión de Babbitt no se enteró nunca su familia ni nadie en Zenith, excepto Rogers y Wing. Ni siquiera fue oficialmente reconocida por él mismo. Si tuvo alguna consecuencia, no se sabe.

CAPÍTULO XIV

1

Aquel otoño, un tal W. G. Harding, de Marión, Ohio, fue elegido presidente de los Estados Unidos, pero Zenith se interesaba menos por la campaña nacional que por las elecciones locales. Séneca Doane, aunque abogado por la universidad estatal, era candidato para alcalde de Zenith en una alarmante candidatura laborista. Para oponérsele, los demócratas y los republicanos se unieron, apoyando a Lucas Prout, un fabricante de colchones que tenía un perfecto récord de sentido común. Mr. Prout contaba con el apoyo de los bancos, de la Cámara de Comercio, de todos los periódicos decentes y de George F. Babbitt.

Babbitt era el cacique de Floral Heights, pero aquella barriada estaba segura y él quería lucha. Su discurso le había dado cierta reputación de orador, de modo que el Comité central republicano-demócrata le envió al distrito séptimo y a South Zenith para que dirigiese la palabra a pequeños auditorios de obreros, dependientes de comercio y mujeres, muy inquietas estas últimas con su recién adquirido derecho a votar. Cobró una fama que duró semanas. De cuando en cuando, se presentaba un reportero en los mítines, y los titulares (aunque no muy grandes) indicaban que George F. Babbitt había entusiasmado al público, y que el distinguido hombre de negocios había señalado las falacias de Doane. Una vez, en las páginas de huecograbado del *Advocate Times*, edición del domingo, salió una fotografía de Babbitt con otros doce negociantes, encabezada por este título: *Líderes del Comercio de esta Ciudad que apoyan a Prout*.

Merecía su gloria. Era un excelente propagandista; tenía fe. Estaba convencido de que si Lincoln viviera, buscaría votos para Mr. W. G. Harding, a menos que acudiera a Zenith y apoyara a Lucas Prout. No confundía al auditorio con estúpidas sutilezas: Prout representaba la industria honrada; Séneca Doane representaba la indolencia, de modo que la elección no era dudosa. Con sus anchos hombros, y su voz vigorosa, era evidentemente un Good Fellow; y lo más raro es que amaba de veras al pueblo. Casi, casi, hasta a los mismos obreros. Deseaba sinceramente que tuvieran buenos jornales y que pudieran pagar alquileres altos... aunque, claro está, no debían estorbar las razonables ganancias de los accionistas. Así que, privilegiadamente dotado y engallado por haber descubierto sus disposiciones oratorias, era muy popular y continuó su campaña, famoso no sólo en los distritos séptimo y octavo, sino hasta en algunos sitios del decimosexto.

Como sardinas en banasta subían en su coche hacia Turnverein Hall: Babbitt, su mujer, Verona, Ted, Paul y Zilla. El local estaba en una calle bulliciosa y llena de tranvías, que olía a cebolla, a gasolina y a pescado frito. Todos sentían un gran respeto por Babbitt, todos, incluso Babbitt.

—No sé cómo puedes resistir hablando en tres sitios cada noche. Ya quisiera yo tener tus fuerzas —dijo Paul.

Y Ted a Verona:

—¡La verdad es que papá sabe dársela con queso a estos fulanos!

En las anchas escaleras del vestíbulo ganduleaban hombres con camisas de satén negro, las caras recién lavadas pero con señales de mugre bajo los ojos. Babbitt y los suyos se abrieron paso entre ellos cortésmente, y entraron en el blanqueado local, en cuyo testero había un trono de felpa roja y un altar de pinos pintado de azul, como el que usan cada noche los Máximos Potentados y los Jefes Supremos de innumerables logias. El vestíbulo estaba lleno. Cuando Babbitt se abrió paso entre los grupos estacionados al fondo, oyó voces que exclamaban «¡Es él!», el más precioso elogio que se puede tributar. El presidente, corriendo por entre las butacas, preguntó en tono solemne:

—¿El orador? ¡Todo está listo! Espere... ¿Usted se llama?

Luego, la elocuencia de Babbitt se desbordó:

—Señoras y señores del distrito decimosexto, hay un hombre que puede honrarnos con su presencia esta noche: el político más fiel que pisa la arena. Me refiero a nuestro dirigente, el honorable Lucas Prout, portaestandarte de la ciudad y condado de Zenith. Puesto que no está él aquí, confío en que seréis indulgentes conmigo si, como amigo y vecino, como quien se enorgullece de compartir con vosotros la gloria común de residir en la gran ciudad de Zenith, os digo con todo el candor, honradez y sinceridad posibles, lo que de las consecuencias de esta crítica campaña piensa un simple hombre de negocios, un hombre que, criado en la bendición de la pobreza y del trabajo manual, no ha olvidado nunca, ni cuando el destino le condenó a la vida sedentaria, lo que es levantarse a las cinco y media de la mañana para estar en la fábrica, con su fiambarrera en la mano a las siete en punto, eso si al dueño no se le ocurría robarnos diez minutos tocando la sirena antes. (Risas). Viniendo ahora a la cuestión básica y fundamental de esta campaña, el gran error, malévolamente propalado por Séneca Doane...

Hubo proletarios que rieron (jóvenes cínicos, en su mayoría extranjeros, judíos, suecos, irlandeses, italianos), pero los hombres maduros, los pacientes, descoloridos y encorvados carpinteros y mecánicos, le vitorearon; y cuando llegó el momento de colocar su anécdota de Lincoln, los ojos estaban húmedos.

Modesta, apresuradamente, salió del vestíbulo entre deliciosos aplausos, y montó en su coche para acudir al tercer mitin de la noche.

—Coge tú el volante, Ted —dijo—. Estoy agotado de tanto discursar. ¿Qué te ha parecido, Paul? ¿Me he hecho con ellos o no?

—¡Formidable! ¡Colosal! Has estado amenísimo.

—¡Oh, admirable! —corroboró la señora de Babbitt con veneración—. Tan claro y tan interesante. ¡Y qué ideas! Hasta que no te oigo un discurso no me doy cuenta de la profundidad de tus pensamientos y del maravilloso vocabulario que posees. ¡Espléndido, espléndido!

Pero Verona estaba irritante.

—Papá —dijo—, ¿cómo sabes tú que la propiedad pública y otras cosas por el estilo serán siempre un fracaso?

—Roña —reprendió la señora de Babbitt—, deberías comprender que estando tu padre tan cansado de hablar no va a ponerse ahora a explicar esas complicadas cuestiones. Estoy segura de que cuando descansa lo hará con gusto. Conque a ver si callamos mientras papá se dispone para el otro discurso. ¡Figuraos! ¡En este momento estará el público entrando en el Maccabee Temple y *esperándonos!*

3

Mr. Lucas Prout y el Honrado Negocio derrotaron a Mr. Séneca Doane y a la Clase Trabajadora. Zenith se salvó otra vez. A Babbitt le ofrecieron varias credenciales de menor importancia para que las distribuyera entre los parientes necesitados, pero él prefirió que le dieran por bajo cuerda algunos informes acerca de la pavimentación de carreteras, y una administración agradecida se los facilitó inmediatamente. Además, él fue uno de los diecinueve únicos oradores en la comida con que la Cámara de Comercio celebró el triunfo de la rectitud.

Establecida su reputación de orador, pronunció el discurso anual en el banquete de la Junta de Bienes Raíces de Zenith. El *Advocate Times* publicó de este discurso una reseña de inusitada longitud:

Uno de los banquetes más animados que se han dado recientemente ha sido el de la Junta de Bienes Raíces, celebrado anoche en el Salón Veneciano de la O'Hearn House. El anfitrión Gil O'Hearn había echado el resto como de costumbre, y los allí reunidos se regalaron con una procesión de platos que sólo se ven, si acaso, en los festines de Nueva York, y regaron la opípara comida con la bebida que inspira y no embriaga, con la sidra de la finca de Chandler Mott, presidente de la junta, que estuvo tan ingenioso y tan activo como siempre.

Como Mr. Mott tenía la garganta algo irritada, G. F. Babbitt habló en su lugar. Además de bosquejar a grandes rasgos el progreso de los títulos Torrens, Mr. Babbitt dijo, entre otras cosas, lo siguiente [28]:

»Al levantarme para dirigir la palabra a ustedes, con mi improvisación cuidadosamente guardada en el bolsillo del chaleco, recuerdo el cuento de los irlandeses, Mike y Pat, que viajaban en un coche cama. Los dos eran, olvidaba decirlo, marineros de la Armada. Según parece, a Mike le tocó la litera de abajo y, de cuando en cuando, oía en la de arriba un formidable crujido, y cuando preguntó qué pasaba, Pat contestó: “¿Cómo demonios quieres que duerma? ¡He estado tratando de meterme en la condenada hamaca desde que sonó la campana y no quepo!”. Quería acostarse en la rejilla para las maletas.

»Ahora bien, señores: en presencia de ustedes, yo me siento poco más o menos como Pat, y quizá después de haber perorado un poco me sienta tan pequeño que pueda acostarme en una rejilla sin ningún trabajo.

»Señores, me complace que cada año, en esta fiesta anual donde amigo y enemigo, soltando el hacha de combate, dejan que las olas del compañerismo les mezan sobre las floridas playas de la amistad, me complace, digo, que nos reunamos aquí, ciudadanos de la mejor ciudad del mundo, a considerar en qué situación nos encontramos respecto de nosotros mismos y del público bienestar.

»En verdad que a pesar de nuestros 361 000, en realidad 362 000

habitantes, hay, según el último censo, una veintena de ciudades más grandes en los Estados Unidos. Pero, señores, si en el próximo censo no nos plantamos por lo menos en el décimo lugar, entonces yo seré el primero en pedir a cualquier detractor que me dé de palos. Ciertamente que Nueva York, Chicago y Filadelfia seguirán llevándonos ventaja en tamaño. Pero fuera de estas tres ciudades, tan excesivamente desarrolladas que ningún hombre, decente, nadie que ame a su mujer y a sus hijos, nadie que admire la naturaleza, nadie que conozca el placer de estrechar la mano de su vecino, quisiera vivir en ellas (y aquí mismo les diré a ustedes que yo no cambiaría una de las barriadas elegantes de Zenith por Broadway con toda su longitud y toda su anchura)... Aparte de esas tres, digo, es evidente para todo el que tenga la cabeza en su sitio que Zenith es el más bello ejemplo de la vida y de la prosperidad de América que puede encontrarse.

»No quiero decir que seamos perfectos. Nos queda aún mucho que hacer en cuanto a pavimentación de bulevares, porque, créanme ustedes, es el individuo que gana de cuatro mil a diez mil dólares anuales, el individuo que puede comprar a su familia un automóvil y una casita en las afueras de la ciudad, el que hace girar las ruedas del progreso.

»Ése es el tipo de hombre que impera en los Estados Unidos hoy día; de hecho, es el tipo ideal para el mundo entero, si es que este viejo planeta aspira a un porvenir decente, próspero y cristiano. Yo, de cuando en cuando, me pongo a pensar en este Fuerte Ciudadano Americano con enorme satisfacción. «Nuestro Ciudadano Ideal... lo imagino, ante todo, como un hombre de muchos quehaceres, que no pierde el tiempo pensando en las musarañas o andando de aquí para allá en té y reuniones o metiéndose en asuntos ajenos, sino que pone todas sus energías en una tienda, en una profesión o en un arte. Por la noche enciende un buen cigarro, monta en su auto, maldice un poco al carburador, y se va a casita. Corta el césped o se ejercita en el golf, y luego a cenar. Después les cuenta un cuento a los chicos o va al cine con toda la familia, o echa una partidita de bridge, o lee el periódico de la noche, y un capítulo o dos de una novela policíaca, si le gusta la literatura; eso cuando no le visitan los vecinos que viven en la casa de al lado para hablar de los amigos y de los acontecimientos del día. Luego se va a la cama con la conciencia tranquila, después de haber contribuido su poquito a la prosperidad de la ciudad y de su cuenta corriente.

»En política y religión, este Cuerdo Ciudadano es el hombre más sensato del mundo; y en materia de arte tiene invariablemente un gusto natural que siempre le hace escoger lo mejor. En ningún país del globo se encuentran en las paredes de las casas particulares tantas reproducciones de los antiguos pintores como en los Estados Unidos. Ningún país tiene tal número de gramófonos, con discos no sólo de música ligera, sino de las mejores óperas, las de Verdi, por ejemplo, impresionadas por los cantantes que más dinero cobran.

»En otros países, tanto el arte como la literatura son sólo para bohemios andrajosos que viven en buhardillas y se alimentan de espaguetis, pero en Norteamérica, no. Ni el literato ni el pintor pueden distinguirse de cualquier otro negociante decente; y yo, por mi parte, estoy muy contento de que el hombre que posee la rara habilidad de sazonar lo que tiene que decir, y que muestra resolución y espíritu para negociar sus efectos literarios, saque sus cincuenta mil dólares al año y pueda tratarse con los magnates del comercio en términos de perfecta igualdad y tener una casa tan grande y un automóvil tan caro como cualquier Capitán de la Industria. Pero no olviden que es el Hombre Vulgar que yo acabo de pintar a ustedes el que, con su aprobación, ha hecho todo esto posible, y por eso es menester concederle igual mérito que a los mismos autores.

»Finalmente, y he aquí lo importante, nuestro Ciudadano Modelo, aun siendo soltero, es amante de la infancia y sostén del hogar, que es y será, ahora y siempre, la base de nuestra civilización, y la cosa que más nos diferencia de las decadentes naciones europeas.

»Yo no he estado aún en Europa (y en realidad no sé si tengo muchas ganas de ir mientras me queden por ver tantas de nuestras grandes ciudades y montañas), pero, por lo que yo me figuro, debe de haber bastantes personas como nosotros en el viejo mundo. Pues a la verdad uno de los más entusiastas notarios que jamás he conocido, se hizo el amo de Escocia, la de los bellos campos que pintó Bobby Burns, cantando nuestra fe en la energía. Pero, al mismo tiempo, una cosa que nos distingue de nuestros colegas de por allá, es que se complacen en escuchar a los periodistas y a los políticos, mientras que el moderno negociante americano sabe arreglárselas por sí mismo, y hacer entender claramente que está determinado a mandar y no a que le manden. No tiene que pedir auxilio a nadie cuando le es necesario responder a los malintencionados críticos de la vida sana y eficiente. No es bobalicón, a la manera del comerciante a la antigua. Tiene vocabulario y decisión.

»Como típico hombre de negocios, quiero decirlos con toda modestia: “¡He aquí nuestro tipo! ¡He aquí las características del Ciudadano Modelo! He aquí la nueva generación de americanos: Hombres de pelo en pecho, con la risa en los labios y la máquina de sumar en la oficina. No es jactancia, pero queremos ser los primeros, y vosotros, los que no estéis conformes, ¡cuidado!...: mejor haríais en buscar refugio antes que la tormenta descargue”.

»Pues bien. Yo, torpemente, desde luego, he tratado de bosquejar al Hombre Cabal, al hombre activo y arrojado. Y es por tener una gran proporción de tales hombres por lo que Zenith resulta la más estable, la más admirable de nuestras ciudades. Nueva York tiene también millares de individuos semejantes, pero, con sus infinitos extranjeros, Nueva York es una ciudad maldita. Como lo son

Chicago y San Francisco. Pero, oh señores, tenemos una dorada lista de ciudades: Detroit y Cleveland con sus renombradas fábricas, Cincinnati con sus manufacturas de herramientas y de jabón, Pittsburg y Birmingham con sus fundiciones de acero, Kansas City y Minneapolis y Omaha que abren sus generosas puertas a un océano de trigales, y otras innumerables ciudades hermanas, pues, según el último censo, existen nada menos que sesenta y ocho ciudades norteamericanas cuya población pasa de los cien mil. Y todas estas ciudades se mantienen unidas contra las ideas extranjeras y contra el comunismo: Atlanta con Hartford, Rochester con Denver, Milwaukee con Indianápolis. Los Ángeles con Scranton, Portland (Estado de Maine) con Portland (Estado de Oregon). Un bullebulle de Baltimore o Seattle o Duluth se siente hermano gemelo de cualquier trafagón de Buffalo o Akron, de Fort Worth o Oskaloosa.

»Pero es aquí, en Zenith, la patria de los hombres viriles y de las mujeres femeninas, donde se halla en proporción mayor número de estos individuos, y por esto Zenith constituye una clase aparte; por eso la Historia recordará nuestra ciudad como iniciadora de una civilización que perdurará cuando los viejos métodos hayan desaparecido para siempre y el sol del trabajo honrado y eficaz alumbre toda la redondez del mundo.

»No pierdo la esperanza de que algún día la gente deje de atribuir todo el mérito a esos basureros europeos, anticuados, apolillados, enmohecidos y viejos, y reconozca el valor del espíritu de Zenith, esa batalladora determinación de tener Éxito, que ha hecho a nuestra ciudad famosa en todos los climas y en todos los países donde las latas de leche condensada y las cajas de cartón son conocidas. Créanme ustedes, el mundo tiene demasiada fe en esas decrepitas naciones que no producen más que limpiabotas, licores y ruinas artísticas, que no tienen un baño para cada cien personas, y que no saben distinguir un libro Mayor de un calendario; y ya es hora de que algún zenithita levante la voz y exija que se pongan las cosas en claro.

»Sí, señores, Zenith y sus ciudades hermanas están creando una nueva civilización. Hay, sin duda, gran semejanza entre Zenith y esas otras villas. ¡Mejor que mejor! La extraordinaria, creciente y sana uniformación de las tiendas, de las oficinas, de las calles, de los hoteles, de los trajes y de los periódicos por todos los Estados Unidos demuestra que nuestro tipo es tan fuerte como perdurable.

»Siempre me gusta recordar una composición que Chum Frink escribió para los periódicos sobre sus giras de conferenciante. Es sin duda familiar para muchos de ustedes, pero, de todos modos, voy a leerla contando con su permiso. Es ya un poema tan clásico como algunos de Kipling o de Ella Wheeler Wilcox, y yo siempre lo llevo en mi cartera:

Cuando de pueblo en pueblo voy, poeta-buhonero que soy, tarareando algún cantar si no hay tabaco que mascar, cuando en liceos y en algún Casino ofrezco al buen tuntún mi surtido de buen humor, cuentos subidos de color, bromas y chistes de astracán, entre tanto pelafustán me siento un hombre superior. Entonces salta Lucifer (viejo y astuto Canciller del Infierno, que en un rincón está esperando la ocasión), sacude el rabo y helo aquí probando mañas contra mí. Me afeita en seco el muy truhán, me deja más solo que un can, y los domingos que no están los amigos alrededor, mi soledad es aún mayor. Y entonces quisiera, ¡pardiez!, no hablar en público otra vez, ni fumar brevas de postín, ni viajar en grande, que al fin mejor estoy en mi lugar, donde puedo siempre almorzar jamón y pisto, ¡no que no!, con quienes saben quién soy yo.

Mas si siento esa murria cruel, me meto en el mejor hotel de la villa, esté donde esté, Saint Paul, Toledo o K. C, en Washington, Schenectady, en Louisville o en Albany. Allí me encuentro siempre igual que en mi amado pueblo natal. Y si a la puerta de ese hotel para viajantes de cartel tengo por fuerza que aguardar frente a algún cine popular, cuando miro a mi alrededor me pregunto con estupor en qué ciudad me encontraré; ¡y vive Dios que no lo sé! Porque la alegre multitud que por la calle, toda luz, circula, viste igual que mis paisanos: todas las gachís lucen idénticas toiles con los mismos sombreros, yes; y ellos patatán patatín, discuten y charlan sin fin, de política, de fútbol y del contrabando de alcohol. ¡La conversación general que se oye en mi pueblo natal!

»“Vaya, vaya”, al punto exclamé, cuando en el tal hotel entré, pues al mirar en derredor vi que allí vendían también revistas, puros de chipén, y bombones de la mejor marca que existe, sí señor. Y era un público tan barbián, tan simpático y tan cortés, el que había en el restorán despachando buenos bistés, que a voces dije: “¡En realidad no he salido de mi ciudad!”. Bien repleto bajé al salón y tomé asiento en un sillón junto a un fulano de bombín y le espeté: “Diga, Martín sus acciones, ¿suben o no?”. Y sin más ni más, él y yo nos enredamos a charlar tranquilamente, como un par de compinches, que si el calor, que si el coche, que si el amor, que si esto y lo de más allá, hasta la muerte amigos ya. Conque si intenta Belcebú jugarte algún bromazo, tú le haces la higa y se acabó, porque en este país, gachó, por mucho que andes no saldrás de tu patria chica jamás.

»Sí, señores, esos otros pueblos son nuestros compañeros de juego en la gran partida del vivir. Pero no caigamos por esto en un error. Yo sostengo que Zenith es el mejor jugador y el que más gana de toda la pandilla. Confío en que me perdonarán si traigo unas estadísticas en apoyo de mis pretensiones. Quizás alguno de ustedes las conoce ya de antiguo, pero las noticias de la prosperidad,

como la buena nueva de la Biblia, no pueden nunca ser aburridas para los oídos de ningún entusiasta, por mucho que se repitan. Toda persona inteligente sabe que Zenith fabrica más leche condensada, más nata en polvo, más cajas de cartón y más accesorios eléctricos que ninguna otra población de los Estados Unidos, si no del mundo entero. Pero no es tan generalmente conocido que también ocupamos el segundo lugar en la manufactura de mantequilla empaquetada, el sexto en el gigantesco dominio de motores y automóviles y el tercero o el cuarto en la fabricación de queso, artículos de cuero, material para techados, productos alimentarios para el desayuno, y zahones para mecánicos.

»Nuestra grandeza, sin embargo, radica no sólo en la prosperidad material, sino también en ese espíritu público, en ese idealismo emprendedor, en esa confraternidad que ha caracterizado a Zenith desde su fundación. Tenemos no el derecho sino el deber de propalar a cuatro vientos las excelencias de nuestra urbe, nuestras escuelas mejor instaladas y mejor ventiladas que las de ninguna otra población sin excepciones, nuestros magníficos hoteles y bancos con sus pinturas y vestíbulos de mármol, y la Segunda Torre Nacional que hace el número dos en altura entre las ciudades del interior. Cuando añado que nadie nos iguala en la pavimentación de calles ni nos supera en baños, aspiradores y demás símbolos de civilización; que nuestra biblioteca y nuestro museo tienen una buena dotación y se hallan instalados en edificios apropiados y espaciosos; que nuestros parques, con sus hermosos paseos adornados con arbustos y estatuas, no tienen rival, entonces, señores, no hago más que dar una ligera idea de la ilimitada grandeza de Zenith.

»Yo soy partidario, sin embargo, de hacer lo bueno mejor. Cuando recuerdo a ustedes que tenemos un automóvil por cada cinco habitantes y siete octavos, les doy una prueba definitiva del progreso y de la capacidad que son sinónimos de Zenith.

»Pero el camino de la virtud no es todo rosas. Antes de terminar debo llamarles la atención sobre un problema que tenemos que afrontar este próximo año. La peor amenaza para un sano régimen no son los socialistas reconocidos sino los cobardes que trabajan a cubierto, los melenudos granujas que se llaman “liberales”, “radicales”, “independientes”, “intelectuales” y qué sé yo qué. Maestros y profesores desaprensivos constituyen lo peor de esta pandilla, y vergüenza me da decir que varios de ellos pertenecen a la facultad de nuestra gran universidad. En ella hice yo mis estudios, lo cual me llena de orgullo, pero hay allí ciertos profesores que, al parecer, creen que debemos entregar las riendas de la nación a vagabundos y gañanes.

»Estos profesores son las culebras que hay que destruir... Ellos y todos los de su calaña. El hombre de negocios americano perdona una falta, pero una cosa exige de todos los profesores, conferenciantes y periodistas: ¡Hemos de

pagarles con nuestro dinero, tienen que ayudarnos a impulsar la prosperidad nacional! Y en cuanto a esos charlatanes, criticones, pesimistas y cínicos profesores de universidad, les diré que durante este año próximo, es tan deber nuestro influir para que expulsen a esos tunantes como vender todas las fincas y meter en caja todos los billetes que podamos.

»Mientras esto no se haga, no verán nuestros hijos que el ideal de la cultura americana no son esos chiflados que se pasan la vida gastando saliva en discutir sus derechos y no derechos, sino el Buen Burgués, temeroso de Dios, activo, próspero, enérgico, que frecuenta una iglesia con fervor y devoción, que forma parte de una sociedad de Boosters, de notarios, de Kiwanis, de Alces, de Caballeros de Colón, o pertenece a una de las muchas organizaciones de los buenos, alegres, bromistas joviales, trabajadores, y serviciales Good Fellows; el burgués que sabe divertirse bien y trabajar de firme, y cuya respuesta a sus críticos es un puntapié que enseñe a los descontentos y a los cucos a respetar al Hombre de Pro y a gritar “¡Viva el Tío Sam!”, “¡Vivan los Estados Unidos!”».

Babbitt prometía llegar a ser un célebre orador. Entretuvo a una tertulia del Men's Club, en la iglesia presbiteriana de Chatham Road, con cuentos irlandeses, judíos y chinos.

Pero donde se reveló como Prominente Ciudadano fue en una conferencia sobre la compraventa de inmuebles que dio en clase de «Métodos de Venta», en la Y. M. C. A. de Zenith.

El *Advocate Times* reseñó la conferencia tan largamente, que Vergil Gunch dijo a Babbitt:

—Te estás haciendo el orador de moda. No puedo coger un periódico sin leer algo acerca de tu pasmosa elocuencia. Toda esa verbosidad te va a traer una porción de negocios. ¡Mucho, mucho! ¡Sigue así!

—Bueno, no me tomes el pelo —dijo Babbitt no muy seguro, pero a este elogio de Gunch, cuya fama de orador tampoco era pequeña, se esponjó de satisfacción, preguntándose cómo, antes de su veraneo, había podido descontar del placer de ser un sólido ciudadano.

CAPÍTULO XV

1

Marchaba camino de la grandeza, pero no sin lamentables tropiezos.

La fama no trajo el ascenso social que los Babbitt merecían. No fueron invitados a formar parte del Tonawanda Country Club ni a los bailes del Casino de la Unión. A Babbitt, según él mismo decía, «le importaban un bledo todos aquellos postineros, pero a su mujer quizá le gustara figurar Entre Los Que Se Hallaban Presentes». Aguardaba impaciente el banquete en que se reunían todos los graduados el mismo año, para pasar un rato de furiosa intimidad con próceres como Charles McKelvey, el contratista millonario; Max Kruger, el banquero; Irving Tate, el fabricante de herramientas; y Adalbert Dobson, el decorador de moda. En teoría, Babbitt era amigo de todos ellos, por haber estudiado juntos, y cuando se encontraban con él todavía le llamaban Georgie, pero los veía pocas veces y nunca le invitaban a comer (con champaña y mayordomo) a sus casas situadas en Royal Ridge.

Toda la semana anterior al banquete la pasó pensando en ellos. «No hay razón para que ahora no nos hagamos íntimos amigos».

2

Como todas las diversiones americanas, el banquete de los graduados en 1896 fue organizado a conciencia. El comité trabajó asiduamente como una corporación mercantil. Una vez por semana repartían recordatorios:

AVISO N.º 3

Amigo, ¿podemos contar con usted para la Comida Íntima de los antiguos condiscípulos de la U.? Será cosa nunca vista. Al banquete de las alumnas de 1908 asistió el 60%. ¿Vamos nosotros a quedar peor que esas marisabidillas? ¡Venga de ahí, compañeros! ¡Animarse! Despleguemos actividad y entusiasmo. ¡Que nuestro banquete sea el mejor que se haya dado nunca! Platos suculentos, brindis cortos. Recordemos juntos los días más alegres de nuestra vida.

El banquete se celebró en un salón reservado del Union Club. Este último era un edificio deslustrado, tres pretenciosas casas unidas, y el vestíbulo de entrada parecía un sótano, pero Babbitt, que no daba importancia a la magnificencia del Athletic Club, entró con cierta turbación. Saludó con un gesto al portero, un negro viejo y orgulloso que vestía un frac azul con botones dorados, y se contoneó por el vestíbulo tratando de que le tomaran por uno de los socios.

Sesenta individuos habían acudido al banquete. Formaban islas y corrientes en el vestíbulo; atestaban el ascensor y los rincones del comedor reservado. Trataban de mostrarse campechanos y entusiastas. Se encontraban los unos a los otros exactamente como cuando estaban en la universidad, animosos jóvenes cuyos presentes bigotes, calvas, barrigas y arrugas no eran más que joviales disfraces para aquella noche. «¡No has cambiado lo más mínimo!», exclamaban asombrados. A los que no recordaban se dirigían diciéndoles: «Vaya, vaya, ¡me alegro tanto de verte, hombre! Y ahora, qué..., ¿sigues haciendo lo mismo?».

Siempre había alguno que empezaba un viva o una canción escolar, pero nadie le hacía eco. A pesar de hallarse decididos a ser democráticos, se dividieron en dos grupos: los que iban de etiqueta y los que no. Babbitt, que se había puesto etiqueta (¡y tanto!), iba y venía de un grupo al otro. Aunque había salido, casi francamente, sólo para alternar con la sociedad, lo primero que hizo fue buscar a Paul Riesling. Lo encontró solo y callado.

—Yo no sirvo —suspiró Paul— para estos apretones de manos y esta farsa de «hombre, mira quién está aquí».

—¡Vamos, Paulibus, ánimo, habla con la gente! ¡Son todos unos muchachos simpatiquísimos! Pareces cabizbajo. ¿Qué te pasa?

—Nada, lo de siempre. Una pelotera con Zilla.

—¡Bah, tontunas! Vamos con éstos, y fuera preocupaciones.

Sin separarse de Paul, se fue acercando al rincón donde Charles McKelvey peroraba rodeado de sus admiradores.

McKelvey había sido el héroe de la clase del 96; no sólo capitán del equipo de fútbol y lanzador de jabalina, sino polemista y pasable en lo que la universidad del Estado consideraba erudición. De triunfo en triunfo había logrado apoderarse de la compañía de construcciones antes propiedad de los Dodsworth, una de las más antiguas familias de Zenith, y había levantado capitolios, rascacielos y estaciones de ferrocarril. Era un hombre de anchas espaldas y de pecho saliente, pero ágil. Había en sus ojos una imperceptible ironía, en su conversación una melosa rapidez que intimidaba a los políticos e infundía terror a los periodistas y en presencia suya el sabio más sabio o el artista más sensible se quedaba sin saber qué decir, amedrentado, acoquinado. McKelvey se mostraba hábil, sobre todo, para ejercer influencia ilegal sobre la legislatura o pagar a espías que vigilasen a los obreros. Por lo demás, era complaciente, afable y espléndido. Entre la aristocracia americana, que tan rápidamente cristaliza, era un noble, un par, inferior sólo a las arrogantes Viejas Familias (en Zenith se llaman Viejas Familias a las que llegaron a la ciudad antes de 1840). Su poder era mayor porque no le estorbaban escrúpulos, ni el vicio o la virtud de la vieja tradición puritana.

McKelvey se mostraba plácidamente jovial entre los potentados, fabricantes y banqueros, propietarios, abogados y cirujanos que tenían chófer e iban a Europa. Babbitt se abrió paso entre ellos. Le encantaba la sonrisa de McKelvey tanto como la elevación social que podía darle con su favor. Si en compañía de Paul se sentía grande y protector, con McKelvey se sentía pequeño y afable.

Oyó que McKelvey decía a Max Kruger, el banquero:

—Sí, hospedaremos a *Sir* Gerald Doak. (El democrático amor que Babbitt sentía por los títulos se convirtió en verdadera pasión). ¿Sabes?, es uno de los más grandes negociantes en hierro de toda Inglaterra, Max. Un fortunón... ¡Hombre, George! ¿Qué tal? Fíjate, Max, Babbitt se está poniendo más gordo que yo.

El presidente gritó:

—¡A la mesa, señores!

—¿Vamos, Charlie? —dijo Babbitt a McKelvey como quien no dice nada.

—Andando. ¡Hola, Paul! ¿Qué cuenta el violinista? ¿Te da igual sentarte en cualquier sitio, George? Pronto, vamos a coger silla. Hala, Max. George, he leído algo de tus discursos durante la campaña electoral. ¡Soberbio, soberbio!

Después de esto, Babbitt le hubiera seguido al infierno. Estuvo agitadísimo durante la comida, ya dando ánimos a Paul, ya diciendo por lo bajo a McKelvey: «He oído que vas a construir unos muelles en Brooklyn», ya notando con qué envidia le miraban hablar con los grandes los compañeros fracasados que estaban sentados aparte, formando un triste grupo, ya acalorándose en la conversación con McKelvey y Max Kruger. Hablaron de cierto baile para el cual Mona Dodsworth había decorado su casa con millares de orquídeas. Hablaron, como sin darle importancia, de un

banquete en Washington en el que McKelvey había sido presentado a un senador, a una princesa de los Balcanes y a un mariscal de campo inglés. McKelvey llamó a la princesa «Jenny», y sépase que bailó con ella.

Babbitt estaba emocionadísimo, pero no tan abrumado por el temor como para callarse. Si bien no había sido invitado por ellos a comer, estaba acostumbrado a hablar con directores de bancos, diputados, y señores que obsequiaban a los poetas en los clubes. Se puso sentimental con McKelvey:

—Oye, Charles, ¿te acuerdas en el tercer año, cuando fletamos aquel carricoche y nos fuimos a Riverdale, a la reunión de *Madame Brown*? ¿Te acuerdas qué palizón le diste a aquel patán de alguacil que trató de arrestarnos y que cogimos el rótulo del sastre y luego lo colgamos en la puerta del profesor Morrison? ¡Qué tiempos! ¡Aquello era vivir!

McKelvey convino en que aquello era vivir.

Babbitt había llegado a decir «no son los libros que estudia uno en la universidad, sino las amistades que uno adquiere lo que tiene verdadero valor», cuando los que estaban a la cabecera de la mesa empezaron a cantar.

—Es lástima —le dijo a McKelvey de sopetón— que estemos tan distanciados sólo porque nuestros negocios sean diferentes. He pasado un buen rato hablando de nuestros buenos tiempos. Tenéis que venir, tú y tu señora, a cenar cualquiera noche de estas con nosotros.

—Sí, desde luego... —respondió McKelvey en un tono bastante vago.

—Quisiera hablarte del incremento que ha tomado la urbanización allá, detrás de tus depósitos de Grantsville. Quizá pueda darte algún informe sobre una o dos cosas que podrían convenirte.

—¡Espléndido! Tenemos que cenar juntos una noche, George. Avísame. Tendría sumo gusto en que vinieras a casa con tu mujer —dijo McKelvey, mucho menos vagamente.

Luego, la voz del presidente, aquella prodigiosa voz que tantas veces les había llevado a desafiar a los estudiantes de Ohio, de Michigan o de Indiana, gritó:

—¡Vamos, atención! ¡Todos a una!

Babbitt comprendió que la vida no sería nunca más dulce que en aquel momento, cuando se unió a Paul Riesling y al nuevamente recobrado héroe, McKelvey, para gritar:

¡Haaaaa-chá

Coge-lá

chá-chá

coge-lá!

¿Quién, quién?

¡La U! ¡Jurúúú!

3

Los Babbitt invitaron a los McKelvey a cenar a principios de diciembre, y los McKelvey no sólo aceptaron sino que, después de cambiar la fecha una o dos veces, fueron realmente.

Los Babbitt discutieron por extenso los detalles de la comida, desde la adquisición de una botella de champaña hasta el número de almendras saladas que había de colocarse delante de cada cubierto. Insistieron especialmente sobre quiénes podían ser los otros invitados. Babbitt se empeñaba en otorgar a Paul Riesling el privilegio de comer con los McKelvey, y hasta el último momento se mantuvo firme. «Charles preferirá estar con Paul y con Vergil Gunch mejor que con algún niño pedantesco», insistió, pero la señora interrumpió sus observaciones diciendo: «Sí... tal vez... Trataré de comprar ostras de Lynnhaven», y cuando estuvo todo preparado invitó al doctor J. T. Angus, oculista, y a un abogadillo respetable llamado Maxwell, con sus respectivas mujeres.

Ni Angus ni Maxwell pertenecían a los Alces o al Athletic Club; ninguno de ellos había llamado jamás a Babbitt «cofrade» ni le había preguntado sus opiniones sobre los carburadores. Las solas «personas tratables» a quienes la señora de Babbitt invitó eran, según su marido, los Littlefield; y Howard Littlefield se ponía a veces tan estadístico que para Babbitt era un alivio oír decir a Gunch: «Hola, tú, cara de pascua, ¿qué hay de nuevo?».

Inmediatamente después del almuerzo, la señora de Babbitt empezó a poner la mesa para la cena, que iba a ser a las siete y media, y Babbitt, cumpliendo órdenes, se presentó en casa a las cuatro. Pero no encontraron nada en qué ocuparle, y su señora le gritó tres veces: «¡Hazme el favor de quitarte de enmedio!». En pie ante la puerta del garaje, los labios colgantes, suspiraba porque Littlefield, Sam Doppelbrau o cualquiera otro se acercara a hablar con él. Vio a Ted en una esquina de la casa tratando de escabullirse.

—¿Qué pasa, hombre? —preguntó Babbitt.

—¿Ah, eres tú, papango? ¡Oye, mamá está que se las trae! Le dije que Roña y yo preferíamos no asistir a la fiesta de esta noche, y por poco me come. Pero, oye, los hombres de la familia vamos a estar hechos unos elegantes. ¡El pequeño Theodore de etiqueta!

«¡Los hombres de la familia!». A Babbitt le gustó la frase. Y apoyó una mano en el hombro de su hijo. Hubiera querido que Paul Riesling tuviera una hija para que Ted se casara con ella.

—Sí, tu madre está dispuesta a armarla —dijo, y se rieron juntos, y suspiraron juntos, y obedientemente entraron a vestirse.

Los McKelvey llegaron con menos de quince minutos de retraso. Babbitt esperaba que los Doppelbrau vieran la limusina de los McKelvey, con su uniformado chófer aguardando ante la puerta.

Los platos, todos exquisitos, fueron de una increíble abundancia. La señora de Babbitt había sacado los candelabros de plata de su abuela. Babbitt trabajó duramente. Se comportó como es debido: no contó ninguno de los chistes que se proponía explicar, y escuchó a los demás. Sacó a Maxwell de su silencio con un resonante «Cuéntenos usted su viaje al Yellowstone». Estuvo elogioso, extremadamente elogioso. Encontró ocasiones de observar que el doctor Angus era un bienhechor de la humanidad, Maxwell y Littlefield profundos sabios, Charles McKelvey un ejemplo para la juventud ambiciosa, y la señora de McKelvey un adorno en los círculos sociales de Zenith, Washington, Nueva York, París y otros muchos sitios.

Pero no pudo animarlos. Fue una comida sin alma. Por algo que Babbitt no podía comprender, una plúmbea languidez se cernía sobre ellos, y hablaban trabajosamente y sin gana.

Concentró su atención en Lucile McKelvey, teniendo cuidado de no mirarle los hombros blancos y mórbidos ni la banda de seda que le sujetaba el vestido.

—Supongo que irán ustedes pronto a Europa otra vez, ¿verdad? —preguntó.

—A mí me encantaría pasar en Roma unas semanas.

—Allí podrá uno ver la mar de cuadros y oír música y admirar curiosidades de todas clases...

—No, por lo que yo voy es por esto: hay una *trattoria* en la Via della Scrofa donde puede uno comprar los mejores *fettucini* del mundo.

—Oh, yo... Sí. Debe de ser delicioso probar eso. Sí.

A las diez menos cuarto, McKelvey descubrió con profundo disgusto que a su mujer le dolía la cabeza.

—Tenemos que almorzar juntos alguna vez y hablar de nuestros buenos tiempos —dijo alegremente mientras Babbitt le ayudaba a ponerse el gabán.

Cuando los demás hubieron salido, a las diez y media, Babbitt, volviéndose a su mujer, declaró:

—Charles me dijo que lo había pasado muy bien y que tenemos que almorzar... Dijo que nos invitarían a los dos dentro de poco.

—Sí, a veces —concluyó ella—, en una velada tranquila como ésta se divierte uno mucho más que en esas ruidosas reuniones donde todo el mundo habla a la vez y nunca goza uno de... de un momento de quietud.

Pero desde la galería, ya en su catre, la oyó sollozar lenta, desconsoladamente.

Pasaron un mes entero leyendo las columnas de sociedad y esperando ser a su vez invitados.

Por tener a *Sir Gerald Doak* hospedado en su casa, el nombre de los *McKelvey* apareció a diario en los periódicos durante la semana siguiente a la comida con que fueron obsequiados por los *Babbitt*. *Zenith* recibió calurosamente a *Sir Gerald* (que había ido a Norteamérica a comprar carbón). Los periódicos le entrevistaron sobre la prohibición, sobre Irlanda, sobre la falta de trabajo, sobre la aviación naval, sobre el cambio, sobre el debate del té y del *whisky*, sobre la psicología de la mujer norteamericana, y sobre la vida diaria de las familias inglesas. *Sir Gerald* parecía haberlo oído todo sobre estas cosas. Los *McKelvey* le obsequiaron con un banquete cingalés, y *Miss Elnora Pearl Bates*, cronista de sociedad del *Advocate Times*, dio la nota más aguda de su canto de alondra. *Babbitt* leyó en voz alta durante el desayuno:

Entre las originalísimas decoraciones orientales, los extraños y deliciosos manjares, los distinguidos invitados, el renombrado anfitrión y su encantadora esposa, nunca se ha visto en Zenith un acontecimiento más recherché que el banquete cingalés dado anoche por los señores de McKelvey en honor de Sir Gerald Doak. Parece como si nosotros —¡afortunados!— tuviéramos el privilegio de ver aquella exótica escena. Nada en Montecarlo ni en las más selectas recepciones de las embajadas en capitales extranjeras podría tener tal encanto. No por nada, en cuestiones sociales va ganando rápidamente Zenith la reputación de ser la más escogida ciudad del interior del país.

Aunque demasiado modesto para confesarlo, Lord Doak da un cachet de distinción a nuestro barrio elegante como no lo ha recibido desde la memorable visita del conde de Sittinbourne. No sólo pertenece a la nobleza inglesa sino que es también, on dit, un magnate de las industrias metalúrgicas de Inglaterra. Como es de Nottingham, uno de los refugios favoritos de Robin Hood, si bien ahora, según nos informa Lord Doak, moderna urbe de 275 573 habitantes, y centro industrial de suma importancia, plácenos pensar que acaso por sus venas corre la sangre, tan roja como azul, de aquel antiguo lord de los bosques, el travieso Robin Hood.

La encantadora señora de McKelvey nunca ha estado más fascinante que anoche, con su vestido negro ornado de bandas plateadas y en su exquisito talle un fúlgido ramillete de rosas.

—Dios quiera que no nos inviten para que conozcamos a este fulano de Lord Doak —dijo *Babbitt* resueltamente—. Yo, la verdad, prefiero cenar tranquilamente a solas una noche con Charles y señora.

En el Athletic Club la cosa se discutió ampliamente.

—Supongo que desde ahora tendremos que llamarle a McKelvey «Lord Chaz» — dijo Sidney Finkelstein.

—Hay que ver, parece imposible —meditó el hombre de los datos, Howard Littlefield— lo que le cuesta a la gente comprender las cosas. Aquí le llaman a ese buen señor «Lord Doak» cuando debían llamarle «*Sir Gerald*».

—¿Ah, sí? ¡Vaya, vaya! —exclamó Babbitt maravillado—. Conque «*Sir Gerald*», ¿eh? Así es como se le debe llamar, ¿eh? Vaya, pues me alegro mucho de saberlo.

Más tarde informó a sus empleados:

—Tiene gracia esto de que algunas personas, sólo porque tienen la suerte de amasar una fortuna, se meten a obsequiar a ilustres personajes extranjeros y no tienen la menor idea de cómo deben dirigirse a ellos siquiera.

Aquella tarde, al volver a casa en su automóvil, alcanzó a la limusina de McKelvey y vio a *Sir Gerald*, un inglés teutónico, grande, rubicundo, con ojos saltones y un bigotillo pajizo que le daba un aspecto triste y dudoso. Babbitt acertó la marcha, oprimido por una sensación de insignificancia. De pronto, le asaltó la convicción horrible, inexplicable, de que los McKelvey se reían de él.

Descubrió su abatimiento por la violencia con que declaró a su mujer:

—La gente que toma en serio sus negocios no puede perder el tiempo con una pandilla como los McKelvey. Esto de la sociedad es como otro entretenimiento cualquiera; si se dedica uno a ello, acaba por enviciarse. Pero yo prefiero estar contigo y con los chicos mejor que pasarme la vida andando de acá para allá.

No volvieron a hablar más de los McKelvey.

Era un contratiempo, en aquel momento crítico, tener que ocuparse de los Overbrook.

Ed Overbrook, antiguo compañero de estudios de Babbitt, era un fracasado. Tenía mucha familia y un pequeño negocio de seguros en un suburbio de Dorchester. Era un hombre sin importancia, delgado y canoso. Una de esas personas a quienes, en un grupo de amigos, se olvida uno de presentar y luego las presenta con exagerado entusiasmo. En el colegio había admirado a Babbitt por su compañerismo; después admiró su creciente poder en el mundo de los negocios, su hermosa casa, su buena ropa. Esto le agradaba a Babbitt, aunque le hiciera sentir una abrumadora responsabilidad. En el banquete de los graduados en el 96, había visto al pobre Overbrook con un modesto traje de estameña azul, sentado tímidamente en un rincón con otros fracasados. Se había acercado a él y le había dicho cordialmente: «¡Hola, Ed! ¿Qué tal? He oído que estás asegurando a todo dios en Dorchester. ¡Soberbio, soberbio!».

Recordaron sus buenos tiempos, cuando Overbrook escribía versos. Overbrook le dejó un poco turbado espetándole:

—Hombre, George, es lástima que estemos tan distanciados siempre. Tenéis que venir tú y tu señora a cenar una noche con nosotros.

—¡Desde luego! ¡Encantado! No tienes más que avisarme. Y mi mujer y yo tendremos también mucho gusto en que vengáis a casa.

Babbitt se olvidó de todo, pero Ed Overbrook no, desgraciadamente. Telefonó a Babbitt repetidas veces invitándole a cenar.

—Tendremos que acabar yendo —dijo Babbitt a su mujer—. Pero, vamos, ¿no es el colmo que este pobre infeliz no sepa ni las más elementales reglas de la etiqueta? ¡Mira que telefonearme! Lo delicado sería que su mujer nos mandase una invitación en la debida forma. En fin; creo que no nos libramos. Esto traen los banquetitos universitarios.

Aceptó la siguiente invitación suplicante de los Overbrook para dos semanas después. Una comida con dos semanas por delante, aun si es una comida familiar, nunca parece tan aterradora, hasta que las dos semanas han transcurrido sin saber cómo, y uno llega, desalentado, a la fecha inevitable. Tuvieron que cambiar el día, a causa de la comida que ellos dieron a los McKelvey, pero, por fin, un día montaron en su automóvil y fueron a casa de los Overbrook, en Dorchester.

Fue un desastre desde el primer momento. Los Overbrook cenaban a las seis y media, mientras que los Babbitt nunca cenaban hasta las siete. Babbitt se permitió diez minutos de retraso.

—Cuanto menos tiempo estemos, mejor. Creo que podremos escapar pronto. Diré que mañana tengo que estar en la oficina tempranísimo.

La casa de los Overbrook tenía un aspecto desconsolador. Era el segundo piso de

un edificio de madera ocupado por dos familias. Cohechos para bebés, sombreros viejos colgados en el vestíbulo, olor a berzas y una Biblia en la mesa de la sala. Ed Overbrook y su mujer estuvieron torpes y tan mal vestidos como de costumbre, y los otros invitados eran dos familias horribles cuyos nombres Babbitt ni pudo ni quiso entender. Pero se conmovió y se desconcertó un poco al oír los impolíticos elogios de Overbrook.

—Sí, nos llena de orgullo tener a George aquí esta noche con nosotros. Ya habrán ustedes leído lo que dicen los periódicos de sus discursos y de sus facultades oratorias (y que tiene tipo, ¿eh?), pero yo pienso siempre en la época en que estudiábamos juntos, y en lo buen compañero que era, y uno de los mejores nadadores del curso.

Babbitt trató de mostrarse jovial, pero por más esfuerzos que hizo, no pudo encontrar nada que le interesara en los otros convidados, o en la estupidez de la señora de Overbrook, con sus gafas, su piel amarillenta y su pelo tirante. Colocó su mejor cuento irlandés pero pasó inadvertido. El momento más violento fue cuando la señora de Overbrook, agotada de criar ocho hijos, de fregar y de cocinar, trató de meterse en la conversación.

—Supongo que usted irá a Chicago y a Nueva York cada lunes y cada martes, Mr. Babbitt —murmuró.

—Sí, a Chicago voy a menudo.

—Debe ser interesantísimo. Supongo que no dejará usted ni una función por ver.

—Francamente, señora, lo que a mí más me atrae es un buen bistec en un restaurante holandés de Loop.

No se dijeron más. Babbitt lo lamentaba, pero la cosa no tenía remedio; la cena fue un fracaso. A las diez, despertado del estupor de una conversación sin sentido, dijo con toda la animación que pudo:

—Lo siento, pero tenemos que marcharnos, Ed. Mañana temprano viene a verme un cliente.

Mientras Overbrook le ayudaba a ponerse el gabán, Babbitt dijo:

—Siempre es agradable recordar nuestros buenos tiempos. Tenemos que almorzar juntos un día de éstos, muchacho.

Camino de su casa la señora de Babbitt suspiró:

—Ha sido un verdadero latazo. ¡Pero cuánto te admira Mr. Overbrook!

—Sí. ¡Pobre hombre! Se cree que soy un arcángel y el hombre más guapo de Zenith.

—Tanto como eso no, pero... Bueno, George, supongo que no tendremos que invitarles a cenar en nuestra casa, ¿verdad?

—¡Uy, no! Espero que no.

—Oye, no le habrás dicho nada de eso a Mr. Overbrook, ¿eh?

—¡Ca! ¡No! ¡Qué disparate! No hice más que decirle, por cumplido, que teníamos que almorzar juntos un día.

—Bueno, mira... Yo no quisiera ofenderlos. Pero, la verdad, creo que no podría

resistir otra noche como ésta. ¡Y figúrate que alguien como el doctor Angus y su señora se presentasen cuando los Overbrook estuvieran en casa, y creyesen que eran amigos nuestros!

Pasaron una semana muy preocupados. «Realmente debíamos invitar a Ed y a su mujer, los pobres». Pero como nunca veían a los Overbrook se olvidaron de ellos, y después de un mes o dos dijeron:

—Verdaderamente ha sido la mejor manera: dejarlo pasar. Hubiera sido una desconsideración invitarlos. ¡Se sentirían tan violentos y tan fuera de lugar en nuestra casa!

No volvieron a hablar más de los Overbrook.

CAPÍTULO XVI

1

Con la certeza de que no iba a ser aceptado por los McKelvey, Babbitt se sentía culpable y un tanto absurdo. Pero comenzó a ir con más regularidad a los Alces; en el almuerzo de la Cámara de Comercio peroró sobre la iniquidad de las huelgas; y de nuevo se vio Prominente Ciudadano.

Sus clubes y sus amistades eran el alimento que reconfortaba su espíritu.

De todo hombre decente se exigía que perteneciera a una, preferiblemente a dos o tres, de las innumerables «logias» y clubes más o menos patrioteros; a los rotarios, Kiwanis o Boosters; a los Oddfellows, Moose, masones, Red Men, Woodmen, Búhos, Águilas, Macabeos, Caballeros de Pythias, Caballeros de Colón, y otras secretas órdenes caracterizadas por un alto grado de cordialidad moral y reverencia por la Constitución. Había cuatro razones para incorporarse a estas órdenes: en primer lugar, todo el mundo lo hacía. En segundo, resultaba conveniente para los negocios, pues por regla general los cofrades se convertían en parroquianos. En tercer lugar, daba a los norteamericanos incapacitados para llegar a Geheimrate o Commendatori, títulos tan honoríficos como Ilustrísimo Escriba o Gran Hoogaw, que se añadían a los vulgares distintivos de Coronel, Juez o Profesor. Y en cuarto lugar, permitía al esclavizado marido norteamericano marcharse de casa una noche cada semana. La «logia» era su *piazza*, su terraza de café. Podía jugar a los bolos y hablar como un hombre y decir palabrotas.

Babbitt era socio por todas estas razones.

Tras la bandera escarlata y oro de sus éxitos públicos estaba la sombría penumbra de la rutina oficinesca: alquileres, contratos de venta, listas de fincas vacantes. Las noches de oratoria, comités y «logias» le estimulaban como el *brandy*, pero todas las mañanas le sabía mal la boca. Semana tras semana, su irritación fue creciendo. Estaba en completo desacuerdo con Stan Graff; y una vez, aunque sus encantos le habían hecho hasta entonces portarse cortésmente con ella, riñó a Miss McGoun por haber cambiado la redacción de unas cartas.

Pero en presencia de Paul Riesling se calmaba. Al menos una vez por semana se olvidaban de la seriedad. Los sábados jugaban al golf, diciéndose burlonamente el uno al otro: «Viéndote jugar al golf se comprende lo bien que debes jugar al tenis». Algunos domingos por la tarde hacían excursiones en automóvil, parando en los bares de las aldeas, donde, sentados al mostrador sobre altos taburetes, tomaban café en toscas tazas. A veces acudía Paul por las noches con su violín, y hasta Zilla escuchaba en silencio cuando el hombre que se había equivocado de camino ponía en la música la tristeza de su alma.

Nada dio a Babbitt tanta publicidad como sus labores para la escuela dominical^[29].

Su iglesia, la presbiteriana de Chatham Road, era una de las mayores y más ricas, más roblizas y más aterciopeladas de Zenith. El pastor era el Reverendo John Jennison Drew, M. A., D. D., LL. D. (El M. A., Magister Artium, y el D. D., Doctor of Divinity, procedían de la Elbert University, Nebraska; el LL. D., Legum Doctor, del Waterbury College, Oklahoma). Era elocuente, eficaz y versátil. Presidía los mítines en que se denunciaba la iniquidad de los sindicatos obreros o la elevación del servicio doméstico, y confesaba al auditorio que él de pequeño había vendido periódicos. Para la edición que tiraba los sábados el *Evening Advocate* escribía fondos sobre «La Religión del Hombre Viril» o sobre «El Valor Monetario de la Cristiandad», que se imprimían en negrilla con una orla culebreante. Decía a menudo que se sentía «orgulloso de que le conocieran, ante todo, como hombre de negocios» y que, ciertamente, no iba a «permitir a Satanás monopolizar todas las energías». Era un joven delgado, con cara de paleta, lentes de oro y un cerquillo de pelo castaño mate, pero cuando se lanzaba a la oratoria se enardecía, sintiéndose poderoso. Confesaba que era demasiado erudito y demasiado poeta para imitar al evangelista Mike Monday; sin embargo, una vez había infundido nueva vida a su congregación, y había aumentado las recolectas con el reto «¡Hermanos míos, el verdadero tacaño es el hombre que no presta dinero al Señor!».

Había hecho de su iglesia un verdadero centro social. Tenía de todo menos bar. Un recreo infantil, una comida los jueves seguida de una breve conferencia, un gimnasio, una función de cine cada quince días, una biblioteca de libros técnicos para obreros jóvenes (aunque, desgraciadamente, ningún obrero joven entraba jamás en la iglesia como no fuera para lavar las ventanas o reparar las calderas de la calefacción) y un círculo de costura que hacía pantaloncitos para los niños pobres mientras la señora de Drew leía en voz alta novelas morales.

Aunque la teología del doctor Drew era presbiteriana, su iglesia era de graciosa arquitectura episcopal. Como decía él, tenía «la perdurable nobleza de los monumentos eclesiásticos de la Vieja Inglaterra, que son los símbolos de la fe religiosa y civil». Construida de ladrillo en un estilo gótico reformado, su sala principal estaba iluminada indirectamente por globos eléctricos ocultos en historiados tazones de alabastro.

Cierta mañana de diciembre que los Babbitt fueron a la iglesia, el doctor John Jennison Drew estuvo excepcionalmente elocuente. La muchedumbre era inmensa. Diez jóvenes acomodadores, con batas de mañana, subían del sótano sillas plegables. El grandioso programa musical estuvo a cargo de Sheldon Smeeth, director docente de la Y. M. C. A., que también cantó el ofertorio. A Babbitt no le interesó mucho

esto, pues alguna persona descarriada había enseñado al joven Mr. Smeeth a sonreír, sonreír y sonreír mientras cantaba, pero con toda la estimación de un colega en oratoria, admiró el sermón del doctor Drew. Tuvo la categoría intelectual que distinguía a la congregación de Chatham Road de las inmundas capillas de Smith Street.

—Dispuestos ahora a cosechar los frutos de todo el año —salmodió el doctor Drew—, cuando, aunque tempestuoso el cielo y laboriosa la senda para el afanoso caminante, el alígero espíritu revolotea sobre los trabajos y deseos de los pasados doce meses, oh, en este momento paréceme oír entre los aparentes fracasos el dorado coro de los que para siempre se han ido; y he aquí que en el lóbrego horizonte vemos surgir tras las dolorosas nubes la imponente mole de las montañas... ¡montañas de melodía, montañas de júbilo, montañas de poder!

—Sí, a mí me gustan los sermones con cultura y pensamiento —meditaba Babbitt.

Terminado el servicio le encantó que el pastor, mientras repartía apretones de manos a la puerta, le dijera:

—Amigo Babbitt, ¿puede usted esperar un minutito? Necesito su consejo.

—Naturalmente, doctor. ¡No faltaba más!

—Pase a mi despacho. Creo que le gustarán los cigarros que tengo allí.

A Babbitt le gustaron los cigarros. También le gustó el despacho, que sólo se distinguía de las demás oficinas por la espiritual modificación del familiar letrado: *Éste es el día más ocupado del Señor*. Chum Frink entró, y luego William W. Eathorne.

Mr. Eathorne era el septuagenario presidente del First State Bank de Zenith. Gastaba todavía las elegantes patillas que habían sido el uniforme de los banqueros hacia 1870. Si Babbitt envidiaba la Smart Set de los McKelvey, ante William Washington Eathorne sentía reverencia. Mr. Eathorne no tenía nada que ver con la flor y nata. Estaba por encima de esas pequeñeces. Era el bisnieto de uno de los cinco próceres que fundaron Zenith en 1792, y pertenecía a la tercera generación de banqueros. Podía investigar créditos, hacer préstamos y dar incremento o echar abajo el negocio de un comerciante. En presencia de él, Babbitt respiraba rápidamente y se sentía joven.

El reverendo doctor Drew irrumpió en el cuarto y empezó a hablar.

—Caballeros, les he rogado a ustedes que se quedaran para hacerles una proposición. La escuela dominical necesita que se le dé empuje. En tamaño es la cuarta en Zenith, pero no hay razón para que alguien nos lleve ventaja. Debemos ser los primeros. Quiero pedirles a ustedes, si consienten en ello, que formen un comité consultivo y se ocupen de dar publicidad a la escuela dominical; estudien ustedes la cuestión, propongan algún plan de mejoramiento y, además, vean si la prensa puede ocuparse de nosotros un poquito... Hay que dar al público algo provechoso y constructivo en vez de tanto crimen y tanto divorcio.

—Excelente —dijo el banquero.
Babbitt y Frink asintieron encantados.

Si uno le hubiera preguntado a Babbitt cuál era su religión habría respondido en la sonora retórica del Boosters' Club: «Mi religión es servir a mis semejantes, honrar al prójimo como a mí mismo, y contribuir en la medida de mis fuerzas a hacer la vida más feliz para todos y cada uno». Si uno le hubiese pedido más detalles habría replicado: «Pertenezco a la Iglesia presbiteriana y, naturalmente, acepto sus doctrinas». Si uno hubiese tenido el atrevimiento de seguir preguntando, habría protestado: «Es inútil discutir y argumentar sobre cosas de religión; no sirve más que para suscitar malos sentimientos».

El contenido de su teología se reducía a esto: existía un ser supremo que había tratado de hacernos perfectos, pero, al parecer, había fracasado; si uno era un Hombre Bueno iría a un sitio llamado Cielo (Babbitt, inconscientemente, se lo figuraba como un excelente hotel con jardín particular), pero si uno era un Hombre Malo, es decir, si mataba o robaba o tomaba cocaína o tenía una querida o fincas que no existían, sería castigado. Babbitt no estaba muy seguro, sin embargo, de lo que él llamaba «la cuestión esa del Infierno». Y explicaba a Ted: «Claro que yo soy bastante liberal; no creo al pie de la letra en un Infierno de fuego y azufre. Es lógico, sin embargo, que un individuo con todos los vicios imaginables se lleve su castigo, ¿comprendes?».

Sobre esta teología rara vez meditaba. El meollo de su religión práctica consistía en lo siguiente: daba respetabilidad y era beneficioso para los negocios dejarse ver en los servicios; la Iglesia impedía a los Malos Elementos volverse peores; y los sermones del pastor, por aburridos que pareciesen al escucharlos, tenían un poder sobrenatural «que le ponía a uno en contacto con las Cosas Elevadas».

Sus primeras investigaciones como miembro del comité consultivo de la escuela dominical no le entusiasmaron.

Le gustó la clase para adultos donde el doctor T. Atkins Jordán, médico de la vieja escuela, en un estilo chispeante comparable al de los más refinados oradores de sobremesa, explicaba la Biblia a un grupo compuesto de personas maduras, pero cuando bajó a las clases para jóvenes se quedó desconcertado. Oyó a Sheldon Smeeth, director de enseñanza de la Y. M. C. A. y director del coro de la iglesia, un joven pálido y sonriente, pero enérgico, dar una clase a chicos de dieciséis años. Smeeth les amonestaba amablemente:

—Bueno, el próximo jueves por la noche tendremos una Tertulia Íntima en mi casa. Nos contaremos a solas nuestros secretos. Al amigo Sheldy se le puede decir cualquier cosa. Todos los de esta Asociación lo hacen. Voy a hablar claramente de esas horribles costumbres en que cae todo muchacho cuando no es guiado por un Hermano Mayor, y de los peligros y glorias del Sexo.

El amigo Sheldy sudaba, los chicos parecían avergonzados y Babbitt no sabía hacia dónde volver los turbados ojos.

Menos fastidiosas pero también mucho más insulsas eran las clases menores,

donde unas solteronas muy formales daban lecciones de filosofía y de etnología oriental. La mayoría de las clases se reunían en el barnizado salón de la escuela dominical, pero como allá no cabían todas, otras invadían el sótano, que estaba decorado con cañerías varicosas e iluminado por ventanucos abiertos en lo alto de las paredes rezumantes. Sin embargo, lo que Babbitt vio fue la First Congregational Church de Catawba. Se hallaba de nuevo en la escuela dominical de su infancia. Volvería a sentir aquella cortés sofocación que sólo se encontraba en las iglesias. Recordó el estante de insulsos libros de la escuela dominical: «Hetty, la humilde heroína» y «José, el mancebo de Palestina»; manoseó otra vez las tarjetas de colores, con versículos de la Biblia, que ningún chico quería, pero que ningún chico tiraba porque las creía sagradas; volvía a torturarlo lo que hacía treinta y cinco años había aprendido de carrerilla, cuando en la vasta iglesia de Zenith oía:

—Ahora, Edgar, lea usted el otro versículo. ¿Qué significa que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja? ¿Qué nos enseña esto? ¡Clarence! Haga el favor de estarse quieto. Si supiera usted su lección no estaría usted tan nervioso. Vamos a ver, Earl, ¿qué lección dio en este caso Jesús a sus discípulos?

—Y, sobre todo, no olviden ustedes estas palabras: «Con Dios todas las cosas son posibles». Piensen ustedes siempre en ello... Clarence, tenga la bondad de atender... Repitan ustedes «Con Dios todas las cosas son posibles» cuando se sientan desanimados. Alee, ¿quiere usted leer el versículo siguiente? Si pusiera atención no se perdería usted.

Zumba que te zumba... Gigantescas abejas que rezongaban en una caverna de plúmbea modorra...

Babbitt echó una siesta con los ojos abiertos, y cuando despertó dio las gracias al maestro por «el privilegio de oír sus espléndidas enseñanzas» y, tambaleándose, pasó a otra clase.

Llevaba dos semanas haciendo esto y no se le ocurría ninguna sugestión para el doctor Drew.

Después descubrió un inmenso mundo de revistas dominicales, que aparecían semanal o mensualmente y que eran tan técnicas, prácticas y progresistas como cualquier publicación de carácter mercantil. Compró media docena de estas revistas en una librería religiosa y hasta después de media noche estuvo leyendo con admiración.

Halló muchos informes lucrativos en «Enfocando instancias», «¿Cómo se cazan nuevos socios?» y «Para atraer nuevos clientes a la escuela dominical». Le gustó de manera especial la palabra «clientes», y este párrafo le conmovió:

«Los resortes morales de la sociedad radican en las escuelas dominicales, en las escuelas que dan instrucción religiosa. El descuidarlas ahora significa una pérdida de vigor espiritual y moral en los años venideros... Hechos como el susodicho, seguidos de un llamamiento enérgico, convencerán a los que no se

dejan convencer con mañas».

—Cierto —admitió Babbitt—. Yo solía faltar a la escuela dominical de Catawba siempre que podía, pero, al mismo tiempo, no estaría hoy donde estoy, acaso, si no fuera por lo que allí aprendí, por el entrenamiento moral... Y estudié la Biblia. Buena literatura. Tendré que releerla un día de éstos.

De cómo podía ser una escuela dominical organizada científicamente, se enteró por un artículo de *Westminster Adult Bible Class*:

«La segunda vicepresidente mira por el compañerismo de la clase. Escoge un grupo para ayudarla. Los elegidos se convierten en acomodadores. A todo el que llega se le recibe afablemente. Nadie se marcha como un desconocido. Uno de los ayudantes se queda en la puerta invitando a los transeúntes a entrar».

Quizá lo que más gustó a Babbitt fueron las observaciones de William H. Ridgway en el *Sunday School Times*:

«Si tiene usted una clase sin espíritu y sin vitalidades, es decir sin interés, si la asistencia no es regular, si los alumnos están como amodorrados, pida al doctor Ridgway su receta: Invite Al Grupo a Cenar».

Las revistas de las escuelas dominicales eran tan completas como prácticas. No descuidaban ninguna de las artes. En cuanto a música, el *Sunday School Times* anunciaba que C. Harold Lowden, «conocido por sus composiciones religiosas» había terminado otra obra maestra titulada *Suspirando por Ti*. La letra, escrita por Harry D. Keir, es lo más delicado que puede imaginarse, y la música, de una belleza indescriptible. Los críticos aseguran que tendrá gran éxito en todo el país. Puede convertirse en una encantadora canción religiosa sustituyendo la letra por el himno que empieza *Yo oía la voz de Jesús decir*.

Hasta los trabajos manuales se tomaban en cuenta. Babbitt se fijó en cierta ingeniosa manera de ilustrar la resurrección de Jesucristo:

«Modelo para los Alumnos. Tumba con puerta rodante. Tómese una caja cuadrada y colóquese con la tapa boca abajo. Tírese un poco de la tapa de modo que quede una ranura en la parte inferior. Recórtese una puerta cuadrada y también un redondel de cartón mayor que el hueco de la puerta. Cúbrase bien la puerta circular y toda la tumba con una mezcla espesa de arena, harina y agua. Déjese secar. Así era la gran piedra circular que las mujeres hallaron apartada la mañana de Pascua».

En cuestión de anuncios, las revistas de las escuelas dominicales eran completamente eficaces. Babbitt se interesó por una preparación recomendada a los

hombres sedentarios, una preparación que «sustituye al ejercicio reconstituyendo los tejidos nerviosos y fortaleciendo el cerebro y el sistema digestivo». Se sintió edificado al enterarse de que la venta de Biblias era una industria de competencia, igual que otra cualquiera, y como perito en higiene, leyó con satisfacción el anuncio de la Compañía Sanitaria de Objetos Eucarísticos, que recomendaba una hermosa bandeja de caoba pulida.

«Esta bandeja elimina todo ruido, es más ligera y más fácilmente manejable que las otras y hace mejor juego con el mobiliario de la iglesia que una bandeja de cualquier otro material».

Babbitt soltó repentinamente el montón de revistas de las escuelas dominicales.

—Caray —exclamó—. Aquí hay un mundo, un mundo de veras. ¡Estupendo! Vergüenza me da no haber frecuentado más la iglesia. Un individuo que tiene, como yo, influencia social, debía formar parte de una religión viril y activa. Algo como *La Cristiandad*, S. A., por decirlo así... Pero con toda reverencia... Siempre habrá alguno que diga que en las escuelas dominicales no hay dignidad ni espíritu ni nada. ¡Naturalmente! ¡Nunca falta quien propale cosas semejantes! Burlarse, destruir, echarlo todo abajo... Lo difícil es construir. Yo no puedo negarles su mérito a estas revistas. ¡Han vuelto al redil a George F. Babbitt, y ésa es la respuesta a los criticones! Cuanto más macho y más práctico sea un hombre, tanto más debía llevar una vida cristiana y emprendedora. ¡A ello! Se acabaron las negligencias y la bebida y... ¡Verona! ¿Dónde demonios has estado? ¡Vaya unas horitas de llegar! ¡A las tantas de la noche!

CAPÍTULO XVII

1

Hay solamente tres o cuatro casas viejas en Floral Heights, y en Floral Heights se llama vieja toda casa construida antes de 1880. La mayor de éstas es la residencia de William Washington Eathorne, presidente del First State Bank.

La mansión de los Eathorne conserva el recuerdo de los «barrios elegantes» de Zenith tal como se encontraban de 1860 a 1900. Es una inmensidad de ladrillo rojo con dinteles de piedra gris y un tejado de pizarra con franjas rojas, verdes y amarillas. Tiene dos torres anémicas, una techada con cobre y la otra coronada por helechos de hierro colado. El pórtico, sostenido por rechonchos pilares de granito sobre los cuales penden heladas cascadas de ladrillo es una tumba abierta. A un lado del edificio hay un enorme ventanal en forma de ojo de cerradura.

Pero la casa no produce un efecto cómico. Tiene la grave dignidad de aquellos financieros que gobernaron la generación que existió entre los pioneros y los activos jefes de ventas, y crearon una adusta oligarquía apoderándose de la dirección de los bancos, fábricas, tierras, ferrocarriles, minas. Entre la docena de Zeniths contradictorios que juntos formaron el Zenith actual y verdadero, ninguno tan poderoso, ninguno tan perdurable ni menos familiar a los ciudadanos, como aquel pequeño, quieto, seco, cortés y cruel Zenith de los William Eathorne. Y por aquella diminuta jerarquía los otros Zeniths trabajaban estúpidamente y morían sin gloria.

La mayoría de los castillos pertenecientes a los tetrarcas victorianos han desaparecido ya o han degenerado en casas de huéspedes, pero la mansión de los Eathorne subsiste virtuosa y señera, como una evocación de Londres, de Back Bay, de Rittenhouse Square. Sus escaleras de mármol se friegan todos los días, la placa de la puerta se lustra reverentemente, y las cortinas de encaje son tan superiores y tan estiradas como el mismo William Washington Eathorne.

No sin cierto terror, Babbitt y Chum Frink se presentaron en casa de Eathorne para celebrar la primera reunión del comité consultivo de la escuela dominical. En completo silencio siguieron a una doncella uniformada que, a través de lóbregas salas de recepción, les condujo a la biblioteca. Era, no cabía duda, la biblioteca de un viejo banquero, tan de viejo banquero como las patillas de Eathorne. La mayoría de los libros pertenecían a colecciones clásicas encuadernadas, según la tradición, en becerrillo, con ribetes de azul mate, de oro mate. El fuego de la chimenea era totalmente correcto y tradicional: un fuego pequeño, callado, continuo, que se reflejaba en bruñidos morillos. La mesa de roble era oscura y vieja; una mesa perfecta. Las sillas, ligeramente pretenciosas.

Las preguntas de Eathorne sobre la salud de la señora Babbitt, de la señorita Babbitt, y de los Otros Chicos fueron dulcemente paternales, pero Babbitt no tenía con qué responderle. Era indecente pensar en usar «¿Cómo va esa vida, bribón?», lo cual satisfacía plenamente a Vergil Gunch, a Frink y a Howard Littlefield, hombres que hasta el momento habían parecido de una urbanidad aceptable. Babbitt y Frink

estaban cortésmente sentados, y cortésmente observó Eathorne, abriendo sus delgados labios lo justo para dejar salir las palabras:

—Señores, antes de empezar nuestra conferencia... Quizás hayan cogido ustedes frío al venir aquí... Muy amable de su parte ahorrar el viaje a un viejo como yo... ¿Quieren ustedes que tomemos un ponche de *whisky*?

Tan bien entrenado estaba Babbitt en la conversación propia de un Good Fellow, que casi metió la pata diciendo: «No sólo queremos sino que, suponiendo que no haya ningún agente de la ley seca dentro del cesto de los papeles...». Las palabras se ahogaron en su garganta. Se inclinó en señal de obediencia. Lo mismo hizo Frink.

Eathorne tocó el timbre para que acudiese la doncella.

El moderno y lujoso Babbitt no había visto nunca a nadie tocar el timbre en una casa particular para llamar a un criado, excepto durante las comidas. En los hoteles sí, él mismo lo había hecho para llamar al botones, pero en casa salía uno al recibimiento y la llamaba a gritos. No había conocido, desde la prohibición, a nadie que bebiera sin hacer aspavientos. Era inconcebible beberse el ponche y no gritar: «¡Hombre, esto es lo que a mí me estaba haciendo falta!». Y siempre, con el éxtasis del joven que es presentado a un prócer, pensaba maravillado: «Y el patillas este, bueno, podía hacerme polvo. ¡Si le dijera a mi banquero que me pidiera los préstamos...! ¡Dios! ¡Un hombrecillo escuchimizado! ¡Y que parece que no tiene ni tanto así de energía! No sé yo si... ¿No se nos irá a nosotros, los Boosters, toda la fuerza por la boca?».

Abandonó este pensamiento y se puso a escuchar devotamente las ideas de Eathorne sobre la escuela dominical, que eran muy claras y muy malas.

Babbitt esbozó tímidamente sus planes.

—Yo creo que si analizamos las necesidades de la escuela, considerando la cosa como si fuera un problema comercial, claro está que su necesidad primordial y fundamental es desarrollarse. Presumo que todos estamos conformes en que no nos daremos por satisfechos hasta convertir nuestra escuela dominical en la mayor de todo el estado, de modo que la presbiteriana de Chatham Road no tenga que aguantar nada de nadie. Ahora, en cuanto a lo de activar la campaña para atraer miembros... Se ha ensayado, sí, lo de dar premios a los chicos que recluten más gente. Aquí se ha cometido un error: los premios han sido una porción de pamplinas como libros de poesía y Nuevos Testamentos ilustrados, en vez de algo que les interese de veras a los chicos, como dinero o un velocímetro para la bicicleta. Supongo que será muy elegante y muy refinado ilustrar las lecciones con dibujos en la pizarra, marcadores de libros y demás, pero cuando se trata de echarse a la calle y reclutar parroquianos, digo miembros, bueno, pues hay que ofrecer algo que valga la pena. Yo, señores, tengo dos planes. Primero: dividir la escuela dominical en cuatro cuerpos de ejército, según las edades. A cada cual se le da un grado militar según el número de miembros que haga, y los gandules que no traigan ninguno se quedan de soldados rasos. El pastor y el superintendente tienen rango de generales. Y todo el mundo tiene que

saludar y demás, como en un ejército de verdad, para hacerles comprender que vale la pena de alcanzar un rango superior... Segundo: la escuela tiene, naturalmente, su comité de propaganda, pero, ¡señor!, nadie trabaja sólo por amor al trabajo. Lo que hay que hacer es ser prácticos y modernos, y pagar un agente profesional..., algún periodista que pueda dedicar el tiempo que le sobre.

—¡Eso, eso! —dijo Chum Frink.

—¡Figúrense ustedes si no se le podría sacar el jugo a esto! —graznó Babbitt—. Se publicarían no sólo los hechos salientes y auténticos sobre el crecimiento de la escuela dominical (y de la recolecta), sino una porción de chismes y gansadas, acerca de cómo tal o cual boqueras fracasó en sus promesas de traer nuevos miembros, o lo que se divertieron las chicas de la clase de la Santísima Trinidad en tal o cual reunión. Y aparte de esto, si tiene tiempo, el agente puede también jalearse las lecciones mismas; hacer un poco de propaganda por todas las escuelas dominicales de la ciudad, en una palabra. No hay que ser egoísta, con tal que tengamos nosotros mayor número de miembros que las demás escuelas. Por ejemplo, puede hacer que los periódicos... Yo, claro, no tengo el entrenamiento literario que aquí, Frink, y no hago sino imaginar cómo podían escribirse esos artículos, pero supongamos que la lección de la semana es sobre Jacob; bueno, pues el redactor puede meter algún ejemplo moral y ponerle un título llamativo para que la gente lo lea: *Jacob Engaña al Viejales; Se las Pira con la Chica y con el Dinero* o algo así. ¿Comprenden ustedes? ¡Esto les despertaría el interés! Ahora bien, naturalmente, Mr. Eathorne, usted es un conservador, y quizá creerá que estos trucos son poco serios, pero, de veras, le digo que nos arreglaban el negocio.

Eathorne cruzó las manos sobre su comfortable barriguita, y musitó como un gato viejo:

—Diré primero, con su permiso, que me ha complacido muchísimo su análisis de la situación, Mr. Babbitt. Como usted presume, es necesario en Mi Posición ser conservador, y acaso esforzarse por mantener cierto grado de seriedad. Sin embargo, creo que me encontrarán ustedes menos retrógrado de lo que se figuran. En mi Banco, por ejemplo, puedo decir que tenemos un método de publicidad y propaganda tan moderno como cualquiera. Sí, imagino que ustedes nos hallarán a nosotros los viejos completamente informados de los cambiantes valores espirituales del siglo. ¡Sí, oh, sí! Y, por consiguiente, me place en verdad poder decir que, aunque personalmente prefiero el austero presbiterianismo de los tiempos pasados...

Babbitt se dio cuenta por fin de que Eathorne estaba conforme.

Chum Frink propuso como agente anunciador a un tal Kenneth Escott, reportero del *Advocate Times*.

Se separaron en un plan de gran amistad y de cristiana cooperación.

Babbitt montó en su automóvil, pero no se dirigió a su casa sino al centro de la ciudad. Quería estar solo y relamerse con la idea de haber intimado con William Washington Eathorne.

Noche blanca de nieve, calles ruidosas, luces refulgentes.

Grandes luces doradas de los tranvías que se deslizan a lo largo de la nieve amontonada a los lados de la calzada. Luces recatadas de las casas pequeñas. El vivo resplandor de una fundición lejana, que apaga las estrellas. Luces de las boticas de barrio donde los amigos chismorrearán satisfechos después de un día de trabajo.

La luz verde de una prevención y el fulgor aún más verde de la nieve. El drama del coche celular: una campanilla palpitando como un corazón aterrado, los faros hendiendo la calle rutilante, al volante no un chófer sino un policía de uniforme, otro policía columpiándose peligrosamente a la trasera, y dentro, más vislumbrado que visto, el prisionero. ¿Un asesino, un ladrón, un monedero falso hábilmente atrapado?

Una enorme iglesia de piedra gris con una torre rígida, media luz en las salas de recibo, y un alegre rezongueo de coros ensayando. La trémula luz verde de un taller de fotograbado. Luego, las turbulentas luces del centro; faroles rojos a la trasera de los autos parados; blancas entradas de los cinematógrafos, como escarchadas bocas de cavernas invernales; anuncios eléctricos, serpientes y bailarines de fuego; globos de luz rosa y música escarlata en salones de baile baratos; luces de los restaurantes chinos, linternas con flores de cerezo y pagodas, colgadas contra lustrosas celosías de oro y negro. Pequeñas lámparas sucias en pequeños *lunch rooms* hediondos. Las tiendas elegantes iluminadas por una luz discreta que se reflejaba en los adornos de cristal, en las pieles y en las suaves superficies de madera pulida de los escaparates aterciopelados. En lo alto de la calle un inesperado cuadrado luminoso colgado en la oscuridad, la ventana de una oficina donde alguien velaba por una razón desconocida y estimulante. ¿Un banquero cogido en una bancarrota, un muchacho ambicioso, un hombre que se había enriquecido repentinamente en algún negocio de petróleo?

El aire cortaba. La nieve estaba muy alta en los callejones. Babbitt sabía que fuera de la ciudad había montones de nieve entre los robles invernales de las colinas separadas por la curva helada del río.

Amaba a su ciudad con apasionamiento. Perdió el cansancio acumulado por sus preocupaciones y su oratoria; se sintió joven, fuerte, ambicioso. No bastaba ser un Vergil Gunch, un Orville Jones. «Son excelentes personas, sencillamente encantadoras, pero no saben lo que es tacto». No. Él iba a ser un Eathorne, delicadamente rígido y fríamente poderoso.

«Sí, eso es. Con mucha finura, pero duro y a la cabeza. Que nadie se tome confianzas con uno. He descuidado mucho mi dicción. Argot. Expresiones familiares. Se acabó. En el colegio era de los primeros en retórica. Temas sobre... Fuesen los que fuesen, no me salían mal. Ya estoy harto de tantas contemplaciones. Yo... ¿Por qué no podría yo mismo fundar un banco mío? ¡Y Ted mi sucesor!».

Volvió muy contento a casa, y para con su señora fue un William Washington Eathorne, pero ella ni tan siquiera se dio cuenta.

El joven Kennet Escott, reportero del *Advocate Times*, fue encargado de anunciar la escuela dominical de la iglesia presbiteriana de Chatham Road. Dedicó a esto seis horas semanales. Al menos se le pagó por dedicar seis horas semanales. Tenía amigos en *The Press* y en *The Gazette* y no era conocido (oficialmente) como agente de prensa. Escott se enteró de unos cuantos detalles insinuantes sobre cortesía de vecindad, sobre la Biblia, sobre las comidas parroquiales, alegres, por supuesto, pero al propio tiempo eminentemente educativas, y sobre el valor de la vida devota para alcanzar éxito monetario.

La escuela dominical adoptó el sistema militar propuesto por Babbitt. Vivificada por este aliento espiritual, tuvo un auge repentino. No llegó a ser la mayor escuela dominical de Zenith (la Iglesia metodista le llevó siempre ventaja gracias a métodos que el doctor Drew calificaba de «injustos, indecorosos, indignos, antiamericanos y anticristianos»), pero pasó al número dos del cuarto que ocupaba antes, y hubo a causa de esto gran regocijo en el cielo o, al menos, en aquella porción de cielo incluida en la rectoral del doctor Drew. Babbitt ganó muchas alabanzas y extendió su reputación.

Había recibido el grado de coronel en el estado mayor de la escuela. Cuando algún chico le saludaba militarmente en la calle, no cabía en sí de satisfacción; se le ponían coloradas las orejas al oír que le llamaban «coronel»; y aunque asistiese a la escuela dominical sólo para ser así exaltado, iba pensando en ello todo el camino.

Se mostraba especialmente afable con el agente de prensa, Kenneth Escott; le llevó a almorzar con él al Athletic Club y le invitó a comer en su casa.

Como muchos de los jóvenes seguros de sí mismos que barzonean por las ciudades con aparente satisfacción y que expresan su cinismo en arrogante argot, Escott era tímido y echaba de menos a la familia. Su cara astuta y famélica se redondeó de alegría durante la cena.

—¡Si supiera usted, señora —prorrumpió dirigiéndose a la de Babbitt—, qué gusto da saborear una comida casera!

Escott y Verona se gustaron. Se pasaron la noche «hablando de ideas». Descubrieron que eran radicales. Pero muy sensatos. Convinieron en que todos los comunistas eran criminales; en que el *vers libre* era una camelancia; y que, si bien debía llegarse al desarme universal, naturalmente, la Gran Bretaña y los Estados Unidos debían, para defensa de las pequeñas naciones oprimidas, tener una marina de guerra igual a la de todas las demás naciones juntas. Pero eran tan revolucionarios que predijeron (para irritación de Babbitt) la próxima formación de un tercer partido que había de originar muchos disgustos a los republicanos y a los demócratas.

Al marcharse, Escott estrechó la mano a Babbitt tres veces. Babbitt mencionó su extremado afecto por Eathorne.

En una misma semana, tres periódicos dieron cuenta de la excelente labor de

Babbitt en pro de la religión, y todos ellos mencionaron con mucho tacto a William Washington Eathorne como su colaborador.

Nada le había dado a Babbitt tanta reputación entre los Alces, los Boosters y los socios del Athletic Club. Sus amigos le habían felicitado siempre por su oratoria, pero en sus elogios había cierta reserva, porque hasta el pronunciar discursos, aunque sólo fuera para anunciar la ciudad, era algo pedante y degenerado, algo así como escribir poesías. Pero ahora Orville Jones dijo a gritos en el comedor del Athletic:

—¡Aquí está el nuevo director del First State Bank!

Grover Butterbaugh, el eminente almacenista de material de fontanería, exclamó riendo:

—¡Ya no se tratará usted con la gente de medio pelo después de haber dado la mano a Eathorne!

Y Emil Wengert, el joyero, se decidió por fin a discutir la compra de una casa en Dorchester.

Cuando terminó la campaña por la escuela dominical, Babbitt indicó a Kenneth Escott:

—Oiga, ¿qué piensa usted de darle un poco de bombo al doctor Drew personalmente?

Escott hizo una mueca.

—¡No se preocupe, ya se da él mismo bastante bombo, Mr. Babbitt! Apenas pasa una semana sin que llame por teléfono al periódico para decir que si le mandamos un reportero a su despacho, nos dará un resumen del estupendo sermón que va a predicar sobre la deshonestidad de las faldas cortas o sobre el autor del Pentateuco. No se preocupe de él. No hay aquí más que una persona que se anuncie mejor que él, y es Dora Gibson Tucker, directora de la Sociedad de Beneficencia Infantil y de la Liga Americanista, y la sola razón de ganar a Drew es porque tiene alguna inteligencia.

—Hombre, Kenneth, creo que no debe usted hablar así del doctor. Un predicador tiene que mirar por sus intereses, ¿no? Recuerde usted lo que dice la Biblia sobre... sobre ser diligente en los asuntos del Señor, o cosa así.

—Muy bien, meteré algo si usted quiere, Mr. Babbitt, pero tendré que esperar hasta que el gerente salga de viaje y luego pasarlo de contrabando.

Y así fue cómo en la edición del domingo del *Advocate Times*, bajo el retrato del doctor Drew, con sus ojos vivos, su mandíbula de granito y su mechón de pelo rubio, apareció una inscripción que le daba veinticuatro horas de inmortalidad:

«El reverendo doctor John Jennison Drew, M. A., pastor de la hermosa iglesia presbiteriana de Chatham Road, en la elegante barriada de Floral Heights, es un hacha salvando almas. Tiene el récord de conversiones. Durante su ministerio, un promedio de cien pecadores al año han declarado su resolución de emprender una nueva vida y han hallado un puerto de refugio y de paz.

»Todo marcha al vapor en la iglesia de Chatham Road. Las organizaciones subsidiarias llegan al punto máximo de eficacia. El doctor Drew pone especial interés en los coros de la congregación. En cada reunión se cantan hermosos himnos, y muchos amantes de la música y hasta profesionales acuden de los cuatro costados de la ciudad para asistir a los servicios.

»Tanto en el estrado de las conferencias populares como en el púlpito, el doctor Drew es un artista de la palabra, y a lo largo del año recibe multitud de invitaciones de aquí y de fuera para hablar desde diversas tribunas».

Babbitt dio a entender al doctor Drew que él era el responsable de este elogio. El doctor Drew le llamó «mi querido amigo», y le estrechó la mano repetidas veces.

Durante las reuniones del comité consultivo, Babbitt había insinuado que le encantaría invitar a Eathorne a comer, pero Eathorne había murmurado: «Muchísimas gracias..., pero, sabe usted..., yo casi nunca salgo de casa». Sin embargo, Eathorne no podía excusarse con el pastor de su iglesia.

—Oiga, doctor —dijo Babbitt a Drew puerilmente—, ahora que hemos dado fin a nuestra obra, creo que le toca al dómine convidarnos a cenar una noche.

—¡Ya lo creo! ¡Magnífico! ¡Encantado! —exclamó el doctor Drew, sacando su voz más varonil. (Alguien le había dicho una vez que hablaba como el difunto presidente Roosevelt).

—Y... oiga, doctor, a ver cómo se las arregla para que acuda Mr. Eathorne. Insista usted. Es... mmm... Creo que es perjudicial para su salud no salir nunca de casa.

Eathorne aceptó.

Fue una comida amistosa. Babbitt habló con naturalidad del valor social de los banqueros como estabilizadores. Eran, dijo, los pastores de la congregación mercantil. Por vez primera Eathorne dejó el tema de las escuelas dominicales para preguntar a Babbitt cómo marchaban sus negocios. Babbitt respondió modesta, casi filialmente.

Pocos meses después, cuando tuvo ocasión de tomar parte en el negocio de la estación terminal de la Compañía de Tracción, Babbitt no quiso pedir un empréstito a su banco. El negocio debía hacerse a la chita callando, porque si se sabía algo, el Público quizá no comprendiera. Recurrió a su amigo Mr. Eathorne. Fue bien recibido, y obtuvo el préstamo como cosa particular. Y ambos sacaron provecho de su nueva y grata asociación.

Después de lo cual, Babbitt asistió regularmente a la iglesia, excepto los domingos de primavera, que, eran, evidentemente, para pasear en automóvil.

—Te digo, chico —advirtió a Ted—, que no hay baluarte del sano conservadurismo tan fuerte como la Iglesia evangélica. Y para hacer amigos que te ayuden a ganar en la sociedad el puesto que mereces, no hay sitio como tu propia iglesia.

CAPÍTULO XVIII

1

Aunque los veía dos veces diarias, aunque conocía y discutía ampliamente sus gastos con todo detalle, pasaban semanas enteras sin que Babbitt reparara en sus hijos más que en los botones de las mangas de su propia chaqueta.

La admiración de Kenneth Escott le hizo fijarse en Verona.

Era ya secretaria de Mr. Gruensberg, de la Gruensberg Leather Company; hacía su trabajo con la escrupulosidad de un espíritu que reverencia los pormenores sin entenderlos nunca completamente; pero era una de esas personas que dan la impresión de estar a punto de hacer algo desesperado (abandonar su colocación o su marido) y no lo hacen nunca. Babbitt había puesto tantas esperanzas en la vacilante pasión de Escott que ya hacía el papel de suegro amable. Cuando volvía de los Alces se asomaba tímidamente al gabinete y murmuraba: «¿Ha estado aquí esta noche nuestro Kenny?». Nunca hizo caso de las protestas de Verona: «¡Si Kenny y yo somos simples amigos! Hablamos sólo de Ideas. No quiero nada de sentimentalismos que lo echarían todo a perder».

Era Ted quien traía a Babbitt más preocupado.

Con notas menos que medianas en latín y en inglés, pero con un estupendo expediente en trabajos manuales, béisbol y organización de bailes, Ted cursaba a duras penas su último año de escuela secundaria. En casa no mostraba interés por nada, salvo cuando había que descubrir algún misterioso mal en el sistema de ignición del coche. Repetía a su padre que no quería ir a la universidad ni estudiar leyes, y a Babbitt le inquietaba esta inconstancia tanto como las relaciones de Ted con Eunice Littlefield, su vecina.

Aunque hija de Howard Littlefield, aquella fábrica de datos, aquel sacerdote de la propiedad privada, Eunice era un torbellino. Entraba bailando en la casa, se echaba en las rodillas de Babbitt cuando estaba leyendo, le arrugaba el periódico, y se reía de él cuando con adecuadas palabras le decía que un periódico arrugado le molestaba tanto como un contrato de venta roto. Eunice tenía por entonces diecisiete años. Su ambición se cifraba en ser actriz de cine^[30]. No sólo iba a ver todas las películas importantes, sino que leía también las revistas cinematográficas, publicaciones mensuales o semanales ilustradas con retratos de jóvenes que hasta hacía poco habían sido manicuras, no muy hábiles por cierto, y que, si un director no les indicara cada gesto, no podrían representar ni en la cantata de Pascua de la iglesia metodista; revistas que muy seriamente, en entrevistas plagadas de grabados (pantalones de montar y hotelitos de California) daban cuenta de las opiniones que sobre escultura y sobre política internacional tenían ciertos jóvenes sospechosamente guapos; revistas que reseñaban argumentos de películas cuyos protagonistas eran prostitutas de alma pura y bandidos de buen corazón, y al mismo tiempo daban recetas para convertir de la noche a la mañana a los limpiabotas en Célebres Autores de Guiones

Cinematográficos.

Éstas eran las autoridades que estudiaba Eunice. Podía decir, y a menudo lo decía, si fue en noviembre o en diciembre de 1905 cuando Mack Harker, el renombrado *cow-boy* de la pantalla, comenzó su carrera pública de corista en la opereta «Oye, tú, picarona». En la pared de su cuarto, según dijo su padre, tenía sujetas con alfileres veintiuna fotografías de actores. Pero el retrato firmado del más garboso de los héroes cinematográficos lo llevaba en su seno.

Babbitt se sentía desconcertado por este culto de nuevos dioses, y sospechaba que Eunice fumaba cigarrillos. Desde el piso de arriba olía el humo empalagoso, y la oía reírse con Ted. Nunca preguntó nada. La encantadora niña le espantaba. La melena afilaba su carita, que era preciosa; llevaba las faldas cortas, las medias enrolladas y, cuando salía corriendo tras Ted, sobre la suavidad de la seda se vislumbraban sus rodillas mórbidas que a Babbitt, algo picado de que ella le considerase ya viejo, le ponían muy intranquilo. A veces, en la oculta vida de sus sueños, cuando el hada iba corriendo hacia él, tomaba la figura de Eunice Littlefield.

Ted tenía la locura del auto, como Eunice la del cine.

Mil negativas sarcásticas no le hicieron cejar en su empeño de tener un coche de su propiedad. Si bien era flojo para madrugar y para estudiar a Virgilio, para la mecánica se mostraba incansable. Con otros tres muchachos compró el chasis de un Ford reumático, y con tablas de pino y hojalata lo convirtió en un despampanante auto de carreras. Corrió algún tiempo en el peligroso vehículo, derrapando en las esquinas, y luego lo vendió, sacando alguna ganancia. Babbitt le regaló una motocicleta, y todos los sábados por la tarde, con siete bocadillos, una botella de Coca-Cola en el bolsillo, y Eunice encaramada con miedo en el sillín de atrás, iba trepidando hasta distantes ciudades.

Generalmente, Eunice y él se trataban simplemente como vecinos y reñían con una edificante y violenta falta de delicadeza; pero de cuando en cuando, después de bailar, se sentaban juntos aparte y se quedaban callados, lo cual inquietaba a Babbitt.

Babbitt era un padre como todos, afectuoso, fanfarrón, terco, ignorante y un tanto pensativo. Como a la mayoría de los padres, le gustaba el juego de esperar hasta que la víctima era claramente culpable para luego darle el zarpazo. Se justificaba gruñendo: «Bueno, es que a Ted lo echa a perder su madre. Alguien tiene que llamarle al orden, y ¿quién si no yo? ¡Porque trato de hacerle hombre decente, serio, humano, y no uno de esos sinvergüenzas azotacalles, naturalmente todos me llaman cascarrabias!».

A pesar de los pesares, con el eterno genio que el hombre tiene para llegar por los peores caminos a resultados sorprendentemente tolerables, Babbitt quería a su hijo y anhelaba su compañía y hubiera sacrificado todo por él..., de estar seguro que le reconocerían su mérito.

2

Ted estaba planeando dar una reunión a sus compañeros de curso.

Babbitt se puso en plan de hombre útil y jaranero. Recordando sus diversiones en la escuela de Catawba propuso los juegos más entretenidos: «De La Habana ha venido un barco...^[31]», charadas y juegos de palabras en que uno era un adjetivo o una cualidad. Cuando más entusiasmado estaba, notó que nadie le hacía caso; le toleraban, simplemente. En cuanto a la reunión, tenía un programa tan invariable como cualquier sarao del Union Club. Habría baile en la sala, colación en el comedor, y en el vestíbulo dos mesas de *bridge* para los que Ted llamaba «los pobres idiotas que apenas pueden bailar la mitad del tiempo».

Todas las mañanas durante el desayuno, no se hablaba de otra cosa. Nadie escuchaba los pronósticos de Babbitt sobre el tiempo que haría en febrero ni sus comentarios sobre los títulos de los periódicos. «Si me *permitís* que interrumpa vuestros secretos... ¿Habéis oído lo que he *dicho?*».

—¡Oh, no seas pelma! ¡Ted y yo tenemos tanto que hablar como tú! —gritaba la señora de Babbitt.

La noche de la reunión se le permitió mirar, cuando estaba ocupada con el helado de Vecchia y con los *petit fours* no necesitaba ayuda. Babbitt estaba desconcertado. Ocho años antes, cuando Verona dio su *party*, los chicos eran unos mocosucios charlatanes. Ahora eran hombres y mujeres de sociedad^[32], hombres y mujeres muy tirados para atrás. Los chicos condescendían con Babbitt. Vestían de etiqueta y aceptaban con arrogancia los cigarrillos que les ofrecían en pitilleras de plata. Babbitt había oído en el Athletic Club ciertas cosas que pasaban en las reuniones de jovenzuelos. Se hablaba de «sobos», de «besuqueos», de las chicas que dejaban el corsé en el tocador, y del incremento que tomaba lo que se conocía con el nombre de Inmoralidad, Babbitt se convenció de que tales historias eran verdaderas. Aquellos chicos le parecían audaces y fríos. Las muchachas llevaban vestidos de gasa vaporosa, de terciopelo coral, de tisú dorado, y la melena adornada con guirnaldas. Se enteró secretamente de que no habían dejado ningún corsé en el piso de arriba y, sin embargo, aquellos cuerpos flexibles no estaban acorazados por ballenas. Sus medias eran de lustrosa seda, sus zapatos extravagantes y caros, y llevaban los labios y las cejas pintados. Bailaban con la cara pegada a la de su pareja, y Babbitt sentía un desasosiego producido por la aprehensión y por la envidia inconsciente.

La peor de todas era Eunice Littlefield, y el más loco de todos, Ted. Eunice parecía un diablillo. Patinaba por la sala; sus tiernos hombros oscilaban; sus pies se movían veloces como lanzaderas: se reía y seducía a Babbitt para que bailase con ella.

Luego hizo otro descubrimiento.

Las parejas desaparecían de vez en cuando, y entonces recordó haber oído

rumores de que los chicos solían ir provistos de frascos de *whisky*. Dio una vuelta de puntillas alrededor de la casa, y en cada uno de los doce autos que esperaban vio puntos luminosos de los cigarrillos y oyó risas estridentes. Los hubiera denunciado, pero (de pie en la nieve, acechando desde la oscuridad de la esquina) no se atrevió. Había que andarse con tiento. Cuando volvió al vestíbulo dijo, dirigiéndose a los muchachos:

—Si alguno de ustedes tiene sed, tenemos buen gingerale.

—¡Oh, gracias! —Condescendieron ellos.

Buscó a su mujer, la encontró en la despensa y estalló:

—¡De buena gana saldría ahí y pondría a unos cuantos de esos mequetrefes en la calle! ¡Me hablan como si yo fuera el mayordomo! De buena gana...

—Sí —suspiró ella—, pero todo el mundo sabe, todas las madres me lo dicen, que a menos de tolerárselo, si te enfadas porque vayan a beber a sus autos, no volverán más a tu casa, y no va a quedarse Ted excluido de las reuniones.

Babbitt respondió que le encantaría ver a Ted excluido de las reuniones, y más que de prisa volvió al vestíbulo y estuvo muy cortés por miedo a que Ted fuera excluido de las reuniones.

Peor, resolvió, si veía que los chicos estaban bebiendo, pues... Bueno, les «iba a decir algo que les sorprendiese». Mientras trataba de mostrarse agradable con aquellos fornidos jovenzuelos en realidad los estaba oliendo. Dos veces percibió un tufillo a *whisky* de la prohibición, pero, bueno, sólo dos veces...

El doctor Howard Littlefield entró con paso tardo.

Había venido en solemne cumplimiento de sus deberes paternales. Se proponía echar un vistazo. Ted y Eunice estaban bailando, moviéndose juntos como un solo cuerpo. Littlefield explicó a Babbitt que la madre de Eunice tenía un terrible dolor de cabeza y la necesitaba a su lado. Eunice se marchó hecha un mar de lágrimas. Babbitt les miró furioso.

—¡El diablillo ese! ¡Metiendo a Ted en un lío! ¡Y Littlefield, el muy presuntuoso, haciendo como si fuera Ted el que tiene la culpa!

Poco después, notó que Ted olía a *whisky*.

Despedidos cortésmente los invitados, la trifulca fue terrorífica, una completa Escena de Familia, como un alud, sin consideraciones ni reticencias de ninguna clase. Babbitt rugía, su señora lloraba. Ted, en actitud de desafío, y Verona sin saber de qué parte ponerse.

Durante varios meses, las relaciones entre los Babbitt y los Littlefield fueron muy frías. Cada familia protegía a su corderito del lobo de la casa contigua. Babbitt y Littlefield seguían hablando en pomposos períodos de los automóviles y del senado, pero tenían buen cuidado en no mencionar a sus familias. Siempre que Eunice iba a casa de los Babbitt discutía con simpática intimidad que le habían prohibido visitarles, y Babbitt trataba, sin éxito, por supuesto, de mostrarse paternal con ella y le daba consejos.

3

—¡Voto al chápiro verde! —decía Ted a Eunice, lamentándose, mientras tomaban chocolate caliente y almendras garrapiñadas en el esplendor del Royal Drug Store—, no puedo comprender cómo papá no la diña de puro encogido. Todas las noches se queda allí sentado, medio dormido, y si Roña o yo decimos «Anda, vamos a alguna parte», ni siquiera se molesta en pensarlo. No hace más que bostezar y decir: «Nooo, me encuentro muy bien aquí». No sabe que hay sitios donde puede uno divertirse. Supongo que tendrá sus cavilaciones, como tú y yo, pero no se le nota. Fuera de su oficina y de jugar un poco al golf los sábados, cree que en el mundo no hay más que hacer que estarse allí sentado..., allí sentado todas las noches..., sin querer ir a ninguna parte..., sin querer hacer nada..., pensando que nosotros estamos locos... allí sentado... ¡Dios mío!

Babbitt estaba asustado por la despreocupación de Ted. En cambio, Verona no le asustaba lo suficiente. Era demasiado formal. Vivía demasiado en el limpio cuartito de su cerebro. Kenneth Escott y ella estaban siempre estorbando. Cuando no se quedaban en casa haciéndose cautelosamente la corte sobre hojas de estadísticas, iban a conferencias de literatos, de filósofos indios, de tenientes suecos.

—¡Dios! —decía Babbitt a su mujer lamentándose, camino de su casa después de una partida de *bridge* con los Fogarty—, no puedo comprender cómo Roña y ese individuo pueden ser tan apocados. Se quedan allí sentados toda la noche, cuando él no tiene nada que hacer, y creen que no se puede uno divertir en el mundo. Todo se les vuelve hablar y discutir... ¡Dios! Allí sentados... noche tras noche..., sin querer hacer nada..., creyendo que yo estoy loco porque me gusta salir y jugar una partida de cartas..., allí sentados... ¡Dios mío!

Después, en torno al nadador, aburrido de bracear en la perpetua marejada de la vida familiar, nuevas olas se encresparon.

Los suegros de Babbitt, Mr. Henry T. Thompson y señora, alquilaron su antigua casa de Bellevue y se mudaron al Hotel Hatton, como llamaban a aquella fonda glorificada, llena de ventanas, de muebles de felpa roja y jarras de agua con hielo. Se encontraban muy solos allí, y cada dos domingos los Babbitt tenían que acompañarlos a cenar fricasé de pollo, apio anémico y helado de almidón, y luego sentarse, corteses, violentos, en el salón del hotel, a oír a una joven violinista que tocaba canciones alemanas vía Broadway.

Después, la madre de Babbitt, que residía en Catawba, fue a pasar tres semanas con su hijo.

Era una amable señora portentosamente incomprensiva. Felicitó a la rebelde Verona, por ser «una mujer casera, leal y simpática, sin todas esas Ideas que tantas muchachas parecen tener hoy día»; y cuando Ted engrasaba el diferencial, por puro amor a la mecánica y a mancharse, se alegraba de que «trabajase tanto en la casa ayudando a su padre, y no saliera a todas horas con las chicas dándose las de hombre de sociedad».

Babbitt quería a su madre, y a veces hasta simpatizaba con ella, pero le aburría su Cristiana Paciencia y se quedaba reducido a papilla cuando empezaba a discursar sobre un héroe completamente mítico llamado «Tu Padre».

—Tú no te acordarás, George..., ¡eras tan chiquitín!... Vamos, parece que te veo con tus ricitos rubios y tu cuello de encaje. Fuiste siempre un niño tan mono, un poco canijo y delicado, y te gustaban tanto las cosas bonitas y las borlas rojas de tus botitas y todo... y Tu Padre nos llevaba aquel día a la iglesia y un individuo nos paró y dijo «Comandante»... Muchas veces le llamaban a Tu Padre «Comandante»; claro que en La Guerra fue sólo soldado raso, pero todo el mundo sabía que por envidia del capitán no le ascendieron a oficial... Tenía esa habilidad natural para el mundo que tan pocos hombres tienen... Y aquel individuo salió al medio del camino y levantó la mano y paró el cochecillo y dijo: «Comandante, somos muchos los que hemos decidido apoyar al coronel Scanell para el Congreso, y queremos que usted se nos una. Con las relaciones que usted hace en la tienda puede ayudarnos mucho...». Bueno, pues Tu Padre le miró y le dijo: «Nunca haré yo semejante cosa. No me gustan sus politiqueos». Y el individuo... Capitán Smith le llamaban^[33], Dios sabrá por qué, pues no tenía el más mínimo derecho a que le llamasen capitán ni nada... Conque este capitán Smith dijo: «Le daremos a usted mucho que hacer, comandante, si no ayuda a sus amigos». Bueno, ya sabes cómo era Tu Padre, y Smith lo sabía también; sabía que era un hombre de pelo en pecho, y sabía que Tu Padre conocía la situación política ce por be, y debía haber visto que no era hombre que aguantase imposiciones, pero siguió insistiendo e insinuándose, dale que dale, hasta que Tu Padre se irritó y le dijo: «¡Capitán Smith, tengo fama por estos lugares de ser persona

totalmente apta para resolver mis asuntos y dejar a los demás que resuelvan los suyos!», y sin más arreó, dejando al individuo allí plantado con dos palmos de narices.

Babbitt llegaba al colmo de la exasperación cuando la vieja revelaba su infancia a sus hijos. Había sido, al parecer, aficionado a chupar alfeñique; había lucido un «lacito rosa monísimo en el pelo», y como no podía pronunciar bien había convertido su nombre en «Gugú». Una vez oyó (aunque no oficialmente) que Ted le decía a Tinka: «Vamos, nena; ponte en el pelo el lacito rosa y baja a desayunar, que si no Gugú te va a romper los morros».

El medio hermano de Babbitt, Martin, con su mujer y el menor de sus hijos, llegaron de Catawba a pasar dos días. Martin, además de vender de todo en su tienda, se dedicaba a la cría de ganado. Estaba orgulloso de ser un americano libre e independiente del antiguo linaje yanqui; estaba orgulloso de ser honrado, brusco, feo y desagradable. Su observación favorita era: «¿Cuánto has pagado por esto?». Los libros de Verona, el lápiz de plata de Babbitt y las flores de la mesa los consideraba como extravagancias urbanas, y así lo decía. Babbitt hubiera regañado con él si no fuera por la papanatas de su mujer y por el nene, a quien Babbitt hacía fiestas diciéndole:

—Creo que este niño es un picarón, sí señor, me parece que este niño es un picarón, es un picarón, sí señor, es un picarón, eso es, un picarón, este niño es un picarón, no es nada más que un picarón, eso es... ¡un picarón!

Durante todo este tiempo, Verona y Kenneth Escott hicieron largas investigaciones sobre epistemología; Ted se portaba como un rebelde; y Tinka, con sus once años, pedía que se le permitiera ir al cine tres veces por semana «como todas las chicas».

Babbitt estaba furioso:

—¡Estoy harto de esto! ¡Tener que cargar con tres generaciones! ¡Tener que soportarlos a todos! Darle a mi madre la mitad de lo que necesita, oír a Henry T., aguantar las chinchorrerías de Myra, estar fino con Martin, y que me llamen gruñón porque trato de educar a mis chicos. Todos dependiendo de mí y todos criticándome. Ni uno solo me lo agradece. Ni alivio, ni estimación, ni ayuda de nadie. Y seguir así hasta... ¡Dios mío!, ¿hasta cuándo?

En febrero se puso enfermo y le encantó la consternación de su familia al ver que él, la roca, cedía.

Había comido una almeja sospechosa. Pasó dos días lánguido, mimado y estimado por todos. Se le permitió gruñir: «Dejadme en paz», sin represalias. Acostado en la galería, miraba el sol de invierno resbalar por las cortinas, tornando su color rojizo en sangre pálida. La sombra de la cuerda en la lona era de un negro intenso. Cuando se fue esfumando a la débil luz del atardecer, Babbitt suspiró. Se sentía vivir y estaba un poco triste. Sin un Vergil Gunch ante quien poner cara de resuelto optimismo, miraba su vida, y hasta confesaba mirarla así, como una vida

increíblemente mecánica. Negocios mecánicos: rápida venta de casas mal construidas. Religión mecánica: una iglesia dura y seca, cerrada a la vida real de la calle, tan inhumanamente respetable como un sombrero de copa. Golf mecánico, *bridge* mecánico, reuniones y conversaciones mecánicas. Excepción hecha de Paul Riesling, amistades mecánicas, tiroteo de guasitas sin atreverse jamás a hacer el experimento de la tranquilidad.

Daba vueltas en la cama, intranquilo.

Veía los años, los brillantes días invernales y las dulces tardes largas de verano perdidos en frágiles presunciones. ¡Qué vida la suya! Siempre telefoneando, siempre lisonjeando a personas que odiaba, haciendo visitas de negocios, esperando en sucias antesalas..., bostezando con el sombrero en la rodilla ante calendarios cagados por las moscas, tratando cortésmente a los empleados de las oficinas...

—Ganas me dan de no volver a trabajar —suspiró—. Quisiera... No sé.

Pero al día siguiente estaba en su despacho muy atareado y con un humor dudoso.

CAPÍTULO XIX

La Compañía de Tracción de Zenith había planeado construir unos talleres de reparaciones en el suburbio de Dorchester, pero cuando fueron a comprar los terrenos se encontraron con que estaban retenidos, en opción, por la Babbitt-Thompson Realty Company. El agente de compras, el primer vicepresidente y hasta el presidente de la Compañía de Tracción protestaron contra el precio de Babbitt. Mencionaron sus deberes para con los accionistas, amenazaron apelar a los tribunales, aunque esto no se hizo nunca porque los directivos creyeron más sensato enténderselas con Babbitt. En los archivos de la Compañía se conservan copias al carbón de la correspondencia, que pueden ser inspeccionadas por cualquier comisión pública.

A raíz de esto, Babbitt depositó tres mil dólares en el banco, el agente de la Compañía de Tracción se compró un automóvil de cinco mil dólares, el primer vicepresidente construyó una casa en Devon Woods, y al presidente le nombraron ministro de un país extranjero.

Obtener las opciones, adquirir derechos sobre un terreno sin dar noticia al vecino, había sido para Babbitt un esfuerzo extraordinario. Fue preciso hacer correr el rumor de que pensaba construir garajes y tiendas, para fingir que no tomaba más opciones. Fue necesario esperar y adoptar un aire aburrido de jugador de póquer cierta vez que la imposibilidad de adquirir un solar amenazó con echar abajo todos sus planes. A todo esto hay que añadir las peloterías con los cómplices secretamente asociados. No querían que Babbitt y Thompson tuvieran ninguna participación en el trato excepto como simples intermediarios. Babbitt se conformó.

—La ética de los negocios... El agente debe limitarse estrictamente a representar a los clientes y no meterse en la compra —dijo a Thompson.

—¡Ética! ¡Yo no entiendo de éticas! ¿Te crees que voy a ver yo a ese hatajo de truhanes salirse con la suya y dejarnos a nosotros con las manos vacías? —bufó el viejo Henry.

—Bueno, yo no quiero hacer eso. Me parece una doblez.

—No doblez sino triplez. Es el público el engañado. Bueno, ya nos hemos puesto bastante éticos; ahora la cuestión es ver cómo podemos sacar un empréstito para quedarnos con parte de la propiedad a la chita callando. A nuestro banco no podemos ir. A lo mejor se sabe.

—Yo podría ver a Eathorne. Es callado como una tumba.

—Magnífico.

Eathorne tenía mucho gusto, dijo, en hacer el préstamo a Babbitt y ver que el préstamo no apareciera en los libros del banco. De este modo, ciertas opciones que Babbitt y Thompson obtuvieron fueron sobre fincas de su propiedad, aunque no aparecieran a su nombre.

Cuando estaba a punto de cerrarse este espléndido trato, que estimulaba la confianza del público dando un ejemplo del incremento que tomaba el negocio de

fincas, Babbitt quedó abrumado al enterarse de que tenía a su servicio una persona de mala fe.

Esta persona de mala fe era Stanley Graff. Ya hacía algún tiempo que Babbitt estaba preocupado con Graff. No cumplía la palabra que daba a los inquilinos. Con tal de alquilar una casa, era capaz de prometer reparaciones que el dueño no había autorizado. Se sospechaba que hacía trampas en los inventarios de las casas amuebladas, de modo que cuando el inquilino se marchaba, tenía que pagar por objetos que nunca habían estado en la casa, dinero que Graff se metía en el bolsillo. Babbitt no había podido probar estas sospechas y, aunque tenía ya proyectado despedir a Graff, nunca encontró tiempo para hacerlo.

En el despacho particular de Babbitt entró un hombre de cara roja.

—¡Oiga! —dijo jadeando—. Yo he venido aquí a armar una de alivio, y a menos que mande usted detener a ese individuo, la armaré.

—¿Qué...? Cálmese, hombre, cálmese. ¿Qué sucede?

—Sucede... ¡Ejem! Sucede que...

—Siéntese usted y no se acalore tanto. ¡Le pueden oír en todo el edificio!

—El Graff ese que trabaja aquí me arrienda una casa. Estuvo ayer y firmé el contrato, todo en regla, y quedó en llevárselo al casero para que firmase y mandármelo por correo anoche. Bueno, lo hizo. Esta mañana bajo yo a desayunarme y dice la chica que un fulano se había presentado justamente después del primer reparto y le pidió un sobre que venía equivocado, un sobre grande con «Babbitt-Thompson» en la esquina. Allí estaba, no había de estar, conque la chica se lo da. Y me hace una descripción del tipo y era el Graff ése. De modo que le llamo por teléfono y él, si será primo, lo confiesa. Va y dice que después que mi contrato estaba todo firmado otro señor le ofreció más. Conque usted dirá qué piensa hacer.

—¿Su nombre...?

—William Varney... W. K. Varney.

—Oh, sí. Era la casa de Garrison.

Babbitt pulsó el timbre. Cuando *Miss McGoun* entró, le preguntó:

—¿Ha salido Graff?

—Sí, señor.

—A ver si encuentra usted en su mesa un contrato de alquiler firmado por Mr. Varney. No sabe usted cuánto siento que haya sucedido esto —añadió dirigiéndose a Varney—. Excuso decirle que despediré a Graff tan pronto como llegue. Y, naturalmente, su contrato se respetará. Y además voy a hacer una cosa. Le diré al propietario que la comisión que había de darnos la aplique a la renta de la casa. ¡No! ¡De veras! Lo hago por mi gusto. Para serle franco, este incidente me afecta muchísimo. Yo habré sido siempre un hombre de negocios práctico. Habré contado en mis tiempos algún cuento chino cuando la ocasión lo pedía, no lo niego... ¿Sabe usted?, a veces hay que exagerar un poco para impresionar a los cabezas duras. Pero esta es la primera vez que he tenido que acusar a uno de mis empleados de algo más

grave que birlar unos cuantos sellos de correos. De veras, no quiero sacar ningún provecho de esto. Me remordería la conciencia. Así que ¿me permite usted cederle la comisión? ¡Arreglado!

Babbitt volvió andando por las frías calles de febrero. Los camiones esparcían salpicaduras de fango y el cielo estaba oscuro sobre las oscuras cornisas de ladrillo. Entró en su oficina muy abatido. Él, que tanto la respetaba, había faltado a la ley ocultando el Crimen Federal de interceptar el correo^[34]. Pero no podía ver a Graff en la cárcel y a su mujer sufriendo. Sin embargo, tenía que despedir a Graff, y ésta era una parte de la rutina oficinesca que le causaba terror. Quería tanto a todo el mundo, y deseaba tanto que le quisieran a él, que no tenía fuerzas para ofender a nadie.

Miss McGoun entró de pronto para murmurar, con la excitación de la escena que veía acercarse:

—¡Aquí está!

—¿Mr. Graff? Dígale que venga.

Se arrellanó en su silla y trató de tomar un aire tranquilo, inexpresivo. Graff entró taconeando. Era un hombre de treinta y cinco años, apuesto, con lentes y con un bigote absurdo.

—¿Me necesita usted? —preguntó Graff.

—Sí. Siéntese.

Graff continuó en pie murmurando:

—Supongo que ese majadero de Varney ha venido a verle a usted. Voy a explicarme. En primer lugar, es un tacaño y no perdona un centavo, y en realidad casi me mintió hablándome de su puntualidad en el pago de alquileres... Me enteré inmediatamente después de firmar el contrato. Y luego se presentó otro individuo que ofrecía más por la casa, y yo creí que era mi deber para con la compañía deshacerme de Varney, y tan preocupado estaba que me planté allí y recuperé el contrato. De veras, Mr. Babbitt, que lo hice sin segunda intención. Quería, simplemente, que la compañía sacara comis...

—Un momento, Stan. Todo eso puede ser verdad, pero he tenido muchas quejas de usted. Supongo que sus intenciones no habrán sido nunca malas, y creo que con una breve lección que le estimule un poco, se convertirá usted, con el tiempo, en un excelente corredor de casas. Pero yo no puedo tenerle más.

Graff se apoyó contra el fichero, las manos en los bolsillos, y se echó a reír.

—¡De modo que estoy despedido! ¡Pues no sabe usted, señor de la Visión y de la Ética, la gracia que me hace! ¡Pero no piense que a mí me la da! Yo habré hecho algún negocio sucio, no lo niego, pero ¿cómo no había de hacerlo trabajando en esta oficina?

—Oiga usted, joven...

—¡Tate, tate! Baje usted los humos y no grite porque le oirán desde la oficina. Probablemente nos están escuchando en este mismo instante. Mi querido señor Babbitt, usted es un bribón en primer lugar, y en segundo un roñoso. Si me diera

usted un sueldo decente no tendría que robarle las perras a los ciegos para que mi mujer no se muera de hambre. Llevamos casados cinco meses, ella es una muchacha encantadora, y usted nos tiene siempre sin blanca, sí señor, usted que es un perfecto ladrón, a fin de poder ahorrar dinero para el zopenco de su hijo y para su hija, la tonta esa que se le pasea la sangre por el cuerpo. ¡Espere, espere! Se lo traga usted todo o si no grito para que lo oigan todos los empleados. Y un bribonazo... Bueno, si le dijera yo al fiscal lo que sé del robo ese de la Compañía de Tracción, los dos, usted y yo, íbamos a la cárcel, con algunos de esos canallas tan amables, tan limpios, tan piadosos, tan buenos, que tiene la compañía a su servicio.

—Vaya, Stan, parece que concretamos. Ese asunto... No hubo en ello nada inmoral. La única manera de progresar trabajando en gran escala es llevar a cabo las cosas; y la gente ha de ser recompensada...

—¡Oh, por amor de Dios, no se me ponga usted virtuoso! Por lo que veo, estoy despedido. Muy bien. Me conviene. Y como le coja a usted dando malos informes de mí, sacaré a relucir todo lo que sé de usted y de Henry T. y de los cochinos negocios que ustedes, sargentos de la industria, hacen para los ladrones más listos; y tendrá usted que marcharse de la ciudad. Y yo... Tiene usted razón, Babbitt, me he portado como un tunante, pero ahora voy a volver al buen camino, y el primer paso será encontrar una colocación en una oficina donde el jefe no hable de Ideales. Mala suerte, amigo; puede usted meterse su maldita colocación donde le quepa.

Babbitt se quedó largo rato sentado, rabiando: «Lo haré arrestar»; y suspirando: «La verdad es que... No, yo nunca he hecho nada que no fuera necesario para que las Ruedas del Progreso siguieran rodando».

Al día siguiente, contrató como sustituto de Graff a Fritz Weilinger, empleado de su más dañino rival, la Compañía de Ensanche y Edificación, y así, al mismo tiempo que fastidiaba a su competidor, hacía una excelente adquisición. Weilinger recibía a los clientes amablemente. Babbitt descansaba en él y lo consideraba como un hijo.

Un hipódromo abandonado en las afueras de Chicago, excelente terreno para fábricas, estaba en venta, y Jake Offutt pidió a Babbitt que hiciera una oferta en su nombre. El esfuerzo que le había costado el negocio de la Compañía de Tracción y su disgusto con Stanley Graff causó a Babbitt tal sacudida que no podía sentarse a su escritorio y concentrarse.

—¡Atención! ¿Sabéis quién va a Chicago —preguntó a su familia— (no perderá más que un día de colegio) con el célebre embajador de los negocios George F. Babbitt? ¡Pues Mr. Theodore Roosevelt Babbitt!

—¡Hurra! —gritó Ted—. ¡Y que no vamos a correrla!

Lejos de las complicaciones familiares eran dos hombres. A Ted se le notaba la juventud solamente por su insistencia de echárselas de hombre, y las únicas ramas en que, aparentemente, Babbitt tenía un conocimiento mayor y más maduro que Ted, eran los detalles de su profesión y las frases de los políticos. Cuando los otros sabios que viajaban en su mismo coche salieron del fumadero dejándolos solos, la voz de Babbitt no descendió al tono alegre y ofensivo en que uno se dirige a los niños, sino que continuó retumbando monótona y sordamente. Ted trataba de imitarla con su estridente vocecilla de tenor.

—Caramba, papá, vaya meneo que le has dado a ese mequetrefe cuando se puso a hablar de la Liga de las Naciones.

—Mira, lo que les pasa a muchos de estos individuos es que, simplemente, no saben de qué están hablando. No concretan... ¿Qué piensas de Ken Escott?

—Te diré, papá... Me figuro que Ken es un buen muchacho; no le veo más defecto que el fumar mucho; pero, ¡Dios, qué calmoso es! Bueno, si no le empujamos, el pobre infeliz no se declarará nunca. Y Roña, otra que tal. Calmosa como ella sola.

—Sí, creo que estás en lo cierto. Son unos pelmazos. Ni el uno ni el otro tienen nuestra energía.

—Verdad. Son unos pelmas. ¡Te juro, papá, que no sé como Roña ha caído en nuestra familia! Apuesto a que si se supiese la verdad, tú debiste ser una buena pieza cuando chico.

—¡Psch, no era tan calmoso!

—¡Ya me lo figuro, ya! ¡Y que no dejarías escapar ni una travesura!

—Bueno, cuando salía con las chicas no pasaba todo el rato hablándoles de la huelga de calceteros.

Soltaron juntos la carcajada y juntos encendieron sendos cigarros.

—¿Qué vamos a hacer con ellos? —consultó Babbitt.

—¡Dios, no sé! Te juro que a veces me dan ganas de llamar a Ken aparte y ponerle las peras a cuarto: «Oiga —le diría—, ¿se va usted a casar con la joven Roña o va usted a hablarle hasta que se muera? Ya anda usted cerca de los treinta y no saca

usted más de veinte o veinticinco a la semana. ¿Cuándo se le va a desarrollar a usted el sentido de la responsabilidad? ¿Cuándo va usted a pedir que le suban el sueldo? Si hay algo en que George F. y yo podamos ayudarle, avise, pero a ver si aviva».

—Sí, no sería malo que tú o yo le habláramos del asunto, si no fuera que a lo mejor no comprende. Es otro petulante. Ya podía dejarse de rodeos y poner las cartas sobre la mesa y hablar claro, como tú o como yo hacemos.

—¡Eso! Es como todos los petulantes.

—Eso, como todos ellos.

—Eso es, sí.

Suspiraron y se quedaron cavilando en silencio, felices.

Entró el revisor. Una vez había ido a la oficina de Babbitt para enterarse de algunas cosas.

—¿Qué tal, Mr. Babbitt? ¿Vamos a tenerle por Chicago? ¿Es su hijo éste?

—Sí, este es mi hijo Ted.

—¡Vaya, vaya, cualquiera lo diría! ¡Yo que le tenía a usted por joven, no le echaba más de cuarenta, a lo sumo, y ahora aparece con este mocetón!

—¿Cuarenta? ¡Los cuarenta y cinco ya no los cumplo!

—¡De veras! ¡No lo creería si usted mismo no me lo dijera!

—Sí, señor, sí. Es difícil ocultar la edad cuando tiene uno que viajar con un hombretón como aquí Ted.

—¡Ya lo creo que lo es! —A Ted—: Supongo que estará usted en la universidad.

Orgullosamente:

—No, hasta el próximo otoño, no. Ahora estoy, por decirlo así, echando el ojo a varias universidades.

Cuando el revisor siguió adelante, haciendo tintinear la enorme cadena de su reloj contra su pechera azul, Babbitt y Ted se pusieron a hacer consideraciones sobre las diferentes universidades. Llegaron a Chicago a altas horas de la noche. Se quedaron en la cama por la mañana.

—¡Qué gusto no tener que levantarse y bajar a desayunar, eh!

Estaban hospedados en el modesto hotel Edén, porque los negociantes de Zenith paraban siempre en el Edén, pero cenaron en el lujoso salón Versailles del hotel Regency. Babbitt pidió ostras de *Blue Point*, un enorme bistec con una tremenda fuente de patatas fritas, dos cafés y tarta de manzana con helado para ambos, y para Ted, pastel de carne además.

—¡Chico! ¡Vaya comidaza! —exclamó Ted con admiración.

—¡Bah! Tú no te separes de mí y verás cómo la gozas.

Fueron a una opereta, y a cada chiste matrimonial, a cada retruécano sobre la prohibición, se daban con el codo. Se pasearon del brazo por el vestíbulo, en los entreactos y, en el júbilo de su primera liberación de la vergüenza que separa a padres e hijos, Ted dijo riendo:

—Oye, papá, ¿conoces el cuento de las tres modistas y el juez?

En cuanto Ted volvió a Zenith, Babbitt se sintió muy solo. Como trataba de concluir una alianza entre Offutt y ciertos intereses de Milwaukee, que querían también el hipódromo, la mayor parte del día se lo pasaba esperando llamadas por teléfono... Sentado en el borde de la cama con el teléfono en la mano, preguntando aburrido: «¿Mr. Sagen no ha vuelto aún? ¿Dejó algún recado para mí? Muy bien; no cortaré la comunicación». Mirando una mancha en la pared, reflexionando que parecía un zapato, y harto de descubrir por vigésima vez que parecía un zapato. Encendiendo un pitillo: luego sin soltar el teléfono y sin cenicero a su alcance, pensando qué hacer con la amenaza de quemarse y tratando ansiosamente de tirarlo al cuarto de baño. Por fin, al teléfono: «¿No dejó recado, eh? Bueno, llamaré otra vez».

Una tarde, vagando por calles cubiertas de nieve, de las cuales nunca había oído hablar, calles formadas por casitas de vecindad y hotelillos abandonados, pensó que no tenía nada que hacer, que no había nada que le interesase hacer. Se sintió muy abatido aquella noche al cenar completamente solo en el hotel Regency. Después se sentó en el vestíbulo, en un sillón de felpa adornado con las armas de Sajonia-Coburgo, y encendió un cigarro buscando con la vista a alguien que se le acercase para entretenerle, librándole de pensar. En el sillón contiguo (que ostentaba las armas de Lituania), había un hombre medio familiar, un hombre de cara roja, ojos saltones y deficiente bigote amarillo. Parecía agradable e insignificante, y tan triste como el mismo Babbitt. Llevaba un traje de mezclilla y una horripilante corbata anaranjada.

Babbitt le reconoció de pronto. El melancólico desconocido era *Sir Gerald Doak*.

Instintivamente Babbitt se levantó murmurando:

—¿Cómo está usted, *Sir Gerald*? ¿Recuerda usted que fuimos presentados en Zenith, en casa de los McKelvey? Yo me llamo Babbitt... Inmuebles.

—¡Oh! ¿Qué tal?

Sir Gerald le estrechó la mano fríamente. Turbado, en pie, pensando cómo batirse en retirada, Babbitt farfulló:

—Supongo que habrá viajado usted mucho desde que le vimos en Zenith.

—Bastante. Columbia británica y California y todo el país —dijo ambiguamente, mirando a Babbitt con ojos inexpresivos.

—¿Cómo ha encontrado usted los negocios en Columbia británica? Aunque tal vez no se habrá usted ocupado de eso. El paisaje, el deporte y demás...

—¿El paisaje? Oh, espléndido. Pero los negocios... ¿Sabe usted, Mr. Babbitt? La falta de trabajo es allí tan grave como en mi país.

Sir Gerald hablaba ahora acaloradamente.

—¡Ah! ¿Conque los negocios no marchan bien, eh?

—No, los negocios no están ni mucho menos como yo me había esperado.

—¿No marchan bien, eh?

—No, no... No muy bien.

—Es lástima. Bueno... Supongo que estará usted esperando a alguien que le lleve a alguna reunión, *Sir Gerald*.

—¿Reunión? Oh, reunión. No, para serle a usted franco, estaba pensando qué demonios podría yo hacer esta noche. No conozco un alma en Chicago. ¿Sabe usted por casualidad dónde hay un buen teatro en esta ciudad?

—¿Bueno? ¡Hombre, ahora hay ópera aquí! Me figuro que le gustará a usted.

—¿Eh? ¿Eh? Fui una vez a la ópera en Londres. ¡Espantoso! No, yo pensaba si no habría un buen cine.

Babbitt, balanceándose en su silla dijo:

—¿Cine? Bueno, *Sir Gerald*, supongo que, naturalmente, le estarán esperando a usted una porción de damas para llevarle a alguna soirée...

—¡No lo quiera Dios!

—Entonces, ¿qué piensa usted de irnos juntos a un cine? Dan una cinta estupenda en el Grantham: Bill Hart en una película de bandidos.

—¡Magnífico! Un momento, mientras cojo el abrigo.

Hinchado, ligeramente temeroso de que el noble de Nottingham cambiara de idea y le diera esquinazo, Babbitt se contoneó con *Sir Gerald* camino del cinematógrafo y se sentó en delicioso silencio junto a él, procurando no entusiasmarse demasiado, por miedo a que el aristócrata despreciase su adoración por los revólveres de seis tiros y por los potros cerriles. Al terminar, *Sir Gerald* murmuró:

—Bonita película ésta. Ha sido usted muy amable al traerme. Hacía semanas que no me divertía tanto. Todas estas señoronas... ¡Nunca le dejan a uno ir al cine!

—¡Qué me dice usted! —(La conversación de Babbitt, perdido ya todo refinamiento con que se había adornado, era ahora cariñosa y natural)—. ¡Pues me alegro mucho de que le haya gustado, *Sir Gerald*!

Salieron al pasillo de butacas tropezando con rodillas de mujeres gordas, y se detuvieron en el vestíbulo para ponerse los gabanes.

—¿Qué piensa usted de tomarnos un pisco-labis? —insinuó Babbitt—. Conozco un sitio donde dan unas tostadas de queso pistonudas, y hasta podríamos echar un traguito...; es decir, si es que usted lo prueba.

—¡Ya lo creo! Pero ¿por qué no viene usted a mi cuarto? Tengo un poco de Scotch... nada malo.

—Oh, no quiero gastarle sus provisiones. Es usted muy amable, pero... Probablemente querrá usted acostarse.

Sir Gerald se había transformado. Estaba afectuosísimo.

—¡Déjese de tontunas! ¡Hace tanto tiempo que no paso una noche a gusto...! Teniendo que ir a todos esos bailes..., sin poder hablar de negocios ni de nada. Vamos, anímese. ¿No quiere usted venir?

—¿Que si quiero? ¡Encantado! Pensé que acaso... Bueno, la verdad es que no hay como poder sentarse tranquilamente a hablar de negocios, después de andar metido siempre en sociedad, bailes, mascaradas, banquetes y cosas por el estilo. Lo mismo me pasa a mí en Zenith. Pues sí, iré con mucho gusto, ya lo creo.

—Es usted muy amable.

Echaron a andar rozagantes de alegría.

—Diga, querido, la vida de sociedad, ¿marcha siempre a este paso en las ciudades americanas? ¿Todas esas magníficas reuniones?

—¡Vamos, hombre, no bromeo! Usted, acostumbrado a los bailes de palacio y a festivales y demás...

—¡No, de veras! Mi madre y yo..., *lady* Doak, debiera decir..., generalmente jugamos una partidita de cartas y a las diez estamos en la cama. Le juro que yo no podría resistir esta vida, siempre de reunión en reunión. ¡Y luego hablar! Todas las americanas saben tanto..., cultura y todo lo demás. Esa señora de McKelvey..., su amiga...

—Sí, Lucila. Buena chica.

—... Me preguntó cuál de las galerías me gustaba más en Florencia. ¿O dijo en Firenze? ¡Yo en mi vida he estado en Florencia! ¡Y los primitivos! Si me gustaban los primitivos. ¿Sabe usted qué diablos es un primitivo?

—¿Yo? ¡Qué voy a saber! Pero sé lo que es un descuento por pagar al contado. — ¡Toma! ¡Y yo, voto a tal! ¡Pero primitivos!

—¡Je! ¡Primitivos!

Se rieron como en un almuerzo del Boosters' Club.

El cuarto de *Sir* Gerald era, salvo por las voluminosas y robustas maletas inglesas, muy semejante al cuarto de George F. Babbitt. Con el mismo gesto de Babbitt sacó un enorme frasco de *whisky* y, en tono hospitalario, dijo jovialmente:

—¡Salud!

Después de la tercera copita *Sir* Gerald proclamó:

—¿De dónde sacan ustedes, los yanquis, la idea de que esos escritores como Bertrand Shaw^[35] y el Wells ese representan a Inglaterra? Nosotros, los hombres de negocios, tenemos a esos sujetos por traidores. Nuestras naciones, la de usted y la mía, tienen ambas su cómica Rancia Aristocracia...: ya sabe usted, viejas familias, gente que se dedica a la caza y a cosas por el estilo..., y tienen también sus malditos agitadores laboristas, pero el sostén de la sociedad, tanto en un país como en el otro, es el hombre de negocios honrado.

—Natural. ¡Brindemos por él!

—¡Estoy con usted! ¡Brindemos por nosotros!

Después de la cuarta copa, *Sir* Gerald preguntó humildemente: «¿Qué piensa usted de las hipotecas del North Dakota?», pero hasta después de la quinta no empezó Babbitt a llamarle «Jerry». Entonces, *Sir* Gerald le pidió permiso para quitarse las botas, y extendió sobre la cama sus caballerescos pies, sus pobres pies hinchados, ardientes, y doloridos.

Después de la sexta, Babbitt se levantó vacilante.

—Bueno, mejor será que me vaya. ¡Jerry, es usted una persona como hay pocas! Ojalá nos hubiéramos tratado más en Zenith. Oiga una cosa. ¿No puede usted volver a pasar unos días conmigo?

—Lo siento... Tengo que marcharme a Nueva York mañana. De veras, lo siento muchísimo, querido. Desde que estoy en los Estados Unidos no me he divertido tanto como esta noche. Conversación interesante. No esa charla insulsa de las reuniones de sociedad. Nunca hubiera aceptado el cochino título (mi dinero me costó) de haber sabido que las señoras me iban a hablar de polo y de primitivos. Bueno es tenerlo, sin embargo, no crea usted. ¡Lo que rabió el alcalde de Nottingham cuando me lo dieron! Y además, claro está, a la señora le gusta. Pero ya nadie me llama Jerry... —Casi se le saltaron las lágrimas—, y hasta esta noche nadie me ha tratado como amigo desde que estoy en los Estados Unidos. ¡Adiós, querido, adiós! ¡Un millón de gracias!

—De nada, Jerry. Y recuerde usted cuando vuelva por Zenith que las puertas de mi casa están siempre abiertas.

—Y usted no olvide si va alguna vez a Nottingham, que mi madre y yo tendremos sumo gusto en verle. Hablaré a mis amigos de Nottingham de sus ideas sobre la Visión... en el próximo almuerzo de los rotarios.

Babbitt se quedó en la cama figurándose que el Athletic Club le preguntaba: «¿Cómo le ha ido por Chicago?», y que él respondía: «Oh, bien; casi todo el tiempo con *Sir Gerald Doak*». Y se imaginaba conversando con Lucile McKelvey y diciéndole en tono de amonestación: «Usted está bien, señora Mc, cuando no le da por la pose. Es lo que me decía Gerald Doak en Chicago... Oh, sí, Jerry es muy amigo mío... Mi mujer y yo estamos pensando ir a Inglaterra el año que viene y pasar unos días en el castillo de Jerry... Pues me dijo: “George, a mí Lucile me gusta una barbaridad, pero, de usted para mí, George, tenemos que convencerla de que no sea tan esnob”».

Pero aquella noche ocurrió una cosa que abatió su orgullo.

En el hotel Regency trabó conversación con un viajante de pianos, y cenaron juntos. Babbitt se sentía lleno de afecto y de felicidad. Le entusiasmaba la suntuosidad del comedor; las arañas, las cortinas de brocado, los retratos de reyes franceses colgados en paneles de roble sobredorado. Le entusiasmaba la multitud: mujeres bonitas, hombres simpáticos que sabían tirar el dinero.

De pronto, se le cortó la respiración. Miró, volvió la cabeza, miró de nuevo. Tres mesas más allá, con una mujer de aspecto dudoso, una mujer fresca y marchita a la vez, estaba Paul Riesling, y la gente le creía en Akron, vendiendo material para techar. La mujer le daba golpecitos en la mano, mirándole tiernamente. Babbitt comprendió que había descubierto algún enredo peligroso. Paul hablaba con el arrebatado del hombre que cuenta sus calamidades. No apartaba la vista de los descoloridos ojos de la mujer. Le cogió la mano y, sin reparar en los otros comensales, alargó los labios como si fuera a besarla. Babbitt sintió un impulso tan fuerte de acercarse a Paul que sus músculos se contrajeron, pero comprendió, con desesperación, que debía ser diplomático, y hasta que vio a Paul pagar la cuenta no dijo al viajante de pianos:

—Hombre... Allí está un amigo mío... Perdóneme un momento... Nada más que saludarle.

Le tocó a Paul en el hombro y exclamó:

—¡Tú aquí! ¿Cuándo llegaste?

Paul le miró. Su cara había tomado una expresión de dureza.

—Hola George. Creí que te habías vuelto a Zenith.

No presentó a su compañera. Babbitt la miró de reojo. Era un mujer de cuarenta y dos o cuarenta y tres años, bastante bonita, bastante coqueta, con un sombrero de flores verdaderamente espantoso. Iba muy pintada, pero sin arte.

—¿Dónde te hospedas, Paulibus?

La mujer volvió la cabeza, bostezó, se miró las uñas. Parecía acostumbrada a que no la presentasen.

—Campbell Inn, al sur de la ciudad.

—¿Solo?

—¡Sí! ¡Desgraciadamente!

Paul se volvió bruscamente a la mujer, con una sonrisa afectuosa que a Babbitt le dio asco.

—¡May! Voy a presentarla. George Babbitt, un antiguo... conocido mío. La señora de Arnold.

—Tanto gusto —farfulló Babbitt, mientras ella gorjeaba:

—Oh, sí, me complace muchísimo conocer a cualquier amigo de Mr. Riesling.

—¿Volverás allá esta noche, Paul? Iré a verte.

—No, mejor... Mejor es que lo dejemos para mañana. Almorzaremos juntos.

—Bueno, pero te veré esta noche también, Paul. ¡Iré a tu hotel y te esperaré!

CAPÍTULO XX

1

Babbitt se sentó a fumar con el viajante, buscando refugio en el chismorreo, temeroso de aventurarse a pensar en Paul. Estaba tanto más afable superficialmente, cuanto más aprensivo y más vacío se sentía por dentro. No cabía duda. Paul estaba en Chicago sin que Zilla lo supiera, y su conducta era tan inmoral como peligrosa. Cuando el viajante bostezó que tenía que escribir sus pedidos, Babbitt le dejó y salió del hotel con aparente calma. Pero al tomar un taxi gritó salvajemente: «¡Campbell Inn!». Sentado en el resbaladizo asiento de cuero, se sentía presa de una gran agitación en aquella helada penumbra que olía a polvo, a perfumes y a cigarrillos turcos. No le llamó la atención la orilla nevada del lago ni se fijó, al atravesar la desconocida región situada al sur del Loop, en los negros espacios bruscamente cortados por esquinas luminosas.

La recepción de la Campbell Inn era nueva, flamante, dura. El encargado era todavía más duro y más flamante.

—Usted dirá. —Mr. Paul Riesling, ¿para aquí?

—Sí.

—¿Está en su cuarto?

—No.

—Pues deme usted la llave y le esperaré arriba.

—No, señor, no puedo. Espere aquí si quiere usted...

Babbitt había hablado con la deferencia que todo Good Fellow tiene para los empleados de un hotel, pero al oír esto dijo con brusquedad:

—A lo mejor tengo que esperar un rato largo. Soy cuñado de Riesling. Subiré a su cuarto. ¿Es que me toma usted por un ratero?

Su voz era sorda y desagradable. Con gran precipitación, el otro descolgó la llave y se la dio murmurando:

—Yo no he dicho que parezca usted un ratero. Es el reglamento del hotel. Pero si usted quiere...

En el ascensor, Babbitt se iba preguntando para qué había ido allí. ¿Qué inconveniente había en que Paul cenara con una respetable señora casada? ¿Por qué había mentido al recepcionista diciéndole que era cuñado de Paul? Se había portado como un chiquillo. Una vez instalado, trató de tomar un aire pomposo y plácido. Luego pensó... ¿Suicidio? Lo había estado temiendo sin saberlo. Paul era precisamente el tipo capaz de hacer algo así. Sin duda había perdido la cabeza para confiar en aquella... aquella vieja bruja.

Zilla (¡maldita Zilla!, con qué gusto estrangularía él a esa arpía de mujer)... probablemente había conseguido lo que deseaba: volver loco a Paul. Suicidio. Allá, en el lago, lejos, detrás del hielo amontonado a lo largo de la orilla. Tirarse al agua en una noche tan horrible como aquélla.

O... degollarse en el cuarto de baño...

Babbitt se lanzó al cuarto de baño de Paul. Estaba vacío. Sonrió.

El cuello de la camisa le ahogaba. Tiró de él, miró el reloj, abrió la ventana, miró el reloj, trató de leer el periódico tirado encima de la cómoda, miró el reloj. Habían pasado tres minutos desde la primera vez que lo miró.

Y esperó tres horas.

Estaba sentado, inmóvil, estremecido, cuando el tirador de la puerta giró. Paul entró echando chispas.

—Hola —dijo Paul—. ¿Has estado esperando?

—Psché, un rato...

—¿Y qué?

—Nada. Se me ocurrió venir a verte para saber cómo te ha ido en Akron.

—Me ha ido bien. ¿Qué importa?

—Hombre, Paul, ¿por qué estás enfadado?

—¿Por qué te metes tú en mis asuntos?

—Hombre, Paul, ésa no es manera de hablar. Yo no me meto en nada. Me puse tan contento de verte que vine a hablar un rato contigo.

—Bueno, yo no consiento que me siga nadie ni que se me imponga nadie. ¡Bastante he aguantado ya y no aguanto más!

—Hombre, yo no...

—No me gustó cómo mirabas a May Arnold, ni tu manera de hablar.

—Bueno, muy bien. Puesto que me llamas entrometido me entrometeré. ¡Yo no sé quién es esa May Arnold, pero sé más bien que tú y ella no hablabais de alquitranar tejados, no, ni de tocar el violín tampoco! ¡Si no tienes ninguna aprensión moral, muy bien, pero debías, al menos, tomar en cuenta tu posición social! ¡Mira que la idea de presentarte en público con una mujer así! Yo comprendo que un hombre dé un tropiezo alguna vez, pero que tú, con la intimidación que tenemos, engañes a tu mujer por insoportable que sea, y te escapes a la chiticallando por irte de conquista...

—¡Oh, tú eres un maridito perfectamente moral!

—¡Ya lo creo que lo soy! Desde que me casé no he mirado a ninguna mujer excepto a la mía... ¡y no lo haré jamás! Te aseguro que no sacas nada de la inmoralidad. No vale la pena. ¿No ves, querido, que así lo único que haces es dar armas a Zilla?

Ligero de pensamiento como lo era de cuerpo Paul tiró resueltamente su gabán al suelo y se agazapó en una endeble silla de paja.

—Eres un charlatán, George, y sabes de moralidad menos que Tinka. Está bien, no me enfado por lo que me digas. Pero debes comprender que... se ha concluido. No puedo soportar más a Zilla. Se le ha metido en la cabeza que yo soy un demonio y... La Inquisición. La Tortura. Es su diversión. Ver hasta qué punto puede desesperarme. Y yo una de dos: o encuentro tranquilidad, un poco nada más, dondequiera que sea, o hago algo peor. Ahora bien; esa señora Arnold no es muy joven que digamos, pero es

una mujer simpática y que comprende, porque también ha pasado lo suyo.

—¡Sí, supongo que será una pájara de ésas a las que su marido no comprende!

—No sé. Quizá. Le mataron en la guerra.

Babbitt se acercó calmosamente a Paul, le dio unas palmaditas en el hombro, farfulló unas cuantas excusas.

—En serio, George, es una mujer excelente y ha sufrido lo indecible. Nos arreglamos bien y olvidamos nuestras penas juntos. Nos decimos, ella a mí y yo a ella, que no hay en el mundo otra pareja como nosotros. Quizá no lo creemos, pero vale la pena tener alguien a quien tratar con absoluta sencillez, y no este constante discutir, explicar...

—¿Y no pasas de ahí?

—¡Sí paso! ¡Sigue! ¡Dilo!

—No... No puedo decir que me agrade todo esto, pero... —dijo Babbitt, en un impulso de generosidad—. ¡Yo no me meto en camisa de once varas! Haré por ti lo que quieras, si es que puedo hacer algo.

—Quizá. Me figuro, por las cartas de Zilla que me han reexpedido de Akron, que empieza a sospechar al ver que mi ausencia se prolonga. Es perfectamente capaz de hacerme espiar y de venir a Chicago y entrar en el comedor de un hotel y armar un escándalo delante de todo el mundo.

—Yo me encargo de Zilla. Le contaré un cuento nada más regresar a Zenith.

—No sé... Mejor será que no le digas nada. No creo que la diplomacia sea tu fuerte. (Babbitt se mostró ofendido, y después irritado). ¡Digo con mujeres! Con mujeres, digo. Naturalmente, en diplomacia comercial no hay quien te gane, pero yo digo con mujeres. A Zilla se le va la lengua con facilidad, pero es muy astuta. Te sacará todo lo que sepas en un momento.

—Bueno, muy bien, pero...

Babbitt estaba todavía ofendido de que no se le permitiera hacer el papel de agente de la secreta.

—Naturalmente —dijo Paul para apaciguarle— contarle que has estado en Akron y que me has visto allí.

—¡Pues claro, hombre! ¿No tengo yo que inspeccionar esa confitería de Akron? ¿No es un fastidio tener que parar allí con las ganas que tenía de volver a casa? ¿Es un latazo? ¡Pues claro que sí! ¡Un verdadero latazo!

—Espléndido. Pero ¡por los clavos de Cristo, haz el favor de no añadir episodios fantásticos a la historia! Cuando los hombres mienten tratan siempre de hacerlo artísticamente, con lo cual despiertan sospechas en las mujeres. Y... Vamos a echar un trago. Tengo *gin* y vermú; un poco de cada cosa.

Él, Paul que normalmente rehusaba el segundo cóctel, tomó ahora no dos sino tres. Se le enrojecieron los ojos, se le entorpeció la lengua. Y se puso jocosos y salaz en demasía.

En el taxi, Babbitt notó, sin poder creerlo, que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Nada había dicho a Paul de su plan, pero se detuvo en Akron, entre dos trenes, con el propósito de enviar a Zilla una postal: «He tenido que quedarme aquí un día. Encontré a Paul». Llegado a Zenith, fue a visitarla. Si bien para las apariciones en público Zilla se peinaba, se requetepintaba y se encorsetaba definitivamente, para andar por casa se ponía una bata azul sucia, unas medias rotas y unas babuchas de satén. Parecía tener la mitad del pelo que Babbitt recordaba, y esa mitad, lacia y correosa. Sentada en una mecedora, con restos de cajas de bombones y revistas baratas, su voz tenía un acento doloroso cuando no burlón. Pero Babbitt estaba extraordinariamente animoso.

—Vaya, vaya, Zil, conque ganduleando mientras el maridito está fuera, ¿eh? Bien hecho. Así me gusta. Me apuesto el cuello a que Myra no se ha levantado ni un día antes de las diez mientras yo estuve en Chicago. Oye, ¿me podrías prestar el termo? ... He venido solamente para ver si me podías prestar el termo. Vamos de gira y quería llevar café. Oh, ¿recibiste la tarjeta que te mandé desde Akron diciéndote que había encontrado a Paul?

—Sí. ¿Qué hacía?

—¿Qué quieres decir?

Se desabrochó el gabán y se sentó con miedo en el brazo de un sillón.

—¡Ya sabes lo que quiero decir! —respondió ella irritada, pasando nerviosamente las páginas de una revista—. Supongo que estaría haciendo el amor a alguna camarera o manicura o cosa así.

—¡Dale, siempre estás insinuando que Paul anda a todas horas de conquista! Pues no anda, y si lo hiciera sería, probablemente, porque tú no paras de echarle indirectas y pullas. Ya no tenía intención, Zilla, pero puesto que Paul está fuera..., en Akron...

—¿Está realmente en Akron? Yo sé que se cartea con una mujer de Chicago.

—¿No te he dicho que lo vi en Akron? ¿Qué miras llevas? ¿Me tomas por un embustero?

—No, pero es que... ¡Me pongo tan preocupada!

—¡Así eres tú! ¡Eso es lo que me saca de quicio! Quieres a Paul y, sin embargo, lo exasperas y le insultas como si le odiases. Simplemente, no puedo comprender por qué algunas personas se empeñan en hacer desgraciados a los que más quieren.

—Tú quieres a Ted y a Roña, supongo, y sin embargo bien que les chinchas.

—¡Oh, bueno! Eso... Eso es distinto. Además, que yo no les chincho. No lo que se dice chinchar. Pero como iba diciendo: aquí tienes a Paul, la criatura más simpática y más sensitiva de este pícaro mundo. Debías avergonzarte de criticarle de ese modo. ¡Si le hablas como una lavandera! Me sorprende de veras que puedas ser tan grosera con él, Zilla.

—Sí, ya lo sé —dijo ella mirándose meditativamente los dedos entrelazados—. Yo, a veces, me pongo desagradable y luego lo siento. ¡Pero es que Paul es tan

exasperante, George! De veras, estos últimos años he hecho todos los esfuerzos posibles para estar amable con él, pero sólo porque antes solía ser despreciativa (o parecía serlo; realmente no lo era, pero tenía la costumbre de decir lo primero que se me venía a la cabeza) ha decidido echarme la culpa de todo. Todo no puede ser culpa mía, ¿verdad? Y ahora apenas levanto la voz se queda callado, ¡oh, terriblemente callado, y no se digna ni mirarme!... Como si no existiera. ¡Eso no es humano! Y sigue así, con toda intención, hasta que yo estallo y digo una porción de cosas que no quiero decir. Tan callado... ¡Oh, vosotros, los hombres rectos! ¡Qué malos sois! ¡Qué malos!

Machacaron la cuestión, vuelta y dale, durante media hora. Al final Zilla, sollozando, prometió contenerse.

Paul volvió cuatro días después, y los Babbitt y los Riesling fueron al cine y luego comieron *chop suey* en un restaurante chino. Cuando se dirigían al restaurante, por una calle de sastrerías y barberías, las dos mujeres delante, hablando de cocineras, Babbitt dijo en voz baja a Paul:

—Zil parece estar más amable ahora.

—Sí, lo ha estado, excepto una o dos veces. Pero es demasiado tarde. Yo... no voy a discutirlo, pero le tengo miedo. No queda nada. No quiero verla siquiera. Un día me separaré de ella. Ya veré cómo.

CAPÍTULO XXI

La Organización Internacional de Boosters' Club se ha convertido en una fuerza universal, cuyo fin es fomentar el optimismo, el buen humor y los buenos negocios. Hoy día cuenta con sucursales en treinta países. Novecientas veinte de estas sucursales están en los Estados Unidos^[36].

Ninguna de ellas más entusiasta que el Boosters' Club de Zenith.

El segundo almuerzo de marzo era el más importante del año, porque después se procedió a la elección de dignatarios. Reinaba gran agitación. El almuerzo tenía efecto en el salón de baile de la O'Hearn House. Cada uno de los cuatrocientos boosters descolgaba de un tablero, en el momento de entrar, un enorme botón de celuloide con su nombre, su apodo y su profesión. Se ponía una multa de diez centavos a todo socio que no llamara a los demás boosters por su apodo, así que cuando Babbitt dejó su sombrero en el guardarropa, en el ambiente resonaban gritos de «¡Hola, Chet!», «¡Adiós, Shorty!» y «¡Cómo va esa vida Mac!».

En cada mesa cabían ocho personas. Los sitios se echaban a suerte. A Babbitt le tocó sentarse con Albert Boosel, el sastre, con Héctor Seybolt, de la Little Sweetheart Condensed Milk Company, con Emil Wengert, el joyero, con el profesor Pumphrey, de la Escuela comercial de Riteway, con el doctor Walter Gorbitt, con el fotógrafo Roy Teegarten y con Ben Berkey, el fotograbador. Uno de los méritos del Boosters' Club era que sólo a dos individuos de la misma profesión se les permitía sentarse juntos para que inmediatamente se pusieran en contacto con los Ideales de las otras ocupaciones y se dieran cuenta de la unidad metafísica de todas las ocupaciones: fontanería y pintura, medicina y fabricación de goma de mascar.

En la mesa de Babbitt reinaba una alegría extraordinaria, porque el profesor Pumphrey acababa de celebrar su cumpleaños, y era por lo tanto blanco de todas las bromas.

—¡A ver si le sacamos a este Pump qué edad tiene! —dijo Emil Wengert.

—No, vamos a darle un pump-tapié —dijo Ben Berkey.

—¡Ojo, que está que echa bombas!

Pero fue Babbitt quien cosechó más aplausos.

—¡No le habléis de bombas a ése! ¡Las únicas bombas que conoce son las botellas! ¡En serio, me han dicho que en su colegio está enseñando a fabricar cerveza!

En cada sitio había un folleto con la lista de socios. Aunque el objeto del Club era fomentar el compañerismo, nunca se perdía de vista la importancia de dar incremento a los negocios. Detrás de cada nombre constaba la profesión del socio. Había en el folleto multitud de anuncios, y en cada página esta advertencia: «No se exige que usted entre en tratos comerciales con sus compañeros de Club, pero, pensándolo bien..., ¿qué necesidad hay de que todo este dinero vaya a parar a manos ajenas a nuestra Sociedad?». Y en cada sitio había un regalo, una tarjeta artísticamente

impresa en rojo y negro:

SERVICIO Y BOOSTERISMO

Nada puede desarrollar tanto el Servicio como su misma aplicación, amplia, extensa, profunda, teniendo bien en cuenta su perpetua acción sobre la reacción. Yo creo que el tipo más elevado de Servicio, como los principios más progresivos de la Ética, es constantemente motivado por la activa adhesión y lealtad a lo que es la base esencial del boosterismo: la fidelidad a la ciudadanía en todos sus factores y aspectos.

DAD PETERSEN

Agencia publicitaria de Dadbury Petersen

Encargad vuestra publicidad a Dad^[37].

Todos leyeron el aforismo de Mr. Petersen y todos aseguraron entenderlo perfectamente.

El mitin se abrió con las ceremonias semanales de costumbre. Vergil Gunch, con su pelo tieso y su voz resonante como un gong de hojalata, ocupaba por última vez la silla presidencial. Los socios que habían traído invitados los presentaban públicamente.

—Este grandullón de cabeza roja, campeón de noticias falsas, es el revistero deportivo de *The Press* —dijo Willis Ijams.

Y H. H. Hazen, el droguero, canturreó:

—Amigos míos, cuando salís de excursión y llegáis por fin a un paraje romántico y paráis el automóvil y le decís a la costilla: «¡Qué paisaje tan romántico!», ¿no sentís un estremecimiento en las vértebras? Pues bien; el invitado que hoy os traigo es de un sitio así. Harper's Ferry, Virginia, allá en la hermosa tierra del Sur, que tantos recuerdos guarda del general Robert E. Lee y de aquel bravo corazón, John Brown^[38], que, como todo buen Booster, marchó siempre adelante...

Entre los invitados se hallaban dos especialmente distinguidos: el primer galán de la compañía del «Ave del Paraíso» que actuaba aquella semana en el teatro Dodsworth, y el alcalde de Zenith, el honorable Lucas Prout.

—Cuando podemos sacar a este célebre comediante del encantador conjunto de bellas actrices que le rodean... —tronó Vergil Gunch—, y debo confesar que me colé de rondón en su camarín y le dije cuánto apreciábamos nosotros, los Boosters, la artística función que ahora representa en esta villa... No olviden que el tesorero del Dodsworth es de los nuestros y contará con que vayamos todos... y cuando por encima de esto arrancamos a Su Excelencia de sus múltiples ocupaciones en el Ayuntamiento, creo que entonces tenemos motivo para sentirnos orgullosos, y ahora Mr. Prout va a decirnos unas cuantas palabras sobre los problemas y obligaciones...

Los Boosters decidieron por votación cuál era el concurrente más guapo y cuál el más feo, y a cada uno le dieron un ramo de claveles, obsequio, según observó el

presidente Gunch, del cofrade H. G. Yeager, el florista de Jennifer Avenue.

Cada semana, por turno, se concedía a cuatro Boosters el privilegio de gozar el placer de la generosidad y la publicidad haciendo servicio o regalos a cuatro colegas escogidos por suerte. Esta vez hubo gran regocijo cuando se anunció que uno de los contribuyentes era Barnabas Joy^[39], empresario de pompas fúnebres. Muchos murmuraron: «¡Conozco yo a más de un tipo al que podríamos enterrar, si lo que da es un sepelio gratis!».

Mientras se divertían con estas bromas, los Boosters seguían comiendo. El almuerzo consistía de croquetas de pollo, guisantes, patatas fritas, café, tarta de manzana y queso americano. Gunch no amontonó los discursos. Antes de conceder a otro la palabra se acercó al secretario de una organización rival: el Club rotario de Zenith. El secretario tenía la distinción de lucir en su automóvil la licencia número 5.

El secretario confesó riendo que dondequiera que fuese un número tan bajo hacía sensación, pero que «si bien era muy agradable tener ese honor, los guardias, ¡caramba!, se acordaban demasiado bien del número, y a veces no sabía, pero quizá prefiriese tener un simple B 56 876 o algo así. Sólo que cuidadito si algún cochino Booster trataba el año próximo de quitarle a un rotario el número 5 porque ¡menuda se armaría!». Y terminó dando un viva a los Boosters, a los rotarios y a los Kiwanis.

Babbitt susurró al oído del profesor Pumphrey:

—¡Vale la pena de tener un número tan bajo! Todo el mundo dirá: «Debe de ser un tío importante». ¡A saber cómo lo ha conseguido! Apuesto que habrá convidado a comer y a beber al superintendente del negociado de licencias.

Después Chum Frink les dirigió la palabra:

—Muchos de ustedes pensarán que es inoportuno hablar aquí de una cuestión puramente artística, pero voy a lanzarme resueltamente y pedirles, mis buenos amigos, que aprueben la idea de organizar en Zenith una orquesta sinfónica. Ahora bien; muchos de ustedes cometen el error de suponer que como no les gusta la música clásica, deben oponerse a que se den conciertos sinfónicos. He de confesar que, aunque literato de profesión, yo no tengo el más mínimo interés por esa música intelectual. Prefiero oír buen *jazz*^[40] antes que cualquier obra de Beethoven sin más melodía que una riña de gatos, y que no se puede silbar ni a tres tirones. Pero la cuestión no es ésa. La cultura ha llegado a ser hoy día un adorno y un anuncio tan necesario para una ciudad como la pavimentación de las calles o los balances bancarios. Es la cultura, en teatros, museos y demás, la que lleva a Nueva York miles de forasteros todos los años y, para ser franco, a pesar de nuestro extraordinario progreso, no hemos alcanzado todavía la cultura de urbes como Nueva York, Chicago, Boston... O, al menos, no se nos reconoce. Lo que hay que hacer, pues, como emprendedores que somos, es *capitalizar la cultura*; salir y echarle mano... Los cuadros y los libros están bien para los que tienen que estudiarlos, pero no van por ahí gritando: «Con esto contribuye Zenith a la cultura». Y he aquí precisamente lo que hace una orquesta sinfónica^[41]. Veán ustedes la fama de Minneapolis y

Cincinnati. Una orquesta con músicos de primera y un buen director (creo que debíamos hacer la cosa por todo lo alto y buscar uno de los directores que pidan más dinero, con tal que no sea un teutón), una orquesta así, digo, va a Beantown, a Nueva York, a Washington; toca en los mejores teatros ante un auditorio culto y adinerado; anuncia una ciudad como no se puede mejor; y el individuo que es tan corto de miras como para aguar este proyecto pierde la ocasión de impresionar el glorioso nombre de Zenith en el cerebro de algún multimillonario neoyorquino que acaso..., acaso abriera aquí una sucursal de su fábrica. Podría también señalar que para aquéllas de nuestras hijas que muestran interés por la música seria y que tal vez quieran enseñarla después, tener una organización local de primera es un gran beneficio, pero limitémonos ahora a su valor negociable y demos, queridos cofrades, un viva a la cultura y a la orquesta sinfónica. Hubo aplausos.

Luego, produciendo un murmullo de agitación, el presidente Gunch proclamó:

—Señores, vamos a proceder a elegir la junta directiva.

Para cada uno de los seis cargos, habían sido escogidos por un comité tres candidatos. El segundo nombre entre los candidatos para la vicepresidencia era el de Babbitt.

Le cogió de sorpresa. Parecía como avergonzado. Su corazón latía violentamente. Se afectó todavía más cuando, contados los votos, Gunch dijo:

—Tengo el honor de anunciar que el próximo vicepresidente será George Babbitt. No conozco más firme defensor del sentido común ni hombre más emprendedor que el amigo George. ¡Venga, démosle un viva entusiasta!

Levantada la sesión, cien manos cayeron sobre su espalda. Babbitt no había conocido nunca un momento de mayor emoción. Subió a su automóvil y se alejó como pasmado. Apenas entró en su oficina, dijo a *Miss McGoun*:

—¡Bueno, creo que puede usted dar la enhorabuena a su jefe! ¡Me han elegido vicepresidente de los Boosters!

Se llevó un chasco. La McGoun respondió simplemente:

—Ah, sí... Su señora le ha llamado varias veces por teléfono.

Pero el nuevo empleado, Fritz Weiling, dijo:

—¡Caray con el jefe! ¡Formidable, sí señor, formidable! ¡Me alegro muchísimo! ¡Mil enhorabuenas!

Babbitt telefoneó a su casa y le dijo a su mujer:

—Ya sé que me has llamado varias veces... ¡Ten cuidado con lo que dices! ¡Estás hablando con el vicepresidente de los Boosters!

—Oh, George...

—¡No está mal, eh! El nuevo presidente es Willis Ijams, pero, cuando él esté fuera, Georgie empuña las riendas y presenta a los oradores..., aunque sean el gobernador en persona... y...

—¡George! ¡Escucha!

—... Ahora podrá codearse con tipos como Doc Dilling y...

—¡George! Paul Riesling...

—Sí, claro, le voy a telefonar a Paul ahora mismo para darle la noticia.

—George. ¡*Escúchame!* Paul está en la cárcel. Le ha pegado un tiro a su mujer, a Zilla, esta tarde. ¡Está gravísima!

CAPÍTULO XXII

1

Montó en su automóvil y se dirigió a la cárcel, no atolondradamente, como otras veces, sino tomando las curvas con mucho cuidado, con el cuidado de una vieja que planta matas en un tiesto. Esto le evitaba arrastrar la torpeza del destino.

—No —le dijo el celador—, no puede usted ver a ninguno de los presos hasta las tres y media...; hora de visita.

Eran las tres. Babbitt pasó media hora sentado, mirando un calendario y un reloj colgados de una pared encalada. La silla, dura y basta, crujía. La gente que pasaba por la oficina, pensaba él, se le quedaba mirando. Babbitt adoptó una actitud de desafío que pronto se resolvió en un miedo horrible de aquella máquina que estaba triturando a Paul... Paul...

A las tres y media en punto dio su nombre al celador, que volvió diciendo:

—Riesling dice que no quiere verle.

—¡Usted está loco! ¡No le habrá usted dado mi nombre! Dígale que es George quien viene a verle, George Babbitt.

—¡Ya se lo he dicho, y bien que lo entendió! No quiere verle a usted.

—Bueno, pues lléveme de todos modos.

—Imposible. Si no es usted su abogado y si él no le quiere ver, no hay más que hablar.

—Pero, ¡carajo!... Bueno, entonces veré al director.

—Está ocupado. Vamos, ande...

Babbitt se irguió, cabreado. El celador cambió súbitamente de tono. —Puede venir mañana y verle, quizá. El desgraciado habrá perdido el seso. Babbitt, guiando sin precaución ninguna, pasando temerariamente a los camiones, no haciendo caso de los insultos de los conductores, se dirigió al Ayuntamiento. Paró en seco, junto a la acera, haciendo rechinar los frenos, subió a toda prisa las escaleras de mármol hasta el despacho del honorable Mr. Lucas Prout, alcalde de la villa. Sobornó al portero con un dólar, y un momento después se hallaba dentro suplicando:

—¿No se acuerda usted de mí, Mr. Prout? Babbitt..., vicepresidente de los Boosters... Hice propaganda por usted. ¿Ha oído algo del pobre Riesling? Pues quisiera que me diera una orden para el alcaide o como se llame de la cárcel autorizándome a verle. Muy bien. Gracias.

Quince minutos después, marchaba rápidamente por el corredor de la cárcel hacia una celda, donde halló a Paul Riesling sentado en un catre, encarrujado como un mendigo viejo, las piernas cruzadas, los brazos hechos un nudo.

Cuando el celador abrió la puerta de la celda y los dejó solos, Paul levantó la vista.

—¡Anda! ¡Sé moral! —dijo calmamente.

Babbitt se desplomó en el catre junto a él.

—¡No voy a ser moral! ¡No me importa lo que haya pasado! Lo único que quiero

es ayudarte. ¡Me alegro de que Zilla se haya llevado lo que se merecía!

—Bueno, no empieces a meterte con Zilla. He estado pensando que por una cosa o por otra nunca ha sido feliz. Después de darle el tiro... No tenía intención de disparar, pero me irritó de tal manera que me volví loco, un segundo nada más, y saqué aquel revólver con que tú y yo matábamos conejos y apreté el gatillo. No sé cómo fue... Después, mientras trataba de restañar la herida... Le dejé el hombro hecho una lástima... ¡y tenía una piel tan bonita!... Quizá no se muera. Espero que la cicatriz no se le note mucho. Pero después, buscando en el cuarto de baño un poco de algodón para parar la sangre, me encontré un patito amarillo de pluma que colgamos una vez en el árbol de Navidad, y recordé que entonces habíamos sido muy felices... Oye, estoy aquí y apenas puedo creerlo... Me alegro que hayas venido... Pensé que ibas a echarme un sermón, y cuando uno ha cometido un crimen, y le han traído aquí... Se agolpó la mar de gente a la puerta de la casa; todos me miraban cuando los guardias me sacaron... ¡Oh, no quiero hablar más de esto!

Pero siguió hablando en un monótono murmullo de pavor.

—Oye, tienes un rasguño en la cara —dijo Babbitt para distraerle.

—Sí. Un palo que me arreó el guardia. Supongo que los guardias se divertirán también sermoneando a los criminales. Era un tío muy grande. Y no me dejaron que ayudase a bajarla a la ambulancia.

—¡Paul! ¡Deja eso! Óyeme: Zilla no se morirá, y cuando todo esto termine nos vamos a Maine otra vez tú y yo. Y quizá nos podamos llevar a esa May Arnold. Yo iré a Chicago y se lo propondré. ¡Buena mujer, vive Dios! Y después yo me encargaré de que montes un negocio en el Oeste, por ejemplo en Seattle... Dicen que es una ciudad preciosa.

Paul sonreía. Ahora era Babbitt el que divagaba. No sabía si su amigo escuchaba o no, pero continuó hablando hasta que llegó el abogado, P. J. Maxwell, un hombrecillo activo, con cara de pocos amigos, que después de hacer a Babbitt una inclinación de cabeza, insinuó:

—Si Riesling y yo pudiéramos quedarnos a solas un momento...

Babbitt estrujó la mano a Paul y esperó en la oficina hasta que Maxwell volvió.

—Dígame, ¿qué puedo hacer? —suplicó Babbitt.

—Nada. Absolutamente nada. Por ahora, al menos —dijo Maxwell—. Lo siento. Tengo prisa. Y no trate de verlo. Le he dicho al doctor que le ponga una inyección de morfina para que duerma.

Le parecía inicuo volver a la oficina. Babbitt sentía como si acabara de asistir a un entierro. Se desvió hacia el hospital municipal para preguntar por Zilla. Probablemente no moriría, le dijeron. La bala del enorme revólver le había destrozado el hombro, desviándose hacia arriba al salir.

En su casa encontró a su mujer radiante, con el horroroso interés que producen las tragedias de los amigos.

—Naturalmente, a Paul no se le puede culpar, pero éstos son los resultados de

andar siempre detrás de otras mujeres en vez de llevar su cruz con cristiana resignación —exclamó triunfante.

Babbitt estaba demasiado triste para responder como hubiera querido. Dijo lo que había que decir sobre llevar cruces con cristiana resignación, y salió a limpiar el coche. Calmosa, pacientemente, raspó la grasa de los ejes y el barro de las ruedas. Le llevó muchos minutos lavarse las manos; se las restregó con áspero jabón de cocina, sacándole gusto a hacerse daño en los nudillos.

—¡Caray, qué manos tan delicadas! Como de mujer... ¡Ay!

Durante la cena, cuando su cónyuge empezó lo inevitable, rugió:

—¡Os prohíbo a todos que digáis ni una palabra de Paul! Yo me encargo de hablar lo que sea necesario. ¿Oís? En esta ciudad tan amiga de escándalos habrá esta noche una casa donde no se comentará lo ocurrido. ¡Y hacedme el favor de tirar esos cochinos periódicos!

Pero él mismo los leyó después de cenar.

¡Antes de las nueve se encaminó a la casa del abogado Maxwell! Fue recibido sin cordialidad.

—¿Qué hay? —dijo Maxwell.

—Vengo a ofrecer mis servicios. Tengo una idea. ¿No podría yo declarar que estaba allí, y que ella sacó el revólver primero, y que al tratar él de quitárselo se disparó?

—¿Y jurar en falso?

—¿Eh? Sí, supongo que eso sería perjurar. Oh... ¿Serviría de algo?

—¡Pero, hombre! ¡Perjurar!

—¡No sea usted tonto! Perdóneme, Maxwell; no quiero ofenderle. Yo he conocido, y usted también, muchos casos en que se ha jurado en falso, sólo para quedarse con una casucha indecente, y en este caso en que se trata de librar a Paul de la cárcel, yo soy capaz de perjurar y de todo.

—No. Aparte la ética de la cuestión, temo que no sea factible. El fiscal hará polvo su declaración. Se sabe que Riesling y su mujer estaban solos en aquel momento.

—Entonces, oiga usted, puedo jurar ante el tribunal (y esto vaya si es verdad) que su mujer le irritó de tal manera con sus chinchorrerías que el pobre se volvió loco.

—No. Lo siento. Riesling rehúsa terminantemente que se haga cualquier declaración contra su mujer. Insiste en confesarse culpable.

—Pues déjeme que testifique algo, cualquier cosa, lo que usted diga. ¡Déjeme hacer algo!

—Lo siento, Babbitt, pero lo mejor que puede usted hacer... No quisiera decirlo, pero... podría usted ayudarnos mucho, muchísimo, no metiéndose para nada en el asunto.

Babbitt, dándole vueltas al sombrero como un pobre inquilino insolvente, se quedó tan visiblemente ofendido que Maxwell añadió en tono de condescendencia:

—No quiero herir sus sentimientos, pero usted comprenderá que debemos hacer

por Riesling cuanto podamos, sin tomar en consideración ningún otro factor. Usted, Babbitt, es uno de esos hombres que tienen demasiada facilidad de palabra. Le gusta a usted escucharse. Si por algún motivo pudiera yo incluirle entre los testigos, comenzaría usted a hablar y se le iría la lengua. Lo siento. Y yo, ahora, tengo que hojear unos asuntos... Lo siento mucho.

2

Pasó la mayor parte de la mañana siguiente dándose a sí mismo ánimos para encararse con el gárrulo mundo del Athletic Club. Hablarían de Paul, se relamerían comentando el suceso, estarían odiosos. Pero en la mesa de los camorristas no se mencionó a Paul. Charlaron con gran interés de la próxima temporada de béisbol. Babbitt sintió por ellos un afecto que antes no había experimentado nunca.

3

Se había figurado, sin duda recordando alguna novela barata, el proceso de Paul como una larga lucha, con encarnizados discursos, un público anhelante y, de pronto, nuevas declaraciones sensacionales. En realidad, la vista de la causa duró menos de quince minutos, empleados la mayor parte de ellos por los médicos en atestiguar que Zilla sanaría y que Paul sufrió, probablemente, un ataque de enajenación transitoria. Al día siguiente Paul fue sentenciado a tres años de prisión en la penitenciaría del Estado. Se lo llevaron nada melodramáticamente, sin maniatar, acompañado por un jovial agente de policía, y después de decirle adiós en la estación, Babbitt volvió a su oficina, comprendiendo que se hallaba frente a un mundo que, sin Paul, no tenía sentido.

CAPÍTULO XXIII

1

Estuvo muy ocupado de marzo a junio. Se abstuvo del aturdimiento de pensar. Su mujer y sus vecinos fueron generosos. Todas las noches jugaba al *bridge* o iba al cine, y los días pasaban silenciosos y monótonos.

La señora de Babbitt y Tinka fueron a pasar unos días con unos parientes, y Babbitt se encontró libre para hacer... no sabía exactamente qué...

Después de su marcha, estuvo pensando todo el día en la casa emancipada donde podría, si quisiera, volverse loco y maldecir a los dioses sin necesidad de mantener una compostura de marido. «Esta noche podría irme de juerga y no volver hasta las dos. Y nada de explicaciones después ¡Hurra!». Telefonó a Vergil Gunch, a Eddie Swanson. Los dos tenían compromisos aquella noche, y Babbitt se sintió repentinamente aburrido de las molestias que tenía uno que sufrir para divertirse.

Durante la cena estuvo callado y excepcionalmente afectuoso con Ted y Verona. No puso ningún reparo cuando Verona formuló su opinión sobre la opinión que a Escott le merecía la opinión del doctor John Jennison Drew sobre las opiniones de los evolucionistas^[42]. Ted trabajaba en un garaje durante las vacaciones y relató sus triunfos: cómo había encontrado un buje roto, lo que le contestó al Viejo Gruñón, lo que le dijo al capataz sobre el porvenir de la telegrafía sin hilos.

Ted y Verona fueron a un baile después de cenar. La doncella salió también. Raras veces se había quedado Babbitt solo en la casa toda una noche. Estaba nervioso. Deseaba vagamente leer algo más divertido que la sección cómica del periódico. Subió al cuarto de Verona, se sentó en su virginal lecho azul y blanco, tarareando y gruñendo mientras examinaba los libros de su hija: «El Rescate», de Conrad, un volumen extrañamente titulado «Figuras de Tierra», poesías (extravagantes, pensó Babbitt) de Vachel Lindsay, y ensayos de H. L. Mencken, ensayos sumamente inmorales que se burlaban de la Iglesia y de todas las cosas decentes. No le gustó ninguno de los libros^[43]. En todos ellos encontró un espíritu de rebelión contra la delicadeza y contra la ciudadanía. Esos autores —que suponía famosos, además— no parecían interesados en contar historias que le ayudaran a uno a olvidar sus cuitas. Suspiró. Se fijó en un libro de Joseph Hergesheimer, «Los tres peniques negros». Ah, eso era lo que él buscaba. Sería una novela de aventuras, quizá de monederos falsos..., detectives entrando de noche, silenciosamente, en una casa vieja... Con el libro bajo el brazo, bajó las escaleras y se puso a leer solemnemente junto a la lámpara del piano:

«Un crepúsculo de polvo azul cayó en una hondonada de las colinas cubiertas de espeso arbolado. Era a primeros de octubre, pero la escarcha había estampado ya en los arcos marcas de oro, los robles tenían manchas de rojo vinoso, el zumaque brillaba en la oscura maleza. Una bandada de patos salvajes volaba a poca altura sobre las colinas, en el sereno anochecer

ceniciento. Howat Penique, de pie en un claro del camino, decidió que los patos no se acercarían bastante para tirarles... No tenía ganas de cazar. Con la caída del sol su entusiasmo se había evaporado; volvió la indiferencia habitual...».

Babbitt se sintió de nuevo descontento. Dejó el libro y se quedó escuchando el silencio. Las puertas interiores de la casa estaban abiertas. Oyó en la cocina el continuo gotear del frigorífico, un ritmo inquietador y suplicante. Se acercó a la ventana. El anochecer de verano era brumoso, y vistos a través de la rejilla metálica, los faroles parecían cruces de pálido fuego. El mundo entero era anormal. En estas cavilaciones, Verona y Ted volvieron y subieron a acostarse. El silencio se adensó en la casa dormida. Se puso el sombrero, su respetable hongo, encendió un cigarro, y se paseó de arriba abajo por delante de la casa, digno, majestuoso, tarareando: «Hebras de plata entre el oro». Se le ocurrió de pronto telefonar a Paul. Luego recordó. Vio a su amigo con uniforme de presidiario, pero aunque le atormentaba la idea se resistía a creer que aquello no fuera parte de la irrealidad de aquella noche de encantamientos.

Si estuviera con él Myra, le habría dicho ya «¿No es tarde, George?». Vagó desamparado, gozando de una libertad que no quería. Ahora la niebla ocultaba la casa. El mundo no había sido creado; era un caos sin tumultos ni deseos.

A través de la niebla se acercó un hombre con paso tan febril que parecía bailar furiosamente cuando entró en el círculo luminoso del farol. A cada paso blandía su bastón y lo descargaba sobre el suelo. Los lentes colgados de la ancha cinta pretenciosa, se bamboleaban sobre su barriga. Babbitt vio incrédulamente que era Chum Frink.

Frink se detuvo, enfocó sus pupilas, y habló con gravedad:

—Hay otro imbécil: George Babbitt. Vive alquilando cashas... casas. ¿Sabe usted quién soy yo? Un traidor a la poesía. Estoy borracho. Estoy hablando demasiado. Fantasías. Imaginación. Oiga. Oiga esto. Acabo de hacerlo:

*Brillante zumbido, sonoro vaivén
de abejas y zánganos y jóvenes bien.*

¿Ha oído usted? Fastash... fantasías. Lo he hecho yo. ¡No sé lo que significa! Empiezo a escribir buenos versos. *Chite's Carden Verses*. ¿Y qué escribo? ¡Basura! Poemas de periódico. ¡Basura todo! Hubiera podido... ¡Ya es tarde!

Se alejó con una precipitación alarmante, dando tropezones, pero sin caerse. Babbitt no se hubiera quedado más asombrado, ni menos, si un fantasma hubiera surgido de la niebla con la cabeza en las manos. Compadeciéndose de Frink murmuró: «¡Pobre idiota!». Y le olvidó en el acto.

Entró en su casa, se dirigió al frigorífico y robó. Cuando la señora de Babbitt estaba en casa, éste era uno de los mayores crímenes domésticos. De pie ante las cubiertas tinas de lavar, se comió una pata de pollo, medio tarro de jalea y, no sin refunfuñar, una viscosa patata cocida fría. Cavilaba. Empezaba a comprender que

quizá la vida tal como él la conocía y practicaba era fútil; que el cielo tal como lo pintaba el reverendo doctor John Jennison Drew no era ni probable ni interesante; que no le divertía gran cosa hacer dinero; que era de dudoso valor criar hijos simplemente para que ellos, a su vez, pudieran criar hijos que criaran hijos. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué quería él realmente?

Volvió al gabinete y se tendió en el diván, con las manos cruzadas bajo la nuca.

¿Qué quería él? ¿Riqueza? ¿Posición social? ¿Viajes? ¿Criados? Sí, pero sólo accidentalmente.

—Me doy por vencido —suspiró.

Pero sabía que deseaba la presencia de Paul Riesling; después tuvo que confesarse a sí mismo que deseaba aún más al hada... en carne y hueso. Si hubiera tenido una mujer a quien amar, habría corrido a su lado, habría humillado su cabeza sobre las rodillas de ella.

Pensó en su mecanógrafa, *Miss McGoun*. Pensó en la manicura más bonita de la barbería del hotel Thornleigh. Al quedarse dormido en el diván, creyó que había encontrado algo en la vida, y que había roto definitivamente con todo lo que se llamaba decente y normal.

A la mañana siguiente ya se había olvidado de que era un rebelde consciente, pero en la oficina estuvo irritado, y a las once, cuando empezaron las visitas y las llamadas por teléfono, hizo una cosa que a menudo había deseado, pero que nunca se había atrevido a hacer: sin razón ninguna dejó la oficina en manos de sus empleados, y se fue al cine. Disfrutó del derecho a estar solo. Salió del cine con la maligna determinación de hacer lo que le diese la gana.

Al acercarse a la mesa de los camorristas en el club todos se echaron a reír.

—¡Hombre, aquí está el millonario! —dijo Sidney Finkelstein.

—¡Sí, le he visto en su Locomobile! —dijo el profesor Pumphrey.

—¡Bueno, el tal George es un tío listo! —suspiró Vergil Gunch—. Probablemente habrá robado ya todo Dorchester. ¡No dejaría yo por ahí una finquita indefensa al alcance de las garras de éste! Babbitt notó que tenían, «algo con él». Y además estaban «en plan de guasa». Ordinariamente le hubiera encantado que se metieran con él, lo cual implicaba un honor, pero aquel día estaba muy susceptible.

—Sí, quizá pueda daros una colocación en mi oficina —rezongó.

Sentía impaciencia por saber cómo acabaría la broma.

«Naturalmente, tendría una cita con una mujer —dijeron—; no creo que estuviera esperando a su compinche *Sir Jerusalem Doak*».

—¡Vamos, desembuchad ya! —estalló Babbitt—. ¿Qué pasa?

—¡Hurra! ¡George se cabrea! —gritó Sidney Finkelstein, mientras los otros contenían la risa.

2

Gunch reveló la terrible verdad: habían visto salir a Babbitt de un cinematógrafo... ¡a mediodía! Siguieron la broma. Con cien variaciones, con cien carcajadas, dijeron que había ido al cine durante las horas de oficina. Gunch no ponía irritar a Babbitt, pero Sidney Finkelstein, aquel vivaracho y pelirrojo narrador de chistes, le sacaba de quicio. También le molestaba el trozo de hielo que flotaba en su vaso. Era demasiado grande y le hacía cosquillas en la nariz al beber. Finkelstein era como aquel trozo de hielo. Pero se contuvo y aguantó las burlas hasta que los otros se cansaron y volvió a enfrascarse en los grandes problemas del día.

—¿Qué me pasa a mí hoy? —reflexionó—. Estoy de un humor de todos los diablos. Hablan siempre demasiado. Pero mejor será que me ande con cuidado y que me calle la boca.

Cuando encendieron sus cigarros murmuró: «Tengo que marcharme», y escapó mientras los otros salmodiaban: «¡Claro, si pierdes la mañana con las acomodadoras en el cine!». Les oyó reír. Se turbó un poco. Mientras ampulosamente convenía con el del guardarropa en que hacía mucho calor, pensaba con qué gusto correría a consolarse con el hada contándole sus cuitas.

3

Después de acabar el dictado retuvo a *Miss McGoun*. Estuvo buscando un tema que pudiera hacerla salir de su oficinesca impersonalidad.

—¿Dónde va a pasar usted las vacaciones? —ronroneó.

—Creo que en el Norte, en una granja. Supongo que querrá usted la copia del contrato con Siddons esta misma tarde.

—Oh, no hay prisa... Supongo que se divertirá usted mucho lejos de nosotros, con lo chinches que somos.

La McGoun se levantó y recogió sus lápices.

—Oh, nadie es chinche aquí; creo que puedo copiarlo en cuanto termine las cartas.

Desapareció. Babbitt repudió totalmente la idea de que *Miss McGoun* era una mujer abordable, como él se había figurado.

—Claro, ya sabía yo que no se podía hacer nada —se dijo.

Eddie Swanson, el agente de automóviles que vivía enfrente de Babbitt, daba una comida el domingo. Su mujer, Louetta, la alegre Louetta del *jazz* y de los vestidos provocativos, estaba desatada.

—¡Esto va a ser una verdadera juerga! —gritaba a los invitados que llegaban.

Babbitt había notado que muchos hombres la encontraban tentadora; ahora tuvo que confesarse que a él le parecía irresistiblemente tentadora. La señora de Babbitt nunca juzgaba muy favorablemente a Louetta; Babbitt se alegraba de que no asistiera aquella noche. Insistió en ayudar a Louetta en la cocina: sacó del horno las croquetas de pollo y de la nevera los bocadillos de lechuga. Le cogió la mano, una vez, y ella no lo notó. Babbitt se sintió humillado.

—¡Qué buen chico! ¡Cómo ayuda a su mamá! —gorjeó Louetta—. Ahora, George, llévese esa bandeja y déjela sobre la mesa pequeña.

Quería que Eddie Swanson les obsequiase con cócteles para que Louetta bebiera. Quería... Oh, quería ser un bohemio de novela. Reuniones en los estudios. Chicas guapas independientes, pero no necesariamente malas. ¡No, malas no! Pero tampoco insípidas, como las de Floral Heights. ¿Cómo podía él haber aguantado aquello tantos años...?

Eddie no les dio cócteles. Cenaron alegremente, y Orville Jones repitió varias veces «Cuando Louetta quiera sentarse en mis rodillas le diré a su bocadillo que se largue», pero estuvieron muy formales, con la formalidad que debe guardarse en domingo. Babbitt se había apropiado discretamente, por derecho de prioridad, un asiento al lado de Louetta en la banqueta del piano. Mientras hablaba de automóviles, mientras la oía con una sonrisa inmóvil contar la película que había visto el miércoles anterior, mientras suspiraba porque se diese prisa en acabar de describir el argumento, la belleza del galán y el lujo de los decorados, Babbitt la estudiaba. Talle esbelto ceñido de seda, cejas enérgicas, ojos ardientes, el pelo partido sobre una frente amplia... Para él significaba la juventud y un encanto que entristecía. Pensó qué buena compañera sería en una larga excursión en auto, explorando montañas, acampando en un pinar desde donde se descubriese un hondo valle. Su fragilidad le conmovía. Odiaba a Eddie por sus incesantes altercados familiares. De repente, identificó a Louetta con el hada.

Se sobrecogió al convencerse de que siempre habían sentido una mutua y romántica atracción.

—Supongo que llevará usted una vida horrible, ahora que está usted viudo —dijo ella.

—¡Y tanto! Soy una mala persona, y a mucha honra. Cualquier noche de estas le echa usted una droga a Eddie en el café, cruza usted la calle, y yo le enseño cómo se hace un cóctel.

—Bueno, puede que lo haga. ¡Quién sabe!

—¡Pues cuando usted se decida, basta que cuelgue una toalla en la ventana del ático y bajo corriendo por el *gin*!

Todo el mundo rió la pillería. Siguiendo la broma, Eddie Swanson declaró que antes de tomarlo mandaría analizar el café todos los días. Los otros, cambiando de tema, se pusieron a discutir los crímenes recientes que podían discutirse, pero Babbitt desvió su conversación con Louetta hacia cuestiones personales.

—Lleva usted el vestido más bonito que he visto en mi vida.

—¿Le gusta de veras?

—¿Que si me gusta? Mire, voy a hacer que Kenneth Escott ponga un suelto en el periódico diciendo que la mujer que viste mejor en los Estados Unidos es la señora E. Louetta Swanson.

—¡Por Dios, no me tome usted el pelo! —Pero sonrió—. Vamos a bailar un poco, George; tiene usted que bailar conmigo.

Al mismo tiempo que protestaba «¡Ya sabe usted lo mal que bailo!», se ponía en pie.

—Le enseñaré. Conmigo cualquiera puede aprender. Sus ojos estaban húmedos, su voz rota de emoción. Babbitt se convenció de que la había conquistado. La agarró y, sintiendo el suave calor de su cuerpo, comenzó a dar vueltas pesadamente. En su lerda versión del *one-step* tropezó solamente una o dos veces con las otras parejas.

—No lo hago tan mal, ¿eh? ¡Estoy bailando como un profesional! —dijo, y ella respondió vivamente:

—Sí... sí... ya le dije a usted que conmigo cualquiera aprende... *¡no dé usted los pasos tan largos!*

Olvidó por un momento las confidencias; trataba, poniendo en ello sus cinco sentidos, de no perder el compás. Pero de nuevo se vio envuelto por sus encantos. «Tiene que quererme a la fuerza», se dijo. Pretendió besarle un rizo junto a la oreja. Louetta volvió la cabeza mecánicamente para evitarlo, y mecánicamente murmuró «No».

Por un momento la odió, pero pasado ese momento se sintió tan apasionado como antes. Bailó con la señora de Jones, siempre mirando a Louetta que paseaba con su marido. «¡Cuidado! ¡No hagas el tonto!», se advirtió a sí mismo, mientras dando saltitos y doblando las rodillas seguía bailando con la respetable señora de Jones, a quien dijo varias veces «¡Uf, qué calor!». Sin saber por qué pensó en Paul encerrado en aquel sombrío lugar donde los hombres no bailan nunca. «Estoy idiota esta noche; mejor que me vaya a casa», pensó preocupado, pero en cuanto dejó a la señora de Jones, corrió al lado de Louetta y le dijo simplemente:

—El otro lo baila usted conmigo.

—Oh, tengo tanto calor; éste no lo bailo.

—Entonces —audazmente— salgamos a tomar el fresco en el porche.

—Bueno...

En la dulce oscuridad, oyendo a sus espaldas el clamoreo de la casa. Babbitt le

cogió sueltamente una mano. Ella la cerró con fuerza una vez antes de retirarla.

—¡Louetta! ¡Es usted la mujer más simpática que conozco!

—También usted me es muy simpático.

—¿Sí? Tenemos que ser amigos, Louetta. ¡Me encuentro tan solo!

—Oh, ya se animará usted cuando venga su mujer.

—No.

Louetta cruzó las manos bajo la barbilla para que él no se atreviera a cogérselas.

—Cuando estoy triste y... —Estuvo a punto de sacar a cuento la tragedia de Paul, pero esto era demasiado sagrado hasta para la diplomacia del amor—... Cuando vuelvo cansado de la oficina, me gusta mirar a la acera de enfrente y pensar en usted. He soñado con usted una noche.

—¿Fue un sueño agradable?

—¡Maravilloso!

—Dicen que siempre ocurre lo contrario de lo que se sueña. Bueno, tengo que volverme adentro.

Se había levantado.

—¡Oh, todavía no! ¡Por favor, Louetta!

—Sí, sí. Tengo que atender a mis invitados.

—¡Ya se arreglarán solos!

—No, no está bien abandonarlos.

Louetta le dio una palmadita en el hombro y desapareció. Pasó dos minutos avergonzado, con un deseo infantil de marcharse a su casa sin ser visto, pero luego pensó: «¡Naturalmente, yo no trataba de intimar con ella!». Y entró a bailar con la señora de Jones, para huir de Louetta, virtuosa y visiblemente.

CAPÍTULO XXIV

Su visita a Paul fue tan irreal como aquella noche de niebla y de dudas. Sin ver nada atravesó los corredores de la cárcel, que olía a ácido fénico, y entró en un cuarto con bancos amarillos, cuyos asientos, decorados con rosetas, eran como los que de chico había visto en las zapaterías. El celador condujo a Paul. Sobre su deshilachado uniforme gris, la pálida cara de Paul no tenía expresión. Se movía con timidez, obedeciendo las órdenes del celador, a quien humildemente alargó, para que los examinase, las revistas y el tabaco con que Babbitt le obsequiaba.

—Oh, ya me voy acostumbrando —murmuró—. Trabajo en la sastrería; la tela me hace daño en los dedos.

No dijo más. Babbitt sabía que en aquel lugar de muerte, Paul estaba muerto. Y meditando en el tren, a la vuelta, comprendió que algo de sí mismo había muerto también: la fe robusta y leal en la bondad del mundo, el miedo al disfavor del público, el orgullo del éxito. Se alegraba de que su mujer estuviese fuera. Lo reconoció sin tratar de justificarlo. ¡Qué le importaba!

Mrs. Daniel Judique, decía la tarjeta. Babbitt sabía que era la viuda de un comerciante y que vendía papel al por mayor. Tendría unos cuarenta o cuarenta y dos años, pero él le echó menos cuando la vio en la oficina aquella tarde. Había ido a preguntar por un piso, y como no se fiaba de la empleada, Babbitt se encargó de atenderla. Se sintió nerviosamente atraído por la elegancia de la viuda. Era una mujer esbelta, con un vestido negro moteado de blanco, un vestido gracioso y fresco. Sombreaba su cara un sombrero negro de ala ancha. Tenía unos ojos brillantes, una barbilla agradablemente regordeta, y unas mejillas de un rosa uniforme. Babbitt se preguntó después si iría pintada, pero ningún hombre sabía menos de tales artes.

Se sentó y empezó a dar vueltas a su sombrilla violeta. Su voz era atractiva sin ser tímida.

—Quizá podría usted ayudarme...

—Con mucho gusto.

—He mirado por todas partes y... Quiero un pisito, con una alcoba o dos, sala, cocina y baño, pero que sea mono; no quiero una casa lóbrega ni tampoco de esas nuevas terriblemente chillonas. Y no puedo pagar mucho, mucho. Mi nombre es Tanis y Judique.

—Tengo un piso que quizá le convenga. ¿Quiere usted que la lleve ahora a verlo?

—Sí. Dispongo de dos horas.

En Cavendish Apartments, casa recién construida, Babbitt tenía un piso que reservaba para Sidney Finkelstein, pero ante la idea de llevar a aquella agradable mujer en su automóvil, olvidó a su amigo, y en tono galante proclamó:

—¡Haré por usted todo lo que pueda!

Sacudió el polvo del asiento que ella había de ocupar, y estuvo dos veces a punto de matarse por lucirse conduciendo.

—¡Cómo maneja usted el volante! —exclamó la viuda.

Su voz le encantó a Babbitt. Era una voz musical, pensó, una voz de mujer culta, no una risita falsa como la de Louetta.

—¿Sabe usted? —dijo Babbitt dándose tono—. Hay una porción de individuos que tienen pánico y conducen tan despacio que no le dejan a uno moverse. El chófer más seguro es el que sabe manejar el volante y no tiene miedo de acelerar cuando es necesario, ¿no cree usted?

—¡Ah, claro!

—Apuesto a que usted guía como los ángeles.

—Oh, no... Es decir..., no lo que se llama guiar. Nosotros, naturalmente, teníamos coche... antes que mi marido muriese..., y yo solía hacerme la ilusión de que guiaba, pero creo que una mujer no puede nunca aprender a guiar como un hombre.

—Bueno, hay mujeres que guían divinamente.

—Oh, desde luego, esas mujeres que tratan de imitar a los hombres, y juegan al golf, y se echan a perder el cutis y se estropean las manos.

—Eso sí. A mí no me han gustado nunca las mujeres hombrunas.

—Es decir..., yo las admiro muchísimo, y me siento tan débil y tan inútil comparada con ellas...

—¡Vamos, no diga usted eso! Apuesto a que toca usted el piano como los ángeles.

—Oh, no... Es decir..., no lo que se llama tocar.

—¡Pues yo apostaría que sí!

Miró de reojo sus manos delicadas, sus sortijas de diamantes y rubíes. Ella sorprendió su mirada, juntó las manos, curvando felinamente sus blancos dedos, lo cual encantó a Babbitt, y por fin suspiró:

—Me encanta tocar..., es decir... teclear en el piano, pero nunca lo he estudiado en serio. Mi marido solía decir que yo hubiera sido una buena pianista si hubiera estudiado, pero supongo que lo diría por halagarme.

—¡Apuesto que no! Apuesto que tiene usted temperamento.

—Oh... ¿Le gusta a usted la música, Mr. Babbitt?

—¡Que si me gusta! Pero la verdad, la música clásica no me entusiasma.

—¡A mí sí! Me encantan Chopin y todos.

—¿De veras? Bueno, claro, yo voy a muchos conciertos serios, pero me gusta una buena orquesta de *jazz*, y ver al tío del violón dándole vueltas al instrumento como si fuera una peonza...

—Oh, sí. A mí me encanta la música de baile. Me gusta bailar. ¿A usted no, Mr. Babbitt?

—¡Que si me gusta! No es que sea un bailarín de primera, eso no.

—Oh, seguramente baila usted muy bien. Yo le enseñaré. Conmigo aprende cualquiera.

—¿Querría usted darme una lección?

—Desde luego.

—Mire usted que le cojo la palabra. El mejor día me presento en su casa y tiene usted que darme la lección.

—Sí.

No se ofendió, pero tampoco se comprometió a nada. Babbitt se avisó a sí mismo: «¡Ándate con ojo! ¡No vayas a hacer el idiota otra vez!», y muy orgulloso razonó:

—Me gustaría bailar como la gente joven, pero le diré a usted: creo que el deber de un hombre es tomar parte activa, creativa diría yo, en el progreso del mundo y hacer algo que justifique su vida, ¿no cree usted?

—¡Oh, sí! —Y por eso tengo que sacrificar algunas de las cosas que me gustarían, aunque, qué caramba, juego al golf tan bien como cualquier hijo de vecino.

—Oh, no lo dudo... ¿Está usted casado?

—Sí... Y..., naturalmente, los deberes oficiales... Soy vicepresidente del Boosters' Club, y dirijo uno de los comités de la Junta de Bienes Raíces, lo cual

significa una porción de trabajo y de responsabilidades..., y no saca uno ni gratitud...

—¡Oh, ya sé! Los hombres públicos nunca son debidamente apreciados.

Se miraron los dos con mutuo respeto, y al llegar a Cavendish Apartments la ayudó a bajar cortésmente, señaló la casa como presentándosela, y ordenó pomposamente al chico del ascensor que «trajera las llaves deprisita». En el ascensor, la viuda se colocó tan cerca de él que se intranquilizó. Sin embargo, se mantuvo muy prudente.

Era un piso muy bonito, con molduras blancas y paredes azul pálido. A la señora de Judique le complació en extremo y decidió tomarlo. Cuando iban por el pasillo camino del ascensor, la viuda le tocó en la manga, gorjeando:

—¡Oh, estoy tan contenta de haber acudido a usted! Es tan raro dar con un hombre que realmente comprenda... ¡Oh! ¡Los pisos que me han enseñado!

Se figuró de pronto, por instinto, que podría pasarle el brazo por la cintura, pero se reprochó a sí mismo, y con excesiva cortesía le abrió la puerta del coche y la llevó a casa.

—¡Cuánto me alegro de no haber hecho el idiota esta vez! —reflexionaba volviendo a su oficina—. ¡Maldita sea, debí haber probado! ¡Es una monada! ¡Un verdadero encanto! ¡La gran hembra! Ojos bonitos, labios preciosos, y aquel talle tan elegante...; nada de chabacanería, como otras mujeres... ¡No, no, no! ¡Es una señora realmente culta! Una de las mujercitas más inteligentes que he conocido en no sé el tiempo. Entiende un poco de todo y... Pero, ¡canastos!, ¿por qué no me atreví?... ¡Tanis!

3

Se devanaba los sesos buscando una explicación. Por fin descubrió que volvía a la juventud, como joven que era. La muchacha que más especialmente le inquietaba (aunque nunca había hablado con ella) era la manicura, la última a la derecha, de la barbería Pompeyana. Pequeña, viva, pelinegra, sonriente, tendría unos diecinueve años, quizá veinte. Solía llevar unas blusas color salmón, muy transparentes, que exhibían sus hombros y las hombreras de su camisa.

Babbitt iba a la barbería Pompeyana cada dos semanas a recortarse el pelo. Aquel día, como siempre, se sintió desleal y traidor a su vecina de la barbería del Reeves Building. Luego, por vez primera, desechó su sentimiento de culpabilidad: «¡Carajo, no tengo que ir allí si no quiero! ¡El Reeves Building no es mío! ¡Yo qué carajo tengo que ver con los peluqueros esos! ¡Y me corto el pelo donde, carajo, me dé la gana! ¡Cuestión concluida! No vuelvo a proteger a nadie... a menos que quiera. Así no se va a ninguna parte. ¡Se acabó!».

La barbería Pompeyana estaba en el bajo del hotel Thornleigh, el mayor y el más moderno de Zenith. Del vestíbulo se bajaba a la peluquería por una curva escalera de mármol con barandilla de latón. El interior era de azulejos negros, blancos y rojos, con un sensacional techo de oro bruñido, y una fuente en la que una ninfa maciza vaciaba eternamente tina cornucopia escarlata. Cuarenta barberos y nueve manicuras trabajaban desesperadamente, y en la puerta seis negros acechaban la entrada de los parroquianos, de cuyos sombreros y cuellos se encargaban para después guiarlos a un rincón de espera donde, sobre una alfombra que en el suelo de piedra blanca parecía una isla tropical, había una docena de sillas de cuero y una mesa atestada de revistas.

El que atendió a Babbitt era un obsequioso negro de pelo gris que le saludó por su nombre, honor altamente estimado en Zenith. Sin embargo, Babbitt no se sentía contento. Su manicura estaba ocupada arreglando las uñas a un señor exageradamente vestido, y riendo con él. Babbitt le tomó odio. Pensó esperar, pero interrumpir el poderoso sistema de la barbería Pompeyana era inconcebible, e instantáneamente le llevaron en volandas a una silla.

Le rodeaba un lujo ostentoso y delicado. A uno de los adeptos le estaban dando un tratamiento facial, al de al lado un champú de aceite. Los chicos movían milagrosamente máquinas eléctricas de masaje. Los barberos sacaban toallas empapadas en vapor de un aparato que parecía un obús de níquel bruñido, y las tiraban desdeñosamente después de usarlas un segundo. Frente a los sillones de una vasta repisa de mármol había centenares de tónicos de diversos colores: ámbar, rubí, esmeralda. A Babbitt le halagaba tener dos esclavos personales a la vez: el barbero y el limpiabotas. Hubiera sido completamente feliz si también le hubiera servido su manicura. Mientras le recortaban el pelo, el peluquero le pedía su opinión sobre las carreras de Havre de Grace, sobre la temporada de béisbol, sobre el alcalde Prout. El limpiabotas negro tarareaba «The Camp Meeting Blues» y frotaba al compás de la

canción, con el trapo tan tirante que sonaba como una cuerda de banjo. El peluquero era un vendedor excelente. Le hacía a Babbitt sentirse persona rica y de importancia con su manera de preguntar: «¿Cuál es su tónico favorito, caballero? ¿Tiene usted tiempo hoy de darse un masaje facial? ¿Le doy un masaje de cabeza? El señor lo necesita».

Lo que más emoción le produjo a Babbitt fue el champú. El peluquero le enjabonó bien el pelo, luego (cuando Babbitt se inclinó sobre el lavabo, embozado en toallas) se lo remojó con agua caliente, lo cual le produjo un agradable picor en la cabeza; y por último dejó correr el agua helada. Con la impresión, con el ardiente frío que sentía en su cráneo, el corazón de Babbitt palpitó violentamente, su pecho se dilató, su médula vibró electrizada. Era una sensación que rompía la monotonía de la vida. Al incorporarse, echó una mirada augusta por el local. El peluquero le frotó obsequiosamente el pelo húmedo y le puso una toalla a modo de turbante. Babbitt parecía un califa regordete y rosáceo sentado en un trono ingeniosamente ajustable. El bueno del peluquero, como si se sintiera deslumbrado por los esplendores del califa, preguntó:

—¿Quiere el señor una fricción de petróleo Eldorado? Excelente para la cabeza. ¿No se la di la última vez?

No se la había dado, pero Babbitt consintió.

—Bueno, sí.

Con temblorosa vehemencia vio que su manicura estaba desocupada.

—No sé, después de todo creo que me arreglaré las uñas —murmuró.

Y muy excitado la vio acercarse, morena, sonriente, delicada, pequeña. Tendría que terminar su trabajo en su mesa, y entonces Babbitt podría hablarle sin que el peluquero escuchase. Esperó resignadamente, tratando de no mirarla, mientras la chica le limaba las uñas y el barbero le afeitaba untándole las mejillas ardientes con todas las interesantes mixturas que los cerebros barberiles han inventado a través de los siglos. Babbitt admiró la tabla de mármol de la mesilla, admiró los diminutos chirimbolos de plata, y se admiró a sí mismo por poder frecuentar un sitio tan caro. El agua caliente le había dejado la piel tan sensitiva que cuando la muchacha le sacó la mano de la palangana, Babbitt notó de un modo normal el contacto de su dedos finos. Tenía la joven unas uñas rosadas y lustrosas que le encantaron. Sus manos le parecieron más adorables que las de la señora de Judique, y más elegantes. Le produjo cierto éxtasis el dolor cuando ella le recortó la cutícula con un instrumento muy afilado. Hacía esfuerzos por no mirar la curva de sus hombros y de sus pechos, muy visibles bajo la ligera gasa rosa. La miraba como cosa exquisita, y cuando trató de hacerse el simpático le habló tan torpemente como un pueblerino a su primera novia.

—Hace calor hoy para trabajar, ¿eh?

—Sí, hace calor. Se cortó usted las uñas la última vez, ¿verdad?

—Supongo.

—Debía usted ir siempre a una manicura.

—Sí, quizá. Yo...

—No hay nada tan bonito como unas uñas bien cuidadas. Creo que es la mejor manera de distinguir a un caballero. Ayer estuvo aquí uno que vende automóviles y dijo que siempre se puede saber la clase de persona por el coche, pero yo le dije, digo, «¡Ca, hombre, tonterías! Los que saben lo que se pescan miran a las uñas cuando quieren averiguar si un fulano es un señor de verdad o un pelagatos cualquiera».

—Sí, quizá tenga usted razón. Claro que... con una chiquilla tan bonita como usted no puede uno menos de venir a arreglarse las uñas.

—Yo seré una chiquilla, pero a mí no me la dan, y calo a la gente en cuanto que la veo (me basta una mirada) y no hablaría con tanta franqueza con un parroquiano si no viera que es persona decente.

Sonrió. Sus ojos le parecían tan dulces como los charcos de abril. Con mucha seriedad se dijo a sí mismo que «ciertos sinvergüenzas pensarían, sólo porque una chica era manicura y acaso no muy bien educada, que no podía ser buena, pero él era demócrata y comprendía al pueblo». Y se quedó con la seguridad de que aquélla era una buena chica..., pero no hasta el punto que molestase.

—Me figuro que habrá la mar de hombres que intentarán propasarse con usted.

—¡Digo, si hay! Mire, se encuentran tipos que creen, porque una trabaja en una barbería, poder hacer lo que se les antoje. ¡Las cosas que se oye una! ¡Pero crea usted, yo esos pájaros sé espantármelos! No hago más que decirles mirándoles de arriba abajo: «¿Con quién creen ustedes que están hablando?», y desaparecen como un sueño de amor y, ¡oh!, ¿no quiere usted una cajita de crema para las uñas? Se las deja a usted como acabadas de arreglar, es completamente inofensiva y dura varios días.

—Sí, me llevaré una. Oiga... Oiga, tiene gracia; estoy viniendo aquí desde que se abrió el establecimiento y... (con astuta sorpresa)... ¡creo que no sé ni cómo se llama usted!

—¿Ah, no? ¡Tiene gracia! Tampoco sé yo su nombre.

—¡Bueno, no me tome el cabello! ¿Cómo se llama usted? Seguramente tiene usted un nombre bonito.

—No tan bonito. Un poco judío. Aunque mi familia no es judía. El papá de mi papá era un noble polaco, y una vez vino aquí un señor que... que era algo así como un duque o no sé qué...

—¡Ya! ¡Un duque sin ducados!

—¿Quién lo está contando, usted o yo? Y dijo que conocía a los parientes del papá de mi papá en Polonia, y que tenían una casa muy grande. ¡En la misma orilla de un lago...! ¿A lo mejor no lo cree usted?

—Sí. No, de veras. Sí que lo creo. ¿Por qué no? En serio, cada vez que la he visto a usted, preciosa, he dicho para mis adentros: «Esa chiquilla tiene Sangre Azul en las

venas».

—¿De veras?

—Y tanto. Bueno, bueno, ande..., ahora somos amigos... ¿Cómo se llama usted?

—Ida Putiak. Como nombre, no vale gran cosa. Yo siempre le digo a mamá: «Madre, ¿por qué no me pusiste Dolores o algo así?».

—¡Pero si es un nombre distinguidísimo!

—¡Pues yo conozco el suyo!

—¡Ca, imposible! Claro que... Oh, no es tan conocido como para eso.

—¿No es usted Mr. Sondheim, el viajante de la Kompañía Krackajack: Kuchillería de Cocina?

—¡No! ¡Yo soy Mr. Babbitt, corredor de fincas!

—¡Oh, perdone! Ya entiendo. De aquí, de Zenith, dice usted.

—Sí —respondió Babbitt con la brusquedad de quien se siente ofendido.

—Por supuesto. He leído sus anuncios. Son de primera.

—Um, quizás..., quizás habrá leído usted algo acerca de mis discursos.

—¡Natural! No me queda mucho tiempo para leer, pero... usted pensará que yo soy una tontaina inaguantable.

—¡Yo pienso que es usted un encanto!

—Bueno... Este oficio tiene una ventaja. Le da a una ocasión de conocer a caballeros finos y de avisparse con la conversación, tanto que puede una calar a la gente del primer vistazo.

—Oiga una cosa, Ida; no vaya usted a pensar...

Babbitt reflexionaba que resultaría humillante ser rechazado por la chiquilla, y peligroso ser aceptado. Si la invitaba a cenar, si le veían amigos criticones... Pero continuó, apasionadamente:

—No vaya usted a pensar mal de mí si le propongo que salgamos una noche y cenemos juntos los dos.

—Yo no sé si debo, pero... ¿Sabe usted? Hay un señor que quiere salir conmigo. Pero quizá pueda esta noche.

No había razón, se dijo Babbitt, para que no fuera a cenar tranquilamente con una pobre chica a quien sin duda sería provechosa la compañía de una persona educada y madura como él. Mas, por miedo a que alguno los viese y no comprendiera, la llevaría a la Biddlemeier's Inn, en las afueras de la ciudad. Darían un paseo en automóvil, aquella noche de calor, y él podría cogerle la mano... No, no haría ni eso. Ida era complaciente; sus hombros desnudos lo demostraban bien a las claras; pero lo que es él no le haría el amor sólo porque ella lo esperase. ¡Ca!

Luego, su coche se descompuso; le había pasado algo a la ignición. ¡Y él tenía que sacar su auto aquella noche! Furioso, probó las bujías, inspeccionó el conmutador. Nada, el coche no quería arrancar, y tuvieron que remolcarlo a un garaje. Con nueva emoción pensó en un taxi. Había algo de lujo y de perversidad al mismo tiempo en un taxi.

Pero cuando fue a recoger a la muchacha, que lo esperaba en una esquina, cerca del hotel Thornleigh, ella le dijo:

—¿Un taxi? ¡Hombre, yo creí que tenía usted coche!

—Lo tengo. Claro que lo tengo. Sólo que hoy está descompuesto.

—¡Oh! —exclamó ella como quien ha oído el cuento antes.

Se dirigieron hacia la Biddlemeier's Inn. Babbitt fue tratando todo el trayecto de hablarle como un viejo amigo, pero se estrellaba contra la pared de su palabrería. Con interminable indignación, la chica narraba sus peloterías con aquel «frescales del maestro barbero» y las cosas terribles que le iba a hacer si le seguía diciendo que «sabía más de parlotear que de recortar pezuñas».

En la Biddlemeier's Inn no pudieron conseguir que les sirvieran ninguna bebida. El camarero se negó a entender quién era George F. Babbitt. Sentados ante una enorme fuente de frituras variadas hablaron de los partidos de béisbol. Babbitt trató de cogerle la mano a Ida.

—¡Cuidado! Ese frescales de camarero está espiando —dijo ella en tono amistoso.

Salieron. Era una traicionera noche de verano. El aire soplaba perezoso, y una luna pequeñita se alzaba sobre los arcos transfigurados.

—Vamos a otro sitio donde podamos beber y bailar —suplicó él.

—Sí, otra noche. Hoy le he prometido a mamá volver pronto.

—Oh, hace una noche demasiado buena para meterse en casa.

—Yo iría de buena gana, pero mamá me regañaría.

Babbitt temblaba. La muchacha era apetitosa, exquisita. Le pasó un brazo por la cintura. Ella apoyó la cabeza en su hombro, sin miedo. Babbitt estaba triunfante. Después, la chica bajó corriendo las escaleras y gritó:

—Vamos, George, iremos a tomar el fresco.

Era una noche de amantes. A lo largo de la carretera en Zenith, a la suave luz de

una luna baja, se veía una fila de automóviles parados y siluetas abrazadas. Babbitt tendió sus manos ávidas a Ida, y cuando ella se las acarició la miró enternecido. No hubo resistencia ni transición. Él la besó y ella respondió sencillamente a su beso, sin hacer caso de la estólida espalda del chófer.

Se le cayó el sombrero y se desasíó para recogerlo.

—¡Oh, déjalo! —suplicó Babbitt.

—¿Eh? ¿Mi sombrero? ¡Ni por pienso!

Esperó a que se lo pusiera, luego quiso abrazarla de nuevo. Ella se esquivó.

—¡Vamos, no seas malo! —dijo en tono maternal—. ¡No enfades a tu mamá! Siéntate bien y mira qué noche tan espléndida hace. Si eres bueno te besaré cuando nos despedamos. Ahora dame un cigarrillo.

Muy solícito, Babbitt le encendió el cigarrillo y le preguntó si estaba cómoda. Luego se sentó lo más lejos de ella que pudo. Su fracaso le había dejado frío. Nadie podía haberle dicho a Babbitt que era un majadero con más vigor, precisión e inteligencia que él lo hizo. Reflexionó que desde el punto de vista del reverendo doctor John Jennison Drew era un hombre inicuo, y desde el punto de vista de *Miss Ida Putiak*, un pelmazo a quien había que aguantar en castigo de haber cenado opíparamente.

—¿Estás enfadado, rico? ¿Verdad que no?

La chica hablaba con descaro. Le hubiera pegado. «Yo no tengo por qué aguantar a esta golfa».

¡Maldita emigrante! Bueno, salgamos de esto cuanto antes, y a casita a dormir lo que resta de noche.

—¿Eh? ¿Enfadado yo? —replicó con un bufido—. Pero, nena, ¿por qué me había de enfadar yo? Mira, Ida, escucha. Te voy a decir lo que tienes que hacer con el barbero ese. No vas a estar peleando siempre. Yo tengo bastante experiencia con empleados, y has de saber que no vale la pena de llevar la contraria...

Al llegar a la descolorida casa de madera donde ella vivía, Babbitt le dijo adiós breve y amablemente, pero al arrancar el taxi exclamó:

—¡Dios mío!

CAPÍTULO XXV

1

Se despertó y se estiró alegremente al oír los gorriones; luego recordó que todo andaba de través; que había decidido tomar por el mal camino, y que hasta el momento no se divertía ni pizca. ¿Por qué, se preguntó, había él de rebelarse? ¿Rebelarse contra qué? «¿Por qué no ser juicioso, dejarse de estúpidas juerguecitas, y pasarlo bien con su familia, sus negocios y sus amigos del club?». ¿Qué sacaba él de la rebelión? Disgustos y vergüenzas..., la vergüenza de ser tratado como un chiquillo ofensivo por una cualquiera como Ida Putiak. Y sin embargo... Siempre volvía a ese «Y sin embargo». Por muchos disgustos que se llevase, nunca podría recuperar el contento en un mundo que, una vez se dudaba de él, resultaba absurdo.

Sólo que, se juró a sí mismo, «lo de andar tras las faldas se había terminado».

A mediodía ya no estaba seguro ni de eso siquiera. Si bien en *Miss McGoun*, en Louetta Swanson y en Ida no había hallado a la mujer fina y cariñosa, eso no probaba que no existiese. No le cabía duda de que en alguna parte existiría la no imposible Ella capaz de entenderle, apreciarle, hacerle feliz.

La señora de Babbitt volvió en agosto.

En sus previas ausencias había echado de menos su tranquilizadora conversación, y su llegada era para él una fiesta. Ahora, aunque no había osado que se transparentara en sus cartas, sentía que volviera antes de haberse encontrado a sí mismo, y le violentaba la necesidad de fingir alegría al verla.

Bajó a la estación despacio, parándose a estudiar los anuncios de colonias veraniegas, por miedo a encontrarse a algún conocido y descubrir su mal humor. Cuando el tren entró, Babbitt estaba en el andén mirando los coches. Al ver a su mujer en la línea de pasajeros que se movía hacia la plataforma, agitó su sombrero. En la portezuela la abrazó y le dijo:

—¡Vaya, vaya, vaya! ¡Traes buena cara, caramba!, muy buena cara.

Luego se fijó en Tinka. Aquella pequeña, con su absurda naricilla y sus ojos vivos, le quería, le creía un gran hombre, y Babbitt la alzó y la estrujó en sus brazos hasta hacerla chillar. Había vuelto por un instante a ser quien era.

Tinka se sentó a su lado en el coche, con una mano en el volante, haciéndose la ilusión de que le ayudaba a guiar, y Babbitt gritó a su mujer que iba en el asiento de atrás:

—¡Verás como la peque va a ser el mejor chófer de la familia! Lleva el volante como un profesional.

Fue todo el camino pensando con un miedo espantoso en que, cuando se quedasen a solas, su mujer esperaría pacientemente encontrarle apasionado.

En la casa se sabía, aunque no oficialmente, que Babbitt se iría a pasar las vacaciones solo, ocho o diez días en Catawba, pero a él le atormentaba el recuerdo de que un año antes había estado con Paul en Maine. Se hacía la ilusión de que volvía allá, a gozar de la paz y de la presencia de Paul, en una vida primitiva y heroica. De pronto, le asaltó la idea de que podía ir. Sólo que, realmente, no podía; no podía dejar su negocio, y «a Myra le extrañaría que se fuera allá solo». Claro que había decidido hacer lo que le diese la gana en adelante, pero... ¡ir hasta Maine!

Fue, después de largas meditaciones.

Con su mujer, pues era inconcebible explicarle que iba a buscar el espíritu de Paul en la soledad, empleó sobriamente la mentira preparada hacía un año y apenas usada. Le dijo que tenía que hablar de negocios con un señor de Nueva York. No hubiera podido explicarse ni a sí mismo por qué había sacado del banco varios cientos de dólares, más de los que necesitaba, ni por qué había besado tan tiernamente a Tinka diciéndole: «¡Dios te bendiga, hija mía!». Desde el tren le dijo adiós con la mano hasta que la pequeña quedó reducida a un punto rojo junto a la parda corpulencia de su madre. Babbitt miró con melancolía el último suburbio de Zenith.

Todo el trayecto fue pensando en los guías de Maine: sencillos, fuertes y osados, alegres cuando jugaban al póquer en su cabaña sin techar, juiciosos y enterados

cuando andaban por el bosque o atravesaban los rabiones. Recordaba especialmente a Joe Paradise, medio yanqui, medio indio. ¡Si pudiera tomar una tierra en el monte, con un hombre como Joe, trabajar duro, gozar de libertad, hacer ruido, ponerse una camisa de franela y no volver jamás a la estúpida decencia!

O, como los cazadores de las películas canadienses, poner trampas en los bosques, acampar en las montañas Rocosas, torvo y mudo troglodita. ¿Por qué no? Podía hacerlo. A su familia le quedaba bastante dinero para salir adelante hasta que Verona se casara y Ted se ganara la vida. El viejo Henry T. se ocuparía de ellos. ¡En serio! ¿Por qué *no*? Vivir de veras, *vivir*...

Lo ansiaba, reconoció que lo ansiaba, y casi creyó que iba a hacerlo. Cada vez que el sentido común protestaba «¡Locuras! Nadie abandona a su familia y a sus amigos así como así. ¡No se hace porque no, y nada más!», Babbitt respondía: «Pues no se necesitaría más valor del que Paul tuvo para ir a la cárcel... ¡Dios, lo que me gustaría! Mocasines..., revólveres de seis tiros..., ciudad fronteriza..., jugadores..., dormir a cielo raso..., ser un hombre macho, con tipos como Joe Paradise... ¡Dios!».

Por fin fue a Maine. De nuevo se encontró en el muelle del hotel, de nuevo escupió heroicamente en el agua delicada y trémula; los pinos murmullaban, las montañas resplandecían y una trucha saltó y desapareció en un círculo de plata. Apresuróse a ir a la cabaña de los guías, su verdadero hogar, sus verdaderos amigos. Se alegrarían de verle. Se levantarían gritando: «¡Hombre, aquí está Mr. Babbitt! ¡Ése no es como los otros! ¡Ése es de los nuestros!».

En su barraca de tablas, los guías, sentados en torno a una mesa grasienta, jugaban al póquer con grasientas cartas: media docena de hombres arrugados, con flexibles y pantalones viejos. Al entrar Babbitt le saludaron con un movimiento de cabeza. Joe Paradise, el viejo de los bigotazos, gruñó:

—¿Qué hay? ¿Por aquí otra vez?

Silencio, roto solamente por el repiqueteo de las fichas. Babbitt se quedó en pie cerca de ellos. Después de un rato de juego concentrado, insinuó:

—¿Podré echar una mano, Joe?

—Pues claro. Siéntese. ¿Cuántas fichas quiere? Usted estuvo aquí con su mujer el año pasado, ¿no? —dijo Joe Paradise.

Y nada más. Así fue como recibieron a Babbitt sus viejos amigos.

Jugó media hora, antes de volver a hablar. Tenía la cabeza envuelta en humo de pipas y de cigarros baratos. Estaba aburrido de parejas y escaleras de color, resentido de que los guías no le prestaran la menor atención.

—¿Trabaja ahora? —le espetó a Joe.

—No.

—¿Querría usted servirme de guía unos días?

—Ha de ser pronto. No estoy contratado hasta la semana que viene.

Sólo así agradeció Joe la amistad que Babbitt le ofrecía. Babbitt pagó sus pérdidas y salió de la cabaña un tanto puerilmente. Joe sacó la cabeza por encima de

las espirales de humo, lo mismo que una foca, y volvió a zambullirse en sus tres ases.

Ni en su silenciosa cabaña, donde se percibía la fragancia de los tablones de pino recién aserrados, ni en la orilla del lago, ni en las nubes del poniente que a la sazón se arremolinaban tras las brumosas montañas, podía Babbitt encontrar el espíritu de Paul como una consoladora aparición. Se sentía tan solo, que después de cenar pegó la hebra con una anciana señora, una señora que no paraba de hablar, junto a la estufa de la recepción del hotel. Babbitt le habló de los probables triunfos que Ted obtendría en la universidad del Estado, y del notable vocabulario de Tinka, hasta sentir nostalgia del lugar que había abandonado para siempre.

A través de la oscuridad, a través de aquel silencio cercado de pinos, bajó a la orilla del lago donde encontró una canoa. No tenía zaguales, pero con una tabla, malamente sentado en medio de la embarcación y hurgando en el agua más que remando, se alejó largo trecho de la orilla. Las luces del hotel y de los *cottages* se redujeron a puntos amarillos, un haz de luciérnagas al pie de la Sachem Mountain. Mayor y más imperturbable aparecía la montaña en la oscuridad tachonada de estrellas. El lago era un ilimitado pavimento de mármol negro. Babbitt callaba sintiéndose empequeñecido y un poco asustado, pero esta insignificancia le liberaba de las pomposidades de ser Mr. George F. Babbitt, de Zenith; le entristecían y le aligeraban el corazón. Ahora tenía enfrente a Paul, se lo imaginaba (rescatado de la prisión, de Zilla y de las exigencias de su negocio) tocando el violín en la proa de la canoa. Hizo voto de seguir adelante, de no volver. «¡Ahora que Paul no está, no quiero ver más a esa maldita gentuza! Fui un tonto al enfadarme porque Joe Paradise no saltara a abrazarme en cuanto me vio. Joe es un hombre del bosque, demasiado cuerdo para hablar por los codos, como hacen los que viven en las ciudades. ¡Pero llevadle a la montaña, por las trochas...! ¡Eso es vivir!».

Joe se presentó en la choza de Babbitt a las nueve de la mañana siguiente. Babbitt le saludó como a un compañero troglodita.

—Bueno, Joe, ¿qué le parece si dejáramos a estos veraneantes y a estas malditas señoras y nos pusiéramos en camino?

—Muy bien, Mr. Babbitt.

—¿Qué dice usted de ir a Box Car Pond (creo que la choza está libre) y acampar allí?

—Como usted quiera, Mr. Babbitt, pero está más cerca Skowtuit Pond, y la pesca es igual de buena.

—No, no, yo quiero meterme en la espesura.

—Bueno, bien.

—Nos echaremos la mochila al hombro y andando, andando, nos internaremos en el bosque.

—Creo que sería más fácil ir embarcados por el lago Chogue. Podemos hacer el viaje en una lancha..., una de fondo plano con un Evinrude.

—¡Ca, no, señor! ¿Perturbar la serenidad del campo con el chog-chog de un

motor? ¡En la vida! Nada, eche usted un par de calcetines en el morral, y pida las provisiones que quiera llevar. Yo estaré listo tan pronto como usted.

—La mayoría de los veraneantes van embarcados, Mr. Babbitt. Hay un trecho largo.

—Vamos, Joe: ¿es que tiene usted miedo a andar?

—Oh, no, todavía tengo buenas piernas. Pero es que hace dieciséis años que no me he dado una caminata tan larga. La mayoría de los veraneantes van en barca. Pero puedo hacerlo si usted se empeña..., creo.

Joe salió disgustado.

El pasajero enfado de Babbitt había desaparecido antes de que Joe volviera. Se lo imaginaba entusiasmándose y contando las más divertidas historias. Pero Joe no estaba aún muy entusiasmado cuando se pusieron en camino. Marchaba detrás de Babbitt, y siempre que éste, con los hombros doloridos de llevar la mochila, jadeaba penosamente, oía jadear del mismo modo a su guía. Pero el camino les resarcía: un sendero lleno de pinochas y de raíces, entre balsaminas, helechos y abedules. Recobró la fe, y el sudar le producía satisfacción. Cuando se paró a descansar dijo riendo:

—Creo que nos estamos portando bien a pesar de no ser ya unos jovencitos, ¿eh?

—Sí, sí —respondió Joe.

—Este sitio es precioso. Mire, se ve el lago entre los árboles. Usted, Joe, no sabe la suerte que tiene en vivir aquí, en estos bosques, y no en una ciudad con tranvías que rechinan, y máquinas de escribir que teclean, y gente que le marea a uno todo el santo día. ¡Ojalá conociera yo los bosques como usted! Diga, ¿cómo se llama esa flor roja?

Frotándose la espalda Joe miró la flor un tanto picado.

—Bueno, unos la llaman de una manera y otros de otra. Yo siempre la llamo la flor roja.

Cuando la marcha se convirtió en un ciego afán, Babbitt dejó bienaventuradamente de pensar. El cansancio le embotaba los sentidos. Sus piernas parecían moverse por sí solas, sin que las guiasen, y mecánicamente se limpiaba el sudor que le picaba en los ojos. Estaba demasiado fatigado para sentirse alegre cuando, después de andar una milla, bajo un sol de plomo, a través de una ciénaga donde nubes de moscas revoloteaban sobre un montón de broza, llegaron a la fresca orilla del Box Car Pond. Cuando descargó de sus espaldas la mochila se tambaleó perdiendo el equilibrio, y en un rato no pudo ponerse derecho. Se tendió bajo la amplia copa de un arce, cerca de la choza, y sintió con fruición que el sueño le corría por las venas.

Se despertó al oscurecer. Joe preparaba la cena dándose mucha maña en freír los huevos, el tocino y las tortas de harina. Babbitt sintió de nuevo una gran admiración por el hombre de los bosques.

—Joe, ¿qué haría usted si tuviera mucho dinero? —le preguntó desde el tocón

donde se había sentado—. ¿Seguiría trabajando de guía o tomaría una tierra en el monte, lejos de todo el mundo?

Por vez primera Joe se despabiló.

—¡Varias veces lo he pensado! —murmuró mascando tabaco—. Si tuviera dinero, me iría a Tinker's Falls para abrir una zapatería de postín.

Después de cenar Joe propuso una partida de póquer, pero Babbitt rehusó de plano, y el guía se acostó muy contento a las ocho. Sentado en el tocón, frente al lago negro, Babbitt daba manotazos a los mosquitos. Salvo el guía, que roncaba, no había otro ser humano en diez millas a la redonda. Babbitt se encontraba más solo que nunca. Luego imaginó estar en Zenith.

Sospechaba que *Miss McGoun* gastaba demasiado en papel carbón. Echaba de menos el persistente choteo de la mesa de los camorristas. Quería saber qué estaría haciendo Zilla. Se preguntaba si Ted, después de trabajar todo el verano en un garaje, «apretaría los codos» en la universidad. Pensaba en su mujer. «Si al menos..., si no tuviera esa calma desesperante... ¡No! ¡No volveré! Dentro de tres años tendré cincuenta. Dentro de trece, sesenta. Voy a correrla antes que sea demasiado tarde. ¡Todo me importa un comino!».

Pensó en Ida Putiak, en Louetta Swanson, en aquella encantadora viuda... ¿Cómo se llamaba...? ¿Tanis Judique...? La viuda a quien había buscado un piso. Se enzarzó en imaginarias conversaciones. Luego:

—¡Dios, parece que no puedo dejar de pensar en la gente!

Y así llegó a comprender que era una locura escapar, porque nunca podría escapar de sí mismo.

En aquel mismo momento emprendió el retorno a Zenith^[44]. Su jornada no tenía apariencia de huida, pero iba huyendo, y cuatro días después estaba en el tren de Zenith. Sabía que su vuelta no era lo que deseaba sino lo único que podía hacer. Reflexionó nuevamente que no podía escapar de Zenith, de su familia y de su oficina, porque en su cerebro llevaba la oficina, la familia y todas las calles, todas las inquietudes y todas las ilusiones de Zenith.

—Pero voy a... ¡oh, voy a hacer algo! —se dijo, y pensó que sería algo heroico.

CAPÍTULO XXVI

1

Recorrió el tren buscando alguna cara familiar, pero sólo vio a una persona conocida: Séneca Doane, el abogado que, después de haber estudiado con Babbitt en la universidad y haber llegado a consejero de una corporación, había perdido el seso, hasta el punto de figurar en candidaturas laboristas y de fraternizar con socialistas reconocidos. Aunque se había declarado en rebelión, Babbitt no tenía mucho interés en que le vieran hablando con semejante fanático, pero en ninguno de los demás coches pudo encontrar a otra persona conocida, y aunque de mala gana, hizo un alto. Séneca Doane era un hombre delgado, de pelo fino, bastante parecido a Chum Frink, salvo que no tenía la expresión burlona de éste. Iba leyendo un volumen titulado «The Way of All Flesh». A Babbitt le pareció un libro religioso, y se preguntó si sería posible que Doane se hubiera convertido en una persona decente y patriótica.

—Hola, Doane —dijo.

Doane levantó la vista.

—Oh, qué tal, Babbitt —contestó con extraña amabilidad.

—¿De viaje, eh?

—Sí, he estado en Washington.

—¿En Washington, eh? ¿Qué tal le va al gobierno?

—Pues... ¿No te sientas?

—Gracias. Me sentaré. ¡Vaya, vaya! Ya hace tiempo que no he tenido ocasión de echar un párrafo contigo, Doane. Yo, la verdad... Sí, sentí mucho que no fueras a nuestro banquete.

—Oh..., gracias.

—¿Qué tal marchan los sindicatos? ¿Te presentas para alcalde otra vez?

Doane parecía inquieto. No cesaba de manosear las páginas de su libro. Dijo «quizá» como quien no dice nada, y sonrió. A Babbitt le gustó aquella sonrisa y trató de entablar conversación.

—He estado en el *cabaret* del hotel Minton, en Nueva York. Dan una función que se llama «Buenos días, rica» que... ¡bueno!

—Sí, guapas chicas. Yo estuve bailando allí una noche.

—Ah, ¿te gusta bailar?

—Naturalmente. Me gusta bailar, me gusta comer bien, me gustan las mujeres bonitas. Como a la mayoría de los hombres.

—Pues, hombre, Doane, yo pensaba que vosotros queráis privarnos de las buenas comidas y de todo.

—No. De ninguna manera. Lo que a mí me gustaría es que los mítines de los oficiales de sastrería se celebrasen en el Ritz, y que después se diera un baile. ¿No es razonable?

—Sí, es una buena idea, ya lo creo. Pues... Siento no haberte visto más a menudo estos años pasados. Ah, supongo que no habrás tomado a mal que te haya llevado la

contra cuando lo de la alcaldía, pronunciando discursos en favor de Prout. Yo, ¿sabes?, soy del Partido republicano, y me pareció...

—¿Por qué no habías de luchar contra mí? No dudo que el Partido necesite tu cooperación. Recuerdo que... cuando estábamos en la universidad eras un muchacho excepcionalmente liberal y sensible. Todavía me acuerdo: entonces me decías que ibas a ser abogado, para tomar a tu cargo los pleitos de los pobres sin cobrarles nada... Yo, en cambio, decía que iba a hacerme rico para comprar cuadros y vivir en Newport. Tengo la seguridad de que tú nos inspiraste a todos.

—Pues... bueno... Sí, yo siempre aspiré a ser liberal.

Babbitt se sentía atrozmente orgulloso y avergonzado; intentó dar la impresión de que era el muchacho que había sido hacía un cuarto de siglo, y sonrió a su amigo Séneca Doane, murmurando:

—Lo malo de estos fulanos, incluso los que se creen progresistas, es que no son transigentes ni liberales. Ahora, yo siempre he creído que se deben oír las ideas de los demás.

—Eso está bien.

—Te diré, yo veo la cosa así: un poquito de oposición es bueno para todos nosotros, de modo y manera que un hombre, especialmente si se dedica a los negocios, debe ser liberal.

—Sí...

—Yo digo siempre que hay que tener Visión e Ideales. Supongo que algunos de mis compañeros de profesión creerán que soy un tanto visionario, pero yo les dejo que crean lo que quieran y sigo adelante..., lo mismo que haces tú... Pues sí, no sabes cuánto me alegro de haber tenido ocasión de hablar contigo un rato y de refrescar, por decirlo así, nuestros ideales.

—Pero, naturalmente, nosotros, los visionarios, salimos siempre derrotados. ¿Lo sientes tú?

—¡Ni pizca! ¡Nadie puede mandar en mis pensamientos!

—Tú eres el hombre que puede ayudarme. Quiero que hables con algunos de tus compañeros y trates de hacerlos más liberales en su actitud para con el pobre Beecher Ingram.

—¿Ingram? Pero, oye, ¿no es Ingram el pastor ese al que expulsaron de la Iglesia congregacionista y que predica el amor libre y la sedición?

Ésa era, explicó Doane, la opinión general que se tenía de Beecher Ingram, pero él lo veía como un sacerdote de la fraternidad humana, de la cual Babbitt era evidentemente defensor. Así que ¿no haría Babbitt algo porque sus amigos dejaran de perseguir a Ingram y a su desamparada Iglesia?

—¡Descuida! Yo me encargaré de parar los pies al primero que oiga meterse con Ingram —dijo Babbitt afectuosamente a su querido amigo Doane.

Doane se animó y empezó a recordar los tiempos pasados. Habló de sus estudios en Alemania, de sus cabildeos en Washington en favor del impuesto único, de las

conferencias laboristas internacionales. Mencionó a sus amigos Lord Wycombe, el coronel Wedgwood, el profesor Piccoli. Babbitt había dado por supuesto que Doane se trataba solamente con la Sociedad internacional de Trabajadores^[45], pero ahora movía la cabeza como si conociera a muchos Lord Wycombe íntimamente, e intercaló dos alusiones a *Sir Gerald Doak*. Se sentía osado, idealista, cosmopolita.

De repente, en su nueva grandeza espiritual, se compadecía de Zilla Riesling, y la comprendió como nunca podrían comprenderla aquellos vulgares tipos del Boosters' Club.

Cinco horas después de llegar a Zenith y de decir a su señora que en Nueva York hacía un calor horrible, fue a visitar a Zilla. En su cabeza hervían altruistas ideas. Sacaría de la cárcel a Paul; haría cosas, cosas vagas pero altamente caritativas en favor de Zilla; sería tan generoso como su amigo Séneca Doane.

No había visto a Zilla desde que Paul le había disparado el tiro, y todavía se la figuraba frescachona, coloradota, alegre y un poco desaseada. Se dirigió a la casa de huéspedes, por una callejuela deprimente, situada detrás del distrito de almacenes y depósitos, y paró ante la puerta su automóvil con una sensación de pena. En una ventana alta, apoyada en el codo, vio a una mujer con los rasgos de Zilla, pero descolorida y avejentada, como un papel amarillento y arrugado. Zilla hubiera saltado y reído, pero esa mujer estaba espantosamente quieta.

Babbitt la esperó media hora en la sala de la pensión. Cincuenta veces abrió el álbum de la Feria universal de Chicago de 1893, cincuenta veces miró la fotografía de la Corte de Honor.

Le sorprendió ver entrar a Zilla en el cuarto. Llevaba un vestido negro que había tratado de animar poniéndole una banda roja. La banda tenía un roto cuidadosamente zurcido. Babbitt se fijó en este detalle porque no quería mirarle los hombros. Uno estaba más bajo que el otro, y el brazo correspondiente contorcido y como paralizado. Y a través de un encaje barato se veía una hendidura en aquel cuello anémico que antes había sido mórbido y lustroso.

—¿Qué quieres? —dijo ella.

—¡Hola, Zilla! ¡Tenía tantas ganas de verte!

—Puedes comunicarme conmigo por medio de un abogado.

—¡Caramba, Zilla, si yo no he venido sólo por causa de él! Vengo como un viejo amigo.

—¡Sí que te has dado prisa!

—Bueno ya sabes lo que ocurre. Me figuré que no querrías ver a ninguno de sus amigos hasta que pasara algún tiempo y... ¡siéntate, querida! Seamos juiciosos. Todos nosotros hemos hecho cosas que no debíamos, pero acaso podamos empezar una vida nueva. En serio, Zilla, haría cualquier cosa por veros a los dos felices. ¿Sabes lo que he pensado hoy? Te juro que Paul no sabe ni palabra de esto..., no sabe ni que he venido a verte. Pues pensé: Zilla es una mujer de gran corazón y comprenderá que, ejem, Paul se ha llevado ya su lección. Qué, ¿no sería una buena idea si le pidieras al gobernador que le perdonara? Creo que lo haría viniendo de ti la cosa. ¡No! ¡Espera! Piensa la satisfacción que te daría el ser generosa.

—Sí, quiero ser generosa —respondió glacialmente ella—. Y por lo mismo quiero que siga en la cárcel, para ejemplo de los malhechores. Me he vuelto muy religiosa, George, desde que ese hombre me hizo lo que me hizo. Antes solía ser dura con el prójimo, y buscaba los placeres mundanos, los bailes, los teatros. Pero cuando

estuve en el hospital, el pastor de la Congregación pascual^[46] venía a verme muchas veces, y me demostró, con las profecías de la Sagrada Escritura, que el Día del Juicio se acerca y que todos los miembros de las antiguas Iglesias serán condenados al fuego eterno, porque rezan sólo con la boca y se entregan al mundo, al demonio y a la carne...

Habló fogosamente durante quince minutos, pronosticando la proximidad de la cólera divina. Su cara se encendió, y su voz muerta recobró algo de la penetrante energía de la Zilla de otros tiempos.

—Es la voluntad de Dios —añadió para terminar— que Paul esté en la cárcel ahora, torturado y humillado por el castigo, para que pueda aún salvar su alma, y para que otros malvados, esos lujuriosos que andan siempre tras las mujeres, tomen ejemplo.

Babbitt la escuchaba como si estuviera sentado sobre alfileres. Lo mismo que en la iglesia no osaba moverse durante el sermón, así comprendió que debía fingirse atento, aunque sus estridentes acusaciones le pareciesen aves de presa cayendo sobre la carroña.

Trató de aparentar calma y dijo fraternalmente:

—Sí, ya sé, Zilla. Pero, caramba, la esencia de la religión es ser caritativo, ¿no? Te diré mi opinión: lo que necesitamos en el mundo es liberalismo, liberalidad, si es que hemos de ir a alguna parte. Yo siempre me he inclinado a ser tolerante y liberal...

—¿Tú? ¿Liberal? Mira, George Babbitt, tú eres tan tolerante y tan liberal como una navaja de afeitar, poco más o menos.

Había reaparecido la Zilla de antes.

—¿Ah, sí? ¿Conque sí? Bueno, pues permíteme que te diga, que-te-di-ga, que yo soy, carajo, tan liberal como tú religiosa. ¡Religiosa tú!

—Lo soy. Nuestro pastor dice que mantengo su fe.

—¡Ya lo creo! ¡Con el dinero de Paul! Pero sólo para que veas si soy o no liberal, le voy a mandar un cheque de diez dólares al Beecher Ingram ese, porque hay la mar de gente que dice que el pobre infeliz predica el amor libre y quieren echarlo de aquí.

—¡Y tienen razón! ¡Debieran echarlo! ¿Pues no predica (si le llamas a eso predicar) en un teatro, en la Casa de Satanás? Tú no sabes lo que es encontrar a Dios, encontrar paz, descubrir las trampas que el diablo arma a nuestros pies. ¡Qué gozo me da ver los misteriosos designios de Dios haciendo que Paul me hiriese para apartarme del sendero de la impiedad..., y Paul se lleva el castigo de sus crueldades, que bien empleado le está, y ojalá se muera en la cárcel!

Babbitt estaba en pie, sombrero en mano, rezongando:

—Bueno, si a eso le llamas tú vivir en paz, por amor de Dios, haz el favor de avisarme antes que te declares en guerra.

Grande es el poder de las ciudades para atraer al vagabundo. Más que las montañas, más que el mar devorador, la ciudad conserva su carácter, imperturbable, cínica, manteniendo tras aparentes cambios su propósito esencial. Aunque Babbitt había abandonado a su familia para vivir en los bosques con Joe Paradise, aunque se había convertido al liberalismo, aunque estaba completamente seguro la noche antes de llegar a Zenith, de que ni él ni la ciudad volverían a ser los mismos jamás, diez días después de su regreso no podía creer que había estado fuera. Ni era en modo alguno evidente para sus conocidos que hubiese un nuevo George F. Babbitt, excepto que el incesante choteo del Athletic Club parecía irritarle más que antes, y una vez, cuando Vergil Gunch observó que Séneca Doane debería ser ahorcado, Babbitt gruñó: «¡Vamos, leñe, que no es tan malo!».

En casa volvió a murmurar «¿eh?» por encima del periódico a su chismosa costilla. La nueva boina roja de Tinka le encantó, y como otras muchas veces anunció: «Esa casucha de hojalata es una facha. Tengo que hacerme un garaje de madera».

Verona y Kenneth Escott se habían puesto, al parecer, en relaciones formales. En su periódico, Escott había dirigido una cruzada en favor de los alimentos puros y en contra de las compañías de productos alimentarios. El resultado fue que le dieron una excelente colocación en una de esas compañías, y ahora, denunciando a los periodistas irresponsables que critican lo que no conocen, sacaba un sueldecito suficiente para poder casarse.

En septiembre, Ted ingresó en la universidad del Estado, en la facultad de Artes y Ciencias. La universidad, situada en Mohalis, distaba sólo quince millas de Zenith, y Ted se trasladaba a menudo a pasar el fin de semana. Babbitt estaba preocupado. A Ted le interesaba todo menos los libros. Había tratado de meterse en el equipo de fútbol, le obsesionaba la futura temporada de baloncesto, pertenecía al comité encargado de organizar el baile de los estudiantes de primero, y (como zenithita, aristócrata entre los patanes) se lo disputaban dos cofradías universitarias. Pero de sus estudios Babbitt nunca podía sacarle más que «¡Oh, esos pelmazos de profesores le atracan a uno de literatura y economía!».

Un domingo, Ted propuso:

—Oye, papá, ¿no podría cambiarme a la escuela de ingenieros y estudiar para ingeniero industrial? Tú siempre estás diciendo que no estudio, pero, de veras, allí estudiaría.

—No, la escuela de ingenieros no está al mismo nivel que tu facultad —contestó Babbitt irritado.

—¡Me gustaría saber por qué no! ¡Los de ingenieros pueden jugar en cualquiera de los equipos!

Hubo una larga explicación sobre «lo mucho que valía el haber pasado por la

universidad cuando se metía uno a ejercer la abogacía». Antes de terminar, Babbitt había hecho a Ted senador de los Estados Unidos.

Entre los grandes abogados que mencionó figuraba Séneca Doane.

—Pero, oye, papá —dijo Ted asombrado—, tú siempre has dicho que ese Doane era un perfecto camueso.

—¡Ése no es modo de hablar de un gran hombre! Doane ha sido siempre un buen amigo mío... Le ayudé en la universidad... Le puse en camino y, por decirlo así, le inspiré. Sólo porque simpatiza con el Partido laborista, una porción de zoquetes intolerantes han dado en decir que es un chiflado, pero has de saber que muy pocos pueden cobrar los honorarios que él cobra, y que es amigo de algunos de los hombres más poderosos y más conservadores del mundo..., como Lord Wycombe, ese, jem..., ese noble inglés tan conocido. Y ahora, ¿tú que preferirías: andar entre obreros y mecánicos llenos de grasa o trabar amistad con un fulano como Lord Wycombe, y asistir a las reuniones que da en su casa?

—Bueno, yo... —suspiró Ted.

Al otro sábado volvió proponiendo alegremente:

—Oye, papá, ¿no podría yo estudiar Minas en vez del curso académico? Tú hablas de reputación... Puede que los ingenieros industriales no tengan mucha, pero los de Minas, bueno, de once han salido siete en las elecciones para la Nu Tau Tau.

CAPÍTULO XXVII

La huelga que dividió a Zenith en dos bandos beligerantes, el blanco y el rojo, empezó a fines de septiembre. Dejaron el trabajo las telefonistas y los reparadores de líneas, en protesta contra la rebaja de jornales. El recién formado sindicato de trabajadores de mantequerías hizo causa común, en parte por simpatía y en parte para pedir la semana de cuarenta y ocho horas. Les siguió el sindicato de conductores de camiones. La industria se paralizó, y en toda la ciudad se hablaba nerviosamente de una huelga de tranviarios, de una huelga de impresores, de una huelga general... Los teléfonos estaban servidos por muchachas inexpertas, y los ciudadanos que trataban de obtener comunicación danzaban desesperadamente. Cada camión que se dirigía desde las fábricas hasta las estaciones de mercancías iba custodiado por un policía, que aparentaba un aire estoico al lado del esquirol que llevaba el volante. Una fila de cincuenta camiones de la Compañía de Acero y Maquinaria fue atacada por los huelguistas. Lanzándose desde la acera, tiraron de los asientos a los que conducían, destrozaron los carburadores y los conmutadores, mientras que las telefonistas les vitoreaban desde la acera y los granujas arrojaban ladrillos.

Se ordenó que saliera la milicia nacional. El coronel Nixon, que en su vida privada era Mr. Caleb Nixon, secretario de la Pullmore Tractor Company, se puso un largo capote color caquí y se contoneó por entre las multitudes, con una pistola automática en la mano. Hasta el amigo de Babbitt, Clarence Drum, el zapatero (un hombre redondo y jovial que contaba cuentos en el Athletic Club, y que parecía un dogo) anadeaba por las calles disfrazado de feroz capitán, con su comfortable barriguita ceñida por el cinturón de cuero, y en su boca redonda una mueca de petulancia cuando, dirigiéndose a los grupos que charlaban en las esquinas, chillaba: «¡Vamos, circulen! ¡No puedo consentir que estén aquí parados ganduleando!».

Todos los diarios de la ciudad, excepto uno, estaban contra los huelguistas. El populacho recorrió los puestos de periódicos. En cada uno encontraban estacionado un miliciano, algún joven aturdido, con anteojos, tenedor de libros o dependiente de ultramarinos en su vida privada, que se daba aires de hombre peligroso mientras los chiquillos le gritaban «¡Soldadito de plomo!» y los huelguistas se acercaban a él preguntándole tiernamente: «Oye, Joe, cuando yo peleaba en Francia, ¿estabas tú aquí en un campamento o hacías gimnasia sueca en la Y. M. C. A.? Ten cuidado con esa bayoneta, no te vayas a cortar».

No había una sola persona en Zenith que no hablara de la huelga, y que no tomara partido en pro o en contra. Si no era un valiente defensor del proletariado, era intrépido sostenedor del derecho de propiedad, y en cualquiera de los dos casos un beligerante, dispuesto a renegar de cualquier amigo que no odiase al adversario.

Una fábrica de leche condensada fue incendiada (cada bando se apresuró a echarle la culpa al otro), y con esto la ciudad llegó al histerismo.

Babbitt escogió ese momento para hacer público su liberalismo.

Pertenecía al ala derecha, y como representante de la honradez, de la rectitud y de la cordura, al principio convino en que aquellos Canallas Agitadores debían ser fusilados. Le disgustó que su amigo Séneca Doane defendiera a los huelguistas detenidos, y pensó en ir a ver a Doane para hablarle, pero cuando leyó un artículo que explicaba que hasta con el sueldo que tenían antes las telefonistas pasaban hambre, se preocupó un tanto. «Todo mentiras y números falsos», se dijo, pero dudando ya.

Para el domingo siguiente, la iglesia presbiteriana de Chatham Road anunciaba que el doctor John Jennison Drew pronunciaría un sermón titulado «Cómo Acabaría el Señor con las Huelgas». Babbitt no había frecuentado mucho la iglesia últimamente, pero fue al servicio, con la esperanza de que el doctor Drew supiera realmente lo que los poderes divinos pensaban de las huelgas. Al lado de Babbitt, en el gran banco de la iglesia, curvo, lustroso, tapizado de terciopelo, estaba Chum Frink.

—¡Confío en que el doctor —cuchicheó Frink— pondrá verdes a los huelguistas! En tiempos normales no creo que un predicador deba meterse en política (que se contente con salvar almas y que no arme discusiones), pero en esta ocasión me parece que debe subir al púlpito y cantarles la cartilla a esos rocines.

—Sí..., pero... —dijo Babbitt.

El reverendo doctor Drew, con energía de patán acentuada por el ardor poético y sociológico, trompeteó:

—Durante las enojosas dislocaciones sociales que (confesémoslo francamente y sin miedo) han estrangulado la vida industrial de nuestra hermosa ciudad estos días pasados, se ha hablado mucho a tontas y a locas acerca de la prevención científica... ¡Científica! Pues bien; he de decirles que la cosa menos científica del mundo es la ciencia. Recuerden los ataques a las bases establecidas del credo cristiano que fueron tan populares entre los «cientifistas» de la generación anterior. ¡Oh, sí, eran poderosos, eran las grandes figuras de la crítica! Iban a destruir la Iglesia; iban a probar que el mundo fue creado y que ha sido elevado a su extraordinario nivel de moralidad y civilización por pura casualidad. Sin embargo, la Iglesia sigue tan firme hoy como siempre, y la sola respuesta que un pastor cristiano puede dar a los adversarios de su fe es una simple sonrisa de conmiseración... Y ahora esos mismos «cientifistas» quieren sustituir la competencia libre por descabellados sistemas que, por más sonoros nombres que reciban, no son sino un despótico paternalismo. Naturalmente, yo no critico los tribunales obreros, ni tampoco los entredichos a quienes se declaran en huelga injustamente, y menos esos excelentes sindicatos en que el patrón y los operarios se reúnen amistosamente. Pero sí critico los sistemas en que la libre y fluida dirección del trabajo independiente quiere reemplazarse con falseadas escalas de salarios y jornales mínimos y comisiones del gobierno y federaciones laboristas y música celestial... Lo que generalmente no se puede comprender es que todo este problema industrial no es una cuestión económica. ¡Es

pura y simplemente una cuestión de Amor, y de la aplicación práctica de la religión cristiana! Imaginaos una fábrica... En vez de comités de obreros hostiles al patrón, el patrón se pasea entre ellos sonriendo, y ellos le devuelven la sonrisa...: hermano mayor y hermano menor. ¡Hermanos, eso tenemos que ser, hermanos entrañables, y entonces las huelgas serán tan inconcebibles como el odio en la familia!

En este momento Babbitt murmuró:

—¡Qué sandez!

—¿Eh? —dijo Chum Frink.

—No sabe de qué está hablando. Claro como el barro. Eso y nada es lo mismo.

—Quizá, pero...

Frink le miró dudosamente. Durante todo el servicio siguió mirándole dudosamente, hasta poner a Babbitt nervioso.

Los huelguistas habían anunciado una manifestación para el martes por la mañana, pero el coronel Nixon la había prohibido, dijeron los periódicos. Cuando Babbitt salió de su oficina a las diez de la mañana, vio una multitud de hombres zarrapastrosos marchando hacia el inmundo distrito situado detrás de la Court House Square. Babbitt los odiaba porque eran pobres, porque le hacían sentirse inseguro. «¡Malditos haraganes! No serían simples obreros si tuvieran iniciativa», lamentó. Tenía miedo de que hubiera desórdenes. Se dirigió al punto de partida de la manifestación, un triángulo de hierba floja y marchita conocido por Moore Street Park, y paró su auto.

En el parque y en las calles pululaban los huelguistas, mocetones con camisetas azules, viejos de gorra. Por entre ellos, haciéndoles rebullir constantemente, iban y venían los milicianos. Babbitt pudo oír las monótonas órdenes de los soldados: «¡Circulen..., circulen..., sacudan las piernas!». Babbitt admiraba su buen humor. La chusma gritaba: «¡Soldaditos de plomo!» y «¡Perros que servís a los capitalistas!», pero los milicianos sonreían y contestaban solamente: «Sí, eso es. ¡Circulen!».

Babbitt se entusiasmaba por los soldados-ciudadanos, sentía odio por los bribones que obstruían los placenteros caminos de la prosperidad, admiraba el desprecio con que el coronel Nixon se paseaba entre la multitud, y cuando el capitán Clarence Drum, aquel zapatero un tanto hinchado, pasó hecho una fiera, Babbitt le gritó respetuosamente: «¡Bravo, capitán! ¡No les deje desfilar!». Estuvo un rato mirando a los huelguistas que salían en hilera del parque. Muchos de ellos llevaban carteles que decían: «Nadie puede impedirnos andar pacíficamente». Los milicianos destrozaron los carteles, pero los huelguistas se colocaron tras sus dirigentes y rompieron la marcha formando una fila nada imponente, entre aceradas líneas de soldados. Babbitt se desilusionó al ver que no había violencia ni nada interesante. De pronto, se le cortó la respiración.

Entre los manifestantes, al lado de un obrero, un mocetón enorme, iba Séneca Doane, sonriente, contento. Delante de él vio al profesor Brockbank, decano de la facultad de historia de la universidad del Estado, un viejo de barba blanca, perteneciente a una distinguida familia de Massachusetts.

—¡Atiza! —exclamó Babbitt—. ¿Un señor como él con los huelguistas? ¡Y el bueno de Senny Doane! ¡Qué bobada mezclarse con esa gentuza! ¡Son socialistas de salón! Pero tienen valor. ¡Y que no sacan nada, ni un céntimo! Y... No sé yo, la verdad, si todos los huelguistas tienen ese aspecto de canallas. ¡Me parece gente como otra cualquiera!

Los milicianos encauzaban la manifestación por una calle transversal.

—¡Tienen tanto derecho a marchar como cualquiera! ¡Las calles son tan suyas como de Clarence Drum o de la Legión americana! —Gruñó Babbitt—. Claro que son... son un mal elemento, pero... ¡Qué caramba!

En el Athletic Club, Babbitt estuvo callado durante el almuerzo, mientras los otros repetían «No sé adónde vamos a parar» o se solazaban con guasitas.

El capitán Clarence Drum entró braceando. Estaba espléndido con su traje caqui.

—¿Qué tal va eso, capitán? —inquirió Vergil Gunch.

—Oh, les hemos cortado el paso. Los disolvimos metiéndolos por las bocacalles, y una vez separados se desanimaron y se fueron a sus casas.

—Muy bien. Sin violencia.

—¡Nada de muy bien! —rugió Mr. Drum—. Si estuviera de mi mano, habría violencia, y así acabaríamos de una vez. Quedándonos con los brazos cruzados mirando a esos sujetos no hacemos más que prolongar los disturbios. Les aseguro a ustedes que esos huelguistas son unos asesinos que van a tirar bombas y nada más, y hay que tratarlos a palos. Es la única manera. Y eso es lo que yo haría: ¡empezar a palos con todos ellos!

Babbitt se oyó a sí mismo decir:

—Hombre, Clarence, son personas como usted y como yo, poco más o menos, y no vi que llevaran bombas.

—¿Ah, no? Bueno, tal vez podrá usted encargarse de resolver la huelga. Si usted cree que los huelguistas son unos inocentes, dígaselo al coronel Nixon. ¡Le encantará oír su opinión!

Drum se alejó a zancadas. Los que estaban en la mesa se quedaron mirando a Babbitt.

—¿Qué es eso? ¿Quiere usted que encima hagamos fiestas a esos sinvergüenzas? —dijo Orville Jones.

—¿Defiende usted a esos bandidos que tratan de quitar el pan a nuestros hijos? —gritó el profesor Pumphrey.

Vergil Gunch cayó en un silencio amenazador. Se puso una careta de severidad. Su pelo erizado parecía cruel, su mandíbula, inflexible. Su silencio era brutalmente feroz. Mientras los otros decían a Babbitt que seguramente no le habían entendido bien, Gunch callaba como si le hubiera entendido demasiado, y escuchaba su tartamudeo con la seriedad de un juez.

—No, claro, son un hatajo de canallas —farfulló Babbitt—. Pero lo que yo quiero decir... No me parece prudente hablar de palos. Nixon no lo hace. Tiene finura y educación. Y por eso es coronel. Clarence Drum le tiene envidia.

—Bueno —dijo el profesor Pumphrey—, Clarence ha tomado a mal sus palabras, George. Se ha pasado la mañana al sol, tragando polvo, y no es extraño que tenga gana de zurrarles a esos hijos de mala madre.

Gunch no abría la boca, pero observaba. Y Babbitt se daba cuenta de que lo estaban observando.

3

Cuando salía del club oyó que Chum Frink le estaba diciendo a Gunch:

—... no sé qué ocurre. El domingo pasado el doctor Drew predicó un sermón brillantísimo sobre la honradez en los negocios, y a Babbitt tampoco le pareció bien. Por lo que yo me figuro...

Babbitt sintió un vago terror.

Vio a un grupo de gente escuchando a un hombre que hablaba subido a una silla de cocina. Paró el automóvil. Por las fotografías de los periódicos reconoció al orador, que era el famoso predicador Beecher Ingram, de quien Séneca Doane le había hablado. Ingram era un hombre flaco, de pelo rojo, mejillas curtidas y ojos tristes.

—... Si esas pobres telefonistas pueden resistir comiendo una vez al día, lavándose ellas mismas la ropa, pasando hambre sin perder el buen humor, vosotros que sois hombres y fuertes, debierais...

Babbitt notó que desde la acera le vigilaba Vergil Gunch. Vagamente inquieto, puso en marcha el motor y, maquinalmente, siguió adelante. Los ojos hostiles de Gunch le persiguieron todo el trayecto.

—La mar de gente piensa —decía Babbitt a su mujer, lamentándose— que los obreros son todos unos canallas porque se declaran en huelga. Claro que, desde luego, se trata de una lucha entre el negocio honrado y el elemento destructivo, y nosotros tenemos que defendernos como podamos cuando nos desafían, pero, caray, no veo por qué no hemos de pelear como caballeros en vez de llamarles perros y decir a todo pasto que debían fusilarlos.

—Pues yo, George —dijo ella plácidamente—, siempre te he oído decir que a todos los huelguistas debían meterlos en la cárcel.

—¡Yo nunca he dicho semejante cosa! Bueno..., a algunos, claro. A los cabecillas irresponsables. Lo que yo quiero decir es que uno debe ser tolerante y liberal cuando se trata de...

—Pero, querido, tú siempre has dicho que esos que se llaman liberales son los peores de...

—¡Dale! Una mujer no distingue nunca las diferentes acepciones de una palabra. Depende de la intención que uno les da. Y no vale estar seguro de nada. Volviendo a los huelguistas: en realidad no son tan malas personas. Tontos, nada más. No comprenden las complicaciones del comercio, como los hombres de negocios, pero a veces se me figura que son poco más o menos como todo el mundo, y que no son más voraces para los jornales que nosotros para las ganancias.

—¡George! Si la gente te oyera hablar así... Yo, claro, te conozco; recuerdo lo alocado que eras de joven; sé que no lo dices con intención..., pero si la gente que no te comprende te oyera hablar así, pensaría que eres un socialista.

—¡A mí qué me importa lo que piense la gente! Y permíteme que te diga...: nunca he sido un alocado, y cuando digo una cosa la pienso y la sostengo y... ¿Crees que la gente me tacharía de demasiado liberal por decir que los huelguistas son decentes?

—Sí. Pero no te preocupes; sé que no piensas lo que dices. Ya es hora de acostarnos. ¿Tienes bastantes mantas para esta noche?

En la galería, Babbitt se devanaba los sesos:

—Mi mujer no me entiende. Yo apenas me entiendo tampoco. ¿Por qué no tomaré las cosas con calma como antes...? Me gustaría ir a casa de Senny Doane y cambiar impresiones con él. ¡No! A lo mejor Verg Gunch me ve entrar... Si yo conociera a una mujer inteligente y amable, que comprendiera lo que yo quiero decir y me dejara hablarle... Quizá Myra tenga razón. ¿Será posible que la gente crea que he perdido un tornillo porque soy tolerante y liberal? Aquella manera de mirarme Verg...

CAPÍTULO XXVIII

Miss McGoun entró en su despacho particular.

—Oiga, Mr. Babbitt, acaba de llamar por teléfono la señora de Judique... No sé qué dice de unas reparaciones, y todos los empleados están fuera. ¿Quiere usted hablarle?

—Bueno.

La voz de Tanis Judique era clara y agradable. El negro cilindro del receptor parecía contener una diminuta imagen animada de ella: ojos brillantes, nariz delicada, barbilla suave.

—Soy la señora de Judique. ¿No se acuerda de mí? Usted me trajo aquí, al Cavendish, cuando estaba buscando casa, y me quedé con el piso, que es precioso.

—¡Ya, ya! ¡Claro que la recuerdo! ¿En qué puedo servirla?

—No es más que... La verdad, no sé si debía molestarle a usted por tan poca cosa, pero el portero no puede arreglarlo. Vivo, como usted sabe, en el último piso, y con estas lluvias otoñales el techo ha empezado a gotear. Le agradecería mucho que...

—¡No faltaba más! Yo mismo subiré a verlo. —Nerviosamente—: ¿Cuándo estará usted en casa?

—Pues todas las mañanas.

—¿Estará usted esta tarde, dentro de una hora o cosa así?

—Sí. Le daré a usted una tacita de té. Es lo menos que puedo hacer después de tanta molestia.

—¡Muy bien! Iré tan pronto como despache.

Babbitt meditó: «Ésta sí que es una mujer con finura y distinción. Una tacita de té... por la molestia. Así se aprecian los favores. Yo seré un tonto, pero no un bribón. Hay que conocerme. ¡Y no tan tonto como parezco!».

La huelga había terminado con la derrota de los huelguistas. Salvo que Vergil Gunch se mostraba menos cordial, la traición de Babbitt a su clan no había ocasionado efectos visibles. El agobiante miedo a la censura había desaparecido, pero le quedaba un sentimiento de tristeza. Ahora estaba tan alborozado que, para probar que no lo estaba, vagó por la oficina quince minutos, mirando planos, explicando a *Miss McGoun* que la tal señora de Scott pedía más dinero por la casa... Había subido el precio... Lo había subido de siete mil a ocho mil quinientos... *Miss McGoun* no debía olvidarse de apuntarlo... Casa de la señora de Scott... Aumento de precio. Cuando de este modo se hubo probado a sí mismo que era una persona nada impresionable y exclusivamente interesada en los negocios, salió de su oficina con paso lento. Tardó la mar de tiempo en ponerse en marcha. Se cercioró a puntapiés de que los neumáticos estaban bien inflados, limpió el cristal del velocímetro, y apretó los tornillos del reflector ajustado al parabrisas.

Por fin arrancó y se dirigió alegremente hacia el distrito de Bellevue. La imagen

de la señora de Judique era como una luz brillante en el horizonte. Las hojas secas de los arces se amontonaban en los arroyos de las calles asfaltadas. Era un día de oro pálido y verde marchito, tranquilo y perezoso. No pasaba inadvertida para Babbitt la aridez de Bellevue: casas de madera, garajes, tenduchos, solares llenos de maleza. «Esto está pidiendo una mejora; necesita el toque de distinción que personas como la señora de Judique pueden dar a un barrio», meditaba corriendo por las calles largas, frías y espaciosas. Se levantó un viento sutil, reconfortante, y Babbitt, respirando bienestar, llegó a casa de Tanis Judique.

Tenía puesto, cuando salió a abrirle, un vestido de gasa negra cuyo modesto escote no descubría más que su bonito cuello. A Babbitt le pareció una mujer de mundo. Miró las cretonas y los grabados en color del gabinete y exclamó:

—¡Qué bien ha puesto usted el piso! ¡No todas las mujeres saben arreglar la casa!

—¿Le gusta a usted de veras? ¡Me alegro mucho! Pero estoy muy indignada con usted. Se ha olvidado de venir a aprender a bailar, como me prometió.

Con vacilación:

—¡Oh, pero no me lo dijo usted en serio!

—Tal vez no. ¡Pero no se perdía nada con probar!

—Bueno, pues aquí vengo a tomar la lección, y ya puede usted empezar a hacer preparativos porque me quedo a cenar.

Se echaron a reír los dos dando a entender que, naturalmente, se trataba de una broma.

La viuda subió con él a la azotea de la casa: un extraño mundo de tendedores, con pasaderas de tablas y un depósito de agua sobre un tejeroz. Hurgó el suelo con la punta del pie, y trató de impresionarla con sus conocimientos sobre los canalones de cobre. Habló de la conveniencia de pasar las cañerías por aros de plomo y reforzarlas con cobre, y de las ventajas del cedro sobre el palastro, en los depósitos de agua.

—¡Cuántas cosas necesitan saber ustedes, los de su profesión! —dijo ella admirada.

Prometió que el tejado quedaría reparado en un par de días.

—¿Me permite usted que use su teléfono? —preguntó.

—¡No faltaba más!

Se quedó un momento en pie junto a la albardilla, contemplando aquel barrio de hotelillos con porches desproporcionados, y casas nuevas, pequeñas pero bonitas, con paredes de ladrillo jaspeado y adornos de terracota. Más allá de los edificios se alzaba un cerro con un tajo de greda amarillenta, que parecía una enorme herida. Detrás de cada casa, al lado de cada vivienda, se veían pequeños garajes. Era un mundo de buenas personas, confortable, industrioso, crédulo.

La luz de otoño suavizaba la dureza de las casas nuevas. La atmósfera era un pozo de sol.

—¡Qué tarde tan hermosa! Tiene usted una espléndida vista a Tamer's Hill —dijo Babbitt.

—Sí, es muy bonito y muy despejado.

—Hay tan pocas personas que sepan apreciar una Vista.

—¡No me vaya a subir el alquiler por eso! ¡Oh, no haga usted caso; era una broma! Pero, en serio, hay tan pocos que respondan..., que reaccionen ante el paisaje... Quiero decir... que no tienen ningún sentido de la poesía ni de la belleza.

—Es verdad, no lo tienen —suspiró él, admirando su esbeltez y su manera de mirar a la colina, los labios sonrientes, la barbilla levantada, absorta—. Bueno, mejor será que telefonee ahora a los fontaneros para que empiecen a trabajar mañana temprano.

Cuando hubo telefoneado, en tono evidentemente autoritario, áspero y masculino, murmuró vacilante:

—Bien, ya es hora de que me...

—¡Oh, tiene usted que tomar una taza de té primero!

—No seré yo quien la rechace.

Era un placer sibarítico estar repantigado en una silla de reps verde oscuro, con las piernas estiradas, mirando el taburete chinesco del teléfono y la fotografía iluminada de Mount Vernon que tanto le había gustado, mientras en la diminuta cocina —tan cerca— la señora de Judique cantaba «Mi reina criolla». Presa de una intolerable dulzura, de una alegría tan honda que le causaba angustia, veía magnolias a la luz de la luna y oía a los morenos de la plantación canturreando al son del banjo. Luchaba entre el deseo de acercarse a ella con el pretexto de ayudarla, y el de seguir en silencioso éxtasis. Permaneció sentado.

Cuando ella entró con el té, Babbitt le sonrió.

—Es usted muy amable.

Por vez primera no trató Babbitt de sacar ventajas. Hablaba en tono natural, amistoso; y amistosa y natural fue la respuesta de ella:

—Usted sí que ha sido amable ayudándome a encontrar este pisito.

Concordaron en que pronto llegaría el frío. Concordaron en que la prohibición era prohibitiva.

Concordaron en que el arte en el hogar era señal de cultura. Concordaron en todo. Hasta se permitieron ciertas audacias. Insinuaron que estas chicas modernas, bueno, la verdad, llevaban demasiado cortas las faldas. Se sentían orgullosos de sí mismos al ver que no se escandalizaban por hablar con tanta franqueza.

—Ya sé que usted comprende... —aventuró Tanis—. Quiero decir... No sé cómo expresarme, pero, vamos, creo que las chicas que se las dan de peligrosas por su manera de vestir, en realidad no pasan nunca de eso. Y demuestran que no tienen instintos de mujer femenina.

Recordando a Ida Putiak, la manicura, y lo mal que se había portado con él, Babbitt le dio la razón entusiásticamente; recordando asimismo lo mal que se había portado con él todo el mundo, habló de Paul Riesling, de Zilla, de Séneca Doane, de la huelga.

—¿Comprende usted la cosa? Naturalmente, yo deseaba como el que más que esos pordioseros se llevasen lo suyo, pero, ¡caramba!, no hay motivo para no ver el otro lado de la cuestión. Todo hombre, por su propio bien, debe ser tolerante y liberal, ¿no cree usted?

—¡Desde luego!

Sentada en el duro canapé, con las manos cruzadas a un lado, la viuda se inclinó hacia él. Babbitt, esponjándose al sentirse admirado, proclamó:

—Conque me levanté y dije a los amigos del club: «Miren ustedes, yo...».

—¿Es usted socio del Union Club? Para mí es...

—No: del Athletic. Le diré a usted: a mí, claro está, siempre me están pidiendo que me haga del Union, pero yo siempre respondo: «¡No, señor! ¡De ningún modo! No me importa el gasto, pero no puedo soportar a esos vejestorios».

—Ah, sí, claro. Pero, bueno: ¿qué les dijo usted?

—Oh, no tiene usted interés en oírlo. Probablemente la estoy aburriendo con mis complicaciones. Le costará a usted trabajo creer que soy un cotorrón. ¡Hablo como un chiquillo!

—Oh, es usted muy joven aún. Vamos..., que no puede usted tener más de cuarenta y cinco años.

—Por ahí... Pero, caramba, hay veces que me siento ya casi viejo. Con las responsabilidades que uno tiene y demás.

—Oh, claro. (Su voz cálida le acariciaba, le envolvía como seda). ¡Y yo me siento tan sola, tan sola algunos días, Mr. Babbitt!

—¡Uy, qué par de cipreses! Pero creo que somos los dos bastante simpáticos.

—¡Sí, somos más simpáticos que la mayor parte de las personas que conozco! (Sonrieron). Pero ¿qué dijo usted en el club?

—Pues fue así: naturalmente, Séneca Doane es amigo mío... Pueden decir de él lo que quieran, pueden llamarle lo que les dé la gana, pero lo que no sabe nadie aquí es que Senny es amigo íntimo de algunos de los más grandes estadistas del mundo... Lord Wycombe, verbigracia..., ese aristócrata inglés de quien usted habrá oído hablar. Mi amigo *Sir* Gerald Doak me ha dicho que Lord Wycombe es una potencia en Inglaterra... Tal vez no fuera Doak, pero alguien me lo dijo.

—¡Oh! ¿Conoce usted a *Sir* Gerald? ¿El que estuvo aquí, en casa de los McKelvey?

—¿Que si lo conozco? Bueno, figúrese que nos llamamos George y Jerry, respectivamente, y en Chicago nos emborrachamos de tal modo los dos...

—¡Sería gracioso verlos! Pero... —añadió amenazándole con el índice— no puedo consentir que usted se emborrache. Tendré que atarle corto.

—¡Ojalá...! Bueno, volviendo al cuento: yo sé el ruido que hace Senny Doane fuera de Zenith, pero, claro, nadie es profeta en su tierra, y el maldito Senny es tan condenadamente modesto que nunca deja saber la clase de gente con quien anda cuando está de viaje. Bueno, pues cuando la huelga Clarence Drum se acerca

contoneándose a nuestra mesa, muy de punta en blanco con su uniforme de capitancito, y no sé quién le dice: «¿Qué, reventando la huelga, Clarence?»... Bueno, el tío va y se hincha como una paloma buchona y grita que se le oía en el salón de lectura: «¡Y tanto! No hice más que llamar la atención a los cabecillas y se fueron a casita»... «Bueno —le digo yo—, me alegro que no haya habido violencias». Y él que contesta: «Sí, pero gracias que hice la vista gorda, que si no vaya si hubiera habido. Todos esos canallas llevaban bombas en los bolsillos. Son anarquistas...». «Hombre, Clarence, yo me fijé bien y le aseguro a usted que no llevaban ninguna bomba —le dije yo—. Claro que están haciendo el idiota, pero al fin y al cabo son seres como usted y yo...». Entonces Vergil Gunch...; no, fue Chum Frink... ya usted sabe, el famoso poeta..., gran amigo mío..., va y me dice: «¿Es que va usted a defender a los huelguistas?». Bueno, me dio tal rabia que, se lo juro a usted, me propuse no entrar en explicaciones de ninguna clase..., como si no hubiera oído...

—¡Es lo más prudente! —interrumpió la viuda de Judique.

—... Pero al fin le expliqué: «Si hubiera usted hecho lo que yo en los comités de la Cámara de Comercio, entonces tendría usted derecho a hablar. Pero, al mismo tiempo, yo creo que se debe tratar al adversario como a un caballero». ¡Les dejé plantados! Frank (Chum como yo lo llamo siempre) no volvió a decir esta boca es mía. Pero al oír aquello creo que algunos pensaron que yo era demasiado liberal. ¿Qué le parece?

—Oh, estuvo usted muy cuerdo. ¡Y valiente! ¡Yo admiro al hombre que tiene el valor de defender sus convicciones!

—¿Pero cree usted que hice bien? Después de todo, alguno de esos individuos son tan excesivamente cautelosos y tan intolerantes que miran de reojo a cualquiera que diga lo que siente.

—Y a usted, ¿qué le importa? A la larga, acaban por respetar a un hombre que les hace pensar, y usted, con su fama de orador...

—¿Qué sabe usted de mi fama de orador?

—¡Oh, no le voy a decir a usted todo lo que sé! Pero, de veras, usted no se da cuenta de la reputación que tiene.

—Bueno... Sin embargo, este otoño no he hablado mucho en público. Será que me preocupa demasiado esto de Paul Riesling. Pero... En serio, es usted la primera persona que comprende realmente mis intenciones, Tanis... ¡Oh, perdone! ¡Qué atrevimiento, llamarle a usted Tanis!

—¡Oh, llámeme así! ¿No cree usted que es delicioso cuando dos personas tienen tanto..., cómo diría..., tanto análisis que pueden descartar todos esos estúpidos convencionalismos y comprenderse mutuamente e intimar apenas se han visto?

—¡Claro que lo creo! ¡Claro que lo creo!

Ya no podía estarse tranquilo en su silla. Se paseó por el cuarto, se sentó en el diván al lado de ella. Pero cuando alargó torpemente su mano hacia sus dedos frágiles, inmaculados, Tanis dijo vivamente:

—Deme usted un cigarrillo. ¿Pensará usted que Tanis es una mala mujer porque fuma?

—¡No, por Dios! ¡Me encantará!

Babbitt había observado con frecuencia a las chicas que fumaban en los restaurantes de Zenith, pero conocía solamente a una mujer que fumaba: la señora de Doppelbrau, su traviesa vecina. Encendió ceremoniosamente el cigarrillo de Tanis, buscó con la mirada un sitio donde depositar la cerilla apagada, y se la metió en el bolsillo.

—¡Estoy segura de que quiere usted fumar un cigarro! —gorjeó la viuda.

—¿Le molesta?

—¡Oh, no! Me encanta el olor de un buen cigarro. Es tan agradable y... tan de hombre... En mi alcoba encontrará usted un cenicero, en la mesilla junto a la cama, si hace usted el favor de ir a por él.

Le llenó de turbación la alcoba: el ancho canapé con su cubierta de seda violeta, las cortinas malva con rayas de oro, la cómoda chinesca y las medias de color extendidas sobre una pasmosa fila de zapatos con hormas. Su manera de transportar el cenicero tenía, según él, la nota exacta de simple amistad. «Un bobo como Verg Gunch se creería en el deber de decir unas cuantas gracias por haber visto su alcoba, pero yo como si no». Sin embargo, no fue así. El sentimiento de simple camaradería había desaparecido, y a Babbitt le inquietaba el deseo de cogerle la mano. Pero siempre que se volvía hacia ella, se encontraba con el cigarrillo. Era un escudo entre los dos. Esperaría a que lo acabase. Ya empezaba a alegrarse al ver que lo apagaba en el cenicero cuando Tanis le dijo: «¿Quiere usted darme otro cigarrillo?», y desesperado vio de nuevo entre ellos la pálida cortina de humo y su mano graciosamente ladeada. Babbitt no sentía ahora mera curiosidad por saber si le dejaría cogerle la mano (de una manera puramente amistosa, claro está), sino que era ya para él una angustiosa necesidad.

Este espantoso drama no salía a la superficie. Hablaban alegremente de automóviles, de viajes a California, de Chum Frink. Luego dijo con delicadeza:

—Detesto a esos tíos..., detesto a esas personas que se quedan a comer sin que nadie les invite, pero no sé por qué me figuro que esta noche voy a cenar con la encantadora Tanis Judique. Aunque supongo que tendrá usted ya siete compromisos.

—No, estaba pensando en ir al cine. Realmente creo que debía salir a tomar un poco el fresco.

Tanis no le animaba a quedarse; pero tampoco lo desanimaba. «¡Mejor es que me largue! —consideraba Babbitt—. Seguramente hará que me quede... Todo se puede arreglar... Y yo no debo meterme en un lío... de ningún modo...; tengo que irme». Luego: «No, es tarde ya».

De pronto, a las siete, quitándole el cigarrillo, cogiéndole bruscamente la mano:

—¡Tanis! ¡No me atormente más! Usted sabe que... Los dos estamos solos en este mundo y somos muy felices juntos. ¡Yo al menos! ¡Jamás he sido tan feliz!

¡Permítame usted que me quede! Bajaré a por unos fiambres... Pollo quizá... o pavo... Cenamos aquí alegremente, y luego, si quiere usted echarme, seré obediente y me iré como un corderito.

—Bueno... sí... Sería muy agradable —dijo ella.

Y no retiró la mano. Babbitt se la estrujó, temblando, y se dirigió vacilante hacia su gabán. En la tienda compró una cantidad absurda de alimentos, escogiendo los más caros. Desde la droguería de la acera opuesta telefoneó a su mujer: «Tengo que ver a un señor para que firme un contrato antes de marcharse, y sale en el tren de medianoche. Llegaré tarde a casa. No me esperes. Un beso a Tinka». Volvió lleno de esperanzas al piso de Tanis.

—Pero ¿está usted loco? ¡Comprar tantas cosas!

Éste fue su saludo, y su voz era alegre, su sonrisa acogedora. Babbitt la ayudó en la diminuta cocina blanca: lavó la lechuga, abrió el frasco de aceitunas. Ella le mandó que pusiera la mesa, y al entrar en el gabinete, al rebuscar en los cajones del aparador tenedores y cuchillos, Babbitt se sentía completamente como en su casa.

—Ahora —dijo— lo único que falta es ver lo que se va usted a poner. No sé si decidirme por el traje de sociedad más elegante, o por decirle que se suelte el pelo y se ponga una falda corta para hacerme la ilusión de que es usted una niña.

—Voy a cenar tal como estoy, con este vestido de gasa, que está ya muy viejo, y si no puede resistir así a la pobre Tanis, ¡váyase a cenar al club!

—¡Resistirla! (Le dio un golpecito en el hombro). ¡Chiquilla, es usted la mujer más encantadora, más fina y más inteligente que he conocido en mi vida! ¡Vamos, Lady Wycombe, si se digna usted dar el brazo al duque de Zenith, nos dirigiremos al magnífico festín!

—¡Ja, ja! ¡Qué cosas más graciosas dice usted! Cuando terminaron de cenar, Babbitt sacó la cabeza por la ventana y anunció:

—Se ha levantado frío y creo que va a llover. Usted no querrá ir al cine.

—Bueno, yo...

—¡Si tuviéramos una chimenea! Quisiera que lloviera a cántaros esta noche, y que estuviésemos usted y yo en un *cottage*, sentados ante una lumbre de leña, oyendo el murmullo de los árboles furiosamente azotados por el viento, y... ¡bueno, el delirio! Vamos a acercar este diván al radiador... Estiramos las piernas y nos hacemos la ilusión de que es una chimenea.

—¡Qué conmovedor! ¡Es usted un chiquillo!

Pero se acercaron al radiador, y apoyaron los pies contra él: los grandes zapatos negros de él, los zapatitos de charol de ella. En la penumbra hablaron de sí mismos, de lo sola que estaba ella, de lo confuso que estaba él, y de lo maravilloso que era que se hubieran conocido. Cuando pararon de hablar, el cuarto se quedó más callado que una calleja pueblerina. De la calle no llegaba más ruido que el zumbido de los neumáticos, el estruendo de un lejano tren de mercancías. El cuarto, reservado, caliente, seguro, estaba aislado del mundo.

Babbitt fue absorbido por un arrobamiento en que todo miedo y toda duda desaparecieron; y cuando volvió a su casa, al amanecer, el arrobamiento se había suavizado en una alegría serena y llena de recuerdos.

CAPÍTULO XXIX

1

Con la certeza de la amistad de Tanis Judique, Babbitt se sentía cada vez más satisfecho de sí mismo. En el Athletic Club se dedicó a hacer experimentos. Aunque Vergil Gunch seguía callado, los otros camorristas decidieron que Babbitt, sin motivo aparente, se había vuelto loco.

Discutían borrascosamente con él, y Babbitt, muy engreído, se regocijaba con el espectáculo de su interesante martirio. Hasta elogió a Séneca Doane. El profesor Pumphrey dijo que eso ya pasaba de broma.

—¡No! ¡De veras! —replicó Babbitt—. Les aseguro que es uno de los grandes cerebros del país. Lord Wycombe dijo que...

—Bueno, ¿quién carajo es ese Lord Wycombe que siempre lo está usted sacando a colación? ¡En las seis últimas semanas no ha hecho usted más que hablar de él! —protestó Orville Jones.

—George lo ha encargado a Sears-Roebuck. Mandan por correo señorones de esos, a dólares pieza. Todos cuantos queráis.

—¡Bueno, ya está bien! Lord Wycombe es uno de los grandes intelectos de la política inglesa. Como iba diciendo: yo, naturalmente, soy conservador, pero admiro a un tipo como Senny Doane porque...

Vergil Gunch le interrumpió con aspereza:

—No sé yo si serás tan conservador... Yo, chico, puedo arreglármelas para sacar adelante mis negocios sin ayuda de comunistas como Doane.

La gravedad de la voz de Gunch, la dureza de su mandíbula, desconcertaron a Babbitt, pero se sobrepuso y continuó hasta que los otros dieron señales de aburrimiento, luego de irritación, luego de duda, como Gunch.

Siempre estaba pensando en Tanis. Recordaba con emoción cada uno de sus gestos. Sus brazos le ansiaban. «¡La he encontrado! ¡He soñado con ella todos estos años y, al fin, la he encontrado!», exclamaba triunfante. La veía en el cine por las mañanas; iba a su casa por las tardes o por las noches, cuando se le suponía en los Alces. Conocía sus asuntos financieros y le daba consejos, mientras ella se lamentaba de su ignorancia femenina, y elogiaba su pericia, pero demostraba que sabía de cuestiones de bolsa mucho más que él. Reían juntos recordando los tiempos pasados. Una vez se pelearon. Babbitt le dijo, rabioso, que era tan «mandona» como su mujer y mucho más quejicosa cuando él no le hacía caso. Pero aquello no pasó a mayores.

Su momento culminante fue una caminata, cierta alegre tarde de diciembre, por las praderas cubiertas de nieve, hasta el río Chaloosa, que estaba helado. Tanis, a quien la gorra de astracán y el corto abrigo de castor le daban un aspecto exótico, se deslizaba por el hielo dando gritos. Babbitt la perseguía jadeando, riendo a carcajadas... Myra Babbitt no se deslizaba por el hielo.

Tenía miedo de que los viesan juntos. En Zenith es imposible almorzar con una mujer casada sin que se sepa, antes de anochecer, en todas las casas del círculo social a que uno pertenece. Pero Tanis era muy discreta. Por cariñosa que se mostrase cuando se encontraban a solas, se mantenía siempre a correcta distancia cuando salían, y él esperaba que la tomaran por una cliente. Orville Jones los vio una vez saliendo de un cinematógrafo, y Babbitt murmuró: «Voy a presentarte a la señora de Judique. He aquí una mujer que sabe a quién dirigirse, Orvy». Mr. Jones, aunque era un hombre de moral rígida, que negociaba en máquinas de lavar, pareció quedarse convencido.

Su temor predominante (no porque le tuviera especial afecto sino por respeto a las convenciones) era que su mujer se enterase del asunto. Estaba seguro de que no sabía nada preciso acerca de Tanis, pero también estaba seguro de que sospechaba algo indefinido. Ya hacía muchos años que le molestaba cualquier cosa más afectuosa que un beso de despedida, pero se sentía ofendida por la menor tardanza en su irritable interés periódico, y ahora él no mostraba interés sino más bien despego. Era completamente fiel... a Tanis. Babbitt se exasperaba ante la vista de las carnes fofas de su mujer, de sus enaguas desgarradas que siempre estaba pensando tirar y siempre se le olvidaba. Pero se daba cuenta de que ella, después de tanto tiempo de vida común, notaba su repulsión. Babbitt, con atenciones, bromas y chicleos trataba de disimularla. No lo consiguió.

Pasaron un día de Navidad tolerable. Kenneth Escott estuvo allí, ya oficialmente comprometido con Verona. La señora de Babbitt lloró y llamó a Kenneth su nuevo hijo. Babbitt estaba preocupado con Ted, porque había cesado de quejarse de la universidad y se mostraba sospechosamente sumiso. Quería saber qué planeaba el muchacho, y no se atrevía a preguntárselo. Él, por su parte, había hecho una escapada

a media tarde para llevar su regalo, una pitillera de plata, a Tanis. Cuando volvió, su señora le preguntó demasiado inocentemente:

—¿Saliste a tomar el aire un rato?

—Sí, una vueltecita nada más —murmuró él.

Después de Año Nuevo su señora propuso:

—He tenido noticias de mi hermana hoy, George. No está bien. Creo que debería irme a pasar unas semanas con ella.

Ahora bien; la señora de Babbitt no acostumbraba a salir de viaje durante el invierno, excepto en ocasiones perentorias, y sólo el verano anterior había estado ausente varias semanas. Ni era Babbitt marido que se aviniera tranquilamente a separarse. Le agradaba tenerla allí; cuidaba de sus trajes; sabía cómo le gustaban los bistecs; y su cloqueo le hacía sentirse seguro. Pero ni siquiera se le ocurrió preguntar, aunque sólo fuera por cortesía: «Pero ¿es que te necesita de veras?». Mientras trataba de aparentar compunción, dándose cuenta de que su mujer lo vigilaba, la imagen de Tanis le perseguía.

—¿Crees que debo ir? —dijo su mujer bruscamente.

—Tú eres la que tiene que decidir, querida, no yo.

Ella le volvió la espalda, suspirando, Babbitt sudaba...

Hasta que se marchó, cuatro días después, Myra estuvo extrañamente callada y él, torpemente afectuoso. El tren partió a mediodía. En cuanto Babbitt lo vio alejarse, sintió un irresistible deseo de ir a casa de Tanis.

«¡No, de ningún modo! ¡No haré yo tal cosa! —dijo para sí—. ¡No iré a verla en una semana!».

Pero a las cuatro estaba en casa de ella.

El que una vez había encauzado o creído encauzar cuerdamente su vida desapasionada pero activa, fue durante aquella quincena arrastrado por una corriente de deseos, de *whisky* malo y de amistades nuevas, intimidaciones fulminantes que requieren mucha más atención que los amigos viejos. Cada mañana reconocía tristemente las idioteces que había cometido la noche anterior. Con la cabeza palpitante, con la lengua y los labios reseco de fumar, contaba incrédulamente el número de vasos que había bebido, y refunfuñaba: «Hay que dejar de beber». Ya no decía: «Voy a dejar de beber», porque por muy resuelto que estuviese de madrugada, no podía, ni por una sola noche, resistir la tentación.

Había conocido a los amigos de Tanis. Con la vehemente precipitación de la Gente Trasnochadora, que bebe, baila y alborota y tiene siempre miedo a estar callada, Babbitt fue recibido como miembro del grupo que ellos llamaban «La Pandilla». La primera vez que los vio fue después de un día de mucho trabajo, cuando esperaba pasar un rato tranquilamente con Tanis, gozando de la admiración que ella le mostraba.

Desde el extremo del pasillo oyó gritos y el graznido de un gramófono. Cuando Tanis le abrió la puerta, vislumbró fantásticas figuras danzando en una niebla de humo de cigarrillos. Mesas y sillas estaban contra la pared.

—¡Oh, qué sorpresa! —gorjeó la viuda—. Carrie Nork ha tenido la gran idea. Se empeñó en que nos reuniéramos y ha telefoneado a los de la Pandilla para que vinieran... George, mi amiga Carrie.

Carrie a la vez matronil y solterona, desagradable en ambos aspectos. Andaba por los cuarenta; su pelo era de un rubio ceniza poco convincente; y si su pecho era liso, sus caderas, en cambio, eran opulentas. Saludó a Babbitt cacareando:

—¡Bien venido a nuestra reunioncita! Tanis dice que alterna usted como nadie.

Babbitt debía bailar y bromear como un adolescente con Carrie, y lo hizo lo mejor que pudo. La cogió por la cintura y empezó a dar vueltas con ella tropezando con las otras parejas, con el radiador y con las patas de las sillas arteramente emboscadas. Mientras bailaba, examinó el resto de la Pandilla: una chica delgada que parecía lista, presumida y sarcástica; otra mujer que nunca pudo recordar bien; tres jóvenes exageradamente vestidos y ligeramente afeminados..., dependientes de droguerías o, al menos, nacidos para esa profesión; y un señor de su misma edad aproximadamente, inmóvil, satisfecho de sí mismo, resentido de la presencia de Babbitt.

Cumplida su obligación de bailar con Carrie, Tanis le llevó aparte y le suplicó:

—¿Quieres hacerme un favor, querido? Se me ha acabado el *whisky*, y la Pandilla quiere solemnizar la fiesta. ¿No podrías traer un poco del bar de Healey Hanson?

—Pues claro —respondió Babbitt, tratando de disimular su mal humor.

—Verás: le diré a Minnie Sonntag que te acompañe —dijo Tanis señalando a la muchacha delgada y sarcástica.

Miss Sonntag le saludó con aspereza.

—Tanto gusto, Mr. Babbitt. Tanis me ha hablado de usted como de un hombre prominente, y es para mí un gran honor que me permitan acompañarle. Yo, claro, no estoy acostumbrada a alternar con gentes de sociedad como usted, y no sé qué hacer en tan elevadas esferas.

De este modo fue hablando *Miss Sonntag* todo el trayecto, hasta que llegaron al bar de Healey Hanson. A sus guasas Babbitt hubiera querido responder «Vaya usted a la porra», pero ni una vez tuvo el valor de hacer tan razonable comentario. Se lamentaba de la existencia de la tal Pandilla. Había oído a Tanis hablar de la «encantadora Carrie» y de *Miss Sonntag* («es tan inteligente...; simpatizarás en seguida con ella»), pero nunca habían tenido para él existencia real. Babbitt se imaginaba a Tanis esperándole en un vacío color de rosa, libre de todas las complicaciones de Floral Heights.

Cuando regresaron, tuvo que soportar las atenciones de los jóvenes dependientes. Estuvieron con él tan obsequiosos como *Miss Sonntag* hostil. Le llamaron «amigo George» y gritaron «Hala, a bailar. ¡Venga!»... Eran unos muchachos con chaquetas de trabilla, adolescentes, tan jóvenes como Ted, tan fofos como coristas, pero incansables para bailar, para cambiar los discos del gramófono, para fumar cigarrillos y para acaparar a Tanis. Babbitt trató de imitarles. «¡Bien, muchacho, bien!», gritó, pero se le quebró la voz.

Tanis, al parecer, estaba encantada con la compañía de los bailarines. Correspondía a sus chicoleos y, como quien no hace nada, los besaba al terminar cada baile. En aquel momento, Babbitt la odiaba. La veía jamona. Estudió las arrugas de su cuello, su papada incipiente. Los músculos tensos de su juventud estaban ya flojos y colgantes. Entre baile y baile se sentaba en el sillón más grande, haciendo señas con su cigarrillo a sus jóvenes admiradores para que se acercaran a hablar con ella. «¡Se cree una belleza hechicera!», refunfuñaba Babbitt. Luego, Tanis preguntó a *Miss Sonntag* si no estaba mono su estudio. («¡Qué estudio ni qué niño muerto! ¡No es más que un piso de solterona y gracias! ¡Dios, qué a gusto estaría yo en casa! ¿No podría escabullirme ahora?»).

Se le oscureció la vista cuando se aplicó al *whisky* de Healey Hanson, malo pero fuerte. Se mezcló con la Pandilla. Empezó a agradecerle que Carrie Nork y Pete, el menos estúpido de los ágiles jovenzuelos, le dieran muestras de simpatía. Y era de extrema importancia conquistar a aquel insolente señor maduro, que resultó ser un empleado de ferrocarriles llamado Fulton Bemis.

La conversación de la Pandilla era exclamatoria, subida de color y llena de referencias a gente que Babbitt no conocía. Al parecer, pensaban muy bien de sí mismos. Formaban la Pandilla. Eran listos, guapos, divertidos. Eran bohemios y «urbanistas^[48]», acostumbrados a todos los lujos de Zenith: salones de baile, cinematógrafos y merenderos elegantes. Y mostraban cínicamente su superioridad sobre la gente «ñoña» y «tacaña», cacareando:

—Oh, Pete, ¿te conté lo que el memo del cajero dijo cuando llegué tarde ayer? ¡Im-pe-pi-na-ble, chico!

—¡Uf, qué tablón agarró T. D.! ¡Bueno, se quedó osificado! ¿Qué le dijo Gladys?

—¡Hay que ver el descaró de Bob Bickerstaff! ¡Tratar de que fuésemos a su casa! ¡Habrased visto descaró! ¡Vamos, que la desfachatez! ¡Se necesita cara dura!

—¿Os habéis fijado cómo baila Dotty? ¿No es ya el colmo?

A Babbitt se le podía oír ahora dar sonoramente la razón a la antes odiada *Miss Sonntag*, según la cual las personas que dejaban pasar una noche sin bailar *jazz* eran unas infelices, unas mojigatas, unas tacañas. Y cuando Carrie Nork gorjeó «¿No le gusta a usted sentarse en el suelo? ¡Es tan bohemio!», Babbitt respondió que le gustaba muchísimo. Empezaba a formarse una excelente opinión de la Pandilla. Cuando mencionó a sus amigos *Sir Gerald Doak*, *Lord Wycombe*, *William Washington Eathorne* y *Chum Frink*, el condescendiente interés con que le escuchaban le enorgulleció. Se compenetró tan bien del jocundo espíritu reinante, que no le importó mucho ver a Tanis apoyarse contra el hombro del más joven y más tierno de los muchachos. Él mismo le cogió la mano a Carrie y la soltó sólo porque Tanis parecía enfadarse.

Cuando volvió a su casa, a las dos y media de la madrugada, Babbitt era ya de la Pandilla, y toda la semana siguiente estuvo atado por las exigencias, excesivamente fastidiosas, de aquella vida de placer y de libertad. Babbitt tuvo que ir a todas las reuniones, y se encontró envuelto en la agitación general cuando unos telefoneaban a otros que ella no había querido decir lo que había dicho cuando había dicho aquello, y de todos modos ¿quién mandaba a Pete andar diciendo por ahí que sí lo había dicho?

Nunca hubo Familia más unida que la Pandilla. Todos, ellos sabían o deseaban saber dónde habían estado los otros cada minuto de la semana. Babbitt tenía que explicar a Carrie o a *Fulton Bemis* qué había estado haciendo para no poder reunirse con ellos hasta las diez, y excusarse por haber ido a cenar con un cliente.

Cada miembro de la Pandilla debía telefonar a todos los otros por lo menos una vez a la semana. «¿Por qué no me has telefoneado?», le preguntaban a Babbitt como acusándole no sólo Tanis y Carrie, sino también viejos amigos nuevos, *Jennie*, *Capitolina* y *Toots*.

La impresión de la mujer marchita y sentimental que Tanis le había parecido, desapareció por completo en un baile que dio Carrie Nork. La señora de Nork tenía una casa grande y un marido pequeño. Se decretó una movilización general, y toda la Pandilla, compuesta de treinta y cinco personas, asistió a la reunión. Babbitt, a quien todos llamaban «el amigo George», era ya uno de los antiguos de la Pandilla, pues cada mes la mitad de los socios se daban de baja y eran inmediatamente sustituidos por otros. Así, quien pudiera recordar los prehistóricos días de la quincena precedente, antes de que la señora *Absolom* se hubiera marchado a *Indianápolis*, y de que *Mac* se hubiera enfadado con *Minnie*, era un respetable veterano y podía

condescender con los nuevos Petes, Minnies y Gladys.

En casa de Carrie, Tanis no tenía que atender a los invitados. El vestido de gasa negra que tanto gustaba a Babbitt, le daba un aire grave y digno. En las amplias habitaciones de aquel feo caserón, Babbitt pudo sentarse tranquilamente junto a ella y hablarle. Se arrepintió de su primera repulsión, suspiró a sus pies, y la llevó a su casa. Al día siguiente, se compró una corbata amarilla muy chillona, para parecer joven. Sabía que guapo no podía ponerse por mucho que hiciera. Se sentía pesadote, un tanto gordo, pero bailaba, vestía, charlaba por los codos para ser tan joven como ella era..., como ella parecía ser.

Así como todos los convertidos, ya sea a la religión, al amor o a la jardinería descubren como por arte de magia un mundo que antes no existía para ellos, Babbitt, una vez convertido a la disipación, encontraba en todas partes agradables ocasiones de divertirse.

Formó nueva opinión de su alegre vecino Sam Doppelbrau. Los Doppelbrau eran gente respetable, gente industriosa, gente próspera, cuyo ideal de felicidad era un *cabaret* eterno. Su vida estaba dominada por bacanales suburbanas de alcohol, nicotina, gasolina y besos. Ellos y los de su grupo trabajaban asiduamente toda la semana, esperando que llegara la noche del sábado para «armar una juerga», como ellos decían. Y la juerga, que generalmente comprendía una vertiginosa expedición en automóvil a un sitio cualquiera, se prolongaba, cada vez más ruidosa, hasta el amanecer del domingo.

Una noche que Tanis había ido al teatro, Babbitt se encontró sin saber cómo divirtiéndose con los Doppelbrau, jurando amistad a personas que durante años y años había denunciado a su señora como «una taifa de jactanciosos con quienes no saldría yo aunque no quedara más gente en la Tierra». Aquella noche había vuelto malhumorado y se paseaba por delante de su casa, rompiendo los cuajarones de hielo que, en forma de huellas fósiles, habían dejado en la acera, durante la reciente nevada, las pisadas de los transeúntes. Howard Littlefield se acercó tosiendo.

—¿Viudo todavía, George?

—Sí. Frío otra vez esta noche.

—¿Qué, noticias de la mujer?

—Está bien, pero su hermana sigue muy enferma.

—¿Quiere usted pasar y cenar con nosotros esta noche, George?

—Oh..., gracias. Tengo que salir.

Babbitt no podía ya soportar que Littlefield le diera a conocer las más interesantes estadísticas sobre problemas totalmente desprovistos de interés. Siguió raspando la acera y gruñendo.

Sam Doppelbrau apareció.

—Buenas, Babbitt. ¿Se trabaja?

—Por hacer ejercicio.

—¿Qué, no siente usted el frío?

—Así, así.

—¿Viudo todavía?

—Todavía.

—Oiga, Babbitt, ahora que está fuera su señora... Ya sé que a usted no le apasiona la bebida, pero mi costilla y yo tendríamos mucho gusto en que viniera usted por casa una noche. ¿No se atrevería usted con un buen cóctel?

—¿Atreverme? Joven, le apuesto a usted que no hay en los Estados Unidos quien

prepare un cóctel como un servidor.

—¡Hurra! ¡Eso es hablar! Escuche usted: esta noche vienen a casa unos cuantos amigos, Louetta Swanson y otras chicas de alivio, y voy a abrir una botella de lo bueno, y quizás habrá un poquito de baile. ¿Por qué no viene usted y se anima, aunque no sea más que para cambiar un poco?

—Hombre... ¿A qué hora vienen?

Babbitt estaba en casa de Sam Doppelbrau a las nueve. Era la tercera vez que entraba allí. A eso de las diez ya llamaba «Sam» a Mr. Doppelbrau.

A las once se dirigieron todos a la Hospedería de la Granja. Babbitt fue en el automóvil de Doppelbrau, ocupando con Louetta Swanson el asiento de atrás. Una vez había tratado tímidamente de hacerle el amor. Ahora no trató: se lo hizo, simplemente. Y Louetta apoyó la cabeza en su hombro, le dijo lo chinche que era Eddie, y aceptó a Babbitt como un libertino decente y bien entrenado.

Con ayuda de la Pandilla, de los Doppelbrau y de otros compañeros de diversión, no hubo noche durante la semana en que Babbitt no volviera a su casa tarde y vacilante. Con las otras facultades embotadas, conservaba, sin embargo, el don de guiar el automóvil cuando apenas podía andar. No se olvidaba de acortar la marcha en las esquinas ni de dejar espacio a los demás vehículos. Entraba en casa tambaleándose. Si Verona y Kenneth Escott andaban por allí, les saludaba precipitadamente, comprendiendo que le observaban, y corría a esconderse en el piso de arriba. Se daba cuenta, con el calor de la casa, de que estaba más bebido de lo que pensaba. La cabeza le daba vueltas. No se atrevía a acostarse. Trataba de sudar el alcohol en un baño caliente. Por el momento, se despejaba un poco, pero cuando empezaba a andar por el cuarto se equivocaba siempre al calcular las distancias. Tiraba las toallas, dejaba caer la jabonera, temiendo que el ruido le delataría a los chicos. Con la bata puesta, trataba de leer el periódico de la noche. Veía todas las palabras, parecía coger el sentido, pero un minuto después no podría haber dicho qué había leído. Cuando se acostaba, su cerebro volaba en círculos. Entonces se sentaba en la cama luchando por dominarse. Por fin lograba tranquilizarse, sintiéndose sólo un poco mareado... y terriblemente avergonzado. ¡Tener que ocultar su «estado» a sus hijos! ¡Haber bailado y gritado con gente que despreciaba! ¡Haber dicho tonterías, haber cantado canciones estúpidas, haber besado a chicas idiotas! Recordaba incrédulamente que con su ruidosa familiaridad se había expuesto a que le trataran de igual a igual jóvenes a quienes hubiera echado a patadas de su oficina; que por haberse ceñido demasiado al bailar se había ganado algún bofetón de mujeres perfectamente despreciables. Al recordar todo esto gruñó: «¡Me odio! ¡Dios, cómo me odio! ¡No más! ¡Se acabó! ¡Ya estoy harto!».

A la mañana siguiente se encontraba aún más seguro de que iba a reformarse cuando adoptaba un aire grave y paternal con sus hijos durante el desayuno. A mediodía estaba menos seguro.

No negaba que había hecho el tonto; lo veía casi tan claro como a medianoche;

pero cualquier cosa era mejor, se decía batallando consigo mismo, que volver a una vida desprovista de afectos. A las cuatro quería beber. Ahora tenía un frasco de *whisky* en su escritorio, y después de dos minutos de lucha echaba el primer trago. Al tercero empezaba a ver a los de la Pandilla como amigos cariñosos y divertidos, y a eso de las seis estaba con ellos... Así un día y otro día: el cuento de nunca acabar.

Cada mañana le dolía un poco menos la cabeza. La jaqueca que el alcohol le producía había sido hasta entonces su salvaguardia. Pero ahora podía estar borracho al amanecer y, sin embargo, no sentir peso ninguno en el estómago —ni en la conciencia— cuando se levantaba a las ocho. Ningún remordimiento, ningún deseo de librarse del ímprobo trabajo que le costaba mantenerse en constante plan de jarana, era tan grande como su sentimiento de inferioridad social cuando no podía ponerse a tono con la Pandilla. Ser el más «juerguista» de todos constituía entonces su ambición, como antes lo había sido aventajar a los demás en hacer dinero, en jugar al golf, en manejar el volante, en pronunciar discursos, en ascender al círculo de los McKelvey. Pero a veces fracasaba.

Babbitt descubrió que Pete y los otros jóvenes consideraban a la Pandilla demasiado austera, y a Carrie que sólo daba besos detrás de las puertas demasiado monógama. Así como Babbitt había descendido de Floral Heights a la Pandilla, los jóvenes galantes descendieron de la Pandilla a juergas con mujercitas alegres que pescaban en los almacenes y en los guardarropas de los hoteles. Babbitt se empeñó en acompañarlos una vez. Había un auto, una botella de *whisky* y, para él, una chica desaliñada y chillona procedente de la tienda de Parcher and Stein. Se sentó al lado de ella, un tanto escamado. Al parecer, estaba en la obligación de «alegrarla», pero cuando la chica gritó «Vamos, suelte, que me estropea el abrigo», Babbitt se quedó sin saber qué hacer. Estuvieron sentados en el cuarto interior de un bar. Babbitt tenía dolor de cabeza, estaba confundido por el nuevo argot de sus acompañantes, les miraba benévolaemente, quería volverse a casa, y tomó una copa..., muchas copas.

Dos noches después, Fulton Bemis, el señor maduro e insolente de la Pandilla condujo a Babbitt aparte y le dijo:

—Escuche usted, a mí nada me va en ello, y bien sabe Dios que yo siempre me sopló los copazos que me corresponden, pero ¿no cree usted que debe andarse con tiento? Usted es uno de esos individuos entusiastas que siempre exageran las cosas. ¿Se da usted cuenta de que está empujando el codo demasiado y que fuma usted un pitillo tras otro? Más valdría que lo dejase una temporada.

Babbitt respondió enternecido que el amigo Fult era una gran persona, y que, sí, dejaría de beber y de fumar, después de lo cual encendió un cigarrillo, echó un trago y tuvo una pelotera espantosa con Tanis cuando ella lo sorprendió dando excesivas muestras de afecto a Carrie Nork.

A la mañana siguiente se detestaba por haber llegado hasta el punto de que un pelanas cualquiera como Fulton Bemis pudiera hacerle reproches. Comprendió que, desde que hacía el amor a todas las mujeres que se le ponían al alcance, Tanis no era

ya su pura y única estrella, y se preguntó si no habría sido para él nada más que Una Mujer. Y si Bemis le había hablado a él, ¿estarían los demás hablando de él? Aquel día, a la hora de comer, observó escamado a sus amigos del Athletic. Le pareció que se hallaban violentos. ¿Habían estado hablando de él entonces? Se puso furioso. Tenía ganas de armarla. No sólo defendió a Séneca Doane sino que hasta se burló de la Y. M. C. A. Vergil Gunch fue breve en sus respuestas.

Después, Babbitt no estaba furioso. Estaba asustado. No asistió al almuerzo del Boosters' Club; se ocultó en un restaurante barato y, mientras mascaba un bocadillo de jamón, dando sorbos a la taza de café, no dejaba de cavilar.

Cuatro días después, durante una de las reuniones más alegres de la Pandilla, Babbitt los llevó en su auto al patinadero que habían abierto en el río Chaloosa. Después de derretirse la nieve, las calles habían quedado cubiertas con una delgada capa de hielo. El viento bramaba encajonado entre las filas de casas de madera. El distrito de Bellevue parecía una ciudad fronteriza. A pesar de llevar cadenas en las cuatro ruedas, Babbitt tenía miedo de resbalar. Bajó una larga cuesta metiendo los dos frenos. De pronto, a la vuelta de una esquina apareció otro automóvil menos prudente. Derrapó y estuvo a punto de rozarles con el guardabarros trasero. La Pandilla (Tanis, Minnie Sonntag, Pete, Fulton Bemis) mostró su satisfacción por haber escapado del peligro, riendo y diciendo adiós con la mano al conductor del otro coche. Después Babbitt vio al profesor Pumphrey subiendo trabajosamente la cuesta, a pie, mirando con ojos de búho a los jueguistas. Estaba seguro de que Pumphrey lo había reconocido y de que había visto a Tanis darle besos gritando: «¡Eres un chófer de primera!».

Al día siguiente, durante el almuerzo, sondeó a Pumphrey diciéndole:

—Anoche salí con mi hermano y unos amigos suyos. ¡Dios, cómo está el piso! ¡Ni que fuera de cristal! Me pareció verle subir por la cuesta de Bellevue.

—No..., no le vi a usted —contestó Pumphrey precipitadamente.

Quizá dos días después Babbitt almorzó con Tanis en el hotel Thornleigh. La que parecía satisfecha con esperarle en su piso había comenzado a insinuar, melancólicamente, que en muy poco debía tenerla cuando no la presentaba a sus amigos, cuando no quería que lo vieran con ella excepto en el cine. Babbitt pensó llevarla al «salón de señoras» del Athletic Club, pero era demasiado peligroso. Tendría que presentarla y, oh, la gente podría echarlo a mala parte y... Transigió en llevarla al Thornleigh.

Estaba elegantísima, toda de negro: pequeño tricornio negro, abrigo corto y amplio de caracul negro, y vestido de terciopelo negro, en una época en que la mayor parte de los trajes de calle parecían de sociedad. Quizás estaba demasiado elegante. En el restaurante del Thornleigh, decorado con molduras de roble y arabescos de oro, todos se quedaron mirándola cuando entró seguida de Babbitt. Éste esperaba con inquietud que el *maître* les diera una mesa discreta tras una columna, pero no fue así: les colocaron en el mismo centro. Tanis parecía no prestar atención a sus

admiradores. Sonrió a Babbitt diciéndole:

—¡Oh, esto es encantador! ¡Qué orquesta más alegre!

Babbitt tuvo dificultad en contestar en el mismo tono porque dos mesas más allá vio a Vergil Gunch. Durante la comida, Gunch los observó. Babbitt, sintiéndose observado, trataba lúgubrementemente de que Tanis perdiera su jovialidad.

—Estoy como unas castañuelas hoy —murmuró Tanis—. El Thornleigh me encanta. ¿A ti no? Es tan animado y, al mismo tiempo, tan... tan distinguido.

Babbitt habló del Thornleigh, del servicio, de las personas que reconocía en el restaurante; de todas menos de Vergil Gunch. Después, al parecer, no había nada de que hablar. Sonrió forzosamente a sus bromas; estuvo de acuerdo con ella en que «era muy difícil llevarse bien» con Minnie Sonntag, y en que el joven Pete era «un chiquillo holgazán que en realidad no servía para nada». Pero a él no se le ocurrió cosa que decir. Pensó comunicarle las preocupaciones que le causaba Gunch, pero... costaba demasiado trabajo contar toda la historia y hablarle de Verg y demás.

Se quedó descansando cuando dejó a Tanis en un tranvía. Los familiares quehaceres de la oficina le devolvieron la alegría.

A las cuatro se presentó Vergil Gunch. Babbitt se alarmó, pero Gunch iba en plan amistoso.

—¡Hola, chico! Oye, unos cuantos amigos estamos formando un proyecto y nos gustaría que tú nos ayudaras.

—Muy bien, Verg. Desembucha.

—Ya sabes que durante la guerra tuvimos a raya al Elemento Indeseable. Tapamos la boca a los comunistas, a los delegados de los sindicatos obreros y a los simples criticones, y lo mismo hicimos bastante tiempo después de terminada la guerra, pero la gente se olvida del peligro, lo cual da a esos locos ocasión de trabajar en secreto, especialmente a los socialistas de salón. Pues bien; los que tienen la cabeza en su sitio deben hacer un esfuerzo y seguir luchando contra esos individuos. No sé quién, en el Este, ha organizado una liga llamada Asociación de Buenos Ciudadanos^[49] precisamente con ese propósito. Claro que la Cámara de Comercio y la Legión americana y demás hacen su buena labor para mantener en su puesto a las personas decentes, pero se dedican a tantas otras cosas que no pueden atender como es debido este problema. Pero la Asociación de Buenos Ciudadanos, la A. B. C., no se ocupa de nada más. Oh, la A. B. C. puede tener otros fines aparentes..., por ejemplo, aquí en Zenith, creo yo que debía favorecer el proyecto de extender los parques y también apoyar a la Junta de Ensanche... Además puede tener un aspecto social...: dar bailes y así, especialmente porque la mejor manera de poner la mordaza a esos locos es aplicar el boicot social a los fulanos que no se dejan cazar de otra manera. Luego, si eso no resulta, la A. B. C. puede, finalmente, enviar una delegación a los tíos que se pongan tontos para informarles que deben conformarse con nuestras normas de decencia y callarse la boca. ¿No crees que de una organización así pueden esperarse grandes resultados? Contamos ya con algunas de las personas más

influyentes, y naturalmente queremos que tú te unas a nosotros. ¿Qué dices?

Babbitt se sentía violento. Se veía empujado hacia las normas de vida a las que tan vaga como desesperadamente había estado tratando de escapar.

—Supongo que apuntáis especialmente a tipos como Séneca Doane, a quienes trataréis de...

—¡Puedes apostarte el cuello! Mira, George, yo nunca he creído ni por un momento que hablastes en serio cuando has defendido a Doane y a los huelguistas, en el club. Sabía que estabas tomando el pelo a esos pobres atontados como Sid Finkelstein... ¡Al menos confío en que bromeabas!

—Oh, sí..., por supuesto... Claro que uno podría decir... (Babbitt, consciente de su irresolución sentía clavada en él la mirada inexorable de Gunch). ¡Carajo, tú me conoces! ¡Yo no soy un revolucionario! ¡Soy un hombre de negocios, antes, ahora y siempre! Pero..., de veras, no creo que las intenciones de Doane sean tan malas, y no debes olvidar que es un antiguo amigo mío.

—George, cuando se trata de una lucha entre la decencia y la seguridad de nuestros hogares, por una parte, y las exigencias de unos canallas revolucionarios, por otra, hay que abandonarlo todo hasta las enemistades. «El que no está conmigo está contra mí».

—Sí, supongo...

—Bueno, ¿qué resuelves? ¿Entras en la Asociación de Buenos Ciudadanos o no?

—¡Tengo que pensarlo, Verg!

—Muy bien, como quieras.

Babbitt respiró al ver que salía del paso tan fácilmente, pero Gunch continuó:

—George, no sé qué demonios te pasa; ninguno de nosotros lo sabe; y hemos hablado mucho de ti. Durante algún tiempo nos figuramos que el suceso del pobre Riesling te había trastornado, y te perdonamos todas las tonterías que decías, pero eso ya pasó a la historia, George, y no podemos adivinar lo que te ocurre. Yo, por mi parte, siempre te he defendido, pero debo confesarte que ya va pasando de la raya. En el Athletic Club y en el Boosters todo el mundo está indignado por tu insistencia en defender a Doane y a su pandilla de sinvergüenzas... Además, siempre te las estás echando de liberal (que es como no ser nada), y hasta dices que ese predicador Ingram no es un profesional del amor libre. ¡Y, luego, tu conducta privada! Joe Pumphrey asegura que te vio la otra noche con una partida de pelanduscas, todas borrachas hasta más no poder, y hoy mismo te has presentado en el Thornleigh con una... Bueno, podrá ser una señora decente, no digo que no, pero tenía todas las apariencias de una mujer ligera de cascos a quien un hombre que tiene a su mujer fuera no debía llevar a comer con él. ¿Qué demonios te ocurre, George?

—Me choca a mí que tantas personas sepan de mis asuntos personales más que yo mismo.

—Hombre, no vayas ahora a enfadarte conmigo porque vengo como amigo a decirte francamente lo que pienso, en vez de murmurar a tus espaldas, como hacen

los otros. Mira, George, tú tienes una posición social, y la sociedad espera que vivas en conformidad con tu posición. Y... Bueno, a ver si te decides a hacerte de la Asociación. Otro día hablaremos.

Se había marchado.

Aquella noche Babbitt cenó solo. Vio a todos los Good Fellows mirándole por la ventana del restaurante, espiándole. El miedo estaba sentado junto a él, y se dijo que aquella noche no iría a casa de Tanis; y no fue... hasta más tarde.

CAPÍTULO XXX

1

El verano anterior, en las cartas de la señora de Babbitt se notaba su ardiente deseo de volver a Zenith. Ahora no decía nada de volver, pero un anhelante: «Supongo que no se notará mi falta», entre sus secas crónicas sobre el tiempo y las enfermedades, hizo sospechar a Babbitt que no había estado muy apremiante sobre su regreso.

«Si estuviera aquí —pensaba todo preocupado— y yo siguiera en este plan de juega que llevo, le daba un patatús. Tengo que andarme con cuidado. Tengo que aprender a correrla sin hacer el idiota. Podría lograrlo si los tipos como Verg Gunch me dejaran en paz y Myra continuase fuera. Pero... se ve que está triste, la pobre. ¡Dios mío, no quisiera hacerle daño!».

Le escribió que la echaba mucho de menos, y ella contestó en seguida anunciando su vuelta.

Babbitt se persuadió de que estaba deseando verla. Compró rosas, encargó pichones para la cena, y llevó el auto a un garaje para que lo lavaran. En el trayecto de la estación a casa fue contando a la recién llegada los éxitos de Ted en baloncesto, pero antes de llegar a Floral Heights se le había agotado la conversación, y empezando ya a abrumarle la estolidez de su cónyuge, se preguntaba si podría aquella noche hacer una escapada sin quedar por mal marido, y pasar media hora con la Pandilla. Cuando hubo encerrado el coche subió al segundo piso y preguntó a su mujer:

—¿Te ayudo a deshacer la maleta?

—No, yo me basto.

Ella se volvió lentamente, con una cajita en la mano, y lentamente le dijo:

—Te he traído un regalo... Una cigarrera. No sé si te gustará...

Era en aquel momento la muchacha triste, la atractiva Myra Thompson con quien se había casado, y Babbitt casi lloró de emoción al besarla.

—¿Que si me gusta? —dijo con voz temblorosa—. ¡Claro que me gusta! Estoy encantado de que me la hayas traído. Precisamente me estaba haciendo falta una cigarrera.

Se quedó pensando cómo deshacerse de la cigarrera que había comprado la semana anterior.

—¿Y estás de veras contento de que haya vuelto?

—¡Qué pregunta! ¿Pues qué te figurabas, querida?

—Es que no parecía que me echases mucho de menos.

Cuando Babbitt terminó de mentir estaban de nuevo firmemente unidos. Aquella noche, a eso de las diez, parecía imposible que Myra hubiera estado ausente. No había más que una diferencia: el problema de seguir siendo un marido respetable, un marido de Floral Heights, sin dejar de ver a Tanis y a la Pandilla con frecuencia. Había prometido telefonar a Tanis aquella noche, y ahora era melodramáticamente

imposible. Rondaba el teléfono, alargando impulsivamente la mano para coger el receptor, pero sin atreverse nunca a hacerlo. Ni podía encontrar un pretexto para bajar a la droguería de Smith Street que tenía un teléfono público. Se sentía cargado de responsabilidad, pero se la quitó de encima reflexionando:

—¿Por qué diablos me preocupo tanto de no poder telefonar a Tanis? Puede arreglárselas sin mí. No le debo nada. Es una buena chica, pero tanto como ella me ha dado le he dado yo... ¡Oh, malditas mujeres, en qué complicaciones le meten a uno!

Durante una semana estuvo muy atento con su mujer. La llevó al teatro, a comer con los Littlefield. Luego empezaron las mañanas y los disimulos de marras, y al menos dos noches por semana las pasaba con la Pandilla. Seguía fingiendo que iba a los Alces o a reuniones de comités, pero cada vez se esforzaba menos en que sus pretextos tuvieran visos de verosimilitud, y su mujer se preocupaba menos cada vez de afectar que los creía. Babbitt estaba seguro de que ella no ignoraba sus relaciones con la que Floral Heights llamaba «gente alegre», pero ni uno ni otra se daban por enterados. En la geometría conyugal, la distancia entre el primer reconocimiento mudo de una desavenencia y la confesión de ello es tan grande como la distancia entre la primera fe y la primera duda.

Conforme iba apartándose, Babbitt empezaba también a ver a su mujer como ser humano, a sentir por ella afecto o aversión, en lugar de aceptarla como un mueble relativamente movable, y lamentaba que después de veinte años de relaciones conyugales, se encontraran ahora tan distantes el uno del otro. Recordó las fechas memorables: el veraneo en las praderas de Virginia bajo el muro azul de las montañas; su excursión en automóvil por Ohio, y la exploración de Cleveland, Cincinnati y Columbus; el nacimiento de Verona; la construcción de su nueva casa, planeada para alegrarles una vejez feliz. (Muy emocionados habían dicho que quizá sería su último hogar). Sin embargo, el sedante recuerdo de estos queridos momentos, no le impidió ladrar durante la cena:

—Sí, estaré fuera unas horas. No me esperes para acostarte.

Ahora no se atrevía a volver borracho a casa, y aunque se enorgullecía de su vuelta a la moral y hablaba con gravedad a Pete y a Fulton Bemis de lo mucho que bebían, se sentía herido por las censuras inexpresadas de Myra, y meditaba malhumorado que «un hombre no podía manejarse a sí mismo cuando estaba dominado por mujeres marimandonas».

Ya no le preocupaba si Tanis estaba o no un poco ajada y si era sentimental. En contraste con la complaciente Myra, la veía ligera, diligente, radiante, el espíritu del fuego inclinándose sobre la hoguera, y no obstante la compasión con que toleraba a su mujer, suspiraba por Tanis.

Luego la señora de Babbitt rasgó el discreto velo que tapaba su infelicidad, y el marido descubrió atónito que también ella tenía su rebelioncita preparada.

3

Aquella noche estaban sentados junto a la chimenea que nunca se encendía.

—George —dijo ella—, no me has dado la lista de los gastos de la casa mientras he estado fuera.

—No... Todavía no la he hecho. —Muy afablemente—: Dios, tenemos que reducir los gastos este año.

—Sí. No sé dónde se va el dinero. Yo trato de economizar, pero parece que se evapora.

—Quizá no debiera gastar tanto en cigarros. No sé, pero quizá deje el tabaco por completo. El otro día pensaba yo si no sería la mayor manera comprar esos cigarrillos medicinales que le quitan a uno el gusto de fumar.

—¡Ojalá lo hicieras! No es que me importe, pero de veras, George, te hace daño abusar del tabaco. ¿No crees que podrías fumar menos? Y además, George..., he notado que algunas noches, cuando vuelves a casa, hueles a *whisky*. Ya sabes, querido, que yo no me preocupo mucho del lado moral de la cuestión, pero tienes el estómago delicado y no puedes beber de esa manera.

—¡Estómago delicado yo! ¡Qué disparate! ¡Resisto el alcohol tan bien como cualquiera!

—Pues yo creo que debías tener cuidado. No quisiera que te pusieras enfermo.

—¡Qué enfermo ni qué nada! ¡No soy un niño! ¡Supongo que no me voy a poner enfermo porque a lo sumo una vez por semana me tome un *highball*! Eso es lo malo de las mujeres. ¡Exageran siempre tanto!

—George, creo que no debías hablar así, cuando sabes que yo lo digo por tu bien.

—Ya lo sé, voto al chápiro, pero eso es lo malo de las mujeres. Siempre están criticando y comentando y sacando cosas a cuento, y luego dicen «es por tu bien».

—Hombre, George, no debías hablarme así; esa no es manera de contestarme.

—Bueno, no quise contestar tan bruscamente, pero, caray, hablar como si yo fuera un párvulo, incapaz de beberse un *highball* sin llamar a la ambulancia... ¡Bonita idea debes tener de mí!

—Oh, no es eso; es que... no quiero verte enfermo y... ¡Uy, no sabía que era tan tarde! No te olvides de darme la cuenta de los gastos mientras estuve fuera.

—¡Dale! ¿Para qué molestarse en hacerla ahora? No vale la pena por tan pocos días.

—Hombre, George, en los años que llevamos de casados nunca hemos dejado de llevar cuenta exacta de cada centavo que hemos gastado.

—No. Quizá sea eso la causa de todo.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero decir nada, sólo que... A veces me harto tanto de toda esta asquerosa rutina de hacer cuentas en la oficina y en casa, inquietándome, agitándome, excitándome y preocupándome por una porción de majaderías que no significan nada;

y además... Dios, ¿para qué te crees que he nacido yo? Podía haber sido un buen orador, y aquí me tienes agitándome, excitándome y preocupándome...

—¿Crees que yo no me canso nunca de andar de acá para allá? No sabes tú lo que es preparar tres comidas diarias, trescientas sesenta y cinco veces al año, y estropearme la vista cosiendo a máquina, y mirar por tu ropa, por la de Roña, por la de Ted, por la de Tinka, por la de todo el mundo, y ocuparme del lavado, y zurcir calcetines, y bajar al mercado con la cesta al brazo para ahorrar dinero y... *¡todo lo demás!*

—¡Sí, claro —respondió Babbitt con cierta sorpresa—, no debe ser muy divertido! Pero habla... Yo tengo que estar en la oficina todos los días, mientras que tú puedes salir por las tardes y visitar a los amigos o charlar con los vecinos y hacer lo que te dé la gana.

—¡Sí, entretenidísimo! Hablar siempre de las mismas cosas con las mismas personas, mientras que a ti van a verte a la oficina la mar de personas interesantes. — ¡Interesantes! Viejas chifladas que quieren saber cómo no he alquilado sus preciosas casitas por siete veces lo que valen, y una taifa de roñosos que vienen a quejarse de que no reciben sus alquileres a las tres de la tarde el día dos. ¡Sí, muy interesantes! ¡Tan interesantes como la viruela!

—¡Mira, George no aguanto que me grites de esa manera!

—Es que me saca de quicio esa manía que tienen las mujeres de figurarse que un hombre no hace más que sentarse en su silla a charlar con señoras distinguidas y timarse con ellas.

—Me figuro que bien les guiñarás el ojo tú, cuando vayan a verte.

—¿Qué quieres decir? ¿Que ando por ahí haciendo el amor?

—Supongo que no..., ¡a tu edad!

—¡Bueno, mira! Quizá no lo creas... Naturalmente, tú no ves en mí más que un Georgie Babbitt maduro y regordete. ¡Sí, claro! ¡Un hombre útil en la casa! Arregla la calefacción cuando el portero no aparece, y paga las cuentas, pero ¡es tan tonto, tan negado! Bueno, quizá no lo creas, pero hay mujeres que no tienen a George Babbitt por tan mal partido. No les parece tan feo que haga daño a la vista, y tiene un buen repertorio de cuentos, y algunas hasta creen que se marca bien los compases.

—Sí. No dudo —dijo ella midiendo las palabras— que cuando estoy fuera encuentras fácilmente personas que saben apreciarte en lo que vales.

—Bueno, yo quería decir... —protestó Babbitt, dispuesto a negar, pero luego, en un arranque de semihonradez, añadió—: ¡Y bien que sí! Tengo muchas amistades, y algunas muy simpáticas, que no me toman por un niño de estómago delicado.

—¡Eso mismo estaba diciendo yo! Tú puedes divertirte con quien te dé la gana, pero yo tengo que quedarme aquí, sentada, esperándote. Tú tienes mil ocasiones de ilustrarte acá y allá, pero yo no puedo salir de casa.

—Mujer, por amor de Dios, nadie te impide leer libros ni asistir a conferencias y cosas por el estilo, ¿verdad?

—¡George, te he dicho hace un rato que no aguanto por más tiempo que me grites de ese modo! No sé qué te pasa. Antes no eras tan cascarrabias.

—No soy cascarrabias, pero, caray, es que me fastidia cargar con toda la culpa sólo porque tú no marchas al compás de la vida moderna.

—¡Voy a hacerlo! ¿Me ayudarás?

—¡Ya lo creo! Cualquier cosa que pueda hacer por ti en el ramo de la cultura...
Su seguro servidor, G. F. Babbitt.

—Muy bien, pues entonces quiero que vengas conmigo el próximo domingo a la conferencia de la señora Mudge sobre el Nuevo Pensamiento.

—¿La señora Quién?

—La señora Opal Emerson Mudge. La conferenciante de la Liga americana del Nuevo Pensamiento. Va a hablar de «Cómo se Cultiva el Espíritu Solar», ante la Liga de la Suprema Iluminación, en el hotel Thornleigh.

—¡Puá! ¡Nuevo Pensamiento! ¡Picadillo de pensamiento con huevo escalfado! «Como se cultiva...». Suena igual que aquello de «Negras, maduras y con pezón». ¡Bonita función para un presbiteriano, que puede oír al doc-Drew!

—El reverendo Drew será un sabio y un gran orador en el púlpito y todo lo que quieras, pero no tiene lo que la señora Mudge llama el Fermento Interior; no tiene inspiración para la Nueva Era. Las mujeres ahora necesitan inspiración. De modo que vendrás, como has prometido.

La Liga de la Suprema Iluminación se reunió en el saloncillo de baile del hotel Thornleigh, elegante habitación con paredes verdes, guirnaldas de escayola, entarimado de mosaico y frágiles sillas doradas que eran el colmo del refinamiento. Había allí sesenta y cinco mujeres y diez hombres. Casi todos los hombres, repantigados en las sillas, rebullían impacientes, mientras sus esposas escuchaban con rígida atención, pero dos de ellos (hombres rojizos, carnosos) mostraban un interés tan respetuoso como sus mujeres. Eran contratistas, dos nuevos ricos que habiendo ya comprado casas, automóviles, cuadros pintados a mano y título de caballero, compraban ahora una filosofía confeccionada. Habían tenido que jugar a cara o cruz para decidir si comprarían Nuevo Pensamiento, Ciencia Cristiana, o un buen modelo de Episcopalianismo ritualista.

En lo físico, la señora Opal Emerson Mudge carecía de aspecto profético. Era cachigordeta y arrogante, con cara de perro chino, la nariz como un botón, y los brazos tan cortos que, por muchos esfuerzos que hizo, no pudo cruzar las manos en su regazo mientras esperaba sentada en la plataforma. Su vestido de tafetán y terciopelo verde, con tres collares de cuentas de cristal y unos enormes impertinentes colgados de una cinta negra, era un triunfo de distinción.

La señora Mudge fue presentada por la presidente de la Liga de la Suprema Iluminación, una joven avejentada, de voz anhelante, con botines y bigote. Dijo que la señora Mudge explicaría ahora (poniéndolo al alcance de la más simple inteligencia) cómo el Espíritu Solar podía ser cultivado, y los que hubieran pensado en cultivarlo, harían bien en atesorar las palabras de la señora Mudge, porque ni siquiera en Zenith (y sabido era que Zenith iba a la vanguardia en el progreso del Nuevo Pensamiento) se tenía a menudo la ocasión de poder escuchar a tan Inspirada Optimista y Vidente Metafísica como la señora Opal Emerson Mudge, que había vivido la Vida de la Máxima Utilidad por vía de la Concentración, y había encontrado en el Silencio los Secretos del Control Mental y la Clave Interior que traerían inmediatamente Paz, Poder y Prosperidad a las naciones desgraciadas; por lo tanto, los presentes debían olvidar en aquella preciosa hora las Ilusiones de la Realidad Aparente, y en el descubrimiento de la oculta *Veritas* pasar por la señora Opal Emerson Mudge al Reino de la Belleza.

Si bien la señora Mudge era un poquito más gordinflona de lo que uno se figura a los *swamis*, *yoguis*, videntes e iniciados, su voz tenía auténtico timbre profesional. Era refinada y optimista; era abrumadoramente calmante; fluía implacablemente, sin una coma, hasta que Babbitt quedó hipnotizado. Su palabra favorita era «siempre», que pronunciaba sieeeeempre. Su principal gesto era una bendición pontifical, pero completamente femenina, con dos dedos gordezuelos.

Acerca de la Saturación Espiritual explicó:

—Hay quienes...

(De este «quienes» hizo un largo y dulce lamento, un delicado toque de atención en tono menor, con el cual censuraba correctamente a los inquietos maridos, trayéndoles al mismo tiempo un mensaje de curación).

—Hay quienes han visto la apariencia exterior del Logos, hay quienes de una ojeada se han posesionado con entusiasmo de algún segmento o fracción del Logos, hay quienes así rozados, pero no penetrados ni radiactivados por el Dynamis andan de acá para allá aseverando que poseen y están poseídos por el Logos y el Metaphysicos, pero esta palabra os traigo, este concepto os amplió: que los que no son totalmente adictos no son siquiera incipientes, y que la santidad en su esencia definitiva es siempre, siempre totalidad y...

Probó que la Esencia del Espíritu Solar era la Verdad, pero su Aura y su Emanación era la Alegría:

—Mirad siempre el día con la risa auroral, con el entusiasmo del iniciado que percibe las revoluciones de la Rueda como resultado de un esfuerzo común, y que responde a los escrúpulos de las Almas Amargadas de los Destruccionistas con una Alegre Afirmación...

Siguió así durante una hora y siete minutos.

Al final, la señora Mudge habló con más vigor y más puntuación:

—Dejadme ahora todos que os sugiera las ventajas del Círculo Oriental Panteísta y Teosófico que represento. Nuestro propósito es unir las diversas manifestaciones de la Nueva Era en un tono cohesivo: el Nuevo Pensamiento, la Ciencia Cristiana, la Teosofía, el Vedanta, el Bahaísmo, y las otras chispas de la Nueva Luz que es una sola. La suscripción no es más que diez dólares al año, y por esta módica suma los socios reciben no sólo la revista mensual, Perlas de Curación, sino también el privilegio de dirigir directamente a nuestra presidenta, la reverenda madre Dobbs, cualquier pregunta referente al desarrollo espiritual, a problemas matrimoniales, a cuestiones de salud y de bienestar, a dificultades económicas y...

Todos la escuchaban con singular atención. Parecían reducidos a papilla. Tosían cortésmente, cruzaban las piernas sin hacer ruido, y en caros pañuelos de lino se sonaban las narices con una delicadeza optimista a la vez que refinada.

Babbitt sufría y callaba.

Cuando salieron de nuevo al aire libre y volvieron a casa en su automóvil, cortando el aire que olía a nieve y a sol, Babbitt no se atrevía a hablar. Habían estado varias veces a punto de enfadarse aquellos días. Fue su mujer quien empezó la discusión.

—¿Te ha gustado la conferencia de la señora Mudge?

—Verás, yo... ¿Tú qué has sacado en limpio?

—Oh, le hace a uno pensar. Le saca a uno de la rutina de las ideas corrientes.

—Sí, reconozco que la tal Opal no es corriente, pero ¡Dios!... De veras, ¿tú has entendido algo?

—Naturalmente, yo no estoy familiarizada con la metafísica, y muchas cosas no

las puedo coger, pero creo que la conferencia ha sido muy sugestiva. ¡Y habla con tanta facilidad la señora Mudge! Creo que tú has debido sacar algo también.

—¡Pues no! Te juro que estaba asombrado de ver cómo esas señoras se lo tragaban todo. ¡Para qué demonios perderán el tiempo escuchando toda esa palabrería, cuando...!

—Mejor es que no se dediquen a bailar, a fumar y a beber.

—¡No sé si es mejor o no! Yo, por mi parte, no veo mucha diferencia. En ambos casos lo hacen por huir de sí mismas..., como todo el mundo hoy día. Y yo, sin duda, saco mucho más de un baile animado, y hasta de un tugurio cualquiera, que de oír a la Opal mascullando frases, sin atreverme a escupir y tieso como si me apretara el cuello.

—¡Ya lo creo! Te gustan mucho esos lugares de perdición. ¡No dudo que habrás visto muchos mientras yo estaba fuera!

—¡Bueno, mira, tú has estado últimamente lanzándome indirectas y pullas, como si yo llevara una vida doble o cosa así, y me he hartado ya y no quiero oír hablar más del asunto, para que lo sepas!

—¡Dios mío, George! ¿Te das cuenta de lo que dices? ¡En todos los años que llevamos juntos nunca me has hablado de ese modo!

—¡Ya es hora, entonces!

—En estos últimos tiempos te has portado cada vez peor, y ahora, para arreglarlo, juras, maldices y me gritas con una voz tan desagradable... ¡Me estremeces!

—¡Vamos, no exageres! Yo no chillaba... ni tampoco he soltado ningún taco.

—¡Ojalá oyeras tu propia voz! Quizá no te des cuenta de cómo suena. Pero aun así... Tú no me has hablado nunca de ese modo. No podrías hablarme de ese modo si algo horrible no te hubiera ocurrido.

Babbitt tenía el cerebro embotado. Descubrió con sorpresa que no sentía mucho lo que pasaba. Tuvo que hacer un esfuerzo para ponerse agradable.

—Bueno, me he enfadado sin querer.

—George, ¿no comprendes que no podemos seguir así, distanciándonos cada vez más, y tú cada día más grosero conmigo? No sé lo que va a pasar, no sé.

Babbitt se apiadó un instante del aturdimiento de su mujer; pensó en cuántas cosas se destruirían si realmente «no pudieran seguir así». Pero su compasión era impersonal y al mismo tiempo reflexionaba: «¿No sería, acaso, bueno...; no un divorcio, eso no, pero un poco más de independencia?».

Mientras ella le miraba suplicante, él seguía manejando el volante en un silencio aterrador.

CAPÍTULO XXXI

1

Una vez a solas, mientras andaba por el garaje limpiando la nieve del estribo y examinando una boca de riego estropeada, sintió remordimiento de conciencia, asombrado de haber podido levantar la voz a su mujer de aquel modo, y pensó tiernamente cuánto más constante era ella que la voluble Pandilla. Entró en la casa para murmurar «que sentía mucho haberse puesto tan cargante» y para preguntarle si quería ir al cine. Pero en la oscuridad del cinematógrafo recapacitó que «había vuelto a atarse a Myra otra vez». Experimentó cierta satisfacción en echarle la culpa a Tanis Judique. «¡Que se vaya a la porra! ¿Por qué le había metido a él en aquellos berenjenales poniéndole nervioso y excitado? ¡Demasiadas complicaciones! ¡Hay que acabar con ella!».

Quería paz. Durante diez días no vio a Tanis ni le telefoneó, pero pronto sintió el odioso apremio de estar a su lado. Llevaba ya cinco días de no verla, enorgulleciéndose a cada hora de su resolución, y figurándose a cada hora cuánto de menos le echaría Tanis, cuando *Miss McGoun* le anunció que la señora de Judique le llamaba por teléfono.

—Quiere decirle no sé qué de unas reparaciones.

Tanis habló rápida y tranquilamente.

—¿Mr. Babbitt? Oh, George, soy Tanis. Hace semanas que no te veo..., días al menos. ¿No estás enfermo, verdad?

—No, pero muy atareado. Creo... Mmm... Creo que este año se activará extraordinariamente la construcción de casas. Tengo que... Mmm... Tengo que trabajar duro.

—¡Naturalmente que sí! Yo quiero que trabajes. Tienes que triunfar. No tengo más ambición que tu éxito. Pero no te olvides de la pobre Tanis. ¿Me telefonearás pronto?

—¡Sí, claro! ¡No faltaba más!

—Por favor. Mira que yo no volveré a llamarte.

«¡Pobrecilla! —Meditó Babbitt—. Pero, caray, no debía haberme telefonado a la oficina... Es un encanto... No tengo más ambición que tu éxito... Pero no, por mucho que insista no la llamaré hasta que me dé la gana. ¡Malditas mujeres, qué manera de imponerse! ¡Ya pasará tiempo antes que la vea, ya!... Pero, Dios, quisiera ir esta noche... Qué remonísima es... ¡Vuelta a las andadas! ¡Cuidadito George!».

Tanis no telefoneó más, ni Babbitt tampoco, pero cinco días después recibió una carta de ella:

¿Te he ofendido? Habrá sido sin intención, querido mío. Estoy muy sola y necesito que alguien me dé ánimos. ¿Por qué no viniste a la reunión que Carrie dio anoche? Recuerdo que te invitó. ¿No puedes venir aquí mañana jueves, después de cenar? Estaré sola. Espero verte.

Babbitt hizo numerosas reflexiones:

»¡Maldita sea! ¿Por qué no me dejará en paz? ¿No comprenderán nunca las mujeres que con un hombre no valen amenazas? Y tratan de enternecerle a uno diciendo que están muy solitas...

»Bueno, no hay que ser injusto. Tanis es una buena mujer, fina, simpática, y realmente está muy sola. Tiene una letra preciosa. Papel bonito. Sencillo. Refinado. Tendré que ir a verla. Bueno, de todos modos hasta mañana por la noche estoy libre de ella, gracias a Dios...

»Es simpática, sí, pero... ¡Nada de imposiciones! No estoy casado con ella. ¡No, ni voy a estarlo nunca!...

»Bueno, qué diablos, mejor será que vaya a verla.

El jueves, el mañana de la carta de Tanis, fue un día de crisis sentimentales. En la mesa de los camorristas, en el club, Verg Gunch habló de la Asociación de Buenos Ciudadanos y, deliberadamente (en opinión de Babbitt), no le invitó a formar parte. Mat Penniman, el factótum de la oficina de Babbitt, tenía Disgustos y entró lamentándose: su chico mayor «no era bueno», su mujer estaba enferma, y él se había enfadado con su cuñado. Conrad Lyte también tenía Disgustos, y como Lyte era uno de sus mejores clientes, Babbitt se vio forzado a escucharlo. Mr. Lyte, al parecer, sufría una neuralgia peculiarmente interesante y, además, en el garaje le habían cobrado demasiado. Cuando Babbitt volvió a casa, todo el mundo tenía Disgustos: su mujer al mismo tiempo que pensaba en despedir a la nueva sirvienta, que era una descarada, temía que la sirvienta se marchase; y Tinka quería quejarse de su profesora.

—¡Oh, callaos ya! —gritó Babbitt—. Nunca me oiréis a mí lamentarme de nada, pero si tuvierais que dirigir un negocio como el mío... Hoy he descubierto que *Miss Bannigan* lleva las cuentas con dos días de retraso, y yo me cogí un dedo con la tapa del escritorio, y Lyte fue a verme y estuvo tan poco razonable como siempre.

Se enojó tanto que después de cenar, en vez de intentar una discreta escapada, le dijo bruscamente a su mujer:

—Tengo que salir. Volveré a eso de las once, creo.

—¡Oh! ¿Vas a salir otra vez?

—¡Otra vez! ¡Qué quieres decir con «otra vez»! ¡Apenas he salido de casa en una semana!

—¿Vas... vas a los Alces?

—No. Tengo que ver a unos amigos.

Aunque esta vez oyó su propia voz y comprendió que era ruda, aunque su mujer le miraba con reproche, Babbitt se dirigió al vestíbulo renqueando, se puso su úlster y sus guantes de piel, y salió en busca de su auto.

Se tranquilizó cuando Tanis, vestida con una túnica de malla gris sobre forro de tisú dorado, le recibió sin hacerle reproches.

—¡Pobre mío, tener que venir en una noche así! ¡Con el frío que hace! Vamos a tomar un *highball*. Nos vendrá de perlas.

—¡Eres una mujer que lo entiende! Sí, creo que podremos resistir uno sin dificultad..., ¡con tal que el vaso no tenga más de un palmo!

Babbitt la besó con efusión, se olvidó de sus exigencias y se espatarró en un sillón, sintiéndose más a gusto que en su propia casa. Luego se puso muy locuaz. Le dijo qué hombre tan noble e incomprendido era él, y cuán superior a Pete, a Fulton Bemis, y a todos los demás que conocían; y ella, inclinada hacia adelante, con la barbilla apoyada en la mano, asentía vivamente. Pero cuando Babbitt, haciendo un esfuerzo le preguntó: «¿Y qué hay de nuevo, preciosa?», Tanis lo tomó en serio, y

descubrió que también tenía sus Disgustos.

—Oh, muy bien, pero... Me he enfadado mucho con Carrie. Le dije a Minnie que yo le había dicho a ella que Minnie era una tacaña, y Minnie me dijo que se lo había dicho, y naturalmente yo le dije que no había dicho semejante cosa, y luego Carrie se enteró de que Minnie me lo había dicho, y yo, claro, estaba botando porque Carrie le había dicho que yo se lo había dicho, y después nos reunimos todos en casa de Fulton... Su mujer está fuera..., ¡gracias a Dios!... Oh, el suelo de su casa es magnífico para bailar... y nos peleamos todos unos con otros y..., oh, detesto estas peloterías porque..., vamos, carecen de distinción, pero... Y mamá quiere venir a pasar conmigo un mes entero... Yo la quiero, supongo que la quiero, pero, la verdad, me estorba horriblemente... Nunca puede pasarse sin comentar, y siempre quiere saber dónde voy si salgo por las noches, y si miento me espía, y va por ahí huroneando hasta que se entera de dónde he estado, y entonces se pone que me hace llorar: parece el Monumento a la Paciencia... Y oh, tengo que decirte una cosa... Ya sabes que nunca hablo de mí misma; detesto a las personas que lo hacen, ¿tú no? Pero... me siento tan estúpida esta noche, y sé que te estaré aburriendo con todo esto, pero... ¿qué le contestarías tú a mi madre?

Babbitt le dio consejos de varón experimentado. Debía evadir la visita de su madre. Y a Carrie le diría que se fuese al demonio. Tanis le dio las gracias por estas valiosas revelaciones, y luego se pusieron ambos a contar chismes de la Pandilla. Carrie era una tonta sentimental. Pete un niño gandul. Fulton Bemis era encantador cuando quería... «Claro, muchas personas lo toman por cascarrabias porque no se hace simpático a las primeras de cambio, pero cuando se le conoce mejor es un Número».

Cuando terminaron de hacer estos análisis, la conversación languideció. Babbitt quiso dárselas de intelectual hablando de temas generales. Dijo algunas cosas completamente sensatas acerca del desarme, de la tolerancia y del liberalismo; pero notó que los temas generales interesaban a Tanis sólo cuando podía aplicarlos a Pete, a Carrie o a ellos mismos. Con desesperación se daba cuenta de su silencio. Trató de reanudar la charla con su amiga, pero el silencio se alzaba entre ellos como un fantasma gris.

—Yo... Mmm... Me choca... Me choca que haya ahora tantas ofertas de trabajo.

—Entonces tal vez podrá Pete encontrar un empleo decente.

Silencio.

Babbitt cambió de táctica.

—¿Qué te ocurre, querida? Parece que estás un tanto callada esta noche.

—¿Yo? No. Pero... ¿te importa de veras que lo esté o no lo esté? —¿Que si me importa? ¡Naturalmente! ¡Pues claro que me importa!

—¿De veras?

Tanis se sentó en el brazo de su sillón. Él odiaba tener que ponerse sentimental y darle muestras de afecto. Le acarició la mano, cumplió con el deber de sonreírle y

volvió a recostarse.

—George, no estoy muy segura de que realmente me quieras.

—Sí que te quiero, tonta.

—¿De veras, rico? ¿Me quieres un poquito?

—¡Naturalmente! Si no te quisiera no estaría aquí.

—¡Oye, a mí no me hablas tú en ese tono de mal humor!

—No estoy de mal humor. Es que... —Con voz de niño ofendido—: ¡Cristo, ya me va hartando a mí que todo el mundo diga que estoy de mal humor cuando hablo con mi voz natural! ¿Qué esperan de mí? ¿Que cante?

—¿A quién se refiere ese «todo el mundo»? ¿A cuántas mujeres has tenido tú que consolar?

—¡Mira, a mí no me vengas con indirectas!

Humildemente:

—No, rico. Lo decía en broma. Ya sé que no estás de mal humor... Cansado, nada más. Perdóname y dime que me quieres. ¡Dímelo!

—Te quiero... ¡Claro que te quiero!

—¡Sí, mucho! —Con cinismo—: Querido mío, no quisiera ser fastidiosa, pero... me siento tan sola, tan inútil... Nadie me necesita, no puedo hacer nada por nadie. Y tú sabes, querido, lo activa que soy..., lo activa que sería si pudiera hacer algo. Y soy joven aún, ¿verdad? ¡No soy un trasto viejo! Ni tampoco estúpida, ¿verdad?

Babbitt tuvo que infundirle confianza. Ella le acarició el cabello, y se vio forzado a poner cara de satisfacción, tanto más cuanto mayor era su seductora dulzura. Babbitt estaba impaciente. Quería huir a su mundo masculino, fuerte, duro, sin emociones. Quizás a través de sus delicados dedos sintió ella, mientras le acariciaba, algo de su aburrimiento. Se separó —¡qué alivio para Babbitt!— y se sentó a sus pies, en un escabel, mirándole suplicante. Pero así como a muchos hombres la adulación de un perro o la timidez de un niño no les despierta compasión sino una crueldad espasmódica, la humildad de Tanis molestó a Babbitt. Y ahora veía en ella a la mujer madura que empezaba a ser vieja. Hasta cuando los detestaba le dominaban sus propios pensamientos. Era vieja, no cabía duda. ¡Vieja! Notó en su carne fofa pliegues y arrugas bajo la barbilla, bajo los ojos, en las muñecas. Descubrió en su cuello una aspereza, una manchita como las miajas de una goma de borrar. ¡Vieja! Tenía menos años que él y, sin embargo, le causaba malestar verla allí a sus pies, suspirando, poniendo en blanco los ojos... Era como si su propia tía —pensó estremecido— le estuviera haciendo el amor.

«No hago más el memo —decía para sus adentros—. Tengo que acabar con ella. Es una mujer decente, simpática, y no quisiera herirla, pero sería mejor terminar de una vez, extirpármela como quien se hace una operación quirúrgica».

Se había levantado. Hablaba atropelladamente. Su amor propio le exigía probarle y probarse que la culpa era de ella.

—Sí, estaré hoy de mal humor, no digo que no, pero, la verdad, querida, si he

pasado algún tiempo sin venir fue para poner mi trabajo al día, que no sabía ya por dónde me andaba, y tú debías haberlo comprendido y haber esperado hasta que volviera. ¿No ves, rica, que haciéndome venir, yo..., que soy tan testarudo como cualquiera..., mi tendencia era resistir? Oye una cosa, yo me voy ahora...

—¡Todavía no, vidita! ¡No!

—Sí. Ahora mismo. Ahora mismo. Y un día de estos hablaremos del futuro.

—¿Qué quieres decir, amor mío? ¿He hecho yo algo que no debiera hacer? ¡Qué disgusto!

Babbitt cruzó las manos a la espalda resueltamente.

—Nada, hija mía, nada. Eres más buena que hecha de encargo. Pero es que... Señor, ¿no te das cuenta de que tengo cosas que hacer? Un negocio que atender y, aunque no lo creas, mujer e hijos a quienes quiero muchísimo.

Luego, durante el crimen que estaba cometiendo, se sintió noble y virtuoso:

—Quiero que seamos amigos pero, Dios, no puedo seguir así, sintiendo la obligación de venir aquí con tanta frecuencia.

—¡Vida mía, y yo que he tenido tanto cuidado de decirte siempre que eras absolutamente libre! No quería que vinieses más que cuando estuvieses cansado y quisieras hablarme, o cuando pudieras divertirme en nuestras reuniones...

¡Era tan dulce, tenía tanta razón! Le costó una hora escapar, sin haber decidido nada y con todo horriblemente decidido.

Ya en la calle, Babbitt, sintiéndose libre suspiró:

—¡Gracias a Dios, todo ha terminado! ¡Pobre Tanis, tan simpática, tan decente! Pero todo ha terminado. ¡Absolutamente! ¡Soy libre!

CAPÍTULO XXXII

1

Su mujer no se había acostado aún cuando él llegó.

—¿Te has divertido? —rezongó.

—No, señora. ¡Me he aburrido mucho! ¿Tengo que explicar algo más?

—George, cómo puedes ha... ¡Oh, no sé lo que te pasa! —¡No me pasa nada! Y tú siempre tratando de armarla.

Mientras tanto, se advertía a sí mismo: «Cuidadito, no te pongas desagradable. Naturalmente, está resentida de que la haya dejado aquí sola toda la noche».

Pero olvidó sus precauciones cuando ella contestó:

—No sé cómo te gusta salir con esas personas tan raras. Supongo que dirás que has tenido otra reunión del comité esta noche.

—No. He ido a visitar a una mujer. Estuvimos bromeando, sentados junto al fuego, y nos divertimos la mar, para que lo sepas.

—Bueno... Por la manera de decirlo supongo que tendré yo la culpa de que hayas ido allá. ¡Probablemente te mandé yo!

—Sí, señora.

—Pues, palabra de honor...

—Detestas a las «personas raras». Si tú mandarás aquí, yo sería a estas horas un papanatas como Howard Littlefield. Nunca quieres invitar a casa a nadie que tenga tanto así de animación; no te gustan más que esos majaderos que no saben hablar sino del tiempo. Te estás empeñando en hacerme viejo. Pues permíteme que te diga que yo no voy a...

Anonadada por esta tirada sin precedente, respondió compungida:

—Oh, querido, no creo que eso sea verdad. No quiero hacerte viejo, no. Quizá tengas razón en parte. Quizá no intimo fácilmente con gente que no conozco. Pero con tantos buenos ratos como pasamos, cuando tenemos invitados, cuando vamos al cine...

Con astucia verdaderamente masculina, no sólo se convenció a sí mismo de que ella le había ofendido sino que, con la sonoridad de su voz y la brutalidad de su ataque, convenció también a su mujer, y poco después era ella quien trataba de excusar a Babbitt por haber pasado la velada con Tanis. Subió a acostarse muy satisfecho, sintiéndose no sólo amo sino mártir de la familia. Durante un momento pensó, ya en la cama, si habría sido completamente justo.

«Debiera avergonzarme de chillarle así. Quizá tenga ella su poquito de razón. Quizá no lo pase tan bien como yo me figuro. ¡Pero a mí, qué! No le vendrá mal espabilarse un poco. Y no volverán a cogerme. Ni ella, ni Tanis, ni los amigos del club ni nadie. ¡Voy a vivir mi vida!».

En tal disposición de ánimo, Babbitt estaba como para no presentarse en el almuerzo del Boosters' Club al día siguiente. Les dirigía la palabra un diputado que acababa de regresar después de hacer un completo estudio de la hacienda, etnología, sistemas políticos, divisiones lingüísticas, riquezas minerales y agricultura de Alemania, Francia, Gran Bretaña, Italia, Austria, Checoslovaquia, Yugoslavia y Bulgaria. Les habló de todos estos asuntos, y les contó tres historietas sobre el concepto erróneo que en Europa se tenía de América, y añadió algunas animadas palabras sobre la necesidad de prohibir la entrada en América a los extranjeros ignorantes.

—Vaya, ha sido una charla muy interesante. Eso es hablar —dijo Sidney Finkelstein.

Pero el desafecto Babbitt refunfuñó:

—¡Camelos! ¡Una serie de pamplinas! ¿Y qué tienen los emigrantes? Qué caray, no todos son ignorantes, y además sospecho que de emigrantes descendemos todos.

—¡Oh, no sea pelmazo! —dijo Mr. Finkelstein.

Babbitt se daba cuenta de que el doctor A. I. Dilling les escuchaba severamente desde el lado opuesto de la mesa. El doctor Dilling era uno de los hombres más importantes del club. No era médico sino cirujano, profesión más romántica y más resonante. Era un hombrón enorme, con un tupé de pelo negro y un bigotazo espeso. Los periódicos comentaban frecuentemente sus operaciones; era profesor de cirugía en la universidad del Estado; las mejores familias de Royal Ridge le invitaban a cenar; y se murmuraba que tenía varios cientos de miles de dólares. A Babbitt le acongojaba que una persona tal le mirase de aquel modo. Inmediatamente se puso a encomiar con gran entusiasmo la gracia del diputado, dirigiéndose a Sidney Finkelstein, pero a beneficio del doctor Dilling.

Aquella tarde, tres individuos irrumpieron en la oficina de Babbitt como una patrulla de Vigilantes en los días de la colonización. Eran los tres corpulentos, denodados, grandes señores de la tierra de Zenith: el cirujano doctor Dilling, el contratista McKelvey y, el más temible de todos, el barbicano coronel Rutherford Snow, propietario del *Advocate Times*. Babbitt, en su presencia, se sintió pequeño e insignificante.

—Vaya, vaya, tanto gusto, tomen asiento; ustedes dirán —farfulló.

Ni se sentaron ni hicieron ninguna observación sobre el tiempo.

—Babbitt —dijo el coronel Snow—, venimos de la Asociación de Buenos Ciudadanos. Hemos decidido meterle a usted. Vergil Gunch dice que usted no tiene interés, pero yo creo que podemos convencerle. La Asociación va a unirse con la Cámara de Comercio en la campaña en pro de la Libertad de Trabajo. Conque ha llegado la hora de que usted se inscriba.

En su turbación, Babbitt no podía recordar sus motivos para no querer ingresar en la Asociación, si es que alguna vez los había sabido definitivamente, pero estaba segurísimo de que no quería ingresar, y ante la idea de que pretendían forzarle sintió un arranque de rebeldía hasta contra aquellos príncipes del comercio.

—Lo siento, coronel, tengo que pensarlo un poco —murmuró.

—¿Eso quiere decir que rehúsas? —Gruñó McKelvey.

—Mira, Charley —replicó Babbitt en un tono feroz y nada usual—, a mí no me obliga nadie a ingresar donde no quiero, ni siquiera ustedes, los plutócratas.

—Nosotros no forzamos a nadie —empezó el doctor Dilling, pero el coronel Snow le atajó diciendo:

—¡Sí, señor, forzamos, si es necesario! Babbitt, en la A. B. C. se ha hablado mucho de usted. Tiene usted fama de ser hombre sensato, limpio, responsable; siempre lo ha sido usted; pero, últimamente, por Dios sabrá qué razón, ha llegado a mis oídos por varios conductos que anda usted con cierta gentuza, y lo que es muchísimo peor, ha estado usted defendiendo y apoyando a algunos de los más peligrosos elementos de la ciudad, como ese Doane.

—Coronel, eso es cuestión personal mía.

—Puede ser, pero queremos llegar a un acuerdo. Usted y su suegro han estado siempre de parte de los intereses más sólidos y más progresistas de la ciudad, como mis amigos de la Compañía de Tracción, y mis periódicos le han dado a usted una porción de bombos. Pues bien; no puede usted esperar que los ciudadanos decentes sigan ayudándoles si usted se propone unirse precisamente con los individuos que tratan de hacernos la guerra.

Babbitt estaba asustado, pero por instinto comprendía que si cedía en esto cedería en todo.

—Exagera usted, coronel —protestó—. Yo creo que hay que ser tolerante y

liberal, pero, naturalmente, estoy tan en contra de los canallas y de los fanfarrones y de los sindicatos laboristas y demás, como ustedes. Pero el hecho es que pertenezco a tantas organizaciones ya, que no puedo hacerles justicia, y quiero pensarlo antes de decidirme a entrar en la A. B. C.

El coronel Snow condescendió:

—¡Oh, no, no exagero! ¡Aquí, el doctor, le ha oído maldecir y difamar a una de las más ilustres figuras del partido republicano, esta misma tarde! Y está usted completamente equivocado en lo de «pensarlo antes». No es que le pidamos a usted ingresar en la A. B. C, es que se lo permitimos. No estoy muy seguro, amigo, de que si lo deja para más adelante esté usted ya a tiempo. No estoy muy seguro de que entonces le queramos a usted. ¡Es mejor que lo piense deprisa!

Los tres Vigilantes, formidables en su rectitud, le miraron fijamente en tenso silencio. Babbitt esperó. No pensó nada, no hizo más que esperar, mientras en su cabeza resonaban como un eco estas palabras: «No quiero ingresar..., no quiero ingresar..., no quiero ingresar».

—Muy bien. ¡Lo siento por usted! —dijo el coronel Snow, y los tres hombres volvieron abruptamente sus espaldas de toro.

Aquella noche, cuando Babbitt iba a subir a su automóvil, vio a Vergil Gunch que se acercaba calle abajo. Le saludó con la mano, pero Gunch se hizo el distraído y cruzó a la otra acera. Babbitt estaba seguro de que Gunch le había visto, y se fue a casa sintiendo un agudo malestar.

Su mujer atacó inmediatamente:

—George, esta tarde ha estado aquí Muriel Frink, y dice que Chum dice que el comité de esa Asociación de Buenos Ciudadanos te ha pedido con especial interés que ingreses, y tú no has querido. ¿No crees que sería mejor? Ya sabes que las personas más distinguidas forman parte, y la Asociación defiende...

—¡Ya sé que la Asociación defiende! ¡Defiende la supresión de la libertad de palabra y de pensamiento y de todo lo demás! Pero a mí no me obligan quieras que no a entrar en ninguna parte, y no se trata de si es una buena asociación o una mala asociación, o qué especie de asociación es; se trata simplemente de que yo me resisto a que me digan que tengo que...

—Pero, querido, si no entras la gente puede criticarte.

—¡Que me critiquen!

—Digo la *gente bien*.

—Canastos, yo... En realidad la tal Asociación es una moda. Como todas esas organizaciones que salen con tanto empuje, dando a entender que van a cambiarlo todo, y luego desaparecen y nadie vuelve a acordarse de ellas.

—Pero si ahora es la moda, ¿no crees tú?...

—¡No, señora, no creo! Y haz el favor de no chincharme más con eso. Estoy harto de oír hablar de la maldita A. B. C. Si hubiera entrado la primera vez que Verg fue a hablarme del asunto no tendría ahora estas latas. Y quizás hubiera ingresado hoy si el comité no hubiera tratado de obligarme, pero, ¡santo Dios!, mientras sea yo ciudadano americano independiente...

—Hombre, George, estás hablando igual que el portero alemán.

—¿Ah, sí, eh, conque sí? ¡Pues entonces no hablaré!

Aquella noche suspiró por ver a Tanis Judique y ser confortado por su compasión. Cuando toda la familia estuvo en el piso de arriba, Babbitt telefoneó a su casa, pero se hallaba tan agitado que cuando el portero le contestó, no hizo sino murmurar: «Perdón, llamaré más tarde», y colgó el receptor.

Si Babbitt no estaba muy seguro de que Vergil Gunch le hubiera evitado, no tenía la menor duda de que William Washington Eathorne se había hecho el distraído a la mañana siguiente. Cuando Babbitt se dirigía a su oficina, alcanzó el automóvil del gran banquero, que iba sentado con anémica solemnidad detrás de su chófer. Babbitt, saludándole con la mano, gritó «¡Buenos días!». Eathorne le miró deliberadamente, vaciló, y le hizo una inclinación de cabeza más ofensiva que un *desaire* directo.

El consocio y suegro de Babbitt se presentó a las diez.

—George, ¿qué he oído de ti? ¿Parece que le has cantado las cuarenta al coronel Snow sobre no querer entrar en la A. B. C.? ¿Qué diablos estás tratando de hacer? ¿Echar a pique el negocio? ¿Te figuras que esos peces gordos te van a aguantar esa música de liberalismo que has estado propalando últimamente?

—¡Pamplinas! Henry T., usted ha estado leyendo novelas de folletín. Aquí no hay conspiraciones ni cosa semejante contra la gente que quiere ser liberal. Éste es un país libre. Un hombre puede hacer lo que le dé la gana.

—Naturalmente que no hay conspiraciones. ¿Quién dice que las hay? Sólo que si a la gente le da por pensar que has perdido el seso no creas que van a hacer negocios contigo. El más pequeño rumor de que eres un chiflado haría más daño a este negocio que todas las conspiraciones que esos memos de novelistas pueden inventar en toda su vida.

Aquella tarde, cuando apareció el feliz avaro Conrad Lyte y Babbitt le sugirió la compra de una parcela en la nueva barriada de Rochester, Lyte dijo apresuradamente, demasiado apresuradamente: «No, no, no quiero meterme en nada ahora».

Una semana después, Babbitt supo por Henry Thompson que los funcionarios de la Compañía de Tracción planeaban una nueva estratagema, y que Sanders, Torrey y Wing, no la Babbitt-Thompson Agencia y Cía., se encargaba de llevarla a cabo.

—Me figuro que Jake Offutt anda escamado por lo que la gente dice de ti. Claro que Jake es un tío de cuidado y, probablemente, habrá aconsejado a los fulanos de la Compañía de Tracción que busquen otro intermediario. ¡George, tienes que hacer algo! —bramó Thompson.

Y Babbitt asintió precipitadamente. Era absurdo que la gente le juzgase así, pero... Se determinó a ingresar en la Asociación de Buenos Ciudadanos la próxima vez que se lo pidiesen, y en furiosa resignación esperó. No volvieron a rogarle. Le olvidaron. Babbitt no tenía valor para ir a la Asociación y solicitar que le admitiesen, y se refugió en una vacilante jactancia de haberse salido con la suya en contra de la ciudad entera. Nadie podía dictarle a él lo que tenía que pensar y que hacer.

Nada le sacudió tanto como la súbita despedida de *Miss McGoun*, dechado de mecanógrafas, aunque dio excelentes razones: necesitaba un descanso, su hermana estaba enferma, quizá dejara de trabajar durante seis meses. Babbitt no se sentía a gusto con su sucesora, *Miss Havstad*. Cuál fuese el nombre de pila de *Miss Havstad*,

ninguno de los empleados lo supo. Parecía improbable que pudiera tener nombre de pila, novio, polvera o estómago. Era una máquina perfectamente aceitada y esmaltada, y cada tarde tenía que ser desempolvada y encerrada en su pupitre junto a sus lápices demasiado afilados. Tomaba el dictado velozmente y su dactilografía era perfecta, pero Babbitt se ponía nervioso cuando trataba de trabajar con ella. Le hacía sentirse pesado, y sus chistes preferidos no le valían más que una mirada interrogante. Suspiraba por la vuelta de *Miss McGoun*, y pensó escribirle.

Luego oyó que *Miss McGoun*, una semana después de dejarle, había sido contratada por sus peligrosos competidores Sanders, Torrey y Wing.

Esto no sólo le molestó sino que le produjo terror. «¿Por qué se ha marchado entonces? —se preguntaba—. ¿Se habrá olido que mi negocio se hunde? Y fue Sanders quien se llevó el asunto de la Compañía. Canastos... ¡Barco a pique!».

El miedo le acechaba ahora por todas partes. Vigilaba a Fritz Weilinger, el joven empleado, temiendo que también él se despidiese. Cada día imaginaba desaires. Notó que no le habían invitado a hablar en el banquete anual de la Cámara de Comercio. Cuando Orville Jones dio en su casa una gran partida de póquer y no le invitó, Babbitt adquirió la certeza de que le despreciaban. Tenía miedo de ir a almorzar al Athletic Club y miedo de no ir. Creía que le espiaban; que cuando se levantaba de la mesa murmuraban de él. En todas partes oía un susurrante chismorreó: en los despachos de sus clientes, en el banco cuando hacía un ingreso, en su propia oficina, en su propia casa. Sin cesar se preguntaba lo que estarían hablando de él. Durante todo el día, en imaginarias conversaciones, les sorprendía diciendo con asombro: «¿Babbitt? ¡Está hecho un perfecto anarquista! Pero, caray, es digno de admiración, volverse liberal y vivir como le place, aunque, bueno, eso sí, el tío es peligroso, y hay que exponerle a la vergüenza pública».

Estaba tan nervioso que cuando, al volver una esquina, vio a dos de sus conocidos hablando —murmurando—, el corazón le dio un vuelco y se escurrió como un escolar azarado. Al encontrar a sus vecinos Howard Littlefield y Orville Jones juntos, les miró de reojo y se metió en su casa para evitar su espionaje; se sentía lastimosamente cierto de que habían estado murmurando, conspirando.

Su miedo luchaba con su testarudez. A veces pensaba que era un verdadero diablo, tan osado como Séneca Doane; a veces proyectaba ir a casa de Doane para confesarse revolucionario, y nunca pasó de proyectarlo. Pero también, muchas veces, al verse envuelto en murmuraciones, gemía: «Dios mío, ¿qué he hecho yo? Nada más que pasar el rato con la Pandilla y pararle los pies a ese matón de Clarence Drum. ¡Nunca me han cogido criticando a nadie ni tratando de imponer mis ideas!».

Incapaz de resistir esta tensión, no tardó en confesarse que le gustaría volver al seguro terreno del conformismo, con tal que hubiera un medio decente y honroso de retroceder. Pero a la fuerza, jamás; no, no mordería el polvo.

Sólo en viriles peloterías con su mujer subían a la superficie estos turbulentos terrores. Ella se quejaba de que su marido estaba nervioso, y no comprendía por qué

se negaba a pasar un rato con los Littlefield por la noche. Babbitt trató, pero no pudo explicarle los nebulosos hechos de su rebelión y castigo. Y, perdidos Paul y Tanis, no le quedaba nadie con quien hablar. «Dios mío, Tinka es el único amigo de veras que tengo ahora», suspiraba, y se dedicaba a jugar en el suelo con su hija toda la noche.

Pensó en ir a ver a Paul, pero aunque todas las semanas recibía una nota seca y concisa de la cárcel, para él su amigo estaba muerto. En realidad, suspiraba por Tanis. «Yo me creía tan listo y tan independiente, habiendo roto con Tanis, y la necesito, ¡Dios si la necesito! —se decía rabiando—. Myra no comprende. No ve más allá de ir viviendo como viven los demás. Pero Tanis... Tanis me daría la razón».

Por fin cedió, y una noche, ya tarde, fue a ver a Tanis. No se había atrevido a esperarlo, pero Tanis estaba en casa, y sola. Sólo que aquella mujer no era la Tanis que antaño conociera. Era una mujer cortés, fría, echada para atrás, que se parecía a Tanis. «Hola, George, ¿qué ocurre?», dijo con voz monótona, sin interés, y Babbitt se escabulló, humillado.

El primer consuelo procedió de Ted y de Eunice Littlefield. Entraron los dos bailoteando una noche que Ted había llegado de la universidad, y Ted dijo:

—¿Qué es lo que cuenta Euny, papá? Dice que su padre dice que tú has armado la de Dios es Cristo jaleando a Séneca Doane. ¡La órdiga! ¡Duro con ellos! ¡Sacúdeles bien! ¡Este poblacho está dormido!

Eunice se desplomó sobre las rodillas de Babbitt, le besó, reclinó la melena sobre su barbilla y gorjeó:

—Para mí usted es mucho más simpático que Howard. ¿Por qué (confidencialmente) será ese Howard tan cascarrabias? El hombre tiene buen corazón, y es muy inteligente, eso sí, pero nunca aprenderá a poner el pie en el acelerador, a pesar de mis esfuerzos por enseñarle. ¿No cree usted que podríamos hacer algo con él, querido?

—Vamos, Eunice, ésa no es manera de hablar de tu papá —observó Babbitt con toda la finura de Floral Heights.

Pero se sentía feliz por vez primera después de muchas semanas. Se creía el veterano liberal fortalecido por la lealtad de la generación joven. Salieron a saquear la nevera.

—¡Si tu madre nos coge en esto nos la ganamos! —exclamó Babbitt regocijado.

Y Eunice, poniéndose maternal, les hizo un revoltijo de innumerables huevos, besó a Babbitt en la oreja y, con voz de gallina clueca, exclamó como asombrada:

—¡Que feministas como yo sigan cuidando a estos hombres, ni el diablo lo entiende!

Estimulado de este modo, Babbitt estuvo temerario al encontrarse con Sheldon Smeeth, director de la Y. M. C. A. y del coro de la iglesia de Chatham Road. Mientras con una de sus manos sudorosas aprisionaba la fuerte garra de Babbitt, canturreó:

—Amigo Babbitt, no le hemos visto a usted por la iglesia últimamente. Ya sé que está usted ocupadísimo con multitud de detalles, pero no debe olvidar a sus queridos

amigos.

Babbitt se desasíó —a Sheldy le gustaba estrechar la mano un largo rato— y refunfuñó:

—Bueno, creo que ustedes pueden arreglárselas sin mí. Lo siento, Smeeth; tengo que irme. Adiós.

Pero luego pensó: «Cuando ese gusano ha tenido valor para lanzarme la indirecta de que vuelva a la iglesia, es que también el santo concilio ha debido de estar hablando de mí».

Les oía murmurar, murmurar... al doctor John Jennison Drew, a Cholmondeley Frink, a William Washington Eathorne, incluso. La independencia se evaporó, y Babbitt marchaba por la calle solo, perseguido por miradas cínicas, por el incesante susurro de la murmuración.

CAPÍTULO XXXIII

1

Trató de explicar a su mujer, mientras se desnudaban para acostarse, lo sospechoso que era Sheldon Smeeth, pero ella no respondió más que esto:

—Tiene una voz tan bonita..., tan espiritual. No creo que debas hablar de él así, sólo porque no puedas apreciar la música.

Babbitt se quedó mirando a aquella mujer regordeta y chinchosa, de brazos carnosos, y se preguntaba cómo se habría metido allí. En aquel momento, era para él una persona extraña.

Revolviéndose incómodo en su catre pensaba en Tanis. Había sido un tonto en perderla. Debía tener alguien con quien poder hablar realmente. Él..., oh, reventaría si continuaba cavilando de aquel modo. Y era inútil esperar que Myra comprendiera. Bueno, qué caray, inútil evadir el problema. Lástima que después de tantos años de casados tuvieran que andar cada uno por su lado; sí, una verdadera lástima; pero nada podía aproximarles ya, mientras se negase a permitir que Zenith le impusiera órdenes a capricho... Y él, vive Dios, no se iba a dejar gobernar por nadie a la fuerza, ni con mimos ni con lagoterías tampoco.

Le despertó a las tres el ruido de un automóvil, y se levantó a beber agua. Al pasar por el dormitorio sintió gruñir a su mujer. Desvanecido su resentimiento, inquirió solícitamente:

—¿Qué te ocurre, querida?

—Tengo un dolor tan fuerte aquí, en el lado... ¡Ay...! Me desgarran las entrañas.

—¿Mala digestión? ¿Te traigo un poco de bicarbonato?

—No creo que... me sirva para nada. Me sentía anoche no sé cómo, y luego..., ¡ay!..., se me pasó y me dormí y... Me despertó ese automóvil.

Su voz luchaba como un barco en una tormenta. Él se alarmó.

—Mejor será que llame al doctor.

—¡No, no! Ya se me pasará. Pero quizá no sería malo que me trajeras una bolsa de hielo.

Fue al cuarto de baño a por la bolsa y a la cocina a por hielo. Se sintió dramático en esta expedición nocturna, pero al partir el hielo con el pincho estaba sereno, firme, juicioso; y su voz recobró la antigua cordialidad cuando, al colocar la bolsa de hielo en la ingle de su mujer, le dijo:

—Vamos, ahora te sentirás mejor.

Se fue a la cama, pero no se durmió. Volvió a oír los gruñidos. Se levantó inmediatamente.

—¿Te duele mucho todavía, vida? —le preguntó cariñosamente.

—Sí, muchísimo, y no puedo dormir.

Su voz era débil. Babbitt sabía el miedo que su mujer tenía a los veredictos de los médicos y no le dijo nada, pero bajó a telefonar al doctor Earl Patten, y esperó, tiritando, tratando de leer una revista con los ojos soñolientos, hasta que oyó el auto

del doctor.

El doctor era joven, animado y profesional. Entró como si fuera mediodía y luciera el sol.

—¿Qué, George, un arrechucho, eh? ¿Cómo está ahora? —dijo solícitamente mientras, con tremenda jovialidad, un poco irritante, tiraba el gabán en una silla y se calentaba las manos en el radiador.

Se hizo cargo de la casa. Babbitt se sentía desposeído e insignificante al subir tras el doctor a la alcoba, y fue el doctor quien dijo animosamente: «Oh, un dolorcillo de estómago, nada más», cuando Verona asomó la cabeza por la puerta de su cuarto preguntando: «¿Qué es, papá, qué es?».

A la señora de Babbitt le dijo el doctor con amable beligerancia, después de reconocerla:

—¿Duele, eh? Le daré a usted algo para que duerma y por la mañana se sentirá mejor. Volveré después del desayuno.

Pero a Babbitt, que esperaba en el vestíbulo, el doctor le confesó al oído:

—Me da mala espina esto. Noto cierta rigidez y cierta inflamación en el vientre. No le han quitado el apéndice, ¿verdad? ¡Hum! Bueno, no hay que apurarse. Volveré por la mañana, y mientras descansará un rato. Le he puesto una inyección. Buenas noches.

Luego Babbitt se encontró cogido en medio de una negra tempestad.

Instantáneamente, todas las indignaciones que le habían dominado y los dramas espirituales que le habían combatido, se volvieron pálidos y absurdos ante las antiguas y abrumadoras realidades, las realidades tradicionales de enfermedad y muerte amenazante, de larga noche, y de las mil constantes complicaciones de la vida conyugal. Volvió al lado de su mujer. Mientras la enferma dormitaba, en la tropical languidez de la morfina, Babbitt, sentado en el borde de la cama, le acariciaba la mano que ella le confiaba por vez primera después de muchas semanas.

En bata de baño, y grotescamente envuelto con la cubierta blanca y rosa de un diván, se dejó caer pesadamente en un sillón. La alcoba tenía un aspecto misterioso. A media luz las cortinas se convertían en ladrones emboscados, el tocador en un castillo almenado. Oía a cosméticos, a ropas, a sueño. Babbitt durmió y se despertó, se durmió y se despertó, cien veces. La oía moverse y gemir en sueños. Se preguntaba si no podría hacer por ella algo, y antes de que lograra formar del todo su pensamiento se quedaba dormido como en un potro de tormento. La noche era infinita. Al despuntar el alba, cuando la vela parecía llegar a su fin, se quedó dormido y le molestó que le cogieran desprevenido, que le despertara la entrada de Verona preguntando: «¿Qué ocurre papá, qué ocurre?».

Su mujer estaba despierta, con la cara lívida y sin vida a la luz matinal, pero ahora no la comparaba con Tanis; no era simplemente Una Mujer, para compararla con otras mujeres, sino su propia mujer, y aunque la criticaba y la chinchaba, era como criticarse y chincharse a sí mismo, con interés, sin aires de protección, sin propósito

de cambiar —sin verdadero deseo de cambiar— la esencia eterna.

Con Verona se mostró paternal de nuevo, y firme. Consoló a Tinka, que destacó satisfactoriamente la excitación del momento echándose a llorar. Pidió el desayuno temprano y quiso mirar el periódico, y sintió algo heroico y útil en no mirarlo. Pero aún hubo de pasar largas y nada heroicas horas de espera antes que el doctor Patten volviera.

—No veo gran cambio —dijo Patten—. Volveré a las once, y con su permiso, creo que traeré conmigo a otro matasanos de fama mundial para consultar; más vale estar seguro. Ahora, George, usted no tiene aquí nada que hacer. Yo me encargaré de que Verona tenga la bolsa llena de hielo (más vale que se la dejemos puesta, creo) y usted, usted se larga a la oficina en vez de andar dando vueltas por aquí con esa cara que parece usted el enfermo. ¡Qué maridos estos! ¡Más neuróticos que las mujeres! Siempre tienen que inventar algo para que se les compadezca cuando sus mujeres están enfermas. ¡Nada, tómese otra tacita de café y a la calle!

Con estas bromas, Babbitt bajó de la luna. Se marchó a su oficina, intentó dictar cartas, intentó telefonar y, antes de que le respondiesen, no podía recordar a quién había llamado. A las diez y cuarto volvió a casa. Cuando, al salir del centro, pudo tomar velocidad, su cara arrugada era una máscara de tragedia.

Su mujer le saludó sorprendida.

—¡Cómo! ¿Has vuelto ya, querido? Creo que me siento mejor. He mandado a Verona a su oficina. ¡Qué ocurrencia la mía, ponerme ahora mala!

Babbitt comprendió que quería mimos, y le hizo mimos alegremente. Se sentían extrañamente felices cuando el automóvil del doctor Patten se detuvo ante la puerta. Babbitt se asomó a la ventana. Se asustó. A Patten le acompañaba un hombre impaciente, de pelo negro revuelto y bigotes a lo húsar: el doctor A. J. Dilling, el cirujano. Babbitt tartamudeó, trató de disimular su ansiedad y bajó a toda prisa las escaleras.

—No quiero asustarle, mi querido amigo —dijo el doctor Patten amistosamente—, pero he creído que sería una gran cosa que el doctor Dilling la reconociese.

Hizo un gesto señalando a Dilling como quien señala a un maestro. Dilling inclinó la cabeza bruscamente y subió a zancadas las escaleras. Babbitt se paseó por el gabinete, angustiado. Excepción hecha de los partos de su mujer, nunca había habido una operación seria en la familia, y para él la cirugía era a la vez que un milagro una abominación. Pero cuando Dilling y Patten bajaron, sabía que todo marchaba al pelo, y le dieron ganas de reír porque los dos doctores, frotándose las manos y ambos con aspecto de gran sagacidad, parecían exactamente dos médicos de opereta.

—Lo siento, amigo —dijo el doctor Dilling—, pero es una apendicitis aguda. Debemos operar. Naturalmente, usted decide, pero no hay duda sobre lo que debe hacerse.

Babbitt no se dio cuenta de la gravedad de lo que decían.

—Bueno —murmuró—, supongo que en un par de días la tendremos dispuesta. Probablemente Ted tendrá que venir de la universidad, por si ocurriera algo.

El doctor Dilling rezongó:

—No. Si no quiere usted una peritonitis, tenemos que operar inmediatamente. Debo aconsejárselo a usted firmemente. Si a usted le parece, telefonaré a la ambulancia de Santa María ahora mismo, y dentro de tres cuartos de hora la tenemos en la mesa.

—Yo... yo... Naturalmente, supongo que ustedes saben... ¡Pero, hombre, por Dios, yo no puedo preparar la ropa y todo lo demás en dos segundos! Y en su estado, tan excitada y tan débil...

—Con que meta usted el peine y el cepillo de dientes en un maletín, basta; no necesitará más por dos o tres días —dijo el doctor Dilling dirigiéndose al teléfono.

Babbitt, desesperado, subió las escaleras al galope. Mandó salir del cuarto a la asustada Tinka y dijo alegremente a su mujer:

—Bueno, vidita, pues dice el doctor que más vale hacer una pequeña operación, y acabar de una vez. Cuestión de unos minutos (un parto es dos veces más peligroso), y antes de que lo pienses estás buena.

Ella le estrujó la mano hasta hacerle daño, y dijo pacientemente, como un niño acobardado:

—Tengo miedo..., miedo de morirme sola. (El terror se reflejaba en sus ojos suplicantes). ¿Te quedarás conmigo? No tienes que marcharte a la oficina ahora, ¿verdad, querido? ¿Podrías ir a verme esta noche..., si todo sale bien? ¿No tienes que salir esta noche, verdad?

Babbitt estaba de rodillas junto a la cama. Mientras su mujer le acariciaba el pelo, él sollozaba, besaba el borde de su manga y decía:

—¡Vida mía, te quiero más que a nada! Los negocios me han traído un tanto preocupado, pero ya pasó todo, y aquí me tienes de nuevo.

—¿De veras? George, yo estaba pensando, aquí en la cama, si no sería quizá mejor que me fuera para siempre. Me he preguntado varias veces si realmente me necesitaba alguien, si valía la pena de que viviera. Me he puesto en estos últimos tiempos tan tonta y tan desagradable...

—¡Muy bonito! ¡Buscando que te diga zalamerías ahora que debía estar haciendo tu maleta! Yo, claro, soy joven y guapo, un currutaco de aldea, y...

No pudo seguir. Volvió a sollozar. Y diciendo incoherencias se encontraron de nuevo.

Mientras hacía la maleta, el cerebro de Babbitt recobró toda su viveza y toda su claridad. No más juergas, estaba decidido. Reconoció que después sentía remordimientos. Un tanto enfurruñado, comprendió que aquélla había sido su última cana al aire antes del paralítico contento de la madurez. Y al recordar sus travesuras sonrió. «¡Bueno, mientras duró la cosa bien me divertí! Y... ¿cuánto me va a costar la operación? Debía haber regateado con Dilling... ¡Pero no, caray, no me importa lo

que cueste!».

La ambulancia estaba a la puerta. Hasta en su dolor, el Babbitt que admiraba las excelencias técnicas observó con interés la amable destreza con que los subalternos colocaron a su señora en una camilla y la bajaron. La ambulancia era enorme, suave, barnizada, toda blanca.

—Tengo miedo —gimió la enferma—. Es como si me metieran en un coche fúnebre. Quiero que te quedes conmigo.

—Iré delante con el chófer —prometió Babbitt.

—No, quiero que vengas dentro conmigo. ¿Puede venir dentro? —preguntó a los subalternos.

—No faltaba más, señora. Llevamos ahí una sillita plegable —dijo el más viejo, con orgullo profesional.

Babbitt se sentó a su lado en aquella cabaña ambulante que tenía su catre, su silla, su radiador eléctrico y su inexplicable calendario, con el nombre de un tendero de comestibles y una litografía de una muchacha comiendo cerezas. Pero al accionar, hablando con forzada jovialidad, tocó el radiador con la mano y lanzó un grito:

—¡Cristo!

—Hombre, George, no blasfemes así.

—Tienes razón; lo siento pero... ¡Voto al chápuro verde, fíjate cómo me he quemado la mano! ¡Caray, si duele! Duele como un demonio... Ese condenado radiador está más caliente que la... Más caliente que... Más caliente que las calderas de Pedro Botero. ¡Mira! ¡Se puede ver la marca!

De modo que cuando llegaron al hospital de Santa María, donde las enfermeras estaban preparando ya los instrumentos para la operación que había de salvarle la vida, fue ella quien le consoló, quien le besó en la quemadura, y aunque Babbitt pretendía dárselas de hombre áspero, le gustaba ser tratado como un niño.

La ambulancia viró bajo la marquesina del hospital, y Babbitt quedó instantáneamente reducido a cero, al ver, como en una pesadilla, los corredores con piso de corcho, innumerables puertas abiertas, viejas sentadas en la cama, un ascensor, la sala de anestesia, un joven interno desdeñoso con los maridos. Se le permitió besar a su mujer; vio cómo una enfermera flaca le puso el cono sobre la boca y la nariz; un olor dulce y traicionero le hizo contraer los músculos; luego le echaron fuera, y sentado en un taburete, en un laboratorio, suspiraba por verla otra vez, convenciéndose a sí mismo de que siempre la había querido, de que nunca jamás había querido ni mirado a otra mujer. Del laboratorio no vio más que una piltrafa conservada en un frasco de alcohol amarillento. Aquello le producía náuseas, pero no podía apartar los ojos. Casi se olvidó de que estaba esperando. Su mente inactiva volvía siempre a aquel horrible frasco. Para huir de él abrió la puerta de la derecha, esperando hallar una oficina como la suya. Se dio cuenta de que se había asomado a la sala de operaciones. Del primer vistazo divisó al doctor Dilling, que vestía bata blanca, inclinado sobre una mesa de acero con ruedas y tornillos; luego enfermeras

que sostenían palanganas y algodones, y un bulto de vendajes, una barbilla inerte, un cuadrado de carne lívida con una incisión sanguinolenta, y en la incisión un grupo de pinzas que se adherían como parásitos.

Cerró la puerta inmediatamente. Quizás el arrepentimiento producido por su terror habría sido pasajero, pero este inhumano entierro de su mujer, que había sido tan patéticamente humana, le afectó profundamente, y cuando volvió a tomar asiento en el alto taburete del laboratorio juró fe entera a su mujer, a Zenith, a los negocios, al Boosters' Club..., a todos los principios de los Good Fellows.

Luego entró una enfermera.

—¡Ya está! —dijo consoladoramente—. ¡Éxito completo! ¡Quedará muy bien! Pronto se le pasará el efecto de la anestesia y podrá usted verla.

Babbitt la encontró en una cama curiosamente inclinada. Tenía la cara amarillenta, cadavérica, pero sus labios amoratados se movían ligeramente. Sólo entonces comprendió que estaba viva. Trataba de hablar. Él se inclinó y le oyó suspirar:

—No hay manera de encontrar verdadero jarabe de arce para las tortas.

Babbitt se echó a reír, y dirigiéndose a la enfermera dijo en tono confidencial:

—¡Mire usted con lo que sale! ¡Hablar de jarabes a estas horas! ¡Voto a tal, voy a encargar cien galones, del mismo Vermont!

2

A los diecisiete días salió del hospital. Babbitt había ido a verla todas las tardes, y en sus largas conversaciones volvieron a la intimidad de antes. Una vez insinuó algo de sus relaciones con Tanis y la Pandilla, y ella se sintió indignada de que una Mala Mujer hubiera cautivado a su pobre George.

Si antes había dudado de sus vecinos y del supremo encanto de los Good Fellows, ahora estaba convencido. Notó que Séneca Doane «no había mandado flores ni se había molestado en venir a charlar un rato con la señora», pero la de Littlefield llevó al hospital su inapreciable jalea de vino (hecha con vino de verdad); Orville Jones pasó horas y horas escogiendo novelas de las que a la señora de Babbitt le gustaban: historias amorosas de millonarias neoyorquinas y *cow-boys* de Wyoming; Louetta Swanson hizo un cubrecama de punto; Sidney Finkelstein y su alegre mujercita de ojos grises seleccionaron el camisón más bonito que tenían en Parcher and Stein.

Todos sus amigos cesaron de murmurar, de sospechar de él. En el Athletic Club le preguntaban por la enferma todos los días. Socios cuyos nombres no conocía le paraban para decirle: «¿Qué tal va la señora?». Para Babbitt aquello era como descender de una alta meseta fría y desolada al aire templado de un apacible valle.

Una mañana le dijo Vergil Gunch:

—¿Estarás en el hospital a las seis? Mi mujer y yo pensamos ir por allá.

Fueron. Gunch estuvo tan gracioso que la señora de Babbitt le pidió que «no siguiera haciéndola reír porque, de veras, le dolía la incisión». Al salir, en el corredor, Gunch dijo amablemente:

—Querido George, tú llevas cierto tiempo resentido por algún motivo. No sé por qué será ni me importa. Pero parece que ahora vuelves a ser el que eras, y... ¿por qué no te haces de la Asociación de Buenos Ciudadanos? Nos divertimos la mar, y necesitamos de tu consejo.

Entonces, Babbitt, casi llorando de alegría porque le rogaban en vez de forzarle, porque le permitían poner fin a la lucha, porque podía desertar sin menoscabar la opinión de sí mismo, cesó totalmente de ser un revolucionario doméstico. Le dio a Gunch unas palmaditas en el hombro, y al día siguiente ingresó en la Asociación de Buenos Ciudadanos.

A las dos semanas, ningún socio era tan violento respecto a la iniquidad de Séneca Doane, a los crímenes de los sindicatos, a los peligros de la emigración y a las delicias del golf, de la moralidad^[50] y de las cuentas corrientes, como George F. Babbitt.

CAPÍTULO XXXIV

1

La Asociación de Buenos Ciudadanos se había extendido por todo el país, pero en ninguna parte era tan eficaz y tan estimada como en ciudades del mismo tipo de Zenith, la mayoría de las cuales —aunque no todas— estaban situadas en el interior, contra un fondo de maizales, minas y poblachos que dependían de ellas en lo relativo a préstamos sobre hipotecas, reglas de cortesía, arte, filosofía social y sombreros de señora.

A la A. B. C. pertenecía la mayor parte de los ciudadanos prósperos de Zenith. No todos eran «Hombres Normales», como ellos mismos se llamaban. Además de estos cordiales sujetos, de estos vendedores de prosperidad, había aristócratas, es decir, individuos que eran ricos o habían sido ricas generaciones: los directores de los bancos y de las fábricas, los terratenientes, los abogados de compañías, los doctores de moda y unos cuantos viejos jóvenes que no trabajaban sino que, viviendo de mala gana en Zenith, coleccionaban objetos de cristal y primeras ediciones, como si se hallaran de nuevo en París. Todos ellos concordaban en que las clases trabajadoras debían permanecer en su sitio; y todos ellos percibían que la Democracia Americana no implicaba igualdad de riqueza, pero sí exigía una saludable exactitud de pensamiento, vestido, pintura, moral y vocabulario.

En esto eran como la clase directora de cualquier otro país, especialmente de Gran Bretaña, pero se diferenciaban en ser más enérgicos y en intentar realmente producir el tipo de vida que todas las clases, en todas partes, desean, pero generalmente desesperan de conseguir.

La A. B. C. sostuvo una larga lucha en pro de la Libertad de Trabajo, que, en secreto, era una lucha contra los sindicatos de trabajadores. Al mismo tiempo, hubo un Movimiento Americanista, con clases nocturnas de inglés, historia y economía política, y artículos diarios en los periódicos, para que los extranjeros recién llegados aprendiesen que el método leal y totalmente americano de solucionar los conflictos obreros era que los obreros confiaran en sus patronos y los amasen.

La Asociación fue más que generosa dando su aprobación a otras organizaciones que tenían fines semejantes. Ayudó a la Y. M. C. A. a allegar un fondo de doscientos mil dólares para un nuevo edificio. Babbitt, Vergil Gunch, Sidney Finkelstein y hasta Charles McKelvey dijeron, en los entreactos, a los espectadores de los cinematógrafos, cuán grande influencia había tenido la Y. M. C. A. en sus cristianas vidas; y el cano y vigoroso coronel Rutheford Snow, propietario del *Advocate Times*, salió fotografiado estrechando la mano de Sheldon Smeeth, de la Y. M. C. A. Es verdad que después, cuando Smeeth ceceó: «Tiene usted que venir a una de nuestras oraciones», el feroz coronel mugió: «¿Para qué carajo he de ir? Tengo bar en mi propia casa», pero esto no apareció en los periódicos.

La Asociación fue de gran utilidad para la Legión americana cierta vez que algunos de los periódicos menores y peores criticaron a esta organización de

veteranos de la guerra mundial. Varios jóvenes asaltaron una noche el Centro socialista de Zenith, quemaron sus documentos, apalearon a los empleados, y tiraron alegremente los pupitres por la ventana. Todos los periódicos, salvo el *Advocate Times* y el *Evening Advocate*, atribuyeron esta valiosa, aunque quizá precipitada, intervención directa a la Legión americana. Luego, un escuadrón volante de la A. B. C. se presentó en las redacciones de los injustos diarios y explicó que ningún ex-soldado podía hacer semejante cosa, y los redactores vieron la luz, y echaron tierra al asunto. Cuando el único Pacifista Consciente de Zenith salió de la cárcel, donde había estado desde la guerra, y fue, en nombre de la virtud, expulsado de la ciudad, los periódicos culparon de la violencia a la «chusma anónima».

En todas las empresas y triunfos de la Asociación de Buenos Ciudadanos, Babbitt tomó parte activa, y recobró completamente su propia estimación, su placidez y el afecto de sus amigos. Pero empezó a protestar: «Canastos, ya he hecho por la ciudad lo que me corresponde. Ya es hora de que me dedique a atender a mi negocio. Creo que me estoy descuidando un poco con este demonio de la A. B. C».

Había vuelto a la iglesia como había vuelto al Boosters' Club. Había, incluso, soportado el meloso recibimiento que Sheldon Smeeth le hizo. Temía que durante su última rebelión hubiera puesto en peligro la salvación de su alma. No estaba muy seguro de que hubiera un Cielo que alcanzar, pero el doctor John Jennison Drew decía que sí, y Babbitt no quería arriesgarse.

Una tarde, al anochecer, pasó por la rectoría del doctor Drew y entró impulsivamente. El pastor estaba en su despacho.

—Un momento... Estoy hablando por teléfono —dijo el doctor Drew en tono de negocios, y luego, agresivamente, al aparato—: ¡Oiga, oiga! ¿Con quién hablo? ¿Berkis y Hanis? Yo soy el reverendo Drew. ¿Dónde diablos están las pruebas del horario para el domingo próximo? ¿Eh? Debía tenerlas aquí ya. ¡Bueno, por mí pueden estar todos enfermos! Necesito las pruebas esta noche. Busque un botones y mándemelo más que de prisa. A sus órdenes, amigo Babbitt —añadió con la misma vivacidad.

—Pues no quería más que preguntar... Verá usted, yo en estos últimos tiempos, me he descuidado un tanto. Me dio por beber, etcétera. Mi pregunta es: ¿qué ocurre cuando un hombre, después de correrla un poco, sienta la cabeza? ¿Se le toma al final en cuenta lo que ha hecho o no?

El reverendo doctor Drew se interesó súbitamente.

—Y, bueno... ¿también lo otro? ¿Mujeres?

—No, en realidad, por decirlo así, en realidad, no, nunca.

—¡No vacile usted en decírmelo! Para eso estoy yo aquí. ¿Se ha ido usted de juerga? ¿Ha metido mano a las chicas?

Los ojos del reverendo resplandecían.

—No... no...

—Bueno, mire usted. Dentro de quince minutos vendrá a verme una comisión de la sociedad llamada No Tome a Broma la Prohibición, y a las diez menos cuarto otra de la Unión Anti-Malthusiana. (Consultó su reloj con aires de persona muy ocupada). Pero puedo rezar cinco minutos con usted. Arrodílese junto a la silla, hermano. No se avergüence de pedir a Dios que le guíe.

Babbitt sentía picazón en la cabeza y un gran deseo de huir, pero el doctor Drew había caído ya de hinojos al lado de su sillón, y en el tono de su voz, antes áspera, mostraba ahora una untuosa familiaridad con el pecado y con el Altísimo. Babbitt se arrodilló también, mientras Drew canturreaba:

—Oh Señor, aquí vuelve tu hijo, descarriado por múltiples tentaciones. Oh, Padre celestial, haz puro su corazón, puro como el de un niño. Permite que vuelva a conocer la alegría de abstenerse valerosamente del mal...

Sheldon Smeeth entró en el despacho retozando. Al ver la escena sonrió estúpidamente, le dio a Babbitt unas palmaditas de perdón en el hombro, y se arrodilló junto a él, autorizando las imprecaciones del doctor Drew con tiernas lamentaciones.

—¡Oh, Señor! ¡Socorre a nuestro hermano, Señor!

Aunque trataba de no abrir los ojos, Babbitt miró de soslayo entre sus dedos y sorprendió al pastor consultando su reloj mientras terminaba triunfalmente:

—Y no permitáis que tema venir a Nosotros, para pedirnos consejo y protección, y hacedle saber que la Iglesia puede guiarle como a un corderillo.

El doctor Drew se puso en pie de un salto, alzó los ojos en la dirección general del Cielo, se metió el reloj en el bolsillo, y preguntó:

—¿Ha llegado la comisión, Sheldy?

—Sí, ya está ahí —contestó Sheldy con igual viveza; y luego, dirigiéndose a Babbitt—: Hermano, si de algo sirve, tendría sumo gusto en rezar con usted un rato, en el cuarto contiguo, mientras el doctor Drew recibe a los hermanos de No Tome a Broma la Prohibición.

—¡No... no, gracias..., no tengo tiempo! —gritó Babbitt lanzándose hacia la puerta.

Después de esto se le vio con frecuencia en la iglesia presbiteriana de Chatham Road, pero evitaba estrechar la mano del pastor a la puerta.

3

Si bien su fibra moral había sido tan debilitada por la rebelión que no se podía fiar de él en las más rigurosas campañas de la A. B. C, como tampoco en la iglesia, en cambio no cabía duda de la alegría con que Babbitt volvió a los placeres de su hogar y del Athletic Club, de los Boosters, de los Alces.

Verona y Kenneth Escott se casaron por fin después de muchas vacilaciones. Empaquetado en el traje que se ponía tres veces al año para ir a los tés, Babbitt asistió a la boda tan impecablemente vestido como Verona. Cuando los novios partieron en una limusina, volvió a casa, se cambió de traje, se sentó con los pies doloridos sobre el diván, y pensó que su mujer y él quedaban dueños del gabinete, y no tendrían que oír a Verona y a Kenneth preocuparse, en culto lenguaje universitario, de los jornales mínimos o de la Liga dramática.

Pero aun esta reconquista de la paz fue menos consoladora que su retorno al Boosters' Club, donde volvió a ser uno de los más amados socios.

El presidente Willis Ijams empezó aquel almuerzo del Boosters' Club levantándose en silencio y mirándoles tan tristemente que todos temieron el anuncio de la muerte de algún querido consocio. Después de un rato, habló lenta, gravemente:

—Señores, tengo que revelarles algo espantoso, algo terrible acerca de uno de nuestros colegas. (Varios Boosters, incluso Babbitt, escuchaban desconcertados). Uno de los amigos en quien yo más confío, viajante de comercio, ha ido recientemente al norte del estado, y en cierto pueblo, donde cierto Booster pasó su infancia, ha descubierto algo que no puede seguir oculto. Ha descubierto la naturaleza íntima de un hombre que hemos aceptado como uno de los nuestros. Señores, no puedo fiarme de mi voz para decirlo, por eso lo he escrito.

El presidente Ijams descubrió un gran encerado donde con enormes mayúsculas se leía:

GEORGE FOLLANSBEE BABBITT — ¡AH, FARSANTE!

Los Boosters aplaudieron, rieron, lloraron, le tiraron panecillos a Babbitt, y gritaron: «¡Que hable, que hable el Farsante!». Ijams continuó:

—Eso, señores, es lo que Georgie Babbitt nos ha estado ocultando años y años, mientras todos creíamos que era George F. a secas. Ahora, señores, quiero que ustedes nos digan, uno por uno, qué significaba para ustedes esa F.

Fantoche, gritaron, y Fiambre y Filoxera y Farináceo y Fanfarrias y Fariseo y Fanegas. Por la jovialidad de sus insultos, Babbitt comprendió que había reconquistado sus corazones, y se levantó rebosante de felicidad.

—Amigos, preciso es confesarlo. Nunca he usado reloj de pulsera, ni he escrito mi apellido con guión, pero me llamo Follansbee. Mi única justificación es que mi padre (hombre, por lo demás, perfectamente cuerdo, que jugando a las damas derrotaba al más pintado) me puso el nombre del médico de casa, el doctor Ambrose Follansbee. Mil perdones, señores. En mi próxima..., cómo se llama... Yo veré de que me pongan un nombre realmente práctico..., algo que suene bien y que, al mismo tiempo, resulte viril...; algo, en fin, como ese gran nombre tan familiar en todos los hogares..., ese abrumador y despampanante nombre: ¡Willis Jimjams Ijams!

Comprendió por los aplausos que estaba otra vez en seguro, que era popular, y que no arriesgaría más su seguridad y su popularidad apartándose del clan de los Good Fellows.

Henry Thompson entró como una tromba en la oficina gritando.

—¡George! ¡Gran noticia! ¡Jake Offutt dice que los tíos de la Tracción están descontentos de cómo Sanders, Torrey y Wing manejaron su último negocio, y parecen dispuestos a tratar con nosotros!

Babbitt comprendió que la última cicatriz de su rebelión se había cerrado, y se esponjó de satisfacción, pero al volver a casa se sintió mortificado por oscuros pensamientos que nunca le habían hecho flaquear en sus días de beligerancia. Descubrió que realmente no consideraba a los funcionarios de la Compañía de Tracción como personas honradas a carta cabal. Bueno, haría un negocio más con ellos, pero en cuanto fuese posible, acaso cuando Henry Thompson muriera, rompería toda relación con semejante gente. Tenía cuarenta y ocho años; dentro de doce sería un sesentón; quería dejar un negocio limpio a sus nietos. Claro que se podía ganar mucho dinero negociando para la Compañía de Tracción, y había que mirar las cosas desde un punto de vista práctico, sólo que... Babbitt rebullía inquieto. De buena gana diría a los de la Compañía de Tracción lo que pensaba de ellos. Oh, no podía hacerlo; ahora no. Si les ofendía por segunda vez, le aplastarían. Pero...

Se daba cuenta de que el futuro de su carrera estaba confuso. No sabía qué iba a hacer en adelante. Era aún joven. ¿Habrían acabado las aventuras? Comprendió que estaba cogido en la misma red de la que con tanta furia había tratado de escapar y, para mayor mofa, se veía irremisiblemente obligado a alegrarse de su captura.

—¡Me han derrotado, me han hecho morder el polvo! —dijo entre dientes, lamentándose.

La casa estaba tranquila aquella noche, y Babbitt se entretuvo jugando a las cartas con su mujer. Con indignación le dijo al Tentador que estaba satisfecho de volver a vivir como había vivido siempre. Al día siguiente, se entrevistó con el agente de compras de la Compañía de Tracción, y entre los dos planearon la adquisición en secreto de ciertos solares situados en Evanston Road. Pero al regresar a su oficina se decía, luchando consigo mismo: «Voy a vivir y a arreglar las cosas a mi manera... cuando me retire».

Ted había llegado de la universidad para pasar el fin de semana. Aunque no hablaba ya de ingeniería mecánica y aunque se callaba su opinión sobre los profesores, no parecía haberse reconciliado con la universidad, y su principal interés era su aparato de telefonía sin hilos.

El sábado por la noche llevó a Eunice Littlefield a bailar a Devon Woods. Babbitt la divisó, brincando en el asiento del coche. Estaba guapísima con su capa escarlata y su vestido de la más fina seda. Ninguno de los dos había vuelto cuando los Babbitt subieron a acostarse a las once y media. A no supo qué hora de la noche, Babbitt fue despertado por el repiqueteo del teléfono, y bajó malhumorado las escaleras. Era Howard Littlefield quien le llamaba.

—George, ¿no ha vuelto Euny todavía? ¿Y Ted?

—No..., al menos la puerta de su cuarto está abierta...

—Debían estar ya en casa. Eunice dijo que el baile terminaría a medianoche. ¿Cómo se llaman esos señores a cuya casa han ido?

—Hombre, yo, la verdad, pues no sé, Howard. Es un condiscípulo de Ted que vive en Devon Woods. No veo qué podamos hacer. Espere, subiré a preguntarle a Myra si sabe el nombre.

Babbitt encendió la luz del cuarto de Ted. Era un cuarto de estudiante: tocador en desorden, libros estropeados, una banderola del instituto, fotografías de equipos de baloncesto y de béisbol. Decididamente, Ted no estaba allí.

Al ser despertada, la señora de Babbitt dijo con irritación que ella no sabía el nombre de los amigos de Ted, que era muy tarde, que Howard Littlefield era poco menos que tonto de nacimiento, y que ella tenía mucho sueño. Pero se quedó despierta y muy preocupada, mientras Babbitt, en su galería, luchaba por coger de nuevo el sueño bajo la incesante lluvia de sus observaciones. Ya había despuntado el alba cuando su mujer le sacudió gritando horrorizada:

—¡George! ¡George!

—¿Qué... qué... qué pasa?

Le llevó por el pasillo hasta la puerta del cuarto de Ted y lo empujó sin hacer ruido. Sobre la raída alfombra Babbitt vio una espuma de ropa interior de gasa rosa; sobre el burgués sillón de cuero un zapato de mujer; y sobre la almohada dos caras dormidas: las de Ted y Eunice.

Ted se despertó para murmurar con un descaro nada convincente:

—¡Buenos días! Tengo el gusto de presentarles a mi mujer... La señora Eunice Littlefield de Roosevelt Babbitt.

—¡Santo Dios! —exclamó Babbitt, y su cónyuge, con un largo lamento:

—Conque os fuisteis y...

—Nos casamos anoche. ¡Euny! Siéntate y da los buenos días a tu mamá política. Pero Eunice escondió los hombros y el pelo todo revuelto bajo la almohada.

A eso de las nueve, la asamblea reunida en la sala en torno a Ted y a Eunice se componía de Mr. Babbitt y señora, del doctor Howard Littlefield y señora, de Mr. Kenneth Escott y señora, de Mr. Henry T. Thompson y señora, y de Tinka Babbitt, que era el único miembro de la inquisición que se divertía.

Un chaparrón de frases detonantes resonaba en el cuarto:

—A su edad...

—Debía ser anulado...

—En mi vida he visto cosa igual...

—Tienen los dos la culpa y...

—¡Que no salga en los periódicos!

—Debieran mandarlos a la escuela.

—Hay que hacer algo inmediatamente, y lo que yo digo...

—Se merecían unos azotes...

La peor de todos era Verona:

—¡*Ted!* Hay que *buscar* una manera de hacerte entender lo serio que es esto, y ya podías estarte quieto ¡y dejar esa *sonrisita* estúpida para mejor ocasión!

Ted empezó a rebelarse.

—Bueno, déjame en paz, Roña, ¿no te has casado tú también?

—Eso es diferente.

—¡Ya lo creo! ¡No han tenido que tirar de nosotros a la fuerza para que nos cogiésemos de la mano!

—Bueno, jovencito, menos petulancia —ordenó Henry Thompson—. ¡Y escúchame!

—¡Escucha a tu abuelo! —dijo Verona.

—¡Ted, escucha a tu abuelo! —dijo la señora de Babbitt.

—¡Ted, escucha a Mr. Thompson! —dijo Howard Littlefield.

—¡Oh, por los clavos de Cristo, ya estoy escuchando! —gritó Ted—. ¡Y sepan todos ustedes que estoy ya harto de hacer el cadáver en este *post mortem!* ¡Si quieren matar a alguien, maten al pastor que nos casó! Me birló cinco dólares, y todo el dinero que tenía yo en este mundo eran seis dólares veinticinco. ¡Ya estoy hasta el cuello de que me chillen!

Una nueva voz, tonante, autoritaria, dominó el griterío. Era la de Babbitt.

—¡Sí, aquí todo el mundo tiene algo que decir! Roña, tú cierra el pico. Howard y yo estamos aún fuertes para gritar lo que tengamos por conveniente. Ted, ven al comedor y discutiremos el asunto.

En el comedor, después de cerrar bien la puerta, Babbitt se acercó a su hijo, y le puso ambas manos en los hombros.

—Tú, en el fondo, tienes razón. Hablan todos demasiado. Y ahora, ¿qué piensas hacer?

—Caray, papá, ¿es que de veras te sientes humano?

—Mira, yo... ¿Recuerdas un día que nos llamaste «los hombres de la familia» y

dijiste que debíamos ayudarnos mutuamente? Pues quiero que nos ayudemos. Debo suponer que esto es serio. Con lo mal que se dan las cartas hoy día, no puedo decir que apruebo los matrimonios precoces. Pero no habías podido casarte con mejor muchacha que Eunice; y, en mi opinión, no es poca la suerte de Littlefield llevándose de yerno nada menos que a un Babbitt. Pero ¿qué te propones hacer? Naturalmente, puedes seguir en la universidad, y cuando acabes...

—Papá, no puedo soportarlo más. Quizás estará bien para otros. Quizás yo mismo vuelva algún día. Pero ahora quiero meterme en la mecánica. Creo que llegaré a ser un buen inventor. Hay un fulano que me da veinte dólares a la semana en una fábrica desde mañana mismo.

—Pues bien... (Babbitt cruzó el piso del comedor lenta, pesadamente, sintiéndose, acaso un poco viejo). Yo siempre he soñado con que tuvieras un título universitario. (Volvió a cruzar al otro lado meditativamente). Pero nunca... Bueno, por amor de Dios, no repitas esto a tu madre, porque me arranca el poco pelo que me queda, pero en realidad yo nunca he hecho nada de lo que he querido hacer. He ido viviendo como he podido. Me he quedado a medio camino^[51], si no más atrás. Acaso tú lleves las cosas más lejos. No sé. Pero yo siento una especie de satisfacción oculta al ver que tú sabías lo que querías y lo has hecho. Esa gente tratará de domarte y de dominarte. ¡Diles que se vayan al demonio! Yo te apoyaré. Acepta la colocación en la fábrica, si quieres. No tengas miedo a la familia. No, ni a todo Zenith. Ni a ti mismo, como yo lo he tenido. ¡Adelante, hijo mío! ¡El mundo es tuyo!

Los dos Babbitt, padre e hijo, entraron abrazados en la sala e hicieron frente a la amenazadora familia.



SINCLAIR LEWIS, (Sauk Center, 1885 - Roma, 1951). Novelista y dramaturgo estadounidense cuya obra expresó la falta de espiritualidad del hombre medio norteamericano; autor de la célebre novela *Babbitt*, fue en 1930 el primer premio Nobel estadounidense. Estudió en la Universidad de Yale y trabajó como reportero y editor literario durante algunos años. Su primera novela célebre fue la satírica *Calle Mayor*, que dividió las opiniones de la crítica. Por un lado le recriminaban el presentar una visión inexacta y poco justa de la vida norteamericana, mientras que otros argumentaban que la novela era implacable pero acertada con los vicios y falsedades propios de la democracia.

La salida de *Babbitt*, en 1922, concitó también mucha polémica, por los matices encerrados en la aparentemente simple historia de un típico hombre de negocios norteamericano, que encarna el sentido común, pese a ser a la vez tan contradictorio que cree en cosas que nunca lleva a cabo. La palabra *Babbitt* se integró rápidamente al vocabulario de la nación, para significar el prototipo del hombre medio norteamericano, con todas sus connotaciones peyorativas.

Luego publicó otras dos novelas: *Trampa humana* (1926) y *Elmer Gantry* (1927), esta última una aguda sátira donde retrata la figura de un apócrifo pastor infiltrado en la iglesia protestante. La obra provocó gran escándalo entre los ministros de la iglesia y entre no pocos de sus fieles. En 1928 dio a conocer *El hombre que conoció a Coolidge*, que arremetía contra la práctica de la política en Estados Unidos. *Dodsworth* (1929), por su parte, es un análisis de la mujer de clase media norteamericana, y *Obra de Arte* (1934), describe y juzga las costumbres de la

industria de hostelería en Estados Unidos. En 1936 apareció *Eso no puede pasar aquí*, donde describe las consecuencias que traería una dictadura fascista en Estados Unidos, y como dramaturgo colaboró en adaptaciones para la escena de algunas de sus novelas. Finalmente, su agudeza comenzó a declinar y se dedicó a trazar retratos más pasivos de la vida burguesa.

Con el tiempo, la crítica respecto a su obra permaneció dividida. Unos le reprochan su estilo naturalista y un realismo que linda con lo periodístico, atribuyéndole poca capacidad artística y creativa. Otros críticos, sin embargo, creen que aunque no sea precisamente un estilista, creó valores perdurables con su capacidad satírica y su mirada descriptiva y combatiente sobre la sociedad norteamericana, que ha generado escuela por su enfoque moral de la realidad. Rechazó el premio Pulitzer, que se concedió a su novela *Arrowsmith* (1925), por considerarlo un galardón conservador.

Notas

[1] El lector de esta traducción no debe perder de vista el hecho de que la publicación original fue realizada en Madrid en 1930. Ciertos elementos de vocabulario, giros sintácticos, interjecciones coloquiales, et., deben entenderse por consiguiente teniendo este factor en cuenta. Por tanto, sin la comprensión de ese «cierto sabor a rancio» que rezuma esta traducción, el lector quizá sienta cierta dosis de irritación o enojo. <<

[2] En noviembre de aquel año ganó las elecciones Warren Gamaliel Harding, un republicano que puso fin a los dos mandatos consecutivos de Woodrow Wilson, demócrata, liberal, anti-aislacionista y antiguo profesor y Presidente de la Universidad de Princeton. Hay numerosas alusiones en el texto a la necesidad de que un republicano se volviera a hacer cargo de la Presidencia de los Estados Unidos. Una de las facetas «políticas» de Harding, como de su sucesor, fue la práctica sistemática del slogan «el negocio de los Estados Unidos son los negocios». <<

[3] La era de la prohibición o época de la denominada «Ley Seca». Enmienda Constitucional ratificada en 1919 según la cual quedaba prohibida la fabricación y comercialización de bebidas alcohólicas en los Estados Unidos. Otra Enmienda Constitucional, en 1933, puso fin a esta prohibición. <<

[4] Del verbo *boost*, que significa fomentar, empujar, levantar, promover, según el diccionario. En realidad, es vocablo intraducible. Jalear, jaleador, podrían usarse con el mismo sentido que *boost*, *booster*, y en ciertos casos se usan. [N. del E.] En la traducción falta una frase del original que dice así: *Con la concisión propia del arte importante, el botón exhibía dos palabras: «Boosters - ¡Adelante!»*. <<

[5] Bryn Mawr, famosa institución universitaria, exclusivamente para señoritas, fundada en 1880 en las cercanías de Philadelphia. Joseph W. Taylor, su fundador, pretendía crear un centro universitario femenino emulando un poco al Vassar College, fundado en 1861, y al Smith College, fundado en 1871. <<

[6] O los ahora denominados copos de maíz que algunas multinacionales han introducido recientemente en otra serie de países. Dato cultural significativo del desayuno «anglosajón». Como dato pintoresco habría que mencionar el hecho de que en algunos países latinoamericanos, como muestra del *spanGLISH*, se traduce el término por «cuernos flacos». <<

[7] Uno de los prototipos míticos del millonario americano del S. XX. Cornelius y su hijo William Henry construyeron un imperio económico basado en el transporte marítimo y en el ferrocarril. Ambos fueron filántropos destacados. Vanderbilt University, por ejemplo, surgió como consecuencia de los donativos de la familia y fue denominada así en honor a Cornelius. <<

[8] Inadecuada traducción de los *schoolmen* o intelectuales, hombres de letras o en general «teóricos». No hace falta recordar el dato importante del «anti-intelectualismo» en la vida americana que da título a la obra clásica de Richard Hofstadter, y que en *Babbitt* aparece y reaparece constantemente. <<

[9] A lo largo de la narración se alude al hecho, en varias ocasiones, de la educación en una Universidad Estatal o pública de Babbitt y de su amigo Riesling. En cierto modo es una más de las frustraciones del protagonista al no haber superado las pruebas necesarias para el ingreso en alguna universidad privada de más prestigio. <<

[10] Otro de los temas constantes en la novela, objeto de sátira por parte del autor, es un urbanismo sin más ánimo que el de la especulación, al margen de las necesidades reales de los pobladores de esos conglomerados de casas. Necesidades básicas de transporte, educación, ocio, servicios, etc., factores todos ellos que al constructor le tienen sin cuidado con tal de vender sus pisos o sus casas. Este dato aparece y reaparece con cierta frecuencia a lo largo del relato. Se trata en realidad de una crítica mucho más amplia o global de la situación de la época en los Estados Unidos en que no existe más criterio de valoración o estima social que el de enriquecerse lo más posible y lo antes posible. <<

[11] *Young Men's Christian Association*: Asociación de jóvenes cristianos. <<

[12] Efectivamente, según recientes estadísticas y estudios absolutamente fidedignos, veinte millones de familias, es decir, el 71% de la población, ganaba menos de \$2500 anuales mediada la década de los años 20. De ellas, cerca de seis millones de familias ganaban al año menos de \$1000. «Y aun así los historiadores siguen calificando los años 20 como de “década de la prosperidad”» (Burl Noggle, «Configurations of the Twenties»). <<

[13] Las siglas en el original son en realidad Z. A. C., que significan *Zenith Athletic Club*. <<

[14] Babe Ruth fue un mítico jugador de béisbol. Su verdadero nombre fue el de George Herman Ruth, nacido en 1895 y fallecido en 1948. Estuvo en activo a lo largo de 22 temporadas consecutivas y su máximo apogeo lo tuvo en 1927. Se hizo famoso por ser «americano» hasta la médula: le encantaban los perritos calientes, las coristas y la cerveza. En 1930 y 1931 ganaba \$80 000 anuales, convirtiéndose de este modo en el atleta mejor pagado de la historia hasta entonces en Estados Unidos. <<

[15] Alusión a John Pierpont Morgan (1837-1913), que se enriqueció con negocios bancarios, con inversiones en el ferrocarril y con el acero. Cuando murió cedió su colección de arte, valorada entonces en 50 millones de dólares, al Metropolitan Museum of Art, de Nueva York. <<

[16] He aquí una clave ideológica importante para la comprensión de la personalidad de Babbitt y de la América de la época: criterios ya antes presentes en el relato y que aquí se formulan directamente. La competitividad, la austeridad y la ética del trabajo y del sacrificio, que llegan de la vía calvinista-puritana, tamizada más tarde por la ideología de la austeridad laica de Benjamin Franklin y que aun ahora aparecen presentes en la narración en torno al presbiterianismo. Hacerse millonario es sinónimo de elección divina. Y ello se consigue con esfuerzo ímprobo, con ahorro al más alto interés posible, en ser más espabilado que el prójimo, en perseverar inasequibles al desaliento y en robar honorablemente también lo más posible. Robar, sobre todo, «dentro de un orden» y sin que nadie se entere. <<

[17] El estado de Maine, en el extremo nororiental de los Estados Unidos, se convierte en ocasiones en la narrativa norteamericana en el paraíso perdido de bosques, lagos y soledad, al que poder escapar de los avatares de la vida diaria. La dialéctica «progreso-nostalgia» de la que habla por extenso Lawrence W. Levine. Y que constituye una característica frecuente en la cultura norteamericana al menos desde Henry David Thoreau para acá. <<

[18] Un poco antes, en la Parte 1 de este mismo capítulo, el protagonista ha identificado ese pueblecillo como Catawba. Al igual que Zenith, es un nombre imaginario, pero que da buena idea del proceso de abandono del campo para concentrarse en los núcleos urbanos, típico de millones de americanos en los últimos años del S. XIX y primeros veinte del presente siglo. <<

[19] He aquí el típico pasaje de *Babbitt* tantas veces citado como paradigma del «americano medio» que hace dejación de toda iniciativa o pensamiento propio, porque todo le viene dado por las autoridades correspondientes, sea en religión, en política, en usos y costumbres y hasta en deportes. La proliferación de clubes, asociaciones, grupo o partidos en los que el individuo se siente a salvo sin la necesidad de tener que recurrir a «la funesta manía de pensar» por si mismo. <<

[20] Se refiere a «un veterano del G. A. R.». El *Grand Army of the Republic* fue una asociación de ex-combatientes norteamericanos de la Guerra Civil fundada en 1866 por el Dr. Benjamin F. Stephenson, que fue cirujano con la 14ª División de Infantería de Illinois. Sus tendencias políticas, como grupo de presión organizado, fueron conservadoras y hasta reaccionarias. El actual *Memorial Day*, día festivo en honor de todos los caídos norteamericanos en guerra, comenzaron ellos a celebrarlo en 1868 con el nombre de *Decoration Day*. <<

[21] Mike Monday es una especie de transposición satírica que hace Lewis del famoso jugador de béisbol, metido a predicador evangelista desde 1903, Billy Sunday. Nacido en 1862 y muerto en 1935, Sunday constituyó un fenómeno sociológico sin precedente entre los fanáticos-iluminados, profundamente interesados en el dinero, del que más adelante el propio Lewis dará buena cuenta en su novela *Elmer Gantry*.

<<

[22] Forzadísima traducción de un «he-literature» que aparece en el original y que sería más adecuado traducir por «literatura masculina», «literatura para hombres», etc. <<

[23] Traducción de la frase del original «He ambles back to the bridgetables». Simplemente, «se dirigió de nuevo hacia las mesas de *bridge*». O «volvió indolentemente hacia las mesas de *bridge*». <<

[24] La batalla de Gettysburg tuvo lugar del 1 al 3 de julio de 1863. El día 4 cayó Vicksburg en manos de las tropas del Norte. Con estos dos acontecimientos la Guerra Civil estaba más o menos decidida, aunque todavía se prolongó hasta la rendición del general Lee en Appomattox el 9 de abril de 1865. Todavía durante la Guerra, el 19 de noviembre de 1865, Lincoln pronunció un famosísimo discurso en la dedicación de cementerio en esta localidad, consagrado a los muertos en combate de uno y otro bando. <<

[25] Pasaje típico del fenómeno sociológico extendido durante los años veinte, como consecuencia de la inmigración masiva, y que ya quedó analizado en la introducción. El racismo, y no sólo ante los negros, es algo profundamente arraigado, paradójicamente, en un país compuesto exclusivamente de inmigrantes. <<

[26] (1). Una profesión. (2). Nos un simple oficio. (3). Pericia y Visión. (4). Dbría llamarse «corredor» y no agente a secas. GEB. Correr. <<

[27] En el original, B. P. O. E., «best people on earth» («la mejor gente del mundo»). La acomodación de estas iniciales a B. P. O. A, «brillante porvenir os aguarda», se podría haber hecho de forma más libre y lógica. <<

[28] A propósito de este discurso cuenta Mark Schorer una anécdota divertida. Un profesor de literatura norteamericana, en una universidad del sur del estado de California en 1967, sugirió en su clase la actualidad de conceptos y terminología que el discurso de Babbitt aún conserva. Efectivamente, uno de sus alumnos envió en forma de carta, ligeramente modificada, al director de un periódico, fragmentos de este discurso, firmados por Sinclair Lewis. El director del periódico publicó las diversas cartas sacadas de este texto sin caer en la cuenta ni de su procedencia ni del nombre del autor. Recibió infinidad de llamadas y cartas de apoyo. Esto ocurría en San Diego y es histórico. La CBS, por otra parte, en abril de 1968, escenificó determinados fragmentos del *Babbitt*, entre otros el discurso del protagonista ante el Club de Leones. Muchísima gente aprobó aquellas ideas y la forma de expresarlas. Incluso uno de los oyente llegó a decir que parecía, sencillamente, un discurso de Barry Goldwater de muy pocos años antes. O de Reagan 1985. Mark Schorer, «Sinclair Lewis: Babbitt», incluido en Henning Cohen ed., *Landmarks of American Writing*, Nueva York, Basic Books, 1969, págs. 315-317. <<

[29] Esta comercialización del hecho religioso es otro de los factores típicos de la América de los años 20, y otro de los objetos de sátira preferidos por Sinclair Lewis. Un ejecutivo de una empresa publicitaria, Bruce Barton, publicó en 1925 un *best-seller* de obligada referencia, *The Man Nobody Knows*, en la que presenta a Jesús como el perfecto hombre de empresa, buen organizador, magnífico elector de sus colaboradores, figura de moda en la Jerusalén de su época, emprendedor y con suma habilidad en la «organización» y «estructuración» de su «mensaje», orador de primera categoría, echando mano siempre de parábolas y comparaciones de fácil intelección para su auditorio. «Surgido de la nada, seleccionó a doce hombres procedentes de la más ínfima escala del mundo de los negocios y los transformó en una organización que conquistó el mundo». Fue el presidente Coolidge, sucesor de Harding, el que acuñó la frase, como ha quedado indicado anteriormente, de que «*the business of America is business*», el negocio de América son los negocios. Sobre este tema religioso se centrará Lewis específicamente en *Elmer Gantry*, 1927. <<

[30] El lector de la novela habrá observado sin dificultad la importancia que algunos fenómenos «nuevos» adquieren en los Estados Unidos de los años 20. Uno de ellos, obviamente, es el cine al que aquí se alude. Otro es la proliferación de automóviles y su enorme influjo sociológico en hábitos de vida y costumbres incluso morales, como queda patente en tantas páginas de la novela. El culto a la incipiente tecnología, cine, automóviles, radios, electrodomésticos, etc. es una constante de esta época. <<

[31] Traducción algo pintoresca del «Going to Boston» del original. <<

[32] Otro de los rasgos típicos de la década fue una *generation-gap* o abismo de separación de los jóvenes con respecto a sus progenitores que queda reflejado en este desconcierto del protagonista. El cambio de una sociedad rural y conservadora a otra urbana y más progresista es la explicación sociológica que los observadores norteamericanos de la época aducen como explicación básica de este fenómeno. <<

[33] El capitán John Smith fue un personaje famoso durante la colonización de la costa Este de los Estados Unidos, tanto en el Sur como en el Norte. Vivió entre 1580 y 1631. Publicó una serie de relatos de sus viajes y exploraciones y tuvo una vida aventurera y tumultuosa en la que se ha inspirado cierta literatura norteamericana posterior. Muy puesta en cuarentena la veracidad de sus relatos, desde el punto de vista histórico, hoy parece fuera de toda duda que, aunque con algunas modificaciones imaginarias muy propias de su temperamento, en general se puede decir que sí son reales tales narraciones. En este contexto de caciquismo político, el nombre de «batalla» de este personaje no deja de resultar pintoresco y apropiado. <<

[34] Efectivamente, en Estados Unidos los robos o violaciones de cartas, paquetes o envíos postales, son delito federal que escapa a la jurisdicción de los gobiernos locales o estatales, para ser asunto de la policía federal y del Congreso de los Estados Unidos. Esta es una costumbre que data ya de los Artículos de la Confederación de 1778, antes incluso de que se ratificara la Constitución de los Estados Unidos en 1789. En la Constitución se consagra el principio del carácter federal del servicio de correos. <<

[35] Error evidentemente intencionado en el original, con propósitos satíricos. <<

[36] Traducción incorrecta. Lo que el original dice en realidad se puede traducir así: «De las mil sucursales, sin embargo, novecientos veinte están establecidas en los Estados Unidos». También la expresión «el buen humor» queda truncada. El original dice «manly pleasantry», que se podría traducir por la «camaradería masculina». Se trata de organizaciones básicamente para hombres. <<

[37] Juego de palabras. «Ads, not Fads, at Dad's». (En la agencia de Dad, anuncios, no modas pasajeras) que suprime la traducción. <<

[38] John Brown (1800-1859) atacó un arsenal en Harper's Ferry, Virginia, el 16 de octubre de 1859, al frente de veintiún hombres, intentando una sublevación que acabase con la esclavitud. Una compañía de Marines al mando del entonces coronel Robert E. Lee acabó con la intentona. Diez hombres murieron, entre ellos los propios hijos de John Brown. Brown fue sometido a juicio y condenado a muerte. Fue ejecutado en la horca el 2 de diciembre de 1859. Para unos historiadores fue un héroe mítico y para otros un farsante, no está muy claro el significado de su gesta. Henry David Thoreau, entre otros, habló y escribió en defensa del capitán John Brown. La identificación en este pasaje de personajes con significado tan dispar, como John Brown y Robert E. Lee, da idea de la «cultura» histórica del droguero H. H. Hazen.

<<

[39] *Joy* podría traducirse por alegre. (N. del T.) <<

[40] No hace falta hacerle caer en la cuenta al lector de los numerosos pasajes de la novela, este es sólo uno más, en los que aparecen referencias al *jazz*. Los años 20, no en vano, se consideran la *jazz age* y con la aparición de la radio y los fonógrafos, este nuevo estilo de música, esta vez sí que genuinamente americano y profundamente significativo y de importancia cultural indudable, se extendió ampliamente por los Estados Unidos. <<

[41] Este es otro de los pasajes más frecuentemente citados en los comentarios a *Babbitt* escritos en los Estados Unidos. La «babitización» incluso de la cultura, es decir, calcular y programar las ventajas económicas de toda manifestación incluso artística, como en este caso concreto la de una orquesta sinfónica. <<

[42] El evolucionismo fue otra de las grandes controversias ideológicas y religiosas en los Estados Unidos de la época. Del 10 al 21 de julio de 1925 tuvo lugar en Dayton, Tennessee, el famoso juicio contra el joven profesor de biología John T. Scopes. Scopes había sido arrestado por enseñar en sus clases teoría «contrarias a la doctrina bíblica de la creación». Scopes fue condenado y tuvo que pagar una multa de cien dólares. El recurso prosperó en el Tribunal Supremo del Estado de Tennessee, que desestimó la condena. <<

[43] Conrad, Mencken y Joseph Hergesheimer, con Vachel Lindsay, fueron algunos de los autores contemporáneos a los que más admiró Lewis. Concretamente a Lindsay (1879-1931), a Mencken (1880-1956) y a Hergesheimer (1880-1954) los menciona expresamente Lewis en su discurso de Estocolmo al recibir el Premio Nobel en 1930. Con el último de ellos mantuvo Lewis una extensa correspondencia que se interrumpió bruscamente, sin que nadie sepa por qué, a partir de 1922 (cfr. James J. Napier, «Letters of Sinclair Lewis to Joseph Hergesheimer, 1915-1922», *American Literature* 38 mayo 1966). 236-246. No tiene nada de extraño el que a Babbitt no le gusten ninguno de esos libros. <<

[44] Mark Schorer ha puesto de relieve cómo, en las novelas de Sinclair Lewis, se repite una y otra vez un paradigma estructural de hastío —huída— regreso, que desde luego aparece claramente en esta novela. <<

[45] Los *Industrial Workers of the World*, sindicato radical norteamericano. Sus afiliados eran conocidos como *Wobblies*. Esta organización la fundó William Haywood en 1905 con la colaboración de los socialistas norteamericanos Daniel de Leon y Eugene Debs. La mayoría de los obreros norteamericanos, sin embargo, pertenecían a la mucho más moderada y hasta «amarilla». *American Federation of Labor*, fundada por Samuel Gompers en 1886 cuyos postulados eran los de reforzar el sistema mediante la colaboración con el capitalismo y la obtención de los beneficios o mejoras en las condiciones pretendían la destrucción del capitalismo como sistema económico, y la modificación radical de las estructuras socio-económicas y de producción en los Estados Unidos. <<

[46] Se refiere en realidad a «el pastor de la Comunión de Fe Pentecostal». <<

[47] Todo este capítulo, aun en su esquematismo, reproduce bien los mecanismos de una sociedad conservadora y reaccionaria frente a huelgas o reivindicaciones obreras o cualquier otro intento de alteración de «la ley y el orden» imperantes. La serie de simplificaciones —y hasta simplismos— que adornan este capítulo son significativas con respecto a los puntos de vista del propio autor. <<

[48] Gentes de mundo, desenvueltos, *urbanites* en inglés. <<

[49] Los *Good Citizens' League*, trasunto de otra serie de organizaciones parecidas en los Estados Unidos de la época, de prácticas cuasifascistas, autoritarias y represoras, de las que se podría afirmar también que tenían como ideal la *anglo-conformity* para quienes *one country, one language, one flag* (un país, una lengua, una bandera) era la consigna más importante. La frase en realidad procede de Hiram Wesley Evans, fundador y primer mandatario del Ku-Klux-Klan, sobresaliente exponente del estado de ánimo de tantos «patriotas americanos» de los años 20. <<

[50] La enfermedad de la mujer de Babbitt no deja de ser una especie de *deus ex machina* del que se vale Lewis para darle un final a la narración, medianamente convincente y de un efectismo más que normal. <<

[51] Patética confesión de Babbitt que, en la opinión de muchos críticos y comentaristas de la obra literaria de Sinclair Lewis, se le podría aplicar al propio Lewis. Los titubeos, falta de decisión y contradicciones interiores que jalonaron la vida y obra de Lewis, han quedado puestas de manifiesto en la introducción a este mismo volumen. <<